DANTE
ALIGHIERI

DIVINA
COMEDIA

Edición
Ángel Chiclana

Dante Alighieri (1265-1321), padre de la lengua italiana, invirtió doce años de su vida en escribir la *Divina Comedia*. Dos hechos biográficos —la muerte de su amada Beatriz y el exilio de su ciudad, Florencia— le sumieron en un estado de incertidumbre y desilusión que sólo logró superar a través de una poesía universalizante que dejó a las generaciones venideras una obra plena de belleza e inmortalidad, base de la literatura alegórica medieval. En la *Divina Comedia* Dante pretende decir «lo que nunca ha sido dicho de mujer alguna»: la exaltación del triunfo celestial de la amada, la expresión de un amor que transciende las dimensiones físicas de este mundo y se convierte en pura espiritualidad. El resultado final es un fantástico viaje hacia la redención que abarca todo el argumento existencial, desde la creación del hombre hasta su destino final, la divinidad. Ángel Chiclana, de la Universidad Complutense, ofrece en su edición una auténtica guía de lectura, adaptando nuestra sensibilidad moderna a la ideología y la estética medievales y familiarizándonos con los personajes, acontecimientos, instituciones, fuentes literarias y el complejo teológico y filosófico del autor de esta obra cumbre de la literatura universal.



Dante Alighieri

Divina Comedia

ePub r1.2
Titivillus 24.05.2020

Título original: *La Divina Comedìa*
Dante Alighieri, 1321

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

INTRODUCCIÓN

VIDA E IDEOLOGÍA DE DANTE A TRAVÉS DE SU OBRA

Dante Alighieri, padre de la lengua italiana, nació en 1265 en la ciudad-estado de Florencia, hijo de Alighiero di Bellincione y de Bella (Gabriella), de la que poco más sabemos sino que murió cuando el futuro poeta tenía alrededor de los diez años. La situación político-social de Florencia había colocado a la familia de Dante en una posición de segundo orden, aunque parece probado que pertenecía a la pequeña aristocracia (hace referencia a ello en la DIVINA COMEDIA, Paraíso, Cantos XV y XVI). La decadencia de la mayoría de las familias de la antigua nobleza era evidente a mediados del siglo XIII, tras el desarrollo del comercio y la banca y la importancia conquistada por la burguesía en la vida pública.

Según la costumbre de la época, el padre negocia el matrimonio de Dante (forma familiar del antropónimo Durante) y lo casa, siendo todavía niño (1277), con Gemma di Manetto Donati, aunque el matrimonio no llegase a consumarse sino diez o doce años más tarde. De este matrimonio habrán de nacer tres o quizá cuatro hijos. Poco podemos decir sobre sus estudios, que se supone fueron los obligados para un joven de su clase social, es decir, poco más que la escritura y la aritmética, aunque hay una tradición que lo hace estudiante de la famosa Universidad de Bolonia. Su verdadera formación se llevará a cabo más adelante, como veremos. Lo que podemos deducir de sus escritos (hay que tratar con desconfianza los datos aportados por los primeros biógrafos y comentaristas) es que, a pesar de la modestia de medios económicos, participaba en la vida oficial de Florencia y que pronto estuvo en contacto, además, con el ambiente poético e intelectual del momento, que dará lugar a sus relaciones y amistad con el poeta Guido Cavalcanti, centro florentino de la escuela poética del «Dolce Stil Novo». De esta etapa y estas experiencias parten las composiciones que forman el *Canzoniere* de nuestro autor, en el que no solamente podemos estudiar su evolución estilística y temática (desde los comienzos trovadorescos y de influencia de la Escuela poética siciliana, fríos y manieristas, hasta la profundidad conceptual y el refinamiento característicos del *stilnovismo*), sino su desarrollo personal hasta conseguir la conquista de un estilo propio que corre parejo a la construcción de un sistema ideológico independiente de las influencias de los poetas contemporáneos. Para comprender y valorar a fondo sus obras, predominantemente amorosas como exigía el quehacer poético del momento, debemos alejarnos tanto del análisis biográfico como de la teoría que quiere ver en el *Canzoniere* exclusivamente una ejercitación formal en busca de un estilo. Se trata de un proceso de maduración intelectual que, naturalmente, tiene su reflejo y su correspondencia en la consecución de un código y un estilo personal. No negamos, pues, la realidad histórica de los

varios amores, pero insistimos en que un determinado amor es el resultado de una elección y que esta elección se produce desde los diversos estados de madurez intelectual y psíquica.

Momento decisivo para la vida de Dante (y, como veremos, para el desarrollo de su obra) es su encuentro con Beatriz. De su existencia real no se duda hoy (Beatrice di Folco Portinari, casada con un miembro de la prestigiosa familia Bardi, conocida desde su niñez por nuestro poeta y muerta en 1290), pero el desarrollo de esta pasión y su transformación por medio del lenguaje universalizante de la poesía han hecho de Beatriz otro de los puntos de controversia de la crítica dantesca, porque de la exacta definición de este amor depende la valoración e interpretación de la obra de Dante y especialmente de su DIVINA COMEDIA. De la existencia real de Beatriz y de su trasformación simbólica surge la literatura alegórica que tanta importancia tiene en la Edad Media europea. La historia de esta relación amorosa y de los efectos que la muerte de Beatriz produce en Dante está relatada prolijamente en la *Vita nuova*, pero con una prolijidad que se traduce constantemente al lenguaje simbólico, lo que hace de la obra más un autopsicoanálisis que una autobiografía.

En la *Vita nuova* encontramos las primeras búsquedas, en una lengua romance, de ese código de signos para la expresión alegórica que tanta importancia habrá de tener en la literatura posterior. La obra, además, nos preanuncia en su último capítulo la idea que, desarrollada, dará lugar al gran poema que es la DIVINA COMEDIA, en el que ya Dante, sin haberla escrito todavía, desde el puro acto de su concepción, considera que «dirá de Beatriz lo que nunca ha sido dicho de mujer alguna». Para entender la *Vita nuova* y, sobre todo, para comprender cómo una vivencia subjetiva puede llegar a objetivarse hasta tal punto, hay que tener en cuenta el intento «poetizador» que la obra supone: pasar a categoría universalmente válida lo que no era más que experiencia personal. En el sistema de valores retóricos del siglo XIII esto supone una verdadera revolución; desde nuestra perspectiva podríamos calificar la experiencia de prehumanista. Querer ver en la *Vita nuova* sólo el aspecto biográfico es tan estéril como olvidarlo por completo. Se trata, en todo caso, de una biografía interior, de la narración de unas vivencias psicológicas que se traducen en una determinada postura intelectual. En esta dimensión, la obra es verdaderamente nueva, «nuova», aunque el lenguaje y el esquema mental a que corresponde la mantengan enmarcada por completo en el medioevo.

Lenguaje concreto y dimensión alegórica son en esta obra dos vertientes que coinciden en una misma realidad a la que llegan a trascender en un proceso místico del que Dante es consciente, en el doble plano de protagonista de la vivencia interior que describe y de creador de ese lenguaje descriptor.

La sublimación de este amor se produce a través de la entrega absorbente a los estudios de filosofía, en un proceso de maduración vivencial al mismo tiempo que de formación intelectual. Ésta es la «nueva vida» que inicia Dante y que le hace apartarse de la escuela poética «stilnovista» para entregarse a una labor de creación

sin precedentes. También son los años en los que más intensamente se dedica a la política, en una conjunción en la que es imposible separar al intelectual y al hombre público; por una parte, su actuación es siempre la consecuencia de su rigor racionalista, y por otra, de su experiencia diaria de los hombres y de la situación política italiana; y ambas quedarán reflejadas no sólo en sus obras teóricas, sino en su máximo poema. Pocos personajes de la historia, ni siquiera habiendo tenido mayor o más duradera importancia en el quehacer público, ofrecen como Dante este perfecto maridaje de teoría llevada a la práctica, de razón y acción. Desde que en 1289 participara en la batalla de Campaldino (que significó la victoria de los güelfos florentinos sobre los exiliados gibelinos) su actividad política estaba ligada, en cierto modo, a la suerte del güelfismo, que predicaba la independencia del *comune*, aunque, como veremos, en el interior del centrismo que representaba el partido güelfo se estaba incubando el extremismo de derecha que poco después había de tomar el poder y haría de Dante la más significativa de sus víctimas. Con los nombres de *Blancos* y *Negros* (tomados de las luchas políticas que habían tenido lugar poco tiempo antes en Pistoia) se conocen, respectivamente, a los defensores de un estado de equilibrio y a los extremistas que buscaban la implantación de una dictadura derechista, apoyando la política territorial del Papado.

Miembro del «Consiglio» del pueblo (1295), compromisario para la elección del «priore» (1295), miembro del «Consiglio dei Cento» (1296) y, finalmente, «priore» (1300), grado máximo que alcanzó en el gobierno de la República, aunque su vida política activa se prolongase todavía hasta finales de 1301, en que, con el triunfo de los *Negros*, termina su carrera pública y empieza su doloroso aunque fecundo exilio. La política de dominio temporal del Papado, personificada en la época a que nos estamos refiriendo en Bonifacio VIII (papa que, junto con Nicolás III, está condenado en el *Infierno* en los términos más duros), quien aliado con Carlos de Valois favorece insidiosamente al bando de los *Negros* con la intención de extender la influencia primero y el dominio de la Iglesia después sobre toda la Toscana, marca la vida de nuestro autor. Cuando en noviembre de 1301 Carlos de Valois se apodera de Florencia, Dante, que no se encuentra en la ciudad, es condenado, junto con los *Blancos* más destacados en la política antipapal, al exilio, y más tarde, en rebeldía, a muerte.

Comienza el largo exilio que había de durar veinte años y que sólo termina con la muerte del poeta. Los diferentes intentos de recuperar el poder perdido por los *Blancos* fracasan uno tras otro y las esperanzas de los primeros tiempos van cediendo el paso a la evidencia de la imposibilidad de volver a la patria. El hombre sufre, el político duda, pero el poeta supera, en una visión universalizante, la experiencia concreta para entregarla a las generaciones por venir hecha teoría, belleza, inmortalidad. Del largo y doloroso exilio nos quedan noticias del alma y de la situación de nuestro poeta en las epístolas que se han conservado: incertidumbre,

cansancio, pobreza y la cada vez más patente desilusión que le hará apartarse de su partido.

La Vita nuova. *Las* Rime

Cuando Dante debió empezar sus primeros ejercicios poéticos, muy joven todavía, el modelo de todos los poetas toscanos era Guittone d’Arezzo. La poesía se desarrolla en estos momentos en la doble dirección del amor cortés o de las composiciones de circunstancias, realista y no pocas veces desvergonzada, en las que se desahogaban las pasiones políticas de la vida comunal. La lírica amorosa consistía en poco más que ejercicios fríos y amanerados para resolver cuestiones teóricas sobre la naturaleza del amor y para entablar disputas (*tenzoni*) sobre materias convencionales o de circunstancias. Pero la naturaleza de este tipo de poesía no podía durar: un cierto cansancio y, desde luego, la ampliación de los intereses intelectuales y el dominio de la lengua y la técnica poética nos llevarán en el plazo de pocos años a la realización de la verdadera poesía, de aquella que eterniza cualquier temática humana desde la inspiración lírica.

En el caso de Dante, tenemos ocasión de ver esta evolución desde la poesía cortés, pasando por el «Dolce Stil Novo», que superará más adelante, hasta la sublimación que está en la idea inspiradora de la DIVINA COMEDIA. Pero, además, porque él mismo nos deja una historia de esta evolución en la *Vita nuova*. Escrita en 1293, tras la muerte de Beatriz, supone en primer lugar una selección hecha de entre las composiciones de juventud de nuestro poeta; con este criterio selectivo, que ya implica un acto valorativo, Dante excluye muchas de sus composiciones y recoge un cierto número de ellas, ligadas de forma coherente a una especie de autobiografía amorosa que es, al mismo tiempo, una historia de su trayectoria poética. Desde la ya lejana *tenzone* con Dante da Maiano hasta la primera composición de la *Vita nuova, «A ciascun’alma presa e gentil core»*, algo, y aun mucho, ha cambiado para bien de la poesía.

La obra se articula en torno a un número de composiciones que van encadenadas entre sí por medio de un comentario en prosa de carácter autobiográfico y con la particularidad de que no se limita al análisis de los correspondientes poemas, sino que traza a grandes rasgos la evolución de la experiencia espiritual del poeta en la forma aparente de la historia de su amor por Beatriz. No debemos pensar, sin embargo, que se trata de una novela de amor; la parte biográfica, mezclada con raptos e interpretaciones de sueños, con premoniciones y desmayos, hay que leerla en su dimensión simbólica porque hace referencia a un mundo de valores espirituales. Pero tampoco se trata de un simple pretexto, como ocurre en los cancioneros provenzales, para ensartar y comentar unos poemas, porque los comentarios en prosa de la *Vita nuova* son también la historia interna de la lírica dantesca. Igual que ocurre en la

poesía de la escuela siciliana y en el *stilnovismo*, estos amores son de naturaleza más literaria que biográfica, aunque puedan tomar como pretexto o como meta a mujeres concretas de carne y hueso. La relación amorosa, la mujer, el lenguaje, la casuística amorosa, las *tenzoni* doctrinales sobre la naturaleza del amor, etc., quedaban en un puro juego conceptual y cortesano. Sentado esto, vamos a dar brevemente el argumento «histórico» de la *Vita nuova*.

El poeta queda impresionado a los nueve años por la primera visión de la todavía niña Beatriz, a la que volverá a encontrar nueve años más tarde. Nace inmediatamente un amor que, a través de algunas desviaciones argumentales, va a ser único al convertirse, sobre todo después de la muerte de la amada, en un recuerdo que se va sublimando al mismo tiempo que la figura de la mujer se difumina en concepto, en ejemplo de vida insuperable, en alma subida al cielo y, por tanto, en inspiradora de la tendencia de Dante a la gloria eterna y a la beatitud a la que lo invita el nombre de la amada. El número NUEVE con el que juega desde el principio de la obra ya nos previene, dentro de la simbología de los números tan de moda en la mentalidad medieval, del carácter alegórico de la lectura: es como si la naturaleza de Beatriz fuese ya un milagro obrado por Dios para que sirviese de ejemplo a la humanidad en esta tierra al mismo tiempo que un impulso hacia la salvación. Del mismo modo que el número TRES es símbolo de la Trinidad, el NUEVE, que es la potencia del TRES, es símbolo de lo producido directamente por Dios, en este caso Beatriz. Seguimos, pues, con la casuística de la «donna di paradiso» propia del *Dolce Stil Novo*, pero la evolución posterior del pensamiento y de la poesía de Dante nos abre nuevos horizontes.

En los comienzos de estos amores toda la felicidad de Dante consiste en el saludo que le dirige Beatriz cuando lo encuentra (recordemos el juego de palabras implícito en *saluto-salute*, «saludo-salvación»), que se manifiesta en la vacilación, la palidez y el éxtasis del poeta. Para disimular y ocultar la identidad de la amada, siguiendo las reglas del amor cortés, Dante aparenta amar ostentosamente a otra mujer que le sirva de pantalla (*la donna schermo*), pero Beatriz le retira el saludo. Dante sigue provocando las ocasiones para encontrarla, sigue cayendo en éxtasis, enferma. Unas gentiles damas (*le donne gentili*) se interesan por él y se extrañan de su insistencia en encontrarse con la *gentilissima* si es incapaz de soportar los efectos que su vista le produce. Dante responde que si ella y su señor el Amor le han privado de la felicidad del saludo, nadie podrá arrancarle nunca otra felicidad que es sólo suya: la de alabar continuamente a la mujer amada.

> Por lo que yo, pensando en estas palabras, me separé de ellas casi avergonzado e iba diciéndome para mis adentros: «Puesto que toda mi felicidad está en decir alabanzas de mi amada, ¿por qué he empleado mis versos en otra cosa?». Y por eso me propuse como tema de poesía, ya para siempre, todo lo que fuese en alabanza de esta gentilísima mujer.

Abandona, pues, cualquier otro tema poético, y se dedica a exaltar a Beatriz como única felicidad. Hasta las almas de los beatos, en el cielo, quisieran tenerla entre ellos; incluso si se condenase, el poeta sería feliz en el infierno sólo con el recuerdo de la amada, «*Angelo clama in divino intelletto…*».

> Un ángel se dirige al divino intelecto y dice: «Señor, en la tierra se están viendo hechos milagrosos en la acción que procede de un alma cuyo resplandor llega hasta aquí arriba».
>
> El cielo, que no tiene otro defecto más que no tenerla a ella, se la pide a Dios y todos los santos solicitan esta gracia. Sólo la Piedad nos la deja en esta tierra cuando les contesta Dios, hablando de mi amada: «Hijos míos, por ahora soportad pacientemente que vuestra esperanza permanezca hasta que yo quiera allí donde está, donde hay un hombre que pronto la perderá y que dirá en el infierno: ¡Malnacidos, yo he conocido la esperanza de los beatos!».

La belleza de esta alma, que es capaz de producir tales efectos en el cielo, ¿qué no hará aquí en este mundo? Derrama la gracia a su alrededor, inspira paz y buenos sentimientos a quien la mira, aplaca los odios y aleja todo mal pensamiento:

Tanto gentile e tanto onesta pare
la donna mia quand'ella altrui saluta,
ch'ogne lingua devèn tremando muta
e li occhi non l'ardiscon di guardare.
Ella si va, sentendosi laudare,
benignamente d'umiltà vestuta;
e par che sia una cosa venuta
da cielo in terra a miracol mostrare.
Mostrasi sì piacente a chi la mira,
che dà per li occhi una dolcezza al core
che 'ntender non la può chi no la prova;
e par che de la sua labbia si mova
uno spirto soave pien d'amore
che va dicendo a l'anima: «Sospira[1]».

La presentida muerte de Beatriz (tanta felicidad y belleza no podían ser para este mundo) se produce finalmente (cap. XVIII). El dolor se manifiesta en algunas composiciones incluidas en el libro, entre ellas «Li occhi dolenti», pero también en una serie de lucubraciones filosóficas sobre el valor de los números y su influjo en la muerte de la amada y en la hora y día de la misma, que, si por una parte nos dejan fríos, por otra nos invitan a reiterar la afirmación que ya hemos hecho: no se trata de una verdadera biografía histórica, sino de una obra que hay que leer en su valor

alegórico. A ello nos invitan igualmente los comentarios poéticos a las composiciones dedicadas a la *donna gentile* (el consuelo, la filosofía…) que se apiada de Dante o la interpelación a los peregrinos, ajenos al dolor del poeta y de la entera ciudad que han perdido a tan hermosa criatura. Por otra parte, la ambigua relación que se establece con la *donna gentile,* que comienza en la común simpatía ante el hecho luctuoso pero que poco a poco se va manifestando en una pasión que señorea el corazón de Dante y contra la que sólo puede ofrecer resistencia la razón, que no los sentidos, provoca un día la aparición del recuerdo de Beatriz, que lo hace arrepentirse y avergonzarse de su ligereza y lo invita a entregarse con renovados esfuerzos a la única pasión no vituperable, los estudios. ¿Es entonces Beatriz el consuelo de la Filosofía? La obra de Boecio está desde luego en la inspiración de la *Vita nuova*, como lo está el *De Amicitia,* de Cicerón, según nos confiesa el mismo Dante en el libro II del *Convivio,* obra que, aunque escrita unos doce años más tarde, sigue invitándonos a la lectura alegórica.

La obra termina con la «mirabile visione» y anuncia el auténtico milagro que se plasmará, muchos años después, en el gran poema:

> … se me apareció una admirable visión en la que vi tales cosas que me decidí a no hablar más de esta bendita alma hasta que no pudiese tratar de ella como verdaderamente se merece. Y para ello trabajo y estudio cuanto puedo, como ella sin duda sabe, para poder si quiere Aquel que es fuente de toda vida que la mía dure aún unos años, decir de ella lo que todavía no ha sido dicho de ninguna. Y después, quiera Aquel que es señor de todo Amor, que mi alma pueda regocijarse en la contemplación de la beatitud de mi amada, de esa bendita Beatriz que gloriosamente está mirándose en la cara de *qui est per omnia seacula benedictus* (cap. XLII).

Las composiciones que forman el entramado de este libro responden a una inspiración genuinamente «stilnovista», referible a las dos opciones más distanciadas que ofrecía esta escuela y que podemos personificar en las figuras de Guinizzelli y Cavalcanti: la *donna angelicata* trasunto de la idea divina, en el primero, y la idea inalcanzable, fugitiva y, por tanto, fuente de dolor, en el segundo. En cuanto al criterio según el cual fueron seleccionadas estas composiciones y rechazadas tantas otras, hay que recurrir a la hipótesis de una elaboración *a posteriori*. En otras palabras, y una vez rechazada la idea de una interpretación autobiográfica, descubierta la poética de la *lode,* Dante quiere exponerla «científicamente», para lo cual crea la ficción de la anécdota amorosa sobre las realidades históricas de la existencia y de la muerte de Beatriz, de sus propias ejercitaciones filosóficas y de sus proyectos poéticos, el todo dentro de la poética cristiana que traduce en ejemplo de enseñanza moral las experiencias personales.

Este intento de ejemplificación o de trascendencia de los datos históricos concretos al mundo abstracto y universal de las ideas (y de ahí la posibilidad de su operatividad ética) se manifiesta en los procedimientos lingüísticos que van construyendo la narración en prosa y que nos señalan claramente que la intención primaria del autor no es narrar, sino poner de manifiesto los momentos ejemplificadores que, unidos por la prosa, forman la cadena de esta «biografía moral».

El resto de la producción lírica de Dante se va construyendo a lo largo de su vida, con las irregularidades e interrupciones que le imponían sus empeños en obras de mayor erudición y doctrina y, desde luego, con el punto final y definitivo que le impone la elaboración de su máximo poema. En esta producción, salvando cuanto es salvable por la inmensa personalidad de nuestro poeta y dejando señalados los cambios de estilo e inspiración que se van dando en la evolución biológica e intelectual de una larga vida, la poesía de Dante coincide con la de escuelas y poetas contemporáneos.

Sus primeras obras, efectivamente, van dirigidas a los *fedeli d'Amore*, a los poetas a los que invita a razonar sobre el amor; se trata, pues, no sólo del diálogo poético con un grupo o escuela, sino de la aceptación de una *maniera* de escribir, estilística, temática y técnica. No podía ser de otra forma y, de hecho, aquellas composiciones que podían servir para ilustrar una nueva y personal poética van a ser entresacadas de entre la producción juvenil para construir con ellas el entramado «científico» de la *Vita nuova*, constituyendo con ellas un *canzoniere* o argumento biográfico. El resto de su obra lírica, cuanto no ha sido incluido en la *Vita nuova*, está formado por composiciones sueltas, de diferentes períodos e inspiración, que, al no poder ser enmarcadas en una unitaria historia de amor, no deben ser llamadas *canzoniere*. La crítica moderna se refiere a ellas con el nombre genérico de *Rime*.

Partiendo, pues, de la sujeción a usos, costumbres y técnicas de su época, se va perfilando en la poesía de Dante una personalidad lírica que corre paralela cronológicamente con su obra mayor (la COMEDIA, pero también las otras obras doctrinales) y que estilísticamente no se diferencia en lo sustancial de las producciones de sus coetáneos. Encontramos coincidencia con elementos propios de la escuela siciliana o de Guittone, de los poetas «stilnovistas» o de los burlescos-satíricos; *canzoni* de alta inspiración doctrinal o composiciones ligeras como los madrigales y baladas dirigidos a una Fioretta, una Violetta o una anónima niñita (la *pargoletta*), que han hecho correr ríos de tinta a los críticos que han querido encontrar tras estos nombres las personalidades de las concretas mujeres que Dante amó. Empeño inútil no por las dificultades que encierra, sino porque esta crítica parece olvidar cuanto hay de escuela, de eco, de pura moda en este tipo de poesía.

El número de composiciones que constituyen las *Rime* es igualmente inseguro porque provienen de diferentes manuscritos: algunas ofrecen una absoluta seguridad,

sí, pero otras se atribuyen tradicionalmente a nuestro autor. Tampoco es posible fijar la cronología de la mayoría de ellas ni respetar, por tanto, un orden que no sea el establecido por una tradición *a posteriori* que intenta organizarlas por materias: poesía de amor, alegórica, doctrinal, *rime petrose*, etc.

El Convivio

El mayor interés externo del *Convivio* radica en que, por la fecha de su composición (a partir de 1304 e interrumpido alrededor de 1306), podemos deducir que Dante ha terminado o está completando ya el período de formación a que alude al final de la *Vita nuova* y se encuentra en posesión del patrimonio científico y cultural que le permitirá enfrentarse con la parte más empeñada, ideológica y lingüísticamente, de su obra.

El enciclopedismo doctrinal enmarca perfectamente la obra en el gusto de la época: en quince tratados (era el proyecto inicial, aunque sólo compusiera el que sirve de introducción y los tres siguientes) intentaba el desarrollo de una serie de argumentos que resolviesen toda la problemática sobre la naturaleza y la sociedad humanas. Cada uno de ellos debía venir articulado y desarrollado alrededor del comentario de una *canzone* doctrinal. En la introducción nos explica la intención de la obra: enseñar de forma concentrada y compendiosa a todos aquellos que no han podido dedicarse al estudio por sus honradas ocupaciones en otras facetas de la vida. Para alimentarlos con la sabiduría los invita a un banquete (*convivium*) en el que las *canzoni* constituirán los diferentes platos y los comentarios a las mismas harán las veces del pan. Naturalmente, no se dirige a las personas cultas, que ya saben, aunque muchos hayan hecho del saber un instrumento innoble, sino a los nobles de espíritu, príncipes, caballeros y personas de toda condición deseosos de saber pero a los que las ocupaciones terrenas no han permitido acercarse al banquete de los ángeles que es la sabiduría. Por eso, y nos da las razones en los capítulos V al XIII del primer tratado, la obra ha sido escrita en italiano.

Por primera vez se enfrenta de forma orgánica con el tema de los cuatro sentidos que aparecen en la escritura: el literal, que no va más allá del argumento inventado de una obra (*non si stende più oltre che la lettera de le parole fittizie*); el alegórico, que se esconde bajo el primero pero que es la manifestación de una verdad oculta en el argumento imaginario; el tercer sentido, moral, es el que existe y debe buscarse en toda obra como ejemplo de conducta, y el cuarto o anagógico, que nos lleva a ver en cuanto se dice, y que es literalmente verdad, un reflejo de las verdades superiores referentes a la divinidad y al mundo espiritual (*per le cose significate significa de le superne cose de l’etternal gloria*). Los comentarios a las *canzoni* con los que se desarrolla el tratado van articulados en la exposición de los cuatro sentidos, por lo que, una vez pasado el estadio de comentario literal o argumental, entra en la

exposición científica de los conocimientos doctrinales de su época. Como veremos más adelante, el método es imprescindible para la correcta y completa comprensión de la DIVINA COMEDIA.

En el segundo tratado, tomando pie de la *canzone «Voi che 'ntendendo il terzo ciel movete»*, expone los conocimientos referentes a la composición y ordenación del cosmos, la naturaleza y función de los cielos, según la astronomía medieval: los siete cielos y los «movimientos» imprimidos por los ángeles, la naturaleza de los mismos, influjos sobre los hombres, inmortalidad del alma, etc. En el sentido alegórico, los siete cielos serían las siete ciencias encuadradas por la cultura medieval en el Trivium y el Quadrivium. El amor del que trata en la *canzone* sería, pues, la Filosofía, amor por la sabiduría.

En el tercer tratado comenta «*Amorche ne la mente mi ragiona*», como una alabanza de la Filosofía, tanto *per se* como por sus efectos. Dios, los ángeles y los hombres poseen la capacidad de todo conocimiento, aunque los últimos de forma imperfecta. La sabiduría da la felicidad y es al mismo tiempo guía moral. También el recto obrar conduce a la felicidad, en ese intento de reducción al uno, típico del saber medieval.

En el cuarto tratado, construido a propósito de «*Le dolci rime d'amor ch'io solia*», se desarrolla el problema de la naturaleza de la verdadera nobleza. Es el más amplio de todos ellos y tiene, además, una diferencia sustancial con respecto de los anteriores: se analiza en él solamente el sentido literal. La idea estudiada se articula en dos momentos principalmente: en qué consiste la nobleza según la opinión ajena y según la propia opinión. Trata además de ideas que veremos desarrolladas en el *Monarchia* y que están en la base del pensamiento político y providencialista que forma parte de la DIVINA COMEDIA.

De vulgari eloquentia

Con el tratado *De vulgari eloquentia* Dante se enfrenta no solamente con el problema de la lengua literaria, y el estilo, sino que por ciertas alusiones y comentarios podemos decir de él que es el primer crítico de la literatura italiana, porque en los ejemplos que cita, de poetas anteriores e incluso contemporáneos, emite juicios que, si bien se encuentran alejados de nuestros criterios y sensibilidad, nos permiten discernir cómo un pensador del siglo XIV veía la actividad literaria de su época.

Las fuentes en las que se apoya para la organización de su pensamiento son tanto medievales como clásicas, aunque la originalidad del tratado en algunas conclusiones o en el hecho de estar referido a la lengua italiana sea indiscutible. Dante es consciente de ello: «*cum neminem ante nos de vulgaris eloquentiae doctrina quicquam inveniamus tractasse*».

La finalidad de la obra, como se deduce del título, es la definición de la lengua italiana y su capacidad para la expresión literaria. Nuestro autor inaugura, pues, el estudio del problema que irá apareciendo intermitentemente a lo largo de la historia de la literatura italiana y que es conocido con el nombre de *questione della lingua*: la búsqueda de la identidad de una lengua literaria y la fijación de un determinado modelo de la misma, entre una selva (y la imagen es del mismo Dante) de usos regionales y dialectales no codificados por un sistema unificador basado en el criterio del predominio político o cultural de una determinada región. Así como la expansión y el poder de Castilla impone relativamente pronto el castellano como lengua de comunicación a todos los niveles, la falta de unificación política italiana retrasará la solución del problema.

En el primer tratado del *Convivio* hace una referencia que nos permite fechar el *De vulgari eloquentia* como empezado a partir de 1304. Poco más se puede deducir sobre la fecha de su composición, que, por otra parte, queda interrumpida pronto: parece ser que un plan general de la misma debería haber estado articulado en cuatro libros, pero Dante compuso solamente el primero de ellos y unos catorce capítulos del segundo.

Partiendo de lo general, la lengua originaria del primer hombre (de la que vuelve a tratar con un criterio diferente en *Paradiso*, XXVI) y la infinita diversificación que se produjo en la confusión de Babel, y a través de la pormenorizada distinción entre *lengua natural*, aprendida por todos cuando niños sin necesidad de estudio, y *lengua gramatical* o culta (se refiere, naturalmente, al latín, aunque esta definición sea extensible a toda lengua sometida a una norma regularizadora), que se aprende por medio del estudio, nos lleva a los intentos de estructurar una lengua natural italiana que, privada de formas incultas y no literarias, sea al mismo tiempo gramatical.

El adjetivo *volgare* del título debe ser entendido, pues, como lengua madre, es decir, lengua originaria y espontánea, apta para la comunicación hablada, familiar y cotidiana. Como ya hemos dicho, poseída por todos los miembros de una comunidad pero no sujeta a una reglamentación que la unifique y la haga capaz para la expresión de más altos niveles éticos y estéticos.

El panorama lingüístico italiano que ve Dante es variado y fragmentario, aunque intuye el tronco común al que pertenece y que él distingue de los otros troncos europeos occidentales por el uso de uno u otro adverbio afirmativo: lengua de *oil*, para las variedades del francés; lengua de *oc*, para los *yspani* (se refiere al lemosín, lengua poética común de provenzales y catalanes), y lengua de *si* o italiano. Esta última, que se habla «desde Génova hasta Sicilia», está dividida según Dante en catorce dialectos que, a su vez, se subdividen en multitud de variedades menores, llegando a distinguir incluso entre usos de ciudades próximas pertenecientes al mismo dialecto (como hace entre el senés y el aretino) y hasta entre barrios de una misma población, como cuando nos habla del boloñés del barrio de San Felice y del de Strada Maggiore. Esta atomización de la lengua espontánea puede llegar al infinito

y originar una nueva Babel, por lo que es necesaria la creación de una lengua común que resista la descomposición y en la que se reconozcan los ciudadanos de una misma patria; una lengua italiana que sea común y elegante, apta para la expresión de altos pensamientos y hermosas formas.

En este sentido, va pasando revista a las diferentes lenguas en que se había manifestado ya la poesía italiana, desde la siciliana (que, naturalmente, él conocía por los cancioneros toscanizados) hasta la suya toscana, que también rechaza por sus formas demasiado «municipalistas», aunque salva del uso de estos particularismos a algunos toscanos, entre los que, sin nombrarse, se incluye a sí mismo. Llega así a la enumeración de los rasgos de este italiano *vulgaris excellentiam*:

> Llamamos italiano ilustre, cardinal, áulico y curial a aquel que se dé en todas las ciudades italianas pero que no sea característico de ninguna de ellas en particular y que sirva de elemento de referencia, de medida y de comparación de las hablas particulares de las diferentes ciudades.

Ilustre o culto «porque esté sublimado por el magisterio»; cardinal o central porque a su alrededor se articule el entendimiento entre todas las gentes; áulico o cortesano porque si en Italia hubiese una corte, «ese sería el lenguaje de la misma»; y curial o reglamentado «porque responda a las exigencias de elegancia y propiedad». Los italianos, que no tienen esa monarquía política a que se refiere Dante, tienen en cambio «una unidad racional» que les permite sentirse copartícipes de la misma cultura.

El segundo libro, incompleto como ya hemos dicho, desarrolla una temática literaria en ciernes pero de sumo interés para entender la estética y la estilística de la literatura del período que estamos estudiando. Trata en primer lugar de la poesía que, como más artificiosa, debe marcar las pautas de este particular uso lingüístico. La *prosa d'arte*, siguiendo el modelo lingüístico que la poesía ofrece, constituirá el segundo escalón, en sentido descendente, de esta escala de usos que se contemplan en el tratado. Traza a continuación una rápida historia de la producción poética desde los provenzales y los sicilianos hasta la poesía sículo-toscana, para terminar en la escuela «stilnovista», a la que él mismo pertenece, y que constituye el más alto nivel a que había llegado la poesía italiana en la época en que se escribe este tratado.

Las indiscutibles aportaciones del tratado, en algunos casos con un sorprendente sentido moderno, no podían dejar de estar atadas a conceptos y valoraciones medievales; la teoría de los estilos, por ejemplo, está íntimamente ligada al concepto del contenido. De ahí surge la exposición de la tripartición de los estilos (*rota Vergilii*) en óptimo, cómico y elegíaco, que estarían reservados, respectivamente, a la personalidad de creadores cultos, semicultos o ignorantes. Todo enmarcado y probado desde la perspectiva medieval de las tres almas que animan la naturaleza humana: racional, animal y vegetativa.

El tratado tiene, al lado de intuiciones geniales, deducciones erróneas y carencias debidas al nivel de conocimientos de la época de su autor. La variedad de las fuentes pone de manifiesto, por otra parte, la vasta cultura de Dante y el interés con que, desde varios puntos de partida, se enfrenta con su temática. Sus fuentes clásicas van desde Aristóteles y sus comentaristas escolásticos hasta la *Rhetorica ad Herennium* y la *Epistola*, de Horacio; las medievales son mucho más variadas, partiendo de las *artes dictaminis* y de las recopilaciones enciclopédicas, como el *Trésor*, de Brunetto Latini, y acoge obras de temática más concreta como la *Poetria nova*, de Gaufroi de Vinesauf, o la *Poetria de arte prosayca, metrica et ritmica*, de John of Garland. Sus conocimientos de la poesía provenzal y de sus derivaciones italianas son igualmente asombrosos.

Monarchia

El tratado político *Monarchia*, aunque aparentemente pueda ser considerado fuera de los límites de la literatura, entra perfectamente en nuestro campo de interés, porque sólo desde él se puede interpretar correctamente el pensamiento de Dante en general y la dimensión cósmica de la DIVINA COMEDIA en particular. La actividad política de nuestro autor y consiguiente exilio (con las consecuencias literarias a que este último dará lugar) están ligados igualmente a las ideas expresadas en este tratado. Por otra parte, el sincretismo medieval no permite separar las diversas actividades del ser humano (la creación literaria, la actuación política e incluso la vida privada), que han de ser consideradas como *la puesta en acto del intelecto posible* hacia un fin providencialmente ordenado.

Una misma idea puede aparecer —y de hecho aparece— en alguna *canzone*, en el tratado que estudiamos aquí, en las lucubraciones del *Convivio* y en la estructura alegórica de la DIVINA COMEDIA, con las únicas diferencias debidas a las servidumbres del género literario correspondiente y al lenguaje del público al que va dirigida.

Por otra parte, la multisecular disputa entre el Papado y el Imperio adquiere, precisamente en la época de Dante, una especial virulencia por el enfrentamiento entre Felipe el Hermoso de Francia y el papa Bonifacio VIII; el nacionalismo francés había entrado, como tercero en discordia, en defensa de sus propios intereses frente a los dos tradicionales enemigos. La cuestión va a ser causa de la proliferación de tratados en los que se defienden unos u otros puntos de vista, algunos de los cuales van a ser tenidos en cuenta por Dante para la redacción de su *Monarchia*. Pero la aportación original de nuestro autor a la discusión sobre el problema está en el uso de argumentaciones filosóficas y teológicas y no sólo las jurídicas (laicas o canónicas) a las que tradicionalmente habían recurrido estos tratados.

El problema no se limita, además, a una cuestión de competencias políticas, sino que permea la historia y las instituciones medievales, la vida diaria y el ambiente cultural y presta una especial atención a la península itálica, donde se encuentra la sede de los Estados Pontificios y donde se sitúan las reivindicaciones territoriales del Imperio.

El tratado *Monarchia* no está entre las aportaciones menos importantes para la búsqueda de una solución del antiguo conflicto. Sobre la fecha de composición existen discrepancias: hay quien defiende una fecha anterior al exilio (1300 o 1301) y hay quien la coloca alrededor de 1307, es decir, cuando se interrumpe la redacción del *Convivio*. También cuenta con razones convincentes la tesis que quiere ver en esta obra un tratado de circunstancias, escrito precisamente durante la estancia del emperador Enrique VII en Italia, entre su coronación y su muerte (1311-1313). Las referencias a la similitud de ideas entre este tratado y otros escritos dantescos no sirven, en realidad, para probar una u otra opción, porque, como ya hemos dicho, son ideas que constituyen la base del pensamiento y de la actuación política de Dante y que, por tanto, se mantienen a lo largo de toda su vida.

La cuestión que se discute en el tratado es la validez de la *potestas directa in temporalibus*, es decir, si el Papado o poder espiritual tenía jurisdicción sobre los asuntos temporales; en otras palabras, si el emperador debía su poder al papa, que era quien confirmaba la elección, o si el poder le venía directamente de Dios, que había inspirado a los electores. El problema, como ya hemos dicho, trascendía la cuestión jurisdiccional y se infiltraba profundamente en la vida cotidiana; las rivalidades de güelfos y gibelinos son buena prueba de esta afirmación.

El tratado está articulado en tres libros: El primero, dedicado a demostrar la necesidad del Imperio para la consecución de la paz universal, condición previa para el cumplimiento del orden providencial. En el segundo se demuestra la legitimidad del Imperio Germánico, que le viene del antiguo Imperio Romano. En el último no se niega la autonomía de la Iglesia en los asuntos espirituales, pero queda perfectamente delimitada en cuanto a los temporales. La originalidad de Dante, como ya hemos dicho, está en los argumentos que usa, con un riguroso procedimiento silogístico y que apoya tanto en definiciones tomadas de la filosofía aristotélica (en sus dos versiones, tomista y averroísta), como en interpretaciones de las Escrituras y en citas de Cicerón, Tito Livio y, sobre todo, Virgilio, cuya *Eneida* le sirve para probar la legitimidad del Imperio Romano como enmarcado en los designios de la Providencia. Se nos ofrece así un admirable ejemplo de la visión que el medioevo tenía de los *auctores*. Todas estas ideas, en sus líneas generales o en algunos aspectos particulares (la necesidad del Imperio para la felicidad del género humano, la negatividad de la donación constantiniana, cuya realidad histórica no niega, etc.), volveremos a encontrarlas en la DIVINA COMEDIA no con la frialdad de la argumentación científica, sino con el tono poético que el género del poema le ofrecía y con la pasión que le confería la componente profética de su visión de ultratumba.

LA *DIVINA COMEDIA*

Composición, fuentes y estructura

La obra máxima de Dante, que es al mismo tiempo la máxima creación del pensamiento medieval, presenta, como todo libro genial, una enorme complejidad en su lectura y comprensión. A través de un documento «físico» relativamente sencillo se nos da en la COMEDIA mucho más de lo que una lectura superficial ofrece a primera vista: la experiencia espiritual de un cristiano, todo el saber y el conocimiento de su época, un retrato apasionado de los acontecimientos personales o colectivos que vivió su autor, una visión mística, si no única en su género, sí exquisita en su expresión, y, por último, un mensaje profético anunciador de la reconquista de la justicia y la libertad, no sólo del autor, sino de todo el género humano. Y todo ello arropado en una inspiración extática que se manifiesta en uno de los momentos de creación poética más arrebatados de la historia de la literatura occidental. Pero, como ya hemos dicho, no se trata de una lectura fácil, y las dificultades que ofrece como desafío al estudioso son para el lector simplemente curioso como un halo de misterio (al fin y al cabo, su argumento es precisamente eso: uno de los misterios de la fe cristiana) que difumina aún más el vuelo poético de la narración.

La «admirable visión» y el soneto «Oltre la spera che più larga gira», que aparecen en la *Vita nuova*, nos permiten entrever la idea primitiva que inspira al poeta y que no sería otra que la exaltación del triunfo celestial de la mujer amada, una vez perdida aquí en la tierra: una continuación del amor que trasciende las dimensiones físicas de este mundo y se convierte en pura espiritualidad. Pero el resultado final es otra cosa y, sobre todo, es mucho más: abarca todo el argumento existencial del hecho de la creación del hombre, desde su aparición, pasando por su estancia en la tierra, realizándose y realizándola, hasta alcanzar su destino final, fijado *ab initio* en la mente divina.

Las pocas referencias externas no nos permiten fijar con exactitud la fecha del comienzo de la composición, y sobre este particular abundan las discrepancias entre los críticos. Por otro lado, la amplitud del poema exigía un dilatado espacio de tiempo para su composición y en él hay algunas fechas concretas que nos permiten referirnos a algún canto en particular. Por ejemplo, el *Carmen*, de Giovanni del Virgilio, escrito en 1318, nos deja ver que su autor conocía la línea del desarrollo completo de todo el poema; o la fecha de la *Epístola XIII*, con la que Dante envía a Cangrande della Scala, señor de Verona, el Canto I del *Paraíso*, 1317, nos permite saber con toda seguridad cuándo está trabajando en el último tramo de su viaje de ultratumba. Pero poco más.

Más complejas son las referencias internas, es decir, las que podemos deducir del mismo poema. Por ejemplo, en el *Infierno* no encontramos ninguna referencia a

hechos históricos posteriores a 1309, por lo que debemos considerar que esta Cántica estaba terminada en esta fecha, y lo mismo ocurre con el *Purgatorio* con respecto a 1313. Pero muchas de las alusiones a estos hechos históricos están presentadas en forma de profecías *ante* y *post eventum*, lo que tampoco facilita la labor de fechar cada uno de los cantos.

Boccaccio, uno de los primeros biógrafos de Dante, nos dice que empezó el poema antes del exilio, lo que nos proporciona la opinión sobre la fecha más temprana; los que defienden la más tardía hablan de 1313, después de la muerte del emperador Enrique VII y la consiguiente pérdida de las esperanzas políticas de Dante. Hoy la crítica está dividida entre dos fechas que, en principio, no se excluyen entre sí. El poema se empieza en 1304 o en 1306, durando la elaboración de la primera Cántica hasta 1308, la de la segunda hasta 1313 y la del *Paraíso* desde esta última fecha hasta 1319, es decir, hasta poco antes de la muerte de su autor, como nos cuenta Boccaccio.

El título, tal como lo conocemos hoy, DIVINA COMEDIA, aparece por primera vez en la edición de Venecia de 1555; los contemporáneos la conocieron solamente como COMEDIA, con acentuación a la griega, que era la pronunciación de la época y que es la que encontramos en el mismo texto, certificada por el ritmo del verso:

Così di ponte in ponte, altro parlando
che la mia comedìa cantar non cura,
venimmo[2]*… (Inf., XXI, 2).*

La recepción del título de una obra tan conocida y tan citada se ha automatizado y no nos produce extrañeza hoy, pero si analizamos un poco, vemos que ni el argumento ni el género literario coinciden con lo que modernamente llamamos comedia. Y, efectivamente, el mismo título ha dado lugar a dos puntos de vista con respecto a su interpretación, ambos basados, además, en otros textos del autor de la obra. En el tratado *De vulgari eloquentia* (II, iv), siguiendo las ideas retóricas medievales de la *Rota Vergilii*, Dante nos habla de los tradicionales tres estilos: «Per tragoediam superiorem stilum inducimus, per *comoediam inferiorem*, per elegiam stilum intelligimus miserorum». De lo que deducimos que la primera idea para titular la obra (como hemos dicho, una de las fechas aceptadas como comienzo del poema coincide con la elaboración, interrumpida precisamente entonces, del *De vulgari eloquentiam*) hacía referencia simplemente al hecho de estar escrita en estilo medio, no en el *vulgare illustre* reservado para la *canzone*.

Y, al contrario, en la ya citada epístola a Cangrande, de 1317, es decir, cuando ya existía el plan completo de la obra y, suponemos, la obra casi terminada, nos ofrece nuevos elementos para la interpretación del título: «Nam si ad materiam respiciamus, a principio horribilis et foetida est, quia Infernus; in fine prospera, desiderabilis et grata, quia Paradisus…». Aunque a esta definición referente al argumento («comedia

es lo que empieza mal y acaba bien», con lo que interpretamos tanto el viaje del Infierno al Paraíso como el estado de Dante, que va desde el pecado hasta el estado de gracia) añade la ya conocida sobre el estilo y una nueva consideración, esta vez sobre la lengua: «remisus et modus humilis». Dante se refiere a su poema varias veces a lo largo del mismo, pero sólo en el *Infierno* le da el nombre de «comedia», mientras que en *Paraíso* lo designa como «poema sacro» o «sacrato».

Desde un punto de vista lingüístico, tenemos que considerar el poema como dirigido a toda clase de público, lo que coincide perfectamente con la lectura tropológica del mismo, es decir, con el valor didáctico que se le quiere imprimir, por medio del cual el *itinerarium mentis in Deum* de la experiencia personal del poeta queda expedito para todo cristiano que siga la lectura. Debemos matizar cuanto hemos dicho respecto de la amplitud del público al que se dirige la COMEDIA, puesto que lo arduo del pensamiento de la misma no puede estar al alcance de todos, como el autor señala:

> *O voi che siete in piccioletta barca,*
> *desiderosi d'ascoltar, seguiti*
> *dietro al mio legno…*
> *non vi mettete in pelago, ché, forse,*
> *perdendo me, rimarreste smarriti*[3]*… (Par., II, 1 y sigs.),*

sino solamente al alcance de unos pocos elegidos, habituados y educados en el uso del raciocinio:

> *Voi altri pochi che drizzaste il collo*
> *per tempo al pan degli angeli*[4]*…. (Par., II, 10-11).*

Pero lo que las condiciones intelectuales de la época no pueden conseguir siguiendo simplemente el didactismo retórico de las preceptivas medievales, se consigue por medio de la virtud cristiana de la caridad, coinspiradora, junto con las Musas, del poeta, y por medio de la cual Dante, en el lenguaje *volgare*, expresa el aspecto «físico» del argumento, ése sí al alcance de todos. A la caridad hemos de unir esa otra virtud cristiana, la humildad, por la que el poeta ha elegido su lenguaje: «ad modum loquendi, remissus est modus et humilis, quia locutio vulgaris in qua et mulierculae comunicant» (*Epístola XIII*, 31).

La forma exterior de la COMEDIA es, sin duda alguna, la representación de una visión inspirada por un sentimiento religioso. Nuestra sensibilidad moderna puede hacernos dudar de la realidad de esa visión, pero debemos tener en cuenta que para un cristiano del siglo XIV la experiencia concreta y cotidiana podía adquirir el aspecto de la iluminación divina. Las experiencias contemplativas son abundantes, como

testimonia la historia y, por otra parte, conocemos desde sus primeras obras el carácter soñador y propenso a la evasión idealista y onírica del Alighieri. Las fuentes literarias en las que estas experiencias espirituales podían encontrar modelo no faltaron al padre Dante, que a lo largo de todo su poema nos va mostrando los materiales, motivos e imágenes tomados tanto del mundo clásico (Virgilio y la bajada de Eneas al Tártaro; el *Somnium Scipionis* de Cicerón y el sistema de las esferas celestes, etc.) como de las Sagradas Escrituras y, sobre todo, de los Padres y de la literatura religiosa medieval, especialmente la conocida como «literatura de visiones», de monjes y ermitaños que describen sus raptos místicos y sus «visitas» a los infiernos. El *De contemptu mundi,* del papa Inocencio III, o la *Leyenda aurea,* de Jacobo de Vitry, que son obras de gran difusión europea; o los poemitas italianos como *De Ierusalem coelestis* o *De Babilonia civitate infernali,* tuvieron parte importante sin duda en la inspiración primaria de la DIVINA COMEDIA, es decir, en el entramado del viaje de ultratumba (las visiones infernales, por su valor de ejemplaridad, estuvieron de moda en el milenio), al que probablemente contribuye también el árabe *Libro de la escala*, o bajada a los infiernos del Profeta, que, traducido al latín, ha podido influir en la misma inspiración. La polémica a que ha dado lugar esta posible fuente no es de este lugar, pero queremos dejar constancia de su importancia para los estudios dantescos (M. Asín Palacios, *La escatología musulmana en la Divina Comedia,* Madrid, 1919).

Todo esto, como hemos dicho, ha podido inspirar la bajada a los infiernos, pero la DIVINA COMEDIA es mucho más que ese viaje «físico», porque bajo su apariencia lo que en realidad realizamos es un «*itinerarium mentis in Deum*» y, al mismo tiempo, una visión de toda la historia de la humanidad hasta los tiempos de Dante, visión crítica y juzgadora, valorativa y justiciera, ejemplar desde el pasado y profética hacia el futuro. La construcción de la DIVINA COMEDIA nos presenta además la concentración de todo el saber de la época de Dante, remitiéndonos, en todo caso, a una infinidad de fuentes arguméntales y culturales, desde las creencias y supersticiones populares hasta las enciclopedias que encerraban el saber medieval.

El argumento de este complejo poema está estructurado con arreglo a un fuerte sentimiento unitario (*una* es la aventura humana, *uno* el acto creador de Dios, *una* la finalidad de la creación) por medio de una cohesión que se manifiesta físicamente en las correspondencias numéricas que unen a las tres Cánticas entre sí, así como a los cantos que componen cada una de ellas. Correspondencias estructurales que nacen no sólo del carácter ordenador y justiciero del autor, sino de la filosofía medieval, que reduce lo vario a la unidad de la que proviene toda multiplicidad: en la voluntad de Dios, creador de lo múltiple, está implícita la finalidad *única* de lo creado, que vuelve a coincidir con la voluntad divina, de la misma manera que el círculo, figura perfecta, se cierra sobre sí mismo.

Entre las muchas formas utilizadas por la mentalidad alegórica medieval para poder expresarse está el recurso a los números, entre los que hay algunos que

representan en algún grado la perfección: el UNO porque se expresa a sí mismo, porque no está formado por sumas o partes, porque uno es Dios; el TRES, en el que se ve la simbolización de la Trinidad divina; el CIEN, etcétera. La DIVINA COMEDIA responde conscientemente a un esquema numérico: un solo poema, dividido en tres Cánticas, cada una compuesta por treinta y tres cantos (el *Infierno*, en realidad, tiene treinta y cuatro, pero el primero es una especie de introducción previa al viaje propiamente dicho; acaba precisamente cuando Dante y Virgilio empiezan a caminar: «*Allor si mosse, e io li tenni retro*»), lo que totaliza otro de los números perfectos a que nos hemos referido, el cien. La estrofa utilizada también está relacionada con el número tres: son tercetos encadenados, es decir, atados entre sí por la rima para contribuir a la unidad del poema. El hecho de escribir la obra en tercetos insiste igualmente en la elección de una forma popular (como la lengua, como el estilo), porque es una forma que parece derivar del serventesio, composición satírica popular formada por tres endecasílabos monorrimos más un pentasílabo que introduce la rima de la estrofa siguiente. Dante suprime el último verso e introduce en los endecasílabos la rima que constituye la técnica del encadenamiento.

En el poema se nos narra el viaje de Dante, que, en realidad, es una huida desde la selva en que se encuentra perdido (que simboliza el pecado) por el único camino practicable, por el subsuelo, guiado por el alma de Virgilio (que simboliza la razón y, efectivamente, es la razón quien nos hace dominar el pecado, al que nos llevan los instintos), a través del Infierno (donde vemos cara a cara a los pecadores y conocemos sus castigos, con lo que al mismo tiempo que odiamos el pecado tememos sus consecuencias), ascendiendo más tarde, ya al otro lado del mundo, pues hemos atravesado la tierra, por la montaña que simboliza el Purgatorio; una vez limpios, pasamos al Paraíso terrenal (donde estuvieron Adán y Eva antes de la falta, es decir, sin necesidad de purgatorio), colocado en la cumbre de la montaña, desde donde ya podemos entrar en el Paraíso celestial y llegar, finalmente, a la salvación o contemplación de Dios.

El viaje tiene una infraestructura física y se realiza, históricamente, en un período de tiempo concreto: desde el anochecer del siete de abril, Jueves Santo del año 1300, y por tanto día de la redención del hombre por la muerte de Jesús. Narrado en primera persona y en tiempo pasado, lo que significa que Dante *ya* ha realizado el viaje, ya se encuentra purificado y, por tanto, ya conoce en cada momento de su narración lo que va a ocurrir a continuación; pero como al mismo tiempo, cada paso del viaje, cada encuentro con las almas van provocando cambios en la conciencia y en la existencia del protagonista, *estamos presenciando el tiempo exacto del viaje*, en un dinamismo físico de movimiento que es a la vez un dinamismo espiritual de perfeccionamiento, lo que nos podemos explicar solamente si desdoblamos al *autor* de lo que leemos ahora y al *viajero* que era en los momentos que nos está describiendo.

La alegoría y la lectura de la Divina Comedia

Para poder comprender cuanto se quiere significar por debajo de este argumento literal, es decir, por debajo de la materialidad física del viaje, es necesario tener en cuenta una característica del pensamiento medieval para el cual la experiencia cotidiana, la realidad sensible, y hasta la misma historia en su devenir terreno, no son más que verdades contingentes. Las realidades esenciales son trascendentes con respecto de las del mundo sensible, aunque este último pueda ser un reflejo de aquéllas o, en cierto modo, representar en forma sensible, es decir, comprensible para el también contingente ser humano, las verdades esenciales existentes en la mente divina.

Dios habla a los hombres a través de la Biblia, pero también a través de lo creado, del libro de la naturaleza. Esta última, a la vez que es verdad contingente, es alegoría o reflejo de una verdad trascendente. La naturaleza se interpreta desde la Biblia; al lenguaje de las palabras, *verba*, se corresponde el lenguaje de las cosas, *res*, que no son más que *signa translata*, signos o imágenes de las palabras, alegorías. El mundo sensible es, pues, polisémico, porque, además de ser lo que vemos con los sentidos, es imagen de una esencia no perceptible por los sentidos sino por la razón, que puede leer en él el valor alegórico, el moral y, finalmente, el anagógico. Los exégetas medievales distinguen entre los textos poéticos y los teológicos; los primeros no son verdad en cuanto a la materialidad literal de lo que dicen (el viaje de Dante en cuerpo mortal por el mundo de ultratumba no es verdad), pero sí son ciertos en lo que alegóricamente quieren decir (Dante imagina en su visión algo que es cierto: el orden establecido por Dios como finalidad de la creación del hombre). Los textos teológicos, por el contrario, son verdad en cuanto a la materialidad literal de lo que dicen y en cuanto a lo que alegóricamente quieren decir, y que manifiestan en tres sentidos: el alegórico propiamente dicho (verdad de fe), el moral o tropológico (verdad de ejemplo) y el anagógico (que refleja la realidad del mundo trascendente). El mismo Dante nos invita repetidas veces a estas posibilidades de lectura. Ya en el *Convivio* (II, 1, 2, 3) nos explica:

> Los textos pueden y deben ser interpretados en cuatro sentidos: el primero se llama *literal*… y no significa más que lo que dicen sus palabras… El segundo se llama *alegórico* y es el significado que se oculta bajo el manto del argumento y consiste en una verdad escondida en una bella ficción… El tercero se llama *moral*, que los lectores deben buscar atentamente a través de la lectura para la propia mejora y la de sus descendientes… El cuarto sentido, que se llama *anagógico*, es decir, sobreentendido, que es aquel en el cual, siendo verdad lo que se dice literalmente, es además verdad porque se refiere a verdades concernientes a la gloria eterna.

Para explicar el sentido anagógico Dante recurre al ejemplo del Salmo 113, la salida de Egipto del pueblo de Israel: verdad históricamente (ocurrió en realidad) y verdad espiritualmente: cuando el alma se libera del pecado queda pura y libre. El mismo salmo le sirve para explicar los cuatro significados en la *Epístola XIII*: Literal: la liberación del pueblo de Israel; Alegórico: nuestra redención por Cristo; Moral: el alma se libera del pecado; y Anagógico: el alma pasa de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria eterna.

No podemos negar que este ejemplo aplicado a la DIVINA COMEDIA nos produce algún desconcierto, porque el proponer la lectura de su poema como texto teológico nos invita a tomar el sentido literal como verdad histórica, es decir, como habiendo realizado auténticamente el viaje ultramundano y no sólo como parábola o imagen del paso del hombre por la tierra. ¿Cómo debemos entender, pues, la ficción de esta obra? Porque si acentuamos su carácter imaginario se compromete la dimensión ejemplar de su «verdad», y si, al contrario, insistimos sobre su «autenticidad», estamos postulando una verdadera exégesis bíblica o de revelación. En este caso, nuestra sensibilidad moderna, nos coloca ante un verdadero dilema que únicamente podemos resolver *aceptando la autenticidad de la visión dantesca*, aceptando, aun sin comprenderla, la misteriosa fuerza que empuja a algunas almas al arrebato místico y a la contemplación directa de Dios.

En el Canto I del *Paraíso* cuando Dante se dispone a narrarnos lo inenarrable, es decir, cuando va a tratar (y suponemos que con completa seriedad) de la esencia divina, distingue entre la materialidad del poema y la absoluta verdad de la visión:

Veramente quant'io del regno santo
nella mia mente potei far tesoro
sarà ora materia del mio canto[5] *(Par., I, 10-13).*

El tono de toda la Cántica viene marcado a menudo por el temor a las limitaciones humanas para poder expresar «lo que vi realmente»:

quanto è corto il dire e come fioco
al mio concetto! e questo, a quel ch'i' vidi,
è tanto, che non basta a dicer poco[6] *(Par., XXXIII, 121-123).*

Como ya hemos dicho, sólo aceptando la autenticidad del rapto místico del hombre podemos entender el dolor del regreso a que se ha visto obligado el poeta tras su visión mística.

La estructura textual y la lectura moral

El orden que encontramos en los tres reinos de ultratumba se manifiesta en las tres cánticas (*Infierno, Purgatorio* y *Paraíso*) por medio de unas estructuras perfectamente calculadas y que se corresponden entre sí de manera simétrica, no sólo en el número de cantos, sino en las divisiones «topográficas» internas: en el *Infierno* se encuentran distribuidos los diferentes pecados, como en el *Purgatorio* las distintas inclinaciones pecaminosas y en el *Paraíso* las diferentes virtudes. La localización «topográfica» de las almas, así como el aspecto que presentan o la situación concreta en que se encuentran, se corresponden con la naturaleza del pecado-tendencia-virtud que los define y con la clase de castigo-purga-premio correspondiente. La estructura del poema está, pues, gobernada por unas leyes morales que ponen en estrecha relación la actuación de cada uno de los personajes en esta tierra y el destino que tienen reservado sus almas en el más allá.

Conforme vamos avanzando en la lectura, el poeta nos va explicando la distribución «geográfica» en que organiza el mundo de ultratumba y las razones morales por las que configura de esa manera su visión. El infierno, en efecto, es una especie de cráter, un cono invertido, por el que se va descendiendo por medio de círculos cada vez más estrechos, más agobiantes y dolorosos. En los primeros círculos, los que, sin entrar en teologías, podríamos definir como «menos graves», se castigan los pecados de incontinencia, es decir, aquellos causados por un instinto natural (que es, en sí, moralmente indiferente) que no ha estado sometido o refrenado por la razón: son la lujuria, la gula o la avaricia. Pero mientras más avanzamos-descendemos por el infierno, vamos encontrando los pecados cometidos voluntariamente, por malicia o deseo consciente de quebrantar la justicia divina. En el Canto XI del Infierno se nos ofrece la explicación moral de la disposición física a que nos hemos referido, que se corresponde con este esquema.

Hemos ido descendiendo hasta lo más profundo del Infierno, por una especie de cráter que llega hasta el centro de la Tierra, hundiéndonos cada vez más en el pecado. Ahora en la segunda Cántica, vamos a realizar el movimiento contrario ascendiendo por la montaña del Purgatorio. El hemisferio que hemos abandonado está formado por las tierras; este al que hemos salido es el hemisferio cubierto por las aguas. En su centro emerge una isla en forma de montaña, en cuya cumbre se encuentra el Paraíso Terrenal, donde el hombre vivió en estado de inocencia cuando fue creado y por el que ha de pasar Dante, una vez purificado por el ascenso, para desde allí saltar a la visión de beatitud que Dios le tiene reservada en el Paraíso Celestial. Así pues, el viajero ha de recorrer a la inversa (incluso físicamente a la inversa) el camino seguido por el género humano: del bien al mal. Ahora tendrá que ir del mal (infierno) al bien, y lo hará en forma de experiencia personal, a través de la visión de los castigos eternos y de las penas purificadoras, hasta alcanzar la visión beatífica.

Entramos en el mundo de la expiación, donde encontraremos a los que se han salvado aunque de momento sigan purgando sus faltas. Debe cambiar, por tanto, el criterio moral que ordena esta Cántica: su principio ordenador se fundamenta sobre el amor. El amor es algo congénito a la naturaleza humana (al fin y al cabo, el hombre fue creado por un acto infinito de amor) y, por consiguiente, el amor es fuente de actuación tanto de la virtud como del vicio. Todos los personajes que encontramos en el *Purgatorio* han actuado por amor, aunque lo hayan hecho de forma equivocada.

También aquí, como en el *Infierno*, las almas están divididas según tres criterios: los que han amado el mal, los que han amado el bien, pero tibiamente y sin fuerza, y los que han amado intensamente pero han puesto su amor en un objeto erróneo. Sólo escapan a este criterio ordenador las almas que encontramos en la playa de esta isla, antes de empezar a subir la montaña y que todavía no están en el Purgatorio propiamente dicho: las de los que se arrepintieron a última hora por negligentes o porque fueron sorprendidos por muerte violenta o porque se ocuparon demasiado exclusivamente en el estudio, las armas o la política.

Como podemos ver, se reproduce en este reino, de forma simétrica aunque invertida, el mismo orden que hemos encontrado en el *Infierno*: allí vimos en primer lugar el pecado «menos grave» y es lógico que lo encontremos aquí en el último lugar. A diferencia del *Infierno* y en armonía con la naturaleza de este segundo reino y con su representación topográfica (colocado entre tierra y cielo para poder subir a éste), es lógico que las penas se establezcan siguiendo el orden de mayor a menor gravedad.

También la última Cántica está ordenada topográficamente, pero los criterios morales para este ordenamiento son más complejos desde el momento en que estamos tratando del Uno, de la Perfección, que, por su misma esencia, no admite posibles gradaciones. Los beatos son *todos* completamente felices, están *todos* en el Paraíso y, sin embargo, nos son presentados en la infinita variedad que existe en la completa felicidad. El tema de esta Cántica trasciende la «materialidad del lugar» en el que estamos y se convierte en la glorificación del mismísimo Dios, que se manifiesta en la gloria de todos y cada uno de los beatos, única y múltiple a la vez, por tanto.

El trayecto que está recorriendo Dante es de carácter cognoscitivo, subiendo por las esferas celestiales, preguntando constantemente y oyendo las continuas explicaciones que Beatriz y los demás beatos le van ofreciendo, y así, conforme se va elevando, *va entendiendo más*, hasta llegar al conocimiento completo, que es la posesión del mismo Dios. Por eso hay que entender los grados de las diferentes esferas celestiales como la gradual comprensión por parte de Dante de las distintas vías y razones, el cómo y el porqué de la beatitud, en otras palabras, el cómo de la esencia de Dios. En esta Cántica se cierra sobre sí misma el círculo de la voluntad

divina, desde la creación hasta la eterna felicidad del ser creado, al conseguir la unión perfecta con la Esencia que lo creó.

Aunque es difícil entender la clasificación moral del Paraíso según la visión de Dante. Está clara su antipatía por los débiles de carácter; su poco aprecio por los que cedieron a la ambición natural y la actividad exclusivamente terrenal, y su mayor aprecio por los espíritus contemplativos que por los militantes. Más que la estructura moral son las dudas de Dante, que es al mismo tiempo hombre de fe, las que constituyen la estructura moral del Paraíso.

Estructura física de la obra

A la mitad de su vida, Dante adquiere conciencia de haberse apartado del camino recto, el de la virtud, y se encuentra perdido en la oscura selva del pecado. Intenta escapar subiendo a una hermosa colina que se ofrece a su vista, pero se lo impiden tres animales que le cierran el paso: una pantera, que simboliza los pecados cometidos por incontinencia; un león, símbolo de la violencia, y una loba, en la que el poeta simboliza el engaño, el fraude, el abuso de confianza y la traición. En este mismo orden iremos encontrando a los pecadores en nuestro viaje a través del Infierno. Dante baja de nuevo hasta la selva, buscando otra salida, cuando lo detiene Virgilio y le explica que no podrá escapar de estos animales y subir a la colina por ese camino. Al mismo tiempo le profetiza que un día llegará un Lebrel, un príncipe cristiano, que ahuyentará a la loba y la precipitará en los infiernos. Para escapar de la situación en que ahora se encuentra debe confiar en Virgilio, que lo sacará de la selva por un camino más largo: a través del Infierno, por el centro de la Tierra, hasta llegar al Purgatorio. Más adelante, alguien más digno que el mismo Virgilio lo llevará a la contemplación de los bienaventurados. Los dos poetas se ponen en camino (Canto I).

En los intentos de escapar de la selva ha pasado el día y está anocheciendo. Dante se desanima ante el largo camino que ha de recorrer, pero Virgilio le devuelve la confianza explicándole que Beatriz (convertida ahora en el impulso al bien que ha de librar a Dante del pecado), advertida por Santa Lucía y a instancias de la Virgen, es quien le envía para rescatarlo. El estado de Dante es tan desesperado que la Gracia es incapaz de moverlo. Afortunadamente, le queda todavía la razón humana, simbolizada por el poeta latino, que podrá conducirlo, en una primera etapa, hasta el punto en que la Gracia pueda volver a ser efectiva. Con nuevas fuerzas, Dante reemprende el camino en pos de su Guía (Canto II). Llegan así a la puerta del Infierno, donde un escrito les advierte que emprenden un viaje sin retorno. El Infierno fue creado por voluntad divina y como acto de justicia. Pasada la puerta, se encuentran en el vestíbulo donde los apáticos corren eternamente perseguidos por enjambres de avispas que los atormentan. Despreciados tanto por la misericordia como por la justicia, tanto por Dios como por Lucifer, ni siquiera son aceptados en el

Infierno. Encuentran el río Aqueronte y el barquero Carón se niega a pasar a Dante a la otra orilla porque todavía está vivo. Virgilio le obliga a obedecer, explicándole el motivo del viaje. Un violento terremoto hace que Dante se desvanezca (Canto III). Recuperado de su desmayo, se encuentran al otro lado del río y entran en el primer Círculo infernal, el Limbo, donde se hallan para la eternidad, deseando en vano contemplar a Dios, las almas de los que no pecaron pero tampoco recibieron las aguas del bautismo: los inocentes y los grandes hombres de la antigüedad pagana, poetas (Homero, Horacio, Ovidio, Lucano), héroes (Héctor, Eneas, César, Bruto el Republicano), virtuosas mujeres (Lucrecia, Julia, Marcia, Cornelia) y filósofos (Sócrates, Platón, Demetrio, Diógenes) (Canto IV).

Bajan después al segundo Círculo, donde están penando los que pecaron por incontinencia. A la entrada se encuentra Minos, el juez infernal, enviando a las almas al castigo correspondiente a cada pecado. Vencida su oposición a dejar entrar a Dante al declarar Virgilio la suprema voluntad que así lo quiere, los viajeros entran para contemplar a los lujuriosos, arrastrados eternamente por un torbellino, imagen equivalente de la pasión que los arrastró en esta vida. Tras una rápida visión de los amantes más famosos de la antigüedad (Semíramis, Cleopatra, Elena de Troya, Aquiles) y de la tradición medieval (Tristán), se detienen en emocionado coloquio con Paolo y Francesca. Por boca de la infeliz conoce Dante la historia de los adúlteros amores que los han conducido a aquel estado (Canto V):

Amor, ch'al cor gentil ratto s'apprende,
prese costui della bella persona
che mi fu tolta; e 'l modo ancor m'offende.
Amor, ch'a nullo amato amar perdona,
mi prese del costui piacer sì forte,
che, come vedi, ancor non m'abbandona.
Amor condusse noi ad una morte[7]*… (Inf., V, 100-106).*

Cuando Dante se recupera del desfallecimiento que le ha producido la dolorosa contemplación de los dos amantes, se encuentra en el tercer Círculo, donde son castigados los glotones, anegados en el cieno, la lluvia y el granizo, continuamente amedrentados por el trifauce Cerbero. Allí su compatriota Ciacco le profetiza los desastres que amenazan a Florencia y las penas que están sufriendo ya o que aguardan a su muerte a otros protagonistas de la situación florentina contemporánea. El amor hacia el otro, que justificaba hasta cierto punto a los condenados en el Círculo anterior, ha desaparecido en éste, y empezamos a encontrar el amor por uno mismo, simbolizado aquí por la glotonería. Sin reciprocidad, sin posibilidad de comunicación, cada una de las almas se encuentra aquí aislada y hundida en el fango. El amor, que por boca de Francesca hemos sabido que sobrevive en el Círculo anterior, aquí ha desaparecido (Canto VI).

Tras vencer la oposición de Plutón, encuentran en el Círculo cuarto a los avaros y los pródigos, dos caras del mismo pecado de incontinencia, arrojándose mutuamente grandes rocas e insultándose unos a otros. Virgilio explica la naturaleza de la Fortuna. Descienden por un acantilado y cruzan la laguna Estigia, que forma el quinto Círculo, donde se encuentran los iracundos. Por la orilla llegan al pie de una atalaya. Un grado más en el proceso de degeneración y hemos llegado al egoísmo, que, naturalmente, se opone a todos los demás egoísmos, efecto representado por el antagonismo de avaros y dispendiosos (Canto VII).

Desde la atalaya se manda aviso a la Ciudad de Lucifer (*Città di Dite*) a Flegias para transbordar a los viajeros al otro lado de la laguna Estigia. Flegias, hijo de Marte y de una mortal, fue rey de Beocia. Su hija fue seducida por Apolo y para vengarla Flegias incendió el templo del dios. Conocida esta leyenda mitológica, nos explicamos el papel que le asigna Dante al colocarlo entre el Círculo de los iracundos y la ciudad de Dite, la ciudad de los impíos, que comprende el resto del Infierno que aún nos queda por visitar, su parte más profunda y, por tanto, la más terrible. Los pecados que encierra son los de violencia y engaño, y podríamos decir que sin ningún atenuante, o sea, cometidos voluntariamente. En el trayecto se produce el encuentro con Filippo Argenti (Canto VIII).

Detenidos por los ángeles caídos, tanto Dante como el mismo Virgilio dudan. Aparecen las Furias, Erinnias, que amenazan al viajero con la Medusa Gorgona, y Virgilio le advierte que cierre los ojos ante ella, porque si la viese ya no podría salir del Infierno, «*nulla sarebbe del tornar mai suso*». Los comentaristas no siempre están de acuerdo en la interpretación del personaje, aunque parece ser, según el sentido general de la alegoría del poema, que se trata de una personificación de la herejía (en seguida encontraremos a los herejes). Más grave, pues, que las otras tentaciones que hemos encontrado hasta ahora, es la duda religiosa, el más peligroso obstáculo para la salvación del hombre. Para escapar de la misma no basta la razón humana (Virgilio) y es necesaria la intervención de la Gracia, personificada en el ángel que es enviado para salvar el obstáculo. Precedido de un ruido atronador, aparece el enviado celestial, que rechaza a los ángeles caídos y franquea las puertas de la ciudad. Al otro lado, los dos viajeros encuentran un valle donde están las tumbas de los herejes (Canto IX).

En el sexto Círculo nos encontramos ya dentro de la ciudad de Lucifer y el primer personaje con el que se enfrenta Dante es su compatriota Farinata degli Uberti, jefe de la facción gibelina, que había tenido tanto peso en la política de Florencia hasta que, por la «superbia» del partido, fue exiliado de la ciudad. Dante, perteneciente al partido güelfo, discute con Farinata, que le profetiza su propio exilio. No olvidemos que, aunque el viaje que se nos está describiendo ocurre en el año 1300, Dante escribe su obra cuando ya está exiliado de la ciudad a la que nunca habría de volver. Mientras hablan los interrumpe otro florentino, Cavalcante dei Cavalcanti, que pregunta a Dante por su hijo, el poeta Guido Cavalcanti. Las almas de los condenados

recuerdan el pasado y entrevén el futuro, pero no pueden conocer el presente. A partir de ahora entramos en el más horrendo de los infiernos, donde se castigan los pecados cometidos por un acto volitivo y consciente. El primero de ellos es, como ya hemos dicho, la herejía. Un hereje, para Dante, es una persona que, con perfecta conciencia de lo que hace, acepta a la Iglesia pero, al mismo tiempo, sigue su propio juicio en determinadas materias dogmáticas, rechazando el magisterio de aquélla. Sólo en este sentido podemos explicarnos la condena en este Círculo de Federico II de Sicilia, a quien tanto admiraba Dante, y del cardenal Ubaldini (Canto X).

Mientras descansan, Virgilio explica a Dante la organización del Infierno. Es un canto clave, pues, para entender tanto la topografía como la intención alegórica de esta Cántica, Dante se inspira para la clasificación de los pecados en Aristóteles, dividiéndolos en tres clases: a) pecados por incontinencia o apetito incontrolado; b) por violencia o apetitos pervertidos, y c) por malicia o mal uso de la facultad humana del raciocinio. A esta división añade, como cristiano, un círculo para los que no se han beneficiado de la redención de Cristo (Limbo) y otros para los que la han forzado racionalmente (herejes), completando así los nueve círculos del Infierno. Los apáticos, como ya hemos visto, que ni creyeron ni actuaron, están en el Vestíbulo, que no es uno de los círculos. Aunque el número nueve se repite en las tres cánticas, en el caso del Infierno la complicación es mayor porque el Círculo de la violencia (séptimo) está dividido en tres recintos y el de la malicia en diez fosos, más otros cuatro recintos, como veremos (Canto XI).

Cuando van a bajar al séptimo Círculo, en cuyo primer recinto se encuentran los violentos contra el prójimo, se les opone el Minotauro, a quien Virgilio enfurece con una burla. Los dos poetas aprovechan la ceguera de su furia para bajar por el inseguro sendero que ofrecen unas rocas derrumbadas que cayeron, según Virgilio explica, a causa del terremoto que se produjo cuando Cristo bajó al Limbo. Llegan al río Flegentonte, en el que están sumergidos los violentos contra el prójimo, vigilados por los Centauros. Uno de ellos, Neso, los guía a través de un vado mientras les va mostrando a los diversos tiranos condenados en el hirviente río de sangre (Alejandro Magno, Dionisio de Siracusa, Ezzelino da Romano…). En este Círculo y en el siguiente encontramos unos guardianes de origen mitológico, mitad hombres y mitad animales, símbolos de la razón humana sometida a una pasión animal. No olvidemos que estamos en el sector del Infierno dedicado a la violencia o bestialidad, simbolizada por el *león* del Canto I. Hasta aquí hemos estado visitando a los condenados por incontinencia, simbolizada por la *pantera* del mismo canto (Canto XII).

En el segundo recinto del Círculo séptimo se encuentran los violentos contra sí mismos y sus propiedades. Están en la selva dolorosa cuyos árboles encierran las almas de los suicidas. Uno de ellos, Pier della Vigna, cuenta a Dante su historia y le explica el castigo de la transmutación en árboles («deshumanización») y lo que ocurrirá con sus cuerpos, esos cuerpos que ellos mismos han despreciado, el día del

Juicio Final. El suicidio es, en alguna manera, una violencia contra el propio cuerpo. Las almas condenadas por este pecado están, pues, desprovistas de toda apariencia humana, transformadas en vegetales. Ni siquiera cuando, tras el Juicio Final, los cuerpos vuelvan a reunirse con sus almas para toda la eternidad, los suicidas conseguirán la apariencia humana, porque sus cuerpos colgarán como ahorcados de las ramas de este bosque doloroso (Canto XIII).

En el tercer recinto del Círculo están condenados los violentos contra Dios, la naturaleza y el arte, en un desierto de arena ardiente y bajo una continua lluvia de fuego. Los poetas van bordeándolo hasta llegar a un riachuelo de color rojo. Allí Virgilio explica el origen de los diversos ríos infernales. Entre los blasfemos destaca la orgullosa figura de Capaneo, uno de los siete reyes que combatieron contra Tebas, protegida por Dionisos, y que desafía al mismo Zeus, que termina fulminándolo (Canto XIV). Continúan caminando por el tercer recinto y encuentran a los violentos contra naturaleza, los sodomitas, condenados a correr eternamente bajo el fuego. Entre ellos va Brunetto Latini, que predice a Dante las persecuciones de que le harán objeto sus compatriotas. A pesar de la condena por su pecado, no dejamos de notar el amor y el respeto de Dante por su maestro (Canto XV):

Ché ‘n la mente m’è fitta, e or m’accora
la cara e buona imagine paterna
di voi quando nel mondo ad ora ad ora
m’insegnavate come l’uom s’etterna[8]*… (Inf., XV, 82-85).*

Los sodomitas simbolizan aquí todos los vicios que dañan la naturaleza del cuerpo humano. Su inútil carrera es símbolo de la esterilidad de sus amores terrenos.

Entre otros personajes, encuentran a continuación a tres nobles florentinos, Guido Guerra, Tegghiaio Aldobrandi y Jacopo Rusticucci, famosos por su actividad política en el bando güelfo, a los que describe con tonos apocalípticos el grado de degeneración y decadencia a que había llegado Florencia (Canto XVI):

La gente nova e’ subiti guadagni
orgoglio e dismisura han generata,
Fiorenza, in te, si che tu già ten piagni[9] *(Inf., XVI, 73-75).*

Mientras Virgilio habla con Gerión (ser monstruoso con rostro humano, cuerpo de reptil y garras de león, probablemente símbolo del engaño), Dante contempla a los usureros que se encuentran en las ardientes arenas. Luego, montados sobre Gerión, vuelan al Círculo octavo (Canto XVII).

En el octavo Círculo, que está dividido en diez fosos, penan los que han cometido todo tipo de fraude. Los dos poetas van andando a lo largo del Primer Foso, en el que

encuentran a los rufianes y seductores. Por medio de un puente de piedra descienden al Segundo, en el que se hallan los aduladores. Los *malebolge*, o fosos de podredumbre, van descendiendo de forma concéntrica hasta llegar al pozo que constituye el centro del Infierno. Son la imagen de la sociedad en corrupción, la progresiva desintegración de todo tipo de relaciones entre los hombres, sexuales, religiosas, políticas, lingüísticas, etc., hasta llegar al pozo donde ha desaparecido el menor rastro de confianza y de comunicación y de donde no se puede esperar más que el eterno despeñamiento en el abismo. Los rufianes y seductores son los que aprovechan las pasiones de los demás para servir a sus propios intereses; aunque presentados desde el punto de vista del engaño amoroso, son referibles a todo tipo de pasiones, no sólo a la sexual. Los aduladores, que también explotan a los demás engañando sus deseos con palabras, son símbolo de la corrupción de la lengua y la comunicación entre los hombres (Canto XVIII).

En el tercer foso están los simoníacos, hundidos cabeza abajo en el suelo y con los pies al aire, convertidos en antorchas. Aquí el papa Nicolás III está esperando a algunos de sus sucesores en la silla de San Pedro. Dante condena así la avaricia del Papado, simbolizada en la simonía o comercio con las cosas que pertenecen a Dios (Canto XIX).

En el cuarto foso están los adivinos, con las cabezas colocadas al revés sobre los hombros, mirando y andando, por tanto, hacia atrás, y representando así a los que han usurpado el poder de Dios de conocer el futuro. Los cuerpos retorcidos son la imagen de la deformación del conocimiento y la verdadera ciencia. Astrólogos y adivinos de la antigüedad, Anfiarao, Tiresias, Aronte y Manto. Virgilio cuenta los orígenes de su ciudad natal, Mantua. Entre los adivinos modernos se encuentran Miguel Scoto, Guido Bonatti, etc. (Canto XX).

Siguen caminando y en el quinto foso encuentran a los estafadores, los que se han enriquecido con el cohecho o tráfico de los cargos públicos y que, paralelamente, representan en la vida civil lo que los simoníacos en las relaciones religiosas. Hay en este canto una descripción grotesca del Infierno en la que no debemos ver un intento de aliviar la tensión cada vez más fuerte a la que nos está sometiendo la lectura, lo que sería ilógico, sino más bien un intento de representar, por medio del ridículo, el profundo desprecio que siente Dante por los lugares que está recorriendo. He aquí traducidos los nombres de los doce diablos que Dante menciona en este canto: *Malebranche*, «Malas garras»; *Malacoda*, «Cola maldita»; *Scarmiglione*, «el que arranca los cabellos»; *Alichin*, «el que doblega a los otros»; *Calcabrina*, «el que pisotea el rocío»; *Cagnazzo*, «Perro malo»; *Barbariccia*, «el de la barba erizada»; *Libicocco*, «Deseo ardiente»; *Draghinazzo*, «Veneno de dragón»; *Ciriatto-Sannuto*, «Colmillo de jabalí»; *Graffiaccane*, «Perro que araña», y *Rubicante*, «Inflamado», versiones todas ellas que he tomado del Comentario a la *Comedia* de Cristóforo Landino (Canto XXI).

Al haberse roto el puente por el que habrían de bajar al siguiente foso, tienen que caminar por el borde hasta el siguiente puente y así siguen encontrando más ejemplos de este abundante tipo de pecadores. Presencian una riña entre diablos, que es el símbolo de que el «orden» del Infierno está basado en el desorden, el engaño y la falsedad (Canto XXII).

El lento exordio del canto siguiente, en contraste, además, con el escándalo con que hemos salido del quinto foso, crea la impresión de silencio, soledad y recogimiento, las tres virtudes que deben adornar la vida monástica. Porque, efectivamente, entramos en el foso de los hipócritas, que desfilan ante nuestra vista como en una procesión conventual, revestidos de largas capas doradas por fuera pero de pesado plomo por dentro. La intención satírica contra las órdenes religiosas en particular y contra la Iglesia en general, por sus ambiciones y maniobras políticas, ha sido vista por todos los comentaristas (Canto XXIII).

En los dos cantos siguientes están castigados los ladrones, en el séptimo foso. Vanni Fucci predice la destrucción del partido *Blanco* güelfo de Florencia, al que pertenecía nuestro autor. Corren intentando escapar del castigo, pero continuamente están convirtiéndose en serpientes: de la misma manera que en vida ellos robaban la propiedad de otros, aquí son despojados de su propia forma; de la misma manera que en la tierra desconocieron las palabras *meum* y *tuum*, aquí han perdido la capacidad de diferenciar entre el *yo* y el *tú*. Entre ellos abundan los florentinos (Cantos XXIV y XXV).

La vergonzosa constatación de la calidad moral de sus compatriotas hace que Dante inicie el canto siguiente con la célebre invectiva contra Florencia:

Godi, Fiorenza, poi che se' sì grande,
che per mare e per terra batti l'ali,
e per lo 'nferno tuo nome si spande[10]*! (Inf., XXVI, 1-3).*

En el octavo foso se encuentran los falsos consejeros: no se trata de los que engañaron a aquellos a los que aconsejaban, sino de los consejeros del engaño mismo. Entre ellos, Ulises y Diomedes (Canto XXVI). El espíritu de Guido de Montefeltro pide a Dante noticias de la Romaña y le cuenta su propia historia. Es un capitán de fortuna que logra establecerse como señor de Urbino por medio de engaños y hechos de armas. El significado de este episodio se concentra precisamente en la condena de la astucia política como norma de actuación en lugar de las leyes divinas que deberían regular las relaciones de la vida pública (Canto XXVII).

En el noveno foso están los sembradores de discordias, tanto en el terreno religioso (Mahoma, Alí) como en el político (Pedro de Medicina y Curión) y en el familiar (Bertrán de Born), y allí son eternamente descuartizados (Cantos XXVIII y XXIX). En el décimo foso se encuentran los falsificadores y deformadores de

metales, palabras, dinero o personas. Los primeros están representados por los alquimistas (Canto XXIX). Las otras tres categorías aparecen en el canto siguiente.

Hemos llegado, finalmente, al pozo que está rodeado de Gigantes, uno de los cuales, Anteo, les ayudará a bajar. Alegóricamente, los Gigantes, que se rebelaron contra Zeus, representan el orgullo de Lucifer, que se rebeló contra Dios. Pero al mismo tiempo son la imagen de la fuerza ciega, completamente animal, que queda en el alma cuando han desaparecido los lazos del amor y la luz del intelecto. Así, Nemrod, Efialto y Anteo representan respectivamente la vacía estupidez, la ciega rabia y la vanidad sin sentido (Canto XXXI).

En el noveno Círculo se entra en el Cocito, lago helado donde están aprisionadas las almas de los traidores. Dividido en tres recintos, en el primero de ellos, Caína (derivado de Caín, asesino de su hermano), están los traidores a la propia sangre o a los parientes. En el segundo, llamado Antenora (de Antenor, el troyano que entregó su ciudad a los griegos), los traidores a la patria (Canto XXXII). Tras oír en el canto anterior la terrible historia del conde Ugolino, uno de los episodios más espeluznantes de la DIVINA COMEDIA, penetramos en el tercer recinto, Ptolomea (el nombre del general de Jericó que invitó al sumo sacerdote Simón y a sus hijos para asesinarlos durante el banquete), donde están condenados los traidores contra sus propios huéspedes (Canto XXXIII).

Después de pasar el recinto de la Giudecca (del nombre del discípulo que traicionó a Cristo) se encuentran finalmente con Lucifer, que está devorando contemporáneamente con sus tres bocas a Judas, Bruto y Casio. Pasan, a lo largo del cuerpo del señor de los Infiernos, a través del centro de la Tierra, y se encuentran, ahora boca abajo, en una caverna rocosa. Deben seguir el curso del río Leteo, atravesando el hemisferio inferior, hasta salir a las islas de las antípodas, donde se levanta el monte del Purgatorio. Están otra vez fuera de la Tierra, a la que han atravesado de parte a parte, y se hallan de nuevo bajo la luz de las estrellas (Canto XXXIV).

Al salir de las profundidades de la Tierra, los dos viajeros contemplan el cielo iluminado por Venus (símbolo del amor que desde ahora irá aproximándonos a Dios), en el que destacan cuatro estrellas que simbolizan las cuatro virtudes cardinales. Más adelante, ya en el Canto VIII del *Purgatorio*, encontraremos las virtudes teologales, que, a su vez, serán descritas en los cantos finales del *Paraíso*.

En medio del hemisferio terrestre ocupado por las aguas surge una isla que se levanta en forma de montaña, cuya cúspide, el Paraíso Terrenal, no puede ser alcanzada por la vista humana. Encuentran a Catón, el pagano prototipo de la rectitud, que, como guardián de la entrada del Purgatorio, se extraña del sentido que lleva el viaje de los dos poetas. Virgilio le aclara lo insólito de la situación y el prudente pagano, tras aconsejar a Dante que en su paso por el Purgatorio quede

limpio de las impurezas del lugar que acaba de abandonar, les deja el paso franco y desaparece (Cantos I y II).

Está amaneciendo (nuevo símbolo). Antes de iniciar el camino ven llegar al ángel barquero que transporta las almas de los que, ya salvados, han de purgar sus pecados en el ascenso de la montaña. Nuestros viajeros no están todavía en el Antepurgatorio y, buscando un camino accesible por donde comenzar la escalada, encuentran un grupo de almas que, por amor, les indican el camino. Entre ellas está el espíritu de Manfredo, hijo de Federico II y rey de Sicilia, que les explica cómo ha logrado salvarse a pesar de la excomunión que pesó sobre él en vida. Las simpatías políticas y culturales de Dante no interfieren para que condene los pecados de Manfredo (como antes hizo con el epicureísmo de su padre en *Infierno,* X). Si lo vemos aquí, en el Purgatorio, es porque, como él mismo nos cuenta, se había arrepentido en el momento de su muerte. Dante usa al personaje, además, para expresar sus críticas sobre la utilización interesada e indiscriminada de la excomunión por parte del Papado (Canto III).

Los espíritus les muestran el angosto portillo por el que deben emprender la subida y un estrecho y empinado sendero. Por él llegan al primer rellano del Antepurgatorio, ocupado por los negligentes, almas que por su pereza esperaron hasta el último momento para arrepentirse; por eso deben esperar antes de entrar en el Purgatorio, y sin que empiecen a descontarse sus penas, tanto tiempo como vivieron en la tierra. Como Virgilio había hecho con el Infierno, ahora es Belacqua quien explica las características de la montaña y su valor purgativo (Canto IV). Ascienden hasta el segundo rellano del Antepurgatorio, donde hallan las almas de los negligentes que murieron violentamente, arrepintiéndose en el último momento. Como Manfredo en el Canto III, ahora Buonconte de Montefeltro insiste en el valor de la misericordia divina que garantiza la salvación por un solo acto de arrepentimiento. Termina el Canto con el emocionante episodio de Pia de’ Tolomei (Canto V), y continúa en el siguiente el desfile de personajes que ejemplifican los efectos del arrepentimiento *in extremis* a causa de una muerte repentina (Benincasa, Guccio Tarlati, Federico Novello, etc.). Dante interpela a Virgilio, que había negado el valor de la *oración (Aeneidos,* VI, 376) basándose en la inmutabilidad de los juicios divinos. El problema era de absoluta actualidad en tiempos de Dante y algunas herejías (valdenses, cátaros) llegaron a negar la existencia del Purgatorio y el valor de las indulgencias. Virgilio explica que la satisfacción debida a Dios por el pecador no se modifica cuantitativamente, aunque sí en la forma y el modo de prestarla. El amoroso encuentro de dos conciudadanos, Virgilio y el trovador Sordello de Mantua, hace estallar a Dante en uno de sus apasionados lamentos por la desunión de Italia:

> ¡Ay, Italia esclava, sede de todo dolor, nave desarbolada en plena tempestad, no señora de naciones, como antes fuiste, sino de todo tipo de ignominia! Aquí el noble espíritu de Sordello se llenó de alegría al encontrar a su compatriota y en

> cambio ahí los habitantes de una misma ciudad se desgarran en guerras intestinas. ¡Desgraciada! Mira alrededor de tus costas, mira en tu mismo seno, y no encontrarás ni un trozo de tierra que viva en paz (*Purg*., VI, 76-87).

Y de nuevo surge la súplica al Emperador (Alberto de Habsburgo) para que ponga paz en los estados italianos, que, según Dante (*Monarchia*), debían vivir felizmente unidos, de acuerdo con los designios providenciales, bajo la corona imperial: «*Vien, crudel, vieni e vedi la presura / de' tuoi fedeli…*».

> Ven, ingrato, ven, y mira la humillación de los que creen en ti; ven y alivia sus dolores. Mira la decadencia de Santafior. Mira a tu Roma que, como viuda, te llora y día y noche te llama: «César mío, ¿por qué no estás conmigo?». Ven a ver cómo se destrozan tus pueblos. Y si no te mueve piedad alguna por nosotros, ven al menos a contemplar tu vergüenza.

En el desolado panorama de Italia no podía faltar la imprecación a la ciudad natal, Florencia, con la que se cierra el Canto VI.

Virgilio explica a Sordello el motivo del viaje que están realizando y le pide orientación. El trovador les hace pasar la noche, pues ya declina el día, en el Valle Ameno, donde están aguardando el momento de empezar la ascensión del Purgatorio los reyes que dieron más importancia a la gloria terrenal que a la propia salvación. Sordello les va mostrando al emperador Rodolfo, «el que pudo curar las heridas que han dado muerte a Italia»; Otokar de Bohemia, Felipe III de Francia, Enrique de Navarra, Pedro III de Aragón, Carlos de Anjou… Es decir, los nombres de los que reinaron en diversas partes de Europa en el siglo XIII y sobre los que Dante va emitiendo su juicio. Se acercan a las almas reunidas en el Valle Ameno y hablan con ellas. Dos ángeles bajan a protegerlos y ahuyentan a la serpiente que los amenaza; Dante advierte al lector para que entienda el sentido alegórico y oculto del episodio que va a narrar, «*Aguzzaqui, lettor, ben li occhi al vero*»; pero la llegada de la serpiente (Tentación) y su expulsión por los ángeles (Gracia) no es tan sutil que no pueda ser comprendida, por lo que el aviso de Dante podría parecer superfluo. Pero tengamos en cuenta que las almas del Purgatorio ya no están sujetas a la tentación. De ahí que Dante se sienta obligado a prevenirnos contra la excesiva claridad del texto literal y nos haga referirlo alegóricamente al estado de las almas en esta vida: la serpiente es la tentación, que ataca donde más indefenso está el valle (alma), avanzando por entre las flores (los engaños del mundo) y alisándose la piel (disimulándose). Ya se acerca la aurora cuando Dante, vencido por el sueño, se queda dormido. Sueña que un águila de oro lo arrebata hacia el fuego y despierta ante la puerta del Purgatorio. La visión que Dante ha tenido en sueños se corresponde con lo que en realidad le está ocurriendo al mismo tiempo que duerme, como explica Virgilio un poco más adelante: ha sido Santa Lucía quien lo ha arrebatado mientras

dormía y lo ha depositado a la puerta del Purgatorio. Águila y santa son, pues, imágenes de la Gracia iluminativa. El ángel portero, subido sobre los tres escalones que simbolizan la confesión, es él mismo, a su vez, imagen del sacerdote; la espada que empuña es símbolo de la justicia, y su túnica color ceniza lo es de la penitencia (Cantos VII, VIII y IX).

Con el Canto X entramos en la primera cornisa del Purgatorio, subiendo por un camino estrecho y ondulante. Las paredes de roca, a uno y otro lado, están adornadas con bajorrelieves que representan historias bíblicas y profanas. Un grupo de almas se aproxima humildemente, inclinadas bajo el peso de las enormes piedras que trasportan. Estamos en la cornisa donde se purgan los pecados de soberbia, y los bajorrelieves que hemos contemplado nos ofrecen, precisamente, ejemplos de humildad: la Virgen María aceptando humildemente su misión, «*Ecce ancilla Dei*»; el rey David bailando como un histrión delante del Arca de la Alianza, con lo que era «más que rey y menos que rey»; por último, el emperador Trajano, prototipo en las leyendas medievales de magnanimidad, justicia y humildad, atendiendo la petición de la pobre viuda. Las almas se acercan a los viajeros entonando una hermosa paráfrasis del «Padre nuestro». Mientras los acompañan hasta el camino por el que tienen que seguir subiendo, algunas de las almas van presentándose a nuestra vista y explicando su historia y su actual situación (Omberto Aldobrandesco; Oderisi d'Agobbio, orgulloso pintor que, humildemente, se confiesa ahora inferior a Cimabue y Giotto; Provenzan Salvani, poderoso dirigente de los gibelinos seneses: con la victoria de los güelfos sus casas fueron arrasadas y borrada de la ciudad toda memoria suya…). Siguen otros ejemplos de soberbia castigada, representados en los nuevos bajorrelieves que adornan las paredes. Un ángel los conduce a la segunda Cornisa (Cantos X, XI y XII).

Avanzando por la segunda Cornisa y tras cruzarse con algunos espíritus que van gritando frases en las que invitan a amar, ven a un grupo de almas apoyadas en las rocas y casi confundidas con ellas, vestidas de humildes hábitos y con los párpados cosidos con alambres. Una de ellas, Sapia di Ghinaldo Saracini, es ofrecida por Dante como ejemplo del odio que puede llegar a sentirse por los propios conciudadanos. De ahí llegamos a unas reflexiones críticas, en alegorías sobre el proceder de los animales, sobre la situación de Toscana, víctima de envidias y luchas políticas. En el recuerdo de una larga serie de nombres, que no significan nada para el lector español de esta obra, se siente la nostalgia del tópico literario del *Ubi sunt?*:

Le donde e' cavalier, li affanni e li agi
ce ne 'nvogliava amore e cortesia
là dove i cuor son fatti smalvagi[11] *(Purg., XIV, 109-111).*

El Canto termina con unas profundas reflexiones morales, puestas en boca de Virgilio:

> Esos acentos que has oído deberían servir de freno que contuviese al hombre dentro de sus límites; pero vosotros siempre termináis cayendo en la trampa y seguís mordiendo el anzuelo que os ofrece el Enemigo. Os llama el Cielo, que se muestra constantemente a vuestra vista, pero vosotros, ciegos, seguís fijando los ojos en la tierra. Por eso os castiga el que no es ciego y todo lo ve.

Mientras van subiendo a la tercera Cornisa, los dos viandantes van reflexionando sobre la envidia: es origen de todo mal, puesto que está contrapuesta al principio que rige «allá arriba» en el Purgatorio: el amor (Cantos XIII, XIV y XV).

Al entrar en la tercera Cornisa, donde se purgan los pecados de iracundia, envueltos en una espesa niebla que no les permite ver (la ira ofusca la razón), oyen unas voces que piden misericordia al manso cordero, *Agnus Dei*. Quien primeramente les habla es Marco Lombardo, político y hombre de corte, justo e incorruptible, en cuya figura debemos ver el reflejo de la misión política y moral que Dante se asignaba a sí mismo. Su parlamento está perfectamente diferenciado en tres partes: a) razonamiento filosófico con el que se demuestra la necesidad del libre albedrío, incluso en la actividad social o colectiva de los hombres; b) el gobierno de la humanidad ha sido confiado por la providencia divina a los dos poderes; al estar hoy confundidos en uno solo, el Papado, no solamente no pueden cumplir su misión, sino que sirven, además, de mal ejemplo a los simples ciudadanos, c) la decadencia a que se ha llegado se prueba claramente contemplando la decadencia italiana:

> Sale el alma de manos de su Creador, que la acaricia antes de que exista, como un niño que no sabe decidirse entre el llanto y la risa; porque es tan simplecilla que no sabe nada y, movida tan sólo por su instinto, se inclina gustosa hacia lo que primeramente la atrae. Por eso se engaña corriendo tras su gusto. Es necesario establecer, pues, las leyes que le sirvan de freno… Las leyes existen, pero ¿quién se cuida de ellas? Nadie, porque el Pastor a quien están encargadas las predica, pero no da ejemplo cumpliéndolas él mismo. Por lo que la gente, viendo a su Pastor correr tras los mismos bienes que ella, ignorante, sigue, se contenta con ellos y no busca otra cosa. Bien puedes ver que la razón de que el mundo esté corrompido es el mal ejemplo y no vuestra naturaleza (*Purg*., XVI).

Tras otros ejemplos de ira tomados del Antiguo Testamento, un espíritu divino les señala el camino hacia la cuarta Cornisa (Cantos XV, XVI y XVII).

Mientras suben, Virgilio hace un resumen en clave moral de las tres cornisas que ya han recorrido y nos adelanta una explicación de lo que nos espera en las siguientes subidas. La clasificación de las almas del Purgatorio no se basa, como en el Infierno, en los pecados cometidos, sino en la tendencia pecaminosa. En el origen de toda acción humana existe el amor (tendencia hacia algo), que puede ser natural (instintivo y, por tanto, no sujeto a error por sí mismo) o amor de elección, en el que intervienen

intelecto y voluntad y cuya acción comporta, como es lógico, una responsabilidad. Este último tipo de amor puede errar por tres motivos: 1) por su objeto, es decir, por la tendencia hacia un fin equivocado, como puede ser desear el mal del prójimo; son las tendencias que ya hemos visto en las tres primeras cornisas: soberbia, envidia e ira; 2) por defecto, es decir, por negligencia y poca energía en la tendencia hacia el bien. Pereza que, efectivamente, encontraremos en el próximo canto, y 3) por exceso de amor hacia los falsos bienes; son los pecados de avaricia, gula y lujuria, que veremos en los Cantos XX a XXVIII.

Tras una hermosa disertación de Virgilio sobre la naturaleza del amor (imprescindible, añadimos nosotros, para conocer la casuística de la lírica amorosa medieval) y sobre las implicaciones entre el amor, tendencia natural, y la voluntad del hombre y el libre albedrío, ven venir hacia ellos una turba de almas, corriendo y animándose unas a otras con ejemplos históricos, en las que el fervor ardiente que experimentan en el Purgatorio está compensando la pereza y la negligencia con que actuaron en vida. Dante se adormenta con el calor del mediodía y tiene una visión: una mujer fea que, poco a poco, va adquiriendo todas las perfecciones y que representa los bienes terrenos que atraen al hombre desviándolo del verdadero fin. Aparece luego otra mujer que la desenmascara en toda su fealdad y podredumbre, símbolo de la razón o de cualquier otra potencia que nos conduce al bien: la virtud, la verdad, la filosofía, etc. Virgilio tiene que llamarlo tres veces para que despierte (tan pesado es el sueño de la pereza) y busquen juntos la subida a la quinta Cornisa (Cantos XVIII y XIX).

Suben a ella. Los avaros están echados boca abajo, mirando hacia la Tierra, en la que tanto ambicionaron. El primer espíritu que encuentran, el papa Adriano V, está presentado como un buen ejemplo de la caducidad de los bienes terrenos por los que tan inútilmente nos afanamos: sólo reinó un mes y nueve días. Cuando Dante se inclina ante él por respeto a su dignidad en la Tierra, el espíritu le dice: «Enderézate y levántate, hermano; no te engañes. Sólo soy un esclavo más del Único que es Señor. En la vida eterna, además, se anulan todas las diferencias que hay entre los mortales».

La avaricia de la Corona de Francia que, en infame alianza con el Papado, tanto daño estaba acarreando a Italia en general y a nuestro poeta en particular, viene después cruelmente fustigada por el legendario origen de la dinastía, Hugo Capeto. Un inesperado terremoto llena de temor a Dante y en el Canto XXI encontraremos la explicación del mismo: cuando un alma ha terminado de purgar y se siente completamente purificada, siente un fuerte impulso hacia arriba. «La prueba de que ya está purificada es la voluntad que excita al alma, libre ya, a mudar de sitio, ayudándole en su mismo deseo. No por eso deja de sentir antes de tiempo el anhelo ineficaz de subir al Cielo, pero el deseo de satisfacer a la Justicia divina no la abandona».

El alma que acaba de terminar su purgación es la de Estacio, que, mientras se da a conocer y cuenta su vida, habla de la admiración que sintió por el poema de Virgilio,

a quien tanto debe y sin el cual su propia obra no hubiera sido posible. Virgilio, que está presente aunque no ha sido reconocido por Estacio, se avergüenza de estas alabanzas y hace señas a Dante para que no lo descubra. Pero Dante, el tercer gran poeta en la conversación, discípulo de uno y otro, no puede disimular que una sonrisa haya aparecido en sus labios. Es un pasaje en el que van juntos poesía, sabiduría y modestia; conocimiento y admiración por el mundo clásico, confesión de fuentes. Y, sobre todo, conversación, *civile conversazione* entre Dante y sus modelos.

Mientras van subiendo, Estacio explica a Virgilio que su pecado no fue la avaricia, sino su contrario: la excesiva prodigalidad, que se purga en el mismo lugar y de la que se arrepintió leyendo precisamente en la *Eneida* la invectiva de Virgilio contra la avaricia:

Quid non mortalia pectora cogis,
Auri sacra fames?

También la conversión de Estacio a la verdadera fe se debe a Virgilio. Según una tradición cristiana, los versos de la *Bucólica IV* en los que Virgilio celebra la nueva Edad de Oro bajo el reinado de Augusto, eran nada menos que la profecía del nacimiento de Jesucristo y la llegada de la nueva Fe:

Magnus ab integro saeclorum nascitur orlo.
Iam redit Virgo, redeunt Saturnia regna.
Iam nova progenies coelo demittitur alto (Buc., IV, 5-7).

Y en Dante:

… Secol si rinova;
torna giustizia e primo tempo umano,
e progenie scende da ciel nova.

El Canto XXII es una nueva prueba de la inmensa importancia que Dante atribuye, en una dimensión que podemos llamar prehumanista, a la cultura clásica en general y a la poesía en particular. Los beneficios de la Redención no alcanzaron a los paganos, pero la belleza de su poesía, la justicia de sus doctrinas y el virtuoso ejemplo de sus obras pertenecen al más alto nivel alcanzado por la mente humana. Los paganos anduvieron, como aquí se nos dice de Virgilio,

como quei che va di notte,
che porta il lume dietro e sé non giova,
ma dopo sé fa le persone dotte[12] *(Purg., XXII, 67-69).*

La deuda de Estacio a Virgilio es, por eso, doble: «*per te poeta fui, per te cristiano*». El problema-misterio de la exclusión de los beneficios de la Redención de los hombres justos que vivieron antes de Cristo ha sido tocado ya en el canto de Ulises y en la imagen del Noble Castillo del Limbo, y se completa aquí con la conversación de los dos poetas latinos en la que se dan noticias de los grandes autores y filósofos de la antigüedad y de personajes míticos que fueron símbolo y ejemplo de justicia y de rectitud (Terencio, Cecilio, Plauto; Eurípides, Anacreonte, Simónides; Antígona, Deifila, Deidamia, etc.).

Un árbol invertido del que sale una voz que prohíbe tocar sus frutos y una fuente de la que mana un agua cristalina nos anuncian que entramos en la cornisa donde se purgan los pecados de la gula (Cantos XX, XXI y XXII).

Las ánimas que caminan por esta Cornisa van con los ojos hundidos y apagados, la cara demacrada y con los huesos transparentándose bajo la piel, casi sin carnes. El olor de la fruta y la visión del agua corriente, ambas prohibidas, los excita constantemente, según explica uno de los espíritus: Forese Donati. De su amistad con Dante tenemos prueba en aquella *tenzone* en seis sonetos burlescos, en el estilo vulgar y desvergonzado de la poesía satírica burguesa, en la que Dante lo tacha repetidamente de goloso:

Bicci novel, figliuol di non so cui,
s'io non ne domandasse monna Tessa,
giù per la gola tanta roba hai messa,
ch'a forza ti convien torre l'altrui[13]…

A la vida de crápula y perdición que ambos amigos debieron llevar en su juventud hacen referencia las palabras de Dante con que se cierra el Canto. El mismo Forese, unos versos antes, fustiga ferozmente la corrupción de las costumbres florentinas.

Aparecen nuevas hileras de glotones, entre ellos el papa Martín IV y el poeta Bonagiunta degli Orbicciani, no perteneciente a la escuela poética «stilnovista», a la que, sin embargo, rinde aquí un tributo de admiración:

> Pero dime: ¿No estoy viendo a aquel que ha dado a luz la nueva poesía cuando escribió «Damas que tenéis intelecto amoroso»? Y yo le contesté: «Yo soy uno que va anotando lo que el Amor me inspira y luego lo expreso tal como él me lo dicta dentro del alma». Y él exclamó: «Oh, hermano. Ahora comprendo las ataduras que nos impidieron a lacopo da Lentini, a Guittone d'Arezzo y a mí mismo alcanzar el *dulce y nuevo estilo* que ahora oigo. Bien veo que vuestras plumas siguen fielmente al que les dicta, lo que en verdad no hicimos nosotros. Nadie mejor que yo, en estos momentos, puede ver la diferencia que va de uno a otro estilo».

Forese profetiza oscuramente las desgracias que se abatirán pronto sobre Dante por obra de su hermano Corso Donati, jefe de la facción de los güelfos negros.

Cuando los tres poetas van a abandonar la Cornisa se oye una voz que canta: «Bienaventurados aquellos a quienes ilumina tanta gracia que la inclinación a comer no enciende en sus corazones desmesurados deseos y sólo tienen el hambre que es razonable» (Cantos XXIII y XXIV).

Mientras suben, Estacio aclara las dudas de Dante sobre las almas que acaban de encontrar, enflaquecidas a pesar de no tener necesidad de alimento, pues son espíritus: el alma humana, aun separada de la materia, ha sido creada para informar un cuerpo y, por tanto, es capaz de sentir las mismas condiciones que afectan a éste. El discurso se extiende después a la explicación que daba la ciencia de la época sobre la generación humana y la sucesiva adquisición por el feto de las tres almas que caracterizan al hombre: vegetativa, sensitiva e intelectiva (esta última infusa directamente por Dios).

La ladera de la cornisa por la que avanzan arroja tales llamas que, para evitarlas, los viajeros se ven obligados a caminar por el borde del acantilado, con peligro de despeñarse: estamos en la séptima y última Cornisa, la de los lujuriosos. Las almas que la habitan, como las que hemos ido encontrando hasta ahora, entonan alabanzas de la virtud contraria al pecado por el que allí purgan y enumeran en voz alta ejemplos de castidad con los que se reprenden a sí mismas. Los lujuriosos caminan en medio de las llamas, cruzándose con otras que van en sentido contrario, las de los sodomitas.

El alma con la que habla Dante, la de Guido Guinizelli, el poeta boloñés creador del *Dolce Stil Nuovo*, hace que nuestro poeta se precipite sobre él, aunque las llamas se lo impiden,

> *quand'io odo nomar sé stesso il padre*
> *mio e delli altri miei miglior che mai*
> *rime d'amore usar dolci e leggiadre*[14].

La visión del trovador Arnau Daniell sirve para una nueva comparación entre las antiguas y nuevas escuelas poéticas.

Para poder salir del séptimo Círculo y entrar así en el Paraíso Terrenal han de atravesar las llamas porque no hay otra salida. El ángel de la pureza lo dice: «No se sigue adelante, almas santas, si el fuego no os muerde antes». Dante vence su miedo sólo cuando Virgilio le recuerda que aquellas llamas son ya el último obstáculo que lo separa de Beatriz.

Pasan la noche en la ladera del monte que conduce al Paraíso Terrenal y Dante ve en sueños a una mujer: es Lía, la primera mujer de Jacob, fea pero fecunda; Raquel, la segunda esposa, era hermosa pero estéril. Simbolizan respectivamente la vida

activa y la vida contemplativa. Amanece y, antes de llegar al Paraíso, Virgilio anuncia su próxima separación (Cantos, XXV, XXVI y XXVII).

Dante se adentra en el antiguo Edén, descrito con todas las características del *locus amoenus* o de la naturaleza amiga de que nos habla el mito de la Edad de Oro, hasta que un riachuelo le corta el paso. Ve al otro lado a una hermosa mujer (sólo en el Canto XXXIII sabremos su nombre, Matelda[15]), que le explica los valores históricos y simbólicos del lugar en que se encuentran: el río se llama Leteo en la orilla en que está Dante y al cruzarlo se olvidan los pecados de la Tierra; en la orilla en que se encuentra Matelda se llama Eunoè, que significa «memoria del bien» (Canto XXVIII).

Siguen caminando y encuentran una procesión acompañada de cantos, en la que se llevan siete candelabros: los siete dones del Espíritu Santo, que son a la vez símbolo de la historia ideal de la Iglesia, que, según los Santos Padres, coincide con la historia misma de la Humanidad. Tras ellos van veinticuatro ancianos (los libros del Antiguo Testamento) y cuatro animales que van rodean do un carro hermosamente adornado (los cuatro evangelios y la Iglesia) y arrastrado por un grifo, animal mitológico, mezcla de león y águila, que simboliza aquí a Jesucristo. Va flanqueado por tres doncellas por su parte derecha, las virtudes teologales, y por otras cuatro por el lado contrario, que son las virtudes cardinales. Sigue la procesión con dos ancianos venerables (San Lucas, autor de las *Actas de los Apóstoles*, y San Pablo, autor de las *Epístolas*) y van detrás otros cuatro vestidos con ropas mucho más humildes (las Epístolas de Pedro, Juan, Santiago y Judas Tadeo[16], seguidos por un último anciano que simboliza el *Apocalipsis* (Canto XXIX).

Cuando la procesión se detiene, todos se vuelven a contemplar el carro triunfal. Uno de ellos entona «*Veni, sponsa, de Libano…*». *(Cantar de los Cantares,* la esposa es la Iglesia) y todos le contestan con las palabras con que los judíos saludaron la entrada de Jesucristo en Jerusalén: «*Benedictus qui venis…*».

Una mujer se le aparece a Dante, vestida de los colores de la Fe, la Esperanza y la Caridad. Es Beatriz, que lo acompañará en el resto de su peregrinación. Su vista lo deja atónito. Cuando se vuelve para hablar con Virgilio, éste ha desaparecido:

Ma Virgilio n'avea lasciati scemi
di sé, Virgilio dolcissimo patre,
Virgilio a cui per mia salute die'mi;
né quantunque perdeo l'antica matre,
valse alle guance nette di ruggiada,
che, lacrimando, non tornaser atre[17] *(Purg., XXX, 49-54).*

Para la lectura alegórica del poema ya sabemos que Virgilio, símbolo de la razón humana, es inútil compañía de ahora en adelante, porque entramos en el terreno de la Revelación y la Fe. Pero en la emoción con que se expresa Dante no podemos dejar

de ver su profunda admiración por el gran poeta latino, símbolo, sí, de la razón humana pero también ejemplo histórico de la prodigiosa civilización de la antigua Roma.

Una dura reprimenda de Beatriz, recordando a Dante su pasada vida, su olvido y su caída en nuevos amores, arranca las lágrimas a nuestro poeta; lágrimas que son necesarias, como símbolo de arrepentimiento, para poder cruzar el río Leteo. Dante, pues, llora y confiesa sus pecados. Beatriz le echa de nuevo en cara los amores banales por los que la había olvidado y, mostrándose a él en toda su belleza, que es ya belleza anímica, hace que el poeta se arrepienta. Dolor de corazón, sincero arrepentimiento y confesión de sus pecados hacen posible ahora la inmersión de Dante en el río, símbolo del bautismo y, por tanto, de la cancelación del pecado original, lo que le permitirá ya la contemplación del verdadero Paraíso. Un adelanto del mismo se le ofrece en la nueva visión que adquiere de Beatriz, «*la seconda bellezza*»: en ella se refleja el esplendor del mismo Dios.

Todo el Canto XXXII está ocupado por una nueva alegoría, con un complicado lenguaje simbólico, que resumimos así: el altísimo árbol del Paraíso que encontramos representa, en el sentido moral, la justicia de Dios. Por culpa del pecado del primer hombre lo vemos despojado de todas sus hojas y frutos, porque el pecado ofende a la justicia; pero con la redención de Cristo, es decir, cuando el Grifo-Cristo ata el carro triunfal, la Iglesia, al árbol, vuelve a reverdecer y echa flores cuyos colores simbolizan la sangre del Redentor. A continuación se nos representan los avatares de la historia de la Iglesia: el águila que se arroja sobre el carro es el símbolo de las persecuciones de la Iglesia por parte del Imperio Romano, todavía pagano; la zorra que se introduce en el carro y que es puesta en fuga por Beatriz son las primeras herejías, combatidas por los Padres; vuelve a aparecer el águila y cubre el carro con sus plumas, simbolizando la conversión del Imperio y la donación de Constantino; y, por último, el dragón que con su cola envenenada arranca un trozo del carro es la imagen del cisma que posteriormente dividió a la Iglesia.

Luego, lo que queda del carro, infectado por el veneno del dragón y cubierto por las plumas del águila, se transforma primeramente en un monstruo cornudo de siete cabezas (símbolo de los siete pecados capitales) y más tarde en una vil prostituta que fornica con los poderosos de la Tierra. En este como en tantos otros pasajes, Dante, arrastrado por su celo religioso y por el furor profético con que predice la felicidad de los hombres, reprende los vicios y desórdenes introducidos en la Iglesia. La Historia ha confirmado la justicia de sus censuras, pero queremos dejar sentado que nuestro poeta respetó siempre la autoridad católica, la misión de la Iglesia, y que siempre reconoció en el Sumo Pontífice, aunque sujeto a error como hombre, al Vicario de Cristo.

La degeneración de la Iglesia ha tocado su punto más bajo, y en el último canto, por boca de Beatriz, se profetiza la inminencia de una profunda reforma moral (Canto XXXIII).

Dante se sumerge en el río y, finalmente,

Io ritornai dalla santissima onda
rifatto sì come piante novelle
rinnovellate di novella fronda,
puro e disposto a salire ale stelle[18].

La materia que constituye el argumento del *Paraíso* se nos manifiesta desde el primer canto del mismo. Hasta ahora hemos estado viendo en el material narrativo la naturaleza doctrinal de la obra; ahora es ese carácter doctrinal la esencia que se sobrepone a lo puramente narrativo. Y de la misma manera que antes había invocado a las Musas, en la última Cántica pide inspiración directamente a Apolo, es decir, a la mismísima Poesía.

En el primer Canto, más que narrárnosla, se nos explica la ascensión de Dante. El discurso de Beatriz, que es más bien la celebración de un concepto, que no la exposición del mismo, se articula en los siguientes puntos: 1) las cosas creadas constituyen un todo armónico que hace que el Universo se asemeje a Dios; 2) todas ellas tienen una tendencia natural hacia su propia finalidad en el conjunto de la Creación, tendencia de la que Beatriz da varios ejemplos; 3) a los hombres los lleva esta tendencia natural hacia Dios. La ascensión de Dante al Cielo no es, pues, antinatural o milagrosa, sino perfectamente natural una vez que se ha desprendido de los obstáculos (pecados) que lo apegaban a la Tierra (Canto I).

El Canto II se abre con una nueva referencia a la dificultad del argumento que está tratando, para entrar otra vez en una nueva exposición doctrinal: tomando como pie una explicación sobre las manchas de la Luna, Beatriz ilustra a su seguidor sobre la naturaleza de los influjos celestes. Dentro del Empíreo, que es el cielo inmóvil formado por el esplendor de la Mente Primera, se mueve el Primer Móvil, de cuya virtud surge el ser de todo el Universo. El siguiente Cielo reparte el ser indistinto que recibe del Primer Móvil distribuyéndolo entre las diversas estrellas que existen en él. En este Cielo empieza, pues, la diferenciación del uno al múltiple. Los siete cielos menores, correspondientes a los siete planetas, disponen de diferentes formas las esencias que reciben, de modo que puedan actuar sus efectos aquí en la Tierra. Pero los movimientos y los influjos de los astros no proceden de éstos, sino de las inteligencias angélicas. Los cielos no son más que instrumentos de los efectos que se derivan de ellas.

En el cielo de la Luna, el más alejado del centro del Empíreo, encontramos las almas de los que rompieron el voto de castidad. Una de ellas, Piccarda Donati, explica a Dante cómo su felicidad es completa, aunque se encuentre en el más remoto de los grados de beatitud, con los siguientes argumentos: 1) la felicidad de cada uno está en relación a su capacidad para sentirla, y 2) esta felicidad consiste, precisamente, en la perfecta adecuación con la voluntad divina (Canto III).

Tanto Piccarda como Costanza, otro espíritu que se encuentra en el canto anterior, fueron forzadas a abandonar los votos, y Dante no puede explicarse por qué están colocadas en el cielo de la Luna. Por otra parte, el hecho de que estos espíritus estén en esta esfera parece confirmar la tesis de Platón en el *Timeo*: las almas están, antes de encarnar, en las estrellas, y a ellas vuelven al morir el cuerpo. Beatriz aclara las dos dudas. A esta última contesta diciendo que todas las almas están en el Empíreo, aunque sensiblemente se muestren a Dante en las diferentes esferas, ya que el intelecto humano del poeta sólo puede comprender la perfección absoluta por medio de imágenes. Al primer problema Beatriz opone que ambos espíritus, Piccarda y Costanza, contribuyeron, aunque mínimamente, a la violencia ejercida sobre ellos al aceptarla (Canto IV).

Siguiendo con el tema tratado en el canto anterior, Beatriz aclara a Dante sus dudas sobre los límites y la oportunidad de los votos: el mayor bien concedido a los hombres es el libre albedrío; el valor del voto reside en el hecho de que el hombre renuncia libremente a ese bien. A la sustancia del voto concurren una materia, el objeto del voto, y una forma, el pacto que se establece con Dios. Aquél puede cambiarse (y de hecho la Iglesia dispensa o anula los votos), siempre que el cambio se haga por una materia de más valor. De ahí la necesidad de ser prudentes a la hora de comprometer un voto. Suben al cielo de Mercurio, donde se transparentan las almas en la luz que irradian ellas mismas (Canto V).

En Mercurio están los espíritus de los que obraron rectamente, sí, pero por ambición de gloria o fama. Tal ambición, sustituyendo a la tendencia desinteresada hacia el Bien, hace menos gloriosa su beatitud. Estas almas no están caracterizadas por una especial virtud y sus juicios y manifestaciones están referidos al orden mundano necesario para la vida civil. La proximidad física a la Tierra y la actitud que, en su paso por la vida, los ha salvado, se manifiestan en este interés terrenal. Entre ellos destaca Justiniano, que nos explicará el carácter providencial y, por tanto, necesario del Imperio, no en una historia exterior del mismo, sino en una dimensión teológica: querido por Dios para el establecimiento de la justicia en la Tierra, por la cual los hombres, respetado el libre albedrío, se han de salvar para la eternidad. Son las mismas ideas que hemos visto en el tratado *Monarchia*. La invectiva contra el Papado y Francia, así como contra la política de güelfos y gibelinos, vuelve a recordarnos el estado en que se encontraba Italia (Canto VI), Más adelante, en el sexto Cielo, volveremos a tratar del Imperio.

El Canto VII, uno de los más teóricos de esta Cántica, está dedicado a resolver la aparente contradicción que hay en la culpabilidad del pueblo judío por la muerte de Jesús, si esa muerte fue justa. «La pena que la Cruz infligió a la naturaleza (humana) de Jesús, medida de acuerdo con esa naturaleza, no pudo ser más justa. Pero tampoco puede ser más injusta si la medimos con la persona divina que la sufrió y que estaba unida a aquella naturaleza». De este argumento va después pasando a otros como la creación, el pecado original, la redención y la inmortalidad del hombre. Dios ha

creado *inmediatamente* las inteligencias, que son formas puras; la materia prima y los cielos, que son materia y forma; los elementos del mundo sublunar, el nuestro, han sido creados *mediatamente*, es decir, con el concurso de los influjos celestes. En otras palabras, creados con la cooperación de otros seres creados; de ahí su corruptibilidad. El alma racional fue creada directamente por Dios y de ahí su inmortalidad. La resurrección de la carne se deduce también de la creación directa de nuestros primeros padres (Canto VII).

Suben a continuación al cielo de Venus, donde encontrarán a los espíritus amantes. El alma de Carlos Martel servirá para un nuevo ataque a la política italiana de la casa de Anjou. De ahí se pasa a explicar la degeneración que puede darse en la descendencia de un padre justo y digno a causa del influjo de los astros. Unos nacen, como Solón, para dar leyes; otros, como Jerjes, para regir los imperios; otros, como Melquisedec, para el sacerdocio; y otros, como Dédalo, para la industria. Las diferentes aptitudes con que nacen los hombres las infunden los influjos celestes, pero sin distinguir de clases o jerarquías (Canto VIII).

El Canto IX está formado por tres profecías, la primera de ellas todavía en boca de Carlos Martel, anunciando el castigo que caerá sobre la casa de Anjou y las otras contra las ciudades vénetas, rebeldes a Cangrande della Scala, y contra la Curia pontificia. Se trata de nuevo de la dimensión profética de la que se siente investido Dante, para quien el Imperio tiene una importancia que trasciende la actuación meramente política y terrenal, porque se enmarca en los designios divinos y en la finalidad de la Creación, que no es otra que la felicidad del género humano. Estas ideas han sido tratadas científicamente en el *Monarchia*; aquí lo están de forma profética. Tal como ya nos tiene acostumbrados, el ataque más cruel va dirigido contra la codicia y la corrupción del Papado, que ha olvidado su misión evangélica:

> Roma ha abandonado el estudio del Evangelio y de los Santos Padres y sólo se dedica a los decretos del derecho canónico. Sólo esto le interesa al Papa y a los cardenales y no piensan en Nazaret, donde el ángel Gabriel desplegó sus alas. Pero pronto el Vaticano y los otros santos lugares de Roma, donde se derramó la sangre de los primeros cristianos, se verán libres de tanta prostitución.

Dante sigue sin darse cuenta de cómo asciende, pero se encuentra de improviso en la cuarta esfera, la del Sol, donde habitan las almas de los sabios famosos por sus doctrinas teológicas y místicas. El esfuerzo físico, a veces incluso peligroso, con que lo hemos visto avanzar por el Infierno y hasta por el Purgatorio, ha desaparecido en esta tercera Cántica: Dante se encuentra cada vez más cercano al Empíreo, pero no sabe cómo. El hecho, sin embargo, no tiene nada de milagroso, como ya hemos dicho, porque dentro de la unidad del Paraíso la ascensión gradual de Dante es de carácter cognoscitivo: una cada vez mayor capacidad y sutileza intelectual es lo que le permite comprender las esferas y sus virtudes, la beatitud, los designios divinos y

la misma esencia de la divinidad. En el cielo de la sabiduría, el del Sol, la luz que se desprende de las almas de los beatos se dispone alrededor de Dante como una corona. Tomás de Aquino toma la palabra para presentar al resto de las almas que forman el círculo luminoso, Alberto Magno, Graciano, etc., la última de las cuales es la de Seguier de Brabante, que cierra el círculo y está, por tanto, al lado de Santo Tomás, contra quien había defendido en vida las teorías de Averroes sobre la unidad del intelecto. Ahora aparecen reconciliados y unidos en la verdad que ambos habían buscado limpiamente (Canto X).

El preludio con que se inicia el siguiente canto es un resumen del anterior, al mismo tiempo que una introducción a los dos siguientes. Todos estos cantos, del X al XIV, forman el cielo del Sol, donde se exalta la sabiduría pura, la filosofía, el amor al saber desprendido y desinteresado por los bienes terrenos. Una duda se le plantea a Dante a propósito de unas palabras pronunciadas por Tomás de Aquino en el Canto X, donde, refiriéndose a la orden dominica, dijo «*u' ben s'impingua se non si vaneggia*» («en la que mucho se gana, si no se cae en la vanidad», verso 96) y «*a veder tanto non surse il secondo*» («ningún otro llegó a saber tanto», verso 114). El santo dominico explica su sentido hablando de los bienes espirituales que han enriquecido a la comunidad cristiana gracias a las órdenes fundadas por San Francisco de Asís y por Santo Domingo, aunque no deja de criticar la degeneración actual de los dominicos, su propia orden, ávidos de riquezas y dedicados a los estudios profanos. A continuación cuenta la vida del santo de Asís, en una espléndida síntesis del material biográfico y simbólico que le ofrecía la tradición franciscana (*Legenda Prima, Legenda secunda, Legenda trium sociorum, Legenda maior*, etc.). En el canto siguiente estamos en la misma situación y ante los mismos personajes, a los que ahora se une otro círculo o corona. Esta vez es el franciscano San Buenaventura quien cuenta la vida y hace los elogios de Santo Domingo. Como había hecho Santo Tomás en el canto anterior, ahora San Buenaventura critica la decadencia de los franciscanos, que se han alejado de la santa regla de su fundador, relajándola unos y endureciéndola otros, pero olvidando todos la labor de apostolado para la que fue creada la orden. En el círculo de San Buenaventura brillan los primeros discípulos de San Francisco,

Illuminato ed Augustin son quinci,
che furon de' primi scalzi poverelli
che nel capestro a Dio si fero amici[19]*… (Par., XII, 130-132).*

En el Canto XIII se aclara la segunda duda que había asaltado a Dante ante las palabras de Santo Tomás: si la perfección de la sabiduría humana fue concedida primeramente a Adán (porque creado directamente, inmediatamente) y más tarde a Jesucristo en cuanto hombre, ¿cómo ha afirmado el santo de Aquino que Salomón es el más sabio de los hombres? Tras explicar que todas las criaturas no son más que el

reflejo de la Idea divina, del Verbo, en la que se encuentra la forma exacta de todos y cada uno de los seres inmediata o mediatamente creados, correspondiendo a los primeros mayor perfección por el modo de creación, no por una más exacta correspondencia con la Idea; después de explicar esto, se nos aclara la relativa excelencia de la sabiduría de Salomón: no es una sabiduría metafísica sino práctica, referida a la prudencia política y por la cual Salomón es *el más sabio de los reyes* que han existido. Aprovecha después el santo de Aquino para advertirnos contra la precipitación de nuestros juicios y para alabar las condiciones ideales de la realeza, es decir, dos argumentos prácticos o de moral aplicada. Este es uno de los cantos más complicados y menos atrayentes para nuestra sensibilidad moderna, pero no debemos olvidar que Dante está tratando, en el lenguaje y con las limitaciones propias de la poesía, los grandes argumentos que constituyeron el edificio de la filosofía medieval (Cantos X-XIV).

Dante se siente ahora transportado al quinto Cielo, el de Marte, en el que se le acercan las almas de los que combatieron por la Fe hasta el martirio. La distribución «física» de las almas las hace aparecer en forma de cruz luminosa. Es una de las tres figuras imaginadas por Dante (las otras dos, el Águila y la Escala, serán analizadas en su momento) para darnos una imagen *visible*, al mismo tiempo que alegórica, de las realidades que va experimentando y que, como vuelvo a repetir, *no son transmisibles sensorialmente*. Termina el Canto XIV con la descripción de estas sensaciones luminosas antes de que encontremos, en el siguiente, a los nuevos interlocutores: las almas militantes. La primera que se destaca, para dirigirse al poeta, de la luminosidad de la cruz es Cacciaguida, antepasado de Dante, que ya sabía que había de tener lugar la llegada de su descendiente por haberlo leído en el libro de los inmutables designios divinos. Cuenta su vida al arrobado poeta y le narra la muerte que alcanza en Tierra Santa, luchando en la segunda Cruzada, un siglo antes; pero Dante aprovecha al personaje para poner de manifiesto la justicia y la felicidad que reinaban en la pequeña Florencia de su época, antes del desarrollo de su poderío y de las fratricidas y sangrientas luchas entre güelfos y gibelinos. Estos temas, en forma de duras críticas, se desarrollarán en los cantos siguientes, pero en éste se nos prepara para ello en una descripción idílica en la que nuestro poeta, víctima del actual estado de corrupción, se deja arrastrar por un sentimentalismo que, no cabe duda, abre un paréntesis de respiro en el complicado doctrinarismo que ha inspirado hasta ahora la visión paradisíaca:

> Florencia, cercada aún tan sólo por la antigua muralla, donde todavía suenan las llamadas a la oración, vivía en paz, sobria y honrada. No se usaban collares ni diademas, ni vestidos bordados ni ricos ceñidores que brillasen más que la mujer que los llevaba. No temía el padre que le naciese una hija, porque habría de casarla en la edad conveniente y con la dote justa. No se vivía en soberbios palacios, demasiado grandes para nuestras necesidades; no habían llegado aún los gustos

> decadentes y corrompidos del Oriente… ¡Felices mujeres las de entonces! Porque sabían que habían de terminar sus vidas en la propia casa, no exiliadas, y que serían enterradas en la vecina iglesia. Unas velaban amorosamente la cuna de sus hijos, cantándoles en esa lengua infantil que tan felices hace a los padres; otras, devanando los hilos en la rueca, contaban a la familia las antiguas historias de Troya, de Roma y de nuestra ciudad…

Todo el Canto XVI está dedicado a la descripción de la antigua Florencia a través de la relación de las ilustres y nobles familias que fueron su origen y entre las que sabemos que se contaba la de Dante. El interés para el lector moderno reside tan sólo en la pasión política que invade a Dante, en la melancolía con que mira a las grandezas pasadas y en la idealización que se esconde tras el tópico del *ubi sunt?* Tras pasar a la triste realidad del presente, Cacciaguida profetiza a su descendiente (Canto XVII) el triste porvenir que le espera: la condena y el exilio:

> Tendrás que abandonar todo lo que más amas; este es el primer dolor que produce el exilio. Después probarás qué amargo es el pan de los otros y qué duro vivir en casa extraña. Pero más daño te harán los compatriotas con los que serás desterrado, porque, ingratos, locos, infames, se volverán contra ti…

Continúa la profecía: será acogido honrosamente en su destierro, entre otros, por Cangrande della Scala, señor de Verona; Dante paga así su deuda de gratitud. Y, finalmente, en el momento de mayor inspiración del Canto, referencia a la misión profética de Dante y a la gloria imperecedera que le aguarda, mientras sus enemigos quedarán sepultados en el olvido del tiempo. Cacciaguida va nombrando después a las otras almas que forman la cruz luminosa, entre las que se encuentran mártires del Antiguo Testamento y otros personajes históricos (Cantos XIV-XVIII).

En el Canto XVIII subimos con Dante y Beatriz al sexto Círculo, Júpiter, donde se les acercan los espíritus de los que obraron justamente. En su vuelo luminoso se ordenan de tal modo, que forman diferentes letras en las que Dante puede leer «*Diligite iustitiam qui iudicatis terram*» («Gobernantes de la Tierra, amad la justicia»), primer versículo del libro bíblico de la *Sapientia*, en el que se exhorta a los reyes a actuar en la Tierra la idea universal de la justicia. En su continuo movimiento, las almas bienaventuradas forman luego la imagen de un águila, símbolo del Imperio, que deberá, según Dante, imponer la justicia entre los reinos cristianos.

La figura del águila, aunque está formada por una multitud de ánimas, habla en singular, simbolizando así la unión de todos los cristianos bajo la corona imperial. Se resuelve una nueva duda de Dante: ¿Cómo se compagina la justicia divina con la condenación de tantos hombres justos que no llegaron a ser cristianos por no haber podido conocer la verdadera religión? Partiendo de la imagen de la vista humana, que es incapaz de ver el fondo del mar aunque el fondo existe, el águila no explica el

problema directamente, pero sí defiende el misterio de la mente infinita de Dios, fuera de quien no existe la justicia. No podemos comprender la justicia divina, pero el día del Juicio Final veremos salvarse a muchos justos que no fueron cristianos y condenarse a otros muchos que se llamaron cristianos sin serlo, en realidad, por su conducta. Este argumento se enlaza con la expresa condena de muchos de los poderosos de la Europa contemporánea (Alberto de Ausburgo, Felipe IV el Hermoso, Eduardo II de Inglaterra, Fernando IV de Castilla, etc.). La parte más noble del águila, el ojo, «que en las águilas mortales contempla y soporta la luz directa del Sol», está formada por las almas de los personajes más representativos del sexto Cielo. Dos de ellos, Trajano y Rifeo, habían sido paganos y el águila se apresura a aclarar la correspondiente duda de Dante: el reino de los cielos es vulnerable a dos tipos de violencia: la esperanza y la caridad.

Regnum caelorum violenza pate
da caldo amore e da viva speranza,
che vince la divina volontate[20] *(Par., XX, ?).*

Rifeo creyó en el Redentor que había de venir; Trajano en el Redentor que ya había sido crucificado. Según una leyenda, Trajano resucitó gracias a las oraciones del papa Gregorio Magno y así pudo convertirse y salvarse. Tomás de Aquino explica la posibilidad del hecho en su *Summa Theologiae* (Cantos XIX y XX).

Dante y Beatriz se encuentran a continuación en el séptimo Cielo, Saturno, que en estos momentos se encuentra en conjunción con Leo, de cuyo influjo recíproco nace la tendencia contemplativa. Efectivamente, son los espíritus contemplativos los que veremos en esta esfera: sus almas relucientes se muestran a Dante en forma de escala de oro cuyo final se pierde en las alturas. El tono de este Canto es de total recogimiento: no suenan los cánticos de los beatos, no ríe Beatriz, porque todo ello sería añadir resplandor a la casi insoportable luminosidad a que está sometido Dante que, no lo olvidemos, sigue estando en carne mortal. Surge de nuevo el espinoso problema de la providencia y la predestinación, que queda sin respuesta.

> Pero el alma que más brilla en el Cielo, el serafín que tiene más fijos los ojos en Dios, no podrá satisfacer tus preguntas, porque lo que quieres saber penetra tan profundamente en el abismo de los decretos divinos, que está infinitamente alejado de las capacidades de la mente humana. Cuando vuelvas al mundo mortal repite esto que te he dicho, para que nadie vuelva a intentar adentrarse en tan profundo misterio.

Desde lo alto de la escala está hablando San Pedro Damián, el ascético monje del siglo XI que llegó al cardenalato y que luchó siempre por la pobreza y la reforma de la

Iglesia. Dos temas que resaltan en su discurso, que se cierra con una invectiva contra los vicios y el fasto de los prelados modernos, que van llenos de orgullo sobre sus lujosamente enjaezadas mulas «como una bestia sobre otra bestia» (Canto XXI).

Antes de abandonar el séptimo Cielo encuentran a San Benito de Nursia, fundador del monasterio de Montecassino, desde donde se irradió la orden benedictina. Se le aparece rodeado de sus primeros seguidores (Macario, Romualdo) y Dante le pide que se deje ver en su figura real, no en la luminosidad que aparece ante su vista. Pero esto sólo le será concedido en la más alta esfera, porque es allí donde se satisfacen todos los deseos. También este santo fundador se lamenta de la decadencia de su orden. Suben por la escala dorada hasta la octava esfera, es decir, suben por medio de la virtud contemplativa hasta el cielo de las estrellas y se encuentran en la constelación de Géminis, bajo la que nació Dante. Desde allí arriba, el poeta contempla el Universo y, dentro de él, la pequeñez de la Tierra «por la que los hombres se matan unos a otros» (Canto XXII).

En el octavo Cielo están todos los bienaventurados que hemos visto antes distribuidos, simbólicamente, en siete esferas. Apenas entrados en él, la actitud expectante de Beatriz nos anuncia la inminencia de un milagro. Efectivamente, Dante va a contemplar nada menos que al Cristo triunfante, «la sabiduría y el poder que abrió el camino tanto tiempo cerrado entre el Cielo y la Tierra». La mente de Dante, su poder de comprensión, estalla y sale de sí misma, rompiendo los límites humanos, expandiéndose y abarcando lo que hasta ahora le había estado oculto.

La visión del Cristo triunfante ha saturado el poder contemplativo de los ojos humanos del poeta: ahora puede mirar, sin daño, la figura resplandeciente de Beatriz. «Abre los ojos y mírame cual soy; has visto cosas que te han dado fuerza suficiente para sostener mi sonrisa», es decir, para comprender. Sin duda alguna, hemos llegado a uno de los momentos de mayor tensión expresiva: la inefabilidad que hasta ahora ha hecho balbucear algunas veces a nuestro poeta se desborda aquí en un torrente lírico que consigue reproducir en los lectores el límite extremo de esas impresiones de la imaginación humana. El éxtasis místico, la pura contemplación que generalmente se traduce en mutismo y quietud, se desborda aquí en un torrente de lirismo para expresar, no ya directamente, sino a través de la visión de la sonrisa de Beatriz, la «milésima parte» de la visión mística, exaltante, del Cristo triunfante. En el centro de los bienaventurados, de la bienaventuranza, está la Madre de Dios, la mujer que hizo posible, con su maternidad, aquel milagro. El arcángel Gabriel entona sus alabanzas eternas y después la Virgen asciende seguida por el amor y los cánticos de los beatos (Canto XXIII).

Beatriz se dirige a los apóstoles para que derramen sobre Dante la Gracia en que ellos están inmersos. Uno de ellos, San Pedro, se destaca de la luminosidad general para examinar al poeta sobre una de las virtudes teologales, no porque Dante necesite del examen, sino para que sea glorificada la Fe al hablar de ella. Como un discípulo frente a su maestro, Dante está recogido y tenso y va contestando a las tres preguntas

del santo: ¿Qué es la Fe? ¿De dónde proviene? ¿En qué crees? La Fe es el principio sobre el que se fundamenta nuestra esperanza de vida eterna. Y al mismo tiempo es el argumento en el que aprendemos a creer lo que no vemos. En cuanto a que sea sustancia o principio: los misterios de la eternidad (que Dante está contemplando en estos momentos) son materia de fe, no de ciencia; en esta fe se basa la esperanza de eternidad. Luego la fe es sustancia de lo que esperamos. En cuanto a que sea argumento: basándonos en la Fe, aceptamos la realidad de los misterios. Luego es argumento para probar la existencia de los mismos. A la segunda pregunta responde: Del origen divino, Espíritu Santo, que inspira el Antiguo y el Nuevo Testamentos. ¿Por qué las Escrituras son de inspiración divina? Lo prueban los hechos sobrenaturales o milagros que se han obrado. Pero si se explican las Escrituras por medio de los milagros y éstos por medio de las Escrituras, estamos ante un círculo vicioso. Dante responde que aunque no aceptásemos la existencia de los milagros, el solo hecho de que el Cristianismo se haya extendido sin necesidad de ellos ya es en sí un hecho milagroso. A la tercera pregunta contesta que cree en un solo Dios, eterno, creador, uno y trino (Canto XXIV).

El Canto XXV empieza con una tierna y esperanzada reflexión de Dante: «Si algún día, por los méritos de este mi poema, logro vencer el odio de mis compatriotas,

con altra voce omai, con altro vello
ritornerò poeta, ed in sul fonte
del mio battesmo prenderò il cappello[21] *(Par., XXV, 7-9)»*.

Se destaca de las luces Santiago, que pregunta a Dante sobre la esperanza: ¿Qué es, cómo la sientes, de dónde nace? Es Beatriz quien contesta a la segunda pregunta: es el más esperanzado de los hombres, puesto que, todavía en vida, está contemplando el Paraíso. Con este procedimiento, poniendo la respuesta en boca de otro, evita el poeta la propia vanagloria. Después contesta a las otras dos preguntas del Apóstol: esperanza es la seguridad de alcanzar la vida eterna, que nace de la Gracia de Dios y de los méritos del hombre. Dante la ha aprendido de David y de Santiago, además de otros textos sagrados. El Antiguo y el Nuevo Testamentos prometen el Paraíso, que ahora mismo está viendo Dante y que consiste en la beatitud eterna, unidos ya alma y cuerpo glorioso. Finalmente, San Juan le desengaña sobre la creencia medieval que afirmaba, sostenido por algunos teólogos, que había subido al Cielo en cuerpo y alma (Canto XXV).

Ahora es San Juan quien examina a Dante sobre la tercera de las virtudes teologales con la pregunta: ¿Hacia qué tiende tu alma? Y la respuesta es: Dios es el principio y el fin de todos los amores, grandes y pequeños, porque todo lo que se ama es amado en cuanto es reflejo de su Creador. Este amor se da en Dante tanto por argumentos filosóficos como por revelación. Filosóficamente está probado que todo

bien conocido es necesariamente apetecido; de ahí se deduce que la mente humana tenderá con todas sus fuerzas al Bien que es el origen de todos los bienes. Esta verdad filosófica la revela, además, la Sagrada Escritura, y la alimentan constantemente las pruebas de la bondad de Dios: la creación del universo y del hombre, la encarnación y sacrificio de Jesús y la promesa de salvación. Después el alma de Adán satisface la curiosidad del poeta sobre cuándo fue la creación del primer hombre, cuánto tiempo estuvo éste en el Paraíso Terrenal, por qué fue expulsado de él y cuál fue la primera lengua del género humano. Las contestaciones corresponden todas a las exigencias doctrinales de la Edad Media, aunque Dante expresa el principio de la corruptibilidad de las lenguas, con unos criterios que son originales y, en algún aspecto, modernos (Canto XXVI).

Cuando termina de hablar Adán, todos los bienaventurados reunidos en el octavo Cielo inician un himno que celebra la presencia constante e inmutable de Dios en todo el universo. Desde esta completa felicidad, y como contraste pasamos, por boca de San Pedro, el primer papa, al más duro ataque de todo el poema contra la Iglesia que ha traicionado la santa misión que le encomendó Cristo:

> Quien usurpa en la Tierra mi lugar (¡Mi lugar, sí, mi lugar, que está vacante en el juicio de Cristo!) ha hecho de Roma, donde reposan mis restos, cloaca de sangre y de corrupción, de lo que se alegra el Enemigo… No se fundamentó la Iglesia sobre mi martirio y el de Lino y el de Anacleto para que fuese convertida después en un instrumento de ambiciones terrenas, sino para que fuese guía hacia esta felicidad eterna; y Sixto y Pío y Calixto y Urbano también derramaron por ella su sangre y sus lágrimas. No sufrimos el martirio para que nuestros sucesores dividieran a los cristianos unos contra otros; ni las llaves me fueron concedidas para ser levantadas como banderas contra pueblos bautizados; ni mi imagen debe servir de sello para tráficos falsos y simoníacos, de los que tanto me avergüenzo. Desde aquí vemos en todos los prados unos lobos rapaces vestidos de pastores. ¡Oh, Dios! ¿Por qué no defiendes a tu pueblo? Ya Clemente V, ya Juan XXII se acercan para acabar de hundir nuestra obra. ¡Que haya terminado en tan vil corrupción lo que tan santamente empezó! Pero la alta Providencia, que ya una vez por medio de Escipión defendió a Roma, volverá a socorrerla. Y tú, hijo mío, que vas a volver al mundo, abre la boca y no ocultes nada de lo que te estoy manifestando.

Suben después al noveno Cielo, el Cristalino o Primer Móvil, de donde toma movimiento, como explica Beatriz, toda la estructura del Universo. En esta esfera están contenidas todas las demás, pero ella no está incluida más que en la mente de Dios, que es la luz y el amor que mueve (Canto XXVII).

El tema iniciado al final del canto anterior da pie para la explicación en el Primer Móvil, habitado por los serafines o inteligencias motrices, de algo que ya hemos visto

en el Canto II del Paraíso: el orden de la creación, llevado a cabo a través de las jerarquías angélicas que, con el movimiento de los cielos, dan lugar al tiempo, al espacio y a la multiplicidad de los seres. El Primer Móvil es un punto luminoso (matemáticamente, el punto es indivisible e inmaterial) a cuyo alrededor se mueven nueve círculos concéntricos (los coros angélicos), pero con un movimiento que resultaría contrario al que somos capaces de captar por nuestros sentidos: el más próximo al punto luminoso, que sería, por tanto, el de menor diámetro, se mueve más rápidamente y brilla más que los otros ocho, que tienen mayores diámetros. Es lo contrario de lo que hemos visto en las esferas celestes que hemos ido visitando hasta ahora, de las cuales la más alejada de la Tierra, que es su centro geométrico, es la que gira a mayor velocidad. Esta aparente contradicción se elimina si valoramos la correspondencia entre los coros angélicos y las esferas celestes no en razón de sus diámetros, sino en razón de la cantidad de virtud que contienen: más perfectos mientras más cercanos al Primer Móvil.

Los coros cantan un himno de gloria a Dios y después Beatriz explica al poeta la colocación de las jerarquías angélicas desde fuera hacia dentro: serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes, potestades, principados, arcángeles y ángeles. Así los describió Dionisio Areopagita; Gregorio Magno no aceptó esta distribución, pero cuando subió al Cielo se rió de su propio error. Ciencia medieval, teología y tradiciones pías forman la sustancia de este Canto XXVIII.

Seguimos todavía en el noveno Cielo. Beatriz explica la creación de los ángeles, que tuvo lugar no por necesidad de acrecentar el bien, ya que los creó quien es el Bien infinito, sino para que la sustancia creada tomase conciencia de su propio ser. Fue un acto espontáneo y gratuito del Primer Amor. Del mismo modo surgieron simultáneamente la forma pura (las inteligencias), la materia pura (la materia informe, potencia no actuada) y el compuesto incorruptible de materia y forma (los cielos). De la idea divina surgió, pues, un solo acto creativo; no podía ser de otra forma en Quien no existe un «antes» y un «después». Aunque este acto creador se manifiesta en este triple efecto. Por tanto, se equivocó San Jerónimo cuando dijo que los ángeles fueron creados en primer lugar.

Casi inmediatamente después de la creación, una parte de los ángeles se rebeló. Fueron castigados y los no rebeldes fueron premiados. Para aclarar los errores que tan sutil materia ha provocado en los filósofos, Beatriz continúa su explicación sobre las facultades angélicas: los conceptos de inteligencia, voluntad y memoria sólo equívocamente pueden ser usados para ángeles y para hombres. El ángel no aprehende las esencias abstrayéndolas de los objetos sensibles; la voluntad angélica no es una tendencia innata, como en el hombre, puesto que el ángel conoce directamente el Sumo Bien; en cuanto a la memoria, no la tienen porque lo ven todo presentemente en la visión de Dios (Canto XXIX).

Como las estrellas se apagan poco a poco al salir la aurora, así fue desapareciendo el coro angélico cuando Dante y Beatriz se trasladan al Empíreo, «Cielo que es pura

luz, luz intelectual, llena de amor; amor del único Bien, que es felicidad; felicidad que sobrepasa toda dulzura».

Una luz en forma de río (la Gracia de Dios) del que saltan chispas luminosas (ángeles) recorre un prado lleno de flores (los bienaventurados). Cuando Dante se inclina sobre el río, éste se transforma en un círculo de luz, ángeles y beatos, que se le presentan en sus verdaderos aspectos, formando una inmensa rosa. El intelecto de Dante ya ha superado las limitaciones humanas y puede comprenderlo todo en una sola mirada que abarca toda la cantidad y la calidad de aquella alegría verdadera. Casi todos los asientos celestiales están ya ocupados y corto es el número de justos que aún han de llegar. Un lugar está ya reservado para el emperador Enrique VII (no olvidemos que Dante imagina su visión en el año 1300, aunque escriba esta Cántica después de la muerte del emperador), en quien el poeta y toda Italia tienen puestas sus esperanzas; al mismo tiempo se nos anuncia que el papa que hará fracasar la empresa imperial, Clemente V, se precipitará en el infierno de los simoníacos (Canto XXX).

La Cándida Rosa formada por los luminosos bienaventurados (en cuerpo y alma, tal como estarán tras la resurrección de la carne) es visitada por los ángeles, que, como abejas, van desde la luz divina hasta sus pétalos inundándolos de la paz de la beatitud y del ardor de la caridad. Pero la luz divina les llega también directamente, sin necesidad de intermediarios, porque inunda todo el universo.

Beatriz se ha apartado del poeta y ocupa ya su trono de bienaventurada. Ahora es San Bernardo, paladín del culto mariano, quien le habla y lo guía en el último tramo de su recorrido, porque la Teología sola (Beatriz) no conduce a Dios si no va acompañada de la Gracia, de la que es mediadora María. San Bernardo, símbolo de la contemplación y del amor a la Virgen, impetra de María que alcance para el poeta la gracia de ver a Dios (Canto XXXI).

San Bernardo explica a Dante la disposición de la Rosa Cándida. Una fila de mujeres del Antiguo Testamento separa en dos a los beatos que vivieron antes y después de la venida de Cristo. Entre aquéllos no queda ya ningún lugar libre, porque la muerte de Cristo y su bajada al Limbo ya los ha trasladado a su eterna felicidad. En la parte opuesta, donde están los que vivieron después de la Redención, son los santos los que sirven de separación. Unos y otros son iguales en número. En la línea horizontal que corta por la mitad estas dos separaciones verticales se sientan los que se salvaron no por méritos propios, porque murieron antes de haber alcanzado el uso de razón: los inocentes. No es de extrañar que gocen de diferentes grados de beatitud porque la predestinación lo dispone así, aunque nosotros no podamos entenderlo. Al principio del mundo los inocentes se salvaron si sus padres creyeron en la venida del Mesías; desde Abraham, si habían sido circuncidados; desde Cristo, si fueron bautizados. En otros casos, como ya sabemos, sus almas están en el Limbo.

La Virgen es el punto más luminoso de toda la descripción. A ella dirige San Bernardo su petición para que Dante pueda contemplar la esencia de la divinidad

(Canto XXXII).

Tras la plegaria de San Bernardo, acompañado por todos los bienaventurados, Dante contempla directamente a Dios y llega así a la cumbre de su experiencia mística; aunque la inefabilidad de la visión no le permite expresarla. Queda la emoción, pero no hay palabras que la describan. En la profundidad de la esencia divina encuentra unida con vínculos de amor toda la variedad del universo. Ve también, figuradamente, la unidad y la trinidad de Dios y del Verbo encarnado. La iluminación fulgurante de la Gracia le permite *comprender* lo que nosotros no podemos *ver*. Dante se encuentra ahora en el mismo estado que los bienaventurados. Por un instante, convertido en puro intelecto, su fantasía se desvanece (Canto XXXIII):

All'alta fantasia qui mancò possa;
ma già volgeva il mio disio e 'l velle,
si come rota ch'igualmente è mossa
l'amor che move il sole e l'altre stelle[22] *(Par., XXXIII, ?).*

Dante en España

El problema del influjo de Dante en España está íntimamente implicado en el de la aparición en nuestra Edad Media de la literatura alegórica. Las intensas relaciones entre la Corona de Aragón e Italia durante el siglo XIV explican que ya desde 1380 aparezcan rasgos alegóricos y citas más o menos concretas sobre nuestro autor en la obra de Bernat Metge o en la de Andreu Febrer, autor este último de la primera traducción de la COMEDIA. Naturalmente, estamos refiriéndonos a la literatura en lengua catalana en uno de sus momentos de mayor esplendor, antes de la decadencia que había de producirse con la expansión del castellano a finales del siglo XV y sobre todo a partir del XVI. Estas influencias, como ha indicado el profesor Joaquín Arce, son más evidentes en la prosa doctrinal y menos señaladas en la producción poética, cuyas manifestaciones estaban asentadas en la tradición de la rica vena de la poesía trovadoresca provenzal. En la literatura en castellano, por el contrario, aunque la influencia se produzca más tardíamente, va a darse con mayor profundidad y extensión. La figura del sevillano-genovés Francisco Imperial va a ser fundamental para explicar la expansión del dantismo en Castilla o, como hemos dicho, la expansión del alegorismo. Dante es quien guía a Imperial en su *Dezir de las siete virtudes*, quien lo guía incluso físicamente, como Virgilio había guiado al poeta florentino.

En el *Cancionero de Baena*, junto con obras tradicionales castellanas y al lado de representaciones de la lírica galaicoportuguesa y la provenzal, aparecen ya evidentes

influjos de Dante en varios de los poetas allí recopilados, Ruy Páez de Ribera, Fernán Pérez de Guzmán o el marqués de Santillana, entre otros.

En el primer tercio del siglo XV (1428) se lleva a cabo la primera traducción completa de la DIVINA COMEDIA, atribuida a Enrique de Villena, traducción realizada en prosa, que nos habla del interés que había despertado la obra del florentino y nos explica la rápida expansión de su influjo, sobre todo a través del marqués de Santillana, sin duda alguna el mayor poeta, junto con Juan de Mena, de nuestro siglo XV. La traducción de Enrique de Villena no supuso, sin embargo, ninguna influencia sobre los autores contemporáneos, porque ha permanecido inédita hasta hace poco, en que ha sido publicada en un erudito estudio filológico por José Antonio Pascual (Salamanca, 1974). La influencia en el siglo XV se produce, pues, por el indiscutible prestigio del marqués de Santillana. La literatura de «visiones» se inicia en castellano con *El sueño* del marqués, que dará numerosos frutos hasta el cambio de moda que supone la llegada del Renacimiento; pero sobre todo con su *Infierno de los enamorados*, obra a la que seguirán el *Infierno de amores*, de Guevara; el *Infierno de Amor*, de García Sánchez de Badajoz, o el *Purgatorio de Amor*, del bachiller Jiménez. En el *Triunfo del Marqués*, de su secretario Diego de Burgos, es el propio Dante quien conduce a Santillana hasta el templo de su triunfo y su gloria.

En 1515 aparece en Burgos la primera traducción castellana, aunque sólo del *Infierno*. Su autor, Pedro Fernández de Villena, la lleva a cabo en la estrofa noble de la poesía castellana, la copla de arte mayor. Pero por estos años nos encontramos ya en la frontera que separa nuestra Edad Media del Renacimiento, y la nueva estética se impondrá con la poesía italianizante que, con Petrarca como modelo, regirá tiránicamente la creación lírica castellana. La ideología neoplatónica y el formalismo petrarquista sustituirán al alegorismo; el terceto (estrofa de la COMEDIA, no utilizado hasta entonces por los imitadores y traductores españoles de Dante) entrará a formar parte del repertorio métrico castellano, pero no se trata del terceto dantesco, sino del petrarquista.

Ni el renacentista siglo XVI, ni el barroco XVII, ni el gusto neoclásico del XVIII son terreno fértil para la presencia de Dante y su obra. Su nombre aparece aisladamente en algún que otro autor, pero sólo como cita curiosa, exótica, de erudición. Hemos de llegar hasta el siglo XIX para volver a encontrar diversas traducciones, tanto en prosa como en verso, así como (y esto es importante para la historia del dantismo español) estudios o referencias sobre el poeta florentino. Milá y Fontanals, José Amador de los Ríos y Menéndez Pelayo inician los estudios sobre las relaciones literarias y, dentro de ellos, sobre la influencia de Dante en la literatura española.

El movimiento romántico se interesó igualmente por nuestro autor, especialmente por su COMEDIA. Gustavo Adolfo Bécquer trata el episodio de Paolo y Francesca (Canto V del *Infierno*) en una de sus *Rimas* y Gaspar Núñez de Arce, en *La selva oscura*, hace una breve adaptación del poema de Dante. Sobre la primera de estas

obras ha aparecido recientemente un artículo del profesor López Estrada con el título «Presenze ed echi danteschi nel Romanticismo spagnolo», en *Letture Classensi*, 1992. El profesor Joaquín Arce ha señalado para la segunda mitad del siglo XIX unas veinte ediciones de la COMEDIA, tanto en prosa (Aranda y Sanjuán, 1868; Puigbó, 1868; Cayetano Rosell, 1871; Sánchez Morales, 1875) como en verso (Carulla, 1879; el conde de Cheste, 1879, y Bartolomé Mitre, 1894). Algunas de ellas han vuelto a editarse hasta bien entrado el siglo XX, en que han ido apareciendo nuevas traducciones. Entre ellas queremos destacar la de Fernando Gutiérrez, 1960, en endecasílabos; la realizada por Nicolás González Ruiz y publicada en la BAC, 1965, y la traducción en prosa de A. Onieva, del mismo año. Traducciones acompañadas de un cierto aparato crítico son las realizadas por Ángel J. Battistesse (editorial Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1972) y la de Julio Úbeda Maldonado (Libros Río Nuevo, Barcelona, 1983).

Queremos, por último, destacar el valiosísimo esfuerzo llevado a cabo por Ángel Crespo al traducir en tercetos encadenados esta colosal obra, construyendo, como dice Joaquín Arce, «una traducción digna y decorosa del máximo poema de la literatura italiana, la mejor, sin duda, de las versiones españolas». Esta excelente traducción no va acompañada de un aparato crítico que facilite la comprensión de obra tan compleja, pero al mismo Ángel Crespo debemos el estudio *Conocer Dante y su obra*, Dopesa, Barcelona, 1979.

La presente edición

Nosotros presentamos en la presente edición el texto en prosa que ya había sido editado repetidas veces por Espasa Calpe, pero enriquecido con numerosas correcciones y con la reelaboración de los pasajes más dificultosos (que no son pocos), respetando en todo caso el contenido ideológico del texto, aunque intentando aclararlo para una mejor comprensión del lector no especializado. Para ello hemos recurrido en numerosas ocasiones a ofrecer una paráfrasis del texto, a veces en nota a pie de página con la finalidad de no alterar la andadura del texto de la traducción; en otras ocasiones, no obstante, hemos creído conveniente cambiar el texto de las anteriores ediciones, con el objetivo no sólo de dar una mayor fidelidad al original italiano, sino de ofrecer una versión más fluida y comprensible de la obra.

El aparato crítico que acompaña esta nueva edición de Espasa Calpe ha sido elaborado con dos criterios primordiales: poner en contacto al lector con el mundo ideológico y estético de la época de Dante, y familiarizarlo con personajes, acontecimientos, instituciones y fuentes literarias que le ayuden a comprender el entramado histórico en que se manifiesta la ideología de este autor, representante máximo del mundo medieval. Hay notas que podemos llamar eruditas, que tienen como finalidad ponernos en contacto con las lecturas y la cultura en general del autor;

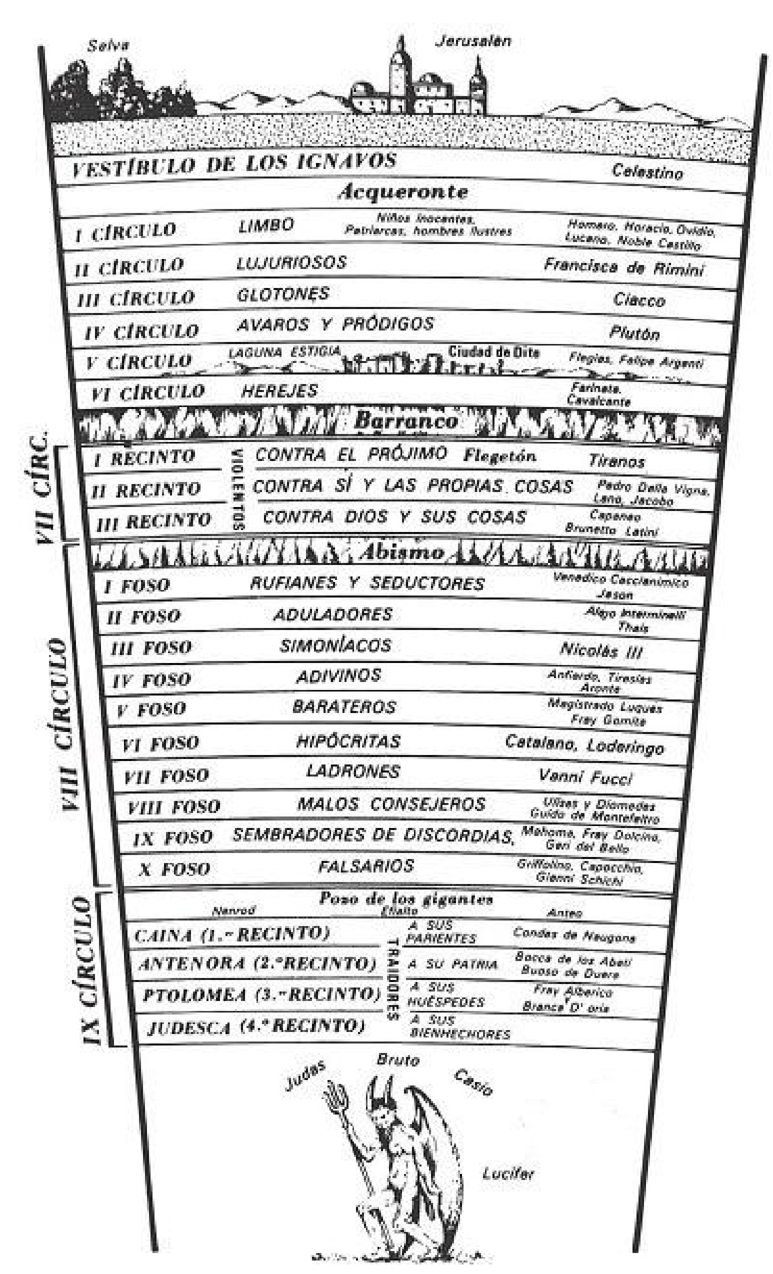
hay notas históricas o biográficas, sin las cuales un lector moderno no podría entender el valor de la referencia que Dante atribuye al personaje o acontecimiento correspondiente; y hay, finalmente, notas que podríamos llamar «ideológicas», es decir, que resumen con toda la brevedad que requiere una nota el complejo pensamiento teológico o filosófico que Dante ha reducido a un solo verso o un corto número de versos.

Con esta edición esperamos haber conseguido hacer comprensible una obra extremadamente dificultosa por la gran erudición que encierra, por la expresión alegórica en que se manifiesta y por la inefabilidad del argumento que trata. A esta labor creemos haber contribuido también con la redacción de esta Introducción, en la que hemos querido hacer una *Guía a la lectura* de la DIVINA COMEDIA.

ÁNGEL CHICLANA
1993

DIVINA COMEDIA

INFIERNO



Sinopsis de la estructura que Dante establece para el Infierno

CANTO PRIMERO

PROEMIO GENERAL: EL DESCAMINO, LA FALSA VEREDA Y EL SEGURO GUÍA

Dante adquiere conciencia de haberse apartado del camino recto y se encuentra perdido en una selva oscura. Intenta escapar subiendo a una hermosa colina que se ofrece a su vista, pero se lo impiden una pantera, un león y una loba. Huyendo de los tres animales, baja de nuevo hacia la selva, cuando lo detiene el espíritu de Virgilio, que le explica que no podrá escapar de la loba y subir a la colina por ese camino. Llegará un día en que un Lebrel ahuyentará a la loba y la precipitará en el Infierno. Para salir de la situación en que se encuentra debe confiar en Virgilio, que lo guiará por un camino más largo, a través del Infierno y del Purgatorio. Más tarde, alguien más digno que el mismo Virgilio lo llevará a la contemplación de los bienaventurados. Se ponen en camino.

A la mitad del camino de nuestra vida me encontré en una selva oscura, por haberme apartado del camino recto[1]. ¡Cuán penoso me sería decir lo salvaje, áspera y espesa que era esta selva, cuyo recuerdo renueva mi temor, temor tan triste que la muerte no lo es tanto! Pero antes de hablar del bien que allí encontré revelaré las demás cosas que he visto. No sabré decir fijamente cómo entré allí; tan adormecido[2] estaba cuando abandoné el verdadero camino. Pero al llegar al pie de una pendiente, donde terminaba el valle que me había llenado de miedo el corazón, miré hacia arriba y vi su cima revestida ya de los rayos del planeta que nos guía con seguridad por todos los senderos. Entonces se calmó algún tanto el miedo que había permanecido en el lago de mi corazón durante la noche que pasé con tanta angustia; y del mismo modo que aquel que, saliendo anhelante fuera del piélago, al llegar a la playa se vuelve hacia las ondas peligrosas y las contempla, así mi espíritu, fugitivo aún, se volvió hacia atrás para mirar el trayecto del que no salió nunca nadie vivo[3]. Después, cuando di algún reposo a mi fatigado cuerpo, continué subiendo por la solitaria pendiente[4], procurando afirmar siempre aquel de mis pies que estuviera más bajo. Al poco aparecióseme una pantera, de rápidos movimientos y cubierta de manchada piel. No se quitaba de mi vista, sino que interceptaba de tal modo mi camino que me volví muchas veces para retroceder. Era el tiempo en que apuntaba el día y el Sol subía rodeado de aquellas estrellas que estaban con él cuando el Amor divino imprimió el primer movimiento a todas las bellas cosas de la creación. Hora y estación tan dulces me daban motivo para augurar bien la pintada piel de aquella fiera, pero no tanto que no me infundiera terror el aspecto de un león que a su vez se me apareció. Figuróseme que venía hacia mí, con la cabeza alta y con un hambre tan rabiosa que hasta el aire parecía temerle. Siguió a éste una loba que, en medio de su

delgadez[5], parecía cargada de deseos; loba que ha obligado a vivir miserablemente a mucha gente. El fuego que despedían sus ojos me causó tal turbación que perdí la esperanza de llegar a la cima. Y así como el que se deleita en atesorar se entristece cuando sufre una pérdida y la llora en todos sus pensamientos, así me sucedió con aquella inquieta fiera, que, viniendo a mi encuentro, poco a poco me empujaba hacia donde el Sol se oculta. Mientras yo retrocedía hacia el valle se presentó a mi vista uno que por su prolongado silencio parecía mudo. Cuando lo vi en aquel gran desierto:

—Piedad de mí —le dije—, quienquiera que seas, sombra u hombre verdadero.

Respondiome:

—No soy ya hombre, pero lo he sido. Mis padres fueron lombardos[6] y ambos tuvieron a Mantua por patria. Nací «sub Iulio[7]», aunque algo tarde, y vi a Roma bajo el mando del buen Augusto, en tiempos de los dioses falsos y engañosos. Poeta fui y canté a aquel justo hijo de Anquises[8], que escapó después del incendio de la soberbia Ilión. Pero ¿por qué te entregas de nuevo a tu aflicción? ¿Por qué no asciendes al delicioso monte que es causa y principio de todo goce?

—¡Oh! ¿Eres tú aquel Virgilio, aquella fuente que derrama tan ancho caudal de elocuencia? —le respondí ruboroso—. ¡Ah, honor y antorcha de los demás poetas! Válgame para contigo el prolongado estudio y el grande amor con que he leído y meditado tu obra[9]. Tú eres mi maestro y mi autor predilecto, tú solo eres aquel de quien he imitado el bello estilo que me ha dado tanto honor. Mira esa fiera que me obliga a retroceder: líbrame de ella, famoso sabio, porque a su aspecto se estremecen mis venas y late con precipitación mi pulso.

—Te conviene seguir otra ruta —respondió al verme llorar— si quieres huir de este sitio salvaje. Porque esa fiera que te hace prorrumpir en tantas lamentaciones no deja pasar a nadie por su camino, sino que se opone a ello matando al que tanto se atreve. Su instinto es tan malvado y cruel que nunca ve satisfechos sus ambiciosos deseos, y después de comer tiene más hambre que antes. Muchos son los animales a quienes se une[10], y serán aún muchos más hasta que venga el Lebrel[11] y la haga morir entre dolores. Éste no se alimentará de tierra ni de oro y su patria estará en Feltro y Feltro[12]. Será la salvación de esta humilde Italia, por quien murieron de sus heridas la virgen Camila, Euríalo y Turno y Niso[13]. Perseguirá a la loba de ciudad en ciudad hasta que la haya arrojado al Infierno, de donde en otro tiempo la hizo salir la Envidia. Ahora, por tu bien, pienso y veo claramente que debes seguirme; yo seré tu guía y te sacaré de aquí para llevarte a un lugar eterno, donde oirás aullidos desesperados; verás a los espíritus dolientes de los antiguos condenados que esperan entre gritos la segunda muerte[14]. Verás después a los que también están entre las llamas, pero contentos porque esperan, cuando llegue la ocasión, tener un puesto entre los bienaventurados[15]. Si quieres después subir hasta estos últimos, te acompañará en ese viaje un alma más digna que yo y te dejaré con ella cuando yo parta, porque el Emperador que reina en las alturas no permite que se entre en su

ciudad por mediación mía, porque fui rebelde a su ley[16]. Él impera en todas partes y reina allá arriba; allí está su ciudad y su alto solio. ¡Oh, feliz aquel a quien elige para habitar en su reino!

Y yo le contesté:

—Poeta, te requiero, por ese Dios a quien no has conocido, que me hagas escapar de este mal y de otro peor[17]. Condúceme a donde has dicho para que yo vea la puerta de San Pedro y a los que, según dices, están tan desolados.

Entonces se puso en marcha y yo seguí tras él.

CANTO SEGUNDO

PROEMIO DEL INFIERNO: TERROR HUMANO Y CONFORTACIÓN DIVINA, LAS TRES MUJERES BENDITAS

Los intentos de subir a la colina le han hecho perder todo el día; ahora estamos en la noche del Viernes Santo. Dante se desanima ante el camino que le queda por recorrer y Virgilio tiene que devolverle la confianza explicándole que Beatriz, advertida por Santa Lucía y a instancias de la Virgen, es quien lo envía para rescatarlo. Con nuevas fuerzas, Dante reemprende el camino.

El día terminaba; el aire de la noche invitaba a descansar de sus fatigas a los seres animados que existen sobre la Tierra[18] y sólo yo me preparaba a sostener los combates del camino y de las cosas dignas de compasión que mi memoria trazará sin equivocarse. ¡Oh, Musas! ¡Oh, alto ingenio! Venid en mi ayuda[19]. ¡Oh, memoria que registraste lo que vi[20]!, ahora aparecerá tu nobleza.

Yo comencé:

—Poeta que me guías, mira si mi virtud es bastante fuerte antes de aventurarme en tan profundo pasaje. Tú dices que el padre de Silvio[21], aún corruptible, bajó al mundo eterno con su cuerpo mortal. No parece increíble a hombre de alto ingenio que Dios, enemigo de todo mal, así lo permitiese, pensando en los grandes efectos y en los hechos y gentes que de ello debían sobrevenir, pues en el Empíreo fue elegido para ser padre de la fecunda Roma y de su imperio; el uno y la otra, a decir verdad, fueron establecidos en el sitio santo donde reside el sucesor del gran Pedro. Durante ese viaje al Infierno, que tú narras, oyó cosas que presagiaron su victoria y la del poder papal[22]. También el Vaso de Elección[23] fue transportado para dar más firmeza a la Fe, que es principio del camino de la salvación. Pero yo, ¿por qué he de ir? ¿Quién me lo permite? Yo no soy Eneas ni San Pablo: ante nadie, ni ante mí mismo, me creo digno de tal honor. Porque si me lanzo a tanta empresa, temo por mi loco empeño. Comprenderás las razones que me callo, puesto que eres sabio.

Y como aquel que no quiere ya lo que antes quería y que, asaltado de una nueva idea, cambia de parecer de suerte que abandona lo que había comenzado, así me sucedía en aquella oscura y solitaria playa. Porque, a fuerza de pensar, abandoné la empresa que había empezado con tanto ardor.

—Si he comprendido bien tus palabras —respondió aquella sombra magnánima —, tu alma está traspasada de espanto, el cual se apodera frecuentemente del hombre, y tanto, que lo retrae de una empresa honrosa, de la misma forma que una vana sombra hace a veces retroceder a una fiera. Para librarte de ese temor te diré por qué he venido y lo que vi en el primer momento en que me moviste a compasión. Yo estaba entre los que se hallan en suspenso[24], y me llamó una dama tan santa y tan

bella que tuve que rogarle que me diera sus órdenes. Brillaban sus ojos más que la Estrella y empezó a decirme con voz angelical, en su lengua[25]: «¡Oh, alma cortés mantuana, cuya fama dura aún en el mundo y durará mientras el mundo exista! Mi amigo, que no lo es de la ventura, se ve tan embarazado en la playa desierta que el miedo le ha hecho retroceder; y temo (por lo que he oído sobre él en el Cielo) que se haya extraviado ya y que sea tarde para que yo acuda en su socorro. Ve, pues, y con tus elocuentes palabras y con todo lo que se necesite para sacarlo de su apuro, auxílialo tan bien que yo quede consolada. Yo, que te envío a él, soy Beatriz, y vengo de un sitio al que deseo volver. Amor me impele y es el que me hace hablar. Cuando vuelva a estar delante de mi Señor alabaré la fuerza de la razón humana». Después calló y yo le dije: «¡Oh, reina de todas las virtudes, por la que la especie humana excede a todos los demás seres del círculo inferior! Tanto me place tu orden que aunque ya te hubiera obedecido me parecería que había tardado en hacerlo; no tienes más que expresarme tus deseos. Mas dime: ¿por qué causa no temes descender al fondo de este centro[26] desde lo alto de esos inmensos lugares adonde ardes en deseos de volver?». «Puesto que tanto quieres saber —respondiome—, te diré brevemente por qué no temo venir a este abismo. Sólo deben temerse las cosas que pueden redundar en perjuicio de uno, pero no aquellas que no pueden hacerlo. Por la merced de Dios, estoy hecha de tal suerte que no me alcanzan vuestras miserias ni puede prender en mí la llama de este incendio. Hay en el Cielo una dama gentil[27] que se conduele del obstáculo opuesto a la persona a quien te envío y que mitiga el duro juicio de la justicia divina. Ella se ha dirigido a Lucía[28] con sus ruegos y le ha dicho: “Tu fiel amigo tiene necesidad de ti y te lo recomiendo”. Lucía, enemiga de todo corazón cruel, se ha conmovido y ha ido al lugar donde yo me encontraba, sentada al lado de la antigua Raquel[29] y me ha dicho: “Beatriz, verdadera alabanza de Dios, ¿no socorres a aquel que te amó tanto y que por ti salió de la vulgar esfera[30]?. ¿No oyes su queja conmovedora? ¿No ves la muerte contra la que combate, inmerso en el río del pecado, más formidable que el mismo mar?”». En el mundo no ha habido jamás persona más pronta a correr hacia su felicidad o más presta a huir de su peligro que yo misma cuando oí esas palabras. Descendí desde mi dichoso lugar fiándome de esa elocuente palabra que te honra y que honra a cuantos la han oído. Después de haberme hablado de este modo volvió hacia mí sus ojos brillantes, con lo que me hizo partir más presuroso. Y me he dirigido a ti, tal como ha sido su voluntad, y así te he preservado de aquella fiera que te cerraba el camino más corto hacia la montaña. Por tanto, ¿qué tienes?, ¿por qué tardas?, ¿por qué abrigas tanto temor en tu corazón?, ¿por qué no tienes atrevimiento ni valor cuando tres mujeres benditas cuidan de ti en la corte celestial y mis propias palabras te prometen tanto bien?

Y así como las florecillas, inclinadas y cerradas por la escarcha, se abren erguidas en cuanto el Sol las ilumina, así creció mi abatido ánimo e inundó mi corazón tal aliento que exclamé, como un hombre decidido:

—¡Oh, cuán piadosa es la que me ha socorrido! ¡Y tú también, alma bienhechora, que has obedecido con tanta prontitud las palabras de verdad que ella te ha dicho! Con las tuyas has preparado mi corazón de tal suerte y le has comunicado tanto deseo de emprender el gran viaje, que vuelvo a abrigar mi primer propósito. Ve, pues; porque una sola voluntad nos dirige. Tú eres mi guía, mi señor y mi maestro[31].

Así le dije; y en cuanto echó a andar, entré por el camino profundo y salvaje.

CANTO TERCERO

LA PUERTA DEL INFIERNO. EL VESTÍBULO DE LOS IGNAVOS Y EL PASO DEL AQUERONTE

Pasada la puerta del Infierno, se encuentran en el Vestíbulo, donde los condenados corren eternamente, despreciados tanto por la misericordia como por la justicia. Carón, el barquero infernal, se niega a pasar a Dante, todavía vivo, hasta que Virgilio le obliga a obedecer explicándole el motivo del viaje. Violento terremoto que hace desvanecerse a Dante.

«Por mí se va a la ciudad del llanto, por mí se va al eterno dolor, por mí se va hacia la raza condenada. La justicia movió a mi supremo Hacedor. El divino poder, la suma sabiduría y el, primer amor me hicieron. Antes de mí no hubo nada creado, a excepción de lo inmortal, y yo, a mi vez, duraré eternamente[32]. ¡Oh, vosotros, los que entráis, abandonad toda esperanza!»[33].

Vi escritas estas palabras con caracteres negros en el dintel de una puerta, por lo cual exclamé:

—Maestro, el significado de esas palabras me causa miedo.

Y él, como hombre lleno de prudencia, me contestó:

—Conviene abandonar aquí todo temor, conviene que aquí termine toda cobardía. Hemos llegado al lugar donde te he dicho que verías a la dolorida gente que ha perdido el bien de la inteligencia[34].

Y después de haber puesto su mano en la mía, con rostro alegre que me reanimó, me introdujo en medio de las cosas secretas. Allí, bajo un cielo sin estrellas, resonaban suspiros, quejas y profundos gemidos, de suerte que, apenas hube dado un paso, me puse a llorar. Diversas lenguas, horribles blasfemias, palabras de dolor, acentos de ira, voces altas y roncas acompañadas de palmadas[35] producían un tumulto que va rodando siempre por aquel espacio eternamente oscuro, como la arena impelida por un torbellino. Yo, que estaba horrorizado, dije:

—Maestro, ¿qué es lo que oigo y qué gente es ésta, que parece dominada por el dolor?

Me respondió:

—Esta miserable suerte está reservada a las tristes almas de aquellos que vivieron sin merecer alabanza ni vituperio; están confundidas entre el perverso coro de los ángeles que no fueron rebeldes ni fieles a Dios, sino que sólo vivieron para sí[36]. El Cielo los lanzó de su seno por no ser menos hermoso, pero el profundo Infierno no quiere recibirlos por la gloria que podrían reportar a los demás culpables[37].

Y yo repuse:

—Maestro, ¿qué cruel dolor les hace lamentarse tanto?

A lo que me contestó:

—Te lo diré brevemente. Éstos no esperan morir y su ceguera es tanta que se muestran envidiosos de cualquier otra suerte. El mundo no conserva ningún recuerdo suyo y tanto la misericordia como la justicia los desprecian. Pero no hablemos de ellos, sino míralos y pasa adelante[38].

Y yo, fijándome más, vi una bandera que iba ondeando tan de prisa que parecía desdeñosa del menor reposo; tras ella venía tanta muchedumbre que no hubiera creído que la muerte hubiera destruido a tan gran número. Después de haber reconocido a algunos miré más fijamente y vi la sombra de aquel que por cobardía hizo la gran renuncia[39]. Comprendí inmediatamente y adquirí la certeza de que aquella turba era la de los ruines que se hicieron desagradables a los ojos de Dios y a los de sus enemigos. Aquellos desgraciados, que no supieron vivir nunca, estaban desnudos y eran molestados sin tregua por las picaduras de las moscas y avispas que por allí había[40], las cuales hacían correr por sus rostros la sangre que mezclada con sus lágrimas era recogida a sus pies por asquerosos gusanos.

Habiendo dirigido mis miradas a otra parte, vi nuevas almas a la orilla de un gran río, por lo cual dije:

—Maestro, dígnate manifestarme por qué ley parecen ésos tan ansiosos de atravesar el río, según puedo ver a favor de esta débil claridad.

Y él me respondió:

—Te lo diré cuando pongamos nuestros pies sobre la triste orilla del Aqueronte[41].

Entonces, avergonzado y con los ojos bien bajos, temiendo que le disgustasen mis preguntas, me abstuve de hablar hasta que llegamos al río. En aquel momento vimos un anciano cubierto de canas que se dirigía hacia nosotros en una barquichuela, gritando: «¡Ay de vosotros, almas perversas! No esperéis ver nunca el Cielo. Vengo para conduciros a la otra orilla, donde reinan eternas tinieblas, en medio del calor y del frío. Y tú, alma viva, que te presentas aquí: aléjate de entre esas que están muertas». Pero cuando vio que yo no me movía, dijo: «Llegarás a la playa por otra orilla, por otro puerto, mas no por aquí. Para llevarte se necesita una barca más ligera[42]».

Y mi guía le dijo:

—Carón, no te irrites. Así ha sido dispuesto allí donde se puede todo lo que se quiere. Y no preguntes más[43].

Entonces se aquietaron las velludas mejillas del barquero de las lívidas lagunas, que tenía círculos de llamas alrededor de sus ojos. Pero aquellas almas, que estaban desnudas y fatigadas, no bien oyeron tan terribles palabras, cambiaron de color, rechinando los dientes, blasfemando de Dios, de sus padres, de la especie humana, del sitio y del día de su nacimiento, de la prole de su prole y de su descendencia. Después se retiraron todas juntas, llorando fuertemente, hacia la orilla maldita en donde se espera a todo aquel que no teme a Dios. Carón, con los ojos de ascuas,

haciendo una señal, las fue reuniendo, golpeando con su remo a las que se rezagaban; y así como en otoño van cayendo las hojas una tras otra hasta que las ramas han devuelto a la tierra todos sus despojos, del mismo modo la malvada raza de Adán se lanzaba una a una desde la orilla a aquella señal, como pájaro que acude al reclamo[44]. De esta suerte se fueron alejando por las negras ondas; pero antes de que hubieran saltado a la orilla opuesta se reunió otra nueva muchedumbre en la que aquéllas habían dejado.

—Hijo mío —me dijo el cortés Maestro—, los que mueren en la cólera de Dios acuden aquí de todos los países y se apresuran a atravesar el río, espoleados de tal suerte por la justicia divina, que su temor se convierte en deseo. Por aquí no pasa nunca un alma pura; por lo cual, si Carón se irrita contra ti, ya conoces ahora el motivo de sus desdeñosas palabras.

Apenas hubo terminado, tembló tan fuertemente la sombría campiña que el recuerdo del espanto que sentí aún me inunda la frente de sudor. De aquella tierra de lágrimas salió un viento que produjo rojizos relámpagos, haciéndome perder el sentido y caer como un hombre sorprendido por el sueño.

CANTO CUARTO

PRIMER CÍRCULO: EL LIMBO. NIÑOS INOCENTES, PATRIARCAS Y HOMBRES ILUSTRES DE LA ANTIGÜEDAD

Recuperado de su desmayo, Dante se encuentra al otro lado del río. Siguiendo a Virgilio llega al Limbo, residencia de ultratumba de los no bautizados y de los paganos virtuosos. Virgilio cuenta la bajada de Cristo a los infiernos. Después visitan a los grandes hombres de la antigüedad, héroes, poetas y sabios.

Interrumpió mi profundo sueño un trueno tan fuerte que me estremecí como hombre a quien se despierta a la fuerza. Me levanté y, dirigiendo una mirada en derredor mío, fijé la vista para reconocer el lugar en que me hallaba. Vime junto al borde del triste valle, abismo de dolor, en que resuenan infinitos ayes confundidos en un solo fragor. El abismo era tan profundo, oscuro y nebuloso que en vano fijaba mis ojos en su fondo, pues no distinguía cosa alguna.

—Ahora descendamos allá abajo, al tenebroso mundo —me dijo el Poeta, muy pálido—; yo iré primero, tú el segundo.

Yo, que había advertido su palidez, le respondí:

—¿Cómo he de ir yo, si tú, que sueles desvanecer mis incertidumbres, te atemorizas?

Y él repuso:

—La angustia de los desgraciados que están ahí abajo refleja en mi rostro una piedad que tú tomas por terror. Vamos, pues; que la longitud del camino exige que nos apresuremos.

Y sin decir más penetró y me hizo entrar en el primer círculo que rodea el abismo. Allí, según pude advertir, no se oían quejas, sino sólo suspiros que hacían temblar la eterna bóveda y que procedían de la pena sin tormento de una inmensa multitud de hombres, mujeres y niños. El buen Maestro me dijo:

—¿No me preguntas qué espíritus son los que estamos viendo? Quiero, pues, que sepas, antes de seguir adelante, que éstos no pecaron y aunque han ganado méritos en la vida no es suficiente, pues no recibieron el agua del bautismo que es la puerta de la Fe que forma tu creencia. Y si vivieron antes del cristianismo, no adoraron a Dios como debían. Yo también soy uno de ellos. Por tal falta, y no por otra culpa, estamos condenados. Nuestra pena consiste en vivir con un deseo sin esperanza.

Un gran dolor afligió mi corazón cuando oí esto, porque conocí a personas de muchos méritos que estaban suspensas en el Limbo[45].

—Dime, Maestro y señor mío —le pregunté para afirmarme más en esta Fe que triunfa sobre todo error—, ¿alguna de esas almas ha podido, bien por sus méritos o por los de otro, salir del Limbo y alcanzar la bienaventuranza?

Y él, que comprendió mis palabras encubiertas y oscuras, respondió:

—Yo era recién llegado a este sitio[46] cuando vi venir a un Ser poderoso, coronado con la señal de la victoria[47]. Hizo salir de aquí el alma del primer padre, y la de Abel, su hijo, y la de Noé; la del legislador Moisés, la del obediente patriarca Abrahán y la del rey David; a Israel, con su padre y con sus hijos, y a Raquel, por quien aquél hizo tanto[48], y a otros muchos a quienes otorgó la bienaventuranza; pues debes saber que, antes de ellos, no se salvaban almas humanas.

Mientras así hablaba no dejábamos de andar, sino que seguíamos atravesando la espesa selva que formaban los espíritus apiñados. Aún no estábamos muy lejos de la entrada del abismo cuando vi un resplandor que triunfaba del hemisferio de las tinieblas: nos encontrábamos todavía a bastante distancia, pero no tanta que no pudiera yo distinguir que aquel sitio estaba ocupado por personas dignas.

—¡Oh, tú, que honras toda ciencia y todo arte[49]!. ¿Quiénes son esos cuyo valimiento debe ser tanto que así están separados de los demás?

Y él a mí:

—La honrosa fama que aún se conserva de ellos en el mundo que habitas los hace acreedores a esta gracia del Cielo que de tal suerte los distingue.

Entonces oí una voz que decía: «¡Honrad al sublime poeta; he aquí su alma, que se había separado de nosotros!». Cuando calló la voz vi venir a nuestro encuentro cuatro grandes sombras, cuyos rostros no manifestaban tristeza ni alegría. El buen maestro comenzó a decirme:

—Mira aquel que tiene una espada en la mano y viene a la cabeza de los otros tres, como su señor. Ese es Homero, poeta soberano. El otro es el satírico Horacio. Ovidio es el tercero y el último Lucano. Cada cual merece, como yo, el nombre que antes pronunciaron unánimes; me honran y hacen bien[50].

De este modo vi reunida la hermosa compañía de aquel príncipe del sublime canto que vuela como el águila sobre todos los demás[51].

Después de haber estado conversando entre sí un rato, se volvieron hacia mí dirigiéndome un amistoso saludo, que hizo sonreír a mi Maestro y concediéndome después la honra de admitirme en su compañía, de suerte que fui el sexto entre aquellos grandes genios. Así fuimos andando hasta donde estaba la luz, hablando de cosas que es bueno callar, como bueno era hablarlas en el sitio en que nos encontrábamos[52]. Llegamos al pie de un noble castillo, rodeado siete veces de altas murallas y defendido todo alrededor por un bello riachuelo[53]. Pasamos sobre éste como sobre tierra firme y atravesando siete puertas con aquellos sabios llegamos a un prado de fresca verdura. Allí había personajes de mirada tranquila y grave, cuyos semblantes revelaban una gran autoridad, hablaban poco y con voz suave. Nos retiramos luego hacia un extremo de la pradera, a un sitio despejado, alto y luminoso, donde podían verse todas aquellas almas. Allí, en pie sobre el verde esmalte, me fueron señalados los grandes espíritus cuya contemplación me hizo estremecer de alegría[54]. Allí vi a Electra con muchos de sus descendientes, entre los que conocí a

Héctor y a Eneas; después a César, armado, con sus penetrantes ojos. Vi en otra parte a Camila y a Pentesilea, y vi al rey Latino, que estaba sentado al lado de su hija Lavinia; vi a aquel Bruto que arrojó a Tarquino de Roma; a Lucrecia también, a Julia, a Marcia y a Cornelia y a Saladino, que estaba solo y separado de los demás. Habiendo levantado después la vista, vi al maestro de los que saben, sentado entre su filosófica familia. Todos lo admiran, todos lo honran; vi además a Sócrates y a Platón, que estaban más próximos a aquél que a los demás; a Demócrito, que pretende que el mundo ha tenido por origen la casualidad; a Diógenes, a Anaxágoras y a Tales, a Empédocles, a Heráclito y a Zenón; vi al buen observador de la cualidad, es decir, a Dioscórides, y vi a Orfeo, a Tulio y a Lino, y al moralista Séneca; y al geómetra Euclides, a Tolomeo, Hipócrates, Avicena y Galeno, y a Averroes, que hizo el gran comentario. No me es posible acordarme de todos, porque me arrastra el largo tema que he de seguir y muchas veces las palabras son breves para el asunto. Bien pronto la compañía de seis queda reducida a dos: mi sabio guía me conduce por otro camino fuera de aquella inmovilidad hacia un aura temblorosa, y llegamos a un punto privado totalmente de luz.

CANTO QUINTO

SEGUNDO CÍRCULO: LOS LUJURIOSOS. MINOS. PECADORES CARNALES. FRANCESCA DE RÍMINI

Bajaba al segundo Círculo, que es la primera estancia de los incontinentes. A su entrada se encuentra Minos, el juez infernal, enviando a las almas al castigo correspondiente a cada pecado. Vencida su oposición a dejar entrar a Dante al declarar Virgilio la suprema voluntad que lo manda así, los viajeros entran para observar a los lujuriosos arrastrados por un torbellino, imagen equivalente de la pasión que los arrastró en esta vida. Tras una rápida visión de los amantes más famosos de la antigüedad, Francesca de Rímini cuenta a Dante su historia. En este círculo y en los tres siguientes están castigados los que, más que elegir el mal, no tuvieron fuerzas suficientes para elegir el bien.

Así descendí del primer Círculo al segundo, que contiene menos espacio pero mucho más dolor, y dolor punzante, que origina desgarradores gritos. Allí estaba el horrible Minos[55], que, rechinando los dientes, examinaba las culpas de los que entraban, juzgaba y daba a comprender sus órdenes por medio de las vueltas de su cola. Es decir, que cuando se presenta a él un alma pecadora y le confiesa todas sus culpas, aquel gran conocedor de los pecados ve qué lugar del Infierno debe ocupar y se lo designa ciñéndose al cuerpo la cola tantas veces cuantas sea el número del Círculo a que debe ser enviada. Ante él están siempre muchas almas acudiendo por turno para ser juzgadas: hablan y escuchan y después son arrojadas al abismo.

—¡Oh, tú, que vienes a la mansión del dolor! —me gritó Minos cuando me vio, suspendiendo sus funciones—; mira cómo entras y de quién te fías; no te alucine lo anchuroso de la entrada.

Entonces mi guía le preguntó:

—¿Por qué gritas? No te opongas a su viaje, ordenado por el destino; así lo han dispuesto allí donde se puede lo que se quiere. Y no preguntes más.

Luego empezaron a dejarse oír voces plañideras y llegué a un sitio donde hirieron mis oídos grandes lamentos. Entrábamos en un lugar que carecía de luz y que rugía como el mar tempestuoso cuando está combatido por vientos contrarios. La tromba infernal, que no se detiene nunca, envuelve en su torbellino a los espíritus, les hace dar vueltas continuamente y los agita y los molesta. Cuando se encuentran ante la ruinosa roca que los encierra, allí son los gritos, los llantos y los lamentos, y las blasfemias contra la virtud divina. Supe que estaban condenados a semejante tormento los pecadores carnales[56] que sometieron la razón a sus lascivos apetitos; y así como los estorninos vuelan en grandes y compactas bandadas en la estación del frío, así aquel torbellino arrastra a los espíritus malvados llevándolos de acá para allá

y de arriba a abajo, sin que abriguen nunca la esperanza de tener un momento de reposo ni de que su pena se aminore. Y del mismo modo que las grullas van lanzando sus tristes acentos, formando todas una prolongada hilera en el aire, así también vi venir, exhalando gemidos, a las sombras arrastradas por aquella tromba[57]. Por lo cual pregunté:

—Maestro, ¿qué almas son esas a quienes de tal suerte castiga ese aire negro?

—La primera de esas de quienes deseas noticias —me dijo entonces— fue emperatriz de una multitud de pueblos donde se hablaban diferentes lenguas, y tan dada al vicio de la lujuria que permitió en sus leyes todo lo que incitaba al placer para ocultar de ese modo la abyección en que vivía. Es Semíramis[58], de quien se lee que sucedió a Nino y fue su esposa, y reinó en la tierra de que hoy es dueño el Sultán. La otra es la que se mató por amor y quebrantó la fe prometida a las cenizas de Siqueo[59]. Después sigue la lasciva Cleopatra. Ve también a Helena, que dio lugar a tan funestos tiempos[60], y ve al gran Aquiles[61], que al fin tuvo que sucumbir por amor. Ve a Paris y a Tristán[62]…

Y más de mil sombras me fue enseñando y designando con el dedo, a quienes Amor había hecho salir de esta vida. Cuando oí a mi sabio nombrar a las antiguas damas y caballeros me sentí dominado por la piedad y quedé como aturdido. Empecé a decir:

—Poeta, quisiera hablar a aquellas dos almas que van juntas y parecen más ligeras que las otras impelidas por el viento.

Y él me contestó:

—Espera que estén más cerca de nosotros y entonces ruégales, por el amor que las conduce, que se dirijan hacia ti.

Tan pronto como el viento las impulsó hacia nosotros, alcé la voz diciendo:

—¡Oh, almas atormentadas!, venid a hablarnos, si otro no se opone a ello.

Así como dos palomas, excitadas por sus deseos, se dirigen con las alas abiertas y firmes hacia el dulce nido, llevadas con el aire por una misma voluntad, así salieron aquellas dos almas de entre la multitud donde estaba Dido, dirigiéndose hacia nosotros a través del aire malsano, atraídas por mi eficaz y afectuoso llamamiento.

—¡Oh, ser gracioso y benigno, que vienes a visitar en medio de este aire negruzco a los que hemos teñido el mundo de sangre! Si fuéramos amados por el Rey del universo, le rogaríamos por tu tranquilidad, ya que te compadeces de nuestro acerbo dolor. Todo lo que te agrade oír y decir te lo diremos y escucharemos con gusto mientras siga el viento tan tranquilo como ahora[63]. La tierra donde nací está situada en la costa donde desemboca el Po con todos sus afluentes para descansar en el mar. Amor, que se apodera pronto de un corazón gentil, hizo que éste se prendara de aquel hermoso cuerpo que me fue arrebatado, de un modo que aún me atormenta. Amor, que no dispensa de amar al que es amado, hizo que me entregara vivamente al placer de que se embriagaba éste, que, como ves, no me abandona nunca. Amor nos condujo a la misma muerte. Caína[64] espera al que nos arrancó la vida.

Tales fueron las palabras de las dos sombras. Al oír a aquellas almas heridas bajé la cabeza, y la tuve inclinada tanto tiempo que el Poeta me dijo:

—¿En qué piensas?

—¡Ah! —exclamé al contestarle—, ¡cuán dulces pensamientos, cuántos deseos los han conducido a este sitio doloroso!

Después me dirigí a ellos diciéndoles:

—Francesca, tus palabras me hacen derramar tristes y compasivas lágrimas. Pero dime: en tiempo de los dulces suspiros, ¿cómo os permitió Amor conocer vuestros secretos deseos?

Ella contestó:

—No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria, y eso lo sabe bien tu Maestro. Pero si tienes tanto deseo de saber cuál fue el principal origen de nuestro amor, haré como el que habla y llora a la vez. Leíamos un día por pasatiempo las aventuras de Lanzarote[65] y de qué modo cayó en las redes del amor; estábamos solos y sin abrigar sospecha alguna. Aquella lectura hizo que nuestros ojos se buscaran muchas veces y que palideciera nuestro semblante; mas un solo pasaje fue el que decidió de nosotros: cuando leímos que la deseada sonrisa de la amada fue interrumpida por el beso del amante, éste, que jamás se ha de separar de mí, me besó tembloroso en la boca. El libro y quien lo escribió fue para nosotros otro Galeoto[66]; aquel día ya no leímos más.

Mientras que un alma decía esto, la otra lloraba de tal modo que yo, movido de compasión, desfallecí como si me muriera y caí como cae un cuerpo inanimado.

CANTO SEXTO

TERCER CÍRCULO: LOS GLOTONES. CERBERO, CIACCO Y SU PROFECÍA

En el tercer Círculo se encuentran los glotones, anegados en el cieno, la lluvia y el granizo, continuamente amedrentados por el trifauce Cerbero. Apaciguado éste, Dante puede hablar con su compatriota Ciacco, que le profetiza los desastres que amenazan a Florencia y las penas que sufren o aguardan a otros protagonistas de la situación florentina. El amor hacia otros, que justificaba hasta cierto punto a los condenados en el Círculo anterior, desaparece en éste, y empezamos a encontrar el amor por uno mismo, simbolizado aquí por la glotonería. Sin reciprocidad, sin posibilidad de comunicación, cada una de las almas se encuentra aislada y hundida en el fango.

Al recobrar los sentidos, que perdí por la tristeza y la compasión que me causó la suerte de los dos cuñados, vi en derredor mío nuevos tormentos y nuevas almas atormentadas doquier iba y doquier me volvía o miraba. Me encontraba en el tercer Círculo, en el de la lluvia eterna, maldita, fría y densa, que cae siempre igualmente copiosa y con la misma fuerza. Espesos granizos, agua negruzca y nieve descienden en turbión a través de las tinieblas; la tierra, al recibirlos, exhala un olor pestífero. Cerbero[67], fiera cruel y monstruosa, ladra con sus tres fauces de perro contra los condenados que están allí sumergidos. Tiene los ojos rojos, los pelos negros y cerdosos, el vientre ancho y las patas guarnecidas de uñas que clava en los espíritus, les desgarra la piel y los descuartiza. La lluvia los hace aullar como perros; los miserables condenados defienden sus cuerpos ofreciendo a la lluvia la parte no mojada y se revuelven sin cesar. Cuando nos descubrió Cerbero, el miserable gusano abrió las bocas enseñándonos sus colmillos; todos sus miembros estaban agitados. Entonces mi guía extendió las manos, cogió tierra y la arrojó a puñados en las fauces ávidas de la fiera. Y del mismo modo que un perro se deshace ladrando y se apacigua cuando muerde su presa, ocupado tan sólo en devorarla, así también el demonio Cerbero cerró sus impuras bocas, cuyos ladridos causaban el aturdimiento de las almas, que quisieran quedarse sordas. Pasamos por encima de las sombras aplastadas por la incesante lluvia, poniendo nuestros pies sobre sus fantasmas, que parecían cuerpos humanos. Todas yacían por el suelo, excepto una que se levantó con presteza para sentarse cuando nos vio pasar ante ella.

—¡Oh, tú, que has venido a este Infierno! —me dijo—, reconóceme si puedes. Tú naciste antes de que yo muriese.

Yo le contesté:

—La angustia que te atormenta es quizá causa de que no me acuerde de ti; me parece que no te he visto nunca. Pero dime, ¿quién eres tú, que a tan triste lugar has sido conducido y condenado a un suplicio que, si hay otro mayor, no será por cierto tan desagradable?

Contestome:

—Tu ciudad, tan llena hoy de envidia que ya colma la medida, me vio en su seno en vida más serena. Vosotros, los habitantes de esa ciudad, me llamasteis Ciacco[68]. Por el reprensible pecado de la gula me veo, como ves, sufriendo esta lluvia. Yo no soy aquí la única alma triste; todas las demás están condenadas a igual pena por la misma causa.

Y no pronunció una palabra más. Yo le respondí:

—Ciacco, tu martirio me conmueve tanto que me hace verter lágrimas. Pero dime, si es que lo sabes: ¿en qué pararán los habitantes de esa ciudad tan dividida en facciones? Dime por qué razón se ha introducido en ella la discordia.

Me contestó:

—Después de grandes debates, llegarán a verter su sangre y el partido salvaje arrojará al otro partido causándole grandes pérdidas[69]. Luego será preciso que el partido vencedor sucumba al cabo de tres años y que el vencido se eleve, merced a la ayuda de aquel que ahora está disimulando[70]. Esta facción llevará la frente erguida durante mucho tiempo, teniendo bajo su férreo yugo a la otra por más que ésta se lamente y avergüence. Aún hay dos justos, pero nadie los escucha: la soberbia, la envidia y la avaricia son las tres antorchas que han inflamado los corazones.

Aquí dio Ciacco fin a su lamentable discurso y yo le dije:

—Todavía quiero que me informes y me concedas algunas palabras. Dime dónde están y dame a conocer a Farinata y al Tegghiaio, que fueron tan dignos; a Jacobo Rusticucci, Arigo y Mosca y a otros que se dedicaban a hacer bien, pues siento un gran deseo de saber si están entre las dulzuras del Cielo o entre las amarguras del Infierno[71].

A lo que me contestó:

—Están entre las almas más perversas, porque a consecuencia de otros pecados los han arrojado a un círculo más profundo; si bajas hasta allí, podrás verlos. Pero cuando vuelvas al dulce mundo, te ruego que hagas porque en él se renueve mi recuerdo. Y no te digo ni te respondo más.

Entonces volvió los ojos, que había tenido fijos; mirome un momento y luego inclinó la cabeza y volvió a caer entre los demás ciegos. Mi guía me dijo:

—Ya no volverá a levantarse hasta que se oiga el sonido de la angélica trompeta para presentarse a Juicio ante Cristo. Cada cual encontrará entonces su triste tumba; recobrará sus carnes y su figura; y oirá el juicio que debe resonar por toda una eternidad.

Así fuimos atravesando aquella impura mezcla de sombras y de lluvia, con paso lento, razonando un poco sobre la vida futura. Por lo cual dije:

—Maestro, ¿estos tormentos serán mayores después de la gran sentencia, o bien menores, o seguirán siendo igual de dolorosos?

Y él a mí:

—Acuérdate de tu ciencia[72], que pretende que cuanto más perfecta es una cosa, tanto mayor bien o dolor experimenta. Aunque esta raza maldita no debe jamás llegar a la verdadera perfección, espera ser después del Juicio más perfecta que ahora.

Continuamos hablando de otras cosas que no refiero y llegamos al sitio por donde se desciende. Allí encontramos a Plutón, el gran enemigo.

CANTO SÉPTIMO

CUARTO CÍRCULO: LAS ALMAS DE LOS AVAROS Y DE LOS PRÓDIGOS. PLUTÓN. PENAS A QUE ESTÁN CONDENADOS. LA FORTUNA

Tras vencer la oposición de Plutón, encuentran en el cuarto Círculo a los avaros y los pródigos, dos caras del mismo pecado, arrojándose mutuamente grandes rocas. Virgilio explica la naturaleza de la Fortuna. Descienden el acantilado y cruzan la laguna Estigia, que forma el quinto Círculo, residencia de los iracundos. Rodeándola, llegan al pie de una atalaya. Un grado más en el proceso de degeneración y hemos llegado al egoísmo, que, naturalmente, se opone a todos los demás egoísmos, efecto representado por el antagonismo entre avaros y dispendiosos.

—«Pape Satán, Pape Satán Aleppe[73]», comenzó a gritar Plutón con ronca voz. Y aquel sabio gentil, que conoce todo lo que puede animarme, dijo:

—No te inquiete el temor, pues a pesar de su poder no te impedirá que desciendas a este círculo.

Después, volviéndose hacia aquel rostro hinchado de ira, le dijo:

—Calla, lobo maldito; consúmete interiormente con tu propia rabia. No sin razón venimos al profundo Infierno, pues así lo han dispuesto allá arriba, donde Miguel castigó la soberbia rebelión.

Como las velas hinchadas por el viento caen derribadas cuando el mástil se rompe, del mismo modo cayó al suelo aquella fiera cruel. Así bajamos a la cuarta cavidad aproximándonos más a la dolorosa orilla que encierra en sí todo el mal del universo. ¡Ah, justicia de Dios!, ¿quién puede amontonar tantas penas y trabajos como allí vi? ¿Por qué nos destruyen así nuestras propias faltas? Aquí chocan los condenados unos con otros, lo mismo que la ola, saltando sobre el escollo de Caribdis, se rompe contra la que encuentra. Allí vi más condenados que en ninguna otra parte, los cuales, formados en dos filas, se lanzaban de la una a la otra parte enormes pesos con todo el esfuerzo de su pecho, gritando fuertemente; dábanse grandes empellones y después se volvía cada cual hacia atrás, exclamando: «¿Por qué guardas?», o «¿Por qué derrochas?». De esta suerte iban girando por aquel tétrico círculo, yendo desde un extremo hasta su opuesto y repitiendo a gritos su injurioso estribillo. Después, cuando cada uno había llegado al centro de su círculo, se volvían todos a la vez para empezar de nuevo otra pelea.

Yo, que tenía el corazón conmovido, dije:

—Maestro mío, indícame qué gente es ésta. Todos esos tonsurados que vemos a nuestra izquierda, ¿han sido clérigos?

Y él me respondió:

—Todos fueron de tan limitado talento en la primera vida que no supieron gastar razonablemente; así lo manifiestan ellos con claridad cuando llegan a los dos puntos del círculo que los separa de los que siguieron camino opuesto. Estos que no tienen cabellos que cubran sus cabezas fueron clérigos, papas y cardenales a quienes subyugó la avaricia.

Y yo:

—Maestro, entre todos éstos deberá haber algunos a quienes yo conozca y a quienes tan inmundos hizo este vicio.

Y él a mí:

—En vano esforzarás tu imaginación: la vida sórdida que los hizo deformes hace que hoy sean impenetrables e irreconocibles. Continuarán chocando entre sí eternamente y saldrán éstos del sepulcro con los puños cerrados y aquéllos con el cabello rapado. Por haber gastado mal y guardado mal han perdido el Paraíso y se ven condenados a ese eterno combate, que no necesito pintarte con palabras escogidas. Ahí podrás ver, hijo mío, cuán rápidamente pasa el soplo de los bienes de la Fortuna por los que la raza humana se afana y querella. Todo el oro que existe bajo la Luna y todo el que ha existido no puede dar un momento de reposo a estas almas fatigadas.

—Maestro —le dijo entonces—, enséñame cuál es esa Fortuna de que me hablas y que así tiene entre sus manos los bienes del mundo.

Y él a mí:

—¡Oh locas criaturas! ¡Cuán grande es la ignorancia que os extravía! Quiero que te alimentes con mis lecciones. Aquel cuya sabiduría es superior a todo, hizo los cielos y les dio una guía, de modo que toda parte brilla para toda parte, distribuyendo la luz por igual; con el esplendor del mundo hizo lo mismo y le dio una guía que, administrándolo todo, hiciera pasar de tiempo en tiempo las vanas riquezas de una a otra familia, de una a otra nación, a pesar de los obstáculos que crean la prudencia y la previsión humanas. He aquí por qué. Mientras una nación impera otra languidece, según el juicio de Aquel que está oculto como la serpiente en la hierba. Vuestro saber no puede contrastarlo, porque provee, juzga y prosigue su reinado, como el suyo cada una de las otras deidades. Sus transformaciones no tienen tregua; la necesidad la obliga a ser rápida, por eso se cambia todo en el mundo con tanta frecuencia. Tal es esa a quien tan a menudo vituperan los mismos que deberían ensalzarla y de quien blasfeman y maldicen sin razón. Pero ella es feliz y no oye esas maldiciones; contenta entre las primeras criaturas, prosigue su obra y goza en su beatitud[74]. Bajemos ahora donde existen mayores y más lamentables males. Ya descienden las estrellas que salieron cuando me puse en marcha y nos está prohibido retrasarnos mucho.

Atravesamos el círculo hasta la otra orilla, no lejos de un hirviente manantial que vierte sus aguas en un arroyo que le debe su origen y cuyas aguas son más bien oscuras que azuladas, y bajamos por un camino distinto, siguiendo el curso de las

tenebrosas ondas. Cuando aquel arroyo ha llegado al pie de la playa gris e infecta, forma una laguna llamada Estigia; y yo, que miraba atentamente, vi algunas almas encenagadas en aquel pantano, completamente desnudas y de irritado semblante[75].

Se golpeaban no sólo con las manos, sino con la cabeza, con el pecho, con los pies, arrancándose la carne a pedazos con los dientes. Díjome el buen Maestro:

—Hijo, contempla las almas de los que han sido dominados por la ira. Quiero además que sepas que bajo estas aguas hay una raza condenada que suspira y la hace hervir en la superficie, como te lo indican tus miradas en cuantos sitios se fijan. Metidos en el lodo dicen: «Estuvimos siempre melancólicos bajo aquel aire dulce que alegra el Sol, llevando en nuestro interior una tétrica humareda; ahora nos entristecemos también en medio de este negro cieno». Estas palabras salen del fondo de sus gargantas como si formaran gárgaras, no pudiendo pronunciar una sola íntegra.

Así fuimos describiendo un gran arco alrededor del fétido pantano, entre la playa seca y el agua, vueltos los ojos hacia los que se atragantaban con el fango, hasta que al fin llegamos al pie de una torre.

CANTO OCTAVO

QUINTO CÍRCULO: LOS IRASCIBLES. FLEGIAS, FELIPE ARGENTI. LA CIUDAD DE DITE

Desde la atalaya se avisa a la ciudad de Dite, desde donde envían a Flegias para transbordar a los viajeros al otro lado de la Estigia. En el trayecto encuentran el alma enlodada de Felipe Argenti. Rodeando las murallas al rojo vivo de la ciudad de Dite, llegan a una puerta guardada por los ángeles caídos, que les impiden la entrada. Si quieren seguir adelante, tienen que esperar la ayuda divina.

Digo, continuando, que mucho antes de llegar al pie de la elevada torre, nuestros ojos se fijaron en su parte más alta a causa de dos lucecitas que allí vimos y otra más, que se correspondía con estas dos, pero desde tan lejos que apenas podía distinguirse. Entonces, dirigiéndome hacia el mar de toda ciencia, dije:

—¿Qué significan esas llamas? ¿Qué responde aquella otra y quiénes son los que hacen esas señales?

Respondiome:

—Sobre esas aguas fangosas puedes ver lo que ha de venir, si es que no te lo ocultan los vapores del pantano.

Jamás cuerda alguna despidió una flecha que corriese por el aire con tanta velocidad como una navecilla que vi surcando las aguas en nuestra dirección, gobernada por un solo remero, que gritaba: «¿Has llegado ya, alma vil?».

—Flegias, Flegias[76], gritas en vano esta vez —dijo mi guía—; no nos tendrás en tu poder más tiempo que el necesario para pasar la laguna.

Flegias, conteniendo su cólera, hizo lo que un hombre a quien descubren que ha vivido víctima de un engaño, ocasionándole esto un despecho profundo. Mi guía saltó a la barca y me hizo entrar en ella tras él; pero aquella barca no pareció ir cargada hasta que recibió mi peso. En cuanto ambos estuvimos dentro, la antigua proa partió, trazando en el agua una estela más profunda de lo que solía cuando llevaba a otros pasajeros[77]. Mientras recorríamos aquel canal de agua estancada, se presentó delante una sombra llena de lodo y me preguntó:

—¿Quién eres tú, que vienes antes de tiempo?

A lo que le contesté:

—Si he venido, no es para permanecer aquí. Pero tú, que estás tan sucio, ¿quién eres?

Respondiome:

—Ya ves que soy uno de los que lloran.

Y yo a él:

—¡Permanece, pues, en el llanto y la desolación, espíritu maldito! Te conozco aunque estés tan enlodado.

Entonces extendió sus manos hacia la barca, pero mi prudente Maestro lo rechazó diciendo:

—Vete de aquí con los otros perros.

En seguida rodeó mi cuello con sus brazos, me besó en el rostro y me dijo:

—Alma desdeñosa, ¡bendita aquella que te llevó en su seno! Ese que ves fue en el mundo una persona soberbia: ninguna virtud ha honrado su memoria, por lo que su sombra está siempre furiosa. ¡Cuántos se tienen allá arriba por grandes reyes, que se verán sumidos como cerdos en este pantano, sin dejar en pos de sí más que horribles desprecios!

Y yo:

—Maestro, antes de salir de este lago, desearía en gran manera ver a ese pecador sumergido en el fango.

Y él a mí:

—Antes de que veas la orilla quedarás satisfecho; convendrá que goces de ese deseo.

Poco después lo vi acometido de tal modo por las otras sombras cenagosas, que aún alabo a Dios y le doy las gracias por ello. Todas gritaban: «¡A Felipe Argenti!». Este florentino, espíritu orgulloso, se revolvía contra sí mismo, destrozándose con sus dientes[78]. Dejémoslo allí, pues no pienso ocuparme más de él. Después vino a herir mis oídos un lamento doloroso, por lo cual miré con más atención en torno mío. El buen Maestro me dijo:

—Hijo mío, ya estamos cerca de la ciudad que se llama Dite[79]; sus habitantes son criminales y su número es grande.

Y yo le respondí:

—Ya distingo en el fondo del valle sus torres enrojecidas, como si salieran de entre llamas.

A lo cual me contestó:

—El fuego eterno que interiormente las abrasa les comunica el rojo color que ves en ese bajo infierno.

Al fin entramos en los profundos fosos que ciñen aquella desolada tierra. Las murallas me parecían de hierro. Llegamos, no sin haber dado antes un gran rodeo, a un sitio en que el barquero nos dijo en voz alta: «Salid, he aquí la entrada». Vi sobre las puertas más de mil espíritus, caídos del cielo como una lluvia, que decían con ira: «¿Quién es ese que sin haber muerto anda por el reino de los muertos?». Mi sabio Maestro hizo un ademán, expresando que quería hablarles en secreto. Entonces contuvieron un poco su cólera y respondieron: «Ven tú solo, y que se vaya aquel que tan audazmente entró en este reino. Que se vuelva solo por el camino que ha emprendido tan locamente; que lo intente, si sabe; porque tú, que lo has guiado por esta oscura comarca, te has de quedar aquí».

Juzga, lector, si estaría yo tranquilo al oír aquellas palabras malditas: no creí volver nunca a la tierra.

—¡Oh, mi guía querido!, tú, que más de siete veces me has devuelto la tranquilidad y librado de los grandes peligros con que he tropezado, no me dejes —le dije— tan abatido. Si nos está prohibido avanzar más, volvamos inmediatamente sobre nuestros pasos.

Y aquel Señor que allí me había llevado me dijo:

—No temas, pues nadie puede cerrarnos el paso que Dios nos ha abierto. Aguárdame aquí, reanima tu abatido espíritu y alimenta una grata esperanza, que yo no te dejaré en este bajo mundo.

En seguida se fue el dulce padre y me dejó solo. Permanecí en una gran incertidumbre, agitándose el sí y el no en mi cabeza.

No pude oír lo que les propuso, pero habló poco tiempo con ellos, y todos a una corrieron hacia la ciudad. Nuestros enemigos dieron con las puertas en el rostro a mi señor, que se quedó fuera y se dirigió lentamente hacia donde yo estaba. Tenía los ojos inclinados, sin dar señal de atrevimiento, y decía entre suspiros: «¿Quién me ha impedido la entrada en la mansión de los dolores?». Y dirigiéndose a mí:

—Sí estoy irritado —me dijo—, no te inquietes; yo saldré victorioso de esta prueba, cualesquiera que sean los que se opongan a nuestra entrada. Su insolencia no es nueva; ya la demostraron ante una puerta menos secreta, que se encuentra todavía sin cerradura[80]. Ya has visto sobre ella la inscripción de muerte. Pero más acá de esa puerta, descendiendo la montaña y pasando por los círculos sin necesidad de guía, viene uno que nos abrirá la ciudad.

CANTO NONO

LAS PUERTAS DE DITE. LAS TRES FURIAS. EL MENSAJERO CELESTIAL

Detenidos por los ángeles caídos, tanto Dante como Virgilio dudan. Aparecen las Furias que amenazan a los viajeros con la Medusa. Finalmente, precedido de un ruido atronador, aparece el mensajero celestial que rechaza a los ángeles caídos y abre las puertas de la ciudad. Los dos poetas encuentran al otro lado una enorme llanura donde se hallan las tumbas de los herejes.

Aquel color que el miedo pintó en mi rostro cuando vi a mi guía retroceder hizo que en el suyo se desvaneciera más pronto su palidez. Púsose atento, como un hombre que escucha, porque las miradas no podían penetrar a través del denso aire y de la espesa niebla.

—Sin embargo, debemos vencer esta lucha —empezó a decir—, si no… pero se nos ha prometido… ¡Oh, cuánto tarda en llegar el que tiene que venir[81]!.

Yo bien veía que ocultaba lo que había empezado a decir bajo otra idea que lo asaltó después, y que estas últimas palabras eran diferentes de las primeras. Sin embargo, su discurso me causó espanto porque me parecía descubrir en sus entrecortadas frases un sentido peor del que en realidad tenían.

—¿Ha bajado alguna vez al fondo de este triste abismo algún espíritu del primer círculo, cuya sola pena es la de estar sin esperanza y donde tú estás? —le pregunté.

A lo que me respondió:

—Rara vez sucede que ninguno ande el camino por donde yo voy. Es cierto que tuve que bajar aquí otra vez a causa de los conjuros de la cruel Ericton, que llamaba las almas a sus cuerpos. Hacía poco tiempo que mi carne estaba despojada de su alma cuando me hizo traspasar estas murallas para sacar a un espíritu del círculo de Judas[82]. Ese círculo es el más profundo, el más oscuro y el más lejano del Cielo que lo mueve todo[83]. Conozco bien el camino; por lo cual, debes estar tranquilo. Esta laguna, que exhala tan gran fetidez, ciñe en torno la ciudad del dolor, donde no podremos entrar si no vencemos su oposición.

Dijo además otras cosas que no he podido retener en mi memoria, porque me hallaba absorto mirando la alta torre de ardiente cúspide, donde vi de improviso aparecer rápidamente tres Furias infernales, tintas en sangre, las cuales tenían movimientos y miembros femeniles.

Estaban ceñidas de hidras verdosas y tenían por cabellos pequeñas serpientes y cerastas que circundaban sus horribles sienes. Y aquél, que conocía muy bien a las siervas de la Reina del dolor eterno[84]:

—Mira —me dijo—, las feroces Erinnias. La de la izquierda es Megera, de siniestros aullidos; la que llora a la derecha es Alecto, y la del centro es Tisífona.

Después calló. Las Furias se desgarraban el pecho con sus uñas, se golpeaban con las manos y daban tan fuertes gritos que, por temor, me acerqué más al Poeta..

—Que venga Medusa[85] y convertiremos a éste en piedra —decían todas mirando desde arriba—; hicimos mal en no vengarnos de la audaz entrada de Teseo[86].

—Vuélvete y cierra los ojos, porque si apareciese la Gorgona y la vieses, no podrías jamás volver arriba.

Así me dijo el Maestro, volviéndome él mismo: Y no fiándose de mis manos, me tapó los ojos con las suyas. ¡Oh, vosotros, que gozáis de sano entendimiento: descubrid la doctrina que se oculta bajo el velo de tan extraños versos[87]!.

Oíase a través de las turbias ondas un gran ruido, lleno de horror, que hacía retemblar las dos orillas, semejante a un viento impetuoso, impelido por contrarios ardores, que se ensaña en las selvas y que sin tregua las ramas rompe y desgaja, y las arroja lejos; luego, marchando polvoroso y soberbio, hace huir a las fieras y los pastores. Me descubrió los ojos y dijo:

—Ahora dirige la potencia de tu vista sobre esa antigua espuma, hacia el sitio en que el tufo es más maligno.

Como las ranas, que, al ver la culebra enemiga, desaparecen a través del agua hasta que se han reunido todas en el cieno, del mismo modo vi más de mil almas condenadas, huyendo de uno que atravesaba la Estigia a pie enjuto. Alejaba de su rostro el aire denso extendiendo con frecuencia la siniestra mano hacia adelante, y sólo este fastidio parecía molestarle. Bien comprendí que era un Mensajero del Cielo[88], y volvime hacia el Maestro, pero éste me indicó que permaneciese callado y me inclinara. ¡Ah, cuán lleno de dignidad me pareció aquel enviado celeste! Llegó a la puerta y la abrió con una varita sin encontrar obstáculo.

—¡Oh, demonios arrojados del Cielo, raza despreciable! —empezó a decir en el horrible umbral—. ¿Cómo habéis podido conservar vuestra arrogancia? ¿Por qué os resistís contra esa Voluntad que no deja nunca de conseguir su intento y que ha aumentado tantas veces vuestros dolores? ¿De qué os sirve luchar contra el destino? Vuestro Cerbero, si bien lo recordáis, tiene aún el cuello y el hocico pelados[89].

Entonces se volvió hacia el cenagoso camino sin dirigirnos la palabra, semejante a un hombre a quien apremian y preocupan otros cuidados que no se relacionan con la gente que tiene delante. Y nosotros, confiados en las palabras santas, dirigimos nuestros pasos hacia la ciudad de Dite. Entramos en ella sin ninguna resistencia; y como yo deseaba conocer la suerte de los que estaban encerrados en aquella fortaleza, luego que estuve dentro empecé a dirigir escudriñadoras miradas en torno mío y vi por todos lados un gran campo lleno de dolor y de crueles tormentos. Como en los alrededores de Arlès, donde se estanca el Ródano, o como en Pola, cerca del

Quarnero, que encierra a Italia y baña sus fronteras[90], vense antiguos sepulcros, que hacen montuoso el terreno, así también aquí se elevaban sepulcros por todas partes; con la diferencia de que su aspecto era más terrible por estar envueltos entre un mar de llamas que los encendían enteramente más que lo fue nunca el hierro en ninguna fragua. Todas sus losas estaban levantadas y de su interior salían tristes lamentos, parecidos a los de los míseros ajusticiados. Entonces le pregunté a mi Maestro:

—¿Qué clase de gente es esa que sepultada en aquellas arcas se da a conocer por sus dolientes suspiros?

A lo que me respondió:

—Son los heresiarcas, con sus secuaces de todas sectas. Esas tumbas están mucho más llenas de lo que puedes figurarte. Ahí está sepultado cada cual con su semejante y las tumbas arden más o menos.

Después, dirigiéndose hacia la derecha, pasamos por entre los sepulcros y las altas murallas.

CANTO DÉCIMO

SEXTO CÍRCULO: LOS HEREJES. FARINATA DEGLI UBERTI. CAVALCANTE CAVALCANTI Y EL EMPERADOR FEDERICO II

Desde su tumba, Farinata detiene a Dante al pasar. Mientras hablan, Cavalcante dei Cavalcanti pregunta a Dante por su hijo. Farinata profetiza el triste futuro de Dante. Las almas de los condenados recuerdan el pasado y entrevén el futuro, pero no pueden conocer el presente. A partir de ahora entramos en el más horrendo de los infiernos, donde se purgan los pecados cometidos desde un acto volitivo y consciente. El primero de ellos es, precisamente, la herejía. Un hereje, para Dante, es un hombre que, sabiendo perfectamente lo que hace, acepta a la Iglesia, pero, al mismo tiempo, prefiere seguir su propio juicio y no el magisterio de ésta. En este sentido nos explicamos la condena en este círculo de Federico II de Sicilia, a quien tanto admiraba Dante por su dimensión política, y del cardenal Ubaldini.

Mi maestro avanzó por un estrecho sendero entre los muros de la ciudad y las tumbas de los condenados, y yo seguí tras él.

—¡Oh dechado de virtud —exclamé—, que me llevas a tu placer por los círculos impíos! Háblame y da satisfacción a mis deseos. ¿Podré ver a la gente que yace en esos sepulcros? Todas las losas están levantadas y no hay nadie que vigile.

Respondiome:

—Todos quedarán cerrados cuando hayan vuelto de Josafat las almas con los cuerpos que han dejado allá arriba. Epicuro y todos sus sectarios[91], que pretenden que el alma muere con el cuerpo, tienen su cementerio hacia esa parte. Así que pronto contestarán aquí mismo a la pregunta que me haces y al deseo que me ocultas.

Yo le repliqué:

—Buen Guía, si acaso te oculto mi corazón, es por hablar poco, a lo cual no es la primera vez que me has predispuesto con tus advertencias.

—¡Oh, toscano, que vas por la ciudad del fuego hablando modestamente, dígnate detenerte en este sitio! Tu modo de hablar revela claramente el noble país al que quizá fui yo funesto.

Tales palabras salieron súbitamente de una de aquellas tumbas, haciendo que me aproximara con temor a mi guía. Éste me dijo:

—Vuélvete, ¿qué haces? Mira a Farinata[92], que se ha levantado de su tumba, a quien puedes contemplar desde la cintura a la cabeza.

Yo tenía ya mi mirada fija en la suya. Él erguía su pecho y su cabeza en ademán de despreciar al Infierno. Entonces mi guía, con mano animosa y pronta, me impelió hacia él a través de los sepulcros, diciéndome:

—Háblale respetuosamente.

En cuanto estuve al pie de su tumba, examinome un momento; después, con acento un tanto desdeñoso, me preguntó:

—¿Quiénes fueron tus antepasados?

Yo, que deseaba obedecer, no le oculté nada, sino que se lo descubrí todo. Por lo cual, arqueó un poco las cejas y dijo:

—Fueron terribles contrarios míos, de mis parientes y de mi partido. Por eso los desterré dos veces.

—Si estuvieron desterrados —le contesté—, volvieron de todas partes una y otra vez, arte que los vuestros no han aprendido[93].

Entonces, al lado de aquél, apareció a mi vista una sombra, que sólo descubría hasta la barba, lo que me hizo creer que estaba de rodillas. Miró en torno mío, como deseando ver si estaba alguien conmigo y, apenas se desvanecieron sus sospechas, me dijo llorando:

—Si la fuerza de tu genio es la que te ha abierto esta oscura prisión, ¿dónde está mi hijo y por qué no se encuentra a tu lado[94]?.

Respondile:

—No he venido por mí mismo: el que me espera allí me guía por estos lugares. Quizá vuestro Guido *tuvo* hacia él demasiado desdén.

Sus palabras y la clase de suplicio me habían revelado ya el nombre de aquella sombra; así es que mi respuesta fue precisa. Irguiéndose repentinamente, exclamó:

—¿Cómo dijiste *tuvo*? ¿Es que ya no vive? ¿No hiere ya sus ojos la dulce luz del día?

Cuando observó que yo tardaba en responderle, cayó de espaldas en su tumba y no volvió a aparecer fuera de ella. Pero aquel otro magnánimo, por quien yo me había detenido, no cambió de color ni movió el cuello ni inclinó el cuerpo.

—El que no hayan aprendido bien ese arte —me dijo, continuando la conversación empezada— me atormenta más que este lecho. Mas la deidad que reina aquí no mostrará cincuenta veces su faz iluminada sin que tú conozcas lo difícil que es este arte[95]. Pero dime, así puedas volver al dulce mundo, ¿por qué causa es ese pueblo tan despiadado con los míos en todas sus leyes?

A lo cual le contesté:

—El destrozo y la gran matanza que enrojeció el Arbia[96] excita tales discursos en nuestro templo.

Entonces movió la cabeza suspirando y después dijo:

—No estaba yo allí solamente. Y, en verdad, no sin razón me encontré en aquel sitio con los demás. Pero sí fui el único que defendí resueltamente a Florencia cuando se trató de destruirla.

—¡Ah! —le contesté—: ¡ojalá vuestra descendencia tenga paz y reposo! Pero os ruego que deshagáis el nudo que ha enmarañado mi pensamiento. Me parece, por lo que he oído, que prevéis lo que el tiempo ha de traer, a pesar de que os suceda lo contrario con respecto del presente.

—Como los que padecen —dijo— un defecto en la vista, vemos sólo las cosas alejadas, porque sólo así nos ilumina la luz de la verdad. Cuando están próximas, todo nuestro intelecto es vano, y si alguien que llegue no nos informa, nada sabemos de vuestro estado actual. De lo que puedes colegir que cuando ya no haya futuro, tras el juicio final, perderemos la capacidad de conocer.

Entonces, como arrepentido de mi falta, le dije:

—Decid a ese que acaba de desaparecer que su hijo está aún entre los vivos[97]. Si antes no respondí, hacedle saber que no lo hice porque estaba distraído con la duda que acabáis de aclararme.

Mi Maestro me llamaba ya. Por esa razón rogué más solícitamente a aquel espíritu que me dijera quién estaba con él.

—Estoy tendido entre más de mil —me respondió—, ahí dentro está el segundo Federico y el Cardenal[98]. En cuanto a los demás, me callo.

Se ocultó después de decir esto y yo dirigí mis pasos hacia el antiguo poeta, pensando en aquellas palabras que me parecían amenazadoras. Se puso en marcha y mientras caminábamos me dijo:

—¿Por qué estás tan caviloso?

Y cuando satisfice su pregunta:

—Conserva en tu memoria lo que has oído contra ti —me dijo aquel sabio—, y ahora cuida de estar muy atento a mis palabras. Y levantando el dedo, prosiguió:

—Cuando estés ante la dulce mirada de aquella cuyos bellos ojos lo ven todo, conocerás el porvenir que te espera.

En seguida se dirigió hacia la izquierda. Dejamos las murallas y fuimos hacia el centro de la ciudad por un sendero que conduce a un valle, el cual exhalaba un hedor insoportable.

CANTO UNDÉCIMO

SEXTO CÍRCULO: LOS HEREJES. LA TUMBA DEL PAPA ANASTASIO. DISTRIBUCIÓN DE LOS CONDENADOS EN EL INFIERNO

Mientras descansan, Virgilio explica la organización del Infierno. Dante se inspira en su clasificación de los pecados en Aristóteles, dividiéndolos en tres clases principales: a) incontinencia o apetito incontrolado; b) bestialidad o apetito pervertido, y c) malicia o mal uso de la cualidad humana del razonamiento. A esta división añade, como cristiano, un círculo para los que no se han beneficiado de la Revelación (Limbo) y otro para los que la han forzado racionalmente (herejes), componiendo así los nueve círculos del Infierno. Los ignavos, que ni creyeron ni actuaron, están en el Vestíbulo, no en uno de los círculos. Aunque el número nueve se repite en las tres cánticas, en el caso del Infierno la complicación es mayor porque el círculo de la violencia (séptimo) está dividido en tres recintos y el de la malicia en diez fosos, además de añadir otros cuatro recintos.

A la extremidad de un alto promontorio, formado por grandes piedras rotas y acumuladas en círculo, llegamos hasta una multitud de espíritus más cruelmente atormentados. Allí, para preservarnos de las horribles emanaciones y de la fetidez que despedía el profundo abismo, nos pusimos al abrigo de la losa de un gran sepulcro, donde vi una inscripción que decía: «Encierro al papa Anastasio, a quien Fotino arrastró lejos del camino recto[99]».

—Es preciso que descendamos por aquí lentamente, a fin de acostumbrar de antemano nuestros sentidos a este triste hedor, y después no tendremos necesidad de precavernos de él.

Así habló mi Maestro, y yo le dije:

—Busca algún recurso para aprovechar el tiempo entre tanto.

A lo que me respondió:

—Ya ves que en ello pienso. Hijo mío —continuó—, en medio de estas rocas hay tres círculos, que se estrechan gradualmente como los que hemos dejado atrás; todos están llenos de espíritus malditos; mas para que después te baste con sólo verlos, oye cómo y por qué están aquí encerrados. La injuria es el fin de toda maldad que se atrae el odio del Cielo, y se llega a este fin, que redunda en perjuicio de otros, bien por medio de la violencia, bien por medio del fraude, si se utiliza para ello la facultad propia del ser humano, que es la razón. El fraude es, pues, una maldad propia del hombre; por eso más desagradable a los ojos de Dios y por esta razón los fraudulentos están más abajo, entregados a un dolor más vivo. Todo el primer círculo lo ocupan los violentos, lugar que está además construido y dividido en tres recintos.

Porque puede cometerse violencia contra tres clases de seres: contra Dios, contra sí mismo y contra el prójimo. Y no sólo contra las personas, sino también contra sus bienes, como lo comprenderás por estas claras razones: Se comete violencia contra el prójimo dándole muerte o causándole heridas dolorosas; y contra sus bienes, por medio de la ruina, del incendio o de los latrocinios. De aquí resulta que los homicidas, los que causan heridas, los incendiarios y los ladrones están atormentados en el primer recinto. Un hombre puede haber dirigido su mano violenta contra sí mismo o contra sus bienes; justo es, pues, que purgue su culpa en el segundo recinto, sin esperar tampoco mejor suerte aquel que por su propia voluntad se priva de vuestro mundo, juega o disipa sus bienes; por eso sufre eternamente en lugar de ser feliz. Puede cometer violencia contra la divinidad quien niega a Dios en el fondo de su corazón, quien blasfema y quien desprecia su bondad negando las leyes de la naturaleza. He aquí por qué el recinto más estrecho atormenta con su fuego a Sodoma y a Cahors[100] y a todo el que, despreciando a Dios, le injuria sin hablar desde el fondo de su corazón. El hombre puede emplear el fraude, que produce remordimientos en todas las conciencias, tanto con el que de él se fía como con el que desconfía de él. Este último modo de usar el fraude parece que sólo quebranta los vínculos de amor que forma la Naturaleza; por esta causa están encadenados en el segundo recinto los hipócritas, los aduladores, los hechiceros, los falsarios, los ladrones, los simoníacos, los rufianes, los barateros y todos los que se han manchado con semejantes e inmundos vicios. Por el primer tipo de fraude no sólo se olvida el, amor que establece la Naturaleza, sino también el sentimiento que le sigue, y de donde nace la confianza. He aquí por qué, en el círculo menor, donde está el centro de la tierra y donde se halla el asiento de Dite, yace eternamente atormentado todo aquel que ha cometido traición.

A tal discurso contesté:

—Maestro, tus razones son muy claras y bien me dan a conocer, por medio de tales divisiones, ese abismo y la muchedumbre que lo habita. Pero dime: los que están arrojados en aquella laguna cenagosa, los que agita el viento sin cesar, los que azota la lluvia y los que chocan entre sí lanzando tan estridentes gritos, ¿por qué no son castigados en la ciudad del fuego, si se han atraído la cólera de Dios? Y si no se la han atraído, ¿por qué se ven atormentados de tal suerte?

Me contestó:

—¿Por qué tu ingenio, contra su costumbre, delira tanto ahora? ¿O es que tienes el pensamiento en otra parte? ¿No te acuerdas de aquellas palabras de Aristóteles en la *Ética*, que has estudiado, en las que se trata de las tres inclinaciones que el Cielo reprueba: la incontinencia, la malicia y la loca bestialidad, y de qué modo la incontinencia ofende menos a Dios y produce menor censura? Si examinas bien esta sentencia, acordándote de los que sufren su castigo en los lugares que ya hemos recorrido, conocerás por qué están separados de estos otros felones y por qué los atormenta la justicia divina a pesar de demostrarse con ellos menos ofendida.

—¡Oh sol que sanas toda vida conturbada! —exclamé—; tal contento me das cuando desarrollas tus ideas, que sólo por eso me es tan grato preguntar como ser contestado. Vuelve atrás un momento y explícame de qué modo ofende la usura a la bondad divina; desvanece esta duda.

—La filosofía —me contestó— enseña en más de un punto al que la estudia que la Naturaleza tiene su origen en la inteligencia divina y en su arte; y si consultas bien tu Física, encontrarás, sin necesidad de hojear muchas páginas, que el arte humano sigue cuanto puede a la Naturaleza, como el discípulo a su maestro; de modo que aquél es como si fuera nieto de Dios[101]. Partiendo, pues, de estos principios, sabrás, si recuerdas bien el *Génesis*[102], que es conveniente sacar de la vida la mayor utilidad y multiplicar el género humano. El usurero sigue otra vía: desprecia la Naturaleza y a su secuaz, y coloca su esperanza en otra parte[103]. Ahora sígueme, que me place avanzar. Piscis sube ya por el horizonte; el Carro se ve hacia aquel punto donde expira Coro y lejos de aquí el alto promontorio parece que disminuye.

CANTO DUODÉCIMO

SÉPTIMO CÍRCULO: PRIMER RECINTO, LOS VIOLENTOS CONTRA EL PRÓJIMO. EL MINOTAURO. LAS RUINAS DEL INFIERNO. EL FLEGETON Y LOS CENTAUROS. DIVERSAS CLASES DE VIOLENTOS CONTRA EL PRÓJIMO

Cuando van a bajar al séptimo Círculo se les opone el Minotauro, al que Virgilio enfurece con una burla. Los dos poetas aprovechan la ceguera de su furia para bajar por el inseguro sendero que ofrecen unas rocas derrumbadas que, según explica Virgilio, cayeron a causa del terremoto que se produjo cuando Cristo bajó al Limbo. Llegan al río Flegetonte, en el que están sumergidos los violentos contra el prójimo, vigilados por los Centauros. Uno de ellos, Neso, los guía a través de un vado mientras les va señalando diversos tiranos condenados en el hirviente río de sangre.

El sitio por donde hubimos de bajar era un paraje alpestre hasta tal punto que todas las miradas se apartarían de él con horror. Como aquellas ruinas cuyo flanco azota el río Adigio[104], más acá de Trento, producidas por un terremoto o por falta de base, que desde la cima del monte de donde cayeron hasta la llanura presentan la roca tan hendida que ningún paso hallaría el que estuviese sobre ellas, así era la bajada de aquel precipicio. En el bordo de su entreabierta cima estaba tendido el monstruo, oprobio de Creta[105], que fue concebido por una falsa vaca. Cuando nos vio se mordió a sí mismo, como aquel a quien abrasa la ira. Gritole entonces mi Sabio:

—¿Por ventura crees que esté aquí el rey de Atenas, que allá arriba, en el mundo, te dio la muerte? Aléjate, monstruo, que éste no viene amaestrado por tu hermana[106], sino con el objeto de contemplar vuestras penas.

Como el toro que rompe las ligaduras en el momento de recibir el golpe mortal, que huir no puede, pero salta de un lado a otro, lo mismo hizo el Minotauro[107], y mi prudente Maestro me gritó:

—Corre hacia el borde. Mientras esté furioso, bueno es que te pongas a salvo.

Nos encaminamos por aquel derrumbamiento de piedras, que oscilaban por primera vez bajo el peso de mi cuerpo. Iba yo pensativo, por lo cual me dijo:

—Acaso piensas en estas ruinas, defendidas por aquella ira bestial que he disipado. Quiero, pues, que sepas que la otra vez que bajé al profundo infierno aún no se habían desprendido estas piedras; pero un poco antes, si no estoy equivocado, de que viniese Aquel que arrebató a Dite la gran presa del primer círculo[108], retembló el impuro valle tan profundamente por todos sus ámbitos que creí ver al universo sintiendo aquel amor por el cual otros creyeron que el mundo ha vuelto más de una vez a sumirse en el caos[109]; entonces fue cuando esa antigua roca se destrozó por tan diversas partes. Pero fija tus miradas en el valle, pues ya estamos cerca del río de

sangre en el cual hierve todo el que por medio de la violencia ha hecho daño a los demás.

¡Oh ciega pasión! ¡Oh ira desatentada, que nos aguijonea de tal modo en nuestra corta vida y así nos sumerge en sangre hirviente por toda una eternidad! Vi un ancho foso de forma circular, como la montaña que rodea toda la llanura, según me había dicho mi guía, y entre el pie de la roca y este foso corrían en fila muchos centauros armados de saetas, del mismo modo que solían ir a cazar por el mundo. Al vernos descender, se detuvieron, y tres de ellos se separaron de la banda, preparando sus arcos y escogiendo antes sus flechas. Uno de ellos gritó desde lejos:

—¿Qué tormento os está reservado a vosotros los que bajáis por esa cuesta? Decidlo desde donde estáis, porque si no disparo mi arco.

Mi Maestro respondió:

—Contestaremos a Quirón[110] cuando estemos más cerca. Tus deseos fueron siempre, por desgracia, muy impetuosos.

Después me tocó y me dijo:

—Éste es Neso, el que murió por la hermosa Deyanira y vengó por sí mismo su muerte; el de en medio, que inclina la cabeza sobre el pecho, es el gran Quirón, que educó a Aquiles; el otro es el irascible Foló[111]. Alrededor del foso van a millares, atravesando con sus flechas a toda alma que sale de la sangre más de lo que le permiten sus culpas.

Nos fuimos aproximando a aquellos ágiles monstruos. Quirón cogió una flecha y con el regatón apartó las barbas hacia detrás de sus quijadas. Cuando dejó al descubierto la enorme boca, dijo a sus compañeros:

—¿Habéis observado que el de detrás mueve cuanto toca? Los pies de los muertos no suelen hacer eso.

Y mi buen Maestro, que estaba ya junto a él y le llegaba al pecho, allí donde las dos naturalezas se unen, repuso:

—Está en efecto vivo y yo sólo debo enseñarle el sombrío valle. Viene a él por necesidad y no por distracción. La que me ha encomendado este cometido ha cesado por un momento de cantar «aleluya[112]». No es él un ladrón ni yo un alma criminal. Pero por aquella Virtud que dirige mis pasos por un camino tan salvaje, cédeme uno de los tuyos para que lo lleve a la grupa, porque no es un espíritu que pueda ir por los aires.

Quirón se volvió a la derecha y dijo a Neso:

—Ve, guíalos; y si tropiezan con algún grupo de los nuestros, haz que les abran paso.

Nos pusimos en marcha así escoltados hacia lo largo de las orillas de aquella roja espuma, desde donde lanzaban horribles gritos los ahogados. Los vi sumergidos hasta las cejas y el gran Centauro dijo:

—Estos son los tiranos, que vivieron de sangre y de rapiña. Aquí se lloran las despiadadas culpas. Aquí está Alejandro y el feroz Dionisio, que tantos años de dolor

hizo sufrir a la Sicilia. Aquella frente que tiene el cabello tan negro es la de Azzolino y la otra que lo tiene rubio es la de Obizzo de Este, que verdaderamente fue asesinado en el mundo por su hijastro[113].

Entonces me volví hacia el Poeta, el cual me dijo:

—Sea éste ahora tu primer guía; yo seré el segundo.

Algo más lejos se detuvo el Centauro sobre unos condenados, que parecían sacar fuera de aquel hervidero sus cabezas hasta la garganta, y nos mostró una sombra que estaba separada de las demás, diciendo:

—Aquél hirió, en recinto sagrado, a un corazón que aún se ve honrado en las orillas del Támesis[114].

Después vi otras sombras que sacaban la cabeza fuera del río, y algunas hasta todo el pecho, y reconocí a muchos de ellos. Como la profundidad de la sangre iba disminuyendo poco a poco hasta no cubrir más que el pie, vadeamos el foso.

—Quiero que sepas —me dijo el Centauro— que así como ves disminuir la corriente por esta parte, por la otra es su fondo cada vez mayor, hasta que llega a reunirse en aquel punto donde la tiranía está condenada a gemir. Allí es donde la justicia divina ha arrojado a Atila, que fue su azote en la Tierra; a Pirro; a Sexto, el cual eternamente arranca lágrimas con el hervor de esa sangre; a Renato de Corneto y a Renato Pazzo[115], que tanto daño causaron en los caminos.

Dicho esto, se volvió y repasó el vado.

CANTO DECIMOTERCERO

SÉPTIMO CÍRCULO, SEGUNDO RECINTO: LOS VIOLENTOS CONTRA SÍ MISMOS Y CONTRA LAS PROPIAS COSAS. LA SELVA DOLOROSA. PIER DELLA VIGNA Y LOS SUICIDAS. LANO DE SIENA, JACOBO DE SAN ANDRÉS Y LOS DISIPADORES

Entran en la selva dolorosa, cuyos árboles son las almas de los suicidas o violentos contra sí mismos. Uno de ellos, Pier della Vigna, cuenta a Dante su historia y le explica el castigo de la transmutación de las almas en árboles y lo que ocurrirá con sus cuerpos el día del Juicio Final.

No había llegado aún Neso a la otra parte, cuando penetramos en un bosque que no estaba surcado por ningún sendero. El follaje no era verde, sino de un color oscuro; las ramas no eran rectas, sino nudosas y entrelazadas; no había frutas, sino espinas venenosas. No son tan ásperas y espesas las selvas donde moran las fieras que evitan los sitios cultivados entre el Cecina y el Corneto[116]. Allí anidan las brutales Arpías, que arrojaron a los troyanos de las Estrofades con el triste presagio de un mal futuro. Tienen alas anchas, cuellos y rostros humanos, pies con garras y vientre cubierto de plumas; subidas en los árboles, lanzan extraños lamentos[117].

Mi buen Maestro empezó a decirme:

—Antes de avanzar más, debes saber que te encuentras en el segundo recinto, por el cual continuaremos hasta llegar a los terribles arenales. Por tanto, mira con atención y de este modo verás cosas que darán testimonio de mis palabras.

Por todas partes oía yo gemidos, sin ver a nadie que los exhalara; por esta razón me detuve atemorizado. Creo que él creyó que yo creía que aquellas voces eran de gente que se ocultaba de nosotros entre la espesura; y así me dijo mi Maestro:

—Si rompes cualquier rama de una de esas plantas verás lo equivocados que son tus pensamientos.

Entonces extendí la mano hacia adelante, cogí una ramita de un gran endrino, y su tronco exclamó:

—¿Por qué me rompes?

Inmediatamente se tiñó de sangre y volvió a exclamar:

—¿Por qué me desgarras? ¿No tienes ningún sentimiento de piedad? Hombres fuimos y ahora estamos convertidos en troncos[118]; tu mano debería haber sido más piadosa, aunque hubiéramos sido almas de serpientes.

Cual verde tizón que, encendido por uno de sus extremos, gotea y chirría por el otro a causa del aire que lo atraviesa, así salían de aquel tronco palabras y sangre juntamente; lo que me hizo dejar caer la rama y detenerme como hombre acobardado.

—Alma herida —respondió mi Sabio—, si él hubiera podido creer, desde luego, que era verdad lo que ha leído en mis versos[119], no habría extendido su mano hacia ti; el ser una cosa tan increíble me ha obligado a aconsejarle que hiciese lo que ahora me está pesando. Pero dile quién fuiste, a fin de que, en compensación, renueve tu fama en el mundo, adonde le es lícito volver.

El tronco respondió:

—Me halagas tanto con tus dulces palabras que no puedo callar; no llevéis a mal que me entretenga un poco hablando con vosotros. Yo soy aquel que tuvo las dos llaves del corazón de Federico[120], manejándolas tan suavemente para cerrar y abrir, que a casi todos aparté de su confianza, habiéndome dedicado con tanta fe a aquel glorioso cargo, que perdí el sueño y la vida. La cortesana que no ha separado nunca del palacio de César sus impúdicos ojos[121], peste común y vicio de las cortes, inflamó contra mí todos los ánimos y los inflamados inflamaron a su vez y de tal modo a Augusto que mis dichosos honores se trocaron en triste duelo. Mi afina, en un arranque de indignación, creyendo librarse del oprobio por medio de la muerte, me hizo injusto contra mí mismo, siendo justo. Os juro, por las tiernas raíces de este leño, que jamás fui desleal a mi señor, tan digno de ser honrado. Y si uno de vosotros vuelve al mundo, reivindique en él mi buen nombre, que yace aún bajo el golpe que le asestó la envidia.

El Poeta esperó un momento y después me dijo:

—Pues que calla, no pierdas el tiempo: habla y pregúntale, si quieres saber más.

Yo le contesté:

—Interrógale tú mismo sobre lo que creas que pueda interesarme, pues yo no podría: tanto es lo que me aflige la compasión. Por lo cual volvió él a empezar de este modo:

—A fin de que este hombre haga generosamente lo que tu súplica reclama, espíritu encarcelado, dígnate aún decirnos cómo se encierra el alma en esos nudosos troncos y dime además, si puedes, si hay alguna que se desprenda de tales miembros.

Entonces el tronco suspiró y aquel resoplido se convirtió en esta voz:

—Os contestaré brevemente. Cuando el alma feroz sale del cuerpo, de donde se ha arrancado ella misma, Minos la envía al séptimo círculo. Cae en la selva, sin que tenga designado sitio fijo, y allí donde la lanza la fortuna germina cual grano de espelta. Brota primero como un retoño y luego se convierte en planta silvestre; las Arpías, al devorar sus hojas, le causan dolor y abren paso por donde ese dolor se exhale. Como las demás almas, cuando llegue el día señalado iremos a recoger nuestros despojos, pero sin que ninguno de nosotros pueda revestirse con ellos. Porque no sería justo volver a tener lo que uno se ha quitado voluntariamente. Los arrastraremos hasta aquí y en este lúgubre bosque estará cada uno de nuestros cuerpos colgados del mismo árbol donde sufre tal tormento su alma.

Prestábamos aún atención a aquel tronco, creyendo que añadiría algo más, cuando fuimos sorprendidos por un rumor, a la manera del que siente venir el jabalí y los

perros hacia el sitio donde está apostado, que juntamente oye el ruido de las fieras y el fragor del ramaje. Y he aquí que aparecen a nuestra izquierda dos infelices, desnudos y lacerados, huyendo tan precipitadamente que rompían todas las ramas de la selva. El de delante: «¡Acude, acude, muerte!», decía; y el otro, que no corría tanto: «Lano, tus piernas no eran tan ágiles en el combate del Toppo[122]». Y sin duda, faltándole el aliento, hizo un grupo de sí y de un arbusto en el que se ocultó.

Detrás de ellos estaba la selva llena de perras negras, ávidas y corriendo como lebreles a los que acaban de quitar sus cadenas. Empezaron a dar terribles dentelladas a aquel que se había escondido y después de despedazarlo se llevaron sus miembros palpitantes. Mi guía me tomó entonces de la mano y llevome hacia el arbusto, que en vano se quejaba por sus abiertas heridas.

—¡Oh, Jacobo de San Andrés[123]! —decía—. ¿De qué te ha servido tomarme como refugio? ¿Tengo yo la culpa de tu vida criminal?

Cuando mi Maestro se detuvo delante de aquel arbusto, dijo:

—¿Quién fuiste tú, que por tantas heridas exhalas con tu sangre tan quejumbrosas palabras?

A lo que contestó:

—¡Oh, almas que habéis venido a contemplar el lamentable estrago que me ha separado así de mis hojas; recogedlas al pie del triste arbusto! Yo fui de la ciudad que cambió su primer patrón por San Juan Bautista, razón por la que aquél la contristará siempre con su terrible arte[124]. Y a no ser porque en el puente sobre el Arno se conserva todavía alguna imagen suya, fuera en vano todo el trabajo de aquellos ciudadanos que la reedificaron sobre las cenizas que de ella dejó Atila. Yo de mi casa hice mi propia horca.

CANTO DECIMOCUARTO

SÉPTIMO CÍRCULO, TERCER RECINTO: LOS VIOLENTOS CONTRA DIOS. CAPANEO, EL ANCIANO DE CRETA. LOS RÍOS INFERNALES

Los violentos contra Dios, la naturaleza y el arte están condenados en el tercer recinto de este círculo, un desierto de arena ardiente, bajo una continua lluvia de fuego. Los dos poetas van bordeando con cuidado el desierto, hasta llegar a un riachuelo de color rojo. Allí Virgilio explica el origen de los diversos ríos infernales.

Enternecido por el amor a mi compatriota, reuní las hojas dispersas y las devolví a aquel que estaba ya enronquecido. Desde allí nos dirigimos al punto en que se divide el segundo recinto del tercero y donde se ve el terrible poder de la Justicia Divina. Para explicar mejor las cosas nuevas que allí vi, diré que llegamos a un arenal que rechaza la vida de cualquier tipo de planta. La dolorosa selva lo rodeaba cual guirnalda, así como el sangriento foso circundaba a aquélla. Nuestros pies quedaron fijos en el mismo lindero de la selva y la llanura. El espacio estaba cubierto de una arena tan árida y espesa como la que oprimió los pies de Catón en otro tiempo[125]. ¡Oh venganza de Dios! ¡Cuánto debe temerte todo aquel que lea lo que se presentó a mis ojos! Vi numerosos grupos de almas desnudas, que lloraban miserablemente y parecían cumplir sentencias diversas. Unas yacían de espaldas sobre el suelo, otras estaban sentadas en confuso montón y otras estaban continuamente andando[126]. Las que daban la vuelta al círculo eran las más numerosas y en menor número eran las que yacían para sufrir algún tormento; pero éstas tenían la lengua más suelta para quejarse. Llovían lentamente en el arenal grandes copos de fuego, semejantes a los de la nieve que en los Alpes caen cuando no sopla el viento. Así como Alejandro vio en las ardientes comarcas de la India caer sobre sus soldados llamas, que quedaban en el suelo sin extinguirse, lo que le obligó a ordenar a las tropas que las pisaran, porque el incendio se apagaba mejor cuanto más aislado estaba, así descendía el fuego eterno abrasando a la arena como abrasa a la yesca el pedernal, para redoblar el dolor de las almas. Sus míseras manos se agitaban sin reposo, apartando a uno y otro lado las brasas continuamente renovadas. Yo empecé a decir:

—Maestro, tú, que has vencido todos los obstáculos, a excepción del que nos opusieron los demonios inflexibles[127] a la puerta de la ciudad, dime: ¿quién es aquella gran sombra, que no parece cuidarse del incendio y yace tan feroz y altanera como si no la martirizase esta lluvia?

Y la sombra, observando que yo hablaba de ella a mi Guía, gritó:

—Tal cual fui en vida, soy después de muerto. Aun cuando Júpiter cansara a su herrero, de quien tomó en su cólera el agudo rayo que me hirió en el último día de mi

vida; aun cuando fatigara uno tras otro a todos los negros herreros de Mongibelo, gritando: «Ayúdame, buen Vulcano», según hizo en el combate de Flegra, y aunque me asaetara con todas sus fuerzas, no lograría vengarse de mí cumplidamente[128].

Entonces mi Guía habló con tanta vehemencia, que nunca yo le había oído expresarse de aquel modo.

—¡Oh, Capaneo! Si no se modera tu orgullo, él será tu mayor castigo. No hay martirio comparable al dolor que te hace sufrir tu rabia[129].

Después se dirigió a mí, diciendo con acento más apacible:

—Ése fue uno de los siete reyes que sitiaron a Tebas. Despreció a Dios y aún parece seguir despreciándolo. Pero, como le he dicho, su mismo despecho es el más digno premio debido a su corazón. Ahora, sígueme, y cuida de no poner tus pies sobre la abrasada arena: camina siempre arrimado al bosque.

Llegamos en silencio al sitio donde desemboca fuera de la selva un riachuelo, cuyo color rojo aún me horripila. Cual sale del Bulicame[130] el arroyo cuyas aguas se reparten las pecadoras, así corría aquel riachuelo por la arena. Las orillas y el fondo estaban petrificados, por lo que pensé que por allí se podría pasar.

—Entre todas las cosas que te he enseñado desde que entramos por la puerta cuyo umbral puede cruzar cualquiera, tus ojos no han visto nada tan notable como esa corriente que amortigua todas las llamas.

Tales fueron las palabras de mi Guía; por lo que le supliqué que se explicase más claramente, ya que había excitado mi curiosidad.

—En medio del mar existe un país arruinado —me dijo entonces— que se llama Creta[131] y tuvo un rey bajo cuyo imperio el mundo fue virtuoso. Allí hay un monte, llamado Ida, que en otro tiempo fue delicioso por sus aguas y su frondosidad y hoy está desierto como todas las cosas antiguas. Rea lo escogió por cuna segura de su hijo y, para ocultarlo mejor, hacía que cuando lloraba se produjesen grandes ruidos. En el interior del monte se mantiene en pie un gran anciano, que está de espaldas hacia Damieta, con la mirada como un espejo fija en Roma. Su cabeza es formada de oro fino, y de plata pura son los brazos y el pecho; después es de bronce hasta la entrepierna, y de allí para abajo es todo de hierro escogido, excepto el pie derecho, que es de barro cocido. Se afirma sobre éste más que sobre el otro pie. Cada parte, menos la formada de oro, está surcada por una hendidura que mana lágrimas, las cuales unidas agujerean aquel monte. Su curso se dirige hacia este valle, de roca en roca, formando el Aqueronte, la Estigia y el Flegetón; después descienden por este estrecho conducto, hasta el punto donde no puede bajar más, y allí forman el Cocito. Ya verás lo que es este lago; por eso no te lo describo ahora[132].

Yo le contesté:

—Si ese riachuelo se deriva así de nuestro mundo, ¿por qué se deja ver únicamente al margen de este bosque?

Y él a mí:

—Tú sabes que este lugar es redondo; aunque hayas andado mucho, descendiendo siempre al fondo por la izquierda, no has dado aún la vuelta a todo el circuito. Por lo cual, si se te aparece alguna cosa nueva no debe pintarse la admiración en tu rostro.

Le repliqué:

—Maestro, ¿dónde están el Flegetón y el Leteo? Del uno no dices nada y del otro sólo me dices que lo origina esa lluvia de lágrimas.

—Me agradan tus preguntas —contestó—; pero el hervor de esa agua roja debiera haberte servido de contestación a una de ellas. Verás el Leteo, pero fuera de este abismo; lo verás allá donde las almas van a lavarse cuando, arrepentidas de sus culpas, son perdonadas.

Después añadió:

—Ya es tiempo de que nos apartemos de este bosque; procura venir detrás de mí; sus márgenes nos ofrecen un camino, pero no son ardientes y sobre ellas se extinguen todas las brasas.

CANTO DECIMOQUINTO

SÉPTIMO CÍRCULO, TERCER RECINTO: LOS VIOLENTOS CONTRA NATURALEZA. BRUNETTO LATINI, PRISCIANO, FRANCISCO DE ACCORSO Y ANDRÉS DE MOZZI

Visión de los que cometieron violencia contra naturaleza, castigados a correr eternamente bajo el fuego. Entre ellos va Brunetto Latini, que predice a Dante las persecuciones de que le harán objeto sus compatriotas. A pesar de la condena por el pecado de sodomía, no dejamos de notar el respeto y el amor de Dante por su antiguo maestro.

Nos pusimos en marcha siguiendo una de aquellas orillas petrificadas; el vapor del arroyuelo formaba sobre él una niebla que preservaba del fuego a las ondas y los ribazos. Así como los flamencos que habitan entre Gante y Brujas, temiendo el mar que avanza hacia ellos, levantan diques para contenerlo; o como los paduanos lo hacen a lo largo del río Brenta para defender sus ciudades y castillos, antes de que la nieve de los Alpes sienta el calor; de un modo semejante eran formados aquellos ribazos; pero su constructor, quienquiera que fuese, no los había hecho tan altos ni tan gruesos.

Nos hallábamos ya tan lejos de la selva que no me habría sido posible descubrirla, por más que volviese atrás la vista, cuando encontramos una legión de almas que venía a lo largo del ribazo. Cada cual de ellas se miraba, como de noche suelen mirarse unos a otros los humanos a la escasa luz de la luna nueva, y aguzaban hacia nosotros las miradas como hace un sastre viejo para enhebrar la aguja.

Examinado de este modo por aquellas almas, fui reconocido por una de ellas, que me cogió el vestido exclamando:

—¡Qué maravilla!

Y yo, mientras que tendía los brazos, miré atentamente su abrasado rostro de tal modo que, a pesar de estar abrasado, no me fue imposible conocerlo a mi vez. E inclinando hacia su faz la mía, contesté:

—¿Vos aquí, «ser» Brunetto[133]?.

Y él repuso:

—¡Oh hijo mío, no te enojes si Brunetto Latini vuelve un poco atrás contigo y deja que se adelanten las demás almas!

Yo le dije:

—Os lo ruego cuanto me es posible; y si queréis que nos sentemos, lo haré, si así le place a este con quien voy.

—¡Oh hijo mío! —replicó—; cualquiera de nosotros que se detenga un momento queda después cien años sufriendo esta lluvia, sin poder esquivar el fuego que lo

abrasa. Así pues, sigue adelante; yo caminaré a tu lado y luego me reuniré a la mesnada que va llorando sus eternos tormentos.

No me atreví a bajar del ribazo por donde iba para nivelarme con él, pero tenía la cabeza inclinada en actitud respetuosa. Empezó de este modo:

—¿Cuál es la suerte o el destino que te trae aquí abajo antes de tu última hora? ¿Y quién es ese que te enseña el camino?

—Allá arriba, en la vida serena —le respondí—, me extravié en un valle antes de haberse llenado mi edad. Pero ayer de mañana le volví la espalda; y cuando retrocedía otra vez hacia él, se me apareció ése y me está volviendo al verdadero camino por esta vía.

A lo que contestó:

—Si sigues tu estrella, no puedes por menos de llegar a glorioso puerto, si no me equivoqué en el juicio que en vida hice de ti. Y a no haber yo muerto tan pronto, viendo que el Cielo te era tan favorable, te habría dado alientos para proseguir tu obra. Pero aquel pueblo ingrato y malo, que en otro tiempo descendió de Fiésole y que aún conserva algo de la aspereza de sus montañas y sus rocas, será tu enemigo por la misma razón que no puede darse el dulce higo entre ásperas espinas. Una antigua fama les da en el mundo el nombre de ciegos; raza avara, envidiosa y soberbia. ¡Que sus malas costumbres no te manchen nunca! La fortuna te reserva tanto honor, que los dos partidos anhelarán poseerte; pero no es la miel para la boca del asno[134]. Que los fiesolanos continúen con sus malas costumbres y que no inficcionen la noble planta (si es que alguna vez vuelve a nacer) de los romanos, con los que convivieron cuando la ciudad fue fundada.

—Si todos mis deseos se hubiesen realizado —le respondí—, no estaríais vos fuera de la humana naturaleza; porque tengo siempre fija en mi mente, y ahora me contrista verla así, vuestra querida, buena y paternal imagen, cuando me enseñabais en el mundo cómo el hombre se inmortaliza. Me creo, pues, en el deber, mientras viva, de patentizar con mis palabras el agradecimiento que os profeso. Conservo grabado en mi memoria cuanto me referís acerca de mi destino, para hacerlo explicar con otro texto por una Dama que lo sabrá hacer, si consigo llegar hasta ella[135]. Solamente deseo manifestaros que estoy dispuesto a correr todos los azares de la Fortuna con tal de que mi conciencia no me remuerda nada. No es la primera vez que he oído semejante predicción, y así, mueva la Fortuna su rueda como le plazca y el campesino su azada.

Entonces mi Maestro se volvió hacia la derecha, me miró y después me dijo:

—Bien escucha quien bien retiene.

No por eso dejé de seguir hablando con «ser» Brunetto; y preguntándole quiénes eran sus más notables y eminentes compañeros, me contestó:

—Bueno es que conozcas a algunos de ellos; con respecto a los otros, vale más callar, que para tanta conversación el tiempo es corto. Sabe, pues, que todos ellos fueron clérigos y literatos de gran fama y que el mismo pecado los contaminó a todos

en el mundo. Con aquella turba desolada va Prisciano, como también Francisco de Accorso; y si desearas conocer a tan inmunda caterva, podrías ver a aquel que por el Siervo de los siervos de Dios fue trasladado del Arno a Bacchiglione, donde dejó sus mal extendidos miembros[136]. Más te diría, pero no puedo avanzar más, porque ya veo salir nuevo humo de la arena. Vienen almas con las cuales no debo estar. Te recomiendo mi *Tesoro*, en el que aún vive mi memoria, y no pido nada más.

Después se volvió con los otros, del mismo modo que los que, en la campiña de Verona, disputan a la carrera el palio verde, pareciéndose en el correr a los que vencen, y no a los vencidos.

CANTO DECIMOSEXTO

SÉPTIMO CÍRCULO, TERCER RECINTO: LOS VIOLENTOS CONTRA LA NATURALEZA. GUIDO GUERRA, TEGGHIAIO ALDOBRANDI Y JACOPO RUSTICUCCI

Entre los violentos contra naturaleza encuentra a tres nobles florentinos, famosos por su actividad política en el bando güelfo, a los que cuenta, con tonos apocalípticos, el grado de degeneración y decadencia a que ha llegado Florencia. Ya están al borde del insalvable acantilado que los separa del octavo Círculo.

Nos encontrábamos ya en un sitio donde se oía el rimbombar del agua que caía en el otro recinto, rumor semejante al zumbido que producen las abejas en sus colmenas, cuando a un tiempo y corriendo se separaron tres sombras de entre una multitud que pasaba sobre la lluvia de áspero martirio. Vinieron hacia nosotros gritando: «Detente, tú, que, a juzgar por tus vestidos, eres hijo de nuestra depravada tierra». ¡Ah! ¡Qué de llagas antiguas y recientes vi en sus miembros, producidas por las llamas! Su recuerdo me contrista todavía. A sus gritos se detuvo mi Maestro, volvió el rostro hacia mí, y me dijo:

—Espera aquí, si quieres ser cortés con ésos; aunque si no fuese por el fuego que lanza sus rayos en este lugar, te diría que, mejor que a ellos la prisa por llegar, te estaría a ti la de correr a su encuentro.

Las sombras volvieron de nuevo a sus exclamaciones luego que nos detuvimos, y, cuando llegaron adonde estábamos, empezaron las tres a dar vueltas formando un círculo. Y como solían hacer los gladiadores desnudos y untados de aceite, que antes de venir a las manos buscaba cada cual la oportunidad de lanzarse con ventaja sobre su contrario, del mismo modo cada una de aquellas sombras dirigía su rostro hacia mí, girando sin cesar, de suerte que tenían vuelta la cabeza en distinta dirección de la que seguían sus pies.

—Aunque la miseria de este suelo movedizo y nuestro llagado y sucio aspecto hagan que nosotros y nuestros ruegos seamos despreciables —comenzó a decir una de ellas—, nuestra fama debe incitar a tu corazón a decirnos quién eres tú, que sientas con seguridad los pies vivos en el Infierno. Este que ves, tan desnudo y destrozado, y cuyas huellas voy siguiendo, fue de un rango mucho más elevado de lo que te figuras. Nieto fue de la púdica Gualdrata, se llamó Guido Guerra y durante su vida hizo tanto con su talento como con su espada. El otro, que tras de mí oprime la arena, es Tegghiaio Aldobrandi, cuya voz debería haber sido oída en el mundo. Y yo, que sufro el mismo tormento que ellos, fui Jacopo Rusticucci y, por cierto, que nadie me causó más daño que mi fiera mujer[137].

Si hubiese podido estar al abrigo del fuego, me habría lanzado hacia ellos, y creo que mi Maestro lo hubiera tolerado; pero como estaba expuesto a abrasarme y cocerme, el miedo venció la buena intención que me impelía a abrazarlos. Así, les dije:

—Vuestra situación no me ha inspirado desprecio, sino un dolor que tardará en desaparecer; esto es lo que he sentido desde el momento en que mi Guía me dijo algunas palabras por las que he comprendido que era gente de vuestra calidad la que hacia nosotros venía. De vuestra tierra soy; y siempre he oído hablar con gusto de vuestros actos y vuestros honrados nombres. Dejo las amarguras y voy en busca de los sabrosos frutos que me ha prometido mi sincero Guía; pero antes me es preciso bajar hasta el centro del infierno.

—Así tu alma permanezca unida a tus miembros por mucho tiempo —repuso aquél— y así también resplandezca tu fama después de la muerte, ruégote que nos digas si la gentileza y el valor habitan aún en nuestra ciudad, como solían, o si se han desterrado por completo; porque Guillermo Borsiere, que gime hace poco entre nosotros y va allí con los demás compañeros, nos atormenta con lo que nos cuenta que está pasando allí[138].

—Los advenedizos y las rápidas fortunas han engendrado en ti, Florencia, tanto orgullo e inmoderación, que tú misma te lamentas ya por esa causa.

Así exclamé con la cabeza erguida. Y las tres sombras, oyendo esta respuesta, se miraron asintiendo, como cuando se oyen cosas que se tienen por verdaderas.

—¡Si tan poco te cuesta en otras ocasiones satisfacer las preguntas de cualquiera —respondieron todos—, dichoso tú, que dices lo que sientes! Mas, si sales de estos lugares oscuros y vuelves a ver las hermosas estrellas, cuando relates lo que has visto aquí, haz que los hombres hablen de nosotros.

En seguida rompieron el círculo y huyeron tan de prisa que sus piernas parecían alas. No podría decirse «amén» en el tiempo en que ellos desaparecieron, por lo cual mi Maestro determinó que nos fuésemos. Yo lo seguía y a los pocos pasos advertí que el ruido del agua estaba tan próximo que aun hablando alto apenas nos hubiéramos oído. Como aquel río que sigue su propio curso desde el monte Veso hacia Levante por la izquierda del Apenino, el cual se llama Acquacheta antes de precipitarse en un lecho más bajo, perdiendo este nombre en Forli y formando después una cascada, sobre San Benedetto en los Alpes, en lugar de ir descendiendo suavemente; así en la parte inferior de una roca escarpada oímos resonar tan fuertemente aquella agua teñida de sangre, que me habría hecho ensordecer en poco tiempo. Tenía yo una cuerda ceñida al cuerpo (con la cual había esperado apoderarme de la pantera de pintada piel) y cuando así me lo ordenó mi Guía, me la desaté y se la presenté plegada y arrollada. Entonces se volvió hacia la derecha y desde una distancia considerable de la orilla la arrojó en aquel abismo profundo. «Preciso es —decía yo entre mí— que alguna novedad responda a esta nueva señal, cuyo efecto espera con tanta atención mi Maestro». ¡Oh, qué circunspectos deberían ser los hombres ante los

que no solamente ven sus actos, sino ante los que, con la inteligencia, leen en el fondo de sus pensamientos!

Mi Guía me dijo:

—Pronto vendrá de arriba lo que espero y pronto también es preciso que descubran tus ojos lo que tu pensamiento no ve con seguridad.

El hombre debe, siempre que pueda, cerrar sus labios antes de decir una verdad que tenga visos de mentira; porque se expone a avergonzarse sin tener culpa. Pero ahora no puedo callarme y te juro, ¡oh, lector!, por los versos de esta comedia a la que deseo la mayor aceptación, que vi venir nadando por el aire denso y oscuro una figura que causaría espanto al corazón más entero; la cual se asemejaba al nadador que vuelve del fondo donde bajó acaso a desprender el ancla que está afianzada a un escollo u otro cualquier objeto escondido en el mar, y que extiende hacia arriba los brazos al mismo tiempo que encoge las piernas.

CANTO DECIMOSÉPTIMO

SÉPTIMO CÍRCULO, TERCER RECINTO: LOS VIOLENTOS CONTRA EL ARTE. GERIÓN. SCROVEGNI, BUIAMONTE. DESCENSO AL OCTAVO CÍRCULO

Mientras Virgilio habla con Gerión, Dante contempla a los usureros, que se encuentran en las arenas ardientes. Luego los dos poetas montan sobre el alado Gerión, que los transporta al octavo Círculo.

—He aquí al monstruo de aguzada cola, que traspasa las montañas y rompe los muros y las armas. He aquí a quien corrompe al mundo entero[139].

Así empezó a hablarme mi Maestro e hizo a aquella fiera una seña indicándole que se dirigiera hacia la margen de piedra sobre la que nos encontrábamos. Y aquella inmunda imagen del fraude llegó a nosotros y adelantó la cabeza y el cuerpo, pero no puso la cola sobre aquella orilla. Su rostro era el de un varón justo, tan bondadosa era su apariencia exterior, y el resto del cuerpo el de una serpiente. Tenía dos garras llenas de vello hasta los sobacos, y la espalda, el pecho y los costados salpicados de tal modo de manchas, que no ha habido tela turca ni tártara tan rica en colores, no pudiendo compararse tampoco con las variopintas telas de Aracne. Como se ven muchas veces las barcas en la orilla, mitad en el agua y mitad en tierra, como en el país de los glotones tudescos el castor se prepara a hacer la guerra a los peces, así la detestable fiera se mantenía sobre el cerco de piedra que circunda la arenosa llanura, agitando su cola en el vacío y levantando el venenoso dardo de que tenía armada su extremidad, parecida a la de un escorpión. Mi guía me dijo:

—Ahora conviene que dirijamos nuestros pasos hacia la perversa fiera que allí está tendida.

Por lo cual descendimos por la derecha y dimos diez pasos sobre la extremidad del margen, procurando evitar la arena abrasadora y las llamas. Cuando llegamos donde la fiera se encontraba, vi a corta distancia sobre la arena mucha gente sentada al borde del abismo[140]. Allí me dijo mi Maestro:

—A fin de que adquieras una completa experiencia de lo que es este recinto, anda y examina la condición de aquellas almas, pero que sea corta tu conferencia. Mientras vuelves, hablaré con esta fiera para que nos preste sus fuertes espaldas.

Continué, pues, andando solo hasta el extremo del séptimo círculo, donde gemían aquellos desgraciados. El dolor brotaba de sus ojos, mientras acá y allá se defendían con las manos, ya de las pavesas, ya de la candente arena, como los perros, en el estío, rechazan con las patas o con el hocico las pulgas, moscas o tábanos que los molestan. Mirando atentamente el rostro de aquellos a quienes azota el doloroso fuego, no conocí a ninguno; pero observé que del cuello de cada cual pendía una

bolsa de cierto color, marcada con un signo, en cuya contemplación parecían deleitarse sus miradas. Aproximándome más para examinar mejor, vi en una bolsa amarilla una figura azul que tenía toda la apariencia de un león. Después, prosiguiendo el curso de mis observaciones, vi otra, roja como la sangre, que ostentaba una oca más blanca que la leche. Uno de ellos, en cuya bolsa figuraba una puerca preñada, de color azul, me dijo[141].

—¿Qué haces en esta fosa? Vete. Y, puesto que aún vives, sabes que mi vecino Vitaliano debe sentarse a mi izquierda. Yo soy paduano, en medio de estos florentinos que muchas veces me atruenan los oídos gritando: «Que venga pronto el caballero soberano, que llevará la bolsa con los tres picos[142]».

Después torció la boca y sacó la lengua como el buey que se lame las narices. Y yo, temiendo que mi tardanza incomodase a aquel que me había encargado que estuviera allí poco tiempo, volví la espalda a tan miserables almas. Encontré a mi Guía, que había saltado ya sobre la grupa del feroz animal y que me dijo:

—Ahora debes ser fuerte y atrevido. Por aquí no se baja sino con la colaboración de monstruos como éste. Monta delante porque quiero quedarme entre tú y la cola, a fin de que este animal no pueda hacerte daño alguno.

Al oír estas palabras, me quedé como aquel que, presintiendo el frío de la cuartana, tiene ya las uñas pálidas y tiembla con todo su cuerpo tan sólo al mirar su sombra. Pero el tono en que las pronunció me produjo la vergüenza que da ánimo a un servidor en presencia de un amo valeroso. Me coloqué sobre las anchas espaldas de la fiera y quise decir: «Ten cuidado de sostenerme»; pero, contra lo que esperaba, me faltó la voz; si bien Virgilio, que ya anteriormente me había socorrido en todos los peligros, apenas monté, me estrechó y me sostuvo entre sus brazos. Después dijo:

—Gerión, ponte ya en marcha, trazando anchos círculos y descendiendo lentamente. Piensa en la inusitada carga que llevas.

Aquel animal fue retrocediendo como la barca que se aleja de la orilla, y cuando sintió todos sus miembros en libertad, revolvió la cola hacia donde antes tenía el pecho y, extendiéndola, la agitó como una anguila, atrayéndose el aire con las garras. No creo que Faetón tuviera tanto miedo, cuando abandonó las riendas, por cuyo acto se abrasó parte del cielo, como se puede ver todavía; ni que lo tuviera el desgraciado Ícaro cuando, derritiéndose la cera, sintió que las alas se desprendían de su torso[143], al mismo tiempo que su padre le gritaba: «Mal camino llevas», como el miedo que yo sentí al verme rodeado de aire por todas partes y sin ver nada más que la espalda de la fiera que me llevaba. Ésta empezó a marchar, nadando lentamente, girando y descendiendo; pero yo no podía apercibirme más que del viento que sentía en mi rostro y en la parte inferior de mi cuerpo. Empecé a oír hacia la derecha el horrible estrépito que producían las aguas en el abismo, por lo cual incliné la cabeza y dirigí mis miradas hacia abajo, causándome un gran miedo aquel precipicio, porque vi llamas y percibí lamentos que me obligaron a encogerme tembloroso. Entonces observé, pues no había reparado en ello anteriormente, que descendíamos dando

vueltas, como me lo hizo notar la proximidad de los grandes castigos que iban apareciendo por doquier en torno nuestro. Como el halcón que, habiendo permanecido largo tiempo volando sin ver reclamo o pájaro alguno, hace exclamar al halconero: «¡Eh, ¿bajas ya?!», y, efectivamente, desciende cansado lejos del que lo amaestró, desdeñoso e iracundo, así nos dejó Gerión en el fondo del abismo, al pie de una desmoronada roca. Y, libre de nuestras personas, se alejó como una saeta despedida por la cuerda.

CANTO DECIMOCTAVO

OCTAVO CÍRCULO, PRIMER FOSO: LOS RUFIANES Y SEDUCTORES. VENEDICO CACCIANIMICO, JASÓN. SEGUNDO FOSO: LOS ADULADORES. ALEJO INTERMINELLI, THAIS

Nos encontramos en el octavo Círculo, dividido en diez fosos, donde penan los fraudulentos contra toda la humanidad. Van andando a lo largo del primer foso, en el que se encuentran los rufianes y seductores. De un foso al siguiente es necesario pasar a través de un puente de piedra. Así llegan al segundo foso, donde encuentran a los aduladores. Los «malebolge», o fosos de podredumbre, van descendiendo de forma concéntrica hasta el pozo que constituye el centro del Infierno. Son la imagen de la sociedad en corrupción, la progresiva desintegración de todo tipo de relaciones entre los hombres, sexuales, religiosas, políticas, lingüísticas, etc., hasta llegar al pozo donde ha desaparecido toda confianza y donde no se puede esperar más que el despeñamiento al fondo del abismo.

Hay un lugar en el Infierno llamado Malebolge, construido todo de piedra y de color ferruginoso, como la cerca que lo rodea. En el centro mismo de aquella funesta planicie se abre un pozo bastante ancho y profundo, de cuya estructura me ocuparé en su lugar. El espacio que queda entre el pozo y el pie de la dura cerca es redondo y está dividido en diez valles o recintos cerrados, semejantes a los numerosos fosos que rodean un castillo para defensa de sus murallas; y así como esos fosos tienen puentes que van desde el umbral de la puerta hasta el otro extremo, del mismo modo aquí avanzaban desde la base de la montaña algunas rocas que, atravesando las márgenes y los fosos, llegaban hasta el pozo central y allí se reunían quedando truncadas. Tal era el sitio donde nos encontramos cuando descendimos de la grupa de Gerión; el Poeta echó a andar hacia la izquierda y yo seguí tras él. A mi derecha vi nuevas causas de conmiseración, nuevos tormentos y nuevos burladores, que llenaban el primer foso. En el fondo estaban desnudos los pecadores; los del centro venían de frente a nosotros y los de la parte de fuera seguían en nuestra misma dirección, pero con paso más veloz. Como en el año del jubileo, a causa de la afluencia de la gente que atraviesa el puente de Sant’Angelo, las autoridades de Roma han determinado que todos los que se dirijan al castillo y vayan hacia San Pedro caminen por un lado del puente, y por el otro los que van hacia el monte[144], así vi yo, por uno y otro lado de la negra roca, cornudos demonios con largos látigos, que azotaban cruelmente las espaldas de los condenados. ¡Cómo les hacían mover las piernas al primer golpe! Ninguno aguardaba al segundo ni al tercero. Mientras yo andaba, mis ojos se encontraron con los de un pecador y me dije en seguida: «No es la primera vez que

veo a ése». Por lo que fijé la vista para reconocerlo mejor; mi dulce Guía se detuvo al mismo tiempo e incluso me permitió retroceder algún tanto. El azotado creyó ocultarse bajando la cabeza, mas le sirvió de poco, pues le dije:

—Tú, que fijas los ojos en el suelo: si no son falsas las facciones que llevas, eres Venedico Caccianimico. Pero ¿qué es lo que te ha traído a tan doloroso castigo?

A lo que me contestó:

—Lo digo con repugnancia, pero cedo a tu claro lenguaje, que me hace recordar el mundo de otro tiempo. Yo fui aquel que obligó a la bella Ghisola a satisfacer los deseos del marqués, cuéntese como se quiera la tal historia[145]. Y no soy el único boloñés que llora aquí; antes bien, este sitio está tan lleno de ellos que no hay en el día de hoy entre el Savena y el Reno tantas lenguas que digan «SIPA[146]», como las que hay en esta fosa. Y si quieres una prueba de lo que te digo, recuerda nuestra codicia notoria[147].

Mientras así hablaba, un demonio le pegó un latigazo, diciéndole: «Anda, rufián, que aquí no hay mujeres para vender».

Me reuní con mi Guía y a los pocos pasos llegamos a un punto de donde salía una roca de la montaña. Subimos por ella fácilmente, y volviendo a la derecha en un agudo ángulo, salimos de aquel eterno recinto. Luego que llegamos al sitio en que aquel peñasco se ahueca por debajo a modo de puente, para dar paso a los condenados, mi Guía me dijo:

—Detente y haz que en ti se fijen las miradas de esos otros mal nacidos cuyos rostros no has visto aún, porque han caminado hasta ahora en nuestra misma dirección.

Desde el vetusto puente contemplamos la larga fila que hacia nosotros venía por la otra parte y que era igualmente castigada por el látigo. El buen Maestro me dijo, sin que yo le preguntara nada:

—Mira esa gran sombra que se acerca y que, a pesar de su dolor, no parece derramar ninguna lágrima. ¡Qué aspecto tan majestuoso conserva aún! Ése es Jasón, que con su valor y su destreza robó en Cólquide el vellocino de oro. Pasó por la isla de Lemnos, después que las audaces y crueles mujeres que la habitaban hubieran dado muerte a todos los varones; y allí, con sus artificios y sus halagüeñas palabras, engañó a la joven Hipsipila, que antes había engañado a todas sus compañeras, y la dejó encinta y abandonada. Por tal culpa está condenado a este martirio, que es también la venganza de Medea[148]. Con él van todos los que han cometido igual clase de engaños. Bástete, pues, saber esto de la primera fosa y de los que en ella son atormentados.

Nos encontrábamos ya en el punto donde el estrecho sendero se cruza con el segundo margen, que sirve de apoyo para otro arco. Allí vimos a los que se anidan en una nueva fosa, dando resoplidos por las narices y golpeándose con sus propias manos. Las orillas estaban incrustadas de moho, producido por las emanaciones que venían de abajo, que allí se condensan ofendiendo a la vista y al olfato. La fosa es tan

profunda que no se puede ver el fondo sino mirando desde la parte más alta del arco, y desde aquel punto vimos en el foso unas gentes sumergidas en un estiércol que parecía salir de letrinas humanas[149]. Y mientras tenían la vista fija allí dentro, vi uno con la cabeza tan sucia de excrementos que yo no podía saber si era clérigo o seglar. Aquella cabeza me dijo:

—¿Por qué te muestras tan ávido de mirarme a mí, con preferencia a los otros, que están tan sucios como yo?

Le respondí:

—Porque, si mal no recuerdo, te he visto otra vez con los cabellos enjutos. Tú eres Alejo Interminelli, de Lucca. Por eso te miro más que a todos los otros[150].

Entonces él, golpeándose la cabeza, exclamó:

—Aquí me han sumergido las lisonjas que no se cansó de prodigar mi lengua.

Después de esto, mi Guía me dijo:

—Procura adelantar un poco la cabeza a fin de que tus miradas alcancen las facciones de aquella sucia esclava desmelenada que se desgarra las carnes con sus uñas llenas de inmundicia y que tan pronto se encoge como se estira. Ésa es Thais, la prostituta, que cuando su amante le preguntó: «¿Tengo grandes méritos a tus ojos?», ella le contestó: «Sí, maravillosos[151]». Y con esto queden saciadas nuestras miradas.

CANTO DECIMONONO

OCTAVO CÍRCULO, TERCER FOSO: LOS SIMONÍACOS. EL PAPA NICOLÁS III

En el tercer foso están los simoníacos, hundidos cabeza abajo en el suelo y con los pies al aire, convertidos en antorchas. Aquí el papa Nicolás III está esperando a algunos de sus sucesores en la silla de San Pedro. Dante condena la avaricia del Papado, simbolizada en la simonía o comercio con las cosas que pertenecen a Dios.

—¡Oh Simón el Mago! ¡Oh miserables sectarios suyos, almas rapaces, que prostituís a cambio de oro y plata las cosas de Dios, que deben ser esposas de la virtud[152]! Ahora resonará la trompa para vosotros, puesto que os encontráis en la tercera fosa.

Estábamos ya junto a ésta, subidos en aquella parte del escollo que cae justamente sobre su centro. ¡Oh Suma Sabiduría! ¡Cuán grande es el arte que demuestras en el Cielo, en la Tierra y en el mundo maldito, y con cuánta equidad se reparte tu virtud! Vi por todos lados en el suelo la piedra lívida llena de pozuelos, todos redondos y de igual tamaño, los cuales me parecieron ni más ni menos anchos que los que hay en mi hermoso San Juan para servir de pilas bautismales. Uno de ellos rompí yo, no hace muchos años, por salvar a un niño que dentro se ahogaba; y baste lo que digo para desengañar a todos[153]. Fuera del brocal de cada uno de aquellos agujeros salían los pies y las piernas de un pecador, hasta el muslo, quedando dentro el resto del cuerpo. Ambos pies estaban ardiendo; por esta razón se agitaban tan fuertemente sus coyunturas que hubieran roto sogas y cuerdas. Del mismo modo que la llama suele recorrer la superficie de los objetos untados de grasa, así el fuego flameaba desde el talón hasta la punta en los pies de los condenados.

—¿Quién es aquél, Maestro, que furioso agita los pies más que sus otros compañeros —dije entonces— y a quién corroe y deseca una llama mucho más roja que las otras?

A lo cual me contestó:

—Si quieres que te conduzca por aquella parte de la escarpa que está más cercana al fondo, él mismo te dirá quién es y cuáles son sus crímenes.

Le respondí:

—Me parece bien todo lo que a ti te agrada. Tú eres el dueño y sabes que yo no me separo de tu voluntad, así como también conoces lo que me callo.

Subimos entonces al cuarto margen, después volvimos y bajamos por la izquierda hacia la estrecha y perforada fosa, sin que el buen Maestro me hiciera separar de su lado, hasta haberme conducido junto al hoyo de aquel que daba tantas señales de dolor con los movimientos de sus piernas.

—¡Oh! Quienquiera que seas, tú, que tienes enterrada la parte superior de tu cuerpo; alma triste, plantada como una estaca —empecé a decir—, párate, si puedes.

Yo estaba como en fraile que confiesa al pérfido asesino, a quien, enterrado ya para cumplir su condena, llama para que se arrepienta. Y él gritó:

—¿Estás ya aquí, todavía sin hundirte en este hoyo, estás ya aquí, todavía con la cabeza en alto, Bonifacio[154]?. ¿Me ha engañado en algunos años lo que está escrito? ¿Tan pronto te has saciado de aquellos bienes, por los cuales no temiste apoderarte con embustes de la hermosa Dama para gobernarla después indignamente[155]?.

Quedeme, al oír esto, como aquellos que, casi avergonzados por no haber comprendido lo que se les ha dicho, no saben qué contestar. Entonces Virgilio dijo:

—Respóndele pronto; dile: «Yo no soy, yo no soy el que tú crees».

Y yo contesté como se me ordenó. Por lo cual el espíritu retorció sus pies; y luego, suspirando y con voz llorosa, me dijo:

—Pues ¿qué es lo que preguntas? Si te urge conocer quién soy, hasta el punto de haber descendido para ello por todos estos peñascos, sabrás que estuve investido del gran manto y fui verdadero hijo de la Osa, tan codicioso que, por aumentar la riqueza de los oseznos, embolsé allá arriba todo el dinero que pude, como aquí embolso mi alma. Bajo mi cabeza están sepultados los demás papas que antes de mí cometieron simonía y se hallan comprimidos a lo largo de este angosto agujero[156]. Yo me hundiré también luego que venga aquel con el que te he confundido cuando te dirigí mi súbita pregunta. Pero desde que mis pies se abrasan y me encuentro colocado al revés, ha transcurrido más tiempo del que él permanecerá en este mismo sitio con los pies quemados; porque en pos de él vendrá de Poniente un pastor sin ley, por causa más repugnante, y éste deberá cubrirnos a entrambos[157]. Será un nuevo Jasón, parecido a aquel de quien se habla en el libro de los Macabeos, y así como el rey de éste fue débil para con él, así con el otro lo será el que rige la Francia[158].

No sé si en tal momento fue demasiada fatuidad la mía, pero le respondí en estos términos:

—¡Eh! Dime: ¿cuánto dinero exigió Nuestro Señor de San Pedro antes de poner las llaves en su poder? En verdad que no le pidió más sino que lo siguiera. Ni Pedro ni los otros pidieron a Matías oro ni plata, cuando fue elegido para reemplazar al que perdió su alma traidora[159]. Permanece, pues, ahí porque has sido castigado justamente y guarda bien la mal adquirida riqueza, que tan atrevido te hizo contra Carlos[160]. Y si no fuese porque aún me contiene el respeto por las llaves soberanas que poseíste en tu alegre vida, emplearía palabras mucho más severas. Porque vuestra avaricia contrista al mundo, pisoteando a los buenos y ensalzando a los malos. Pastores, a vosotros se refería el Evangelista cuando vio prostituida ante los reyes a la que se sienta sobre las aguas; a la que nació con siete cabezas y obtuvo autoridad por sus diez cuernos mientras la virtud agradó a su marido[161]. Os habéis construido dioses de oro y plata; ¿qué diferencia, pues, existe entre vosotros y los idólatras, sino la de que ellos adoran a uno y vosotros adoráis a ciento? ¡Ah, Constantino! ¡A

cuántos males dio origen no tu conversión al Cristianismo, sino la donación que de ti recibió el primer papa que fue rico[162]!.

Mientras yo le hablaba con esta claridad, él, ya fuese a impulsos de la ira o porque le remordiese la conciencia, respingaba fuertemente con ambas piernas. Creo que complací a mi Guía, porque escuchó siempre con rostro satisfecho el sonido de mis palabras, expresadas con sinceridad. Entonces me cogió con los dos brazos y, teniéndome en alto bien afianzado sobre su pecho, volvió a subir por el camino por donde habíamos descendido, sin dejar de estrecharme contra sí, hasta llegar a la parte superior del puente que va de la cuarta a la quinta calzada. Allí depositó suavemente su querido fardo sobre el áspero y pelado escollo, que hasta para las cabras sería un difícil sendero. Desde allí descubrí una nueva fosa.

CANTO VIGÉSIMO

OCTAVO CÍRCULO, CUARTO FOSO: LOS ADIVINOS: ANFIARAO, TIRESIAS, ARONTE, MANTO. ORIGEN DE MANTUA. EURIPILO, MIGUEL SCOTTO, ASDENTE Y OTROS ADIVINOS MODERNOS

En el cuarto foso están los adivinos, con las cabezas colocadas al revés sobre los hombros, mirando y andando, por tanto, sólo hacia atrás. Virgilio cuenta la historia de su ciudad natal, Mantua. Los adivinos representan a los que han usurpado el poder de Dios para conocer el futuro. Los cuerpos retorcidos son la imagen de la deformación del conocimiento y de la verdadera ciencia, deformación que se usa, como todo en los Malebolge, para el engaño de los demás y el propio beneficio.

Mis versos deben relatar un nuevo suplicio, el cual servirá de asunto al vigésimo canto de la primera Cántica, que trata de los sumergidos en el Infierno. Me hallaba ya dispuesto a contemplar el descubierto fondo, que está bañado de lágrimas de angustia, cuando vi venir por la fosa circular gentes que, llorando en silencio, caminaban con aquel paso lento que llevan las procesiones en el mundo. Cuando incliné más hacia ellos mi mirada, me pareció que cada uno de aquellos condenados estaba retorcido de un modo extraño desde la barba hasta el principio del pecho, pues tenían el rostro vuelto hacia las espaldas y les era preciso andar hacia atrás, porque habían perdido la facultad de ver por delante. Quizá por la fuerza de la perlesía se encuentra un hombre de tal manera contrahecho; pero yo no lo he visto ni creo que pueda suceder. Ahora bien, lector, ¡así Dios te permita sacar fruto de esta lectura!, considera por ti mismo si mis ojos podían permanecer secos cuando vi de cerca nuestra humana figura tan retorcida que las lágrimas le caían por la espina dorsal. Yo lloraba de verdad, apoyado en una de las rocas de la dura montaña, de suerte que mi Guía me dijo:

—¿Tú también eres de los insensatos? En el Infierno la piedad consiste en no tener piedad. ¿Quién es más criminal que el que se lamenta contemplando la justicia divina? Levanta la cabeza, levántala y mira a aquel por quien se abrió la tierra en presencia de los tebanos, que exclamaban: «¿Adónde caes, Anfiarao? ¿Por qué abandonas la guerra?». Y no cesó de caer en el Infierno hasta llegar a Minos, que se apodera de todos los culpables[163]. Mira cómo ha convertido sus espaldas en pecho: por haber querido ver demasiado hacia adelante, ahora mira hacia atrás y anda su camino al revés. Mira a Tiresias, que mudó de aspecto cuando de varón se convirtió en hembra, cambiando también todos sus miembros, y hubo de abatir con su vara a las dos serpientes unidas para poder recobrar su condición viril. El que acerca sus espaldas al vientre de aquél, porque va tras él, es Aronte, que tuvo por morada una

gruta de blancos mármoles en las montañas de Luni, cultivadas por los campesinos que habitan sus faldas, y desde allí no había nada que limitara su vista cuando contemplaba el mar o las estrellas. Aquella que con los destrenzados cabellos cubre sus pechos, por lo cual se ocultan a tus miradas, y tiene en este lado de su cuerpo las partes velludas, fue Manto, que recorrió muchas comarcas hasta que se detuvo en el sitio donde yo nací; por lo cual deseo que me prestes un poco de atención. Luego que su padre salió de la vida y que fue esclavizada Tebas, la ciudad de Baco, Manto anduvo errante por el mundo durante mucho tiempo. Allá arriba, en la bella Italia, existe un lago al pie de los Alpes que ciñen la Alemania por la parte superior del Tirol, el cual se llama Benaco. Mil corrientes, y aún más, según creo, vienen a aumentar, entre Garda, Val-Camonica y el Appenino, el agua que se estanca en dicho lago.

En medio de éste hay un sitio, donde el Pastor de Trento y los de Verona y Brescia podrían dar su bendición si siguiesen aquel camino. En el punto donde es más baja la orilla que lo circunda está situado Perchiera, bello y fuerte castillo, a propósito para hacer frente a los de Brescia y a los de Bérgamo. Allí afluye necesariamente toda el agua que no puede estar contenida en el lago de Benaco, formando un río que corre entre verdes praderas. En cuanto aquella agua sigue un curso propio, ya no se llama Benaco, sino Pincio, hasta que llega a Gobernolo, donde desemboca en el Po. No corre mucho sin que encuentre una hondonada, en la cual se extiende y se estanca, y suele ser malsana en el estío. Pasando, pues, por allí la feroz doncella, vio en medio del pantano una tierra inculta y deshabitada. Se detuvo en ella con sus esclavas, para huir de todo consorcio humano y para ejercer su arte mágica, y allí vivió y dejó sus restos mortales. Entonces los hombres que estaban dispersos por los alrededores se reunieron en aquel sitio, que era fuerte a causa del pantano que lo circundaba, y edificaron una ciudad sobre los huesos de la difunta, y del nombre de aquella que había elegido aquel lugar la llamaron Mantua, sin consultar para ello al Destino. En otro tiempo fueron sus habitantes más numerosos, antes de que Casalodi se dejara engañar neciamente por Pinamonte. Te lo advierto a fin de que si oyes atribuir otro origen a mi patria, ninguna mentira pueda oscurecer la verdad[164].

Le respondí:

—Maestro, tus razonamientos son para mí tan verídicos y me obligan a prestarle tanta fe, que cualesquiera otros me parecerían carbones apagados. Pero dime si entre la gente que va pasando hay alguno digno de notarse, pues eso sólo ocupa mi alma.

—Aquel cuya barba se extiende desde el rostro hasta sus morenas espaldas fue augur cuando la Grecia se quedó tan exhausta de varones que apenas los había en las cunas; fue él, junto con Calcante, quien dio la señal en Aulide para soltar amarras. Se llamó Euripilo y así lo nombra en algún sitio mi alta tragedia[165]. Aquel otro que ves tan demacrado fue Miguel Scoto, que conoció perfectamente las imposturas del arte mágica. Mira a Guido Bonatti y ve allí a Asdente, que ahora desearía no haber dejado su cuero y su bramante, pero se arrepiente demasiado tarde. Contempla a las tristes

que abandonaron la aguja, la lanzadera y el huso para convertirse en adivinas y hacer maleficios con hierbas y con figuras[166]. Pero ven ahora, porque ya el astro en que se ve a Caín con las espinas ocupa el confín de los dos hemisferios y toca el mar más abajo de Sevilla. La noche era ya redonda en la noche anterior; debes recordar bien que no dejó de alumbrarte por la selva umbría[167].

Así me hablaba y entre tanto íbamos caminando.

CANTO VIGÉSIMO PRIMERO

OCTAVO CÍRCULO, QUINTO FOSO: LOS BARATEROS. UN MAGISTRADO LUQUES. LOS DIABLOS MALEBRANCHE Y MALACODA, UN INFIERNO GROTESCO

Los barateros que se han enriquecido traficando con los cargos públicos y que, paralelamente, representan en la vida civil lo que los simoníacos en el ámbito eclesiástico.

Así, de un puente a otro y hablando de cosas que mi *Comedia* no se ocupa en referir, fuimos avanzando, y llegamos a lo alto del quinto puente, donde nos detuvimos para ver la otra hondonada de Malebolge y allí otras vanas lágrimas; y la vi asombrosamente oscura. Así como en el arsenal de los venecianos hierve en el invierno la pez tenaz destinada a reparar los buques que no pueden navegar y al mismo tiempo que uno construye una embarcación, otro calefatea los costados de la que ha hecho ya muchos viajes, otro revisa una proa, otro una popa, quien hace remos, quien retuerce unas cuerdas, quien, por terminar, repara el palo de mesana o el mayor; de igual suerte, y no por medio del fuego sino por la voluntad divina, allí abajo hervía una resina espesa, que se quedaba pegajosa en las orillas por todas partes. Yo la veía, pero sin percibir en ella nada más que las burbujas que producía el hervor, hinchándose toda y volviendo a caer desplomada. Mientras la contemplaba fijamente, mi Guía me atrajo hacia sí desde el sitio en que me encontraba, diciéndome que tuviera cuidado. Entonces me volví como el hombre que ansía ver aquello de que le conviene huir y a quien asalta un temor tan grande y repentino que ni para mirar detiene su fuga; y vi detrás de nosotros un negro diablo que venía corriendo por el puente. ¡Oh! ¡Cuán feroz era su aspecto y qué amenazador me parecía con sus alas abiertas y sus ligeros pies! Sobre sus hombros, altos y angulosos, llevaba a cuestas un pecador, a quien tenía agarrado por ambos jarretes. Desde nuestro puente dijo:

— ¡Oh, Malebranche! Ved aquí a uno de los magistrados de Santa Zita. Echadlo dentro, que yo me vuelvo otra vez a aquella tierra que está tan bien provista de ellos. Allí todos son bribones, excepto Bonturo; y por dinero de un «no» hacen una «ita[168]».

Lo arrojó abajo y se volvió por la dura roca tan de prisa que jamás ha habido un mastín suelto que haya perseguido a un ladrón con tanta ligereza. El pecador se hundió y volvió a la superficie empapado en pez; pero los demonios que estaban escondidos bajo el puente gritaban:

—Aquí no está el Santo Rostro. Aquí se nada de diferente modo que en el Serchio. Si no quieres probar nuestros garfios, no salgas de la pez[169].

Después le pincharon con más de cien arpones, diciéndole:

—Es forzoso que bailes aquí a cubierto de modo que, si puedes, prevariques ocultamente.

No de otro modo hacen los cocineros que sus marmitones sumerjan en la caldera las viandas por medio de grandes tenedores para que no sobrenaden.

—A fin de que no adviertan que estás aquí —me dijo el buen Maestro—, ocúltate detrás de una roca que te sirva de abrigo, Y, aunque se me haga alguna ofensa, no temas nada, pues ya conozco estas cosas por haber estado otra vez entre estas almas venales[170].

En seguida pasó al otro lado del puente, y cuando llegó a la sexta orilla tuvo necesidad de mostrar su intrepidez. Con el furor y el ímpetu con que salen los perros tras el pobre que de pronto pide limosna donde se detiene, así salieron los demonios de debajo del puente, volviendo todos contra él sus arpones. Pero les gritó:

—Que ninguno de vosotros se atreva. Antes que me punce vuestra horquilla, adelántese uno que me oiga y después medite si debe atacarme.

Todos gritaron:

—Ve, Malacoda.

Por lo cual uno de ellos se puso en marcha, mientras los otros permanecían quietos, y se adelantó diciendo:

—¿Qué te podrá salvar de nuestras garras?

—¿Crees tú, Malacoda, que a no ser por la voluntad divina y por tener el destino propicio —dijo mi Maestro—, me hubieras visto llegar aquí sano y salvo, a pesar de todas vuestras armas? Déjame pasar, porque en el Cielo quieren que enseñe a otro ese camino salvaje.

Entonces quedó tan abatido el orgullo del demonio, que dejó caer el arpón a sus plantas, y dijo a los otros:

—Que no se haga daño.

Y mi Guía a mí:

—¡Oh, tú, que estás agazapado tras de las rocas del puente! Ya puedes llegar a mí con toda seguridad.

Entonces eché a andar y me acerqué a él con prontitud; pero los diablos avanzaron, de modo que yo temí que no cumplieran lo pactado y temblé como vi temblar en otro tiempo a los que por capitulación salían de Caprona, viéndose entre tantos enemigos[171]. Me acerqué cuanto pude a mi Guía y no separaba mis ojos del rostro de aquéllos, que no auguraban nada bueno. Bajaban ellos sus garfios y: «¿Quieres que le pinche en la rabadilla?», se decían unos a otros. Y respondían: «Sí, sí; pínchale». Pero aquel demonio que estaba conversando con mi Guía se volvió de pronto y gritó: «¡Quieto, Scarmiglione!». Después nos dijo:

—Por este escollo no podréis ir más lejos, pues el sexto puente yace destrozado en el fondo. Si os place ir más adelante, seguid esta costa escarpada; cerca veréis otro escollo por el que podréis pasar. Ayer, cinco horas más tarde de la que es en este

momento, se cumplieron mil doscientos y sesenta y seis años desde que se rompió aquí el camino[172]. Voy a enviar hacia allá a varios de los míos para que observen si algún condenado procura sacar la cabeza al aire. Id con ellos, que no os harán daño.

—Adelante, Alichino y Calcabrina —empezó a decir—; y tú también, Cagnazzo. Barbaricchi guiará a los diez. Vengan además Libicocco y Draghignazzo; Ciriato, el de los grandes colmillos, y Graffiacane y Farfarello, y el loco de Rubicante. Id en torno de la pez hirviente. Éstos deben llegar salvos hasta el otro escollo que atraviesa enteramente sobre la fosa.

—¡Oh, Maestro! ¿Qué es lo que veo? —dije—. Si conoces el camino, vamos sin escolta. Yo, por mí, no la quiero. Si eres tan prudente como de costumbre, ¿no ves que rechinan los dientes y que se hacen guiños con los que nos amenazan algún mal?

—No quiero que te espantes —me contestó—; deja que rechinen los dientes a su gusto. Si lo hacen, es por los desgraciados que están hirviendo.

Se pusieron en camino por la margen izquierda; pero cada uno de ellos de antemano se habían mordido la lengua en señal de inteligencia con su jefe; éste se sirvió de su ano a guisa de trompeta[173].

CANTO VIGÉSIMO SEGUNDO

OCTAVO CÍRCULO, QUINTO FOSO: LOS BARATEROS. EL NAVARRO CIAMPOLO, FRAY GOMITA, MIGUEL ZANCHE. RIÑA DE DIABLOS

Al haberse roto el puente por el que debían pasar al siguiente foso, tienen que caminar por el borde circular hasta otro puente, y así siguen encontrando más ejemplos de este abundante tipo de pecadores. La pelea entre los demonios es símbolo de que el «orden» del Infierno está basado en el desorden, el engaño y la falsedad.

He visto alguna vez a la caballería levantar el campo, empezar el combate, pasar revista y, a veces, batirse en retirada. He visto, ¡oh, aretinos!, hacer incursiones por vuestra tierra y saquearla; he visto luchar en los torneos y correr en las justas, ya al sonido de las trompetas, ya al de las campanas, al ruido de los tambores, con las señales de los castillos y con todo el aparato nacional y extranjero; pero lo que no he visto nunca es que tan extraño instrumento de viento como el culo de aquel diablo pusiera en marcha a jinetes ni peones. Jamás, ni en la tierra ni en los cielos, guió semejante faro a ningún buque. Marchábamos juntamente con los diez diablos (¡oh terrible compañía!), pero ¿qué otra cosa podíamos hacer?: en la iglesia con los santos y en la taberna con los borrachos. Sin embargo, mi atención estaba concentrada en la pez para distinguir todo lo que contenía la fosa y a los que se abrasaban dentro de ella. Así como saltan los delfines fuera del agua, avisando a los marinos a apercibir la nave contra la tempestad[174], así también algunos condenados para aliviar sus tormentos sacaban la espalda, y la volvían a esconder más rápidos que el relámpago; y lo mismo que en un charco las ranas sacan la cabeza a flor de agua, aunque teniendo dentro de ella sus patas y el resto del cuerpo, así estaban por todas partes los pecadores; pero cuando Barbaricchia se aproximaba, volvían a sumergirse en aquel hervidero. Yo vi, y aún se estremece por ello el corazón, a uno de aquellos que había tardado más tiempo en hundirse, como sucede con las ranas, que una queda fuera del agua mientras las demás se zambullen; y Graffiacane, que estaba más cerca de él, lo enganchó por los cabellos enviscados de pez y lo sacó fuera como si fuese una nutria. Yo sabía el nombre de todos aquellos demonios, por haberme fijado bien en ellos cuando los eligió Malacoda. «Rubicante, plántale encima tu garfio y desuéllalo», gritaban todos a un tiempo aquellos malditos. Yo dije:

—Maestro mío, si puedes, procura saber quién es ese desgraciado que ha caído en manos de sus adversarios.

Mi Guía se le acercó y le preguntó de dónde era; a lo que respondió:

—Yo nací en el reino de Navarra. Mi madre me puso al servicio de un señor; ella me había engendrado de un pródigo, que se destruyó a sí mismo y disipó su fortuna. Después fui favorito del buen rey Tebaldo y me lancé a comerciar con sus favores; crimen de que doy cuenta en este horno[175].

Y Ciriatto, a quien salía de cada lado de la boca un colmillo como el de un jabalí, le hizo sentir lo bien que uno de ellos hería. Entre malos gatos había caído aquel ratón: porque Barbariccia lo sujetó entre sus brazos diciendo: «Quedaos ahí mientras yo lo ensarto». Y volviendo el rostro hacia mi Maestro añadió: «Preguntadle aún, si deseáis saber más, antes de que los otros lo destrocen».

Mi Guía preguntó:

—Dime, pues, si entre los otros culpables que están sumergidos en esa pez conoces algunos que sean italianos.

A lo que contestó:

—Acabo de separarme de uno que fue de allí cerca. ¡Así estuviera, como él, bajo la pez: no temería ahora ni la garra ni los garfios!

Y Libicocco: «Ya hemos tenido demasiada paciencia», dijo. Y lo enganchó por el brazo con su arpón, arrancándole de un golpe todo el antebrazo. Draghinazzo quiso también cogerlo por las piernas, pero su jefe se volvió hacia todos ellos lanzando una mirada furiosa. Cuando se hubieron calmado un poco, mi Guía no tardó en preguntar a aquel que estaba contemplándose la herida:

—¿Quién es ese de quien dices que te has separado, por tu desgracia, para salir a flote?

Y le respondió:

—Es el hermano Gomita, aquel de Gallura, vaso de iniquidad, que tuvo en su poder a los enemigos de su señor e hizo de modo que los dejó satisfechos: aceptó su oro y los dejó libres, según él mismo dice. Y con respecto a los empleos, no fue un pequeño, sino un soberano prevaricador. Con él conversa a menudo don Miguel Zanche de Logodoro y sus lenguas no se cansan nunca de hablar de las cosas de Cerdeña[176]. ¡Ay de mí! Ved a ese otro cómo aprieta los dientes, Aún hablaría más, pero temo que estos diablos se dispongan a rascarme la piña.

El gran jefe de los demonios se dirigió a Farfarello, que movía sus ojos en todas direcciones buscando a quién herir, y le dijo: «Quítate de ahí, pájaro malvado».

—Si queréis ver u oír a toscanos o lombardos —empezó a decir en seguida el desgraciado pecador—, haré que vengan. Pero que esas malditas garras se mantengan un poco apartadas a fin de que ellos no teman sus heridas. Yo, sentándome en este mismo sitio, por uno que soy haré venir a siete, silbando como acostumbramos cuando uno de nosotros saca la cabeza fuera de la pez.

Al oír estas palabras, Cagnazzo levantó el hocico meneando la cabeza y dijo: «¡Oigan el medio malicioso de que se ha valido para volver a sumergirse!». A lo cual contestó aquel que tenía abundancia de estratagemas: «En verdad que soy un malicioso cuando expongo a los míos a mayores tormento». No pudo contenerse

Alichino y, en contra de lo dicho por los otros, respondió: «Si te arrojas en la pez, no correré al galope detrás de ti, sino que emplearé mis alas para ello. Te damos de ventaja la escarpa y el ribazo por defensa y veamos si tú solo vales más que todos nosotros».

¡Oh, tú, que lees esto: ahora verás un nuevo juego!

Todos los demonios se volvieron hacia la pendiente opuesta, y el primero de ellos, el que se había mostrado más renitente. El navarro aprovechó bien el tiempo: fijó sus pies en el suelo y, precipitándose de un solo salto, se puso al abrigo de los malos propósitos de los diablos. Contristados se quedaron los demonios ante esta treta, pero mucho más el que tuvo la culpa de ella; por lo que se lanzó tras él gritando: «Ya te tengo». Pero de poco le valió, porque sus alas no pudieron igualar en velocidad el espanto de Ciampolo. Éste se lanzó a la pez y el demonio cambió la dirección de su vuelo, llevando el pecho hacia arriba[177].

No de otro modo se sumerge instantáneamente el pato cuando el halcón se aproxima y hace que éste se remonte furioso y fatigado. Calcabrina, irritado contra Alichino por aquel engaño, echó a volar tras él, deseoso de que el pecador se escapara para tener un motivo de querella. Y cuando hubo desaparecido el prevaricador, volvió sus garras contra su compañero y se aferró con él sobre el mismo estanque. Pero éste, gavilán adiestrado, hizo uso también de las suyas, y los dos cayeron en medio de la pez hirviente. El calor los separó bien pronto; pero todo su esfuerzo para remontarse era en vano porque sus alas están enviscadas. Barbariccia, descontento como los demás, hizo volar a cuatro desde la otra parte con todos sus arpones y bajando rápidamente hacia el sitio designado tendieron sus garfios a los dos demonios, que estaban medio cocidos en la superficie de aquella fosa. Nosotros los dejamos allí enredados de aquella manera.

CANTO VIGÉSIMO TERCERO

OCTAVO CÍRCULO, SEXTO FOSO: LOS HIPÓCRITAS. LOS HERMANOS GOZOSOS CATALANO Y LODERINGO. CAIFÁS

Escapan de los demonios y llegan al sexto foso, lugar donde están condenados los hipócritas. Allí encuentran a los «fratri gaudenti» y a Caifás.

Solos, en silencio y sin escolta, íbamos uno tras otro, como acostumbran a ir los frailes menores. La riña que acabábamos de presenciar me trajo a la memoria la fábula de Esopo en que habló de la rana y el topo; pues las partículas *mo* e *issa* no son tan semejantes como estos dos hechos, si atentamente se consideran el principio y el final de entrambos[178]. Y como un pensamiento procede rápidamente de otro, de éste nació uno nuevo, que redobló mi primitivo espanto. Yo pensaba así: «Estos demonios han sido engañados por nuestra causa, y con tanto daño y escarnio que los imagino muy ofendidos. Si a la malevolencia se añade la ira, nos van a perseguir con más crueldad que el perro que sujeta a la liebre por el cuello». Ya sentía que se erizaban mis cabellos a causa del temor y miraba hacia atrás atentamente, por lo que dije:

—Maestro, si no nos ocultas a los dos prontamente, temo a los demonios que vienen detrás de nosotros. Y tan así me lo imagino, que ya me parece que los oigo.

A lo que él contestó:

—Si yo fuera un espejo, no verías en mí tu imagen tan pronto como yo veo en tu interior. En estos momentos se cruzaban tus pensamientos con los míos bajo la misma faz y aspecto, de suerte que he deducido de ambos un solo consejo. Si es cierto que la cuesta que hay a nuestra derecha está tan inclinada que nos permita bajar a la sexta fosa, huiremos de la caza que nos amenaza.

Apenas había concluido de decirme su parecer, cuando vi venir a los demonios con las alas extendidas y muy cerca de nosotros, queriendo cogernos. Mi Guía me agarró súbitamente, como una madre que, despertada por el ruido y viendo brillar las llamas cerca de ella, coge a su hijo y huye, y teniendo más cuidado de él que de sí misma, no se detiene ni aun a ponerse una camisa. Desde lo alto de la calzada se deslizó de espaldas por la pendiente roca, uno de cuyos lados separa la quinta de la sexta fosa. Jamás corrió tan rápida el agua por la canal de un molino, cuando más se acerca a las paletas de las ruedas, como descendió por aquel declive mi Maestro, llevándome sobre su pecho cual si fuese hijo suyo y no su compañero. Apenas tocaron sus pies el suelo del profundo abismo cuando los demonios aparecieron en las rocas sobre nuestras cabezas; pero ya no nos inspiraban temor porque la alta Providencia, que los había designado ministros para la quinta fosa, les quitó la facultad de separarse de allí. Abajo encontramos unas gentes que brillaban como el oro, que miraban en torno con bastante lentitud, llorosas y con los semblantes

fatigados y abatidos. Llevaban capas con capuchas echadas sobre los ojos, por el estilo de las que llevan los monjes de Colonia[179]. Aquellas capas eran doradas por fuera, de modo que deslumbraban; pero por dentro eran completamente de plomo, y tan pesadas, que las de Federico a su lado parecerían de paja[180]. ¡Oh manto fatigoso por toda la eternidad! Nos volvimos aún hacia la izquierda y anduvimos con aquellas almas, escuchando sus tristes lamentos. Pero las sombras, rendidas por el peso, caminaban tan despacio que a cada paso que dábamos cambiábamos de compañero. Yo dije a mi Guía:

—Procura encontrar a alguno que sea conocido por su nombre o por sus hechos y mira, para ello, en derredor tuyo mientras andas.

Y uno de ellos, que entendió mi idioma toscano, exclamó detrás de nosotros:

—Detened vuestros pasos, vosotros que tanto corréis a través del aire sombrío; quizá podrás obtener de mí lo que solicitas.

En seguida, mi Guía se volvió y me dijo:

—Espera y modera tu paso hasta igualar el suyo.

Me detuve y vi a dos de aquéllos, que en sus miradas demostraban gran deseo de estar conmigo, pero su carga y lo estrecho del camino les hacían tardar. Cuando se me hubieron reunido, me miraron con torvos ojos y sin hablarme; después, se volvieron uno a otro diciéndose: «Ése parece vivo, a juzgar por los movimientos de su garganta[181], y si está muerto, ¿por qué privilegio no lleva nuestra pesada carga?». Después me dijeron:

—¡Oh, toscano, que has venido a la mansión de los tristes hipócritas!, dígnate decirnos quién eres.

Les contesté:

—Nací y crecí junto a la orilla del hermoso Arno, en la gran ciudad, y conservo el cuerpo que he tenido siempre. Pero vosotros, a quienes, según veo, cae tan doloroso llanto gota a gota por las mejillas, ¿quiénes sois y qué pena padecéis?

Uno de ellos me respondió:

—¡Ay de mí! Estas doradas capas son de plomo y tan gruesas que su peso nos hace gemir como cargadas balanzas. Fuimos hermanos gozosos y boloñeses. Yo me llamé Catalano y éste Loderingo. Tu ciudad nos nombró magistrados, como suele elegir a un hombre neutral para conservar la paz; y la conservamos tan bien como puede verse aún cerca de Gardingo[182].

—¡Oh, hermanos! Vuestros males… —pero no pude continuar porque vi en el suelo a un crucificado con tres estacas. En cuanto me vio, se retorció, haciendo agitar su barba con la fuerza de sus suspiros. Y el hermano Catalano, que lo advirtió, me dijo:

—Ese que estás mirando crucificado aconsejó a los fariseos que era necesario hacer sufrir a un hombre el martirio por la causa del pueblo. Está atravesado y desnudo sobre el camino, como ves; y es preciso que sienta lo que pesa cada uno de

los que pasan. Su suegro está condenado a igual suplicio en esa fosa, así como los demás del Consejo que fue para los judíos origen de tantas desgracias[183].

Entonces vi a Virgilio, que contemplaba con asombro a aquel que estaba tan vilmente crucificado en el eterno destierro. Luego, se dirigió al fraile en estos términos:

—¿Querríais decirnos si hacia la derecha hay alguna abertura por donde podamos salir los dos, sin obligar a los ángeles negros a que nos saquen de este abismo?

Aquél respondió:

—Más cerca de lo que esperas se levanta una peña que parte del gran círculo y atraviesa todas las terribles fosas; pero está cortada en ésta y no continúa sobre ella. Podréis bajar por las ruinas que existen en el declive de su falda y llegar hasta el fondo.

Mi Guía permaneció un momento con la cabeza inclinada y después dijo:

—¡Cómo nos ha engañado aquel que ensarta con su garfio a los pecadores al no avisarnos de este obstáculo!

Y el fraile repuso:

—He oído referir en Bolonia los numerosos vicios del demonio, entre los cuales no era el menor el ser falso y padre de la mentira.

Entonces mi Guía se alejó precipitadamente con el rostro turbado por la cólera; en consecuencia, me alejé también de aquellas almas que soportaban tanto peso, y seguí las huellas de los pies queridos.

CANTO VIGÉSIMO CUARTO

OCTAVO CÍRCULO, SÉPTIMO FOSO: LOS LADRONES. VANNI FUCCI

Tras subir desde el fondo del pozo, atraviesan el puente y llegan al séptimo, lleno de reptiles, entre los que sufren los ladrones. Vanni Fucci predice la destrucción de los Blancos de Florencia.

En la época del año nuevo en que templa el Sol su cabellera bajo el Acuario y en que ya las noches van igualándose con los días; cuando la escarcha imita en la tierra, aunque por poco tiempo, el color de su blanca hermana, el campesino que carece de coraje se levanta, mira, y al ver blanco todo el campo se golpea el muslo, vuelve a su casa y se lamenta continuamente como el desgraciado que no sabe qué hacer; pero torna luego a mirar y recobra la esperanza, viendo que la tierra ha cambiado de aspecto en pocas horas, y entonces coge su cayado y sale a apacentar sus ovejas[184]; así mi Maestro me llenó de inquietud cuando vi tan turbado su rostro y así también aplicó pronto remedio a mi turbación; porque al llegar al derruido puente, se volvió hacia mí con aquel amable aspecto que tenía cuando lo vi por primera vez al pie del monte[185]. Después de haber pensado la determinación que había de tomar, contemplando antes con cuidado las ruinas, abrió sus brazos, cogiome por detrás, y como aquel que trabaja pensando siempre en la labor que emprenderá en seguida, del mismo modo, elevándome sobre la cima de una roca, señalaba a otra diciendo:

—Agárrate bien a ésa, pero tantea primero si podrá sostenerte.

Aquél no era un camino a propósito para los que iban con capa de plomo, pues apenas podíamos, Virgilio tan ágil y yo sostenido por él, trepar de piedra en piedra. Y a no ser porque en aquel recinto era el camino más corto que en otro alguno, no sé lo que a él le habría sucedido, pero a mí me hubiera vencido el cansancio. Mas como Malebolge va siempre en declive hasta la boca del profundísimo pozo, cada fosa que se recorre presenta un margen que se eleva y otro que desciende. Llegamos por fin al extremo en que se destaca la última piedra. Cuando estuve sobre ella, de tal modo me faltaba el aliento, que no podía más. Así es que me senté en cuanto nos detuvimos.

—Ahora es preciso que sacudas tu pereza —me dijo el Maestro—, porque no se alcanza la fama reclinado en blanda pluma ni al abrigo de las colchas; y el que sin gloria consume su vida deja en pos de sí el mismo vestigio que el humo en el aire o la espuma en el agua. Ea, pues: levántate, domina la fatiga con la voluntad, que vence todos los obstáculos mientras no se envilece con la pesadez del cuerpo. Tenemos que subir todavía una escala mucho más larga, pues no basta haber atravesado por entre los espíritus infernales. Si me entiendes, deben reanimarte mis palabras[186].

—Vamos; ya me siento fuerte y atrevido.

Echamos a andar por el escollo, que era áspero, estrecho y escabroso y más pendiente que el anterior. Iba hablando para disimular mi flaqueza, cuando oí una voz que salía de otra fosa, articulando palabras ininteligibles. No sé lo que dijo, a pesar de encontrarme en la cima del arco que por allí pasa, mas el que hablaba parecía conmovido por la ira. Yo me había inclinado, pero los ojos de una persona viva no podían distinguir el fondo a través de aquella oscuridad. Por lo cual dije:

—Maestro, haz por llegar al otro recinto y descendamos de este muro, porque desde aquí oigo y no comprendo nada; miro hacia abajo y nada veo.

—Te responderé —me dijo— haciendo lo que deseas. Que las peticiones justas deben satisfacerse en silencio.

Bajamos por el puente desde lo alto hasta donde se une con el octavo margen y entonces descubrí la fosa y vi una espantosa masa de serpientes, de tan diferentes especies, que su recuerdo me hiela todavía la sangre. Deje la Libia de envanecerse con sus arenas, que si produce quelidras, yáculos y faras, centros y anfisbenas, ni ella, ni en toda la Etiopía con el país que está sobre el mar Rojo, existieron jamás tantas ni tan nocivas pestilencias como en este lugar[187]. A través de aquella espantosa y cruel multitud de reptiles corrían gentes desnudas y aterrorizadas, sin esperanza de encontrar refugio ni heliotropo[188]. Tenían las manos atadas a la espalda con sierpes, las cuales, formando nudos por encima, les hincaban la cola y la cabeza en los riñones. Y he aquí que uno de aquellos desgraciados, que estaba cerca de nosotros, fue mordido por una serpiente en el punto en que el cuello se une a los hombros; y en el breve tiempo que se necesita para escribir una O y una I, se encendió, ardió y cayó reducido a cenizas. Pero apenas quedó consumido en el suelo, reuniéronse las cenizas por sí mismas y súbitamente se rehízo aquel espíritu como antes estaba[189]. Así dicen los grandes sabios que muere el Fénix y renace cuando está cercano a su quinto siglo; no se alimenta de hierba ni de trigo durante su vida, sino de amomo y lágrimas de incienso, y su último nido está formado con nardo y mirra[190]. Y como aquel que cae y no sabe cómo, a impulso del demonio que lo arroja en el suelo o de algún accidente producido por su temperamento enfermizo[191], cuando se levanta se queda asombrado de la cruel angustia que ha sufrido y suspira al mirar en torno suyo, así se levantó el pecador ante nosotros. ¡Oh, cuán severa es la justicia de Dios, que hace estallar su cólera por medio de tales golpes! Mi Guía le preguntó después quién era y él le contestó:

—Yo caí hace poco tiempo desde Toscana en este horrible abismo. La vida salvaje me agradó más que la humana: fui lo mismo que un mulo. Soy Vanni Fucci, el bestia, y Pistoia fue mi digno cubil.

—Dile que no huya y pregúntale qué delito lo ha precipitado aquí, pues yo lo conocí como hombre colérico y sanguinario, no como ladrón.

El pecador, que me oyó, no se ocultó, sino que dirigió hacia mí atentamente su mirada y se cubrió el rostro de triste vergüenza. Después dijo:

—Siento más que me hayas encontrado en la miseria en que me ves de lo que sentí verme privado de la vida. Pero no puedo negarme a satisfacer tus preguntas. Estoy sumido aquí porque robé en la sacristía los hermosos ornamentos y de ese delito fue otro acusado falsamente. Mas, para que no te goces en mi desgracia, si acaso llegas a salir de estos lugares sombríos, abre tus oídos a mi anuncio y escucha: primeramente Pistoia quedará despoblada de *Negros*, después Florencia renovará sus habitantes y su forma de gobierno. Marte hará salir del valle de Magra un vapor que, envuelto en sombrías nieblas y en tempestad impetuosa y terrible, se desencadenará sobre el campo Piceno; y allí, desgarrándose de repente la nube, aniquilará a todos los *Blancos*[192]. Te he dicho esto para que te cause dolor.

CANTO VIGÉSIMO QUINTO

OCTAVO CÍRCULO, SÉPTIMO FOSO: LOS LADRONES. CACO. CINCO LADRONES FLORENTINOS Y SUS TRANSFORMACIONES

Siguen los ladrones. Igual que en la vida robaron la propiedad de otros, aquí son despojados de sus propias formas. Igual que ellos desconocieron en la tierra las palabras meum y tuum, aquí han perdido la diferencia entre el yo y el tú. Abundan entre ellos los florentinos.

Al terminar estas palabras, el ladrón alzó ambas manos haciendo un gesto indecente y exclamando: «Toma, Dios, esto es para ti[193]». Desde entonces fui amigo de las serpientes, porque una de ellas se le enroscó en el cuello como diciendo: «No quiero que hables más», y otra se agarró a sus brazos sujetándolos de tal modo que no le era posible al condenado hacer ningún movimiento. ¡Ah, Pistoia, Pistoia! ¿Cómo no decides reducirte tú misma a cenizas y dejar de existir, pues que tus hijos son peores que sus antepasados? En todos los círculos del oscuro Infierno no he visto espíritu tan soberbio ante Dios, a no ser aquel que cayó desde los muros de Tebas[194]. El ladrón huyó sin decir una palabra más. Entonces vi a un Centauro lleno de ira, que acudía gritando: «¿Dónde está, dónde está el soberbio?». No creo que contengan las marismas tanto reptil como llevaba el Centauro sobre su grupa hasta el sitio en que empezaba la forma humana; sobre sus espaldas, detrás de la nuca, descansaba un dragón con las alas abiertas, el cual abrasaba cuanto salía a su encuentro. Mi Maestro dijo:

—Ese monstruo es Caco, el que al pie de las rocas del monte Aventino formó más de una vez un lago de sangre. No va por el mismo camino que sus hermanos, los otros centauros, porque robó fraudulentamente el gran rebaño que pacía en las inmediaciones del sitio que había escogido para vivienda: pero sus inicuos hechos acabaron por fin bajo la clava de Hércules, que si le dio cien golpes con ella, aquél no llegó a sentir el décimo[195].

Mientras así hablaba Virgilio, Caco desapareció, al mismo tiempo que se acercaban tres espíritus por debajo del margen donde estábamos, lo cual no advertimos mi Guía ni yo, hasta que los oímos gritar: «¿Quiénes sois?». Cesó entonces nuestra conversación y nos fijamos en ellos. Yo no los conocía, pero sucedió, como suele acontecer algunas veces, que uno de ellos tuvo necesidad de llamar a otro y dijo: «Cianfa, ¿dónde te has metido?»[196]. Y yo, a fin de que estuviese atento mi Guía, me llevé el dedo a los labios. Ahora, lector, si se te hace difícil de creer lo que te voy a decir, no será extraño, porque yo, que lo vi, apenas lo creo. Mientras estaba contemplando a aquellos espíritus se lanzó un reptil con seis

patas sobre uno de ellos, agarrándolo enteramente. Con las patas de en medio le oprimió el vientre, con las de delante le sujetó los brazos y después le mordió en ambas mejillas. Extendiendo en seguida las patas de detrás sobre sus muslos, le pasó la cola por entre los dos y se la mantuvo apretada contra los riñones. Nunca se agarró tan fuertemente la hiedra al árbol como la horrible fiera adaptó sus miembros a los del culpable; después una y otro se confundieron como si fuesen de blanda cera y mezclaron tan bien sus colores que ninguno de ambos parecía ya lo que antes había sido. Así, con el ardor del fuego se extiende sobre el papel un color oscuro, que no es negro y sin embargo deja de ser blanco. Los otros dos condenados lo miraban, exclamando cada cual: «¡Ay, Agnel! Cómo cambias. No eres ya uno ni dos». Las dos cabezas se habían convertido en una y aparecían dos figuras mezcladas en una sola faz, quedando en ella confundidas entrambas. De los cuatro brazos se hicieron dos; los muslos y las piernas, el vientre y el tronco se convirtieron en miembros nunca vistos. Quedó borrado todo su primitivo aspecto; aquella imagen transformada parecía dos y ninguna de las anteriores. Y en tal estado se alejaba a pasos lentos.

Como el lagarto, que bajo el ardor de los días caniculares, cuando cambia de un matorral a otro, parece un rayo al atravesar el camino, tal parecía, dirigiéndose hacia el vientre de los otros dos espíritus, una pequeña serpiente irritada, lívida y negra como grano y pimienta. Picó a uno de ellos en aquella parte del cuerpo por donde nos alimentamos antes de nacer y después cayó a sus pies quedando tendida. El herido la miró sin decir nada y permaneció inmóvil, en pie y bostezando, como si lo hubiera sorprendido el sueño o la fiebre. Él y la serpiente se miraban y, el uno por la herida y la otra por la boca, lanzaban un denso humo que llegaba a confundirse. Calle Lucano al referir las miserias de Sabelo y de Nasidio y escuche atentamente lo que describo aquí; calle Ovidio al ocuparse de Cadmo y Aretusa, que si en su poema convirtió a aquél en serpiente y a ésta en fuente, no le envidio[197]. Ovidio no transformó jamás dos naturalezas frente a frente de tal modo que sus formas cambiaran también de materia. El hombre y la serpiente se correspondieron de tal suerte, que cuando ésta abrió su cola en forma de horquilla, el herido juntó sus dos pies. Las piernas y los muslos de éste se estrecharon tanto que en poco tiempo no quedaron vestigios de su natural separación. La cola hendida de la serpiente tomaba la figura que iba desapareciendo en el hombre y su piel se hacía blanda al paso que dura se hacía la de aquél. Vi entrar los brazos del condenado en los sobacos y las dos patas de la fiera, que eran cortas, se alargaban tanto cuanto aquéllos se encogían. Las patas de detrás del reptil, retorciéndose, formaban el miembro que el hombre oculta por pudor, y el sexo del miserable se dividió en dos patas. Mientras que el humo daba el color de la serpiente al hombre y viceversa y hacía salir en aquélla el pelo que quitaba a éste, el uno, es decir, la que era transformada en hombre, se levantó y cayó el otro; pero sin dejar de lanzarse miradas feroces, ante las cuales cada uno de ellos cambiaba de rostro. El que estaba en pie lo encogió hasta las sienes y de la carne excedente se le formaron las orejas en sus lisos carrillos. La parte del hocico de la serpiente que no se

replegó en la cabeza quedó fuera formando la nariz del rostro humano y abultó al propio tiempo convenientemente los labios. El que estaba en el suelo extendió su boca hacia adelante, e hizo entrar sus orejas en la cabeza, como el caracol hace con sus cuernos; y la lengua, que estaba antes unida y dispuesta para hablar, se hendió, al paso que se unía la lengua hendida del reptil, dejando de lanzar humo. El alma que se había convertido en serpiente huyó silbando por la fosa y el otro, hablando detrás de ella, le escupía. Volviole después la espalda y dijo al otro condenado: «Quiero que Buoso se arrastre por ese camino como yo lo he hecho». De tal modo vi yo, en la séptima fosa, cambiarse y metamorfosearse dos naturalezas; y si mi lenguaje no es florido, sírvame de excusa la novedad del caso.

Aunque mis ojos estuviesen turbados y mi espíritu aturdido, no pudieron huir las otras dos sombras tan ocultamente que yo no conociese a Puccio Sciancato, el único de los tres espíritus de los llegados anteriormente que no había cambiado de forma. El otro era aquel que tú lloras, Gaville[198].

CANTO VIGÉSIMO SEXTO

OCTAVO CÍRCULO, OCTAVO FOSO: LOS MALOS CONSEJEROS. ULISES Y DIOMEDES. VIAJES Y MUERTE DE ULISES

Amarga ironía sobre la fama de Florencia. En el octavo foso encuentran a los falsos consejeros; no se trata de los que engañaron a aquellos a los que aconsejaban, sino de los consejeros del engaño. Como los ladrones del círculo anterior habían robado cosas materiales, éstos han robado a otros su integridad moral. La utilización del fraude con finalidad política provoca en Dante una cierta admiración, como veremos cuando encontremos a Ulises. El engaño para conseguir el triunfo de la patria es moralmente punible, pero no vemos claramente en Dante la hostilidad que manifiesta cuando trata de otros tipos de engaños.

Alégrate, Florencia, pues eres tan grande que tu nombre vuela por mar y por tierra, y es famoso en el mismo Infierno. Entre los ladrones he encontrado a cinco de tus nobles ciudadanos, lo cual les avergüenza y a ti no te honra mucho. Pero si es verdad lo que se sueña cerca del amanecer, dentro de poco conocerás lo que contra ti desean no ya los pueblos poderosos, sino hasta el pequeño Prato; y si ese mal se hubiera ya cumplido, no sería prematuro. Así ocurriese hoy mismo lo que ha de suceder, pues tanto más me contristará cuanto más viejo me vuelva.

Partimos, y, por los mismos escalones de las rocas que nos habían servido para bajar, subió mi Guía tirando de mí. Prosiguiendo la ruta solitaria a través de los picos y rocas del escollo, no era posible mover un pie sin el auxilio de la mano. Entonces me afligí, como me aflijo ahora, cuando pienso en lo que vi; y refreno mi espíritu más de lo que acostumbro para que no se aventure tanto que deje de guiarlo la virtud; porque si mi buena estrella u otra influencia mejor me ha dado algún ingenio, no quiero yo mismo perderlo por abusar de él[199]. Así como en la estación en que aquel que ilumina al mundo nos oculta menos su faz[200], el campesino que reposa en la colina, a la hora en que el mosquito reemplaza a la mosca, ve por el valle las luciérnagas que corren por el sitio donde él vendimia y ara, así también vi resplandecer infinitas llamas en la octava fosa cuando estuve en el punto desde donde se distinguía su fondo. Y como aquel a quien los osos ayudaron en su venganza vio partir el carro de Elías, cuando los caballos subían erguidos al cielo, de tal modo que no pudiendo sus ojos seguirlo sólo distinguían una ligera llama elevándose como débil nubecilla, así también noté que se agitaban unas llamas en la abertura de la fosa, encerrando cada una un pecador, pero sin manifestar lo que ocultaban[201]. Yo estaba sobre el puente, tan absorto en la contemplación de aquel espectáculo, que a no

haberme agarrado a un trozo de roca hubiera caído sin ser empujado. Mi Guía, que me vio tan atento, me dijo:

—Dentro del fuego están los espíritus, cada uno revestido de la llama que lo abrasa

—¡Oh, Maestro! —respondí—; tus palabras han hecho que me cerciore de lo que veo, pero ya lo había pensado así y quería decírtelo. Mas dime: ¿quién está en aquella llama que se divide en su parte superior y parece salir de la pira donde fueron puestos Etéocles y su hermano[202]?.

Me contestó:

—Allí dentro están torturados Ulises y Diomedes; juntos sufren aquí un mismo castigo, como juntos se entregaron al mismo pecado. En esa llama se llora también el engaño del caballo de madera que fue la puerta por donde salió la noble estirpe de los romanos. Llórase también el artificio por el que Deidamia, aun después de muerta, se lamenta de Aquiles; y se sufre además el castigo por el robo del Paladión[203].

—Si es que pueden hablar en medio de las llamas —dije yo—, Maestro, te pido y te suplico, y así mi súplica valga por mil, que me permitas esperar que esa llama dividida llegue hasta aquí; mira cómo, arrastrado por mi deseo, me abalanzo hacia ella.

A lo que me contestó:

—Tu súplica es digna de alabanza y yo la acojo; pero haz que tu lengua se reprima y déjame hablar a mí, pues comprendo lo que quieres, y quizá ellos, siendo griegos, desdeñarían contestarte[204].

Cuando la llama estuvo cerca de nosotros y mi Guía juzgó el lugar y el momento favorables, le oí expresarse en estos términos:

—¡Oh, vosotros que sois dos en un mismo fuego! Si he merecido vuestra gracia durante mi vida, si he merecido de vosotros poco o mucho cuando escribí mi gran poema, no os alejéis; antes bien, dígame uno de vosotros dónde fue a morir, llevado de su valor. La punta más elevada de la antigua llama empezó a oscilar murmurando como la que agita el viento; después, dirigiendo a uno y otro lado su extremidad, empezó a lanzar algunos sonidos, como si fuera una lengua que hablara, y dijo:

—Cuando me separé de Circe, que me tuvo oculto más de un año en Gaeta, antes de que Eneas le diera este nombre, ni las dulzuras paternales, ni la piedad debida a un padre anciano, ni el amor mutuo que debía hacer dichosa a Penélope, pudieron vencer el ardiente deseo que yo sentía de conocer el mundo y las costumbres y los usos de los humanos. Y así, me lancé por el abierto mar sólo con un navío y con los pocos compañeros que nunca me abandonaron[205]. Vi entrambas costas por un lado hasta España, por otro hasta Marruecos, y la isla de los Sardos y las demás que baña en torno aquel mar. Mis compañeros y yo nos habíamos vuelto viejos y cansados cuando llegamos a la estrecha garganta donde plantó Hércules las dos columnas para que ningún hombre pasase más adelante. Dejé Sevilla a mi derecha, como había dejado ya Ceuta a mi izquierda. «¡Oh, hermanos —dije—, que habéis llegado a Occidente a

través de mil peligros!, ya que tan poco os resta de vida, no os neguéis a conocer el mundo inhabitado que se encuentra siguiendo el curso del Sol. Pensad en vuestro origen: no habéis nacido para vivir como brutos, sino para alcanzar la virtud y la ciencia». Con esta corta arenga infundí en mis compañeros tal deseo de continuar el viaje, que apenas los hubiera podido detener después. Y volviendo la popa hacia el Oriente, de nuestros remos hicimos alas para seguir tan desatentado viaje, inclinándonos siempre hacia la izquierda. La noche veía ya brillar todas las estrellas del otro polo y estaba el nuestro tan bajo que apenas parecía salir de la superficie de las aguas[206]. Cinco veces se había encendido y otras tantas apagado la luz de la Luna desde que entramos en aquel gran mar, cuando apareció una montaña oscurecida por la distancia, que me pareció la más alta que había visto hasta entonces. Nos causó alegría, pero nuestro gozo se trocó bien pronto en llanto, pues de aquella tierra se levantó un torbellino que chocó contra la proa de nuestro buque; tres veces lo hizo girar juntamente con las encrespadas olas y a la tercera lo levantó de popa y sumergió la proa como plugo al Otro, hasta que el mar volvió a cerrarse sobre nosotros[207].

CANTO VIGÉSIMO SÉPTIMO

OCTAVO CÍRCULO, OCTAVO FOSO: LOS MALOS CONSEJEROS. GUIDO DE MONTEFELTRO

Seguimos en el mismo foso. El espíritu de Guido de Montefeltro pide noticias de Romaña y cuenta su propia historia. Capitán de fortuna que logra establecerse como señor de Urbino por medio de engaños y hechos de armas. Al final de su vida intenta salvarse con una hipócrita profesión en la orden franciscana. El significado alegórico de este episodio se concentra precisamente en la condena de la astucia política entendida como quebrantamiento de las relaciones entre el hombre y la ley divina.

Habíase quedado derecha e inmóvil la llama para no decir nada más, y ya se iba alejando de nosotros, con permiso del dulce Poeta, cuando otra que seguía detrás, con el sonido de su crepitar nos hizo volver la mirada hacia ella. Como el toro de Sicilia que, lanzando por primer mugido el llanto del que lo había trabajado con su lima (lo cual fue justo), bramaba con las voces de los torturados dentro de él, de tal suerte que, a pesar de estar construido de bronce, parecía realmente traspasado de dolor**[208]**, así también las palabras lastimeras del espíritu contenido en la llama, no encontrando en toda la extensión de ella ninguna abertura por donde salir, se convertían en el lenguaje del fuego; pero cuando consiguieron llegar a su punta, comunicándole a ésta el movimiento que la lengua les había dado al pasar, oímos decir:

— ¡Oh, tú, a quien me dirijo, y que hace poco hablabas en lombardo diciendo: «Vete, ya no te detengo más»! Aun cuando yo haya llegado tarde, no te pese permanecer hablando conmigo, pues a mí no me pesa no obstante que estoy ardiendo. Si acabas de caer en este mundo lóbrego desde la dulce tierra latina, donde he cometido todas mis faltas, dime si los romañolos están en paz o en guerra, pues fui de las montañas que se elevan entre Urbino y el yugo desde el que el Tíber se desata**[209]**.

Yo escuchaba aún atento e inclinado, cuando mi Guía me tocó diciendo:

—Habla tú; ése es italiano.

Y yo, que tenía la respuesta preparada, empecé a hablarle así sin tardanza:

—¡Oh, alma, que te escondes ahí debajo! Tu Romaña no está ni estuvo nunca sin guerra en el corazón de sus tiranos; pero cuando yo he llegado a este sitio no había guerra manifiesta: Ravena está como hace muchos años, el águila de Polenta anida allí y cubre aún a Cervia con sus alas. La tierra que sostuvo tan larga prueba y contiene sangrientos montones de cadáveres franceses, se encuentra en poder de las garras verdes; y los mastines, el viejo y el joven, de Verruchio, que tanto daño hicieron a Montagna, siguen ensangrentando sus dientes donde acostumbran. La

ciudad del Lamone y la del Santerno están dirigidas por el leoncillo de blanco cubil, que del verano al invierno cambia de partido; y aquella que está bañada por el Savio vive entre la tiranía y la libertad, así como se asienta entre la llanura y la montaña[210]. Ahora te ruego que me digas quién eres, no seas más duro de lo que lo han sido otros, así pueda tu nombre durar eternamente en el mundo.

Cuando el fuego hubo producido su acostumbrado rumor, movió de una parte a otra su aguda punta; después habló así:

—Si yo creyera que dirijo mi respuesta a una persona que debe volver al mundo, esta llama dejaría de agitarse; pero como ninguno pudo salir jamás de esta profundidad, si es cierto lo que he oído, te responderé sin temor a la infamia. Yo fui hombre de guerra y luego franciscano, creyendo que con ese hábito expiaría mis faltas. Y mi presencia hubiera tenido ciertamente efecto si el Gran Sacerdote, a quien deseo todo mal, no me hubiese hecho incurrir en mis primeras faltas. Quiero que tú sepas cómo y por qué. Mientras conservé la forma de carne y hueso que mi madre me dio, mis acciones no fueron de león, sino de zorro. Yo conocí toda clase de astucias, todas las acechanzas, y las practiqué tan bien que su fama resonó hasta en el último confín del mundo. Cuando me vi cercano a la edad en la que cada cual debería cargar las velas y recoger las cuerdas, lo que antes me había agradado empezó a disgustarme; y, arrepentido, confesé mis culpas y me retiré al claustro. Entonces, ¡ay, infeliz de mí!, pude haberme salvado; pero el príncipe de los nuevos fariseos estaba en guerra cerca de Letrán (y no con los sarracenos ni con los judíos, pues todos sus enemigos eran cristianos y ninguno de ellos había ido a conquistar Acre ni a comerciar en la tierra del Sultán), no tuvo en cuenta su dignidad suprema ni las sagradas órdenes de que estaba investido, ni vio en mí aquel cordón que solía enflaquecer a los que lo llevaban; sino que, así como Constantino llamó a Silvestre en el monte Soracto, para que le curase la lepra, así también me llamó aquél para que le curara su orgullosa fiebre. Pidiome consejo y yo me callé, porque sus palabras me parecieron las de un hombre ebrio. Entonces me dijo: «No abrigue tu corazón temor alguno, porque yo te absuelvo de antemano. Pero me has de decir cómo podré echar por tierra los muros de Preneste. Yo puedo abrir y cerrar el Cielo, como sabes, porque son dos las llaves a las que no tuvo mucho apego mi antecesor». Estos graves argumentos me impresionaron y, pensando que sería peor callar que hablar, dije: «Santo Padre, puesto que tú me lavas del pecado en que voy a incurrir, te aconsejo que, para triunfar en tu alto solio, prometas mucho y cumplas poco de lo prometido[211]». Cuando ocurrió mi muerte fue Francisco a buscarme, pero uno de los negros querubines le dijo: «No puedes llevártelo, no me prives de lo que es mío. Éste debe bajar a lo profundo, entre mis condenados, por haber aconsejado el fraude. Desde entonces lo tengo cogido por los cabellos. No es posible absolver al que no se arrepiente, como tampoco es posible querer arrepentirse y querer el pecado al mismo tiempo, pues la contradicción no lo consiente». ¡Ay de mí, desdichado! ¡Cómo me aterré cuando me agarró, diciendo: «¿Acaso no imaginabas que yo supiera lógica?!».

Me condujo ante Minos, el cual se ciñó ocho veces la cola en derredor de su duro cuerpo y mordiéndose con gran rabia dijo: «Éste debe estar entre los culpables que muerde el fuego». He aquí por qué estoy sepultado donde me ves y por qué gimo al llevar este vestido de fuego.

Cuando hubo acabado de hablar, se alejó la plañidera llama, torciendo y agitando su aguda punta. Mi Guía y yo seguimos adelante, a través del escollo, hasta llegar al otro arco que cubre el foso donde se castiga a los que cargaron su conciencia induciendo a la discordia.

CANTO VIGÉSIMO OCTAVO

OCTAVO CÍRCULO, NOVENO FOSO: LOS SEMBRADORES DE DISCORDIAS. MAHOMA, ALÍ, FRAY DOLCINO, PEDRO DE MEDICINA, CURIO MOSCA, BELTRÁN DEL BORN

Noveno foso, donde están los encizañadores, tanto en el terreno religioso (Mahoma y Alí) como en el político (Pedro de Medicina y Curio) y en el familiar (Beltrán del Born).

¿Quién podría jamás, ni aun con palabras sin medida, por más que lo intentase muchas veces, describir toda la sangre y las heridas que vi entonces? No existe ciertamente lengua alguna que pueda expresarlo, ni entendimiento que retenga lo que apenas cabe en la imaginación. Si pudiera reunirse toda la gente que derramó su sangre en la infortunada tierra de la Pulia, cuando combatieron los romanos en aquella prolongada guerra en que se recogió tan gran botín de anillos, como refiere Tito Livio, y no se equivoca, con aquella otra gente que sufrió tan rudos golpes por contrastar a Roberto Guiscardo y con aquella otra cuyos huesos se recogen aún, tanto en Ceperano, donde el viejo Allard venció sin armas, y fuera posible, además, que todos los combatientes nombrados enseñaran sus miembros rotos y traspasados, ni aún así se tendría una idea del aspecto que presentaba la novena fosa[212]. Una cuba que haya perdido las duelas del fondo no se vacía tan rápidamente como un espíritu que vi hendido desde la cabeza hasta la parte inferior del vientre: sus intestinos le colgaban por las piernas, se le veía el corazón en movimiento y el triste saco donde se convierte en excremento todo cuanto se come. Mientras lo estaba mirando atentamente, me miró y con las manos se abrió el pecho diciendo:

—Mira cómo me desgarro; mira cuán estropeado está Mahoma. Alí, mi sucesor, va delante de mí llorando, con la cabeza abierta desde el cráneo hasta la barba. Todos los que aquí ves han vivido antes en la tierra, pero por haber diseminado el escándalo están aquí hendidos del mismo modo. En pos de nosotros viene un diablo que nos hiere cruelmente, dando tajos con su afilada espada a cuantos alcanza en esta multitud de pecadores, luego que hemos dado una vuelta por esta lamentable fosa; porque nuestras heridas se cierran antes de volvernos a encontrar con ese demonio. Pero tú, que estás husmeando desde lo alto del escollo, quizá para demorar tu marcha hacia el suplicio que te haya sido impuesto por tus culpas, ¿quién eres?

—Ni la muerte le alcanzó aún ni le traen aquí sus culpas para que sea atormentado —contestó mi Maestro—, sino que ha venido para conocer todos los suplicios. Yo, que sí estoy muerto, debo guiarlo por cada uno de los círculos del profundo Infierno, y esto es tan cierto como que te estoy hablando.

Al oír estas palabras, más de cien condenados se detuvieron en la fosa para contemplarme, haciéndoles la sorpresa olvidar su martirio.

—Pues bien, tú, que tal vez dentro de poco volverás a ver el Sol, di a fray Dolcino que si no quiere reunirse conmigo aquí muy pronto, debe proveerse de víveres y no dejarse rodear por la nieve. Pues sin el hambre y la nieve, difícil le será al noverés poder vencerlo[213].

Mahoma me dijo estas palabras después de haber levantado ya el pie para empezar a andar; cuando terminó de hablar, lo fijó en el suelo y se alejó.

Otro, que tenía la garganta atravesada, la nariz cortada hasta las cejas y una oreja solamente, se quedó mirándome asombrado con los demás espíritus, y abriendo antes que ellos su boca, manchada de sangre por todas partes, me dijo:

—¡Oh, tú, a quien no condena culpa alguna y a quien ya he visto allá arriba, en la tierra latina, si es que no me engaña una gran semejanza! Acuérdate de Pedro de Medicina[214], si logras ver de nuevo la hermosa llanura que declina desde Vercelli a Marcabo, y haz saber a los dos mejores de Fano, a messer Guido y a Angiolello, que si la evasión no es aquí vana, serán arrojados fuera de su bajel y ahogados cerca de la Católica, por la traición de un tirano desleal. Desde la isla de Chipre a la de Mallorca no habrá visto jamás Neptuno una felonía tan grande llevada a cabo por piratas o por corsarios griegos. Aquel traidor, que ve solamente con un ojo y que gobierna el país que no quisiera haber visto uno que está aquí conmigo, les invitará a parlamentar con él y después hará de modo que necesiten conjurar con sus votos y oraciones el viento de Focara[215].

Yo le dije:

—Si quieres que lleve noticias tuyas allá arriba, muéstrame y declara quién es ese que deplora haber visto aquel país.

Entonces puso su mano sobre la mandíbula de uno de sus compañeros y le abrió la boca exclamando:

—Helo aquí; pero no habla.

Era aquel que, desterrado de Roma, ahogó la duda en el corazón de César, afirmando que el que está preparado se perjudica en aplazar la realización de una empresa. ¡Oh! ¡Cuán acobardado me parecía con su lengua cortada en la garganta aquel Curio que tan audaz fue para hablar[216]!.

Otro, que tenía las manos cortadas, levantando sus muñones al aire sombrío, de tal modo que se inundaba la cara de sangre, gritó:

—Acuérdate también de Mosca, que dijo, ¡desventurado!, que «cosa hecha está concluida[217]». Palabras que fueron el principio de las discordias civiles de los toscanos.

—¡Y de la muerte de tu raza! —exclamé yo.

Entonces él, acumulando dolor sobre dolor, se alejó como una persona triste y demente.

Continué examinando la banda infernal y vi cosas que no me atrevería a referir sin otra prueba, si no fuese por la seguridad de mi conciencia: esa buena compañera que, confiada en su pureza, fortifica tanto el corazón del hombre. Vi, en efecto, y aún me parece que lo estoy viendo, un cuerpo sin cabeza, andando como los demás que formaban aquella triste grey; asida por los cabellos y pendiente a guisa de linterna, llevaba en una mano su cabeza cortada, la cual nos miraba exclamando: «¡Ay de mí!». Servíase a sí mismo como de una lámpara y eran dos en uno y uno en dos. Cómo pueda ser esto sólo lo sabe Aquél que nos gobierna. Cuando llegó al pie del puente, levantó en alto su brazo con la cabeza, para acercarnos más sus palabras, que fueron éstas:

—Mira mi tormento cruel, tú, que, aunque estás vivo, vas contemplando a los muertos. Ve si puede haber alguno tan grande como el mío. Y para que puedas dar noticias de mí, sabe que soy Beltrán del Born[218], aquel que dio tan malos consejos al rey joven. Yo armé al padre y al hijo, uno contra otro. No hizo más Aquitofel[219] con sus perversas instigaciones a David y a Absalón. Por haber dividido a personas tan unidas llevo, ¡ay de mí!, mi cabeza separada de su principio, que queda encerrado en este tronco. Así se cumple conmigo la pena del talión.

CANTO VIGÉSIMO NONO

OCTAVO CÍRCULO, NOVENO FOSO: LOS CIZAÑEROS. GERI DEL BELLO. DÉCIMO FOSO: LOS FALSIFICADORES DE METALES: GRIFFOLINO Y CAPOCCHIO

En el décimo foso se encuentran los falsificadores de cosas, palabras, metales y personas. Los primeros están en este Canto representados por los alquimistas.

El espectáculo de aquella multitud de condenados y de sus diversas heridas de tal modo henchía de lágrimas mis ojos, que hubiera deseado detenerme para llorar. Pero Virgilio me dijo:

—¿Qué miras ahora? ¿Por qué tu vista se obstina en contemplar ahí abajo esas sombras tristes y mutiladas? Tú no has hecho eso en las otras fosas; si crees poder contar esas almas, piensa que la fosa tiene veintidós millas de circunferencia. La Luna está ya debajo de nosotros, el tiempo que se nos ha concedido es muy corto y aún nos queda por ver más de lo que hemos visto.

—Si hubieses considerado atentamente —le respondí— la causa que me obligaba a mirar, quizá hubieras permitido que me detuviera aquí un poco.

Mi Guía se alejaba ya, mientras yo iba tras de él contestándole y añadiendo:

—Dentro de aquella cueva donde tenía los ojos tan fijos creo que había un espíritu de mi familia llorando el delito que se castiga ahí con tan graves penas.

Entonces me contestó el Maestro:

—No se ocupe ya más tu pensamiento de la suerte de ese espíritu; piensa en otra cosa y quédese él donde está. Lo he visto al pie del puente señalarte y amenazarte airadamente con el dedo y oí que lo llamaban Geri del Bello; pero tú estabas tan distraído con el que gobernó Hautfort que, como no miraste hacia donde él estaba, se marchó.

—¡Oh, mi Guía! —dije yo—. Su violenta muerte, que no ha sido aún vengada por ninguno de nosotros, partícipes de la ofensa, le ha causado indignación. He aquí por qué, según presumo, se ha ido sin hablarme; y ésta es la causa de que me inspire más compasión[220].

Así continuamos hablando hasta el primer punto del peñasco, desde donde se distinguiría la otra fosa hasta el fondo, si hubiera en ella más claridad. Cuando estuvimos colocados sobre el último recinto de Malebolge, de manera que los transfigurados que contenían pudieran aparecer a nuestra vista, hirieron mis oídos diversos lamentos que cuan agudas flechas me traspasaron el corazón, por lo que tuve que cubrirme los oídos con ambas manos. Si entre los meses de julio y septiembre los hospitales de la Valdichiana y los enfermos de las Marismas y de Cerdeña estuvieran reunidos en una misma fosa[221], esta acumulación formaría un espectáculo tan

doloroso como el que vi en aquélla, de la cual se exhalaba la misma pestilencia que la que despiden los miembros gangrenados. Descendimos hacia la izquierda por la última orilla del largo peñasco y entonces pude distinguir mejor la profundidad de aquel abismo, donde la infalible justicia, ministra del Altísimo, castiga a los falsarios que apunta en su registro.

No creo que causara mayor tristeza ver enfermo el pueblo entero de Egina, cuando se inficcionó tanto el aire que perecieron todos los animales, hasta el miserable gusano, habiendo renacido después los habitantes de aquella isla de la raza de las hormigas, según aseguran los poetas[222], como causaba el ver languidecer a los espíritus en tristes montones por aquel oscuro valle. Cual yacía tendido sobre el vientre, cual sobre la espalda y algunos andaban a rastras por el triste camino.

Íbamos caminando paso a paso sin decir una palabra, mirando y escuchando a los enfermos, que no podían sostener sus cuerpos. Vi dos de ellos, sentados y apoyados el uno en el otro, como se apoyan las tejas para ser cocidas, y llenos de pústulas desde la cabeza hasta los pies. Nunca he visto criado alguno, a quien espera su amo o que vela a pesar suyo para tener preparado el caballo al amanecer, como lo era cada uno de aquellos condenados para rascarse con frecuencia y calmar así la terrible rabia de su corazón, que no tenía remedio. Se arrancaban con las uñas las pústulas, como el cuchillo arranca las escamas del escaro o de cualquier otro pescado que las tenga más grandes.

—¡Oh, tú, que con los dedos te despellejas —dijo mi Guía a uno de ellos— y que los empleas como si fueran tenazas! Dime si hay algún latino entre los que están aquí, y ¡ojalá puedan tus uñas bastarte eternamente para ese trabajo!

—Latinos somos los dos a quienes ves tan deformes —respondió uno de ellos llorando—, pero ¿quién eres tú, que preguntas por nosotros?

Y el Guía repuso:

—Soy un espíritu que ha descendido con este ser viviente de grado en grado y tengo el encargo de enseñarle el Infierno.

Las dos sombras cesaron entonces de prestarse mutuo apoyo y cada una de ellas se volvió temblando hacia mí, juntamente con otras que oyeron estas palabras, aunque no se dirigía a ellas la contestación. El buen Maestro se me acercó diciendo: «Diles lo que quieras». Y ya que él lo permitía, empecé de este modo:

—Así vuestra memoria no se borre de las mentes humanas en el primer mundo, y antes bien dure por muchos años: decidme quiénes sois y de qué nación. No tengáis reparos en franquearos conmigo, sin que os lo impida vuestro insoportable y vergonzoso suplicio.

—Yo fui de Arezzo —respondió uno— y Álvaro de Siena me condenó a las llamas; pero la causa de mi muerte no es la que me ha traído al Infierno. Es cierto que le dije chanceándome: «Yo sabría elevarme por el aire volando»; y él, que era curioso y de cortos alcances, quiso que yo le enseñase a volar. Y tan sólo porque no lo convertí en Dédalo me hizo quemar por mandato de uno que lo tenía por hijo. Pero

Minos, que no puede equivocarse, me condenó a la última de las diez fosas por haberme dedicado a la alquimia en el mundo[223].

Yo dije al Poeta:

—¿Ha habido nunca gente más vana y megalómana que los seneses, si excluimos a los franceses?

Y otro leproso que había oído mis palabras me dijo:

—Exceptúa a Stricca, que supo hacer tan moderados gastos; y a Niccolò, que fue el primero que descubrió la rica usanza del clavo de especia en la ciudad donde hoy es tan común su uso. Exceptúa también la sociedad en que malgastó Caccia de Asciano sus viñas y sus bosques en la que Abbagliato demostró hasta donde llegaba su juicio. Mas para que sepas quién es el que de este modo critica contigo a los seneses, fija en mí tus ojos a fin de que mi rostro corresponda al deseo que tienes de conocerme, y podrás ver que soy la sombra de Capocchio, el que falsificó los metales por medio de la alquimia; y debes recordar, si eres efectivamente el que pienso, que fui por naturaleza un buen imitador[224].

CANTO TRIGÉSIMO

OCTAVO CÍRCULO, DÉCIMO FOSO: LOS FALSARIOS. SUPLANTADORES DE PERSONAS: GIANNI SCHICCHI, MIRRA. LOS MONEDEROS FALSOS: MAESE ADAM, LOS CONDES DE ROMENA. LOS CALUMNIADORES: LA MUJER DE PUTIFAR, SINÓN DE TROYA

Siguen, en el mismo foso, los suplantadores de personas, los monederos falsos y los calumniadores. Los primeros aparecen como perros rabiosos, castigados por la justicia divina y al mismo tiempo instrumentos de esa justicia porque se muerden unos a otros.

En aquel tiempo en que Juno, por causa de Semele, estaba irritada contra la sangre tebana, como lo demostró más de una vez, Acamante se volvió tan insensato que, al ver acercarse a su mujer llevando de la mano a sus dos hijos, exclamó: «Tendamos las redes de modo que yo coja a su paso la leona con sus cachorros»; y extendiendo después las despiadadas manos agarró a uno de ellos, que se llamaba Learco, le hizo dar vueltas en el aire y lo estrelló contra una roca; la madre se ahogó con el hijo restante. Cuando la fortuna abatió la grandeza de los troyanos, que a todo se atrevían, hasta que el reino fue destruido juntamente con su rey, la triste Hécuba, miserable y cautiva, después de haber visto a Polixena muerta y el cuerpo de su Polidoro tendido a la orilla del mar, quedó con el corazón tan desgarrado, que, fuera de sí, empezó a ladrar como un perro; de tal modo la había trastornado el dolor[225]. Pero ni los tebanos ni los troyanos furiosos demostraron tanta crueldad, no ya en torturar cuerpos humanos, sino ni siquiera animales, como la que vi en dos sombras desnudas y pálidas, que corrían mordiéndose como el cerdo cuando se escapa de su pocilga. Una de ellas alcanzó a Capocchio y se le afianzó en la nuca de tal modo que, tirando de él, lo hizo arañar con su vientre el duro suelo. El aretino, que quedó temblando, me dijo:

—Este loco es Gianni Schicchi, que va rabioso maltratando a los demás[226].

—¡Oh! —le dije yo—; no temas decirme quién es la otra sombra que va con él, antes de que desaparezca, y ojalá no venga a hincarte los dientes en el cuerpo.

Me contestó:

—Es el alma antigua de la perversa Mirra[227], que fue amante de su padre contra las leyes del amor honesto; para cometer tal pecado se disfrazó bajo las formas de otra; como aquel otro que ya se aleja, que no tuvo inconveniente en fingirse otro para falsificar un testamento y ganarse así como premio la yegua.

Cuando hubieron pasado aquellas dos almas furiosas, sobre las cuales había tenido fija mi vista, me volví para mirar las sombras de los otros mal nacidos. Vi uno

que pareciera un laúd si hubiera tenido el cuerpo cortado en el sitio donde el hombre se bifurca[228]. La pesada hipocresía, que a causa de los humores convertidos en maligna sustancia hace los miembros tan desproporcionados que el rostro no se corresponde al vientre, le obligaba a tener la boca abierta, pareciéndose al hético que, cuando está sediento, dirige uno de sus labios hacia la barba y otro hacia la nariz.

—¡Oh, vosotros que no sufrís pena alguna, y no sé por qué, en este mundo miserable! —nos dijo—: mirad y estad atentos al infortunio de maese Adam. Yo tuve en abundancia, mientras viví, todo cuanto deseé, y ahora, ¡ay de mí!, sólo deseo una gota de agua. Los arroyuelos que desde las verdes colinas del Casentino descienden hasta el Arno, trazando frescos y apacibles cauces, continuamente están ante mi vista y no en vano, pues su imagen me reseca más que el mal que descarna mi rostro. La rígida justicia que me castiga se sirve del mismo lugar donde he pecado para hacerme exhalar más suspiros. Allí está Romena, donde falsifiqué la moneda acuñada con el rostro del Bautista, por lo cual dejé en la tierra mi cuerpo quemado. Pero si yo viese aquí el alma criminal de Guido, o la de Alejandro, o la de su hermano, no cambiaría el placer de mirarlos a mi lado ni aun por la fuente de Branda[229]. Una de ellas está ya aquí dentro, si es cierto lo que dicen las coléricas sombras que giran por estos sitios; pero ¿qué me importa si tengo encadenados mis miembros? Si a lo menos fuese yo tan ágil que en cien años pudiese caminar una pulgada, ya me habría internado por el sendero para buscarla entre la gente deforme, a pesar de que la fosa tiene once millas de circunferencia y no menos de media milla de diámetro. Por su causa me veo entre estos condenados; ellos me indujeron a acuñar los florines, que bien tenían tres quilates de liga.

A mi vez le dije:

—¿Quiénes son esos dos espíritus infelices que despiden vaho, como en invierno una mano mojada, y que tan unidos yacen a tu derecha?

—Aquí los encontré —respondiome— cuando bajé a ese abismo; y desde entonces, ni se han movido ni creo que puedan moverse en toda la eternidad. El uno es el de la mentirosa que acusó a José y el otro es el falso Sinón, griego de Troya. Por efecto de su ardiente fiebre lanzan ese vapor fétido[230].

Uno de ellos, indignado quizá porque se le daba aquel nombre infame, lo golpeó con el puño en su endurecido vientre, haciéndolo resonar como un tambor. Maese Adam le dio a su vez en el rostro con el puño, que no parecía menos duro, diciéndole:

—Aunque me vea privado de moverme a causa de la pesadez de algunos de mis miembros, tengo el brazo suelto para esta tarea.

A lo que el otro replicó:

—Cuando marchabas hacia la hoguera no lo tenías tan suelto, aunque lo tenías mucho más cuando acuñabas moneda.

—Eres verídico en eso, mas no lo fuiste tanto cuando en Troya te incitaron a que dijeses la verdad —el hidrópico repuso.

—Si allí dije una falsedad, en cambio tú falsificaste el cuño —dijo Sinón—, y si yo estoy aquí por una falta, tú lo estás por muchas más que ningún otro.

—Acuérdate, perjuro, del caballo —replicó aquel que tenía el vientre hinchado—, y sírvate de castigo el que el mundo entero conoce tu delito.

—Sírvate también a ti de castigo la sed que tiene agrietada tu lengua —contestó el griego— y el agua podrida que eleva tu vientre como una barrera ante tus ojos.

Entonces el monedero replicó:

—También tu boca se rasga por hablar mal, como acostumbra; si yo tengo sed y si el humor me hincha, tú tienes fiebre y te duele la cabeza; no te harías mucho de rogar para lamer el espejo de Narciso[231].

Yo estaba escuchándolos atentamente, cuando me dijo mi Maestro:

—Sigue, sigue contemplándolos aún, que poco me falta para reírme de ti[232].

Cuando le oí hablarme con ira me volví a él tan abochornado, que aún conservo vivo el recuerdo en mi memoria; y como quien sueña una desgracia, que aun soñando desea soñar y anhela ardientemente que sea sólo sueño lo que ya lo es, así estaba yo, sin poder proferir una palabra, por más que quisiera excusarme; y a pesar de que con el silencio me estaba excusando, no creía hacerlo así[233].

—Con menos vergüenza habría bastante para borrar una falta mayor que la tuya —me dijo el Maestro—; consuélate. Y si acaso vuelve a suceder que te reúnas con gente entregada a semejantes debates, piensa en que estoy siempre a tu lado. Porque querer oír esto es querer oír una bajeza.

CANTO TRIGÉSIMO PRIMERO

DESCENSO AL NOVENO CÍRCULO: GIGANTES QUE CIRCUNDAN EL FOSO. NEMROD, EFIALTO Y ANTEO

Llegan al pozo, que está rodeado de gigantes, uno de los cuales, Anteo, les ayudará a bajar. Alegóricamente, los gigantes, que se rebelaron contra Zeus, representan el orgullo de Lucifer, que se rebeló contra Dios. Pero al mismo tiempo son la imagen de la fuerza ciega, completamente animal, que queda en el alma cuando han desaparecido los lazos del amor y la luz del intelecto. Así, Nemrod, Efialto y Anteo representan, respectivamente, la vacía estupidez, la ciega rabia y la vanidad sin sentido.

La misma lengua que antes me hirió, tiñendo de rubor mis mejillas, me aplicó en seguida el remedio; así he oído contar que la lanza de Aquiles y de su padre solía ocasionar primero un disfavor y luego un buen regalo[234]. Volvimos la espalda a aquel desventurado valle, andando, sin decir una palabra, por encima del margen que lo rodea. Allí no era de día ni de noche, de modo que mi vista alcanzaba poco delante de mí; pero oí resonar una gran trompa, tan fuertemente que habría impuesto silencio a cualquier trueno; por lo cual mis ojos, siguiendo la dirección que aquel ruido traía, se fijaron atentamente en un solo punto. No hizo sonar tan terriblemente su trompa Roland después de la dolorosa derrota en que Carlomagno perdió el fruto de su santa empresa. A poco de haber vuelto hacia aquel lado la cabeza, me pareció ver muchas torres elevadas, por lo que dije:

—Maestro, ¿qué tierra es ésta?

—Como miras a lo lejos a través de las tinieblas, te equivocas en lo que te imaginas. Ya verás, cuando hayas llegado allí, cuánto engaña a la vista la distancia. Así pues, aprieta el paso.

Después me cogió afectuosamente de la mano y me dijo:

—Antes que pasemos más adelante, y a fin de que el caso no te cause extrañeza, sabe que eso no son torres, sino gigantes, todos los cuales están metidos hasta el ombligo en el pozo alrededor de sus muros.

Así como la vista, cuando se disipa la niebla, reconoce poco a poco las cosas ocultas por el vapor en que estaba envuelto el aire, de igual modo, y a medida que la mía atravesaba aquella atmósfera densa y oscura conforme nos íbamos acercando hacia el borde del pozo, el error se disipaba y crecía mi miedo. Lo mismo que Montereggione corona de torres su recinto amurallado[235], así por el borde que rodea el pozo, se elevaban como torres y hasta la mitad del cuerpo los gigantes, a quienes amenaza todavía Júpiter desde el cielo cuando truena. Yo podía distinguir ya el rostro, los hombros y el pecho de uno de ellos, y gran parte de su vientre y sus dos

brazos a lo largo de los costados. En verdad que hizo bien la Naturaleza cuando abandonó el arte de crear semejantes seres, para quitar pronto a Marte tales ejecutores; y si ella no se arrepiente de producir elefantes y ballenas, quien lo piense sutilmente verá en esto mismo su justicia y su discreción: porque donde la fuerza del ingenio se une a la malevolencia y al vigor no hay resistencia posible para los hombres, y estos animales son grandes, pero están desprovistos de inteligencia.

Su cabeza me parecía tan larga y gruesa como la piña de San Pedro en Roma[236], guardando la misma proporción los demás huesos; de suerte que, aun cuando el ribazo lo ocultaba de medio cuerpo abajo, se veía lo bastante para que tres frisones no hubieran podido alabarse de alcanzar a su cabellera, porque yo calculaba que tendría treinta grandes palmos desde el borde del pozo hasta el sitio donde el hombre se abrocha la capa.

«Raphel mai amech isabi almos[237]», empezó a gritar la fiera boca, en la cual no estarían bien otras voces más suaves. Y mi Guía le dijo:

—Alma insensata, sigue entreteniéndote con la trompa y desahógate con ella cuando te agite la cólera u otra pasión. Busca por tu cuello y encontrarás la soga que la sujeta, ¡oh alma turbada!: mírala cómo ciñe tu enorme pecho.

Después me dijo:

—Él mismo se acusa: ése es Nemrod, por cuyo audaz pensamiento se ve obligado el mundo a usar más de una lengua. Dejémosle estar y no lancemos nuestras palabras al viento, pues ni él comprende el lenguaje de los demás ni nadie conoce el suyo.

Continuamos, pues, nuestro viaje, siguiendo hacia la izquierda, y a un tiro de ballesta de aquel punto encontramos otro gigante mucho más grande y fiero. No podré decir quién fue capaz de sujetarlo, pero sí que tenía ligado el brazo izquierdo por delante y el otro por detrás con una cadena, la cual lo rodeaba desde el cuello hasta abajo, dándole vueltas en la parte del cuerpo que sobresalía fuera del pozo.

—Este soberbio quiso ensayar su poder contra el sumo Júpiter —dijo mi Guía—, por lo cual tiene la pena que ha merecido. Llámase Efialto y dio muestras de audacia cuando los Gigantes causaron miedo a los dioses. Los brazos que tanto movió entonces no los moverá ya más.

Y yo le dije:

—Si fuese posible, quisiera que mis ojos tuviesen una idea de lo que es el desmesurado Briareo[238].

A lo que contestó:

—Verás cerca de aquí a Anteo, que habla y anda suelto, el cual nos conducirá al fondo del Infierno. El que tú quieres ver está atado mucho más lejos y es lo mismo que éste, sólo que su rostro parece más feroz.

El más impetuoso terremoto no sacudió nunca una torre con tal violencia como se agitó repentinamente Efialto. Entonces temí la muerte más que nunca y al no haber visto que el gigante estaba bien atado, bastara para hacerme morir el miedo que me

poseía. Seguimos avanzando y llegamos donde estaba Anteo[239], que, sin contar la cabeza, salía fuera del pozo lo menos cinco alas[240].

—¡Oh, tú, que en el afortunado valle donde Escipión recibió tanta gloria cuando Aníbal y los suyos volvieron las espaldas, te alimentabas de leones, y que si hubieras asistido a la gran guerra de tus hermanos, aún hay quien cree que hubieras asegurado la victoria a los hijos de la Tierra! Si no lo tienes a mal, condúcenos al fondo en donde el frío endurece al Cocito[241]. No hagas que me dirija a Ticio ni a Tifeo[242]: este que ves puede dar la fama que aquí se desea porque no existe; por tanto, inclínate y no tuerzas la boca. Todavía puede renovar tu fama en el mundo, pues vive, y espera gozar aún de larga vida, si la Gracia no lo llama a sí antes de tiempo.

—Así le dijo el Maestro; y el gigante, apresurándose a extender aquellas manos que tan rudamente oprimieron a Hércules, cogió a mi Guía. Cuando Virgilio se sintió agarrar, me dijo: «Acércate, para que yo te sujete». Y en seguida me abrazó de modo que los dos formábamos un solo fardo.

Como al mirar la Garisenda[243] por el lado hacia el que está inclinada, cuando pasa una nube por encima de ella en sentido contrario, parece próxima a derrumbarse, tal me pareció Anteo cuando lo vi inclinarse; y fue para mí tan terrible aquel momento que hubiera querido ir por otro camino. Pero él nos condujo suavemente al fondo del abismo que devora a Lucifer y a Judas; luego cesó su inclinación, volviendo a erguirse como el mástil de un navío.

CANTO TRIGÉSIMO SEGUNDO

NOVENO CÍRCULO. LOS TRAIDORES. RECINTO PRIMERO, «CAÍNA»: LOS TRAIDORES A SUS PARIENTES: LOS CONDES DE MAGONZA, SASSOLO MASCHERONI, CAMICCIONE DEI PAZZI. RECINTO SEGUNDO O «ANTENORA»: LOS TRAIDORES A LA PATRIA: BOCCA DEGLI ABATI, BUOSO DI DUERA, TESAURO DI BECCHERIA, GIANI DEI SOLDANIERI, GANELÓN, TEBALDELLO ZAMBRASI Y EL CONDE UGOLINO

En el noveno Círculo se encuentra el Cocito, lago helado que aprisiona las almas de los traidores. En el primer recinto, Caína (nombre derivado de Caín, asesino de su hermano), están los traidores a sus propios parientes; en el segundo, Antinora (de Antenor, el troyano que entregó su ciudad a los griegos), los traidores a la patria.

Si poseyese un estilo áspero y ronco, cual conviene para describir el sombrío pozo sobre el que se apoyan todas las otras rocas, expresaría mucho mejor la esencia de mi pensamiento; pero como no lo tengo, me entrego a ello con temor, pues no es empresa que pueda tomarse como juego ni para ser acometida por una lengua balbuciente la de describir el fondo de todo el Universo. Pero vengan en auxilio de mis versos aquellas mujeres que ayudaron a Anfión a fundar Tebas[244], para que el estilo no desdiga de la naturaleza del asunto. ¡Oh gentes malditas sobre todas las demás, que estáis en sitio del que me es tan duro hablar; más os valiera haber sido en el mundo convertidas en ovejas o cabras!

Cuando llegamos al fondo del oscuro pozo, mucho más abajo de donde tenía los pies el gigante, como yo estuviese mirando aún el alto muro, oí que me decían: «Cuidado como andas, procura no pisar las cabezas de nuestros infelices y torturados hermanos». Volvime al oír esto y vi delante de mí y a mis pies un lago, que por estar helado parecía de vidrio y no de agua. Ni el Danubio en Austria durante el invierno, ni el Don allá lejos, bajo el frío cielo, cubren su curso de un velo tan denso como el de aquel lago, en el cual, aunque hubieran caído el Tabernick y el Pietrapana[245], no habrán causado el menor estallido. Y a la manera de las ranas cuando gritan con la cabeza fuera del agua, en la estación en que el villano espiga, así estaban aquellas sombras llorosas y lívidas, sumergidas en el hielo hasta el sitio donde aparece la vergüenza, produciendo con sus dientes el mismo ruido que la cigüeña con su pico. Tenían todas el rostro vuelto hacia abajo; sus bocas daban muestra del frío que sentían y sus ojos las daban de la tristeza de su corazón. Cuando hube examinado algún tiempo en torno mío, miré a mis pies, y vi dos sombras tan estrechamente unidas que sus cabellos se mezclaban.

—Decidme quiénes sois, vosotros que tanto unís vuestros pechos —dije yo.

Levantaron la cabeza y después de haber mirado, sus ojos, que estaban preñados de lágrimas, se derramaron en los párpados; pero el frío congeló en ellos aquellas lágrimas, volviéndolos a cerrar. Ninguna grampa unió jamás tan fuertemente dos trozos de madera; por lo cual ambos condenados se entrechocaron como dos carneros: tanta fue la ira que los dominó. Y otro, a quien el frío había hecho perder las orejas, me dijo, sin levantar la cabeza:

—¿Por qué nos miras tanto? Si quieres saber quiénes son estos dos, te diré que el valle por donde corre el Bisenzio fue de su padre Alberto y de ellos. Ambos salieron de un solo cuerpo; y aunque recorras toda la Caína no encontrarás una sombra más digna de estar sumergida en el hielo, ni aun la de aquel a quien la mano de Arturo rompió de un golpe el pecho y la sombra, ni la de Focaccia, ni la de ese que me impide con su cabeza ver más lejos y que se llamó Sassolo Mascheroni; si eres toscano bien sabrás quién es. Y para que no me hagas hablar más, sabe que yo soy Camiccione de Pazzi, y que espero a Carlino, cuyas culpas harán parecer menos graves las mías[246].

Después vi otros mil rostros amoratados por el frío, tanto que desde entonces tengo horror, y lo tendré siempre, a los estanques helados. Y mientras nos dirigíamos hacia el centro, donde converge toda la gravedad de la Tierra, yo temblaba en la lobreguez eterna. Y no sé si lo dispuso Dios, el Destino o la Fortuna, pero al pasar por entre aquellas cabezas di un fuerte golpe con el pie en el rostro de una de ellas, que me dijo llorando:

—¿Por qué me pisas? Si no vienes a aumentar la venganza de Monteaperti, ¿por qué me molestas?

Entonces dije yo:

—Maestro mío, espérame aquí, a fin de que éste me esclarezca una duda; después me daré cuanta prisa quieras.

El Guía se detuvo y yo le dije a aquel que todavía estaba blasfemando:

—¿Quién eres tú, que así reprendes a los demás?

Me contestó:

—Y tú, que vas por el recinto de Antenor golpeando a los demás en el rostro, de modo que, si estuvieras vivo aún serían tus golpes más fuertes, ¿quién eres?

—Yo estoy vivo —fue mi respuesta— y puede serte grato, si fama deseas, que ponga tu nombre entre los otros que conservo en la memoria.

A lo que repuso:

—Deseo todo lo contrario. Vete de aquí y no me causes más molestias, pues suenan mal tus lisonjas en esta caverna.

Entonces le cogí por los pelos del cogote y le dije:

—Es preciso que digas tu nombre o no te quedará ni un solo cabello.

Pero él me replicó:

—Aunque me peles y me repeles, ni te diré quién soy ni verás mi rostro, por más que golpees mil veces mi cabeza.

Yo tenía ya sus cabellos enroscados en mi mano y le había arrancado más de un puñado de ellos, mientras él aullaba con los ojos fijos en el suelo, cuando otro condenado gritó: «¿Qué tienes, Bocca? ¿No te basta castañear los dientes, sino que también ladras? ¿Qué demonio te atormenta?».

—Ahora —dije— ya no quiero que hables, traidor maldito; que para tu eterna vergüenza llevaré al mundo noticias ciertas de ti.

—Vete pronto —repuso— y cuenta lo que quieras; pero si sales de aquí no dejes de hablar de ese que ha tenido la lengua tan suelta y que está llorando el dinero que recibió de los franceses. Y así podrás decir «Yo vi a Buoso de Duera, allí donde los pecadores están helados[247]». Si te preguntan por los demás que están aquí, a tu lado tienes al de Beccheria, cuya garganta segó Florencia. Creo que más allá está Gianni de Soldanieri, con Ganelón y Tebaldello, el que entregó Faenza cuando sus habitantes dormían[248].

Estábamos ya lejos de aquél cuando vi a otros dos helados en una misma fosa, colocados de tal modo que la cabeza del uno parecía ser el sombrero del otro. Y como el hambriento en el pan, así el de encima clavó sus dientes al de abajo en el sitio donde el cerebro se une con la nuca. No mordió con más furor Tideo las sienes de Menalipo que aquel que roía el cráneo de su enemigo y las demás cosas inherentes al mismo.

—¡Oh tú, que demuestras por medio de tan brutal acción el odio que tienes al que estás devorando! Dime qué es lo que te induce a ello —le pregunté—, bajo el pacto de que, si te quejas con razón de él, sabiendo yo qué crimen es el suyo y quiénes sois, te vengaré en el mundo, si mi lengua no llega antes a secarse.

CANTO TRIGÉSIMO TERCERO

NOVENO CÍRCULO: LOS TRAIDORES. RECINTO SEGUNDO O «ANTENORA»: LOS TRAIDORES A LA PATRIA. LA MUERTE DEL CONDE UGOLINO. TERCER RECINTO O «PTOLOMEA»: LOS TRAIDORES A SUS HUÉSPEDES: FRAY ALBERICO Y BLANCA DORIA

Tras oír la terrible historia del conde Ugolino, los viajeros entrarán en el tercer recinto, Ptolomea (del nombre del general de Jericó que invitó al sumo sacerdote Simón y a sus hijos para asesinarlos durante el banquete), donde están condenados los traidores contra sus propios huéspedes.

Aquel pecador apartó su boca de tan terrible alimento, limpiándosela en los pelos de la cabeza cuya parte posterior acababa de roer; y luego empezó a hablar de esta manera:

—Tú quieres que renueve el desesperado dolor que oprime mi corazón sólo al pensar en él y aun antes de hablar. Pero si mis palabras deben ser un germen de infamia para el traidor a quien devoro, me verás llorar y hablar a un mismo tiempo. No sé quién eres ni de qué medios te has valido para llegar hasta aquí, pero al oírte me pareces efectivamente florentino. Has de saber que yo fui el conde Ugolino y éste, el arzobispo Ruggieri[249]; ahora te diré por qué lo trato así. No es necesario manifestarte que por efecto de sus malos pensamientos, y fiándome de él, fui preso y muerto después. Pero te contaré lo que no puedes haber sabido, esto es, lo cruel que fue mi muerte, y comprenderás cuánto me ha ofendido. Un pequeño agujero abierto en la torre que por mi mal se llama hoy del Hambre, y en la que todavía serán encerrados otros, me había permitido ver por su hendidura ya muchas lunas, cuando tuve el mal sueño que descorrió para mí el velo del porvenir. Ruggieri se me aparecía como señor y caudillo, cazando el lobo y los lobeznos en el monte que impide a los pisanos ver la ciudad de Lucca. Se había hecho preceder de los Gualandi, de los Sismondi y los Lanfranchi, que iban a la cabeza con perros hambrientos, diligentes y amaestrados. El lobo y sus hijuelos me parecieron rendidos después de una corta carrera y creí ver que aquéllos les desgarraban los costados con sus agudas presas. Cuando desperté, antes de la aurora, oí llorar entre sueños a mis hijos, que estaban conmigo y pedían pan. Bien cruel eres si no te encuentras pensando en lo que aquello anunciaba a mi corazón, y si ahora no lloras no sé lo puede excitar tus lágrimas. Estábamos ya despiertos y se acercaba la hora en que solían traernos nuestros alimentos, pero todos dudábamos porque cada cual había tenido un sueño semejante. Oí que clavaban la puerta de la horrible torre, por lo cual miré el rostro de mis hijos sin decir palabra; yo no podía llorar porque el dolor me tenía como petrificado. Pero

lloraban ellos, y mi Anselmito me dijo: «¿Qué tienes, padre, que así nos miras?». Sin embargo, no lloré ni respondí una palabra en todo aquel día, ni en la noche siguiente, hasta que otro sol alumbró el mundo. Cuando entró en la dolorosa prisión unos de sus débiles rayos y consideré en aquellos cuatro rostros el aspecto que debería tener el mío, empecé a morderme las manos, desesperado. Y ellos, creyendo que yo lo hacía obligado por el hambre, se levantaron con presteza y dijeron: «Padre, nuestro dolor será mucho menor si nos comes a nosotros; tú nos diste estas miserables carnes: despójanos, pues de ellas». Entonces me calmé para no entristecerlos más y aquel día y el siguiente permanecimos mudos. ¡Ay, dura tierra! ¿Por qué no te abriste? Cuando llegamos al cuarto día, Gaddo se tendió a mis pies, diciendo: «Padre mío, ¿por qué no me auxilias?». Allí murió; y lo mismo que me estás viendo, vi yo caer a los tres, uno a uno, entre el quinto y el sexto día. Ciego ya, fui a tientas buscando a cada cual, llamándolos durante tres días después de estar muertos; hasta que al fin, pudo en mí más la inedia que el dolor[250].

Cuando hubo pronunciado estas palabras, torciendo los ojos, volvió a coger el miserable cráneo con los dientes, que royeron el hueso como los de un perro. ¡Ay, Pisa, vituperio de las gentes del hermoso país donde el «si» suena[251]!. Ya que tus vecinos son tan morosos en castigarte, muévanse la Capraia y la Gorgona[252] y formen un dique en la desembocadura del Arno, para que sepulte en sus aguas a todos tus habitantes; pues si el conde Ugolino fue acusado de haber vendido tus castillos, no debiste someter a sus hijos a tal suplicio. Su tierna edad patentizaba, ¡oh, nueva Tebas[253]!, la inocencia de Uguccion y Brigata y la de los otros dos que ya he nombrado.

Seguimos luego más allá, donde el hielo oprime duramente a otros condenados que no están con el rostro hacia abajo, sino vueltos hacia arriba. Su mismo llanto no les deja llorar, pues las lágrimas que, al salir, encuentran otras condensadas, se vuelven adentro, aumentando la angustia. Porque las primeras lágrimas forman un dique de cristal y llenan debajo de los párpados toda la cavidad del ojo. Y aunque mi rostro, a causa del gran frío, había perdido toda sensibilidad, como si estuviera encallecido, me pareció que sentía algún viento, por lo cual dije:

—Maestro, ¿qué causa mueve este viento? ¿No está extinguido aquí todo vapor?

A lo cual me contestó:

—Pronto llegarás a un sitio donde tus ojos te darán la respuesta cuando veas la causa de ese viento.

Y uno de los desgraciados de la helada charca nos gritó:

—¡Oh, almas tan culpables que habéis sido destinadas al último recinto! Arrancadme de los ojos este duro velo a fin de que pueda desahogar el dolor que me hincha el corazón antes de que mis lágrimas se hielen de nuevo.

Al oír tales palabras, le dije:

—Si quieres que te alivie, dime quién fuiste, que si no te presto ese consuelo, véame sumergido en el fondo de este hielo.

Entonces me contestó:

—Yo soy fray Alberigo[254], aquel cuyo huerto ha producido tan mala fruta que aquí recibo un dátil por un higo.

—¡Oh! —le dije—, ¿también tú has muerto?

—No sé cómo estará mi cuerpo allá arriba —repuso—, porque esta Ptolomea tiene el privilegio de que las almas caigan con frecuencia en ella antes de que Atropos mueva los dedos[255], y para que de mejor grado me arranques las congeladas lágrimas del rostro, sabe que en cuanto un alma comete una traición como la que yo cometí, se apodera de su cuerpo un demonio que, a partir de entonces, dirige todas sus acciones hasta que llega al término de su vida. En cuanto al alma, cae en esta cisterna y por eso tal vez aparezca todavía en el mundo el cuerpo de esta sombra que está detrás de mí en este hielo. Debes conocerlo, si es que acabas de llegar al Infierno: es Branca d'Oria, el cual hace muchos años que fue encerrado aquí.

—Yo creo que me engañas —le dije—, porque Branca d'Oria no ha muerto aún, y come y bebe y duerme y va vestido.

—Aún no había caído Miguel Zanche[256] —repuso aquél— en la fosa de Malebranche, allí donde hierve continuamente la pez, cuando Branca d'Oria dejaba un diablo haciendo sus veces en su cuerpo y en el uno de sus parientes que fue cómplice en la traición[257]. Extiende ahora la mano y ábreme los ojos.

Yo no se los abrí y creo que el ser con él desleal fue una lealtad por mi parte.

¡Ah, genoveses! ¡Hombres diversos de los demás en las costumbres, y llenos, además, de iniquidad! ¿Por qué no sois desterrados del mundo? Junto con el peor espíritu de la Romaña, fray Alberigo, he encontrado a uno de vosotros que, por sus acciones, tiene el alma sumergida en el Cocito, mientras que su cuerpo aparece aún vivo en el mundo.

CANTO TRIGÉSIMO CUARTO

NOVENO CÍRCULO: LOS TRAIDORES. CUARTO RECINTO O JUDESCA. LOS TRAIDORES A SUS BENEFACTORES. LUCIFER. LOS TRAIDORES A LA MAJESTAD: JUDAS ISCARIOTE, BRUTO Y CASIO. DEL CENTRO DE LA TIERRA AL OTRO HEMISFERIO

Después de pasar el recinto de la «Judesca» (del nombre del apóstol que traicionó a Cristo), se encuentran finalmente con Dite, Satanás, devorando al mismo tiempo con sus tres fauces a Judas, Bruto y Casio. Pasan, a lo largo del cuerpo del señor del Infierno, a través del centro de la Tierra, y se encuentran ahora boca abajo, en una caverna rocosa. Deben seguir el curso del río Leteo, atravesando el otro hemisferio, hasta salir a la isla de las antípodas, en la que se levanta el monte del Purgatorio. Están otra vez fuera de la Tierra, a la que han atravesado de parte a parte, y bajo la luz de las estrellas.

—«Vexilla regis prodeunt inferni» hacia nosotros[258]. Mira adelante —dijo mi Maestro—, a ver si lo distingues.

Como aparece a lo lejos un molino, cuyas aspas hace girar el viento cuando éste arrastra una espesa niebla, o cuando anochece en nuestro hemisferio, así me pareció ver a gran distancia un artificio semejante; y luego, para resguardarme del viento, a falta de otro abrigo, me encogí detrás de mi Guía. Estaba ya (con pavor lo digo en mis versos) en el sitio donde las sombras se hallaban completamente cubiertas de hielo y se transparentaban como paja en vidrio. Unas estaban tendidas, otras derechas, aquéllas con la cabeza, éstas con los pies hacia abajo y otras, por fin, con la cabeza tocando a los pies como un arco. Cuando mi Guía creyó que habíamos avanzado lo suficiente para enseñarme la criatura que tuvo el más hermoso de los rostros, se colocó delante de mí e hizo que me detuviera.

—He aquí a Lucifer —me dijo— y he aquí el lugar donde es preciso que te armes de fortaleza.

No me preguntes, lector, si me quedaría entonces helado y yerto; no quiero escribirlo, porque cuanto dijera sería poco. No quedé muerto ni vivo; piensa por ti, si tienes alguna imaginación, lo que me sucedería viéndome así privado de la vida sin estar muerto. El emperador del doloroso reino salía fuera del hielo desde la mitad del pecho. Mi estatura era más proporcionada a la de un gigante que la de cualquiera de los gigantes en comparación a la longitud de los brazos de Lucifer; juzga, pues, cuál debía ser el todo que se correspondía a semejante parte. Si fue tan bello como deforme es hoy y osó levantar sus ojos contra su Creador, de él debe proceder sin duda todo mal. ¡Oh! ¡Cuánto asombro me causó ver que su cabeza tenía tres rostros!

Uno por delante, que era de color bermejo; los otros dos se unían a éste sobre el medio de los hombros y se juntaban por detrás en lo alto de la coronilla, siendo el de la derecha entre blanco y amarillo, según me pareció; el de la izquierda tenía el aspecto de los oriundos del valle del Nilo[259]. Debajo de cada rostro salían dos grandes alas, proporcionadas a la magnitud de tal pájaro; y no he visto jamás velas de buques comparables a aquéllas: no tenían plumas, pues eran por el estilo de las del murciélago y se agitaban de manera que producían tres vientos con los cuales se helaba todo el Cocito. Con seis ojos lloraba Lucifer y por las tres barbas corrían sus lágrimas, mezcladas de babas sanguinolentas. Con los dientes de cada boca, a modo de agramadera, trituraba un pecador, de suerte que hacía tres desgraciados a un tiempo. Los mordiscos que sufría el de delante no eran nada en comparación de los rasguños que le causaban las garras de Lucifer, dejándole a veces las espaldas enteramente desolladas.

—El alma que está sufriendo la mayor pena allá arriba —dijo el Maestro— es la de Judas Iscariote, que tiene la cabeza dentro de la boca de Lucifer y agita fuera de ella las piernas. De las otras dos, que tienen la cabeza hacia abajo, la que pende de la boca negra es Bruto; mira cómo se retuerce sin decir una palabra. El otro, que tan membrudo parece, es Casio[260]. Pero se acerca la noche y es hora ya de partir, pues todo lo hemos visto.

Según le plugo, me abracé a su cuello. Aprovechó el momento y el lugar favorable y cuando las alas estuvieron bien abiertas, agarrose a las velludas costillas de Lucifer y de pelo en pelo descendió por entre el hirsuto costado y las heladas costras. Cuando llegamos al sitio en que el muslo se desarrolla justamente sobre lo grueso de las caderas, mi Guía, con fatiga y con angustia, volvió su cabeza hacia donde aquél tenía las zancas, y se agarró al pelo como un hombre que trepa, de modo que yo creía que volvíamos al Infierno.

—Sostente bien —me dijo, jadeando como un hombre cansado—, que por esta escalera es preciso salir de la mansión del dolor.

Después salió fuera por la hendidura de una roca y me sentó sobre el borde de la misma, poniendo junto a mí su pie prudente. Yo levanté mis ojos, creyendo ver a Lucifer como lo había dejado, pero vi que tenía las piernas en alto. Si debí quedar asombrado, júzguelo el lector, que no sabe qué punto es aquel por donde yo había pasado[261].

—Levántate —me dijo el Maestro—: la ruta es larga, el camino malo y ya el Sol se acerca a la mitad de tercia.

El sitio donde nos encontrábamos no era como la galería de un palacio, sino una caverna de mal piso y escasa luz.

—Antes que yo salga de este abismo, Maestro mío —le dije al ponerme en pie—, dime algo que me saque de confusiones. ¿Dónde está el hielo? ¿Y cómo es que Lucifer está de ese modo invertido? ¿Cómo es que, en tan poco tiempo, ha recorrido el Sol su carrera desde la noche a la mañana?

Me contestó:

—¿Te imaginas sin duda que estás aún al otro lado del centro, donde me agarré al pelo de ese miserable gusano que atraviesa el mundo? Allá te encontrabas mientras descendíamos; cuando me volví, pasaste el punto hacia el hemisferio opuesto a aquel que cubre el árido desierto y bajo cuyo más alto punto fue muerto el Hombre que nació y vivió sin pecado. Tienes los pies sobre una pequeña esfera que por el otro lado mira a la Judesca. Aquí amanece cuando allí anochece. Y éste de cuyo pelo nos hemos servido como de una escala permanece aún fijo del mismo modo que antes. Por esta parte cayó del Cielo, y la Tierra, que antes estaba en este lado, aterrorizada al verlo, se hizo del mar un velo y se retiró hacia nuestro hemisferio. Y quizá también huyendo de él, quedó aquí este espacio vacío[262].

Hay allá abajo una cavidad que se aleja tanto de Lucifer cuanta es la extensión de su tumba; cavidad que no puede reconocerse por la vista, sino por el rumor de un arroyuelo que desciende por el cauce de un peñasco que ha perforado con su curso sinuoso y poco pendiente. Mi Guía y yo entramos en aquel camino oculto para volver al mundo luminoso; y sin concedernos el menor descanso subimos, él delante y yo detrás, hasta que pude ver por una abertura redonda las bellezas que contiene el Cielo, y por allí salimos para volver a ver las estrellas.

PURGATORIO



Esquema de las distintas partes del Purgatorio en la *Divina Comedia*

CANTO PRIMERO

PROEMIO DEL PURGATORIO. INVOCACIÓN. LAS CUATRO ESTRELLAS. CATÓN, GUARDIÁN DEL PURGATORIO

Contemplan el cielo iluminado por Venus y en el que destacan cuatro estrellas, cuando encuentran a Catón, que, extrañado por el sentido que llevan los viajeros, pide una explicación, que le da Virgilio. Tras aconsejar a Dante que se purifique, les deja paso franco y desaparece.

Ahora la navecilla de mi ingenio, que deja en pos de sí un mar tan cruel, desplegará las velas para navegar por mejores aguas; y cantaré aquel segundo reino, donde se purifica el espíritu humano y se hace digno de subir al Cielo. Resucite aquí, pues, la muerta poesía, ¡oh, santas Musas!, pues que soy vuestro. Y realce Calíope mi canto, acompañándolo con aquella voz que produjo tal efecto en las desgraciadas urracas que desesperaron de alcanzar su perdón[1].

Un suave color de zafiro oriental, contenido en el sereno aspecto del aire puro hasta el primer cielo, reapareció delicioso a mi vista en cuanto salí de la atmósfera muerta que me había contristado los ojos y el corazón. El bello planeta[2] que convida a amar hacía sonreír todo el Oriente, desvaneciendo el signo de Piscis, que seguía en pos de él. Me volví a la derecha, y dirigiendo mi espíritu hacia el otro polo, distinguía cuatro estrellas únicamente vistas por los primeros humanos[3]. El Cielo parecía gozar con sus resplandores. ¡Oh, Septentrión, sitio verdaderamente viudo, pues que te ves privado de admirarlas! Cuando cesé en su contemplación, volvime un tanto hacia el otro polo, de donde el Carro había desaparecido[4], y vi cerca de mí un anciano[5] solo, y digno, por su aspecto, de tanta veneración que un padre no puede inspirarla mayor a su hijo. Llevaba una larga barba, canosa como sus cabellos, que le caía hasta el pecho, dividida en dos mechones. Los rayos de las cuatro luces santas rodeaban de tal resplandor su rostro, que yo lo veía como si hubiese tenido el Sol ante mis ojos.

—¿Quiénes sois vosotros que, contra el curso del tenebroso río, habéis huido de la prisión eterna? —dijo el anciano, agitando su barba venerable—. ¿Quién os ha guiado o quién os ha servido de antorcha para salir de la profunda noche, que hace que sea continuamente negro el valle infernal? ¿Así se han quebrantado las leyes del abismo? ¿O se ha dado quizá en el Cielo un nuevo derecho que os permite, a pesar de estar condenados, venir a mis playas?

Entonces mi Guía me indicó, por medio de sus palabras, de sus gestos y de sus miradas, que debía mostrarme respetuoso, doblar la rodilla e inclinar la vista. Después le respondió:

—No vine por mi deliberación, sino porque una mujer, descendida del Cielo, me ha rogado que acompañe y ayude a éste. Pero ya que es tu voluntad que te

expliquemos más ampliamente cuál sea nuestra verdadera condición, la mía no puede rehusarte nada. Éste no ha visto aún su última noche, pero por su locura estuvo tan cerca de ello, que le quedaba poquísimo tiempo de vida. Así es que, según he dicho, fui enviado a su encuentro para salvarlo y no había otro camino más que éste, por el cual me he aventurado. Le he dado a conocer ya a todos los réprobos y ahora pretendo mostrarle a aquellos otros espíritus que se purifican bajo tu jurisdicción. Será largo de referir el modo como lo he traído hasta aquí: de lo alto baja la virtud que me ayuda a conducirlo aquí para verte y oírte.

»Dígnate, pues, acoger su llegada benignamente: busca la libertad, que es tan amada como lo sabe el que por ella desprecia la vida. Bien lo sabes tú, que por ella no te pareció amarga la muerte en Útica, donde dejaste tu cuerpo, que tanto ha de brillar en el gran día de la resurrección de los muertos. No han sido revocados por nosotros los eternos decretos, pues éste vive y Minos no me tiene en su poder, sino que pertenezco al círculo donde están los castos ojos de tu Marcia, que parece rogarte aún, ¡oh santo corazón!, que la tengas por compañera y por tuya[6]. En nombre, pues, de su amor, accede a nuestra súplica y déjanos ir por los siete reinos[7]. Cuando yo vuelva, le manifestaré mi agradecimiento hacia ti, si permites que allá abajo se pronuncie tu nombre.

—Marcia fue tan agradable a mis ojos mientras pertenecí a la Tierra —dijo él entonces—, que obtuvo de mí cuantas gracias quiso; ahora que habita a la otra parte del mal río no puede ya conmoverme a causa de la ley que se me impuso cuando salí fuera de mi cuerpo. Pero si una mujer del Cielo te anima y te dirige, según dices, no tienes necesidad de tan laudatorios ruegos: me basta con que supliques en su nombre. Ve, pues, y haz que ése se ciña con un junco sin hojas y lávale el rostro de modo que quede borrada de él toda mancha[8], porque no conviene que se presente con la vista ofuscada ante el primer ángel que encontrará a la puerta del Paraíso. Esa pequeña isla que ves allá abajo produce, en torno suyo y por donde la combaten las olas, juncos en su tierra blanca y limosa. Ninguna clase de planta que eche hojas o que se endurezca puede existir ahí, porque le sería imposible doblegarse a los embates de las olas. Después no volváis por esta parte: el sol naciente os indicará el modo de encontrar la más fácil subida del monte.

Al decir esto desapareció. Me levanté sin hablar, me coloqué junto a mi Guía y fijé en él los ojos. Entonces, empezó a hablarme de este modo:

—Hijo mío, sigue mis pasos; volvamos atrás, porque esta llanura va descendiendo siempre hasta su último límite.

El alba vencía ya la hora matutina, que huía delante de ella, y desde lejos pude distinguir las ondulaciones del mar. Íbamos por la llanura solitaria, como el que busca la senda perdida y cree caminar en vano hasta que logra encontrarla. Cuando llegamos a un sitio en que el rocío resiste el calor del Sol y protegido por la sombra se desvanece poco a poco, puso mi Maestro suavemente sus dos manos abiertas sobre la fresca hierba, y yo, comprendiendo su intento, le presenté mis mejillas cubiertas

aún de lágrimas y en las que por su mediación apareció de nuevo el color del que las privó el Infierno.

Llegamos después a la playa desierta que no vio nunca navegar por sus aguas a hombre alguno capaz de volver atrás. Allí me hizo un cinturón con un junco, según la voluntad de Catón, y, ¡oh maravilla!, cuando arrancó la humilde planta volvió otra a renacer súbitamente en el mismo sitio de donde había arrancado aquélla.

CANTO SEGUNDO

ANTEPURGATORIO: EL ÁNGEL BARQUERO, CASELLA Y DE NUEVO CATÓN

Está amaneciendo y antes de iniciar el camino ven acercarse al ángel barquero que transporta las almas de los que, salvados, han de purgar aún sus pecados ascendiendo la montaña.

Ya estaba el Sol tocando el horizonte, cuyo círculo meridiano cubre Jerusalén con su punto más elevado, y ya la noche, formando un arco en oposición a él, salía fuera del Ganges con las Balanzas que se le caen de las manos cuando supera en extensión al día**[9]**; de modo que allí, donde yo me encontraba, las blancas y sonrosadas mejillas de la bella Aurora, según iba creciendo, se tornaban de color de oro**[10]**. Estábamos aún en la orilla del mar, como quien piensa en el camino que debe seguir y anda con el deseo, sin que el cuerpo se mueva. Cuando he aquí que, así como al amanecer, por efecto de los densos vapores, se ve a Marte enrojecido hacia Poniente sobre las aguas marinas, de igual modo se me apareció —¡ojalá pudiese verla otra vez!— una luz la cual venía tan rápidamente por el mar, que ningún vuelo sería comparable a su celeridad. Un solo momento aparté de ella la vista para interrogar a mi Guía y al punto volví a verla mucho más voluminosa y brillante; distinguiendo luego a cada lado de la misma una cosa blanca, sin saber lo que era, debajo de la cual se distinguía poco a poco otro objeto igualmente blanco. Aún no había pronunciado una palabra mi Maestro, cuando se vio que las primeras formas blancas eran alas. Y entonces, habiendo conocido bien al gondolero, exclamó:

—Dobla, dobla pronto la rodilla. He aquí el ángel de Dios: une las manos. A partir de ahora siempre verás semejantes ministros del Señor. Mira cómo desdeña los medios humanos, pues no necesita remo ni otras velas que sus alas, entre tan apartadas orillas. Mira cómo las tiene elevadas hacia el Cielo, agitando el aire con las eternas plumas, que no se mudan como el cabello de los mortales.

Cuanto más se acercaba a nosotros el ave divina, más brillante parecía; por lo cual, no pudiendo mis ojos resistir su resplandor, los incliné. El ángel se dirigió hacia la orilla en un esquife airoso y ligero, que apenas se sumergía un poco en las aguas. El celestial barquero estaba en la popa y la bienaventuranza parecía estar escrita en su semblante. Más de cien espíritus, sentados en la barquilla, cantaban a coro: «In exitu Israel de Egypto**[11]**» y todo lo demás que sigue de este Salmo. El ángel les hizo la señal de la santa Cruz, a cuya señal se arrojaron todos a la playa y él se alejó con la misma velocidad con que había venido. La turba que dejó allí parecía llena de estupor en tal sitio, mirando y remirando en torno suyo, como el que descubre cosas que no ha visto nunca. El Sol, que había arrojado con sus brillantes saetas al signo de

Capricornio del centro del Cielo[12], irradiaba por todas partes el día, cuando los recién llegados alzaron la frente hacia nosotros, diciéndonos:

—Si lo sabéis, indicadnos el camino que conduce a la montaña.

Virgilio respondió:

—¿Por ventura creéis que conocemos este sitio? Somos aquí tan nuevos como vosotros y hemos llegado poco antes que vosotros por otro camino tan rudo y áspero que el subir esta montaña será para nosotros ahora cosa de juego.

Las almas, que advirtieron, por mi respiración, que yo estaba aún vivo, palidecieron de asombro; y así como se agolpa la gente en derredor del mensajero coronado de olivo para oír sus noticias[13], sin temor de empujarse y pisarse unos a otros, así se agolparon en torno mío todas aquellas almas afortunadas, olvidando casi su deseo de ir a embellecerse. Vi una de ellas que se adelantó para abrazarme con tales muestras de afecto, que me movió a hacer lo mismo con ella; pero ¡oh, sombras vanas excepto para la vista! Tres veces quise rodearla con mis brazos y otras tantas volvieron éstos a caer sobre mi pecho. Creo que la admiración debió pintarse en mi rostro, porque la sombra sonrió y se retiró. Y yo, siguiéndola, continué avanzando. Me dijo con voz suave que me detuviese. Conocí entonces quién era, y habiéndole rogado que se parase un momento para hablarme, respondiome:

—Lo mismo que te amaba con mi cuerpo mortal, te amo también desprendido de él. Por eso me detengo. Pero tú ¿por qué vienes aquí?

—Casella mío, hago este viaje para volver al mundo de los vivos, al que pertenezco aún. Pero a ti, ¿cómo es que se te ha negado por tanto tiempo venir a este sitio?

Me respondió:

—Si el ángel que conduce a quien y como le place me ha negado muchas veces este pasaje, no se ha cometido conmigo ninguna injusticia, porque es justa la voluntad a quien obedece. Es verdad: de tres meses a esta parte ha recogido sin oposición a cuantos han querido entrar en su nave; así es que yo, que me encontraba en la playa donde el Tíber mezcla sus aguas con las saladas ondas del mar, sólo ahora he sido acogido benignamente por él[14]. A la embocadura de aquel río dirige ahora su vuelo, pues allí se reúnen siempre los que no descienden al Aqueronte[15].

Y yo le dije:

—Si alguna nueva ley no te quita la memoria o el uso de aquellos cantos amorosos que solían calmar todos mis deseos, dígnate consolar un poco mi alma, que viniendo aquí con su cuerpo se ha angustiado tanto.

«Amor, che nella mente mi ragiona…», empezó él a cantar tan dulcemente que su dulzura aún resuena en mi corazón. Mi Maestro y yo, y las sombras que allí estaban, parecíamos tan contentos como si no tuviéramos otra cosa en qué pensar. Estábamos absortos y atentos a sus notas cuando apareció el venerable anciano exclamando:

—¿Qué es esto, espíritus perezosos? ¿Qué negligencia, qué demora es ésta? Corred al monte a purificaros de vuestros pecados, que no permiten que Dios se os

manifieste.

Del mismo modo que las palomas, cuando están reunidas en torno a su alimento, cogiendo el grano y quietas, sin hacer oír sus acostumbrados arrullos, si acontece algo que las asuste, abandonan súbitamente la comida porque las asalta un cuidado mayor, así vi yo a aquellas almas recién llegadas abandonar el canto y desbandarse por la costa, como quien corre sin saber a dónde va. Y no menos rápidamente huimos también nosotros.

CANTO TERCERO

ANTEPURGATORIO: LAS ALMAS DE LOS EXCOMULGADOS. EL REY MANFREDO

Buscando un camino accesible por donde comenzar la escalada, encuentran a un grupo de almas que los guían. Entre ellas va la de Manfredo, rey de Sicilia, que explica cómo por su arrepentimiento ha logrado salvarse, aunque todavía está en el Antepurgatorio.

Mientras la repentina fuga dispersaba por la campiña a aquellas almas, que se volvían hacia la montaña donde la razón divina las aguija, me acerqué a mi fiel compañero, porque ¿cómo habría podido seguir sin él mi viaje? ¿Quién me habría sostenido al subir por la montaña? Me pareció que mi Guía estaba por sí mismo arrepentido de su flaqueza. ¡Oh conciencia digna y pura! ¡Qué amargo roedor es para ti la más pequeña falta! Cuando sus pies cesaron de caminar con aquella precipitación que se aviene mal con la majestad de la persona, mi mente, desechando el pensamiento que la inquietaba, concentró su atención, como deseosa de recibir nuevas impresiones; y me puse a contemplar el monte más alto de cuantos hacia el Cielo se elevan sobre las aguas. El Sol, que a mis espaldas despedía su rubicunda luz, quedaba interceptado por mi cuerpo, en el que se apoyaban sus rayos. Y cuando vi que sólo delante de mí se oscurecía la tierra volvime de lado, temeroso de haber sido abandonado. Mi Protector entonces empezó a decirme, vuelto hacia mí:

—¿Por qué desconfías aún? ¿Crees que no estoy contigo y que ya no te guío? Ahora es ya por la tarde allí donde está sepultado el cuerpo dentro del cual hacía yo sombra. Nápoles lo posee, porque lo han quitado de Brindis[16]. Así pues, si ninguna sombra se proyecta delante de mí, no debes admirarte de ello más que de ver cómo los cielos no interceptan unos a otros el paso de sus luces. La Virtud Divina hace que semejantes cuerpos sean aptos para sufrir tormentos, calor y frío, mas no ha querido revelarnos cómo opera tal maravilla. Insensato es el que espera que nuestra razón pueda recorrer las infinitas vías de que dispone el que es una Sustancia en tres Personas. Seres humanos, contentaos con el «quia[17]», pues si os fuera dable verlo todo, no habría sido necesario que pariese María. Y habéis visto desearlo en vano a tales hombres que, a ser posible, hubieran satisfecho este deseo, el cual forma su eterno suplicio; hablo de Aristóteles, de Platón y otros muchos[18].

En este punto inclinó la frente sin decir nada más y quedó como turbado. Llegamos en tanto al pie del monte, cuyas rocas encontramos tan escarpadas que las piernas más ágiles nos hubieran sido inútiles. El camino más desierto, el más áspero entre Lerici y Turbia, es, comparado con aquél, una rampa suave y anchurosa[19].

—¿Quién sabe ahora —dijo mi Maestro, deteniendo sus pasos— hacia qué mano es accesible la costa, de modo que pueda subir el que no tiene alas?

Y mientras él tenía los ojos bajos, meditando qué camino seguiríamos, y yo miraba hacia arriba alrededor de las rocas, apareció por la izquierda una multitud de almas, que se dirigían hacia nosotros aunque no lo parecía: tanta era la lentitud con que caminaban.

—Levanta los ojos —dije a mi Maestro—; he aquí quien nos podrá aconsejar, si es que no puedes aconsejarte a ti mismo.

—Vamos allá, pues ellos vienen muy despacio. Y tú no pierdas la esperanza, hijo querido.

Habríamos andado mil pasos, y aún distaba de nosotros aquella muchedumbre tanto espacio cuanto podía recorrer una piedra lanzada por un buen hondero, cuando se arrimaron todos a los duros peñascos de la escarpada orilla y permanecieron firmes y apretados entre sí, como se detiene a mirar aquel que duda.

—¡Oh muertos en la gracia de Dios, espíritus ya elegidos! —empezó a decir Virgilio—; por aquella paz que, según creo, esperáis todos vosotros, decidme por qué parte declina esta montaña, de modo que sea posible ascender a ella; pues al que mejor conoce el valor del tiempo le es más desagradable perderlo.

Como las ovejas que salen de su redil una a una, dos a dos y tres a tres, mientras las otras se detienen, tímidamente, inclinando hacia la tierra sus ojos y su hocico, y lo mismo que hace la primera hacen las demás, deteniéndose a su lado si se detienen, sencillas y tranquilas; y sin darse cuenta de por qué lo hacen, así vi yo moverse para venir hacia nosotros las primeras almas de aquella temerosa y afortunada grey, de rostro púdico y de honesto continente. Cuando vieron que la luz se interrumpía en el suelo a mi mano derecha, de modo que se proyectaba mi sombra desde mi cuerpo hasta la gruta, se detuvieron y aun retrocedieron algún tanto, y todos los que venían detrás, sin saber por qué, hicieron lo mismo.

—Sin que me lo preguntéis, os confieso que éste que aquí veis es un cuerpo humano; por esta causa la luz del sol aparece cortada en el suelo. No os asombréis; pero creed que si pretende trepar esta escarpada costa, lo hace inducido por virtud celestial.

Así habló mi Maestro; y aquella noble multitud nos dijo:

—Pues volveos atrás y caminad delante de nosotros.

Y al mismo tiempo nos hacían señas con las manos. Uno de ellos exclamó:

—Quienquiera que seas, andando como vas, vuelve el rostro hacia mí y procura recordar si me has visto en el mundo alguna vez.

Yo me volví hacia él y lo miré fijamente; era rubio, hermoso y de gentil aspecto; pero tenía la ceja partida de un golpe. Cuando le manifesté humildemente que no lo había visto nunca, me dijo:

—¡Mira, pues!

Y enseñome una herida en la parte superior de su pecho. Después añadió, sonriendo:

—Yo soy Manfredo[20], nieto de la emperatriz Constanza, por lo cual te ruego que, cuando vuelvas a la Tierra, vayas a visitar a mi graciosa hija, madre del honor de Sicilia y Aragón[21], y le digas la verdad, si es que se ha dicho lo contrario: después de tener atravesado mi cuerpo por dos heridas mortales, me volví llorando hacia Aquel que voluntariamente perdona. Mis pecados fueron horribles, pero la bondad infinita tiene tan largos los brazos que recibe a todo el que se vuelve hacia ella. Si el Pastor de Cosenza, que fue enviado por Clemente para darme caza, hubiese leído bien en aquella página de Dios, mis huesos estarían aún en la cabeza del puente, cerca de Benevento, bajo la salvaguardia de las pesadas piedras. Ahora los moja la lluvia, el viento los impele fuera del reino, casi a la orilla del Verde, donde los hizo transportar con cirios apagados[22]. Pero por su maldición no se pierde el amor de Dios de tal modo que no vuelva nunca, mientras reverdezca la flor de la esperanza. Es verdad que el que muere contumaz para con la Santa Iglesia, por más que al fin se arrepienta, debe estar en la parte exterior de la esta montaña un espacio de tiempo treinta veces mayor del que vivió en contumacia, a menos que no se abrevie la duración de este decreto merced a eficaces oraciones. Calcula, pues, lo dichoso que puedes verme, revelando a mi hija Constanza cómo me has visto, y la prohibición que pesa sobre mí y que puede alzarse por los ruegos de los que todavía existen allá arriba, en la Tierra[23].

CANTO CUARTO

ANTEPURGATORIO: LLEGADA AL PRIMER RELLANO. POSICIÓN DEL SOL Y NATURALEZA DE LA MONTAÑA. PRIMER RELLANO: LOS NEGLIGENTES. BELACQUA

Los espíritus les muestran el angosto portillo por el que deben emprender la subida, por un estrecho y empinado sendero. Llegan al primer rellano del Antepurgatorio, ocupado por los negligentes, almas que por su pereza esperaron hasta el último momento para arrepentirse; por eso deben esperar fuera del Purgatorio tanto tiempo como vivieron en la Tierra. Como Virgilio antes, ahora Belacqua explica las características de la montaña y su valor purgativo.

Cuando, por efecto del placer o del dolor de que se siente afectada alguna de nuestras facultades, el alma entera se concentra en esa facultad, parece que no atiende a ninguna otra; y esto demuestra el error de los que creen que en nosotros arde un alma sobre otra alma. Por eso mismo, cuando se oye o ve alguna cosa que absorbe fuertemente al alma en su contemplación, el tiempo se desliza sin que el hombre se aperciba de ello; porque una es la facultad que escucha y otra la que cautiva por completo el alma, ésta se halla como atada, aquélla es libre. Yo adquirí una prueba de esta verdad oyendo y admirando a aquel espíritu; pues había el Sol ascendido cincuenta grados sobre el horizonte sin que yo lo echase de ver, cuando llegamos a un punto en que las almas exclamaron a una voz:

«Aquí está el objeto de nuestra demanda».

Cualquier portillo de los que suele tapar el aldeano con un manojo de espinos cuando maduran las uvas es mayor que el sendero por donde subimos solos mi Maestro y yo, cuando la multitud de almas se separó de nosotros[24]. Bastan los pies para ir a San Leo, para bajar a Noli, para ascender hasta la elevada cumbre de Bismantua; pero aquí es preciso que el hombre vuele; quiero decir, como volaba yo, conducido por las ligeras alas y por las plumas de un gran deseo, detrás de aquel que reanimaba mi esperanza y me iluminaba. Íbamos subiendo por el sendero excavado en el peñasco, cuyas quebradas rocas nos estrechaban por ambos lados, y el suelo que pisábamos nos obligaba a ayudarnos con pies y manos. Cuando llegamos a sitio descubierto, sobre el rellano de la alta base del monte, dije:

—Maestro mío, ¿qué camino seguiremos?

Y él me contestó:

—No des ningún paso hacia abajo; prosigue subiendo detrás de mí hacia la cima de este monte, hasta que se nos aparezca algún experto guía.

La cima era tan alta que no podía alcanzarla la vista y la subida mucho más empinada que la línea que divide en dos partes el cuadrante[25]. Yo estaba ya cansado y entonces exclamé:

—¡Oh, amado Padre! Vuélvete y mira que me quedo aquí solo si no te detienes.

—Hijo mío, haz por llegar hasta aquel punto —respondió, mostrándome una prominencia que rodeaba por aquel lado toda la montaña.

Sus palabras me aguijonearon de tal modo que me esforcé cuanto pude trepando hasta donde él estaba, tanto que puse mis plantas sobre aquella especie de cornisa. Nos sentamos allí ambos, vueltos hacia Levante, por cuyo lado habíamos subido, pues suele agradar la contemplación del camino que uno ha hecho. Primeramente dirigí los ojos al fondo, después los levanté hacia el Sol y me admiraba de que éste nos iluminase por la izquierda.

El Poeta observó que me quedaba estupefacto mirando el carro de la luz que iba a pasar entre nosotros y el Aquilón; por lo cual me dijo:

—Si Cástor y Pólux estuvieran en compañía de aquel espejo que ilumina al mundo tanto por arriba como por abajo, verías al Zodíaco refulgente girar más próximo aún a las Osas, a no ser que saliera de su antiguo camino. Y si quieres comprender cómo puede suceder esto, reconcentra tu pensamiento y considera que el monte Sión está situado sobre la Tierra relativamente a éste de modo que ambos tienen un mismo horizonte y diferentes hemisferios; por lo cual, si tu inteligencia te permite discernir con claridad, verás cómo el camino que por su mal no supo recorrer Faetón, debe ir necesariamente por un lado de este monte, al paso que va por el opuesto lado de aquel otro[26].

—En verdad, Maestro mío —le contesté—, nunca había visto tan claramente como ahora distingo estas cosas para cuya comprensión no me parecía bastante apto mi ingenio. Por las razones que me has dado, entiendo que el círculo intermedio del primer móvil, llamado ecuador en alguna ciencia y que permanece siempre entre el Sol y el invierno, dista de aquí tanto hacia el Septentrión cuanto los hebreos lo veían hacia la parte cálida. Pero, si te place, quisiera saber cuánto hemos de andar aún, pues el monte se eleva más de lo que puede alcanzar mi vista.

—Esta montaña es tal —me respondió— que siempre cuesta trabajo empezar a subirla, y cuanto más va para arriba es menos fatigosa. Cuando te parezca tan suave que subas ligeramente por ella como van por el agua las naves, entonces habrás llegado al fin de este sendero. Espera, pues, a conseguirlo, para descansar de tu fatiga. Y no respondo más, pues sólo esto tengo por cierto.

Cuando hubo terminado de decir estas palabras resonó cerca de nosotros una voz que decía: «Quizá te veas precisado antes a sentarte». Al sonido de aquella voz, volvímonos y vimos a la izquierda un gran peñasco, en el que no habíamos reparado antes ninguno de los dos. Nos dirigimos hacia allí, donde estaban algunos espíritus reposando a la sombra del peñasco, como quien lo hace por indolencia. Uno de ellos,

que me parecía cansado, estaba sentado con las rodillas abrazadas, reposando sobre ellas su cabeza.

—¡Oh, amado señor mío! —dije entonces—: contempla a ese que se muestra más negligente que si fuese hermano de la pereza.

Entonces se volvió hacia nosotros y nos examinó, dirigiendo sus miradas por encima de los muslos y diciendo:

—Ve, pues, allá arriba, tú que eres tan valiente.

Conocí entonces quién era; y aquella fatiga que agitaba todavía un poco mi respiración no me impidió acercarme a él. Cuando estuve a su lado, alzó apenas la cabeza, diciendo:

—¿Has comprendido bien por qué el Sol dirige su carro por tu izquierda?

Sus perezosos movimientos y sus lacónicas palabras hicieron asomar una sonrisa a mis labios. Después dije:

—Belacqua, ahora ya no me conduelo de ti. Pero dime: ¿por qué estás ahí sentado? ¿Esperas algún guía o es que has vuelto a tus antiguas costumbres[27]?.

Contestome:

—¡Oh hermano! ¿Para qué he de ir arriba si no ha de permitirme llegar al sitio de la expiación el ángel de Dios que está sentado a la puerta? Antes que yo entre por ella, es necesario que el Cielo dé tantas vueltas en torno mío cuantas dio en el transcurso de mi vida, por haber yo aplazado los buenos suspiros hasta la hora de mi muerte. A no ser que me auxilie una plegaria que se eleve de un corazón que viva en la gracia. ¿De qué sirven las demás, si no han de ser oídas en el Cielo?

Ya el Poeta subía delante de mí diciendo:

—No te detengas más; mira que el Sol toca al meridiano, y la noche cubre ya con su pie la costa de Marruecos.

CANTO QUINTO

ANTEPURGATORIO: SEGUNDO RELLANO. LOS NEGLIGENTES MUERTOS VIOLENTAMENTE. DOS MENSAJEROS. JACOBO DEL CASSERO, BUONCONTE DE MONTEFELTRO, PÍA DE TOLOMEI

En el segundo rellano del Antepurgatorio se encuentran los negligentes que murieron violentamente, arrepintiéndose en el último momento. Como Manfredo en el Canto III, ahora Buonconte de Montefeltro insiste en el valor de la misericordia divina, que garantiza la salvación por un solo acto de arrepentimiento.

Me había alejado ya de aquellas sombras y seguía las huellas de mi Guía, cuando detrás de mí, y señalándome con el dedo, gritó una de ellas:

—Mirad: no se nota que el Sol brille a la izquierda de aquel de más abajo, que marcha al parecer como si estuviera vivo.

Al oír estas palabras, volví la cabeza y vi que las sombras miraban con admiración no solamente a mí, sino también la luz interceptada por mi cuerpo.

—¿Por qué se turba tanto tu ánimo —dijo el Maestro—, que así acortas el paso? ¿Qué te importa lo que allí estén murmurando? Sígueme y deja que hable esa gente. Sé firme como una torre cuya cúspide no se doblega jamás al embate de los vientos. El hombre en quien bulle pensamiento sobre pensamiento siempre aleja de sí el fin que se propone; porque el uno debilita la actividad del otro.

¿Qué otra cosa podría yo contestarle sino «Ya voy»? Así lo hice, cubierto algún tanto de aquel color que hace a veces al hombre digno de perdón[28]. En tanto, de través por la cuesta venían hacia nosotros algunas almas entonando, versículo a versículo, el *Miserere*[29]. Cuando observaron que yo no daba paso a través de mi cuerpo a los rayos solares, cambiaron su canto en un «¡Oh!» ronco y prolongado, y dos de ellas, a guisa de mensajeros, corrieron a nuestro encuentro, diciendo:

—Hacednos sabedores de vuestra condición.

Mi Maestro contestó:

—Podéis iros y referir a los que os han enviado que el cuerpo de éste es de verdadera carne. Si se han detenido, según me figuro, por ver su sombra, bastante tienen con tal respuesta; hónrenlo, porque podrá serles grato.

Jamás he visto a prima noche los vapores encendidos, ni a la puesta del Sol las exhalaciones de agosto hendir el cielo sereno tan rápidamente como corrieron aquellas almas hacia sus compañeras; y una vez allí, regresaron a donde estábamos, juntas con las demás, como escuadrón que corre a rienda suelta.

—Esa gente que se agolpa hacia nosotros es numerosa —dijo el Poeta— y vienen a dirigirte alguna súplica; tú, sin embargo, sigue adelante y escucha mientras andas.

—¡Oh alma, que para llegar a la felicidad vas con los miembros con que naciste! —venían gritando—: modera un poco tu paso. Repara si has conocido a alguno de nosotros, de quien puedas llevar allá noticias. ¡Ah! ¿Por qué te vas? ¿Por qué no te detienes? Todos hemos terminado nuestros días por muerte violenta y fuimos pecadores hasta la última hora; entonces la luz del Cielo iluminó nuestra razón tan bien que, arrepentidos y perdonados, abandonamos la vida en gracia de Dios, que nos abraza por el gran deseo que tenemos de verlo.

Yo les contesté:

—Aun cuando no reconozco las desfiguradas facciones de cada uno de vosotros, no obstante, si deseáis de mí algo que me sea posible, espíritus bien nacidos, yo lo haré por aquella paz que se me hace buscar de mundo en mundo, siguiendo los pasos de este Guía.

Uno de ellos empezó diciendo:

—Todos confiamos en tu benevolencia sin necesidad de que lo jures, a no ser que la impotencia destruya tu buena voluntad. Yo, que hablo solo antes que los demás, te ruego que si ves alguna vez aquel país que se extiende entre la Romania y el de Carlos[30], me concedas en Fano el don de tus preces, a fin de que los buenos rueguen allí por mí, de modo que yo pueda purgar mis graves pecados. De allí fui yo; pero las profundas heridas por las que salió la sangre en la que me asentaba, me fueron hechas en el territorio de los Antenórides[31], donde creía encontrarme más seguro. El de Este lo ordenó, porque me odiaba mucho más de lo que permitía la justicia; pero si yo hubiese huido hacia la Mira, cuando llegué a Oriaco, aún estaría en el mundo en el que se respira; corrí al pantano, donde las cañas y el lodo me embarraron tanto que caí, y vi formarse en tierra un pago con la sangre de mis venas[32].

Después me dijo otro:

—¡Ay! Así se cumpla el deseo que te conduce a esta elevada montaña, dígnate auxiliar al mío con obras de piedad. Yo fui de Montefeltro y soy Buonconte. Ni Juana ni los otros se cuidan de mí, por lo cual voy entre éstos con la cabeza baja[33].

Le pregunté:

—¿Qué violencia o qué aventura te sacó fuera de Campaldino, que no se supo nunca dónde está tu sepultura?

—¡Oh! —me respondió—; al pie del Casentino corre un río llamado Archiano, que nace en el Apenino encima del monasterio. Allí donde pierde su nombre llegué yo con el cuello atravesado, huyendo a pie y ensangrentando la llanura. Allí perdí la vista, y mi última palabra fue el nombre de María; allí caí y de mí no quedó más que mi carne[34]. Te diré la verdad y tú la referirás entre los vivos: el ángel de Dios me cogió y el del Infierno gritaba: «¡Oh tú, venido del Cielo! ¿Por qué me lo quitas? Te llevas la parte eterna de éste por una pequeña lágrima que me lo arrebata; pero yo trataré de diferente modo la otra parte». Tú sabes bien cómo se condensa en el aire ese húmedo vapor que se convierte en lluvia en cuanto sube hasta donde le sorprende el frío; pues bien, el demonio, juntando a su entendimiento aquella malevolencia que

sólo procura hacer daño, con el poder inherente a su naturaleza, agitó el vapor y el viento. En cuanto se extinguió el día, cubrió de nieblas el valle desde Pratomagno hasta el Apenino, e hizo tan denso aquel cielo, que el espeso aire se convirtió en agua; cayó la lluvia y el agua que la tierra no pudo absorber fue a parar a los barrancos y, uniéndose a la de los torrentes, se precipitó hacia el río real con tal rapidez que nada podía contenerla. El Archiano furioso encontró mi cuerpo helado en su embocadura, lo arrastró hacia el Arno y separó mis brazos, que había puesto en cruz sobre el pecho cuando me venció la muerte. Después de haberme volteado por sus orillas y su fondo, me cubrió y rodeó con la arena que había hecho desprenderse de los campos.

—¡Ah!, cuando vuelvas al mundo y hayas descansado de tu largo viaje —continuó un tercer espíritu, luego que hubo acabado de hablar el segundo—, acuérdate de mí, que soy la Pía. Siena me hizo y las Marismas me deshicieron; bien lo sabe aquel que, siendo ya viuda, me puso en el dedo su anillo, enriquecido de piedras preciosas[35].

CANTO SEXTO

ANTEPURGATORIO: SEGUNDO RELLANO. LOS NEGLIGENTES MUERTOS VIOLENTAMENTE. BENINCASA, GUCCIO TARLATI, FEDERICO NOVELLO, PEDRO DE LA BROSSE, SORDELLO. APÓSTROFE CONTRA ITALIA Y FLORENCIA

Continúa el desfile de personajes con las mismas características de los del canto anterior.

Cuando, acabado el juego de dados, se separan los jugadores, el que pierde se queda triste pensando en las jugadas y aprendiendo entonces con sentimiento el modo de que debió valerse para ganar; los circunstantes se van acompañando al que ha ganado, y, unos por delante, otros por detrás y otros a su lado, procuran hacerse presentes al afortunado; éste no se detiene aunque los escucha a todos, hasta que da algo a alguien, que por ello deja de hostigarlo, librándose así de los empujones de la multitud. Así estaba yo en medio de aquella compacta muchedumbre de almas, volviendo a uno y a otro lado el rostro, hasta que, merced a mis promesas, pude desprenderme de ellas. Allí estaban el Aretino, que recibió la muerte de los brazos crueles de Ghin di Tacco, y el otro que se ahogó al darle caza sus enemigos. Allí oraba, con los brazos extendidos, Federico Novello y aquel de Pisa que dio ocasión de demostrar la grandeza de su alma al buen Marzucco. Vi al conde Orso y a aquella alma separada de su cuerpo por hastío y por envidia, como ella misma decía, y no por sus culpas: me refiero a Pedro de la Brosse. Y es menester que provea en ello la princesa de Brabante, mientras esté en vida, si no quiere verse colocada entre peores compañeros[36].

Cuando me vi libre de todas aquellas sombras que rogaban para que otros rogasen por ellas, a fin de abreviar su tiempo de purificación, empecé a decir:

—Parece que niegas expresamente en algún texto, ¡oh luz que desvaneces todas mis dudas!, que la oración aplaca los decretos del Cielo, y sin embargo esta gente ruega para conseguirlo[37]. ¿Será, pues, vana su esperanza? ¿O es que no he comprendido bien el sentido de tus palabras?

A lo que me contestó:

—Lo que escribí es muy claro y la esperanza de éstos no se verá fallida, si se examina con recto sentido. No se menoscaba el recto juicio divino porque el fuego amoroso de la caridad cumpla en un instante lo que deben satisfacer los que aquí están relegados; y allí, donde senté tal máxima, la oración no tenía la virtud de borrar las faltas, porque el objeto de aquélla estaba alejado de Dios[38]. No te detenga, sin embargo, tan profunda duda hasta que te la desvanezca aquella que ha de iluminar tu

entendimiento, mostrándote la verdad. No sé si me entiendes; hablo de Beatriz, a quien verás risueña y feliz sobre la cumbre de este monte.

Yo repuse:

—Mi buen Guía, caminemos más de prisa, pues ya no me canso tanto como antes y la montaña proyecta su sombra hacia este lado.

—Avanzaremos hoy tanto como podamos —me respondió—; pero el camino es muy diferente de lo que te figuras. Antes de que lleguemos arriba verás volver el Sol, que ahora se oculta tras de la cuesta y cuyos rayos no quiebras en este momento. Pero ve allí un alma que, inmóvil y completamente sola, dirige hacia nosotros sus miradas; ella nos enseñará el camino más corto.

Llegamos junto a ella. ¡Oh alma lombarda, cuán altanera y desdeñosa estabas y cuán noble y grave era el movimiento de tus ojos! Ella no nos decía nada, pero dejaba que nos aproximásemos, mirando únicamente como el león cuando reposa. Virgilio se le acercó rogándole que nos enseñase la subida más fácil; pero ella, sin contestar a su pregunta, quiso informarse acerca de nuestro país y de nuestra vida. Y al empezar mi Guía a decir «Mantua…»[39], la sombra, que antes estaba como concentrada en sí misma, corrió hacia él desde el sitio en que se encontraba, diciendo «¡Oh mantuano!, yo soy Sordello, de tu tierra». Y se abrazaron mutuamente[40].

¡Ah, Italia esclava, albergue de dolor, nave sin timonel en medio de una tempestad, no ya señora de provincias, sino de burdeles! Al dulce nombre de su país natal, aquel alma gentil se apresuró a festejar a su conciudadano; al paso que tus vivos no saben estar sin guerra y se destrozan entre sí aquellos a quienes guarda una misma muralla y un mismo foso. Busca, desgraciada, en derredor de tus costas, y después contempla en tu seno si alguna parte de ti misma goza de paz. ¿De qué vale que Justiniano te pusiera freno, si la silla está vacía? Tu vergüenza sería menor sin ese mismo freno. ¡Ah, gentes que debierais ser devotas, y dejar al César en su trono, si comprendierais bien lo que Dios ha prescrito! Mirad cuán arisca se ha vuelto esa Italia por no haber sido castigada a tiempo con las espuelas, desde que os apoderasteis de sus riendas. ¡Oh alemán Alberto, que la abandonas al verla tan indómita y salvaje, cuando debiste oprimir sus ijares! Caiga sobre tu sangre el justo castigo del Cielo, y sea éste tan nuevo y evidente que sirva también de temeroso escarmiento a tu sucesor, ya que tú y tu padre, alejados de aquí por ambición, habéis tolerado que quede desierto el jardín del Imperio. Hombre indolente, ven a ver a los Montecchi y a los Cappuletti, a los Monaldi y Filippeschi, aquéllos ya tristes y éstos poseídos de amargos recelos. Ven, cruel, ven; y mira la opresión de tus nobles y remedia sus males, y verás cuán segura está Santaflora. Ven a ver a tu Roma, que llora, viuda y sola, exclamando día y noche: «¡César mío! ¿Por qué no estás en mi compañíía?». Ven y contempla cuán grande es el mutuo amor de la gente; y si nada te mueve a compasión de nosotros, ven a avergonzarte de tu fama. Y séame lícito preguntarte, ¡oh, Sumo Jove, que fuiste crucificado por nosotros en la tierra! ¿Están vueltos hacia otra parte tus justos ojos? ¿O es que nos vas preparando de ese modo,

en lo profundo de tus pensamientos, para recibir algún gran bien que no puede percibir nuestra inteligencia? Porque la tierra de Italia está llena de tiranos; y el hombre más ruin, al ingresar en un partido, se convierte en un Marcelo[41].

Florencia mía, bien puedes estar satisfecha de esta digresión que no habla contigo, merced a tu pueblo que tanto se ingenia. Hay muchos que tienen la justicia en el corazón, pero son tardíos en aplicarla porque temen disparar el arco imprudentemente; mas tu pueblo la tiene en la punta de sus labios. Muchos rehúsan los cargos públicos, pero tu pueblo responde solícito, sin que lo llamen, y grita: «Yo los acepto». Alégrate, pues, que motivo tienes para ello. Eres rica, disfrutas tranquilidad, tienes prudencia. Claramente demuestran los hechos que estoy diciendo la verdad. Atenas y Lacedemonia, que hicieron las antiguas leyes y fueron tan civilizadas, dieron un débil ejemplo de vivir bien, comparadas contigo; pues dictas tan sutiles decretos que los que expides en octubre no llegan a mediados de noviembre. ¿Cuántas veces, en el tiempo a que alcanza la memoria, has cambiado de leyes, de moneda, de oficios y de costumbres y renovado tus habitantes? Y si bien y claramente lo analizas, conocerás que eres semejante a aquella enferma que no encuentra postura que la acomode sobre la cama y procura hacer más llevadero su dolor dando vueltas y más vueltas[42].

CANTO SÉPTIMO

ANTEPURGATORIO: EL VALLE AMENO. LOS PRÍNCIPES QUE ESTUVIERON APEGADOS A LA GLORIA TERRENA

Virgilio explica a Sordello el viaje que están haciendo y le pide orientación. Éste les hace pasar la noche en un valle, donde aguardan los reyes que dieron más importancia a la gloria terrena que a su salvación eterna.

Después de haber cambiado entre sí tres o cuatro veces corteses y halagüeños saludos, Sordello se hizo un poco atrás y dijo:

—¿Quiénes sois?

—Mis huesos fueron sepultados por mandato de Octavio, antes de que se hubiesen dirigido hacia esta montaña las almas dignas de subir hasta Dios[43]. Yo soy Virgilio, que perdí el Cielo por no tener fe y no por otra culpa.

Así respondió mi Guía. Como el que de improviso ve una cosa que le asombra y a la que no sabe si dar o no crédito, diciendo «es, no es», así se quedó aquél. Después bajó los ojos, se adelantó humildemente hacia él y lo abrazó como un súbdito a un superior.

—¡Oh gloria de los latinos —dijo—, por quien nuestra lengua demostró cuánto podía! ¡Honor eterno del lugar donde nací! ¿Qué mérito o qué gracia permite que yo te vea? Si es que soy digno de oír tus palabras, dime si vienes del Infierno y de qué recinto.

—He llegado hasta aquí pasando por todos los círculos del reino del llanto —respondiole—; la virtud del Cielo me guía y con ella vengo. No por lo que he hecho, sino por lo que no he hecho, he perdido la facultad de contemplar el alto Sol que tú deseas y que conocí demasiado tarde. Allá abajo hay un lugar triste no por los martirios, sino por las tinieblas, donde en vez de lamentos sólo resuenan suspiros[44]. Allí estoy yo con los inocentes párvulos mordidos por los dientes de la muerte antes de que fueran lavados del pecado original. Allí estoy yo con aquellos que no se cubrieron con las tres virtudes santas[45], aunque, exentos de vicios, conocieron y observaron las demás. Pero danos algún indicio, si es que puedes y sabes, a fin de que lleguemos más pronto al sitio donde tiene verdadero principio el Purgatorio.

Sordello respondió:

—Aquí no tenemos designado un punto fijo y a mí me es lícito subir andando alrededor de la montaña; te serviré de guía por todos los parajes hasta donde puedo llegar. Pero advierte que ya declina el día y, no siendo posible ir arriba de noche, convendrá que pensemos en buscar un buen abrigo. Algo lejos de aquí, a la derecha, hay algunas almas; si quieres, te conduciré a donde están, seguro de que te agradará conocerlas.

—¿Cómo es eso? —le contestó—. Quien quisiera subir de noche ¿se vería detenido por alguien? ¿O es que acaso no podría subir?

El buen Sordello pasó su dedo por el suelo, diciendo:

—¿Ves esta sola línea? Pues no la atravesarás después de haberse ocultado el Sol; no por otra causa, sino porque te lo impedirán las tinieblas nocturnas, las cuales, con la impotencia que originan, contrarrestan la voluntad[46]. Con ellas podríase muy bien volver abajo y recorrer la cuesta vagando en torno, mientras el día esté bajo el horizonte.

Entonces mi Señor, como asombrado, repuso:

—Condúcenos a donde dices que puede ser agradable permanecer.

Nos habíamos alejado un poco de allí, cuando eché de ver que el monte estaba hendido como los valles que hay en nuestro hemisferio.

—Iremos —dijo aquella sombra— allá donde la cuesta forma una cavidad y esperaremos en ella el nuevo día.

Un sendero tortuoso, entre pendiente y llano, nos condujo a un lado de aquella cavidad en donde las orillas que la circundan descienden más de la mitad de su altura. El oro y la plata fina, la púrpura, el albayalde, el añil azul y brillante y las esmeraldas recientemente talladas en el momento en que se desprenden sus trozos, serían vencidos en brillantez por las hierbas y las flores de aquella cavidad, como lo menor es vencido por lo mayor. La Naturaleza no había ostentado solamente allí sus adornos, sino que con la suavidad de mil aromas había formado un olor indistinto y desconocido para nosotros. Allí vi sentadas sobre la verdura y entre las flores algunas almas que desde fuera no podían distinguirse por ocultarlas las laderas del valle; estaban cantando «Salve, Regina». El mantuano que nos había conducido por el tortuoso sendero nos dijo:

—No pretendáis que os guíe hasta donde están ésos antes de que se oculte el poco sol que queda. Desde esta altura veréis las acciones y los rostros de todos mejor que si estuvieseis entre ellos en el mismo valle. Aquel que está sentado en el puesto más alto, que en su actitud parece haberse descuidado de hacer lo que debía y cuya boca no se mueve para cantar con los demás, fue el emperador Rodolfo, que pudo curar las heridas que han dado muerte a la Italia, de tal modo, que tarde le vendrá de otro el remedio. El que con su presencia conforta al primero gobernó la tierra donde nace el agua que el Moldava conduce al Elba y el Elba al mar. Llamose Ottokar y ya en la infancia fue mucho mejor príncipe que su hijo Wenceslao cuando barbado, a quien enervaron el ocio y la lujuria. Y aquel romo, que parece consultar con tanta intimidad al otro de benigno aspecto, murió huyendo y marchitando la flor de lis; mirad cómo se golpea el pecho y ved cómo el otro, suspirando, apoya su mejilla en la palma de la mano. Padre y suegro son del mal de Francia; saben que su vida fue grosera y viciosa y de ahí proviene el dolor que los aflige. Aquel que parece tan corpulento y que canta acorde con el narigudo, llevó ceñida la cuerda de toda virtud; y si después de él hubiera reinado más tiempo el jovencito que a su espalda se sienta bien habría pasado

el valor de padre a hijo; lo cual no se puede decir de sus otros herederos. Jaime y Fadrique conservan los reinos, pero ninguno de ellos posee la mejor herencia. Raras veces renace por las ramas la humana probidad, pues así lo quiere Aquel que nos la da para que a Él se la debamos. No menos se dirigen mis palabras al narigudo que al otro, a Pedro, que está con él; pues de su descendencia se lamentan ya la Pulla y la Provenza. La planta es inferior a la semilla tanto, cuanto más que Beatriz y Margarita se gloría Constanza aún de su marido. Ved ahí al rey de sencilla vida, sentado aparte y solo, a Enrique de Inglaterra; éste ha producido mejores vástagos. Aquel que está en el suelo más abajo que los otros, mirando hacia arriba, es el marqués Guillermo, por quien Alejandría y sus guerreros hacen llorar hoy al Monferrato y al Canavés[47].

CANTO OCTAVO

ANTEPURGATORIO: EL VALLE AMENO. LOS PRÍNCIPES APEGADOS A LA GLORIA TERRENA

En el valle ameno se acercan a las almas allí reunidas y hablan con ellas. Dos ángeles bajan a protegerlos y ahuyentan a la serpiente que los amenaza. Conrado Malaspina profetiza la hospitalidad que los suyos ofrecerán a Dante siete años después de la fecha de este imaginario viaje.

Era ya la hora[48] en que se enternece el corazón de los navegantes y renace su deseo de abrazar a los caros amigos de quienes el mismo día se han despedido y en que el viajero recién partido se compunge de amor si oye a lo lejos una campana que parezca plañir al moribundo día; cuando dejé de oír a Sordello y comencé a mirar a una de aquellas almas que, puesta de pie, hacía señas con la mano en ademán de que las otras la escuchasen. Unió y levantó ambas palmas, dirigiendo sus ojos hacia Oriente, como si dijese a Dios: «Sólo en Ti pienso»; y salió de su boca tan devotamente y con tan dulces notas el *Te lucis ante*, que el placer me hizo salir fuera de mí. Aguza bien aquí la vista, ¡oh lector[49]!, para descubrir la verdad; porque el velo es ahora tan sutil que te será en efecto sumamente fácil atravesarlo.

Vi luego aquel ejército gentil, pálido y humilde que en silencio contempla el Cielo, como esperando algo; y vi salir de las alturas y descender al valle dos ángeles con dos espadas flamígeras, truncadas y privadas de sus puntas. Verdes como las tiernas hojas que acaban de brotar eran sus vestiduras; agitadas por las plumas de sus alas, verdes también, flotaban por detrás a merced del viento. El uno se posó algo más arriba de donde estábamos, el otro descendió hacia el lado opuesto, de suerte que las almas quedaron entre ellos. Se distinguía perfectamente su blonda cabellera, pero al querer mirar sus facciones se ofuscaba la vista, como se ofusca toda facultad por la excesiva fuerza de las impresiones.

—Ambos vienen del seno de María —dijo Sordello— para guardar el valle contra la serpiente que acudirá a él en breve[50].

Y yo, que no sabía por qué sitio había de venir, miré en torno mío y helado de terror me arrimé cuanto pude a las fieles espaldas. Sordello continuó:

—Ahora descendamos hacia donde están esas grandes sombras y hablaremos con ellas; les será muy grato veros.

Sólo había descendido tres pasos, según creo, cuando ya me encontré abajo y vi a uno que me miraba como si hubiese querido conocerme. El aire ya iba oscureciéndose, pero no tanto que entre sus ojos y los míos no permitiese ver lo que antes por la distancia se ocultaba. Vino hacia mí y yo me adelanté hacia él. ¡Noble

juez! ¡Oh Nino[51]!. Con cuánto placer vi que no estabas entre los condenados. No hubo amistoso saludo que no nos dirigiéramos; después me preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que has llegado al pie de este monte a través de las lejanas aguas?

—¡Ah! —le dije—; esta mañana he llegado pasando por tristes lugares, pero aún estoy en la primera vida, aunque al hacer este viaje voy preparándome para la otra.

Apenas oyeron mi respuesta cuando Sordello y él retrocedieron como hombres poseídos de repentino espanto. El primero se volvió hacia Virgilio y el otro hacia uno que estaba sentado, gritando: «Ven, Conrado, ven a ver lo que Dios por su gracia permite». Después, dirigiéndose a mí, exclamó:

—Por la singular gratitud que debes a Aquel que oculta de tal modo sus razones que no es posible penetrarlas, cuando estés más allá de las anchurosas aguas, di a mi Juana que pida por mí allí donde se oyen los ruegos de los inocentes. No creo que su madre me ame ya, pues ha dejado las blancas tocas que la desventurada echará de menos algún día. Por ella se comprende fácilmente cuánto dura en una mujer el fuego del amor si la vista o el íntimo trato no lo alimenta. La víbora que campea en las armas del milanés no le proporcionará tan hermosa sepultura como se la hubiese dado el gallo de la Gallura[52].

Así decía y en todo su aspecto se veía impreso el sello de aquel recto celo que arde con mesura en el corazón. Entre tanto, mis ojos se dirigían ávidos hacia la parte del Cielo donde es más lento el curso de las estrellas, como sucede en los puntos de una rueda más próximos al eje[53].

Mi Guía me preguntó:

—Hijo mío, ¿qué miras allá arriba?

Y yo le contesté:

—Aquellas tres antorchas, en cuya luz arde todo el polo hacia esta parte.

Y él repuso:

—Las cuatro estrellas brillantes que viste esta mañana han descendido por aquel lado y éstas han subido donde estaban aquéllas.

Mientras él hablaba, Sordello se le acercó diciendo: «He aquí a nuestro adversario», y extendió el dedo para que mirásemos hacia el sitio que indicaba. En la parte donde queda indefenso el pequeño valle había una serpiente, que quizá era la que dio a Eva el amargo manjar. Se adelantaba el maligno reptil por entre la hierba y las flores, volviendo de vez en cuando la cabeza y lamiéndose el lomo como un animal que se alisa la piel. No puedo decir cómo se movieron los azores celestiales, pues no me fue posible distinguirlo; pero sí vi a entrambos en movimiento. Sintiendo que sus verdes alas hendían el aire, huyó la serpiente y los ángeles se volvieron a su puesto con vuelo igual. La sombra que se acercó al juez cuando éste la llamó, no dejó un momento de mirarme durante todo aquel asalto[54].

—Que la antorcha que te conduce hacia arriba encuentre en tu voluntad tanta cera cuanta se necesita para llegar al sumo esmalte —empezó a decir—; si sabes alguna

noticia positiva de Val di Magra o de su tierra circunvecina, dímela, pues yo era señor de aquel país. Fui llamado Conrado Malaspina, no el antiguo, sino un descendiente suyo, y tuve para con los míos un amor que aquí se purifica[55].

—¡Oh! —le contesté—; no estuve nunca en vuestro país, pero ¿a qué parte de Europa no habrá llegado su fama? La gloria que honra a vuestra casa da tal renombre a sus señores y a la comarca entera, que tiene noticia de ella aun el que no la ha visitado. Y os juro, así pueda llegar a lo alto de este monte, que vuestra honrosa estirpe no pierde la prez que le han conquistado su bolsa y su espada. Sus buenas costumbres y excelente carácter la colocan en tan privilegiado puesto, que, aunque el perverso jefe aparte al mundo del verdadero camino, ella va por el recto sendero despreciando el torcido.

Él replicó:

—Ve, pues; que antes de que el Sol entre siete veces en el espacio que Aries con sus cuatro patas cubre y abarca, esta opinión cortés te será clavada en medio de la cabeza con clavos mayores que lo pueden ser las palabras de otro, si no se cambia el curso de lo dispuesto por la Providencia[56].

CANTO NONO

ANTEPURGATORIO: LA NOCHE EN EL VALLE AMENO. LA VISIÓN DE DANTE: EL ÁGUILA Y LUCÍA. A LA PUERTA DEL PURGATORIO. EL ÁNGEL PORTERO

Ya se acerca la aurora cuando Dante, vencido por el sueño, se queda dormido. Sueña que un águila de oro lo arrebata hacia el fuego y despierta ante la puerta del Purgatorio, donde un ángel les franquea la entrada.

La concubina del viejo Titón, desprendida de los brazos de su dulce amigo, alboreaba ya en los linderos orientales, reluciendo su frente de rica pedrería colocada en la forma del frío animal que sacude a la gente con la cola; y ya por el lugar donde nos hallábamos había dado la Noche dos de los pasos con que asciende y el tercero inclinaba hacia abajo su vuelo, cuando yo, que tenía conmigo la flaqueza de Adán, vencido del sueño, me tendí en la hierba sobre la que estábamos sentados los cinco[57].

A la hora de amanecer, cuando la golondrina empieza sus tristes endechas, quizá en memoria de sus primeros ayes, y cuando nuestro espíritu, más libre de los lazos de la carne y menos asediado de pensamientos, es casi adivino en sus visiones, pareciome ver entre sueños un águila con plumas de oro suspendida en el cielo, con las alas abiertas y preparada para bajar, y creía estar allí donde Ganimedes abandonó a los suyos cuando fue arrebatado a la celestial asamblea[58]. Yo pensaba entre mí: «Quizá este águila tenga la costumbre de cazar aquí solamente y puede ser que en otro sitio se desdeñe de levantar en alto la presa con sus garras». Después me pareció que, dando algunas vueltas, bajaba terrible como un rayo y me arrebataba hasta la esfera del fuego, donde parecía que ardiésemos los dos, y de tal modo me quemaba aquel incendio imaginario que se interrumpió súbitamente mi sueño. No de otra suerte se sobresaltó Aquiles revolviendo en torno suyo sus ojos desvelados y sin saber dónde se encontraba cuando su madre, robándolo a Quirón, lo transportó dormido en sus brazos a la isla de Scyros, de donde lo sacaron después los griegos[59], como me sobresalté yo, apenas huyó el sueño de mi rostro; me puse pálido como el hombre a quien hiela el espanto. A mi lado estaba únicamente mi Protector. El Sol había salido hacía ya más de dos horas, y yo me hallaba con la cara vuelta hacia el mar.

—No temas —dijo mi Señor—; tranquilízate, que estamos en buen lugar. Da rienda suelta a tu vigor, lejos de reprimirlo, pues has llegado ya junto al Purgatorio. Mira allí el muro que lo cerca en derredor y mira la entrada en aquel sitio donde parece estar roto. Durante el alba que precede al día, cuando tu alma dormía dentro del cuerpo sobre las flores que allá abajo adornan el suelo, vino una dama y dijo: «Yo

soy Lucía[60]; déjame coger a ese que duerme y haré que recorra más ágilmente su camino». Sordello se quedó con las otras dos nobles sombras; ella te cogió y cuando fue de día se vino hacia arriba y yo seguí sus huellas. Aquí te dejó, habiéndome antes designado con sus bellos ojos aquella entrada abierta. Después, ella y tu sueño desaparecieron al mismo tiempo.

Me quedé como el hombre que ve sus dudas convertidas en certidumbre y cuyo miedo se trueca en fortaleza cuando le han descubierto la verdad. Mi Guía, viéndome tranquilo, empezó a subir por la calzada y yo seguía tras él hacia lo alto.

Lector: bien ves cómo elevo el objeto de mis cantos; no te admire, pues, si procuro sostenerlo cada vez con más arte[61]. Nos aproximamos hasta llegar al sitio que antes me había parecido una rotura, semejante a la brecha que divide un muro; y vi una puerta a la cual se subía por tres gradas de diferentes colores, y un portero que aún no había proferido palabra alguna. Y como yo abriese cada vez más los ojos, lo vi sentado sobre la grada superior, con tan luminoso rostro que no podía fijar en él mi vista. Tenía en la mano una espada desnuda, que reflejaba sus rayos hacia nosotros de tal modo que en vano intenté fijar en ella mis miradas.

—Decidme desde ahí: ¿qué queréis? —empezó a decir—. ¿Dónde está el que os acompaña? Cuidad que vuestra llegada no os sea funesta.

—Una dama del Cielo, enterada de estas cosas —le respondió mi Maestro—, nos ha dicho hace poco: «Id allí; aquélla es la puerta».

—Ella guíe felizmente vuestros pasos —replicó el cortés portero—. Llegad, pues, y subid estas gradas.

Nos adelantamos: el primer escalón era de mármol blanco, tan bruñido y terso, que me reflejé en él tal como soy; el segundo, más oscuro que el color turquí, era de una piedra calcinada y áspera, resquebrajada a lo largo y de través; el tercero, que gravitaba sobre los demás, me parecía de un pórfido tan rojo como la sangre que brota de las venas[62]. Sobre este último tenía ambas plantas el ángel de Dios, el cual estaba sentado en el umbral, que me pareció formado de diamantes. Mi Guía me condujo de buen grado por los tres escalones, diciendo:

—Pide humildemente que se abra la cerradura.

Me postré devotamente a los pies santos y le pedí por misericordia que abriese, pero antes me di tres golpes en el pecho. Con la punta de la espada me trazó siete veces en la frente la letra «P[63]», y dijo:

—Procura lavar estas manchas cuando estés dentro.

En seguida sacó de debajo de sus vestiduras, que eran del color de la ceniza o de la tierra seca, dos llaves, una de las cuales era de oro y la otra de plata; primero con la blanca y luego con la amarilla hizo en la puerta lo que yo deseaba[64].

—Cuando una de estas llaves falsea y no gira con regularidad en la cerradura —nos dijo—, esta entrada no se abre. Una de ellas es más preciosa, pero la otra requiere más arte e inteligencia antes de abrir, porque es la que mueve el resorte. Pedro me las

dio, previniéndome que más bien me equivocara en abrir la puerta, que en tenerla cerrada, siempre que los pecadores se prosternen a mis pies[65].

Después empujó la puerta hacia el sagrado recinto, diciendo:

—Entrad; mas debo advertiros que quien mira hacia atrás vuelve a salir.

Entonces giraron en sus quicios los espigones de la sacra puerta, que son de metal, macizos y sonoros; y no produjo tanto fragor ni se mostró tan resistente la de la roca Tarpeya cuando fue expulsado de ésta el buen Metelo[66], por lo cual quedó vacía. Yo me volví atento al primer ruido y me pareció oír voces que cantaban al son de dulces acordes: «Te Deum laudamus». Tal impresión hizo en mí aquello que oía como la que ordinariamente se recibe cuando se oye el canto acompañado del órgano, que tan pronto se perciben como dejan de percibirse las palabras.

CANTO DÉCIMO

PRIMER CÍRCULO: LA SOBERBIA. ASCENSO AL PRIMER CÍRCULO. EJEMPLOS DE HUMILDAD, EXPIACIÓN DE LA SOBERBIA

Empiezan a subir por un camino estrecho y ondulante, excavado en la piedra. Las paredes de roca, a uno y otro lado, están adornadas con bajorrelieves que representan historias bíblicas y profanas. Un grupo de almas se les aproxima humildemente, inclinadas bajo el peso de las enormes piedras que transportan. En cada una de las siete cornisas que forman el Purgatorio vamos a encontrar, presentada con diferentes procedimientos, una meditación sobre la culpa que allí se purga y sobre la virtud que se opone a la misma. Aquí vamos a ver esculpidas una serie de historias referidas a la humildad, porque es la cornisa dedicada a la soberbia.

Cuando hubimos traspasado el umbral de la puerta que se abre pocas veces, porque la mala inclinación de las pasiones lo impide haciendo aparecer recta la vía tortuosa, conocí que volvía a cerrarse por el ruido que hizo. Si yo hubiera vuelto mis ojos hacia ella, ¿qué excusa hubiera digna de tal falta? Subíamos por la hendidura de una roca, la cual ondulaba tortuosamente, semejante a la ola que va y viene.

—Aquí —dijo mi Guía— es preciso que tengamos alguna precaución, acercándonos, ya por un lado o por otro, a las ondulaciones de esta hendidura.

Y este cuidado hizo tan lentos nuestros pasos que la Luna llegó a su lecho para acurrucarse antes de que nosotros saliésemos de aquel angosto camino. Mas cuando estuvimos arriba, libres y al descubierto, en el paraje donde se interna el monte, nos encontramos, yo fatigado y ambos inciertos de la dirección que debíamos seguir, en un rellano más solitario que un sendero a través de un desierto. Desde el borde exterior hasta el pie del alto tajo que se alza en la parte interior, aquel rellano sólo tendría de anchura tres veces un cuerpo humano; y hasta donde mis ojos alcanzaban, tanto por la derecha como por la izquierda, parecíame que aquella cornisa era siempre igual. Aún no habíamos dado un paso por aquella vía, cuando observé que el tajo interior y escueto, por el cual no se podía subir, era de mármol blanco y adornado de tan preciosas entalladuras, que no ya Policleto, sino la Naturaleza habría sido superada en comparación con ellas. El ángel que bajó a la Tierra con el decreto de la paz por tantos años suspirada y abrió las puertas del Cielo después de su prolongada clausura, se ofreció a nuestra vista con tanta verdad y en tan dulce actitud esculpido, que no parecía una figura silenciosa, y hubiérase jurado que estaba diciendo «Ave». Porque también estaba allí representada la que dio vuelta a la llave para abrir el Amor

supremo. En su actitud se veían impresas estas palabras: «Ecce ancilla Dei», tan propiamente como aparece una figura sellada en la cera[67].

—No fijes tu atención en un solo punto —me dijo el querido Maestro, que me tenía cerca de sí en el lado en que los hombres tienen el corazón.

Volví el rostro, y hacia la parte en que se encontraba el que movía mis pasos vi después de la de María otra historia esculpida en la roca; y para examinarla mejor pasé al otro lado de Virgilio y me aproximé a ella. Estaban tallados en el mismo mármol el carro y los bueyes conduciendo el Arca Santa que nos ha enseñado que es temible desempeñar un cargo que Dios no ha confiado. Delante de ella veíase alguna gente, dividida en siete coros, que a dos de mis sentidos hacía decir: a uno, «Sí canta», y a otro, «No canta». En igual discordancia ponía a mi vista y a mi olfato el humo del incienso que allí estaba representado. El humilde Salmista, danzando y saltando, precedía al vaso bendito y en aquella ocasión era más que rey y menos que rey. Desde lo alto de un gran palacio que había enfrente, Micol lo contemplaba como mujer despechada y mohína[68]. Moví mis pies del sitio en que se encontraban para examinar de cerca otra historia que resaltaba después de Micol. Allí estaba escrita en piedra la alta gloria del príncipe romano cuya insigne virtud movió a Gregorio para que alcanzase su gran victoria: hablo del emperador Trajano[69]. Asida al freno de su caballo se veía a una viuda, penetrada de dolor y deshecha en lágrimas; en torno suyo aparecía una considerable multitud de caballeros, sobre cuyas cabezas se movían al viento las águilas de oro. La desventurada, metida entre todos ellos, parecía decir:

«Señor, véngame de la muerte de mi hijo, que me ha traspasado el corazón», y él responderle: «Espérate a que yo vuelva»; y ella replicar: «Señor mío, ¿y si no vuelves?». Y él: «Quien ocupe mi lugar te vengará». Y ella: «¿Qué te importa el bien que pueda hacer otro, si te olvidas del que puedes hacer tú?». Y él por último: «Tranquilízate. Es preciso que cumpla con mi deber antes de ponerme en marcha; la piedad me detiene, porque la justicia lo quiere». Aquel que no vio jamás cosa nueva[70] produjo este hablar visible, nuevo para nosotros, porque no se encuentra en la Tierra nada parecido. Mientras yo me deleitaba contemplando aquellas imágenes de tanta humildad, gratas a la vista más que por su belleza por ser quien era su Artífice, el Poeta murmuraba:

—Mira cuántas almas se dirigen hacia acá con paso lento; ellas nos conducirán a las gradas superiores.

Mis ojos, atentos a mirar para ver las novedades de que se mostraban tan ávidos, lo fueron en volverse hacia él. No quiero, ¡oh lector!, que te apartes de tus buenas disposiciones oyendo cómo Dios quiere que se paguen las deudas. No prestes atención a la forma de estas penas, sino a lo que en pos de ellas vendrá; piensa que en el último y peor resultado no pueden prolongarse más allá de la gran sentencia[71]. Yo empecé a decir:

—Maestro, lo que veo dirigirse hacia nosotros no me parecen personas, ni sé lo que es, pues se desvanecen a mi vista.

Me contestó:

—La abrumadora condición de sus tormentos los hace inclinarse de tal modo hacia el suelo que aun mis ojos dudaron al principio; pero mira allí fijamente, descubre con tu vista a los que vienen debajo de esas peñas y podrás juzgar cuál es el tormento de cada uno de ellos.

¡Oh cristianos soberbios, miserables y débiles, que, enfermos de la vista del entendimiento, os fiáis en vuestros pasos, sin ver que camináis hacia atrás! ¿No observáis que somos gusanos nacidos para formar la angelical mariposa que dirige su vuelo sin impedimento hacia la justicia de Dios? ¿Por qué se engríe soberbio vuestro ánimo, cuando sólo sois defectuosos insectos, como crisálidas que no llegan a desarrollarse? Así como, para sostener un piso o un techo, se ve a veces por ménsula una figura cuyas rodillas se doblan hasta el pecho, la cual, con ser fingido su esfuerzo, produce verdadera aflicción en quien la mira, del mismo modo vi yo a aquellas almas cuando las examiné con cuidado. Es cierto que estaban más o menos contraídas, según era mayor o menor el peso que soportaban; pero aun la que más paciente y aliviada se mostraba en sus movimientos parecía decir llorando: «No puedo más».

CANTO UNDÉCIMO

PRIMER CÍRCULO: LA SOBERBIA. ORACIÓN DE LOS SOBERBIOS. UMBERTO ALDOBRANDESCHI, ODERISI DE AGOBBIO, PROVENZANO SALVANI

Las almas se acercan entonando una hermosa paráfrasis del «Padrenuestro». Son los soberbios, que caminan humillados por el peso de las enormes piedras que llevan sobre los hombros. Mientras los acompañan hasta el camino por el que tienen que seguir subiendo, van apareciendo a nuestra vista y explicando su historia y su actual situación algunas de las almas. Nueva y breve referencia a las calamidades que esperan a Dante en el futuro.

«¡Oh Padre nuestro que estás en los cielos, aunque no circunscripto a ellos, sino por el mayor amor que arriba sientes hacia los primeros efectos! Alabados sean tu nombre y tu poder por todas las criaturas, así como se deben dar gracias a todas las emanaciones de tu bondad. Venga a nos la paz de tu reino, a la que no podemos llegar por nosotros mismos, a pesar de toda nuestra inteligencia, si ella no se dirige hacia nosotros. Así como los ángeles te sacrifican su voluntad entonando "¡Hosanna!", deben sacrificarte la suya los hombres. Dadnos hoy el pan cotidiano, sin el cual retrocede por este áspero desierto aquel que más se afana por avanzar. Y así como nosotros perdonamos a cada cual el mal que nos ha hecho padecer, perdónanos tú, benigno, sin mirar a nuestros méritos. No pongas a prueba nuestra virtud, sino líbranos de quien la instiga de tantos modos. No hacemos, ¡oh Señor amado!, esta última súplica por nosotros, pues ya no tenemos necesidad de ella, sino por los que tras de nosotros quedan».

De esta suerte, pidiendo para ellas y para nosotros un feliz viaje, iban aquellas almas soportando su carga, semejante a la que a veces cree uno llevar cuando está soñando. Desigualmente cargadas y desfallecidas caminaban alrededor del primer círculo, a fin de purificarse de las vanidades del mundo. Si desde allí siempre se ruega por nosotros, ¡qué no podrán decir y hacer por ellas desde aquí los que a su voluntad reúnen la gracia divina[72]!. Es preciso ayudarles a lavarse las manchas que del mundo llevaron, para que puedan llegar, limpias y ágiles, hasta las estrelladas esferas.

—¡Ah! Que la justicia y la piedad os alivien pronto de vuestro peso, de modo que podáis desplegar las alas y elevaros según vuestro deseo; mostradnos por qué lado se va más pronto hacia la escala, y si hay más de un camino, enseñadnos cuál es el menos pendiente, pues este que viene conmigo es muy tardo en subir a causa de la carne de Adán de que está revestido.

No pudimos averiguar de quién procedían las palabras que respondieron a estas que había proferido aquel a quien yo seguía; pero contestaron:

—Venid con nosotros, a mano derecha, por la orilla, y encontraréis un sendero por donde puede subir una persona viva. Y si no me lo impidiera este peñasco, que doma mi soberbia cerviz y me obliga a llevar la cabeza baja, miraría a ese que vive aún y no se nombra, para ver si lo reconozco y para excitar su piedad por mi suplicio. Yo fui latino e hijo de un gran toscano: mi padre fue Guillermo Aldobrandeschi; no sé si habréis oído alguna vez su nombre. La antigua nobleza y las brillantes acciones de mis antepasados me hicieron tan arrogante, que no pensando en nuestra madre común, tuve tanto desprecio hacia los demás hombres, que este mismo desprecio causó mi muerte, como lo saben los seneses y como saben en Campagnatico hasta los niños. Yo soy Umberto, y no es a mí solamente a quien ha perjudicado mi orgullo, sino que también ha acarreado la desgracia a todos mis parientes[73]. Por mis pecados me veo en la presión de soportar aquí este peso, hasta dejar a Dios satisfecho. Ya que no lo hice entre los vivos, debo hacerlo entre los muertos.

Al oírlo, bajé la cabeza; y uno de ellos, que no era el que hablaba, se volvió bajo el peso que lo agobiaba; me vio, conociome y me llamó, teniendo los ojos fijos con gran trabajo en mí, que caminaba inclinado junto a ellos.

—¡Oh! —le dije—, ¿no eres tú Oderisi, honor de Gubbio y de aquel arte que llaman de iluminar en París?

—Hermano —me dijo—, más agradan los dibujos que ilumina Francesco Bolognese. Ahora todo el honor es suyo, si bien yo participo en él. No hubiera yo sido en vida tan generoso, a causa del gran deseo de sobresalir en mi arte que dominaba mi corazón. De tal soberbia aquí se paga la pena; y estoy aquí, gracias a que cuando aún podía pecar, volví mi alma a Dios. ¡Oh vanagloria del ingenio humano! ¡Cuán poco dura tu lozano verdor cuando no alcanza épocas de ignorancia! Creía Cimabue ser árbitro en el campo de la pintura y ahora es a Giotto a quien se aclama, de modo que ha quedado oscurecida la fama de aquél. De igual modo un Guido ha despojado a otro de la gloria de la lengua, y acaso ha nacido ya quien arroje a los dos de su nido. El rumor del mundo no es más que un soplo, que tan pronto viene de un lado como de otro y cambia de nombres lo mismo que cambia de sitios. De aquí a mil años no será mayor tu fama si mueres viejo que si hubieras muerto siendo niño, antes de dejar la papilla y el sonajero. Ese espacio de tiempo, comparado con la eternidad, es mucho más corto que un abrir y cerrar de ojos respecto al círculo que más lentamente se mueva en el cielo[74]. En toda la Toscana resonó el nombre de ese que va caminando paso a paso delante de mí, y ahora apenas se lo menciona en Siena, de donde era señor cuando fue destruida la ira florentina, que en aquel tiempo era tan altanera como ahora es prostituta. Lo que entre los vivientes llamáis fama es semejante al color de la hierba, que viene y va, y el sol que las decolora es el mismo que ha hecho brotar sus tiernos tallos.

Le contesté:

—Tus verídicas palabras infunden en mi corazón una buena humildad y abaten mi hinchazón; pero ¿quién es ese del que hablabas ahora?

—Ése —me respondió— es Provenzano Salvani; está aquí porque tuvo la presunción de reunir en su mano todo el gobierno de Siena[75]. Ha marchado y continúa marchando sin reposo desde que murió, pues en tal moneda paga quien allá se ha mostrado demasiado audaz.

Le repliqué:

—Si un espíritu que, para arrepentirse, aguarda al final de su vida, permanece en la parte inferior de la montaña, y a no ser que lo ayude una ferviente oración no sube hasta este sitio hasta haber transcurrido un espacio de tiempo igual al que vivió, ¿cómo es que se le ha permitido a ése llegar hasta aquí?

—Cuando vivía en medio de su mayor gloria —dijo—, se presentó en la plaza de Siena deponiendo toda vanidad, y allí, para librar a un amigo suyo del cautiverio que sufría en la prisión de Carlos[76], se portó de modo que temblaban todas sus venas por la vergüenza. No te diré más; sé que te hablo en términos oscuros; pero no transcurrirá mucho tiempo sin que tus conciudadanos obren de modo que te permitirá penetrar el sentido de mis palabras[77]. Esta acción le ha valido traspasar la puerta del Purgatorio.

CANTO DUODÉCIMO

CÍRCULO PRIMERO: LA SOBERBIA, EJEMPLOS DE SOBERBIA CASTIGADA. EL ÁNGEL DE LA HUMILDAD. ASCENSO AL SEGUNDO CÍRCULO

Siguen avanzando, todavía en el primer círculo, por un camino cuyas losas están adornadas con relieves en los que se representan ejemplos de soberbia, sobre los que los dos viajeros van pisando, humillando así la soberbia, en claro contraste con los relieves que hemos encontrado anteriormente, ejemplos de humildad, que estaban esculpidos en las paredes y que, por tanto, no eran pisados. Un ángel los conduce a la escalera por la que subirán a la siguiente cornisa.

Unidos, como bueyes bajo el yugo, íbamos aquella alma cargada y yo, mientras lo permitió mi amado pedagogo; pero cuando dijo: «Déjalo y sigue, que aquí conviene que cada cual dé cuanto impulso pueda a su barca con la vela y con los remos», erguí mi cuerpo como debe andar el hombre, por más que mis pensamientos continuaran siendo humildes y sencillos. Ya estaba yo en marcha, siguiendo gustoso los pasos de mi Maestro, y ambos hacíamos alarde de nuestra agilidad, cuando él me dijo:

—Mira hacia abajo, pues para que sea menos penoso el camino te convendrá ver el suelo en que se asientan tus plantas.

Del modo que las sepulturas tienen esculpido en signos emblemáticos lo que fueron los muertos enterrados en ellas, para perpetuar su memoria, por lo cual muchas veces arranca lágrimas allí el aguijón del recuerdo, que sólo punza a las almas piadosas, de igual suerte, pero con más propiedad y perfecto artificio, vi yo cubierto de figuras todo el suelo de aquella vía que avanza fuera del monte. Veía, por una parte, a aquel que fue creado más noble que las demás criaturas, cayendo desde el Cielo como un rayo. Veía en otro lado a Briareo, herido por el dardo celestial, yaciendo en el suelo y oprimiéndolo con el peso de su helado cuerpo. Veía a Timbreo, a Palas y a Marte, armados aún y en derredor de su padre, contemplando los esparcidos miembros de los Gigantes. Veía a Nemrod al pie de su gran obra, mirando con los ojos extraviados a los que fueron en Senaar soberbios como él. ¡Oh Níobe, con cuán desolados ojos te veía representada en aquel camino, entre tus siete hijos exánimes! ¡Oh Saúl, cómo te me aparecías allí, atravesado por tu propia espada y muerto el Gelboé, que desde entonces no volvió a recibir la lluvia ni el rocío! Con igual evidencia te veía, ¡oh loca Aracne!, ya medio convertida en araña y triste sobre los rotos pedazos de la obra que labraste por desgracia tuya. ¡Oh Roboam! Allí no estabas ya representado con aspecto amenazador, sino lleno de espanto y huyendo en tu carro, antes de que otros te expulsasen de tu reino. Mostrábase además en aquel duro pavimento de qué modo Alcmeón hizo pagar caro a su madre el desastroso

adorno; cómo los hijos de Senaquerib se arrojan sobre su padre dentro del templo, dejándolo allí muerto; la destrucción y el cruel estrago que hizo Tomiris, cuando dijo a Ciro: «Tuviste sed de sangre; pues bien, yo te harto de ella». Y también vi la derrota de los asirios, después de la muerte de Holofernes y el destrozo de su ejército fugitivo. Veíase a Troya convertida en cenizas y en ruinas. ¡Oh Ilión, cuán abatida y despreciable te representaba la escultura que allí se distinguía[78]!. ¿Quién fue el maestro cuyo pincel o buril trazó tales sombras y actitudes que causarían admiración al más agudo ingenio? Allí los muertos parecían muertos y los vivos realmente vivos. El que presenció los hechos no vio mejor que yo la verdad de las escenas que fui pisando mientras caminaba inclinado. Así, pues, hijos de Eva, ensoberbeceos; marchad con la mirada altiva y no inclinéis el rostro de modo que no podáis ver el mal sendero.

Habíamos dado ya una gran vuelta por el monte y el Sol estaba mucho más adelantado en su camino de lo que nuestro absorto espíritu creyera, cuando aquel que siempre andaba cuidadoso empezó a decir:

—Levanta la cabeza; no es tiempo de ir tan pensativo. He allí un ángel que se prepara a venir hacia nosotros, y ve también que se retira del servicio del día la sexta esclava[79]. Reviste de reverencia tu rostro y tu actitud a fin de que le plazca conducirnos más arriba: piensa en que este día no volverá jamás a lucir.

Estaba yo tan acostumbrado por sus amonestaciones a no desperdiciar el tiempo, que su lenguaje con respecto a este punto no podía parecerme oscuro. La hermosa criatura venía en nuestra dirección, vestida de blanco y centelleando su rostro como la estrella matutina. Abrió los brazos y después las alas, diciendo:

—Venid; cerca de aquí están las gradas y puede subirse fácilmente por ellas. ¡Qué pocos acuden a esta invitación! ¡Oh raza humana, nacida para remontar el vuelo!, ¿por qué el menor soplo de viento te hace caer[80]?.

Nos condujo hacia donde la roca estaba cortada, y allí agitó sus alas sobre mi frente, permitiéndome luego seguir con seguridad el camino. Así como, para subir al monte donde está la iglesia que, a mano derecha y más arriba del Rubaconte, domina la bien gobernada ciudad, se modera la rápida pendiente por medio de las escaleras hechas en otro tiempo, cuando estaban seguros los documentos y las medidas oficiales[81], así también aquí, de un modo semejante, se templa la aspereza de la escarpada cuesta que desciende casi a plomo desde el otro círculo; pero es preciso pasar rozando por ambos lados con las altas rocas. Mientras nos internábamos en aquella angostura oímos voces que cantaban «Bea ti pauperes spiritu», de tal manera que no podría expresarse con palabras. ¡Ah! ¡Cuán diferentes de los del Infierno son estos desfiladeros! Aquí se entra oyendo cánticos, y allá, horribles lamentos. Subíamos ya por la escalera santa y me parecía ir más ligero por ella que antes iba por el camino llano; lo que me obligó a exclamar:

—Maestro, ¿de qué peso me han aliviado, pues ando sin sentir apenas cansancio alguno?

Respondiome:

—Cuando las «P» que aún quedan en tu frente casi borradas hayan desaparecido enteramente como ya ha desaparecido una de ellas, tus pies obedecerán tan sumisos a tu voluntad que, lejos de sentir el menor cansancio, sentirán placer en moverse.

Al oír esto hice como los que llevan algo en la cabeza y no lo saben, pero lo sospechan por los ademanes de los otros, que procuran acertarlo con ayuda de la mano, la cual busca y encuentra y desempeña el oficio que no es posible encomendar a la vista: extendí los dedos de la mano derecha y sólo encontré seis de las letras que el Ángel de las llaves había grabado en mi frente. Y al ver lo que yo hacía se sonrió mi Maestro.

CANTO DECIMOTERCERO

SEGUNDO CÍRCULO: LA ENVIDIA. EJEMPLOS DE CARIDAD. SAPÍA DE SIENA

Avanzando por la segunda terraza, de los envidiosos, y tras cruzarse con algunos espíritus en vuelo, se encuentran un grupo de almas apoyadas en las rocas y casi confundidas con ellas, vestidas de humildes hábitos.

Habíamos llegado a lo alto de la escala, donde por segunda vez se adelgaza la montaña destinada a la purificación de los que suben por ella[82]. También allí la ciñe en derredor un rellano como el primero, sólo que el arco de su circunferencia es más corto. En él no hay esculturas ni nada parecido, y así el ribazo interior como el camino presentan al desnudo el color lívido de la piedra.

—Si esperamos aquí a alguien para preguntarle hacia qué lado hemos de seguir —decía el Poeta—, temo que tardaremos mucho en decidirnos.

Dirigió luego la vista fijamente hacia el Sol; afirmó en el pie derecho el centro de rotación e hizo girar su costado izquierdo[83].

—¡Oh dulce luz, en la que confío para entrar por el nuevo camino! Condúcenos —decía— como conviene ser conducidos por este lugar. Tú das calor al mundo, tú lo iluminas; tus rayos, pues, deben servir siempre de guía, a menos que otra razón disponga lo contrario[84].

Ya habíamos recorrido en poco tiempo y merced a nuestra activa voluntad un trayecto como el que acá en la tierra se cuenta por una milla, cuando sentimos volar hacia nosotros, pero sin verlos, algunos espíritus que, hablando, invitaban cortésmente a tomar asiento en la mesa del amor. La primera voz que pasó volando decía indistintamente «Vinum non habent», y se alejó repitiéndolo por detrás de nosotros. Antes de que dejara de percibirse enteramente a causa de la distancia, pasó otra gritando «Yo soy Orestes», y tampoco se detuvo.

—¡O Padre! —dije yo—, ¿qué voces son ésas?

Y mientras eso preguntaba, oímos una tercera que decía «Amad a los que os han hecho daño[85]». El buen Maestro me contestó:

—En este círculo se castiga la culpa de la envidia, y por eso las cuerdas del castigo son movidas por el amor. El freno de ese pecado debe producir diferente sonido; y creo que lo oirás, según me parece, antes de que llegues al paso del perdón[86]. Pero fija bien tus miradas a través del aire y verás algunas almas sentadas delante de nosotros, apoyándose todas a lo largo de la pared de roca.

Entonces abrí los ojos más que antes, miré hacia delante, y vi sombras con mantos cuyo color no era diferente del de la piedra. Y luego que hubimos avanzado algo más oí exclamar: «María, ruega por nosotros» y «Miguel y Pedro y todos los

santos, ¡rogad!». No creo que hoy exista en la tierra un hombre tan duro que no se sintiese movido de compasión hacia lo que vi en seguida, pues cuando llegué junto a las almas y pude observar sus actos claramente brotó de mis ojos un gran dolor. Me parecían cubiertas de pobres vestimentas, cada cual se sostenía a otra con la espalda y todas lo estaban a su vez por la roca, como los ciegos a quienes falta la subsistencia se colocan a la puerta de la iglesia y solicitan el socorro de sus necesidades, apoyando cada uno su cabeza sobre la de otro, para excitar más pronto la compasión, no por medio de sus palabras, sino por su aspecto, que no contrista menos. Y del mismo modo que el Sol no llega hasta los ciegos, así también la luz del Cielo no quiere mostrarse a estas sombras de las que hablo, pues todas tenían los párpados cosidos con alambre, como se hace con los gavilanes salvajes para domesticarlos[87].

Mientras iba andando me parecía inferir una ofensa, viendo a los otros sin poder ser visto por ellos; por lo cual me volví hacia mi prudente Consejero. Bien sabía él lo que quería significar mi silencio; así es que no esperó mi pregunta, sino que me dijo:

—Habla y sé breve y sensato.

Virgilio caminaba a mi lado por aquella parte de la calzada desde donde se podía caer, pues no estaba resguardada por ningún pretil; hacia mi otro lado estaban las devotas sombras, las cuales lanzaban con tanta fuerza sus lágrimas a través de su horrible costura, que bañaban con ellas sus mejillas. Me dirigí a ellas y dije:

—¡Oh gente segura de ver la más alta luz del Cielo, único fin a que aspira vuestro deseo! Así la gracia disipe pronto las impurezas de vuestra conciencia, de tal suerte que fluya por ella puro y claro el río de vuestra mente: decidme (lo que me será muy dulce y grato) si entre vosotras hay algún alma que sea latina, a quien quizá podrá serle útil que yo la conozca.

—¡Oh hermano mío! Todas nosotras, almas, somos ciudadanas de esta única y verdadera ciudad; pero tú querrás decir si hay alguna que, en vida, haya peregrinado por Italia.

Estas palabras creí percibir en respuesta a las mías, pronunciadas algo más adelante del sitio en que me encontraba, por lo cual me hice oír de nuevo un poco más allá. Entre las demás sombras vi una que parecía estar a la expectativa; y si alguien se pregunta cómo podía insinuarse le diré que levantando en alto la cabeza, como hacen los ciegos.

—Espíritu —le dije—; si eres aquel que me ha respondido, dame cuenta de tu país y de tu nombre.

—Yo fui senesa —respondió— y estoy aquí con estos otros purificando mi vida culpable y suplicando con lágrimas a Aquel que debe concedernos que Lo veamos. No fui sabia, por más que me llamaron «Sapía» y me alegraron más los males ajenos que mis propias venturas. Y porque no creas que te engaño, oye si fui tan necia como ahora te digo. Descendía ya por la pendiente de mis años cuando mis conciudadanos se encontraron cerca de Colle a la vista de sus adversarios, y yo rogaba a Dios lo mismo que Él quería. Fueron destrozados y reducidos en aquel sitio al paso amargo

de la fuga; y al ver aquella caza tuve tal contento que ningún otro podría igualársele. Mientras tanto, elevaba al Cielo mi atrevida faz, gritando a Dios: «Ahora ya no te temo», como hizo el mirlo engañado en el invierno por algunos días apacibles. Hacia el fin de mi vida quise reconciliarme con Dios; y aún no habría comenzado a pagar mi deuda por medio de la penitencia si no me hubiera tenido presente en sus oraciones Pedro Petinagno, que se apiadó de mí movido por su caridad[88]. Pero ¿quién eres tú, que vas informándote de esta suerte de nuestra condición, con los ojos libres, según creo, y que hablas respirando?

—También estarán mis ojos cosidos aquí —le dije—, pero por poco tiempo; pues el delito que cometí mirando con ellos envidiosamente ha sido pequeño. Mucho más miedo infunde a mi alma el castigo de la soberbia, que se purga aquí abajo, pues ya siento gravitar sobre mis hombros el peso de que van cargados los que allí están[89].

Ella me preguntó:

—¿Quién te ha conducido, pues, aquí arriba, entre nosotros, si crees volver abajo?

Contestele:

—Ese que está conmigo y no pronuncia palabra. Vivo estoy; por lo cual dime, espíritu elegido, si quieres que en la Tierra mueva en tu favor aún los pies mortales.

—¡Oh!, eso sí que es una cosa nunca oída —repuso— y una gran señal de que Dios te ama. Ruégote, por tanto, que me auxilies en tus oraciones y te suplico por aquello que más desees que, si vuelves a pisar la tierra de Toscana, me pongas en buen lugar con mis parientes. Los verás entre aquella gente vana que confía en Talamonte, y esa esperanza, más descabellada que la de encontrar a Diana, los perderá[90]; pero los que creen que los seneses tendrán puerto de mar y poseerán una flota, perderán más aún.

CANTO DECIMOCUARTO

SEGUNDO CÍRCULO: LA ENVIDIA. GUIDO DEL DUCA Y RINIERI DE CALBOLO. LA ROMAÑA DEL 1300. EJEMPLOS DE ENVIDIA CASTIGADA

Seguimos en el mismo círculo, donde encontramos nuevos ejemplos de envidia.

—¿Quién es ese que gira en torno a nuestro monte antes de que la muerte lo haya hecho emprender su vuelo y que abre y cierra sus ojos según su voluntad?

—Ignoro quién sea; pero sé que no va solo. Pregúntale tú, que estás más próximo a él y trátalo con dulzura, de modo que se preste a hablar.

Así razonaban a mi derecha dos espíritus, apoyado uno contra otro; después levantaron la cabeza para dirigirme la palabra y uno de ellos dijo:

—¡Oh alma que, encerrada aún en tu cuerpo, te encaminas hacia el Cielo! Consuélanos por caridad y dinos de dónde vienes y quién eres, pues la gracia que de Dios has recibido nos causa el asombro que produce una cosa que no ha existido jamás.

Yo les contesté:

—Por en medio de la Toscana serpentea un riachuelo que nace en Falterona y al que no le bastan cien millas de curso; a orillas de ese río he recibido mi persona. Deciros quién soy yo sería hablar en vano, porque mi nombre aún no es muy conocido.

—Si he penetrado bien tu entendimiento con el mío —me respondió el que me había preguntado—, hablas del Arno.

Y el otro le dijo:

—¿Por qué ocultas el nombre de aquel río como se hace con una cosa horrible?

Y la sombra a quien le preguntaban esto respondió como debía:

—No lo sé; pero es muy digno de desaparecer el nombre del tal valle, porque desde su origen (donde la alpestre cordillera de que está desprendido el Peloro es tan copiosa de aguas, que en pocos sitios lo sería más) hasta el punto en que restituye lo que las nubes habían sacado del mar, a quien deben los ríos el caudal que va con ellos, todos sus pobladores, enemistados con la virtud, la persiguen como a una serpiente, ya sea por desventura del país o ya por una mala costumbre que los arrastra. Por lo cual tienen los habitantes de aquel mísero valle tan pervertida su naturaleza, que parece que Circe los haya apacentado. Aquel río lleva primero su débil curso por entre sucios puercos, más dignos de bellotas que de otro alimento condimentado para uso de los humanos. Llegando abajo, encuentra viles gozquecillos, más rabiosos de lo que les permite su fuerza y a quienes tuerce con desdén el hocico. Va descendiendo y cuanto más acrecienta su caudal tantos más

perros encuentra convertidos en lobos en aquel maldecido y desdichado valle. Bajando luego por entre profundas gargantas, tropieza con las engañosas zorras, que no temen lazo que pueda cogerlas. No he de dejar de decirlo, aunque haya alguien que me oiga; y le convendrá a ése, con tal que se acuerde de lo que la verdad me hace decir[91]. Veo a tu nieto, que se convierte en cazador cruel de aquellos lobos sobre la orilla del feroz río y a todos los atemoriza. Vende por dinero su carne, aun estando viva; después los mata como si fuesen bueyes viejos, y quita a muchos la vida y a sí mismo el honor. Ensangrentado sale de la triste selva, dejándola de tal modo que de aquí a mil años no volverá a su estado primitivo.

Como al anuncio de futuros males se turba el rostro del que lo escucha, venga de donde quiera el peligro que lo amenace, así vi yo turbarse y entristecerse a la otra alma que estaba escuchando, apenas hubo recapacitado sobre aquellas palabras. El lenguaje de la una y el rostro de la otra excitaban en mí el deseo de saber sus nombres. Híceles entre ruegos esta pregunta, y el espíritu que antes me había hablado repuso:

—Quieres que yo condescienda en hacer por ti lo que tú no quieres hacer por mí; pero, pues Dios permite que se trasluzca tanto su gracia en ti, no dejaré de satisfacer tus deseos. Sabe, pues, que soy Guido del Duca; de tal modo abrasó la envidia mi sangre, que cuando veía un hombre feliz hubieras podido contemplar la lividez de mi rostro. Por eso ahora siego la mies de mi simiente. ¡Oh raza humana!, ¿por qué pones tu corazón en lo que requiere una posesión exclusiva? Este es Rinieri, honra y prez de la casa de Calboli, la cual no ha tenido después ningún heredero de sus virtudes. Y no es sólo su descendencia la que, entre el Po y los montes, el mar y el Reno, se encuentra hoy despojada de los bienes que entrañan la verdad y subliman el ánimo; pues dentro de esos límites todo el terreno está cubierto de plantas venenosas, de tal modo que tarde podrá volvérsele a poner en cultivo. ¿Dónde están el buen Licio y Enrique Manardi, Pedro Traversaro y Guido de Carpigna? ¡Oh romañolos, raza bastardeada! ¿Cuándo nacerá en Bolonia un nuevo Fabbro? ¿Cuándo en Faenza echará raíces otro Bernardino di Fosco, hermoso tronco salido de una insignificante semilla? No te asombres, toscano, si ves que lloro al recordar a Guido de Prata y a Ugolino de Azzo, que vivió entre nosotros; a Federico Tignoso y a todos los suyos; a la familia Traversara y a los Anastagi, casas ambas que están hoy desprovistas de la virtud de sus mayores[92]; no te extrañe mi duelo al recordar a las damas y a los caballeros, las empresas y la nobleza que inspiraban amor y cortesía allí, donde ahora han llegado a ser tan depravados los corazones[93]. ¡Oh Brettinoro!, ¿por qué no desapareciste cuando tu antigua familia y muchos de tus habitantes huyeron para no ser culpables? Bien hace Bagnacaval en no reproducirse; y, por el contrario, hace mal Castrocaro, y peor Conio, que se empeña en procrear tales condes. Los Pagani se portarán bien cuando huya el demonio, pero no tanto que consigan dejar de sí un buen recuerdo. ¡Oh Ugolino de Fantoli!, tu nombre está bien seguro, pues no es de esperar que haya nadie que, por degenerado que sea, pueda sobrepasarte. Pero

déjame, toscano, que ahora me son más gratas las lágrimas que las palabras: tanto es lo que me ha oprimido la mente nuestra conversación[94].

Sabíamos que aquellas almas queridas nos oían andar y, pues que callaban, debíamos estar seguros del camino que seguíamos. Luego que andando nos encontramos solos llegó directamente a nosotros una voz, que hendió el aire como un rayo diciendo: «El que me encuentre debe darme la muerte»; y huyó como el trueno que se aleja cuando de pronto se desgarra la nube. Apenas cesamos de oírla, percibimos otra, la cual retumbó con gran estrépito, semejante al trueno que sigue inmediatamente al relámpago: «Yo soy Aglauro, que me convertí en piedra[95]». Entonces, para unirme más al Poeta, di un paso hacia atrás y no hacia adelante. Ya se había calmado el aire por todas partes, cuando él me dijo:

—Aquél fue el duro freno que debería contener al hombre en sus límites; pero mordéis tan fácilmente el cebo que os tiende en su anzuelo el antiguo adversario, sirviéndoos de poco el freno o reclamo… El Cielo os llama y gira en torno vuestro mostrándoos sus bellezas, y sin embargo vuestras miradas se dirigen siempre hacia la Tierra. Por lo cual os castiga Aquel que lo ve todo.

CANTO DECIMOQUINTO

SEGUNDO CÍRCULO: LA ENVIDIA. EL ÁNGEL DEL AMOR FRATERNAL. ASCENSO AL TERCER CÍRCULO. LA IRA. VISIONES DE MANSEDUMBRE. CASTIGO DE LOS IRACUNDOS

Reflexiones sobre la envidia. Al entrar en el tercer círculo, residencia de los que purgan sus pecados de iracundia, Dante tiene, durante una especie de sopor, unas visiones que ejemplifican la mansedumbre, virtud contraria al pecado que aquí se purga.

Caminando ya el Sol hacia la noche, parecía quedarle por recorrer tanto espacio como el que media entre el principio del día y el punto donde aquél señala el término de la hora tercia en la esfera que, cual niño inquieto, se mueve continuamente: allí era ya la tarde y aquí medianoche[96]. Los rayos solares nos herían de lleno en el rostro, porque habíamos dado la vuelta en derredor de la montaña e íbamos directamente hacia el ocaso; cuando sentí que el resplandor deslumbraba mis ojos mucho más que antes y, siéndome desconocida la causa, me quedé estupefacto. Levanté las manos y me formé con ellas una sombra encima de las cejas como protección contra el exceso de luz. Como cuando en el agua o en el espejo rebota el rayo luminoso, elevándose al lado opuesto de idéntica manera a como desciende, y desviándose por ambas partes a igual distancia de la caída de la piedra, según demuestran la experiencia y el arte, así me pareció ser herido por una luz que delante de mí se reflejaba, por lo cual aparté de ella presurosamente los ojos[97].

—¿Qué es aquello, amado Padre, de que no puedo, por más que haga, resguardar mi vista —dije—, y que parece venir hacia nosotros?

—No te asombres si los ángeles del Cielo te deslumbran todavía —me respondió —; es uno de ellos que viene a invitar a un alma para que suba. En breve no sólo podrás contemplar estas cosas sin molestias, sino que te serán tanto más deleitables cuando más dispuesta esté tu naturaleza para sentirlas.

Luego que llegamos cerca del ángel bendito, con agradable voz nos dijo: «Entrad por aquí a una escalera que es menos empinada que las otras». Subíamos ya, dejando en pos de nosotros aquel círculo, cuando oímos cantar a nuestra espalda: «Beati misericordes» y «Regocíjate tú que triunfas[98]». Mi Maestro y yo ascendíamos solos y yo pensaba entre tanto sacar provecho de sus palabras, por lo que, dirigiéndome a él, le pregunté:

—¿Qué quiso decir el espíritu de la Romaña al hablar de lo que requiere una posesión exclusiva?

Respondiome:

—Guido del Duca conoce ahora el daño que causa su principal pecado: por eso lo condena, para que aprendáis con su ejemplo y no tengáis que pagar por una culpa semejante. Porque si vuestros deseos se cifran en bienes que puedan disminuirse dando a otros participación en ellos, la envidia excita a vuestros pulmones al suspiro; pero si el amor de la suprema esfera dirigiese hacia el Cielo vuestros deseos, no abrigaríais tal temor en vuestro corazón. Pues cuanto más se dice en el Cielo «lo nuestro» tanto mayor es el bien que posee cada cual y mayor caridad arde en aquel recinto[99].

—Menos contento estoy que si me hubiese callado —dije— y ahora ofuscan más dudas mi mente. ¿Cómo puede ser que un bien distribuido entre muchos haga más ricos a sus poseedores?

A lo que me contestó:

—Por fijar siempre tu pensamiento en las cosas terrenales deduces oscuridad y error de las claras verdades que te muestro. Aquel bien infinito e inefable que está arriba se lanza hacia el amor, como un rayo de luz sobre un cuerpo brillante, comunicándose tanto más cuanto mayor es el ardor que encuentra; de modo que la eterna virtud crece sobre la caridad a medida que ésta se aumenta. Por lo cual, cuanto mayor número de almas se dirige a él, tanto más amor hay allá arriba y más se ama allí, reflejándose este amor de una en otra alma como la luz entre dos espejos. Si no te satisfacen mis razones, ya verás a Beatriz y ella acallará por completo ese deseo y cualquier otro que tengas. Avanza, pues, para que pronto desaparezcan, como ya han desaparecido dos, esas cinco señales con que te marcó el ángel y que sólo se borran por medio de lágrimas.

Cuando iba a decir: «Me has dejado satisfecho», observé que habíamos llegado a otro círculo, por lo cual, ocupado en pasear por él mis anhelantes miradas, guardé silencio. Allí me pareció que era súbitamente arrebatado en éxtasis y que veía un templo con muchas personas y una mujer a la entrada de él exclamando, en la dulce actitud de una madre: «Hijo mío, ¿por qué has obrado así con nosotros? Tu padre y yo te buscábamos angustiados[100]». Cuando se calló, desapareció lo que antes se me había aparecido. Después se ofreció a mi vista otra mujer, por cuyas mejillas se deslizaba aquel agua que destila el dolor cuando procede de un gran despecho contra otro. Ésta decía: «Si eres señor de la ciudad cuyo nombre originó tanta contienda entre los hombres y en la que toda ciencia destella, véngate de los atrevidos brazos que abrazaron a nuestra hija, ¡oh Pisístrato!». Y este señor bondadoso y clemente le respondía con rostro sereno: «¿Qué haremos con quien nos quiere mal si condenamos al que nos ama?»[101]. Después vi a varios hombres abrasados por la ira, matando a pedradas a un joven y diciéndose a grandes gritos unos a otros «¡Martirízalo, martirízalo!»[102]. Y lo contemplaba encorvado hacia el suelo bajo el peso de la muerte, que ya lo derribaba, pero haciendo de sus ojos puertas para llegar al Cielo y rogando al Señor, en medio de aquel martirio y con aquel aspecto que excita a la piedad, que perdonase a sus perseguidores. Cuando mi alma volvió a contemplar las

cosas reales que ante mí había, me di cuenta que había estado soñando cosas, aunque lo que soñaba era verdad. Mi Guía, que me veía hacer lo que un hombre que sale de un sueño, me dijo:

—¿Qué tienes, que no puedes sostenerte? Has andado más de media legua con los ojos cerrados y con paso vacilante, como el que está dominado por el vino o por el sueño.

—¡Oh amado padre mío! —dije yo—; si me prestas atención te diré lo que se me ha aparecido mientras mis piernas vacilaban.

Y él a su vez:

—Aunque tuvieras cien máscaras que ocultaran tu rostro adivinaría yo hasta tus menores pensamientos. Lo que has visto te ha sido revelado para que no te excuses de abrir el corazón al agua de la paz, que mana de la fuente eterna[103]. Te he preguntado qué te ocurría no porque me dijeras lo que hace el que tiene los ojos entornados cuando se ha apoderado algún sopor de su cuerpo, sino para que tus pies recobrasen fuerzas. Es preciso estimular así a los perezosos, demasiado lentos en emplear el tiempo de sus vigilias, cuando, una vez despiertos, recobran el imperio de su voluntad.

Seguíamos nuestro camino cuando ya oscurecía, mirando atentamente lo más que podían nuestros ojos por entre los luminosos rayos vespertinos, cuando vimos adelantarse poco a poco hacia nosotros una humareda oscura como la noche, sin que hubiese por allí un sitio donde guarecerse de ella, y que nos privó del uso de la vista y del aire puro.

CANTO DECIMOSEXTO

TERCER CÍRCULO: LA IRA. MARCO LOMBARDO. DEL LIBRE ALBEDRÍO. DE LA CORRUPCIÓN DEL MUNDO. CONRADO DE PALAZZO, GHERARDO DA CAMMINO, GUIDO DI CASTELLO, GAYA

Siguen avanzando, envueltos en un humo que impide la vista. Explicación de la corrupción del mundo y culpabilidad de los hombres, en un parlamento de Marco Lombardo en que hay claramente diferenciadas tres partes: 1) premisa filosófica en la que se demuestra la necesidad del libre albedrío; 2) gobierno de la humanidad confiado a los dos poderes que, al estar hoy confundidos en uno solo (Papado), no pueden cumplir su misión, sirviendo, además, de mal ejemplo; y 3) se prueba la decadencia actual con el caso concreto de Italia.

La oscuridad del Infierno o la de la noche privada de toda estrella, entenebrecida por las nubes hasta lo sumo, no echarían sobre mi vista un velo tan denso como aquel humo que nos envolvió, siendo tal la sensación de su punzante aspereza que no podían los ojos permanecer abiertos. Por lo cual, mi sabio y fiel acompañante se acercó a mí, ofreciéndome su apoyo. Como va el ciego detrás de su lazarillo para no extraviarse ni tropezar en algo que le ofenda o acaso le origine la muerte, así caminaba yo a través de aquel aire sucio y acre, atento a la voz de mi Guía, que iba diciendo: «Cuida de no apartarte de mí». Oía yo voces, cada una de las cuales parecía rogar a fin de obtener paz y misericordia del Cordero de Dios que quita los pecados. El principio de su oración era solamente «Agnus Dei»; todos pronunciaban estas palabras a un mismo tiempo y con tan igual tono que parecía existir entre ellos una perfecta concordia.

—Maestro —dije—, ¿son espíritus estos que oigo?

—Lo has acertado —contestó—; van purgando el pecado de la ira.

—¿Quién eres tú, que hiendes nuestro humo, y hablas de nosotros como si contaras aún el tiempo por calendas[104]?.

De esta suerte habló una voz, por lo cual el Maestro me dijo:

—Responde y pregúntale si por aquí se va arriba.

Entonces dije yo:

—¡Oh criatura que te purificas para volver a presentarte hermosa ante Aquel que te hizo! Oirás cosas maravillosas si quieres seguirme.

—Te seguiré cuanto me esté permitido —me contestó—; y si el humo impide que nos veamos, el oído nos aproximará a falta de la vista.

Empecé, pues, de esta manera:

—Me dirijo hacia arriba con esta forma que la muerte ha de desvanecer y he llegado hasta aquí a través de las penas del Infierno. Y si Dios me ha acogido en su gracia de tal modo que quiere que yo vea su corte por un medio tan distinto de lo usual, no me ocultes quién fuiste antes de morir, sino dímelo. Dime también si voy bien por aquí hacia la subida y tus palabras nos servirán de guía.

—Fui lombardo y me llamé Marco[105]; conocí el mundo y amé aquella virtud hacia la cual nadie dirige hoy su mirada. Para llegar a lo alto sigue en derechura por donde vas.

Así respondió, añadiendo después:

—Te suplico que supliques por mí cuando estés arriba.

A lo que contesté:

—Por mi fe te prometo que haré lo que me pides; pero me veo envuelto en una duda que no me es dado aclarar. Primeramente era sencilla, mas ahora se ha duplicado con tus palabras, que, unidas a las que he oído en otra parte, me certifican un mismo hecho[106]. El mundo está, pues, exhausto de toda virtud, como me indicas, y sembrado y cubierto de maldad. Pero te ruego que me digas la causa, de modo que yo pueda verla y mostrarla a los demás, pues unos lo hacen depender de la Fortuna y otros de la voluntad de los hombres.

Antes de contestar exhaló un profundo suspiro que terminó en un ¡ay! doloroso, y después dijo:

—Hermano, el mundo es ciego y se conoce que tú vienes de él. Vosotros los vivos hacéis estribar toda causa en el Cielo, como si él imprimiera por necesidad su movimiento a todas las cosas. Si fuese así, quedaría destruido en vosotros el libre albedrío y no sería justo que se compensara el bien con goces y alegrías y el mal con llanto y luto. El Cielo inicia vuestros movimientos; no quiero decir todos; pero aunque así lo dijese, os ha dado luz para distinguir el bien del mal. Os ha dado también el libre albedrío, que aun cuando se fatigue luchando los primeros combates con el Cielo, después lo vence todo si persevera en el buen propósito. A mayor fuerza y a naturaleza mejor estáis sometidos, sin dejar de ser libres; y ella crea vuestro espíritu, que no está bajo el dominio del Cielo. Así, pues, si el mundo se aparta del verdadero camino, vuestra es la culpa y en vosotros debe buscarse, como ahora te probaré con toda veracidad. Sale el alma de manos de su Creador, que la acaricia antes de que exista, semejante al niño que entre el llanto y la risa balbucea; y es entonces una simplecilla, que nada sabe y, solamente movida por el instinto de la felicidad, se inclina gustosa hacia lo que la contenta y regocija. En seguida, siente placer en los bienes más mezquinos, aunque en esto se engaña, y corre tras ellos si no tiene guía o freno que tuerza su inclinación. Por eso es necesario establecer leyes que sirvan de freno y tener una guía que sepa discernir al menos entre la altura y la llanura. Las leyes existen, pero ¿quién se cuida de su cumplimiento? Nadie; porque el pastor que precede a las almas puede rumiar, pero no tiene la pezuña hendida. Por lo cual, viendo todo el rebaño a su pastor cebarse únicamente en aquellos bienes de que

él es tan codicioso, se apacienta de los mismos y no pide más. Bien puedes ver, por esto, que en el mal gobierno estriba la causa de que el mundo sea culpable, y no en que vuestra naturaleza esté corrompida[107]. Roma, que hizo bueno al mundo, solía tener dos soles que iluminaba uno y otro caminos, el del mundo y el de Dios. Uno de los dos soles ha oscurecido al otro y la espada se ha unido al báculo pastoral; así juntos, por fuerza deben ir las cosas de mala manera; porque estando unidos, no se temen mutuamente[108]. Si no me prestas crédito, pon mientes en los frutos, pues toda hierba se conoce por su semilla. En el país que bañan el Po y el Adigio solía encontrarse valor y cortesía antes de que Federico comenzase la contienda[109]. Hoy todo aquel que quisiera acercarse por aquellas provincias para hablar con un hombre probo, podía ahorrarse el viaje, seguro de que no hallará ninguno. Bien es verdad que aún existen allí tres ancianos en quienes la edad antigua reprende a la moderna y a los jóvenes ya les parece que Dios tarda en llamarlos a mejor vida. Son Conrado de Palazzo, el buen Gherardo y Guido di Castello[110], a quien llaman al estilo francés el «lombardo honrado». Hoy día, la Iglesia de Roma, para reunir en sí los dos gobiernos, cae en el lodo ensuciándose a sí misma y a su carga.

—¡Oh Marco mío! —dije yo—. Razonas bien y ahora comprendo por qué fueron excluidos de heredar los hijos de Leví. Pero ¿qué Gherardo es ese a quien tienes por un sabio y por ejemplo de una raza extinguida, lo que es una vergüenza para estos tiempos salvajes?

—O tus palabras me engañan o me tientan —respondiome—; pero, a pesar de hablarme en toscano, parece que no sepas nada del buen Gherardo. Yo no le conozco ningún sobrenombre, a no ser que lo tome de su hija Gaya. Dios sea con vosotros, que no puedo seguiros más. Mira el albor que ya clarea, brillando a través del humo: me es preciso partir antes de que aparezca el ángel que está allí.

Así dijo y no quiso escuchar más.

CANTO DECIMOSÉPTIMO

TERCER CÍRCULO: LA IRA. EJEMPLOS DE IRA CASTIGADA. EL ÁNGEL DE LA PAZ. ASCENSO AL CUARTO CÍRCULO. TEORÍA DEL AMOR. SISTEMA MORAL DE LA DIVISIÓN DEL PURGATORIO

Nuevas reflexiones sobre la ira a través de otras visiones que asaltan a Dante. Subiendo hacia el cuarto círculo, Virgilio nos adelanta una explicación alegórica de lo que nos espera en las siguientes subidas. La clasificación de las almas del Purgatorio no se basa, como en el Infierno, en los pecados cometidos, sino en la correspondiente tendencia pecaminosa. En el germen de toda acción humana existe el amor (tendencia a algo), que puede ser amor natural (instintivo y, por tanto, no sujeto a error) o amor de elección, en el que intervienen intelecto y voluntad y cuya actuación comporta, como es lógico, una responsabilidad. Este último amor puede errar por tres motivos: 1) por su objeto, es decir, tendencia hacia un fin equivocado, como es desear mal al prójimo: son las tendencias que ya hemos encontrado en el Purgatorio, soberbia, envidia e ira; 2) por negligencia y poca energía en la tendencia hacia el bien: es la pereza, que veremos a partir del próximo canto; y 3) por exceso de amor hacia los falsos bienes: avaricia, gula y lujuria (cantos vigésimo a vigésimo octavo).

Lector, si alguna vez te ha sorprendido la niebla en los Alpes, de modo que no vieses a través de ella sino como el topo a través de la membrana que cubre sus ojos, recuerda cuán débilmente penetra el globo solar por entre los húmedos y densos vapores cuando éstos empiezan a enrarecerse, y tu imaginación podrá fácilmente figurarse cómo volví a ver el Sol, que estaba ya próximo al ocaso. Así pues, caminando a par de mi fiel Maestro, salimos fuera de la nube de humo a los rayos luminosos, que ya se habían extinguido en la falda de la montaña.

¡Oh fantasía, que de tal modo nos arrebatas a veces fuera de nosotros mismos que nada siente el hombre, aunque suenen mil trompetas en torno suyo! ¿Quién te anima cuando no recibes impresión alguna de los sentidos? Sin duda te anima una luz que se forma en el Cielo y que desciende por sí misma o por la voluntad divina que nos la envía. En mi mente apareció la imagen de la impiedad de aquella que se transformó en el pájaro que más se deleita cantando[111]. Entonces mi espíritu se reconcentró tanto en sí mismo que no llegaba hasta él ninguna cosa exterior. Después descendió a mi exaltada fantasía la imagen desdeñosa y fiera de un crucificado a quien veía morir. Junto a él estaban el grande Asuero, Esther, su esposa, y el justo Mardoqueo, que fue tan recto en sus obras y en sus palabras. Cuando se desvaneció por sí misma aquella visión, como una burbuja a la que le falta el agua de que estaba formada, surgió en mi

imaginación una doncella que, llorando desconsolada, decía: ¡«Oh reina!, ¿por qué tu cólera te redujo a la nada? Te has dado muerte por no perder a Lavinia; sin embargo, me has perdido y yo soy la que lloro, madre, tu pérdida antes que la de otro[112]».

Así como se interrumpe el sueño cuando una nueva luz hiere de improviso nuestros ojos cerrados, y aunque interrumpido se agita antes de desvanecerse completamente, así terminaron mis visiones tan pronto como me dio en el rostro una claridad mucho mayor de la que estamos acostumbrados a ver. Me volví a uno y otro lado para examinar el sitio en que me encontraba, cuando oí una voz que decía: «Por aquí se sube». Aquella voz hizo que me olvidase de todo y despertó en mí tan vivo deseo de mirar quién era el que hablaba, que no habría descansado hasta averiguarlo. Pero me faltó la facultad de ver, como sucede cuando el Sol nos deslumbra y vela nuestros ojos con el esplendor de sus rayos.

—Éste —me dijo mi Maestro— es un espíritu divino que se oculta en su propia luz y que nos indica la vía para ir arriba sin que se lo roguemos. Hace con nosotros lo que el hombre consigo mismo; en cambio, quien ve una necesidad y aguarda a que le supliquen, ya se prepara malignamente a rehusar todo socorro. Ahora nuestros pies deben aprestarse a obedecer tan cortés invitación; apresurémonos, pues, a subir antes de que oscurezca, porque después no podríamos hacerlo hasta la nueva aurora.

Así me dijo mi Guía y ambos dirigimos nuestros pasos hacia una escalera; en cuanto estuve en la primera grada sentí junto a mí como un movimiento de alas que aventaba mi rostro y oí decir: «*Beati pacifici* que carecen de pecaminosa ira». Estaban ya tan elevados sobre nosotros los últimos rayos a quienes sigue la noche, que las estrellas aparecían por muchas partes. «¡Oh valor mío!, ¿por qué así me abandonas?», decía yo entre mí, sintiendo que me flaqueaban las piernas. Nos encontrábamos donde concluía la escalera y estábamos parados como la nave que llega a la playa; escuché un momento, por si oía algo en el nuevo círculo, y, después, dirigiéndome a mi Maestro, le dije:

—Dulce padre mío, ¿qué ofensa se purifica en el círculo en que estamos? Ya que se detienen nuestros pies, no detengas tus palabras.

Me contestó:

—El amor del bien que no ha cumplido su deber se purga aquí; aquí se castiga al tardo remero. Para que lo entiendas más claramente, dirige tu pensamiento hacia mí y recogerás algún buen fruto de nuestra detención. Hijo mío —empezó a decir—, ni el Creador ni criatura alguna carecieron jamás de amor, bien sea natural o racional, según te consta. El natural no se equivocó nunca; el otro puede errar por dirigirse a un mal objeto y por exceso o por falta de fervor. Mientras se dirige a los principales bienes y se modera en su afecto a secundarios, no puede ser causa de censurable deleite; pero cuando se inclina al mal o se lanza al bien con mayor o menor solicitud de la que debe, entonces la criatura se vuelve contra su Creador. De aquí puedes deducir que el amor es en vosotros la semilla de toda virtud y de toda acción que merezca castigo. Ahora bien, como el amor no puede nunca renunciar a la dicha del

sujeto en quien reside, todas las cosas están imposibilitadas para odiarse a sí mismas; y como no se concibe que ningún ser creado pueda existir por sí solo ni separado del Ser Primero, es imposible todo sentimiento que tienda a odiar a éste. Resulta, pues, si mi deducción es lógica, que el mal que se desea es contra el prójimo. Y este amor nace de tres modos en vuestro frágil barro. Hay quien espera elevarse sobre la ruina de su vecino y sólo por esto desea que se derrumbe desde la altura de su grandeza; hay quien teme perder mando, gracia, honor y fama ante la elevación de otro, y esto le causa tal disgusto que anhela lo contrario; y hay, en fin, quien, por haber recibido alguna injuria, se irrita de tal suerte que arde en sed de venganza y únicamente piensa en hacer daño a su contrario. Este triforme amor es el que hemos visto llorar en los tres círculos inferiores. Ahora quiero que conozcas el otro amor que corre al bien sin orden ni medida. Cada cual concibe confusamente y desea un bien en el que se recrea el alma; y por esto se esfuerzan todos por alcanzarlo. Si vuestro amor es lento en dirigirse o en adquirir aquel bien, este círculo os da el debido castigo, aunque sólo después de vuestro arrepentimiento en vida. Existe otro bien que no hace al hombre dichoso; no es la felicidad, no es la buena esencia, el fruto y la raíz de todo bien. El amor que se entrega demasiado a ese bien se castiga en los tres círculos superiores a éste; pero no te diré el modo como está hecha esta división, a fin de que tú mismo lo averigües[113].

CANTO DECIMOCTAVO

CUARTO CÍRCULO: LA PEREZA. NATURALEZA DEL AMOR. EL AMOR Y EL LIBRE ALBEDRÍO. EJEMPLOS DE DILIGENCIA, EL ABAD DE SAN ZENÓN. EJEMPLOS DE PEREZA CASTIGADA. NUEVO SUEÑO DE DANTE

Larga disertación de Virgilio sobre la naturaleza del amor, del alma humana y del libre albedrío. Cuando termina, es casi medianoche. Ven venir una turba de almas corriendo y dándose ánimos unos a otros con referencias históricas. A ellos se dirigen para que les enseñen el camino a seguir.

El gran doctor había terminado su razonamiento y miraba atentamente a mis ojos para ver si me dejaba satisfecho; y yo, que me sentía dominado por una nueva sed, callaba exteriormente, pero decía en mi interior: «Quizá le cansen mis numerosas preguntas». Mas aquel Guía veraz, que adivinó el tímido deseo que no me atrevía a descubrir hablando, me dio aliento para que le preguntase; por lo que le dije:

—Maestro, mi vista se aviva de tal modo con tu luz, que discierne claramente cuanto tu razón abarca o describe; por eso te ruego, dulce y querido Padre, que me definas el Amor al que atribuyes toda buena o mala acción.

—Dirige hacia mí —me dijo— las penetrantes miradas de tu inteligencia y te será manifiesto el error de los ciegos que se convierten en guías. El alma, que ha sido creada con predisposición al amor, se lanza hacia todo lo agradable tan pronto como es incitada por el placer a ponerse en acción. Vuestra facultad aprehensiva recibe la imagen o la especie de un objeto exterior y la desenvuelve dentro de vosotros, de tal modo que induce a vuestro ánimo a dirigirse hacia dicho objeto; y si al hacerlo se abandona a él, ese abandono es amor, y ese amor es la naturaleza que de nuevo se une a vosotros por efecto del placer. Después, así como el fuego se dirige hacia lo alto, a causa de su forma, que ha sido hecha para subir allá donde más se conserva en su materia primitiva, así también el alma apasionada se entrega al deseo, que es el movimiento espiritual, y no sosiega hasta que goza de la cosa amada. Por lo dicho puedes comprender cuánto se oculta la verdad a los que afirman que todo amor tiene en sí algo de laudable, quizá porque creen que su materia es siempre buena; pero no todos los sellos estampados en cera son buenos, por más que la cera lo sea[114].

—Tus palabras y mi inteligencia, que las ha seguido —le respondí—, me han descubierto lo que es el amor; pero eso mismo me ha llenado de nuevas dudas, porque si el amor nace en nosotros por efecto de las cosas exteriores, sin que el alma proceda de otro modo, ésta no tendrá ningún mérito en seguir un camino recto o tortuoso.

Respondiome:

—Puedo decirte todo cuanto en ello ve nuestra razón; respecto a lo demás, espera hasta llegar a Beatriz, porque eso es materia de fe. Toda forma sustancial, que es distinta de la materia y que, sin embargo, está unida a ella, contiene una virtud que le es particular; la cual, sin las obras, no se siente y no se demuestra más que por los afectos, como la vida de la planta se manifiesta por su verde follaje. El hombre ignora de dónde proceden el conocimiento de las ideas primarias y el afecto de las cosas que primeramente apetece, los cuales existen en nosotros como en las abejas la inclinación a hacer miel; en estos primeros deseos no caben, efectivamente, alabanza ni censura[115]. Mas por cuanto a ellos se agregan todos los demás deseos, es innata en vosotros la virtud que aconseja y que debe custodiar los umbrales del consentimiento. Ella es el principio de donde sacáis la ocasión de contraer méritos, según que acoja o rechace los buenos o los malos amores. Los que razonando llegaron al fondo de las cosas han reconocido esa libertad innata y han dejado en el mundo doctrinas morales. Supongamos, pues, que nazca por fuerza necesaria todo amor que se enciende en vosotros; siempre tenéis la potestad de contenerlo. Esa noble virtud es lo que Beatriz entiende por libre albedrío; debes procurar tenerlo presente, si acaso te habla de ello.

La Luna, que salió tarde y casi a medianoche, hacía que nos parecieran más escasas las estrellas; semejante a un caldero encendido, recorría el cielo por aquel camino que inflama el Sol cuando el habitante de Roma lo ve caer entre Córcega y Cerdeña; y aquella sombra gentil, por quien Piétola goza de más fama que la ciudad de Mantua[116], se hallaba descargada del peso de mis preguntas. Por lo cual yo, que había recibido claras y sólidas razones con respecto a todas ellas, estaba como el hombre que sorprendido por el sueño no piensa en nada. Pero esta somnolencia me fue desvanecida de improviso por mucha gente que avanzaba ya detrás de nosotros; y así como en otro tiempo el Ismeno y el Asopo vieron correr de noche por sus orillas una muchedumbre de tebanos para tener propicio a Baco[117], así avanzaban por aquel círculo, según pude ver, los que eran estimulados por una buena voluntad y un justo amor. En breve llegaron hasta nosotros; porque toda aquella gran turba venía corriendo y los dos de delante gritaban llorando: «María se dirigió con suma celeridad a la montaña y César, por subyugar a Ilerda, dejó Marsella para pasar a España[118]». Y otros iban exclamando en pos de ellos: «Pronto, pronto, que el tiempo no se pierda por poco amor, a fin de que el anhelo de las buenas obras haga reverdecer la gracia».

—¡Oh almas en quienes un fervor ardiente compensa ahora la negligencia y la tardanza que empleasteis para el bien! Éste, que vive aún, y no os engaño, quiere ir allá arriba en cuanto el Sol brille de nuevo: decidnos, pues, dónde está la subida.

Tales fueron las palabras de mi Guía; y uno de aquellos espíritus dijo:

—Ven tras de nosotros y la encontrarás. Estamos tan deseosos de avanzar que no podemos detenernos; perdona, pues, si lo que hacemos por justo castigo te parece una descortesía. Yo fui abad en San Zenón de Verona, durante el imperio del buen

Barbarroja, de quien todavía se lamenta Milán. Hay quien tiene ya un pie en la fosa, que pronto llorará por aquel monasterio, entristeciéndole el poder que allí tuvo. Porque en lugar de un verdadero pastor ha puesto en él a un hijo suyo, malo de cuerpo, peor aún de espíritu y nacido de mal consorcio[119].

No sé si dijo más o si se calló: tan lejos se encontraba ya de nosotros. Pero esto es lo que oí y me pareció bien retenerlo en la memoria. Y aquel que era el socorro de todas mis necesidades dijo:

—Vuélvete hacia aquí; mira a esos dos que vienen mordiendo a la Pereza.

Éstos iban diciendo detrás de todos: «La nación por quien se abrió el mar murió antes de que sus descendientes viesen el Jordán y aquella gente que no quiso compartir hasta el fin las fatigas del hijo de Anquises se ganó por sí misma una vida sin gloria[120]».

En seguida, cuando aquellas sombras se alejaron tanto de nosotros que ya no podíamos verlas, me asaltó una nueva idea, de la que nacieron otras tantas. Y mi imaginación empezó a divagar de tal modo de una a otra que por alucinación cerré los ojos y mi pensamiento se trocó pronto en sueño.

CANTO DECIMONONO

CUARTO CÍRCULO: LA PEREZA. SUEÑO SIMBÓLICO DE DANTE. EL ÁNGEL DE LA DILIGENCIA. QUINTO CÍRCULO: LA AVARICIA Y LA PRODIGALIDAD. EL PAPA ADRIANO V. ALAGIA

Nueva visión de Dante: La mujer fea que, poco a poco, va adquiriendo todas las perfecciones, representa los bienes terrenales que atraen al hombre, desviándolo del verdadero bien. La otra mujer que aparece para desenmascararla es símbolo de la razón o de cualquier otra de las potencias que nos conducen al bien, la virtud, la verdad, la filosofía, etc. Suben al quinto círculo, el de los avaros, que están echados boca abajo, mirando hacia la Tierra, en la que tanto ambicionaron. El primer espíritu que encuentran, el papa Adriano V, es buen ejemplo de la caducidad de los bienes terrenales.

A la hora en que el calor del día, vencido por la Tierra y, algunas veces, por Saturno, no puede ya templar el frío de la Luna; cuando los geománticos ven, antes del alba, elevarse de Oriente «su mayor fortuna[121]», por aquella parte del Cielo que ya por poco tiempo había de permanecer oscura, se me apareció en sueños una mujer: bizca, con los pies torcidos, manca y de amarillento color. Yo la miraba; y así como el Sol reanima los miembros entorpecidos por el frío de la noche, de igual manera mi mirada hacía expedita su lengua y erguía su cuerpo en un instante y coloreaba su marchito rostro hasta hacerlo tan bello como requieren las reglas del amor. Cuando tuvo la lengua suelta empezó a cantar de tal modo que con trabajo hubiera podido separar mi atención de ella. «Yo soy —decía—, yo soy dulce sirena, que distraigo a los marinos en medio del mar: tanto es el placer que hago sentir. Con mi canto aparté a Ulises de su camino errante. Y el que conmigo se aviene, rara vez se va, de tal modo lo fascino». Aún no se había cerrado su boca, cuando apareció a mi lado otra mujer, ésta santa y pronta a confundirla: «¡Oh Virgilio, Virgilio! ¿Quién es ésta?», decía con altivez, mientras mi Maestro se acercaba con los ojos fijos solamente en ella. Entonces, la recién llegada cogió a la otra, y desgarrando sus vestiduras la descubrió por delante y me mostró su vientre. La pestilencia que de él salía me despertó[122]. Volví los ojos y el buen Virgilio me dijo:

—Lo menos te he llamado tres veces; levántate y ven. Busquemos la abertura por donde hemos de entrar.

Me levanté. Todos los círculos del sagrado monte estaban ya inundados por la luz del día y continuamos caminando, teniendo el Sol a nuestra espalda. Mientras lo seguía, tenía yo la frente inclinada como aquel a quien abruman los pensamientos, cuando oí decir: «Venid, por aquí se pasa». Estas palabras fueron pronunciadas con

un tono grave y benigno, como no se oye en esta región mortal. Con las alas abiertas, que me parecían de cisne, el que nos había hablado así nos dirigió hacia arriba por entre las dos laderas del áspero peñasco. Movió después sus plumas y aventó mi frente, afirmando que son bienaventurados «*qui lugent*», porque sus almas serán ricas de consuelo[123].

—¿Qué tienes, que sólo miras hacia el suelo? —me preguntó mi Guía cuando estuvimos poco más arriba del ángel.

Y yo le contesté:

—Me hace ir de este modo, suspenso y caviloso, una visión reciente, la cual me atrae hacia sí de suerte que no puedo eximirme de pensar en ella.

—¿Has visto —me dijo— a la antigua hechicera, causante única del llanto que más arriba de donde estamos se vierte[124]? ¿Has visto como el hombre puede desprenderse de ella? Bástete, pues, esto y apresura el paso. Vuelve tus ojos al reclamo de las magníficas esferas que hace girar el Rey eterno.

Como el halcón que, mirando primero a sus pies, acude al grito del cazador y tiende el vuelo, atraído por el deseo de la presa, lo mismo hice yo recorriendo la hendidura de la roca destinada a dar paso a los que suben, sin detenerme hasta llegar al punto donde se camina en redondo. Cuando hube llegado al quinto círculo, vi algunas almas que lloraban tendidas en el suelo boca abajo y las oí exclamar con tan fuertes suspiros que apenas se entendían las palabras «*Adhaesit pavimento anima mea*[125]».

—¡Oh elegidos de Dios, cuyos padecimientos son suavizados por la resignación y la esperanza! Dirigidnos hacia las altas gradas.

—Si venís libres de yacer aquí con nosotros y queréis encontrar más pronto la subida, caminad siempre llevando vuestra derecha hacia fuera del círculo.

Tal fue la súplica del Poeta y tal la contestación que le dieron algo más adelante de donde estábamos; y yo pude conocer por el sonido de las palabras quién era el que había hablado. Volví entonces los ojos hacia mi Señor, quien con su gesto complaciente consintió en lo que pedía la expresión de mi deseo. Cuando pude obrar a mi gusto me acerqué a aquella criatura que había llamado la atención con sus palabras, diciéndole:

—Espíritu en quien el llanto madura la expiación sin la cual no se puede llegar hasta Dios, suspende un momento por mí tu mayor cuidado. Dime quién fuiste y por qué tenéis todos la espalda vuelta hacia arriba y si quieres que pida por ti alguna cosa en el mundo de donde salí vivo y al que, por tanto, he de volver.

Me respondió:

—Sabrás por qué ordena el Cielo que tengamos la espalda vuelta hacia él; pero antes «*scias quod ego fui succesor Petri*[126]». Entre Sesti y Chiavari se interna un hermoso río, de cuyo nombre toma origen el título de mi sangre. Un mes y poco más pude experimentar cuán pesado es el gran manto para quien quiere llevarlo dignamente, pues cualquier otra carga es una pluma. Mi conversión, ¡ay de mí!, fue

tardía; pero cuando fui elegido Pastor romano conocí lo engañosa que es la vida. Vi que ni aun allí reposaba el corazón en su ambición, puesto que no era posible subir a más altura en aquella vida mortal. Así es que me inflamé de amor por la eterna. Hasta entonces fui un alma miserable, alejada de Dios y completamente avara, por lo cual sufro el castigo que ves[127]. Lo que hace la avaricia se manifiesta aquí con la pena que sufren las almas echadas boca abajo, pena más amarga que ninguna otra. Así como nuestros ojos, fijos en las cosas terrenales, no miraron nunca hacia arriba, del mismo modo la justicia nos obliga aquí a mirar hacia el suelo. Así como la avaricia extinguió en nosotros el amor hacia el verdadero bien, por lo cual fueron vanas nuestras obras, así también la justicia nos tiene aquí oprimidos, atados de pies y manos e inmóviles y echados en el suelo mientras plazca al justo Señor.

Yo me había arrodillado y quise hablar, pero cuando empezaba, el espíritu advirtió, con sólo escuchar, este acto de reverencia, y me dijo:

—¿Por qué te inclinas al suelo de ese modo?

Le contesté:

—Mi recta conciencia me obliga a respetar vuestra dignidad.

—Endereza tus piernas y levántate, hermano —repuso—; no te engañes. Como tú y los demás, soy servidor de la misma potestad. Si has podido comprender aquellas palabras evangélicas que dice «*neque nubent*», bien puedes ver por qué hablo así[128]. Vete ya; no quiero que te detengas por más tiempo, que tu permanencia aquí da treguas al llanto con el que acelero lo que tú has dicho antes. Tengo allá abajo una sobrina, que se llama Alagia, naturalmente buena, a no ser que nuestra casa la haya pervertido con su ejemplo[129]. Ella sola me queda ya en el mundo.

CANTO VIGÉSIMO

QUINTO CÍRCULO: LA AVARICIA Y LA PRODIGALIDAD. EJEMPLOS DE POBREZA Y DE LIBERALIDAD. HUGO CAPETO. LA DINASTÍA CAPETINGIA, EJEMPLO DE TORPE AVARICIA. LA MONTAÑA DEL PURGATORIO SUFRE UNA SACUDIDA

En el camino por el mismo círculo encuentran a Hugo Capeto, cabeza de la dinastía real francesa, cuya política es la principal culpable de la corrupción en que se encuentra la Cristiandad en la época de Dante, por su oposición al Imperio y su alianza con la política terrena del Papado. Siguen su camino y se produce un terremoto.

Mal resiste un deseo contra otro mejor; por eso, para complacer a aquel espíritu, retiré del agua, contra mi voluntad, la esponja de mi curiosidad no saturada. Púseme en marcha y mi Guía se encaminó por los únicos parajes que había expeditos a lo largo de la escarpa del monte, andando como quien va andando por una muralla, pegado a las almenas; porque aquellas almas que vierten gota a gota por sus ojos el mal que se apodera del mundo entero ocupaban la parte del camino que daba hacia fuera. ¡Maldita seas, antigua loba de la avaricia, que con tu hambre profunda e insaciable haces más presas que todas las demás fieras! ¡Oh Cielo, en cuyas revoluciones ven algunos la causa de los cambios que sufren las cosas y las condiciones humanas!, ¿cuándo vendrá el que haga huir a esta loba[130]?.

Íbamos caminando con pasos lentos y contados y yo ponía toda mi atención en las sombras, escuchándolas piadosamente llorar y lamentarse, cuando por ventura oí exclamar con dolorida voz, semejante a la de una mujer próxima a su alumbramiento: «¡Dulce María!»; y en seguida:

«¡Fuiste tan pobre, como se puede ver por aquel establo donde depusiste tu santo fruto!». A continuación oí:

«¡Oh buen Fabricio, preferiste ser pobre y virtuoso antes que poseer grandes riquezas y caer en el vicio!». Estas palabras me eran tan agradables que me adelanté a conocer al espíritu de quien al parecer procedían. Éste seguía hablando de los donativos que hizo Nicolás a las doncellas para conducir su juventud por la senda del honor[131].

— ¡Oh alma que recuerdas tan benéficas acciones! Dime quién fuiste —le pregunté— y por qué eres la única que reiteras esas dignas alabanzas. Tus palabras no quedarán sin recompensa si vuelvo al mundo para concluir el corto camino de esta vida que vuela a su término.

—Te lo diré —me contestó—, no porque espere consuelo alguno que proceda de allá, sino porque brilla en ti tanta gracia antes de haber muerto. Yo fui raíz de la mala planta que arroja hoy sobre toda la tierra cristiana tan nociva sombra que apenas se recoge en ella ningún fruto bueno. Pero si Douai, Gante, Lila y Brujas pudieran, pronto tomarían venganza; y yo se la pido a Aquel que lo juzga todo. En el mundo me llamé Hugo Capeto; de mí descienden los Felipes y los Luises que en estos últimos tiempos rigen la Francia. Hijo fui de un carnicero de París. Cuando faltaron los antiguos reyes, salvo uno que se revistió de paños grises, empuñé las riendas del gobierno del reino, y en mi nueva posición adquirí tal poder y tantos amigos, que la corona vacante fue colocada en la cabeza de mi hijo, en quien comienza la estirpe consagrada de los nuevos reyes. Mientras la gran adquisición de los estados provenzales no quitó la vergüenza a mi familia, ésta valió poco, pero en cambio no hizo daño. Pero allí dio principio a sus rapiñas empleando la fuerza y la mentira. Luego, para enmendarse, usurpó el Ponthieu, la Normandía y la Gascuña. Carlos fue a Italia y, para no ser menos, hizo una víctima de Conradino y después envió al Cielo a Tomás, también para ser digno de sus indignos antecesores. Veo un tiempo, no muy lejano, en que saldrá de Francia otro Carlos para darse a conocer mejor a sí mismo y a los suyos. Sale sin armas y sólo con la lanza con que luchó Judas y la maneja de modo que con ella abre y vacía el vientre de Florencia. En esta ocasión no adquirirá comarcas, sino pecados y oprobio, tanto más gravosos para él cuanto más leve le parezca semejante daño. Veo al otro que ya salió, y que cayó prisionero en un bajel, vender a su hija regateando el precio, como hacen los corsarios con sus esclavos. ¡Oh avaricia! ¿Qué más puedes hacer, cuando te has apoderado de mi estirpe tanto, que no se cuida de su propia carne? Y a fin de que parezca mejor el mal futuro y el pasado, veo a la Flor de Lis entrar en Alagni y a Cristo prisionero en la persona de su vicario. Véolo otra vez entregado al ludibrio, veo renovar la hiel y el vinagre, y lo veo morir entre otros dos ladrones. Veo tan cruel al nuevo Pilatos, que no le basta con esto y, sin dictar sentencia, lleva hasta el templo sus codiciosos deseos. ¡Oh, Señor mío! ¿Cuándo tendré la dicha de contemplar la venganza que, oculta en tus arcanos, hace agradable tu justicia[132]?. En cuanto a lo que yo decía de la única Esposa del Espíritu Santo, lo cual hizo que te volvieses hacia mí para obtener alguna explicación, te diré que esto forma parte de nuestras oraciones durante el día; mas luego que anochece recitamos en su lugar ejemplos contrarios. Entonces recordamos a Pigmalión, a quien su pasión por el oro hizo traidor, ladrón y parricida; y la miseria del avaro Midas, consecuencia de su petición desmesurada, que será siempre motivo de burla. Recordamos también al insensato Acham y cómo robó los despojos del enemigo, de suerte que aun aquí parece que lo persiga la ira de Josué. Después acusamos a Safira y a su marido, alabamos los pies que pisotearon a Heliodoro, y por todo el monte circula infamado el nombre de Polinéstor, que mató a Polidoro. Por último, gritamos: «¡Oh Craso! Dinos, pues no lo ignoras, qué sabor tiene el oro[133]». A veces hablamos unos en alta voz, otros en voz baja, según el ejemplo que a ello nos estimula con más

o menos fuerza. Por lo demás, no era yo sólo quien antes recordaba los buenos ejemplos de que nos ocupamos durante el día; pero no hay ningún otro espíritu por aquí cerca.

Nos habíamos separado ya de aquel espíritu y procurábamos avanzar por el camino cuanto nos era posible, cuando sentí retemblar el monte como si se hundiera, por lo cual me sobrecogió un frío sólo comparable al de aquel que va a morir. No se estremeció en verdad tan fuertemente Delos antes de que Latona anidase en ella para dar a luz los dos ojos del Cielo[134]. Después resonó por todos los ámbitos de la montaña tal grito que el Maestro se acercó a mí diciendo:

—No vaciles mientras yo te guíe.

«*Gloria in excelsis Deo*», decían todos, según comprendí por las voces que salían de los puntos cercanos. Nos quedamos inmóviles y suspensos, como los pastores que por primera vez oyeron aquellas palabras, hasta que cesó el temblor y acabó el himno. Emprendimos nuevamente nuestro santo camino, mirando las sombras que yacían por el suelo vueltas boca abajo y exhalando sus acostumbrados llantos. Si la memoria no me es infiel, jamás la ignorancia de una cosa incitó con tanto empeño mi deseo de saber como entonces, pensando en lo que había podido ocurrir para producir aquel terremoto. Y como, por la premura de nuestra marcha, no me atrevía a preguntar ni por mí mismo podía comprender nada, caminaba tímido y pensativo.

CANTO VIGÉSIMO PRIMERO

QUINTO CÍRCULO: LA AVARICIA Y LA PRODIGALIDAD. ESTACIO. LA CAUSA DEL TERREMOTO. ESTACIO Y VIRGILIO

Se explica la causa del terremoto: cuando un alma se encuentra finalmente purificada siente el impulso de subir al premio eterno, al quedar agotado el impulso contrario de expiación y justicia, que la mantenía anclada en el Purgatorio. El alma que se acaba de purificar por completo es la del poeta Estacio.

Me atormentaba la sed natural que no se sacia nunca sino con aquel agua que pidió como gracia la joven samaritana[135]. Excitábame la prisa por seguir a mi Guía por aquel sendero y me afligía el espectáculo del justo castigo. Entonces, según refiere Lucas que se apareció Cristo a dos hombres en el camino de Emaús[136], después de haber salido del sepulcro, así se nos apareció una sombra que venía en pos de nosotros mirando a sus plantas las almas tendidas en el suelo. Aún no habíamos reparado en ella, cuando nos dirigió la palabra diciendo:

—Hermanos míos, la paz del Señor sea con vosotros.

Nos volvimos presurosamente y Virgilio le hizo la respetuosa cortesía que convenía a aquel saludo. Después le dijo:

—¡Que en el concilio bienaventurado te admita en paz el tribunal de la justicia que a mí me relega a un destierro perpetuo[137]!

—¡Cómo! —exclamó el espíritu—; pues ¿por qué vais tan deprisa, si sois sombras que Dios no se digna admitir allá arriba? ¿Quién os ha guiado hasta aquí?

Mi Doctor contestó:

—Si miras las señales que lleva éste y que le ha trazado el ángel en su rostro, podrás ver que tiene el derecho de triunfar entre los buenos; pero como aquella que hila de noche y de día no había terminado aún el hilo que le corresponde, y que Clotho prepara e impone a cada uno de nosotros, su alma, que es hermana tuya y mía, viniendo aquí, no podía venir sola, porque no puede ver como nosotros[138]. Por esta razón fui yo sacado de la vasta garganta del Infierno para enseñarle el camino y se lo enseñaré hasta donde mi conciencia pueda guiarlo. Pero dime, si es que lo sabes, ¿por qué dio antes el monte tales sacudidas y por qué hasta en sus húmedos fundamentos parecían gritar a la vez todas las almas?

Haciendo esta pregunta, Virgilio acertó con mi deseo como con el ojo de una aguja, de tal suerte que bastó la esperanza de una respuesta para mitigar mi sed de saber. Aquél empezó de esta manera:

—Nada sucede en la religiosa montaña que esté fuera del orden o del uso establecido. Este sitio está libre de toda conmoción, y la que habéis sentido sólo

puede proceder de aquello que el Cielo recibe digno de sí mismo, y no de otra causa. Porque no llueve ni graniza ni nieva ni cae escarcha ni rocío más acá de la puerta de las tres pequeñas gradas[139]. No aparecen nubes densas ni enrarecidas, ni hay relámpagos ni se ve a la hija de Taumante[140], que allá abajo cambia con frecuencia de sitio. No hay seco vapor que se eleve a mayor altura de la de aquellas tres gradas de que he hablado, donde tiene sus plantas el vicario de Pedro. Quizá temblara el monte poco o mucho más abajo de allí, pero por más viento que se esconda en la tierra, no sé en qué consiste que aquí no haya temblado nunca. Únicamente se estremece cuando algún alma, sintiéndose purificada, se levanta o se mueve para subir, acompañándola aquel cántico. La prueba de la purificación es la voluntad que excita al alma, libre ya, a mudar de sitio, ayudándola en su mismo deseo. No por eso deja de sentir antes de tiempo el anhelo ineficaz de subir al Cielo, pero sin que tampoco la abandone el de satisfacer a la Justicia Divina, pues ésta le impone por el castigo el mismo afán que tuvo por el pecado. Yo, que he yacido en esta mansión más de quinientos años, no he sentido hasta este momento la libre voluntad de pasar a otra mejor; por eso has sentido el terremoto y a los piadosos espíritus alabando por toda esta montaña a aquel Señor que los admitirá pronto en su seno.

Así habló; y como el hombre goza tanto más en beber cuanta mayor sed tiene, no sabré decir el contento que me dio. Mi Sabio le dijo:

—Ahora veo la red en que estáis prendidos y de qué manera os libráis de ella, y la causa del temblor del monte y la de que os congratuléis. Hazme saber ahora, si lo tienes a bien, quién fuiste y por qué has estado aquí tendido durante tantos siglos. Permíteme conocerlo por tus palabras.

—En aquel tiempo en que el buen Tito, con la ayuda del supremo Rey, vengó las heridas por donde había salido la sangre que vendió Judas —respondió aquel espíritu—, estaba yo allá abajo llevando el nombre que más dura y honra más, bastante famoso ya, pero todavía sin fe. Fue tan dulce mi canto, que, a pesar de ser tolosano, Roma me llamó y allí merecí que coronaran de mirto mis sienes. Aún me llama Estacio la gente que allí vive. Canté a Tebas y después al gran Aquiles, aunque caí en el camino llevando esta segunda carga. Mi ardor fue encendido por las chispas de la divina llama que ha inflamado a más de mil: hablo de la *Eneida*, la cual fue mi madre y mi nodriza en poesía; sin ella, nada hubiera escrito que tuviera el menor peso. Y yo pasaría gustoso un año más en este destierro con tal de haber vivido en el mundo en la época en que vivió Virgilio[141].

Estas palabras hicieron que Virgilio se volviera hacia mí con un además que tácitamente decía: «Cállate». Pero la voluntad no lo puede todo, porque la risa y el llanto siguen de tal modo a la pasión de la que proceden que en los hombres más sinceros se manifiestan sin querer. Así es que yo me sonreí, como quien muestra estar en inteligencia con otro. Por lo cual la sombra se calló y me miró a los ojos, que es donde más se refleja el pensamiento.

—¡Ah! ¡Ojalá puedas llevar a buen término tu camino! —dijo—; mas ¿por qué tu rostro me ha mostrado ahora ese relámpago de sonrisa?

Vime entonces apurado entre ambos: el uno me obligaba a callar y el otro me pedía que hablase. Por lo cual suspiré y fui comprendido.

—Puedes hablar sin temor —me dijo mi Maestro—; habla y contesta a lo que pregunta con tanto empeño.

Contesté, pues:

—Quizá te asombres, antiguo espíritu, de mi sonrisa, pero quiero causarte un mayor asombro. Éste, que guía mis ojos hacia arriba, es aquel Virgilio de quien aprendiste a cantar en sublimes versos los actos de los hombres y de los dioses. Si creíste que mi sonrisa tenía otra causa, cree ahora que sólo procedía de las palabras que pronunciaste con respecto a él.

Estacio se inclinaba ya para abrazar las rodillas de mi Señor, pero éste le dijo:

—Hermano, no lo hagas, que tú eres sombra y ves ante ti otra sombra.

—Tú puedes comprender ahora la magnitud del amor que por ti me inflama, cuando olvido nuestra vanidad, tratando a una sombra como a un cuerpo sólido.

CANTO VIGÉSIMO SEGUNDO

ASCENSO AL SEXTO CÍRCULO: PECADO Y CONVERSIÓN DE ESTACIO. SEXTO CÍRCULO: LA GULA. EL ÁRBOL MÍSTICO. EJEMPLOS DE TEMPLANZA

Mientras suben al sexto círculo, Estacio explica a Virgilio que su pecado no fue la avaricia, sino su contrario, la liberalidad, que se purga junto con aquélla. Más adelante cuenta cómo se convirtió al cristianismo. Virgilio se refiere a los grandes hombres de la antigüedad clásica que no llegaron a alcanzar la fe y que están con él en el Limbo. Al entrar en el sexto círculo encuentran un árbol invertido del que surge una voz que prohíbe tocar sus frutos y una fresca fuente de la que mana un agua clara. Estamos en el círculo de los glotones.

Ya el Ángel se había quedado detrás de nosotros; el Ángel que nos dirigió hacia el sexto círculo, después de haber borrado una de las manchas de mi frente, nos había dicho que son bienaventurados los que cifran sus deseos en la justicia, pero su voz emitió esta sentencia sólo con la palabra «*sitiunt*», sin pronunciar la otra[142]. Yo andaba por allí más ligero que por las otras cornisas, de modo que sin ningún trabajo seguía hacia arriba a los veloces espíritus. Virgilio empezó a decir:

—El amor que nace de la virtud inflama siempre otros amores, con tal de que su llama se dé a conocer[143]. Desde la hora en que Juvenal bajó entre nosotros al Limbo y me manifestó tu afecto hacia mí, mi benevolencia para contigo fue la mayor que sentirse puede por una persona a quien no se ha visto nunca; así es que ahora me parecen cortas estas escaleras[144]. Pero dime y, como amigo, perdona si la demasiada confianza afloja el freno de mi lengua, en el concepto de que también deseo que como amigo me hables: ¿cómo pudo encontrar la avaricia un lugar en tu corazón, a pesar del recto sentido que con tu diligencia y estudio llegaste a poseer en tanto grado?

Estas palabras hicieron que Estacio se sonriera. Después respondió:

—Todo cuanto me digas es para mí una prueba de cariño. Muchas veces, en efecto, aparecen las cosas de manera que dan motivo a falsas presunciones, porque las verdaderas causas están ocultas. Tú crees, según me prueba tu pregunta, que yo fui avaro en la otra vida, quizá por haberme visto en el círculo en que me encontraba. Sabe, pues, que la avaricia estuvo muy lejos de mí y que mis excesos en contrario han sido castigados durante millares de lunas. Y si no hubiera sido porque me apliqué el oportuno remedio, cuando medité los versos en que exclamas, casi irritado contra la naturaleza humana: «¡Oh sagrada hambre de oro!, ¿adónde no conduces al insaciable apetito de los mortales?», me vería dando vueltas por el círculo donde se lanzan pesos. Entonces calculé que, por abrir demasiado las alas, podían llegar a gastarse

mis manos, y me arrepentí tanto de aquél como de los otros males. ¡Cuántos resucitarán con los cabellos rapados por la ignorancia en que están de que la prodigalidad no es un pecado, lo que les impide arrepentirse, ya durante su vida, ya al término de ella[145]! Y sabe que la culpa diametralmente opuesta a cada pecado se expía aquí juntamente con el mismo pecado. Así es que si he permanecido purificándome entre los que lloran su avaricia, ha sido precisamente por el vicio contrario.

El cantor de las *Bucólicas* dijo entonces:

—Cuando cantaste las crueles contiendas de la doble tristeza de Yocasta, no creo, a juzgar por los acentos en que Clío te hizo prorrumpir, que te contase la verdadera fe entre sus seguidores, sin la cual no te hubiera bastado con obrar bien. Si es así, ¿qué sol o qué luz ha disipado tus tinieblas de tal modo que te permitiera elevar tus velas hacia el Pescador[146]?.

Y el otro contestó:

—Tú me enviaste primero a beber en las grutas del Parnaso y luego me iluminaste para que conociese al verdadero Dios. Hiciste como el que camina de noche llevando tras de sí una luz, que a él no le sirve pero que alumbra a las personas que lo siguen, cuando dijiste: «El siglo se renueva, vuelve la justicia con los primeros tiempos del género humano y una nueva progenie desciende del Cielo». Por ti fui poeta, por ti cristiano[147]. Mas para que veas mejor lo que te pinto, extenderé mis explicaciones a fin de darle más colorido. Ya estaba el mundo lleno de la verdadera creencia, sembrada por los mensajeros del eterno reino, y tus palabras, antes citadas, concordaban con la doctrina de los nuevos apóstoles; por lo cual yo me acostumbré a visitarlos; me parecieron rodeados de tal santidad, que cuando Domiciano los persiguió, corrieron mis lágrimas mezcladas con las suyas. Mientras viví, los socorrí; sus rectas costumbres me hicieron despreciar todas las otras sectas, y antes que, en mi poema, condujese a los griegos ante los ríos de Tebas, había recibido el bautismo. Pero por miedo fui cristiano en secreto y durante mucho tiempo me mostré pagano. Este temor me ha hecho permanecer en el cuarto círculo durante más de cuatro siglos[148]. Y ahora, pues tenemos más tiempo del que necesitamos para subir por nuestro camino, dime tú, que me has descorrido el velo que me ocultaba el verdadero Bien, dónde están nuestros antiguos Terencio, Cecilio, Plauto y Varron, si es que lo sabes. Dime si están condenados y en qué círculo.

—Todos ésos, y Persio, y yo y otros muchos —respondió mi Guía—, estamos en el primer círculo de la ciega prisión, con aquel griego a quien amamantaron las Musas más que a ningún otro; muchas veces hablamos del monte donde se encuentran siempre nuestras nodrizas. Allí están con nosotros Eurípides, Anacreonte, Simónides, Agathom y otros muchos griegos que vieron ya sus frentes coronadas de laurel. De los que tú cantaste se ve allí a Antígona, a Deifila, Argía e Ismene, tan triste como antes. Están también la que enseñó a Langia, la hija de Tiresias, y Tetis y Deidamia con sus hermanas[149].

Los dos poetas habían guardado silencio, mirando de nuevo con atención en torno suyo, por haber terminado la escalera y sus paredes. Ya las cuatro esclavas del día habían quedado atrás[150], y la quinta estaba en el timón del carro solar, dirigiendo hacia arriba su luminosa punta, cuando mi Guía dijo:

—Creo conveniente que volvamos nuestro hombro derecho hacia la orilla del círculo para dar la vuelta a la montaña, según acostumbramos a hacer.

Así lo hicimos y emprendimos el camino sin titubear, una vez que a ello asintió la otra alma virtuosa. Ellos iban delante y yo detrás, solo, escuchando sus palabras, que me comunicaban la inteligencia de la poesía. Pero pronto interrumpió tan dulce coloquio la vista de un árbol que encontramos en medio del camino, cargado de manzanas olorosas; y así como el abeto, elevándose hacia el cielo, va disminuyendo de rama en rama, aquél iba disminuyendo pero por su parte inferior, con objeto, según creo, de que nadie pueda subir a él. Por el lado en que estaba cerrado nuestro camino caía de la alta roca un agua cristalina, que se esparcía por las hojas superiores.

Los dos poetas se acercaron al árbol, cuando exclamó una voz entre el follaje: «Os puede costar caro tocar este manjar». Después dijo: «María pensaba más en que las bodas fuesen honrosas y cumplidas, que en su boca, con la que ahora intercede por vosotros: Las antiguas romanas se contentaron con agua por toda bebida y Daniel despreció los manjares y adquirió la ciencia. El primer siglo fue tan bello como el oro; el hambre hacía más sabrosas las bellotas y la sed convertía en néctar cualquier arroyuelo. En miel y langostas consistió el alimento del Bautista en el desierto; esto le da más gloria y lo hace tan grande como lo patentiza el Evangelio[151]».

CANTO VIGÉSIMO TERCERO

SEXTO CÍRCULO: LA GULA, ASPECTO DE LOS GLOTONES, FORESE DONATI Y SU ESPOSA NELLA. APÓSTROFE A LAS DAMAS FLORENTINAS

Encuentran la procesión de los glotones, demacrados y famélicos. Forese Donati explica a Dante el valor del árbol y de la fuente que hemos visto en el canto anterior. Nueva referencia al de la oración para acortar el tiempo de Purgatorio.

Mientras tenía mi vista fija en el verde follaje, como suele hacer quien pierde el tiempo mirando a los pájaros, el que era para mí más que un padre decía:

—Hijo mío, ven ahora, porque el tiempo que se nos concede debe emplearse más útilmente.

Volví el rostro con ligereza y con igual presteza dirigí mis pasos hacia los dos sabios, los cuales hablaban tan bien que escuchándolos no sentía al andar cansancio alguno: Entonces se oyó cantar llorando «*Labia mea, Domine*», de un modo que hizo nacer en mí placer y dolor[152].

—¡Oh dulce padre!, ¿qué es lo que oigo? —empecé a decir.

Y él me dijo:

—Son las sombras que van quizás deshaciendo el nudo de sus deudas.

Cual peregrinos pensativos, que al encontrar en su camino gente a quien no conocen se vuelven hacia ella sin detenerse, así venía tras de nosotros, pero con un paso más rápido, una turba de espíritus, callados y piadosos, que pasaban adelante mirándonos. Todos ellos tenían los ojos hundidos y apagados, la faz pálida y tan demacrada que a través de la piel se les notaba la forma de los huesos. No creo que Erisicton se viese reducido a una piel tan seca cuando más tuvo que temer el hambre[153]. Yo decía, pensando entre mí: «He aquí cómo debió estar la nación que perdió a Jerusalén, cuando María llegó a devorar a su propio hijo[154]». Sus ojos parecían anillos sin piedras. Los que en el rostro del hombre leen «HOMO», hubieran conocido allí con facilidad la «M[155]». ¿Quién creería, ignorando la causa, que el olor de aquella fruta y el sonido de aquel salto de agua pudieran reducirlos a tal extremo? Yo estaba asombrado al verlos tan hambrientos porque aún no conocía la causa de su demacración y de su triste aridez, cuando desde la profunda cavidad de su cabeza dirigió hacia mí sus ojos una sombra y me miró fijamente, después de lo cual exclamó en alta voz:

—¿Qué gracia es esta que se me concede?

Nunca lo hubiera conocido por su rostro, pero su voz me recordó lo que sus facciones habían absorbido en sí mismas; esta chispa encendió en mí el completo conocimiento de aquel rostro cambiado, y reconocí el de Forese[156].

—¡Ah! —me dijo—, no fijes tu atención en esta lepra árida que me decolora la piel ni en la carne que me falta. Pero dime la verdad con respecto a ti y dime quiénes son esas dos almas que te guían; no pararé hasta que me lo digas.

—Tu rostro, que ya muerto me hizo llorar, excita ahora en mí nuevos deseos de llanto —le respondí viéndolo tan desfigurado—; pero dime, por Dios, qué es lo que os demacra tanto, y no me hagas hablar de otra cosa mientras dura mi asombro, porque mal puede hablar el que está poseído de otro deseo.

Me contestó:

—Desde el eterno tribunal desciende una virtud sobre el agua y la planta que hemos dejado más atrás, virtud que nos extenúa de esta suerte. Todos esos que cantan llorando por haberse entregado desenfrenadamente al vicio de la gula, deben sacrificarse aquí por medio del hambre y la sed. El olor que se exhala de la fruta y el agua que se extiende sobre ese follaje excitan en nosotros el deseo de comer y beber, y más de una vez se repite nuestra pena mientras damos una vuelta a este círculo; porque el deseo que nos conduce hacia el árbol es el mismo que conduce a Jesucristo a decir lleno de gozo: «Eli[157]», cuando nos redimió con la sangre de sus venas.

—Forese —repliqué—, desde el día en que dejaste el mundo por mejor vida no han transcurrido aún cinco años. Si la facultad de pecar concluyó en ti solamente poco antes de que sobreviniera la hora del saludable dolor que nos reconcilia con Dios, ¿cómo es que has llegado ya aquí arriba? Creía encontrarte abajo, donde el tiempo con el tiempo se repara[158].

Respondiome:

—Mi Nella es la que, con sus continuas oraciones, me ha conducido a beber este dulce ajenjo de dolor. Con sus devotas plegarias y sus suspiros me ha sacado del lugar donde se espera y me ha librado de los otros círculos. Mi dulce viuda, a quien tanto amé, es tanto más querida y agradable a Dios cuanto más sola es en obrar bien, pues la Barbagia de Cerdeña tiene mujeres mucho más púdicas que la Barbagia donde la he dejado[159]. ¡Oh caro hermano!, ¿qué quieres que te diga? Ante mi vista se presenta un tiempo futuro, del que no dista mucho el presente, en el cual se prohibirá desde el púlpito a las desgraciadas florentinas ir enseñando los pechos. ¿Qué mujeres bárbaras ni sarracenas ha habido jamás contra las que se debiera apelar a penas espirituales o a otras restricciones para obligarlas a ir cubiertas? Pero si las impúdicas estuvieran seguras de lo que el Cielo les prepara pronto, tendrían ya la boca abierta para aullar, porque, si mi previsión no me engaña, serán entristecidas antes de que salga el bozo al niño que ahora se consuela con la «nanna[160]». ¡Ah hermano!, no te me ocultes más: estás viendo que no sólo yo, sino todas estas almas se admiran de que el Sol proyecte tu sombra.

Entonces le dije:

—Si recuerdas lo que tú y yo fuimos, aun el mencionarlo ahora deberá serte doloroso. De aquella vida disipada me sacó no hace mucho ese que va delante de mí, cuando se ostentaba redonda la hermana de aquél (y le señalé hacia el Sol). Ese Sabio

me ha guiado a través de la profunda noche por entre los verdaderos muertos y con mi carne, que sigue conmigo[161]. Su auxilio me ha sostenido hasta aquí en las pendientes y recodos de este monte que hace que seáis rectos, vosotros a quien tan torcidos hizo el mundo. Me ha dicho que me acompañaría hasta dejarme donde está Beatriz; allí es preciso que me quede sin él. Virgilio es ese de quien te hablo (y se lo indiqué con el dedo) y el otro es aquella sombra por quien hubo hace poco tales sacudimientos en todos los ámbitos de vuestro monte porque ya de aquí se despide.

CANTO VIGÉSIMO CUARTO

SEXTO CÍRCULO: LA GULA. FORESE DONATI, PICCARDA, BONAGIUNTA DE LUCCA, EL PAPA MARTÍN IV, UBALDINO DELLA PILA, BONIFACIO, MESER MÁRCHESE, GENTUCCA. OTRO ÁRBOL MÍSTICO. EJEMPLOS DE GULA. EL ÁNGEL DE LA ABSTINENCIA

Nuevas hileras de glotones. Entre ellos encontramos al poeta Bonagiunta degli Orbicciani, perteneciente a la escuela poética anterior a Dante, que rinde aquí tributo de admiración al «Dolce Stil Novo». Una voz de lo alto les indica el camino a seguir.

Ni la conversación detenía nuestra marcha ni ésta a aquélla, sino que, a pesar de ir hablando, caminábamos de prisa, como la nave impelida por un viento favorable. Las sombras, que parecían cosas doblemente muertas, noticiosas de que yo estaba vivo, mostraban su admiración por las hondas cavidades de sus ojos. Continuando yo mi discurso, dije:

—Esta sombra, quizá por gozar más tiempo de la otra que la acompaña, se dirige arriba más lentamente de lo que lo haría[162]. Pero dime, si acaso lo sabes, dónde está Piccarda y si entre esta gente que así me mira hay alguna persona digna de llamar mi atención.

—Mi hermana, que no sé qué fue más, si hermosa o buena, ostenta ya su triunfal corona en el alto Olimpo[163].

Esto dijo primero y después añadió:

—Es conveniente que te cite a los que están aquí por sus nombres, debido a la deformación de nuestros rostros a causa del hambre que padecemos. Ése (y lo señaló con el dedo) es Bonagiunta, Bonagiunta el de Lucca; y aquel de más allá, más apergaminado que los otros, tuvo en sus brazos a la santa Iglesia: fue natural de Tours y ahora expía con el ayuno las anguilas del Bolsena y la Garnacha.

Otros muchos me fue citando uno a uno, y todos parecían contentos de que se les nombrase, pues no reparé en ellos ningún gesto de desagrado. Vi mover las mandíbulas, mascando en vacío por efecto del hambre, a Ubaldino della Pila y a Bonifacio, que apacentó a muchos con el cayado que ostenta una torre. Vi a meser Marchese que, habiendo tenido tiempo para beber en Forlì con menos sed, fue tal que nunca se sintió saciado[164]. Pero, como aquel que mira y después simpatiza más con uno que con otro, así me pasó con el de Lucca, que parecía querer decirme algo. Murmuraba entre los dientes de aquella boca donde sentía el castigo que tanto lo devoraba, y yo le oí decir no sé qué de Gentucca[165].

—¡Oh alma! —le dije—, que tan deseosa pareces de hablar conmigo. Haz de modo que yo te entienda y satisfácenos a los dos con tu conversación.

Él empezó a decir:

—Existe una mujer, que no lleva el velo todavía, la cual hará que te agrade mi ciudad, aunque alguno hable mal de ella. Tú irás allá con esta predicción, y si acaso no has entendido bien lo que murmuro, ya te lo pondrá en claro la realidad de los hechos. Pero dime: ¿no estoy viendo al que ha dado a luz las nuevas rimas que comienzan así: «*Donne, ch'avete intelletto d'amore*»?

Le contesté:

—Yo soy uno que voy anotando lo que el Amor me inspira y luego lo expreso tal como me lo dicta dentro del alma.

—¡Oh hermano! —exclamó—. Ahora veo el nudo que al Notaro, a Guittone y a mí nos impidió llegar el dulce y nuevo estilo que oigo. Bien veo que vuestras plumas siguen fielmente al que les dicta, lo cual no han hecho en verdad las nuestras; y que quien se propone remontarse a mayor altura, no ve la diferencia del uno al otro estilo[166].

Dichas estas palabras, se calló como si estuviese satisfecho.

Así como las grullas que pasan el invierno a orillas del Nilo forman a veces una bandada en el aire y luego vuelan rápidamente marchando en hilera, de igual suerte todas las almas que allí estaban, volviendo el rostro, aceleraron el paso, ligeras por su demacración y su deseo; y al modo que un hombre cansado de correr deja ir delante a sus compañeros y sigue lentamente hasta que cesa la agitación de su pecho, así Forese dejó pasar a la grey santa y continuó conmigo su camino, diciéndome:

—¿Cuándo te volveré a ver?

—No sé cuánto he de vivir —le respondí—, pero no será tan pronto mi regreso que antes no llegue yo con el deseo a esta santa orilla; porque el sitio donde fui colocado para vivir se aleja del bien de día en día y cada vez más, y parece destinado a una triste ruina.

—Ve, pues —repuso—, que ya estoy viendo al que tiene la mayor culpa de esta ruina, arrastrado a la cola de un animal hacia el valle donde nadie se excusa de sus faltas. El animal a cada paso va más rápido, aumentando siempre su celeridad, hasta que lo arroja y abandona el cuerpo vilmente destrozado. Estas esferas no darán muchas vueltas (y dirigió sus ojos al cielo) sin que quede claro para ti lo que mis palabras no pueden ampliar más[167]. Ahora te dejo porque el tiempo es caro en este reino y yo pierdo mucho caminando a tu lado.

Cual jinete que se adelanta al galope de entre el escuadrón que avanza, a fin de alcanzar el honor del primer choque, del mismo modo y con mayores pasos se apartó de nosotros aquel espíritu, y yo quedé en el camino con aquellos dos que fueron tan grandes maestros en el mundo. Cuando estuvo tan retirado de nosotros que mis ojos no podían seguirlo, así como tampoco podía mi mente alcanzar el sentido de sus palabras, observé no muy lejos las ramas frescas y cargadas de fruta de otro manzano,

por haberme vuelto entonces hacia aquel lado. Y vi debajo de él muchas almas que alzaban las manos y gritaban no sé qué en dirección del follaje, como los niños que, codiciando impotentes alguna cosa, la piden sin que aquel a quien ruegan les responda y, antes al contrario, para excitar más sus deseos, tiene levantado y sin ocultarlo aquello que causa su anhelo. Después se marcharon como desengañadas y nosotros nos acercamos entonces a aquel árbol que rechazaba tantos ruegos y tantas lágrimas.

«Pasad adelante sin aproximaros: más arriba existe otro árbol cuyo fruto fue mordido por Eva y éste es un retoño de aquél». Así decía no sé quién entre las ramas, por lo cual Virgilio, Estacio y yo seguimos adelante, estrechándonos cuanto pudimos hacia el lado en que se eleva el monte. «Acordaos —decía la voz— de los malditos formados en las nubes que, embriagados, combatieron a Teseo con sus dobles pechos[168]. Acordaos de los hebreos que mostraron al beber su molicie, por lo que Gedeón no los quiso por compañeros cundo descendió de las colinas cerca de Madián[169]». De este modo, arrimados a una de las laderas, pasamos adelante, oyendo diferentes ejemplos del pecado de la gula, seguidos de las miserables consecuencias de aquel vicio. Después, entrando nuevamente en medio del camino desierto, nos adentramos mil pasos y aun más, reflexionando cada cual y sin hablar. «¿Qué vais pensando vosotros tres solos?», dijo de improviso una voz que me hizo estremecer, como sucede a los animales tímidos y asustadizos. Levanté la cabeza para ver quién era, y jamás se vieron en un crisol vidrios o metales tan luminosos como lo estaba un ángel que decía: «Si queréis llegar hasta arriba, es preciso que deis aquí la vuelta: por aquí va el que busca la paz eterna». Su aspecto me había deslumbrado la vista, por lo cual me volví, siguiendo a mis Doctores a la manera de quien se guía por lo que escucha. Y sentí que me daba en medio de la frente un viento, como sopla y embalsama el ambiente la brisa de mayo, mensajera del alba, impregnada con el aroma de plantas y flores; y bien sentí moverse las plumas de las alas que me hicieron percibir el perfume de la ambrosía, oyendo decir: «Bienaventurados aquellos a quienes ilumina tanta gracia, que la inclinación a comer no enciende en sus corazones desmesurados deseos y sólo tienen el hambre que es razonable».

CANTO VIGÉSIMO QUINTO

ASCENSO AL SÉPTIMO CÍRCULO. TEORÍA DE LA GENERACIÓN DEL HOMBRE. INFUSIÓN DEL ALMA EN EL CUERPO, CUERPOS AÉREOS DESPUÉS DE LA MUERTE. SÉPTIMO. CÍRCULO: LA LUJURIA. EJEMPLOS DE CASTIDAD

Mientras suben, Estacio aclara las dudas de Dante sobre las almas que acaban de ver, enflaquecidas a pesar de no tener necesidad de alimentos: el alma humana, aun separada de la materia, ha sido creada para informar un cuerpo y, por tanto, es capaz de sentir las mismas condiciones que afectan al cuerpo. El discurso se extiende a la explicación que daba la ciencia contemporánea de la generación humana y de la sucesiva adquisición por el feto de las tres almas que caracterizan al hombre: vegetativa, sensitiva e intelectiva. Llegan al séptimo círculo.

Era la hora en que no debía demorarse nuestra subida, pues el Sol había dejado el círculo meridional al Tauro y la noche al Escorpión[170], por lo cual, así como el hombre a quien estimula el aguijón de la necesidad no se detiene por nada que encuentre, sino que sigue su camino, de igual suerte entramos nosotros por la abertura del peñasco, uno delante de otro, tomando la escalera, que por su angostura obligaba a separarse a los que subíamos. Y como la joven cigüeña que extiende sus alas deseosa de volar y, no atreviéndose a abandonar el nido, las pliega nuevamente, lo mismo hacía yo, llevado de un ardiente deseo de preguntar, que se inflamaba y se extinguía, hasta que llegué a hacer el ademán del que se prepara a hablar. A pesar de lo rápido de nuestra marcha, mi amado Padre no dejó de decirme:

—Dispara el arco de la palabra que tienes tirante hasta la punta de la flecha.

Entonces abrí la boca con seguridad y empecé a decir:

—¿Cómo es posible enflaquecer donde no hay necesidad de alimentarse?

—Si te acordaras cómo se consumió Meleagro al consumirse un tizón —respondió—, no te sería ahora tan difícil comprender esto; y si considerases cómo, al moveros, se mueve vuestra imagen dentro del espejo, te parecería blando lo que te parece duro[171]. Mas para que tu deseo quede satisfecho, aquí tienes a Estacio, a quien pido y suplico que sea el médico de las heridas de tu curiosidad.

—Si estando tú presente, que eres más sabio, le descubro los arcanos de la eterna justicia —respondió Estacio—, sirve de disculpa el no poder negarte nada.

Luego empezó diciendo:

—Hijo, si tu mente recibe y guarda mis palabras, ellas te darán luz sobre el punto de que hablas. La sangre más pura, que nunca es absorbida por las sedientas venas y que sobra, como sobran los alimentos que se retiran de la mesa, adquiere en el corazón una virtud tan apta para formar todos los miembros humanos como la que

tiene para alimentarlos la sangre que va por las venas. Después, todavía más depurada, desciende a un punto que es mejor callar que nombrar, de donde se destila sobre la sangre de otro ser en vaso natural. Aquí se mezclan las dos, la una dispuesta a recibir la impresión, la otra a producirla por efecto de la perfección del lugar de que procede, y apenas están juntas, la sangre viril empieza a operar, coagulando primero y vivificando en seguida lo que ha hecho unírsele como materia propia. Convertida la virtud activa en alma, como la de una planta pero con la diferencia de que aquélla está en vías de formación y la de la planta ya ha llegado a su término, continúa obrando de tal modo que pronto se mueve y siente como la esponja marina, y en seguida emprende la organización de las potencias, de las cuales es el germen. Hijo mío, la virtud que procede del corazón del padre y desde la cual atiende la naturaleza a todos los miembros, ahora se ensancha y se prolonga; mas no ves todavía cómo el feto pasa de animal a racional; este punto es tal, que uno más sabio que tú[172] incurrió con su doctrina en el error de separar del alma el intelecto posible, porque no vio que éste tuviese ningún órgano especial adecuado a sus funciones. Abre tu corazón a la verdad que te presento y sabe que, en cuanto está concluido el organismo del cerebro del feto, el Primer Motor se dirige placentero hacia aquella obra maestra de la naturaleza y le infunde un nuevo espíritu, lleno de virtud, que atrae a su sustancia lo que allí se encuentra de activo y le convierte en un alma personal, que vive y siente y se refleja sobre sí misma. A fin de que te causen menos admiración mis palabras, considera el calor del sol, que se transforma en vino uniéndose al humor que sale de la vid. Cuando Lachesis no tiene ya lino, el alma se separa del cuerpo, llevándose virtualmente consigo sus potencias divinas y humanas: todas las facultades sensitivas quedan como mudas, pero la memoria, el entendimiento y la voluntad son en sus acciones mucho más sutiles que antes. Sin detenerse, el alma llega maravillosamente a una de las orillas, donde conoce el camino que le está reservado. En cuanto se encuentra circunscrita en él, la virtud informativa irradia en torno del mismo modo que cuando vivía en sus miembros; y así como el aire, cuando el tiempo está lluvioso, se presenta adornado de distintos colores por los rayos del sol que en él se reflejan, de igual suerte el aire de alrededor toma la forma que le imprime virtualmente el alma que está allí detenida; y semejante, además, a la llama, que sigue en todos sus movimientos al fuego, la nueva forma va siguiendo al espíritu. Por fin, como el alma toma de esto apariencia, se le llama sombra, y en esa forma organiza luego cada uno de sus sentidos, hasta el de la vista. En virtud de este cuerpo aéreo hablamos, reímos, derramamos lágrimas y suspiramos, como habrás podido observar en este monte. Según como los deseos y los demás afectos nos impresionan, la sombra toma diferentes figuras: tal es la causa de lo que te admira[173].

Habíamos llegado ya al círculo de la última tortura y nos dirigíamos hacia la derecha, cuando llamó nuestra atención otro cuidado. Allí la ladera de la montaña lanza llamas con ímpetu hacia el borde exterior de la cornisa por la que se va ascendiendo; en ese borde, una corriente de aire rechaza las llamas de forma que

queda un estrechísimo sendero entre el fuego y el vacío. Por esta razón nos era preciso caminar de uno en uno por el lado descubierto del camino, de modo que si, por una parte, me causaba temor el fuego, por otra temía despeñarme. Mi Guía decía:

—En este sitio es preciso refrenar bien los ojos, porque basta poco para dar un mal paso[174].

Entonces oí cantar en el seno de aquel gran ardor: «*Summae Deus clementiae*[175]», lo cual excitó en mí un deseo no menos ardiente de volverme y vi a varios espíritus andando por la llama. Yo los miraba, pero fijando alternativamente la vista, ya en sus pasos, ya en los míos. Después de la última estrofa de aquel himno, gritaron en voz alta: «*Virum non cognosco*[176]», y en seguida volvieron a entonarlo en voz baja. Terminado el himno, gritaron aún: «Diana corrió al bosque y arrojó de él a Hélice, que había gustado el veneno de Venus[177]». Repetía luego su canto y citaban después ejemplos de mujeres y maridos que fueron castos, como lo exigen la virtud y el matrimonio. Y de este modo, según creo, continuarán durante todo el tiempo que los abrase el fuego, pues con tal remedio y tales ejercicios ha de cicatrizarse la última llaga.

CANTO VIGÉSIMO SEXTO

SÉPTIMO CÍRCULO: LA LUJURIA. DOS HILERAS OPUESTAS DE LUJURIOSOS. EJEMPLOS: GUIDO GUINIZELLI, ARNAULT DANIELL

Los lujuriosos caminan en medio de las llamas, cruzándose con grupos que van en sentido contrario: los sodomitas.

Mientras que uno tras otro íbamos por el borde del camino, mi buen Maestro decía muchas veces: «Mira y ten cuidado, pues ya estás advertido». Daba en mi hombro derecho el Sol, que irradiando por todo el Occidente cambiaba en blanco su color azulado. Como mi sombra hacía aparecer más roja la llama, aquí también vi muchas almas que, andando, fijaban su atención en tal indicio. Con este motivo se pusieron a hablar de mí y empezaron a decir: «Parece que éste no tiene un cuerpo ficticio». Después se cercioraron, aproximándose a mí cuanto podían, pero siempre con el cuidado de no salir adonde no ardieran.

—¡Oh tú, que vas en pos de los otros dos, no por ser el más lento, sino quizá por respeto!, respóndeme a mí, a quien abrasan la sed y el fuego. No soy el único que necesita tu respuesta, pues todos éstos tienen mayor sed que deseo de agua fresca el indio y el etíope. Dinos, ¿cómo es que formas con tu cuerpo un muro que se antepone al Sol, cual sino hubieras caído aún en las redes de la muerte?

Así me hablaba una de aquellas sombras y yo me habría explicado en el acto si no hubiese atraído mi atención otra novedad que apareció entonces. Por el centro del camino inflamado venía una multitud de almas andando al encuentro de las primeras, lo cual me hizo contemplarlas asombrado. Por ambas partes vi apresurarse todas las sombras y besarse unas a otras, sin detenerse, y contentándose con tan breve agasajo, semejantes a las hormigas que en medio de sus pardas hileras van a encontrarse cara a cara, quizá para darse noticias de su viaje o de su botín. Una vez terminado el amistoso saludo y antes de continuar cada una su camino, se ponían a gritar con todas sus fuerzas: «¡Sodoma y Gomorra!»; y las otras: «En la vaca entró Pasifae, para que el toro acudiera a su lujuria[178]». Después como grullas que dirigen su vuelo hacia los montes Rifeos y hacia las ardientes arenas, huyendo éstas del hielo y aquéllas del sol, así unas almas se iban y otras venían, volviendo a entonar entre lágrimas sus primeros cantos y a decir a gritos lo que más necesitaban. Como anteriormente, se acercaron a mí las almas que me habían preguntado, atentas y prontas a escucharme. Yo, que dos veces había visto su deseo, empecé a decir:

—¡Oh almas seguras de llegar algún día al estado de paz! Mis miembros no han quedado allá en la tierra ni jóvenes ni envejecidos, sino que están aquí conmigo, con su sangre y con sus coyunturas. De este modo voy arriba a fin de adquirir la luz del

intelecto; sobre nosotros existe una mujer que alcanza para mí esta gracia, por la cual paso por vuestro mundo con mi cuerpo mortal. Pero decidme, ¡así se logre en breve vuestro mayor deseo y os acoja el Cielo que está más lleno de amor y que por más espacio se dilata!, decidme, a fin de que yo pueda ponerlo por escrito, ¿quiénes sois y quién es aquella turba que se va en dirección contraria a la vuestra?

No de otra suerte se turba estupefacto el montañés y enmudece absorto cuando, rudo y salvaje, entra en una ciudad, de como pareció turbarse cada una de aquellas sombras; pero repuestas de su estupor, el cual se calma pronto en los corazones elevados, empezó a decirme la que antes me había preguntado:

—¡Dichoso tú, que sacas de nuestra actual mansión experiencia para vivir mejor! Las almas que van en sentido contrario al nuestro cometieron el pecado por el que César, en medio de su triunfo, oyó que se burlaban de él y lo llamaban reina. Por eso se alejan gritando «Sodoma» y reprendiéndose a sí mismos, como has oído, añadiendo al fuego que los abrasa el que les produce su vergüenza. Nuestro pecado fue hermafrodita[179]; pero no habiendo observado la ley humana y sí seguido nuestro apetito al modo de las bestias; por eso, al separarnos de los otros, gritamos el nombre de aquella que se bestializó en una envoltura bestial. Ya conoces nuestras acciones y el delito que cometimos. Si por nuestros nombres quieres conocer quiénes somos, ni sabré decírtelo ni tengo tiempo para ello. Satisfaré, sin embargo, tu deseo diciéndote el mío: soy Guido Guinizelli, que me purifico ya por haberme arrepentido antes de mi última hora[180].

Como corrieron hacia su madre los dos hijos al encontrarla bajo las tristes iras de Licurgo[181], así me lancé yo, pero sin atreverme a tanto, cuando escuché nombrarse a sí mismo a mi padre y al mejor de todos los míos que jamás escribieron rimas de amor dulces y floridas; y anduve pensativo largo trecho, sin oír ni hablar, contemplándolo aunque sin poder acercarme más a causa del fuego. Cuando me harté de mirarlo, me ofrecí de todo corazón a su servicio con aquellos juramentos que hacen creer en las promesas. Me contestó:

—Dejas en mí, por lo que oigo, una huella tan profunda y clara que el Leteo no puede borrarla ni oscurecerla. Pero si tus palabras han jurado la verdad, dime: ¿cuál es la causa del cariño que me demuestras en tus frases y en tus miradas?

—Vuestras dulces rimas, que harán preciosos los manuscritos que las contienen, tanto como dure el lenguaje.

—¡Oh hermano! —repitió—; este que te señalo con el dedo (e indicó un espíritu que iba delante de él) fue el mejor obrero en su lengua materna[182]. Sobrepujó a todos en sus versos amorosos y en la prosa de sus novelas. Deja hablar a los necios que creen que el Lemosín[183] es mejor que él; prestan más atención al ruido que a la verdad y así forman su juicio antes de dar oídos al arte o a la razón. Lo mismo hicieron muchos de los antiguos con respecto a Guittone[184], colocándolo, merced a sus gritos, en el primer lugar, hasta que lo ha vencido la verdad con los méritos adquiridos por otros poetas. Ahora, si tienes el alto privilegio de poder penetrar en el

claustro donde Cristo preside, dile por mí del «Padrenuestro» todo lo que necesitamos los habitantes de este mundo, en el que ya no tenemos la ocasión de pecar[185].

Luego, tal vez para hacer sitio a otro que venía en pos de él, desapareció entre el fuego, como desaparece el pez en el fondo del agua. Yo me adelanté un poco hacia el que me había señalado y le dije que mi deseo estaba preparado para oír su nombre. Él empezó a decir donosamente:

—Me complace tanto vuestra cortés pregunta, que ni quiero ni puedo ocultarme a vos: Yo soy Arnault, que lloro y voy cantando; veo, triste, mis pasadas locuras y veo contento el día que en adelante me espera. Ahora os ruego, por esa virtud que os conduce a lo más alto de la escala, que os acordéis de endulzar mi dolor.

Después se ocultó en el fuego purificador.

CANTO VIGÉSIMO SÉPTIMO

SÉPTIMO CÍRCULO: LA LUJURIA. EL ÁNGEL DE LA PUREZA. PASO A TRAVÉS DE LAS LLAMAS. ASCENSO AL PARAÍSO TERRENAL. ÚLTIMAS PALABRAS DE VIRGILIO

Para salir del séptimo círculo han de atravesar las llamas. Dante vence su miedo cuando Virgilio le recuerda que aquel fuego es lo último que lo separa de Beatriz. Se ha hecho de noche y mientras duerme, sobreviene a Dante un nuevo sueño. Llegados al Paraíso terrenal, Virgilio se despide.

El Sol estaba ya en aquel punto desde donde lanza sus primeros rayos sobre la ciudad en que se derramó la sangre de su Hacedor; el Ebro caía bajo el alto signo de Libra y las ondas del Ganges eran caldeadas al empezar la hora de nona[186], de modo que donde estábamos terminaba el día, cuando se nos apareció el placentero Ángel de Dios, que, apartado de la llama, se puso en la orilla a cantar «*Beati mundo corde*[187]», en voz bastante más viva que la nuestra. Después dijo:

—No se sigue adelante, almas santas, si el fuego no os muerde antes; entrad en él y no os hagáis sordas al cántico que llegará hasta vosotras.

Así habló cuando estuvimos cerca de él, por lo que me quedé al oírlo como aquel que es metido en la fosa. Elevé mis manos entrelazadas mirando al fuego y se representaron vivamente a mi imaginación los cuerpos humanos que había visto arder. Mis buenos compañeros se volvieron hacia mí y Virgilio me dijo:

—Hijo mío, aquí puedes encontrar un tormento, pero no la muerte. Acuérdate, acuérdate, y si te guié sano y salvo sobre Gerión, ¿qué no haré ahora que estoy más cerca de Dios? Ten por cierto que, aunque estuvieras mil años en medio de esa llama, no perderías un solo cabello. Y si acaso crees que te engaño, ponte cerca de ella y como prueba aproxima con tus manos al fuego la orla de tu ropaje. Depón, pues, depón todo temor. Vuélvete hacia aquí y pasa con seguridad.

Yo, sin embargo, permanecía inmóvil aun en contra de mi conciencia. Cuando vio que me estaba quieto y reacio, repuso algo turbado:

—Hijo mío, repara que entre Beatriz y tú sólo existe este obstáculo.

Así como al oír el nombre de Tisbe, Píramo, cercano a la muerte, abrió los ojos y la contempló bajo la morera, que desde entonces echó frutos rojos[188], así yo, vencida mi obstinación, me dirigí hacia mi sabio Guía al oír el nombre que siempre está en mi mente. Entonces él, moviendo la cabeza, dijo:

—¿Qué hacemos? ¿Nos paramos aquí?

Y se sonrió como se sonríe el niño a quien se conquista con una fruta. Después se metió en el fuego el primero, rogando a Estacio, que durante todo el camino se había interpuesto entre ambos, que viniese detrás de mí. Cuando estuve dentro, habríame

arrojado para refrescarme en medio del vidrio hirviendo, tan desmesurado era el calor que allí se sentía. Mi dulce Padre, para animarme, continuaba hablando de Beatriz y diciendo: «Ya me parece ver sus ojos». Nos guiaba una voz que cantaba al otro lado y nosotros, atentos solamente a ella, salimos del fuego por el sitio donde está la subida.

—«*Venite, benedicti Patris mei*[189]» —se oyó en medio de una luz que allí había, tan resplandeciente que me ofuscó y no la pude mirar—. El Sol se va —añadió— y viene la noche; no os detengáis, sino acelerad el paso antes de que el horizonte se oscurezca.

El sendero subía recto a través de la peña hacia el Oriente y yo interrumpía delante de mí los rayos del Sol, que ya estaba muy bajo. Habíamos subido pocos escalones cuando mis sabios Guías y yo, por mi sombra que se desvanecía, observamos que tras de nosotros se ocultaba el astro; y antes de que en toda su inmensa extensión tomara el horizonte el mismo aspecto y de que la noche se esparciera por todas partes, cada uno de nosotros hizo de un escalón su lecho, porque la naturaleza del monte, más bien que nuestro deseo, nos impedía subir. Como las cabras que antes de satisfacer su apetito van veloces y atrevidas por los picos de los montes y una vez saciado éste se quedan rumiando tranquilas a la sombra, mientras el Sol quema, guardadas por el pastor que, apoyado en su cayado, cuida de ellas; y como el pastor que se queda fuera y pernocta cerca de su rebaño, para preservarlo de que lo disperse alguna bestia feroz, así estábamos entonces nosotros tres, yo como cabra y ellos como pastores, apretados por los dos lados de aquella estrecha escalera. Poco alcanzaba nuestra vista de las cosas que había fuera de allí, pero por aquel reducido espacio veía yo las estrellas más claras y mayores de lo acostumbrado. Rumiando de esta suerte y contemplándolas, me sorprendió el sueño; el sueño, que muchas veces predice lo que ha de sobrevenir[190]. En la hora, según creo, en que Citérea, que parece siempre abrasada por el fuego del amor, lanzaba desde Oriente sus primeros rayos sobre la montaña, me pareció ver entre sueños a una mujer joven y bella, que iba cogiendo flores por una pradera y decía cantando: «Sepa todo aquel que pregunte mi nombre que yo soy Lía y voy extendiendo en torno mis bellas manos para formarme una guirnalda. Me adorno para verme hermosa delante del espejo. Pero mi hermana Raquel no se separa jamás del suyo y permanece todo el día sentada delante de él. A ella le gusta contemplar sus hermosos ojos, como a mí adornarme con mis propias manos; ella se satisface con mirar, yo con obrar[191]». Ya, ante los esplendores que preceden al día, tanto más gratos a los peregrinos cuanto más cerca de su patria se albergan al volver a ella, huían por todas partes las tinieblas y con ellas mi sueño. Por lo cual me levanté y vi a mis grandes Maestros levantados también.

—La dulce fruta que por tantas ramas va buscando la solicitud de los mortales, hoy calmará tu hambre.

Tales fueron las palabras que me dirigió Virgilio; palabras que me causaron un placer como no lo ha causado jamás regalo alguno. Acrecentose tanto en mí el deseo de llegar a la cima del monte, que a cada paso que daba sentía crecer alas para mi

vuelo. Cuando, recorrida toda la escalera, estuvimos en la última grada, Virgilio fijó en mí sus ojos y dijo:

—Has visto el fuego temporal y el eterno, hijo mío, y has llegado a un sitio donde no puedo ver nada más por mí mismo. Con ingenio y con arte te he conducido hasta aquí: en adelante, sírvate de guía tu voluntad. Fuera estás ya de los caminos escarpados y de las estrechuras[192]. Mira el Sol, que brilla en tu frente; mira la hierba, las flores, los arbustos que se producen solamente en esta tierra. Mientras no vengan radiantes de alegría los hermosos ojos que, entre lágrimas, me hicieron acudir en tu socorro, puedes sentarte y puedes pasear entre estas flores. No esperes ya mis palabras ni mis consejos; tu albedrío es ya libre, recto y sano, y sería una falta no obrar según lo que él te dicte. Así, pues, te dejo ya señor de ti mismo.

CANTO VIGÉSIMO OCTAVO

PARAÍSO TERRESTRE. EL RÍO LETEO. LA MUJER SOLITARIA. ORIGEN DEL AGUA Y DEL VIENTO EN LA DIVINA SELVA. CONDICIÓN DEL LUGAR

Una bella dama, Matilde, explica a Dante las características del Paraíso terrenal.

Deseoso ya de observar en su interior y en sus contornos la divina floresta espesa y viva que amortiguaba la luz del nuevo día, dejé sin esperar más el borde del monte y marché lentamente a través del campo, cuyo suelo por todas partes despedía gratos aromas. Un aura blanda e invariable me oreaba la frente con no mayor fuerza que la de un viento suave; a su impulso, todas las verdes frondas se inclinaban trémulas hacia el lado al que proyecta su primera sombra el sagrado monte; pero sin separarse tanto en su derechura, que las avecillas dejaran por esta causa de ejercitar su arte sobre las copas de los árboles, pues antes bien, saludaban a las primeras auras, llenas de alegría, cantando entre las hojas que acompañaban sus trinos haciendo el bajo, con un susurro semejante al que de rama en rama va creciendo en los pinares del llano de Chiassi, cuando Eolo deja escapar el viento sudeste.

Ya me habían transportado mis lentos pasos tan dentro de la selva que no podía distinguir el sitio por donde había entrado, cuando vi interceptado mi camino por un riachuelo que, corriendo hacia la izquierda, doblegaba bajo el peso de pequeñas linfas las hierbas que brotaban en sus orillas. Las aguas que en la tierra se tienen por más puras parecerían turbias comparadas con aquéllas, que no ocultaban el fondo aunque corrían oscurecidas bajo una perpetua sombra que no da paso nunca a los rayos del Sol ni de la Luna. Detuve mis pasos y atravesé con la vista el riachuelo para admirar la gran variedad de sus frescas arboledas, cuando se me apareció, como aparece súbitamente una cosa maravillosa que desvía de nuestra mente todo otro pensamiento, una mujer sola que iba cantando y cogiendo flores de las muchas de que estaba esmaltado todo el camino.

—¡Ah, hermosa dama que te abrasas en los rayos de Amor! Si he de dar crédito al semblante que suele ser testimonio del corazón, dígnate adelantarte —le dije— hacia este riachuelo lo bastante para que pueda comprender qué es lo que cantas. Tú traes a mi memoria el sitio donde estaba Proserpina y cómo era cuando la perdió su madre y ella perdió sus lozanas flores[193].

Así como bailando se mueve una mujer con los pies juntos y sin separarlos del suelo, poniendo apenas uno delante del otro, de igual suerte se volvió hacia mí sobre las florecillas rojas y amarillas, semejante a una virgen que inclina sus modestos ojos, y satisfizo mis súplicas aproximándose tanto, que llegaba hasta mí la dulce armonía de su canto y sus palabras claras y distintas. Luego que se detuvo en el sitio donde las

hierbas son bañadas por las ondas del lindo riachuelo, me concedió el favor de levantar sus ojos. No creo que saliera tal resplandor bajo las cejas de Venus cuando su hijo la hirió involuntariamente. Ella se sonreía desde la orilla derecha cogiendo mientras tanto las flores que aquella elevada tierra produce sin necesidad de simiente. El río nos separaba a la distancia de sólo tres pasos, pero el Helesponto, por donde pasó Jerjes, cuyo ejemplo sirve aún de freno al orgullo humano, no fue tan odioso a Leandro, por el impetuoso movimiento de sus aguas entre Sestos y Abydos, como lo era aquél para mí por no abrirme paso[194].

—Sois recién llegados —dijo ella—; y quizá porque me sonrío en este lugar escogido por Dios para nido de la humana naturaleza, os causo asombro y hasta alguna sospecha. Pero el salmo *Delectasti* esparce una luz que puede disipar las nubes de vuestro entendimiento. Y tú, que vas delante y me has rogado que hable, dime si quieres oír otra cosa, que yo responderé con presteza a todas tus preguntas hasta que quedes satisfecho[195].

—El agua —le dije— y el rumor de la floresta impugnan en mi interior una nueva creencia sobre una cosa que he oído y que es contraria a ésta[196].

A lo que ella contestó:

—Te diré cómo procede de su causa eso que te admira, y disiparé la nube que te ciega. El Sumo Bien, que se complace, sólo en sí mismo, hizo al hombre bueno y apto para el bien y le dio este sitio como arras, en señal de eterna paz. El hombre, por sus culpas, permaneció aquí poco tiempo; por sus culpas cambió su honesta sonrisa y su dulce pasatiempo en llanto y tristeza. A fin de que todas las conmociones producidas más abajo por las exhalaciones del agua y de la tierra, que se dirigen cuanto pueden tras del calor, no molestasen al hombre, se elevó este monte hacia el cielo tanto como has visto y está libre de todas las perturbaciones desde el punto donde se cierra su puerta. Ahora bien, como el aire gira en torno de la Tierra con la primera bóveda movible del cielo, si el círculo no es interrumpido por algún punto, un movimiento semejante viene a repercutir en esta altura, que está libre de toda perturbación media del aire puro, produciendo este ruido en la selva porque es espesa; y la planta sacudida comunica su propia virtud generativa al aire, el cual girando en torno deposita dicha virtud en el suelo; y la otra tierra, según que es apta por sí misma o por su cielo, concibe y produce diversos árboles de diferentes especies. Una vez oído esto, no te parecerá ya maravilloso que haya plantas que broten sin semillas aparentes. Debes saber, además, que la santa campiña en que te encuentras está llena de toda clase de semillas y encierra frutos que allá abajo no se cogen. El agua que ves no brota de ninguna vena que sea renovada por los vapores que el frío del cielo convierte en lluvia, como un río que adquiere o pierde caudal, sino que sale de una fuente invariable y segura, que recibe de la voluntad de Dios cuanto derrama por dos partes. Por ésta, desciende con una virtud que borra la memoria del pecado; por la otra, renueva la de toda buena acción. Aquí se llama Leteo y en el otro lado Eunoé; y no produce sus efectos si no se bebe aquí antes que

allí; su sabor supera a todos los demás[197]. Aunque tu sed esté ya mitigada sin necesidad de más explicaciones mías, por una gracia especial, aún te daré un corolario: y no creo que mis palabras te sean menos gratas si exceden a lo que me has preguntado. Los que antiguamente fingieron la Edad de Oro y su estado feliz quizá soñaron en este sitio. Aquí fue inocente el origen de la raza humana; aquí la primavera y los frutos son eternos. Éste es el verdadero néctar de que todos hablan.

Entonces me volví completamente hacia mis Poetas y vi que habían acogido con una sonrisa esta última explicación. Después dirigí de nuevo mis ojos hacia la bella dama.

CANTO VIGÉSIMO NONO

PARAÍSO TERRESTRE. LAS ORILLAS DEL LETEO, PROCESIÓN QUE SIMBOLIZA EL TRIUNFO DE LA IGLESIA

En el Paraíso terrenal Dante contempla una sucesión de símbolos en los que se nos representa la historia de la Iglesia.

Después de aquellas últimas palabras, continué cantando cual mujer enamorada, «*Beati, quorum tecta sunt peccata*[198]», y a la manera de las ninfas, que andaban solas por las umbrías selvas, complaciéndose unas en huir del Sol y otras en verlo, púsose a caminar por la orilla contra la corriente del río; y yo, al igual de ella, seguí sus cortos pasos con los míos. Entre los dos no habíamos aún adelantado ciento, cuando las dos riberas equidistantes presentaron una curva, de tal modo que me encontré vuelto hacia el Oriente. A poco de andar así, volviose la dama enteramente a mí, diciendo: «Hermano mío, mira y escucha». Y he aquí que por todas partes iluminó la selva un relámpago; mas como éste desaparece en cuanto brilla y aquél permanecía cada vez más resplandeciente, decía yo entre mí: «¿Qué será esto?».

Circulaba por el luminoso aire una melodía, por lo cual mi buen celo me hizo censurar el atrevimiento de Eva, porque allí, donde obedecían la Tierra y el Cielo, una mujer sola y apenas creadano pudo sufrir el permanecer obediente; cuando, si hubiera obedecido, yo hubiera gozado más pronto y eternamente de aquellas inefables delicias.

Mientras iba yo enteramente absorto en la contemplación de tantas primicias del placer eterno y deseoso todavía de más, el aire, semejante a un gran fuego, apareció ante nosotros inflamado bajo las verdes ramas, y la dulce armonía que habíamos percibido se convirtió en un canto claro y distinto. ¡Oh sacrosantas vírgenes[199]! Si alguna vez he soportado por vosotras el hambre, el frío y las vigilias, prestadme en cambio la ayuda que la necesidad me obliga a demandaros. Es preciso que Helicona derrame para mí sus aguas y que el coro de Urania me ayude a poner en verso cosas apenas concebibles.

Pareciome ver algo más allá siete árboles de oro[200], engañado por la gran distancia que todavía mediaba entre nosotros y ellos; mas cuando me hube aproximado tanto que la semejanza engañadora de los sentidos no perdía ya por la distancia ninguno de sus rasgos distintivos, la vista, por la que se inicia el raciocinio, me hizo conocer que eran candelabros. Unas voces cantaban «*Hosanna*». Los hermosos objetos llameaban en su parte superior despidiendo una luz mucho más clara que la Luna a medianoche y a la mitad de su mes. Me volví lleno de admiración al buen Virgilio y él me respondió con una mirada no menos llena de asombro. Después fijé de nuevo mi atención en los altos candelabros, los cuales avanzaban en

nuestra dirección tan lentamente, que una recién desposada los hubiera vencido en celeridad[201]. La dama me gritó:

—¿Por qué contemplas con tanto ardor esas vívidas luces y no reparas en los que vienen detrás de ellas?

Entonces vi venir detrás de las luces, y como guiados por éstas, muchos personajes vestidos de un blanco tan puro como no ha brillado jamás en el mundo[202]. A la izquierda resplandecía el agua y reflejaba la parte izquierda de mi cuerpo cuando me miraba en ella.

Cuando desde mi orilla llegué a un punto en que únicamente el río me separaba de aquéllos, me detuve para mirar mejor y vi las llamas caminando hacia adelante, dejando tras de sí pintado el aire con rasgos semejantes a banderolas desplegadas: de modo que sobre ellas se veían claramente siete listas formadas por los colores de los que el Sol hace su arco y Delía su cinturón[203]. Aquellas listas se extendían por el cielo más allá de lo que alcanzaba mi vista y, según me pareció, las de los extremos distaban entre diez pasos unas de otras. Bajo el hermoso cielo que describo se adelantaban de dos en dos veinticuatro ancianos coronados de azucenas[204]. Todos cantaban: «Bendita tú entre las hijas de Adán y benditas sean eternamente tus bellezas». Después que las flores y las frescas hierbecillas que había en la otra ribera frente a mí se vieron libres de aquellos espíritus elegidos, así como en el cielo siguen unas a otras las estrellas, vinieron cuatro animales en pos de los ancianos, todos ellos coronados de verdes hojas[205]. Cada uno tenía seis alas, con las plumas llenas de ojos, como serían los de Argos, si viviese[206]. Lector, no empleo mis rimas en describir las formas de estos animales, pues me contiene tanto lo que aún he de decir que no puedo ser ahora pródigo; pero puedes leer en Ezequiel, que los pinta tales como los vio acudir de las frías regiones, con el viento, con las nubes y con el fuego; y del mismo modo que los encontrarás en sus libros, así se presentaban aquí, si se exceptúa que en cuanto a las alas, Juan está conmigo y se separa de él[207]. El espacio que quedaba entre los cuatro lo ocupaba un carro triunfal sobre dos ruedas, que iba tirado por un grifo. Éste extendía sus alas entre la lista de en medio y las tres de ambos lados, sin que interceptara ninguna de ellas al hender el espacio entre las mismas comprendido. Se elevaban tanto que se las perdía de vista; la parte de su cuerpo que era ave tenía los miembros de oro y los de la otra parte eran blancos y manchados de rojo[208]. Ni Escipión el Africano, ni aun Augusto, hicieron jamás recrearse a Roma en la contemplación de un carro triunfal tan bello; y aun comparado con él, sería pobre aquel carro del Sol que, desviándose de su camino, fue abrasado a ruegos de la Tierra suplicante, cuando Júpiter fue misteriosamente justo[209].

Tres mujeres venían danzando en redondo al lado de la rueda derecha del carro; una de ellas tan roja que apenas se la hubiera distinguido dentro del fuego; la otra era como si su carne y sus huesos fuesen de esmeraldas; la tercera parecía nieve recién caída. Tan pronto iba a la cabeza la blanca como la roja y según el canto de ésta, así las demás ajustaban el paso, avanzando lentas o rápidas[210]. Hacia la izquierda del

carro se solazaban otras cuatro, vestidas de púrpura, ajustando sus movimientos a los de una de ellas, que tenía tres ojos en la cabeza[211]. En pos de estos grupos de que acabo de hablar vi dos ancianos con diferentes vestiduras, pero iguales en su actitud, venerable y reposada. Uno de ellos parecía ser discípulo de aquel gran Hipócrates a quien hizo la naturaleza en favor de los seres animados que le son más queridos[212]. El otro demostraba un cuidado contrario, con una espada tan reluciente y aguda que me causó miedo aun a través del río. Después vi otros cuatro de humilde apariencia y detrás de todos venía un anciano solo y durmiendo, pero con la faz inspirada. Estos siete estaban vestidos como los veinticuatro primeros, pero no iban coronados de azucenas, sino de rosas y de otras flores coloradas; quien los hubiese visto desde lejos habría jurado que ardía una llama sobre sus sienes[213].

Cuando el carro estuvo frente a mí se oyó un trueno, y aquellos dignos personajes, como si se les hubiera prohibido seguir adelante, se detuvieron allí, al igual que los candelabros que los precedían.

CANTO TRIGÉSIMO

PARAÍSO TERRESTRE. APARICIÓN DE BEATRIZ. DESAPARICIÓN DE VIRGILIO. REPRENSIÓN DE BEATRIZ A DANTE

Cuando se detuvo el Septentrión del primer Cielo, que no conoció nunca orto ni ocaso ni más niebla que el velo que sobre él corrió el pecado, y que allí enseñaba a cada cual su deber, como el septentrión de aquí abajo lo enseña al que dirige el timón para llegar a puerto, los veraces personajes que iban entre el Grifo y los siete candelabros se volvieron hacia el carro como hacia el fin de sus deseos[214], y uno de ellos, como enviado del Cielo, exclamó tres veces cantando: «*Veni, sponsa, de Libano*[215]», y todos los demás cantaron lo mismo después de él. Así como los bienaventurados cuando llegue la hora del juicio final se levantarán con presteza de sus tumbas, cantando «*Aleluya*» con la voz recobrada de nuevo, del mismo modo se elevaron sobre el carro divino «*ad vocem tanti senis*», a la invocación de aquel concierto, cien ministros y mensajeros de la vida eterna. Todos decían: «*Benedictus qui venit*[216]», y después, esparciendo flores por encima y alrededor, añadían: «*Manibus o date lilia plenis*[217]».

Entonces vi, al romper el día, la parte oriental enteramente sonrosada, el resto del cielo adornado de una hermosa serenidad y la faz del sol naciente cubierta de celajes, de suerte que, a través de los vapores que amortiguaban su resplandor, podía contemplarla el ojo por largo tiempo; del mismo modo, a través de una nube de flores que salía de manos angelicales y caían sobre el carro y en torno suyo, se me apareció una dama coronada de oliva sobre su velo blanco, cubierta de un verde manto y vestida del color de una vívida llama[218]. Mi espíritu, que hacía largo tiempo que no había quedado abatido temblando de estupor en su presencia, sintió de nuevo el gran poder del antiguo amor, a causa de la oculta influencia que de ella emanaba[219]. En cuanto hirió mis ojos la alta virtud que me había avasallado antes de que saliera de la infancia, me volví hacia la izquierda, con la misma premura con que corre un niño hacia su madre cuando tiene miedo o cuando está afligido, para decir a Virgilio: «No ha quedado en mi cuerpo una sola gota de sangre que no tiemble: reconozco las señales de mi antigua llama». Pero Virgilio nos había privado de sí. Virgilio, el dulcísimo padre; Virgilio, que me había sido enviado por ella para mi salvación. Ni aun todo lo que perdió la antigua madre pudo impedir que mis mejillas enjutas se bañaran en triste llanto[220].

—Dante, no llores todavía; no llores todavía porque Virgilio se haya ido; pues es preciso que llores por otra herida.

Como el almirante que va de popa a proa examinando a la gente que monta en los otros buques y la anima a portarse bien, del mismo modo me volví al oír mi nombre, que aquí se consigna por necesidad[221], a la Dama que se me apareció anteriormente velada por los halagos angelicales, dirigiendo sus ojos hacia mí de la parte de acá del río. Aunque el velo que descendía de su cabeza, rodeado de las hojas de Minerva[222], no permitiese que se distinguieran sus facciones, con su actitud regia y altiva continuó de esta suerte, como aquel que al hablar reserva las palabras más calurosas para lo último.

—Mírame bien, soy yo; soy, en efecto, Beatriz. ¿Cómo te has dignado subir a este monte? ¿No sabías que el hombre es aquí dichoso?

Mis ojos se inclinaron hacia las limpias ondas; pero, viéndome reflejado en ellas, los dirigí hacia la hierba: tanta fue la vergüenza que abatió mi mente. Pareciome Beatriz tan terrible como una madre irritada con su hijo, porque amarga el sabor de la piedad acerba[223]. Ella guardó silencio y los ángeles cantaron de improviso: «*In te, Domine, speravi*», pero no pasaron de «*pedes meos*[224]». Así como la nieve se congela y endurece al soplo de los vientos de Esclavonia, entre los árboles que crecen sobre el dorso de Italia, y luego se licúa por sí misma, en cuanto la tierra que pierde la sombra envía su aliento, semejante al fuego que derrite una vela[225], así me quedé sin lágrimas ni suspiros antes que cantasen aquellos cuyas notas responden siempre a la armonía de las esferas celestes. Mas cuando comprendí por sus dulces palabras que se compadecían de mí más que si hubiesen dicho: «Mujer, ¿por qué así lo maltratas?», el hielo que oprimía mi corazón se deshizo en suspiros y agua y, junto con mi angustia, salió de mi pecho por la boca y por los ojos. Estando ella, sin embargo, inmóvil sobre el costado izquierdo del carro, dirigió de este modo sus palabras a las compadecidas sustancias angélicas:

—Vosotros veláis en el eterno día, de modo que ni la noche ni el sueño os roban ninguno de los pasos que da el siglo en su camino; así pues, responderé con más cuidado, a fin de que comprenda el que allí llora y sienta un dolor proporcionado a su falta. No solamente por influencia de las grandes esferas que dirigen cada semilla hacia algún fin, según la virtud de la estrella que la acompaña, sino también por la abundancia de la Gracia divina (cuya lluvia desciende de tan altos vapores que no puede alcanzarlos nuestra vista), fue tal ése en su edad temprana por su natural inclinación, que todos los buenos hábitos habrían producido en él admirables efectos[226]; pero el terreno mal sembrado o inculto se hace tanto más maligno y salvaje cuanto mayor vigor terrestre hay en él. Por algún tiempo lo sostuve con mi presencia: mostrándole mis ojos juveniles, lo llevaba conmigo en dirección del camino recto. Pero tan pronto como estuve en el umbral de la segunda edad y cambié de vida, éste se separó de mí y se entregó a otros amores. Cuando subí desde la carne hasta el espíritu y hube crecido en belleza y virtud, fui para él menos querida y menos agradable. Encaminó sus pasos por una vía falsa, siguiendo tras engañosas imágenes del bien, que no cumplen totalmente ninguna promesa[227]. Ni siquiera me ha valido

impetrar para él inspiraciones por medio de las cuales lo llamaba en sueños o de otros modos[228], según el poco caso que de ellas ha hecho. Tan bajo cayó que todos mis medios eran ya insuficientes para salvarlo, a menos que le mostrase el mundo de las almas condenadas. Por él he visitado el umbral de los muertos[229] y dirigí mis ruegos y mis lágrimas al que lo ha conducido hasta aquí. Se hubiera violado el alto decreto de Dios si hubiera cruzado el Leteo y hubiera gustado los manjares que aquí se producen sin haber pagado con el arrepentimiento, que hace verter lágrimas.

CANTO TRIGÉSIMO PRIMERO

PARAÍSO TERRESTRE. CONFESION DE DANTE. INMERSIÓN EN EL LETEO. LAS SIERVAS DE BEATRIZ

—¡Oh tú que estás a la otra parte del sagrado río! —empezó a decir de nuevo, continuando sin demora y dirigiéndome de punta sus palabras, que aun de filo me habían parecido tan acerbas—, di, di si esto es verdad. A tal acusación es preciso que tu confesión corresponda.

Estaba yo tan confuso, que mi voz, conmovida, se extinguió antes de salir de sus órganos. Ella esperó un momento y después dijo:

—¿En qué piensas? Respóndeme, pues todavía las aguas del Leteo no han borrado tus tristes recuerdos.

La confusión y el miedo reunidos me arrancaron de la boca un «Sí» tan débil que fue menester el auxilio de la vista para entenderlo. Así como se rompe una ballesta por estar demasiado tirantes la cuerda y el arco, de modo que la flecha da con menos fuerza en el blanco, así yo, quebrantado bajo el peso de tan grave cargo, prorrumpí en lágrimas y suspiros, y la voz, enflaquecida, vino a expirar en mis labios. Ella me dijo:

—En medio de los saludables deseos procedentes de mí, que te impulsaban a amar el bien, más allá del cual no hay nada a que aspirar, ¿qué fosos insuperables o qué cadenas has encontrado para perder de tal modo la esperanza de pasar adelante? ¿Y qué ventajas y atractivos descubriste en el aspecto de los otros bienes para que debieras rondar en torno de ellos?

Después de haber exhalado un amargo suspiro, apenas tuve bastante voz para responder, voz que mis labios formaron con trabajo. Llorando dije:

—Las cosas presentes con sus falsos placeres desviaron mis pasos apenas se me ocultó vuestro rostro.

Ella me respondió:

—Aunque callases o negases lo mismo que ahora confiesas, no por eso tu falta sería menos conocida, ¡tal es el Juez que la sabe! Pero cuando la confesión del pecado sale de la propia boca del pecador, la rueda se vuelve en nuestro tribunal contra el filo de la espada. Sin embargo, para que más te aproveche la vergüenza de tu error y para que otra vez seas más fuerte al oír el falso canto de las sirenas, depón la causa de tu llanto y escucha: así sabrás que mi carne sepultada debía haberte encaminado en una dirección totalmente contraria. El arte o la naturaleza no te presentaron jamás una cosa tan agradable como los bellos miembros en que estuve contenida, miembros que ahora son polvo de la tierra. Y si el sumo placer de verme te faltó a causa de mi muerte, ¿qué cosa mortal debía excitar después tus deseos? A la primera herida que te causaron las cosas engañosas del mundo debiste elevar los ojos

al Cielo, siguiéndome a mí, que había dejado ya de ser engaño. No debían batirse tus alas para esperar allí nuevos golpes, o bien alguna doncellita[230] o cualquier otra vanidad de corta duración. El tierno pajarillo cae fácilmente en cualquier asechanza, pero ante los ojos de los ya cubiertos de plumas en vano se tienden redes.

Yo estaba como los niños que, mudos de vergüenza y con los ojos fijos en el suelo, escuchan de pie, reconociendo sus faltas y arrepentidos. Ella continuó:

—Ya que te muestras tan contrito por lo que has oído, alza la barba y sentirás más dolor mirándome.

Con menos resistencia se desarraiga la robusta encina, bien al embate de los vientos boreales o bien al de aquel que viene del país de Yarbas[231], de la que, al oír su orden, opuse yo para levantar la cabeza; y cuando dio el nombre de barba a mi rostro bien conocí el veneno que encerraban sus palabras[232]. Por fin, cuando alcé la faz advertí que las primeras criaturas habían cesado de esparcir flores y mis miradas, poco seguras aún, vieron a Beatriz vuelta hacia la fiera que es una sola persona con dos naturalezas[233]. Cubierta con su velo y al otro lado de la verde orilla, pareciome que se vencía a sí misma en su anterior belleza, mucho más de lo que vencía a las demás mujeres cuando vivía en el mundo. La ortiga del arrepentimiento me punzó tanto, que odié todas las cosas mortales que me habían desviado de su amor; el remordimiento me oprimió el corazón de tal modo, que caí desmayado. Lo que me sucedió entonces lo sabe aquella mujer que fue causa de ello. Cuando el corazón me restituyó la facultad de percibir las cosas exteriores vi por encima de mí a la Dama que antes había encontrado sola[234] y le oí decir:

—¡Agárrate, agárrate a mí!

Habíame sumergido en el río hasta la garganta e, impeliéndome ella, iba caminando sobre el agua con la ligereza de una lanzadera. Cuando estuve cerca de la dichosa orilla oí tan dulcemente «*Adsperges me*», que no puedo recordarlo y mucho menos escribirlo. La hermosa Dama abrió sus brazos, rodeó con ellos mi cabeza y me sumergió de modo que hube de beber el agua[235]. Después me sacó fuera y, mojado como estaba, me presentó ante las cuatro bellas bailarinas[236], cada una de las cuales extendió sobre mí su brazo.

—Aquí somos ninfas y en el Cielo estrellas; antes de que Beatriz descendiese al mundo fuimos designadas como siervas suyas. Te conduciremos ante sus ojos. Pero las tres del otro lado, que ven más a fondo, aguzarán los tuyos para que veas la plácida mirada que hay dentro de ellos.

Así me dijeron cantando y después me llevaron hacia el pecho del Grifo, donde estaba Beatriz, vuelta hacia nosotros. Después añadieron:

—No economices tus miradas. Te hemos puesto delante de las esmeraldas desde las que Amor te lanzó un día sus dardos.

Mil deseos más ardorosos que las llamas atrajeron mis ojos hacia los suyos, brillantes, que aún estaban fijos en el Grifo. Como el sol en un espejo, la doble fiera se reflejaba en ellos, ya de un modo ya de otro[237]. Piensa, lector, si yo estaría

maravillado al ver tal objeto permanecer inalterable en sí mismo y transformándose en su imagen reflejada. Mientras que, llena de estupor y gozosa, mi alma gustaba de aquel alimento que, satisfaciéndola, la hacía más deseosa de él, aquellas tres, que demostraban en su actitud ser de una jerarquía más elevada, se adelantaron danzando al compás de sus angélicos cantares.

—Vuelve, Beatriz, vuelve tus ojos santos (tal era su canción) hacia tu fiel amigo, que ha dado tantos pasos para verte. Por gracia, haznos la gracia de descubrirle tu faz, de modo que contemple la nueva belleza que le ocultas.

¡Oh resplandor de viva luz eterna! ¿Quién es el que, habiendo palidecido a la sombra del Parnaso o bebido en su fuente, no tendría la frente ofuscada al intentar representarte tal cual apareciste allí donde el Cielo te circundaba resonando con su acostumbrada armonía cuando te descubriste[238]?.

CANTO TRIGÉSIMO SEGUNDO

PARAÍSO TERRESTRE. ÁRBOL SIMBÓLICO. EL ÁGUILA, LA ZORRA Y EL DRAGÓN. TRANSFORMACIÓN MONSTRUOSA DEL CARRO. LA MERETRIZ Y EL GIGANTE

En una continua alegoría, muy del gusto medieval, con un complicado lenguaje simbólico que nos haría multiplicar demasiado las notas, se desarrolla todo este canto. Para evitar la proliferación de notas, daremos una versión lo más breve posible de los diferentes significados. El altísimo árbol del Paraíso representa en su sentido moral, la justicia de Dios. Por culpa del pecado del primer hombre, lo vemos despojado de todas sus hojas y frutos (el pecado ofende a la justicia); pero con la redención de Cristo (es decir, cuando el Grifo ata al árbol el carro, la Iglesia) vuelve a reverdecer y echar flores cuyos colores simbolizan la sangre del Redentor. A continuación se nos presentan los avatares de la historia de la Iglesia: el águila que se arroja desde lo alto sobre el carro, la zorra que se introduce en él, el águila que vuelve y lo cubre con sus plumas y el dragón que con su cola envenenada le arranca un trozo, son símbolos, respectivamente, de las primitivas persecuciones de la Iglesia por parte del Imperio romano, todavía pagano; de las primeras herejías combatidas por los Padres; de la conversión del Imperio y la donación de Constantino; y del cisma que dividió a la Iglesia posteriormente. Más adelante, lo que queda del carro, infectado por el veneno del dragón y cubierto por las plumas del águila, se transforma primeramente en un monstruo cornudo (con siete cabezas, símbolo de los pecados capitales) y después en una prostituta que fornica con los poderosos de la Tierra, el Gigante.

Estaban mis ojos tan fijos y atentos para calmar su sed de diez años[239], que tenía embotados los otros sentidos, encontrando además mi vista por todas partes obstáculos que no le permitían ocuparse de ninguna otra cosa: la santa sonrisa los atraía con sus antiguas redes. Pero por fuerza me obligaron aquellas diosas a volver la cabeza hacia la izquierda porque las oía decir: «Mira demasiado fijamente»; y la disposición en que se encuentran los ojos cuando acaban de ser heridos por los rayos del Sol me dejó por algún tiempo sin vista; mas cuando se repusieron ante otro pequeño resplandor (y digo pequeño comparándolo con la gran luz de que me había separado a la fuerza), vi que el glorioso cortejo se había vuelto hacia la derecha, recibiendo en el rostro los rayos del Sol y los de los siete candelabros. Así como para salvarse una cohorte se retira cobijada bajo los escudos y se vuelve con su estandarte antes de que haya terminado por completo su evolución, así la milicia del reino celestial que precedía al carro desfiló toda antes de que éste hubiera vuelto su lanza. En seguida las virtudes se volvieron a colocar cerca de las ruedas y el Grifo puso en

movimiento el carro bendito, de tal modo que no se agitó ninguna de sus plumas. La hermosa Dama que me hizo vadear el río, Estacio y yo seguíamos a la rueda que describió al girar el arco menor[240]. Caminando de esta suerte a través de la alta selva deshabitada por culpa de aquella que creyó a la serpiente, ajustaba mis pasos al cántico de los ángeles. Una flecha despedida del arco recorre quizá tres veces el espacio que habíamos avanzado, cuando bajó Beatriz. Oí que todos murmuraban: «¡Adán!»[241]. En seguida rodearon al árbol enteramente despojado de hojas y flores en todas sus ramas. Su copa, que se extendía a medida que el árbol se elevaba, sería, a causa de su altura, admirada por los indios en sus selvas.

—¡Bendito seas, oh Grifo, que con tu pico no arrancaste su dulzura al fruto de este árbol, después que, por haberlo probado, se inclinó al mal el apetito humano[242]!.

Así exclamaron todos alrededor del árbol robusto, y el animal de doble naturaleza respondió:

—De ese modo se conserva la semilla de toda justicia.

Y volviéndose al timón del que había tirado, lo condujo al pie del árbol viudo de hojas, y dejó atado a él el carro que era de él[243]. Así como nuestras plantas se ponen turgentes cuando la gran luz desciende mezclada con aquella que irradia detrás de los celestes Peces, y luego se reviste cada una con su propio color antes de que el Sol guíe sus caballos bajo otra estrella, de igual modo se renovó el árbol cuyas ramas estaban antes tan desnudas, adquiriendo colores menos vivos que los de las rosas, pero más que los de las violetas[244]. Yo no pude entender, ni aquí abajo se canta, el himno que aquella gente entonó entonces, ni tampoco pude oír todo el canto hasta el fin, porque me quedé dormido. Si me fuera posible describir cómo se adormecieron aquellos despiadados ojos que tan cara pagaron su excesiva vigilancia oyendo las aventuras de Siringa[245], representaría, como un pintor que copia un modelo, el modo como me dormí; pero hágalo quienquiera que sepa representar bien el sueño.

Paso, pues, al momento en que desperté y digo que un resplandor desgarró el velo de mi sueño, al mismo tiempo que una voz me gritaba: «Levántate, ¿qué haces?». Como Pedro, Juan y Jacobo, conducidos a ver las florecitas del manzano que hace a los ángeles codiciosos de su fruta y perpetuas las bodas en el Cielo, aterrados por el esplendor divino, volvieron en sí sólo al oír la palabra que ha interrumpido sueños mayores, y vieron su compañía mermada por la ausencia de Moisés y Elías y cambiada la túnica de su Maestro[246], así desperté yo, viendo inclinada sobre mí a aquella compasiva mujer que había guiado anteriormente mis pasos por el río. Y lleno de inquietud dije:

—¿Dónde está Beatriz?

A lo que me contestó:

—Mírala sentada sobre las raíces y bajo el nuevo follaje de ese árbol. Mira la compañía que la rodea: los otros se van hacia arriba con el Grifo, entonando cánticos más dulces y más profundos.

Ignoro si fue más difusa su respuesta, porque se hallaba otra vez ante mis ojos aquella que me impedía fijar la atención en ninguna otra cosa. Estaba sentada ella sola en la tierra verdadera, como dejada allí para custodiar el carro que había atado la biforme fiera. En torno suyo formaban un círculo las siete Ninfas, teniendo en las manos aquellas luces que no pueden apagar el Aquilón ni el Austro.

—Poco tiempo habitarás esta selva, y después serás eternamente conmigo ciudadano de aquella Roma donde Cristo es romano. Por tanto, fija tus ojos en este carro para bien del mundo que vive mal, y cuando vuelvas a él escribe lo que has visto[247].

Así habló Beatriz; y yo, enteramente sumiso a sus órdenes, puse mis ojos y mi mente donde ella quiso. Nunca tan velozmente partió el rayo de la condensada nube, cuando cae del más remoto confín del aire, como vi yo el ave de Júpiter precipitarse sobre el árbol, rompiendo su corteza, y no sólo las flores y hojas tiernas, y con toda su fuerza hirió al carro y lo hizo vacilar, como nave combatida por la tempestad, que las olas derriban, ora a babor, ora a estribor. Vi luego introducirse en el carro triunfal una zorra, que parecía no haber tomado jamás ningún buen alimento; pero reprendiole mi Dama sus feas culpas y la obligó a huir tan precipitadamente como lo permitían sus descarnados huesos. En seguida, por donde mismo había venido antes, vi al águila descender a la caja del carro y dejarla cubierta de sus plumas; y semejante a la voz que sale de un corazón contristado, salió del Cielo una voz que dijo: «¡Ay navecilla mía, qué mal cargada estás!». Después me pareció que se abría la tierra entre las dos ruedas, y vi salir un dragón que hincó su maligna cola en el carro, y, retirándola luego como la avispa su aguijón, se llevó consigo una parte del fondo y se alejó muy ufano. Lo que quedó del carro, como la tierra fértil que se cubre de grama, se cubrió de la pluma ofrecida por el águila quizá con intención casta y benigna; y de ellas se cubrieron ambas ruedas y la lanza en menos tiempo del que mantiene un suspiro una boca abierta. Transformado de esta suerte el edificio santo, salieron de sus diversas partes varias cabezas, tres de ellas sobre la lanza y las restantes una en cada ángulo. Las primeras tenían cuernos como los bueyes, pero las otras sólo tenían un cuerno por frente; jamás se han visto semejantes monstruos[248].

Tan segura como una fortaleza sobre una alta montaña, vi sentada en el carro a una descarada prostituta, paseando sus miradas en torno suyo. Y como para impedir que se la quitaran, vi un gigante colocado en pie junto a ella, y ambos se besaban de vez en cuando; mas habiendo ella vuelto hacia mí sus ojos codiciosos y errantes, el feroz amante la azotó desde la cabeza a los pies. Después, lleno de suspicacia y de cruel ira, desató el monstruoso carro y lo arrastró tan lejos por la selva, que se ocultaron a mi vista la prostituta y la nueva fiera[249].

CANTO TRIGÉSIMO TERCERO

PARAÍSO TERRESTRE. PROFECÍA DE BEATRIZ, EL QUINIENTOS DIEZ Y CINCO. ÚLTIMA PURIFICACION DE DANTE. EL RÍO EUNOÉ

Las mujeres comenzaron llorosas una dulce salmodia, cantando alternativamente, ya las tres, ya las cuatro: «*Deus, venerunt gentes*». Y Beatriz, suspirando compasiva, las escuchaba tan abatida, que poco más lo estuvo María al pie de la cruz. Pero cuando las otras vírgenes le dieron ocasión de hablar, poniéndose en pie, respondió encendida como el fuego:

—«*Modicum, et non videbitis me; et iterum*», mis queridas hermanas, «modicum, *et vos videbitis me*[250]».

Después reunió ante sí a todas siete y con sólo un ademán nos hizo marchar tras ella a mí, a la Dama y al sabio Estacio, que aún iba en nuestra compañía. Así se alejaba y no creo que hubiese dado diez pasos cuando hirió mis ojos con sus ojos y, con aspecto tranquilo, dijo:

—Ven más de prisa, de modo que si hablo contigo puedes oírme.

Cuando estuve cerca de ella, como debía, añadió:

—Hermano, ¿por qué viniendo conmigo no te atreves a preguntarme algo?

Me sucedió lo que a aquellos que, por excesiva reverencia, al hablar con sus superiores no pueden hacer salir las palabras de entre sus dientes, y contesté balbuceando:

—Señora, vos conocéis mis necesidades y lo que les conviene.

Contestome:

—Quiero que en adelante te despojes de ese temor y esa vergüenza para que no hables como hombre que sueña. Sabe que el carro que ha roto el dragón, fue y no es[251]; pero no crea el culpable que la venganza de Dios se vence con sortilegios. El águila que dejó sus plumas en el carro, convirtiéndolo en un monstruo y después en una presa, no estará siempre sin herederos, pues veo ciertamente, y por eso lo refiero, algunas estrellas ya cercanas a un tiempo seguro de todo obstáculo y de todo impedimento, en el cual un QUINIENTOS DIEZ Y CINCO enviado por Dios, destruirá a la ramera y a aquel gigante que con ella delinque[252]. Y quizá mi predicción oscura, como los oráculos de Temis y de la Esfinge, no te persuada porque, como ellos, ofusca el entendimiento; pero, en breve, los hechos serán el Láyade que resuelva este difícil enigma, sin temor por los ganados y los trigos[253]. Anota estas palabras y tales como salen de mis labios enséñalas a los que viven con aquella vida que no es más que una rápida carrera hacia la muerte. Acuérdate, además, cuando las escribas, de no ocultar que has visto la planta que fue robada dos veces[254]. Quien la despoja o la

rompe ofende con una blasfemia de hecho a Dios, que la hizo santa sólo para su uso. Por haber mordido su fruto, la primera alma aguardó en el dolor y el deseo cinco mil años y más a Aquel que en sí mismo castigó aquel bocado[255]. Tu espíritu está adormecido si no comprende que sólo por una causa singular es aquel árbol tan alto y tan anchurosa su copa; y si los vanos pensamientos no hubiesen sido alrededor de tu mente como las aguas del Elsa, y el placer que te causaron no la hubiera manchado como Píramo manchó la mora, sólo por tantas circunstancias reconocerías moralmente la justicia de Dios en la prohibición de tocar aquel árbol[256]. Mas como veo tu inteligencia petrificada y tan oscurecida por el pecado que te deslumbra el brillo de mis palabras, quiero que te las lleves, si no escritas, al menos estampadas en ti mismo, por aquel motivo que el peregrino lleva el bordón rodeado de palmas.

Le contesté:

—Así como la cera conserva inalterable la imagen que en ella imprime el sello, del mismo modo la vuestra ha quedado grabada en mi cerebro. Pero ¿por qué vuestra deseada palabra se eleva tanto sobre mi entendimiento, que cuanto más procuro comprenderla menos lo consigo?

—Para que conozcas que aquella escuela que has seguido no puede con toda su doctrina seguir a mis palabras; y para que veas que vuestro camino se separa tanto del divino cuanto de la tierra dista el cielo que gira más velozmente y a mayor altura.

Entonces le respondí:

—No recuerdo haberme alejado jamás de vos ni me remuerde por ello la conciencia.

—Es que tú no puedes recordarlo —me dijo sonriéndose—; acuérdate de que has bebido las aguas del Leteo. Y si del humo se deduce el fuego, de ese olvido se infiere claramente que tu voluntad, ocupada en otras cosas, era culpable. Pero en adelante serán mis palabras tan desnudas cuanto es preciso descubrirlas a tu rudo entendimiento.

El Sol, más resplandeciente y con pasos más lentos, atravesaba el círculo del meridiano, que cambia de posición según de dónde se mira, cuando al extremo de una opaca umbría, semejante a las que se ven bajo las verdes hojas y las negruzcas ramas por donde llevan los Alpes sus fríos riachuelos, se detuvieron las siete mujeres, como se detiene la tropa que va en avanzada si encuentra alguna novedad en su camino. Ante ellas me pareció ver salir el Tigris y el Éufrates de un mismo manantial y luego separarse lentamente como si fuera contra su voluntad[257].

—¡Oh luz! ¡Oh gloria de la raza humana! ¿Qué agua es esa que mana de una misma fuente y, dividida, se aleja una de otra?

A tal pregunta se me contestó:

—Ruega a Matilde que te lo diga[258].

Y la hermosa Dama respondió como aquel que se disculpa:

—Ya le he dicho ésta y otras varias cosas y estoy segura de que las aguas del Leteo no se las ha dejado olvidar.

Beatriz añadió:

—Quizás un interés mayor, de esos que muchas veces quitan la memoria, ha oscurecido su mente con respecto a los demás objetos. Pero mira el Eunoé, que por allí se desliza: condúcelo hacia él y, según acostumbras, reanima su amortecida virtud.

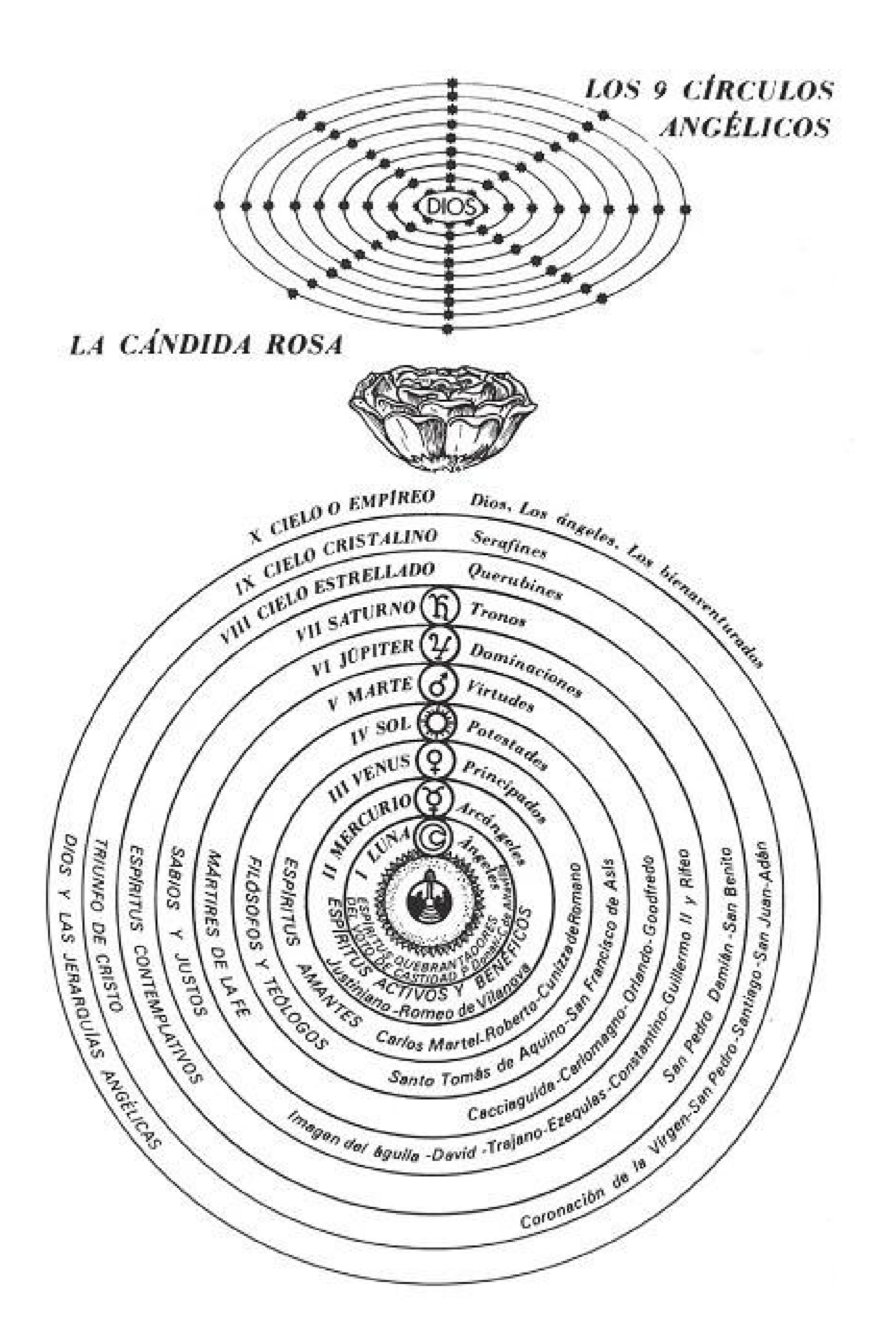
Como un alma gentil que de nada se excusa, sino que adapta su voluntad a la de los otros en cuanto se la dan a conocer por medio de una seña, de igual suerte se puso en marcha la bella Dama en cuanto estuve a su lado y dijo a Estacio con gracia femenil:

—Ve con él.

Lector, si dispusiera de mayor espacio para escribir, cantaría en parte la dulzura de las aguas de que no me habría saciado nunca; pero como están ya llenos todos los papeles dispuestos para este segundo cántico, el freno del arte no me deja ir más allá.

Volví de aquellas sacrosantas ondas tan reanimado como las plantas nuevas, renovadas con hojas nuevas, purificado y dispuesto para subir a las estrellas.

PARAÍSO



Representación gráfica de las esferas celestes y de los coros angélicos en el Paraíso

CANTO PRIMERO

PROEMIO DEL PARAÍSO: PROPOSICIÓN E INVOCACIÓN. ASCENSIÓN A LA ESFERA DEL FUEGO. ORDEN DEL UNIVERSO

Tras adelantar el argumento de lo que va a cantar, el poeta invoca la ayuda de Apolo. Vuelo desde el Paraíso terrenal y descripción de la armonía de las esferas celestes. Beatriz explica el orden de todo el Universo.

La gloria de Aquel que todo lo mueve se difunde por el Universo y resplandece en unas partes más y en otras menos. Yo estuve en el Cielo que recibe mayor suma de luz, y vi tales cosas, que ni sabe ni puede referirlas el que desciende de allá arriba, porque nuestra inteligencia, al acercarse al fin de sus deseos, profundiza tanto que la memoria no puede volver atrás. Sin embargo, todo cuanto mi mente haya podido atesorar de lo concerniente al reino santo será en lo sucesivo objeto de mi cántico.

¡Oh buen Apolo! Haz de mí para este último trabajo un vaso lleno de tu valor, tal como lo exiges para conceder tu laurel amado; pues si hasta aquí tuve bastante con una cima del Parnaso, ahora necesito las dos para entrar en el resto de mi carrera. Entra en mi seno e inspírame el aliento de que estabas poseído cuando sacaste los miembros de Marsias fuera de su piel**[1]**.

¡Oh divina Poesía! Si te prestas a mí de modo que yo pueda poner de manifiesto el recuerdo del reino bienaventurado estampado en mi cabeza, me verás acudir a tu árbol querido y coronarme de laurel, pues el asunto de mi canto y tu favor me harán digno de ello.

Tan pocas veces, ¡oh Padre de la Poesía!, se recoge el lauro del triunfo, ya como César, ya como poeta (por debilidad y vergüenza de la humana voluntad), que cuando alguno arde en deseos de alcanzarlo, el follaje peneico debería difundir la alegría en ti, feliz deidad délfica**[2]**. A una pequeña chispa sigue una gran llama; quizá después de mí habrá quien ruegue con mejor voz para que respondas desde Cirra.

La lámpara del mundo se presenta a los mortales por diferentes aberturas, pero cuando se deja ver por aquella en que se unen cuatro círculos formando tres cruces, entonces sale con mejor curso y con mejor estrella y modela y sella más a su modo la cera de nuestro mundo**[3]**. Por aquella abertura se había hecho allí de día y aquí de noche; casi todo el hemisferio estaba ya en blanco y la otra parte negra, cuando vi a Beatriz vuelta hacia el lado izquierdo, mirando al Sol; jamás lo ha mirado un águila con tanta fijeza. Y así como un segundo rayo sale del primero y se remonta a lo alto, semejante al peregrino que quiere volverse, así la acción de Beatriz, penetrando por mis ojos en mi imaginación, originó la mía y fijé los ojos en el Sol, contra nuestra costumbre**[4]**. Muchas cosas son allí permitidas a nuestras facultades que no lo son

aquí, por ser aquel lugar creado para residencia propia de la especie humana. Me fue imposible mirar mucho tiempo al Sol, pero no tan poco que no lo viera centellear en torno suyo, como el hierro que sale candente del fuego; y de pronto, me pareció que un nuevo día se unía al día, como si Aquel que todo lo puede hubiese adornado el Cielo con otro Sol.

Beatriz miraba fijamente las eternas esferas y yo fijé mis ojos en ella, desviándolos de allá arriba; contemplándola, me transformé interiormente, como Glauco al gustar la hierba que lo hizo compañero de los otros dioses del mar[5]. No es posible significar con palabras humanas el acto de pasar a un grado superior a la naturaleza que nos ha sido dada. Pero baste el citado ejemplo a quien la gracia divina reserve tal experiencia.

¡Oh Amor, que gobiernas el Cielo! Tú, que me elevaste con tu luz, sabes si yo no era entonces más que aquella parte de mí que primero creaste. Cuando la rotación de los cielos, que eternizas por el deseo que éstos tienen de poseerte, atrajo mi atención con su armonía, que regularizas y distribuyes, me pareció que entonces se encendía con la llama del Sol tanto espacio del Cielo, que ni las lluvias ni los ríos han ocasionado jamás tan extenso lago. La novedad de los sonidos y tan gran resplandor me abrasaron de tal modo en el deseo de conocer su causa, que jamás he sentido tan punzante aguijón. Así es que Beatriz, que veía en mi interior como yo mismo, abrió su boca para calmar mi excitado ánimo, antes que yo la abriera para preguntarle, y empezó a decir:

—Tú mismo te alucinas con tus falsas ideas terrenales, de tal modo que no ves lo que verías si las hubieras desechado. No estás ya en la Tierra, según te figuras; el rayo, descendiendo de la región donde se forma, no corre tan velozmente como tú asciendes hacia tu verdadera patria.

Si vi desvanecida mi primera duda, gracias a sus palabras sonrientes y breves, me vi en cambio más envuelto en otra nueva, y dije:

—Ya me contemplo con placer libre de mi primitiva admiración; mas ahora me asombra cómo es que puedo ascender por entre estos cuerpos leves, cargado todavía con el peso de mi cuerpo mortal.

Por lo cual Beatriz, lanzando un piadoso suspiro, dirigió hacia mí sus ojos con aquel aspecto de que se reviste la madre al oír un desvarío de su hijo, y repuso:

—Todas las cosas guardan un orden entre sí; y este orden es la forma que hace al Universo semejante a Dios. Aquí ven las altas criaturas superiores, los ángeles, el signo de la eterna sabiduría, que es el fin para el que se ha creado el orden antedicho. En esta armonía, todas las naturalezas propenden y, según su diversa esencia, a aproximarse más o menos a su principio. Así es que se dirigen a diferentes puertos por el gran mar del ser, y cada una con el instinto que se le concedió para que la lleve al suyo. Este instinto es el que conduce al fuego hacia arriba, el que promueve los primeros movimientos del corazón de los mortales y el que concentra y hace compacta a la Tierra. Y este efecto se produce no sólo en las criaturas desprovistas de

inteligencia, sino también en las que tienen inteligencia y voluntad[6]. La Providencia, que todo lo ordena, hace con su luz que permanezca inmóvil el cielo en el que gira aquel que tiene mayor velocidad; allí es donde ahora, como a sitio preordenado, nos lleva la inclinación que lo dirige todo hacia la felicidad. Bien es verdad que así como la forma no guarda muchas veces armonía con las intenciones del artista, porque la materia es sorda para contestar, de la misma manera la criatura se desvía algunas veces de este impulso natural, porque tiene la libertad de inclinarse erróneamente, por más que esté naturalmente impulsada hacia el camino recto, y entonces cae, como puede verse caer el fuego desde la nube, si su primer impulso la tuerce hacia la Tierra por un falso placer. No debes, pues, a lo que pienso, *admirarte* más de tu ascensión que de ver un río descender desde lo alto de una montaña hasta su base. Lo maravilloso en ti sería que, libre ya de todo obstáculo, te hubieras quedado abajo, como lo sería el que la viva llama permaneciese quieta y apegada a la Tierra.

Dicho esto, elevó sus ojos al Cielo.

CANTO SEGUNDO

PRIMER CIELO O DE LA LUNA: LOS QUEBRANTADORES DEL VOTO DE CASTIDAD. ADVERTENCIA A LOS LECTORES. ASCENSIÓN AL PRIMER CIELO. LAS MANCHAS DE LA LUNA. LAS INFLUENCIAS DE LOS ASTROS

Nueva advertencia a los lectores a causa de la dificultad del argumento que está tratando. Avisa sobre los peligros de la ardua materia para los que no tienen formación suficiente en filosofía o en teología e invita a los otros, sabios y estudiosos, a que lo sigan. Transportado por la tendencia natural explicada en el canto anterior, llega a la esfera de la Luna y se encuentra dentro de ella como dentro de una nube; a pesar de que Dante se halla con su cuerpo mortal, está inmerso en el cielo de la Luna. No hay explicación, pero sí la sensación de milagro, de encontrarnos en otra dimensión. Tomando como pretexto una explicación sobre las manchas de la Luna, Beatriz ilustra a su seguidor sobre la naturaleza de los influjos celestes.

¡Oh vosotros, que, deseosos de escucharme, habéis seguido en una frágil barca tras de mi bajel, que navega cantando: volved a vuestras playas! No os adentréis en el mar, porque quizá, perdiéndome de vista, quedaríais perdidos. El agua por la que voy no fue jamás recorrida; Minerva sopla en mi vela, Apolo me conduce y las nuevas Musas me enseñan las Osas[7]. Y vosotros, los que, en corto número, levantasteis a tiempo las miradas hacia el pan de los ángeles, del cual se vive aquí sin que nadie quede harto, bien podéis dirigir vuestra nave por el alto mar, siguiendo mi estela sobre el agua, que volverá a cerrarse apenas pase. Aquellos gloriosos héroes que llegaron a la Cólquide no se admiraron cuando vieron a Jasón convertido en boyero como os admiraréis ahora vosotros[8]. La innata y perpetua sed del deiforme reino[9] nos hacía ir casi tan veloces como veloz veis al mismo Cielo. Beatriz miraba hacia arriba, y yo la miraba a ella; y quizá en menos tiempo del que se coloca un dardo y se despide del arco y vuela, me vi llegado a un punto donde una cosa admirable atrajo mis miradas; por lo cual, aquella para quien no podían estar ocultos mis sentimientos, vuelta hacia mí tan agradable como bella, me dijo:

—Eleva tu agradecida mente hacia Dios, que nos ha transportado a la primera estrella.

Parecíame que se extendiese sobre nosotros una nube densa, lúcida, sólida y bruñida, como un diamante herido por los rayos del Sol. Aquel diamante eterno nos recibió dentro de sí como el agua que, permaneciendo unida, recibe un rayo de luz. Si yo era cuerpo y si en la Tierra no se concibe cómo una dimensión pueda recibir a otra, según debe suceder si un cuerpo penetra en otro, debería abrasarnos mucho más

el deseo de contemplar aquella esencia, en que se ve cómo Dios y nuestra naturaleza se unieron[10]. Allí se verá esto que creemos por la Fe; pero sin demostración alguna, pues será conocido por sí mismo, como la primera verdad en que el hombre cree. Yo respondí:

—Señora: con tanto reconocimiento como cabe en mí, doy gracias a Aquel que me ha alejado del mundo mortal. Pero decidme: ¿qué son las oscuras señales de ese cuerpo, que allá abajo en la Tierra dan ocasión a algunos para inventar patrañas sobre Caín[11]?.

Sonriose un poco y después me dijo:

—Si la opinión de los mortales se extravía donde la llave de los sentidos no puede abrir, no deberían en verdad punzarte desde ahora las flechas de la admiración, pues ves que si la razón sigue a los sentidos, debe tener muy cortas las alas[12]; pero dime qué es lo que tú piensas con respecto a esto.

Le contesté:

—Lo que aquí arriba me parece de diferente forma creo que debe ser producido por cuerpos enrarecidos y por cuerpos densos[13].

—Verás de un modo cierto que tu creencia está basada en una idea falsa, si escuchas bien el argumento que voy a oponerte. La octava esfera nos muestra muchas luces, las cuales puede verse que presentan aspectos diferentes así en calidad como en cantidad. Si esto fuera efecto solamente del enrarecimiento y la densidad, en todas ellas habría una sola e idéntica virtud, aunque distribuida en más o menos abundancia y proporcionalmente a sus respectivas masas. Siendo diversas las virtudes, necesariamente han de ser fruto de principios formales; y éstos, menos uno, quedarían destruidos por tu raciocinio. Además, si el enrarecimiento fuese la causa de aquellas manchas acerca de las cuales me preguntas, entonces o el planeta estaría en algunos puntos privado de su materia de parte a parte, o bien, del modo que en un cuerpo alternan lo graso y lo magro, así el volumen de éste se compondría de diferentes capas superpuestas[14]. Si fuese cierto lo primero, se manifestaría en los eclipses del Sol, porque la luz de éste pasaría a través de la Luna, como atraviesa por cualquier cuerpo enrarecido, pero esto no es así. Por tanto, hemos de examinar el otro supuesto: y si llego también a anularlo, verás demostrado lo falso de tu opinión. Si ese cuerpo enrarecido no llega de un lado a otro de la Luna, quiere decir que termina en algún punto de la misma, en el cual su contrario, lo denso, no deja pasar la luz. Allí el rayo del sol se reflejaría de la misma manera que se refleja en un espejo. Pero tú dirás que el rayo aparece aquí más oscuro que en otras partes porque se refracta desde mayor profundidad. De esta réplica puede librarte la experiencia si haces uso de ella alguna vez, porque la experiencia es la fuente de donde manan los arroyos de vuestras artes. Toma tres espejos; coloca dos de ellos delante de ti a igual distancia y el otro un poco más lejos; después fija tus ojos entre los dos primeros. Vuelto así hacia ellos, dispón que a tu espalda se eleve una luz que ilumine los tres espejos y vuelva a ti reflejada por todos; entonces, aun cuando la luz reflejada sea menos

intensa cuantitativamente en el más distante, verás que resplandece de forma igual, cualitativamente, en los tres. Desvanecido ya el primer error de tu entendimiento, de la misma manera que a impulsos de los cálidos rayos se desvanecen el color y el frío de la nieve, quiero mostrarte ahora una luz tan viva, que apenas aparezca sentirás sus destellos. Dentro del cielo de la divina paz se mueve un cuerpo en cuya virtud reside el ser de todo su contenido. El cielo siguiente, que tiene tantas estrellas, distribuye aquel ser entre diversas esencias, distintas de él pero que en él están contenidas. Los demás cielos, por varios y diferentes modos, disponen para sus fines de aquellas cosas distintas que hay en cada uno y de sus influencias. Estos órganos del mundo van así descendiendo de grado en grado, como ahora ves, de suerte que adquieren del superior la virtud que comunican al inferior. Repara bien cómo voy por este camino hacia la verdad que deseas, a fin de que después sepas por ti solo vencer toda dificultad. El movimiento y la virtud de las sagradas esferas deben proceder de los bienaventurados motores, como del artífice procede la obra del martillo[15]. Aquel Cielo, al que tantas luces hermosean, recibe forma y virtud de la inteligencia profunda que lo mueve y se transforma en su sello. Y así como el alma dentro de nuestro cuerpo se extiende a los diferentes miembros, aptos para distintas facultades, así la inteligencia despliega por las estrellas su bondad multiplicada y diversificada en sus funciones, sin dejar de ser una. Cada virtud se une de distinto modo con el precioso cuerpo a quien vivifica y en el cual se infunde como en vosotros la vida. Por la plácida naturaleza de donde se deriva, esa virtud mezclada a los cuerpos celestes brilla en ellos como la alegría en una pupila ardiente. De ella procede la diferencia que se observa de luz a luz, y no de los cuerpos densos o enrarecidos. Ella es el principio formal que produce lo claro y lo oscuro, según su bondad.

CANTO TERCERO

PRIMER CIELO O DE LA LUNA: LOS QUEBRANTADORES DEL VOTO DE CASTIDAD. VISIÓN DE LOS BIENAVENTURADOS. PICCARDA DONATI. GRADOS DE BIENAVENTURANZA. LA EMPERATRIZ CONSTANZA

En el cielo de la Luna, el más alejado del centro del Empíreo, encuentra las almas de los que rompieron el voto de castidad. Una de ellas, Piccarda Donati, explica a Dante cómo su felicidad es completa aunque se encuentre en el más remoto de los grados de beatitud, con los siguientes argumentos: 1) la felicidad de cada uno está en proporción a su capacidad para sentirla, y 2) esta felicidad consiste solamente en la perfecta adecuación a la voluntad divina.

Aquel sol que primeramente abrasó de amor mi corazón me había descubierto, con sus pruebas y refutaciones, el dulce aspecto de una hermosa verdad; y yo, para confesarme desengañado y persuadido, levanté la cabeza tanto como era necesario para declararlo resueltamente. Pero apareció una visión, la cual, haciéndose perceptible, me atrajo de tal modo hacia sí, que ya no me acordé de lo que iba a decir. Así como a través de cristales tersos y transparentes o de aguas nítidas y tranquilas, aunque no tan profundas que oscurezcan el fondo, llegan a nuestra vista las imágenes debilitadas de la misma manera que nuestros ojos distinguirían sólo muy débilmente una perla blanca adornando una blanca frente, así vi yo muchos rostros prontos a hablarme. Por lo cual caí en el error contrario a aquel que inflamó de amor a un hombre y una fuente[16]. En cuanto los distinguí, creyendo que fuesen imágenes reflejadas en un espejo, volví los ojos para ver los cuerpos a que correspondían; y como nada vi, los dirigí de nuevo hacia delante, fijándolos en mi dulce Guía, que sonriendo despedía vívidos destellos de sus santos ojos.

—No te asombres de que me sonría de tu pueril pensamiento —me dijo—; pues no se apoya todavía tu pie sobre la verdad y, como de costumbre, te inclina a las ilusiones. Esas que ves son verdaderas sustancias, relegadas aquí por haber faltado a sus votos. Por consiguiente, habla con ellas y oye y cree lo que te digan, pues la verdadera luz que las regocija no permite que te digan más que la verdad.

Y yo me dirigí a la sombra que parecía más dispuesta a hablar y empecé a decirle, como hombre a quien su mismo deseo le quita el valor:

—¡Oh espíritu bien creado, que bajo los rayos de la vida eterna sientes la dulzura que no se comprende nunca si no se ha gustado! Me será muy grato que te dignes decirme tu nombre y cuál es vuestra suerte.

A lo que contestó pronta y con risueños ojos:

—Nuestra caridad nunca cierra sus puertas a un deseo justo, siendo como aquella que quiere que se le asemeje toda su corte[17]. Yo fui en el mundo una virgen religiosa, y si tu mente me recuerda, no me negarás ser hoy más bella y reconocerás que soy Piccarda[18]. Colocada aquí con estos otros bienaventurados, soy como ellos bienaventurada en la esfera más lenta. Nuestros afectos, a quienes sólo inflama el amor del Espíritu Santo, se regocijan en el orden designado por Él, y nos ha cabido en suerte este sitio que parece tan bajo porque descuidamos nuestros votos y en parte no fueron observados.

A lo que contesté:

—En vuestros admirables rostros resplandece no sé qué de divino que cambia el primer aspecto que de vosotras he observado. Por eso tardé en reconocerte, pero ahora viene en mi ayuda lo que tú me dices, de suerte que me es más fácil comprender quién eres. Mas dime: vosotras que sois aquí felices, ¿deseáis estar en otro lugar más elevado para ver más o para estar más próximas a Dios?

Sonriose un poco mirando a las otras sombras y en seguida me respondió tan placentera que parecía arder en el primer fuego del amor:

—Hermano, la virtud de la caridad calma nuestra voluntad y esa virtud nos hace querer solamente lo que tenemos y no apetecer nada más. Si deseáramos estar más elevadas, nuestro anhelo estaría en desacuerdo con la voluntad de Aquel que nos reúne aquí, desacuerdo que no admiten las esferas celestes, como verás si consideras bien que aquí es condición necesaria estar unidas a Dios por medio de la caridad y que la naturaleza de la caridad es ella misma, es decir, conformarse a la voluntad del ser amado. También es necesario a nuestra existencia bienaventurada uniformar la propia voluntad a la de Dios, de modo que nuestras mismas voluntades se refundan en una. Así es que el estar como estamos distribuidas de grado en grado por este reino configura la naturaleza del mismo, porque place al Rey cuya voluntad es la nuestra. En su voluntad está nuestra paz; ella es el mar a donde va a parar todo lo que ha creado o lo que hace la Naturaleza.

Entonces comprendí claramente por qué en el Cielo todo es Paraíso, por más que la gracia del Supremo Bien no llueva en todas partes igual. Pero, así como suele suceder que un manjar nos sacie y que sintamos aún apetito por otro, de suerte que pedimos éste y rechazamos aquél, así hice yo con el gesto y la palabra para agradecerle lo que ya había explicado y, al mismo tiempo, saber por qué no había cumplido sus votos.

—Una virtud perfecta y un mérito eminente colocan en un cielo más alto que éste a una mujer —me dijo— con cuya regla se lleva allá en vuestro mundo el hábito y el velo monacal, a fin de que hasta la muerte se viva noche y día con el Esposo a quien es grato todo voto que la caridad hace conforme a su deseo[19]. Por seguirla, huí del mundo jovencita aún y me encerré en su hábito y prometí observar la regla de su orden. Posteriormente, algunos hombres más habituados al mal que al bien me arrebataron de la dulce clausura. ¡Dios sabe cuál fue después mi vida…! Lo que digo

de mí, entiende que lo digo asimismo de esa otra alma resplandeciente que se te muestra a mi derecha y en quien brilla toda la luz de nuestra esfera; monja fue y también le arrebataron de la cabeza la sombra de las sagradas tocas; pero cuando volvió al mundo, contra su gusto y contra ley, no se despojó jamás del velo de su corazón. Ésa es la luz de la gran Constanza, que del segundo príncipe poderoso de la casa de Suabia engendró al tercero, última potencia de esta raza[20].

Así me habló y empezó después a cantar «Ave María» y cantando desapareció como una cosa pesada a través del agua profunda. Mi vista, que la siguió tanto cuando le fue posible, después que la perdió se volvió hacia el objeto de su mayor deseo y se fijó enteramente en Beatriz; pero ésta lanzó tales fulgores sobre mi mirada que no los pude sufrir en el primer momento, y por esta causa tardé más en preguntarle.

CANTO CUARTO

PRIMER CIELO O DE LA LUNA: LOS QUEBRANTADORES DEL VOTO DE CASTIDAD. LA MANSIÓN DE LOS BIENAVENTURADOS. RETORNO DE LAS ALMAS A LAS ESTRELLAS. EL LIBRE ALBEDRÍO. LOS VOTOS QUEBRANTADOS Y SU REPARACIÓN

Tanto Piccarda como Constanza fueron obligadas a abandonar los votos y Dante no se explica por qué están colocadas en el cielo de la Luna. Por otra parte, el hecho de que la residencia de estas almas esté fijada en esta esfera parece confirmar la tesis de Platón en el «Timeo»: las almas están, antes de encarnar, en las estrellas y a ellas vuelven al morir el cuerpo. Beatriz aclara las dos dudas. A esta última contesta diciendo que todos los bienaventurados están en el Empíreo, aunque a Dante se muestran sensiblemente en diferentes esferas, ya que el intelecto humano sólo puede comprender aquel estado de perfección por medio de imágenes. Al otro problema Beatriz opone que ambos espíritus contribuyeron, aunque mínimamente, a la violencia ejercida sobre ellos al aceptarla.

Un hombre libre de elegir entre dos manjares igualmente distantes de él y que exciten del mismo modo su apetito, moriría de hambre antes de llevarse a la boca uno de ellos. De igual suerte permanecería inmóvil un cordero entre dos hambrientos lobos, o un perro entre dos gamos. Por esta razón no me culpo ni me alabo de haber permanecido callado, teniéndome en suspenso igualmente dos dudas, pues mi silencio era necesario. Yo callaba; pero tenía pintado en mi rostro mi deseo y en él aparecía más clara mi pregunta que si la hubiera expresado por medio de palabras. Beatriz hizo lo que Daniel al librar a Nabucodonosor de aquella cólera que lo había hecho cruel injustamente[21], y me dijo:

—Bien veo cómo te atrae uno y otro deseo, de modo que tu curiosidad se liga a sí misma de tal suerte que no se manifiesta en palabras. Tú raciocinas así: «Si la buena voluntad persevera, ¿por qué razón la violencia ajena ha de disminuir la medida del mérito de éstas?». También te ofrece motivo de duda el que las almas al parecer vuelvan a las estrellas, según la sentencia de Platón. Tales son las cuestiones que pesan igualmente sobre tu voluntad; pero antes me ocuparé de la que tiene más hiel. El serafín que más goce de Dios, o Moisés, Samuel, cualquiera de los dos Juanes que quieras escoger, María misma, no tienen su asiento en un cielo distinto de aquel donde moran esos espíritus que aquí se te han aparecido, ni su estado de beatitud tiene fijada más ni menos duración, sino que todos embellecen el primer círculo y gozan de una vida diferentemente feliz, según que sienten más o menos el Espíritu eterno. Aquí se te aparecieron no porque les haya tocado en suerte esta esfera, sino

para significar que ocupan en el Paraíso la parte menos elevada. Así es preciso hablar a vuestro espíritu, porque sólo comprende por medio de los sentidos lo que hace después digno de la inteligencia[22]. Por eso la Escritura, atemperándose a vuestras facultades, atribuye a Dios pies y manos, mientras que ella lo ve de otro modo; y la santa Iglesia os representa bajo formas humanas a Gabriel y a Miguel y a Rafael, que sanó a Tobías. Lo que Timeo dice acerca de las almas no es figurado, como aquí se ve, pues parece que siente lo que afirma. Dice que el alma vuelve a su estrella, creyendo que se desprendió de ella cuando la Naturaleza la unió a su forma. Tal vez su opinión sea diferente de lo que expresan sus palabras, y es posible que la intención de éstas no sea irrisoria. Si quiere decir que la influencia operada por las estrellas se convierte en honor o en vituperio de las mismas, quizá haya dado su flecha en el blanco de la verdad. Este principio, mal comprendido, extravió a casi todo el mundo haciendo que corriese a invocar a los planetas Júpiter, Mercurio o Marte como si fuesen dioses. La otra duda que te agita tiene menos veneno porque su malignidad no te podría alejar de mí. Que la justicia divina parezca injusta a los ojos de los mortales es un argumento de la fe y no de herética malicia; pero como puede vuestro discernimiento penetrar bien esta verdad, te dejaré satisfecho, según deseas. Si hay verdadera violencia cuando el que la sufre no se adhiere en nada a aquel que la comete, aquellas almas no pueden servirse de ella como excusa, porque la voluntad, si no quiere, no se aquieta, sino que hace lo que hace el fuego, aunque lo tuerzan mil veces con violencia. Por lo cual, si la voluntad se doblega poco o mucho, sigue a la fuerza; y así hicieron aquéllas, pues pudieron haber vuelto al sagrado lugar. Si su voluntad hubiera sido firme, como lo fue la de Lorenzo sobre las parrillas y como la de Mucio al ser tan severo con su mano, ella misma las habría vuelto al camino de donde las habían separado en cuanto se vieron libres; pero una voluntad tan sólida es muy rara[23]. Por estas palabras, si es que las has recogido como debes, queda destruido el argumento que te hubiera importunado aún muchas veces. Pero se atraviesa otra dificultad ante tus ojos y tal vez por ti mismo no sabrías salir de ella, antes bien, te rendirías fatigado. He dado como cierto a tu mente que el alma bienaventurada no podía mentir, porque está siempre próxima a la Primera Verdad, y luego habrás podido oír por Piccarda que Constanza había guardado su inclinación al velo, de manera que parece contradecirme. Muchas veces, hermano, sucede que, por evitar un daño mayor, se hace con repugnancia aquello que no debería hacerse, como Alcmeón, que, a instancias de su padre, mató a su propia madre, y por no faltar a la piedad filial de su juramento se hizo despiadado[24]. Con respecto a este punto quiero que sepas que, si la fuerza y la voluntad obran de acuerdo, resulta que no pueden excusarse las faltas. En términos absolutos la voluntad no consiente el daño, pero lo consiente en cuanto teme caer en mayor pena oponiéndose a él. Cuando Piccarda, pues, se expresa como lo ha hecho, entiende que habla de la voluntad absoluta y no de la otra. De suerte que ambas decíamos la verdad.

Tales fueron las aguas del abundante arroyo que salía de la fuente de donde fluye toda verdad y que aquietaron todos mis deseos.

—¡Oh amada del primer Amante!, ¡oh divina —dije en seguida—, cuyas palabras me inundan comunicándome tal calor que me reaniman cada vez más! No es tan poderosa mi gratitud que pueda devolveros la gracia que me hacéis, pero responda por mí Aquel que todo lo ve y lo puede. Veo bien que nuestra inteligencia no queda nunca satisfecha si no la ilumina aquella verdad fuera de la cual no se difunde ninguna otra. En cuanto ha podido alcanzarla, descansa en ella como la fiera en su cubil; y puede indudablemente conseguirla, de lo contrario todos nuestros deseos serían vanos. De este deseo de saber nace, como un retoño, la duda al pie de la verdad, siendo esto un impulso de la Naturaleza que guía de grado en grado nuestra inteligencia al conocimiento de Dios. Esto mismo me invita, esto mismo me anima, señora, a pediros reverentemente que me aclaréis otra verdad que encuentro oscura. Quiero saber si el hombre puede satisfacer a los cielos, con respecto a los votos quebrantados, por medio de otras buenas acciones que no sean pequeñas en vuestra balanza.

Beatriz me miró con los ojos llenos de amorosos destellos y tan divinos, que sintiendo mi fuerza vencida, me volví y quedé anonadado y con la mirada baja.

CANTO QUINTO

PRIMER CIELO O DE LA LUNA: LOS QUEBRANTADORES DEL VOTO DE CASTIDAD. SANTIDAD DEL VOTO Y POSIBILIDAD DE PERMUTACIÓN. ASCENSO AL SEGUNDO CIELO O DE MERCURIO. ESPÍRITUS ACTIVOS Y BENÉFICOS. EL EMPERADOR JUSTINIANO

Siguiendo con el tema empezado en el canto anterior, Beatriz aclara a Dante su curiosidad sobre los límites y la oportunidad de los votos. El mayor bien concedido al hombre es su libre albedrío; el valor del voto reside en el hecho de que el hombre renuncia libremente a este bien. A la sustancia del voto concurren una materia (el objeto del voto) y una forma (el pacto que se establece con Dios). Aquél puede cambiarse (y, de hecho, la Iglesia dispensa o anula los votos), siempre que el cambio se haga por una materia de más valor. De ahí la necesidad de ser prudentes a la hora de comprometer un voto. Suben al cielo de Mercurio, donde se transparentan las almas en la luz que irradia de ellas mismas.

—No te asombres si tus ojos no pueden soportar mi esplendor, más radiante aquí de lo que podías ver en la Tierra, porque ahora mi sentido de la vista, más perfecto, puede ver directamente al Sumo Bien y, así, mi propia imagen crece y aumenta en brillantez. Veo claramente cómo resplandece ya en tu inteligencia la eterna luz que contemplada una sola vez enciende un perpetuo amor. Y si otra cosa seduce vuestro amor allá en la Tierra, sólo es un vestigio mal entrevisto del resplandor que aquí brilla. Tú quieres saber si con otras acciones puede satisfacerse el voto no cumplido, de modo que el alma esté segura de todo debate con la Justicia divina.

Así empezó Beatriz este Canto y, sin interrumpir su razonamiento, continuó de este modo su santa enseñanza:

—El mayor don que Dios, en su liberalidad, nos hizo al crearnos, como más conforme a su bondad, y el que más aprecia, fue el del libre albedrío, de que estuvieron y están dotadas únicamente las criaturas inteligentes. Ahora conocerás, si tienes en cuenta esta premisa, todo el valor que tiene el voto, en el que Dios acepta la renuncia que el hombre hace de su mayor bien, que es la libertad, y que hace precisamente en uso de esa misma libertad. Así pues, ¿cómo puedes ser libre para dispensarte de un voto si ya, cuando lo hiciste, renunciaste expresamente a tu libertad? Si crees que puedes hacer buen uso de lo que ya has ofrecido, es como si quisieras hacer una buena obra con una cosa mal adquirida. Ya conoces, pues, la importancia del punto principal, pero como la santa Iglesia da sobre esto sus dispensas, lo cual parece contrario a la verdad que te he descubierto, es preciso que continúes escuchándome, porque el complicado argumento que te he expuesto

requiere alguna ayuda para ser digerido. Abre el espíritu a lo que te presento y enciérralo en ti mismo, pues no proporciona ciencia alguna el oír sin retener. Dos cosas son necesarias a la esencia de este sacrificio: una es la materia del voto y otra el pacto que se forma con Dios. Este último no se cumple más que manteniéndolo y sobre él te he hablado antes en términos precisos. Por esta causa fue necesario que los hebreos continuasen ofreciendo a Dios, aunque alguna de sus ofrendas fuese permutada, como debes saber. Respecto a la que he llamado materia del voto, puede ser tal que no se cometa yerro alguno al cambiarla en otra materia; pero nadie por su propia decisión puede cambiarla sin el consentimiento de la autoridad eclesiástica. Y debes saber además que el cambio no tiene valor si la materia comprometida por el nuevo voto no es superior a la abandonada. Cualquier cosa que pese tanto por su valor que incline hacia su lado la balanza no puede ser reemplazada por otra cosa de menor peso. Que los mortales no tomen a broma el voto. Sed fieles y al comprometeros no seáis ciegos como lo fue Jephté en su primera ofrenda, porque más le valiera haber dicho: «Hice mal», que hacer otra cosa peor al cumplir su voto. Tan insensato como él puedes suponer al gran jefe de los griegos, quien sacrificó a Ifigenia e hizo llorar a sabios e ignorantes cuando oyeron hablar de tal sacrificio[25]. Cristianos, sed más prudentes en vuestras acciones; no seáis como la pluma a todo viento ni creáis que toda agua pueda lavaros. Tenéis el Antiguo y el Nuevo Testamento y el Pastor de la Iglesia, que os guía: baste esto para vuestra salvación. Sed hombres y no animales y comprometeos sólo por una intención piadosa y no por una ambición terrenal, de suerte que el judío que sólo sigue el Antiguo Testamento no se ría de vosotros viviendo entre vosotros. No hagáis como el cordero, que deja la leche de la madre y, sencillo y alegre, corretea a su placer alejándose de la protección materna.

Así me habló Beatriz, según lo escribo; después se volvió anhelante hacia aquella parte donde el mundo es más vivo. Su silencio y la mudanza de su semblante impusieron silencio a mi ávido espíritu, que tenía ya preparadas nuevas preguntas. Y como la saeta que da en el blanco antes de que haya quedado en reposo la cuerda, así corríamos hacia el segundo cielo. Allí vi yo tan contenta a mi Dama cuando penetró en la luz de aquel cielo, que aquel planeta se volvió más resplandeciente. Y si la estrella se transformó en río, ¿cuánto más alegre estaría yo, que por mi naturaleza soy en todos sentidos transmutable? Así como en un vivero que está tranquilo y puro acuden solícitos los peces al objeto procedente del exterior, por creer que es su pasto, así vi yo más de mil almas esplendorosas acudir hacia nosotros, y a cada cual de ellas se oía exclamar: «He aquí quien acrecentará nuestros amores[26]». Y tan pronto como cada una de ellas se nos acercaba conocíase su júbilo por el claro fulgor que de ella salía. Piensa, lector, cuál sería tu impaciente anhelo de saber si yo interrumpiese aquí mi relato y por ti mismo comprenderías cuánto era mi deseo de conocer la condición de estas almas cuando se presentaron ante mi vista.

—¡Oh bien nacido aquel a quien está concedida la gracia de ver los tronos del triunfo eterno antes de haber abandonado la milicia de los vivos! Nosotros nos abrasamos en el fuego que se extiende por todo Cielo; así, pues, si deseas que te iluminemos acerca de nuestra suerte, puedes saciarte según tu deseo.

Así me dijo uno de aquellos espíritus piadosos, y Beatriz añadió:

—Pregunta con toda confianza y cree lo que te digan, como si fueran dioses.

—Veo bien cómo anidas en tu propia luz y que la despides por tus ojos, para que resplandezcan cuando ríes; pero no sé quién eres ni por qué ocupas, ¡oh alma digna!, un lugar en el Cielo que se oculta a los mortales con los rayos de otro[27].

Eso dije dirigiéndome al alma resplandeciente que me había hablado, por lo cual se volvió más luminosa de lo que antes era. Lo mismo que el Sol, que a sí mismo se oculta por su excesiva luz, cuando el calor ha destruido los densos vapores que la amortiguaban, así aquella santa figura se ocultó a causa de su alegría en su mismo fulgor y, encerrada de aquel modo, me contestó como se verá en el canto siguiente.

CANTO SEXTO

CIELO SEGUNDO O DE MERCURIO: ESPÍRITUS ACTIVOS Y BENÉFICOS. VIDA DEL EMPERADOR JUSTINIANO. HISTORIA DEL ÁGUILA ROMANA. INVECTIVA CONTRA LOS GIBELINOS Y LOS GÜELFOS. LOS BIENAVENTURADOS EN EL SEGUNDO CIELO. ROMEO DE VILANOVA

En Mercurio están los espíritus de los que obraron rectamente por ambición de gloria y fama. Tal ambición, sustituyendo a la tendencia desinteresada hacia el Bien, hace menos gloriosa su beatitud. En las palabras de Justiniano hay que ver no sólo una historia exterior del Imperio, sino la dimensión teológica del mismo, idea que inspira a Dante su tratado «Monarchia». La invectiva contra el Papado y Francia, así como contra la política de güelfos y gibelinos, vuelve a recordarnos el estado en que se encontraba Italia. Por otra parte, la Providencia divina, en cuyos planes entra la actuación de Justiniano, no excluye la responsabilidad del individuo. En este sentido nos presenta al legendario personaje de Romeo, que obra rectamente a nivel individual siguiendo sólo los dictados de su conciencia.

—Después de Constantino volvió el águila contra el curso del cielo que antes siguiera tras el antiguo esposo de Lavinia; cien y cien años más permaneció el ave de Dios en el extremo de Europa, próxima a los montes de que primitivamente había salido, y bajo las sombras de las sagradas plumas gobernó allí pasando de mano en mano, hasta que en estos cambios llegó a las mías. César fui; soy Justiniano, que, por voluntad del primer Amor, de que ahora disfruto en el Cielo, suprimí de las leyes lo superfluo y lo inútil; antes de haberme dedicado a esta obra creí que había en Cristo una sola naturaleza y no más, y estaba contento con tal creencia. Pero el bendito Agapito, que fue Sumo Pastor, me encaminó con sus palabras a la verdadera fe; yo le creí, y ahora veo claramente cuanto él me decía, así como tú ves en toda contradicción una parte falsa y otra verdadera. En cuanto caminé al par de la Iglesia, plugo a Dios por su gracia inspirarme la gran obra, y me dediqué completamente a ella: confié las armas a mi Belisario, a quien se unió de tal modo la diestra del Cielo, que ésta fue para mí una señal de que debía confiar en él. Aquí termina, pues, mi respuesta a tu primera pregunta[28], pero su condición me obliga a añadir algunas explicaciones. Para que veas con qué poca razón se levantan contra la sacrosanta enseña los que se la apropian y los que se le oponen[29], considera cuántas virtudes la han hecho digna de reverencia desde el día en que Palante murió para darle el imperio. Tú sabes que aquel signo fijó su mansión en Alba por más de trescientos años, hasta el día en que por él combatieron tres contra tres. Sabes lo que hizo bajo siete reyes, desde el robo de las sabinas hasta el dolor de Lucrecia, conquistando los

países circunvecinos. Sabes lo que hizo llevado por los egregios romanos contra Breno, contra Pirro, contra otros príncipes solos y coligados, por lo cual Torcuato y Quincio, que recibió un nombre por su descuidada cabellera, los Decios y los Fabios conquistaron un renombre que me complazco en admirar. Él abatió el orgullo de los árabes que tras Aníbal pasaron las rocas alpestres de donde tu Po se desprende. A su sombra triunfaron, siendo aún muy jóvenes, Escipión y Pompeyo, y su dominio pareció amargo a aquella colina bajo la que naciste[30]. Después, cerca del tiempo en que todo el Cielo quiso reducir el mundo al estado sereno de que es modelo[31], César tomó aquel signo por la voluntad del pueblo romano y lo que hizo desde el Var hasta el Rin lo vieron el Isere y el Loira, y lo vio el Sena y todos los ríos que afluyen al Ródano. Lo que hizo cuando César salió de Ravena y pasó el Rubicón fue con tan levantado vuelo, que no lo podrán seguir la lengua ni la pluma. Hacia la España dirigió sus tropas, después hacia Durazzo; a Farsalia hirió de tal modo que hasta en las cálidas orillas del Nilo se sintió el dolor. Volvió a ver a Antandro y al Simoenta, de donde había salido, y el sitio donde reposa Héctor; después se alejó de nuevo, con detrimento de Tolomeo. Desde allí cayó como un rayo sobre Juba y luego se dirigió hacia vuestro Occidente, donde oía la trompa pompeyana[32]. Lo que aquel signo del águila hizo en las manos del que lo llevó en seguida lo ladran Bruto y Casio en el Infierno; y de ello se lamentan Módena y Perusa. También llora la triste Cleopatra, que huyendo de él recibió de un áspid muerte cruel y súbita. Con él corrió en seguida al mar Rojo, con él estableció en el mundo paz tan grande que se cerró el templo de Jano[33]. Pero lo que el águila había hecho antes y lo que debía hacer después por el reino mortal que le está sometido, es en la apariencia poco y oscuro si con mirada clara y con afecto puro se le considera después en manos del tercer césar: porque la viva justicia que me inspira le concedió, puesta en manos de aquel a quien me refiero, la gloria de vengar la cólera divina. Admírate, pues, ante lo que voy a referirte. Con Tito corrió en seguida a tomar venganza de la venganza del pecado antiguo[34]. Cuando el diente lombardo mordió a la santa Iglesia, Carlomagno, venciendo bajo sus alas, corrió a socorrerla[35]. En adelante puedes juzgar a los que he acusado anteriormente y sus faltas, que son la causa de todos vuestros males. El uno opone a la enseña común las amarillas lises y el otro se la apropia, no pensando más que en su partido, de suerte que es difícil comprender cuál comete mayor falta. Lleven los gibelinos sus empresas bajo otra enseña, que mal sigue ésta a los que ponen un obstáculo entre ella y la justicia; y que este nuevo Carlos no la abata con sus güelfos, pues debe temer las garras que a más feroces leones arrancaron la piel. Muchas veces han tenido que llorar los hijos las faltas de los padres; y no se crea que Dios cambie sus armas por las lises[36]. Esta pequeña estrella está poblada de buenos espíritus que fueron activos en la Tierra, para dejar en ella memoria de su honor y de su fama; pero cuando los deseos se elevan hacia tales objetos desviándose del Cielo, es preciso que los rayos del verdadero amor se eleven también con menos viveza. Pero nuestra beatitud consiste en la medida de las recompensas con nuestros méritos, porque no la

vemos mayor ni menor que éstos. La viva justicia endulza, pues, de tal modo en nosotros el deseo, que nunca puede dirigirse éste a ninguna malicia. Así como diversas voces producen dulce armonía, así también los diversos grados de gloria de nuestras vidas producen una dulce armonía entre estas esferas celestes[37]. Dentro de este cielo fulgura la luz de Romeo, cuya hermosa y grande obra fue tan mal agradecida: Pero los provenzales, que se declararon en contra suya, no se han reído por mucho tiempo, porque mal camina quien convierte en desgracia propia los beneficios que ha recibido de otro. Raimundo Berenguer tuvo cuatro hijas y todas fueron reinas; y esto lo hizo Romeo, persona humilde y errante peregrino; poco después, algunas palabras envidiosas movieron a Raimundo a pedir cuentas a este justo, que le había dado siete y cinco por diez, por lo cual partió pobre y anciano. Y si el mundo hubiera sabido cuál era su corazón al mendigar pedazo a pedazo su vida, lo ensalzaría más de lo que ahora lo ensalza[38].

CANTO SÉPTIMO

CIELO SEGUNDO O DE MERCURIO: ESPÍRITUS ACTIVOS Y BENÉFICOS. LA MUERTE DE CRISTO, LA REDENCIÓN Y LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Todo el Canto está dedicado a resolver la aparente contradicción que hay en la culpabilidad de los judíos por la muerte de Jesús, si esta muerte fue justa. De este argumento Beatriz va pasando a otros, como la creación, el pecado original, la redención y la inmortalidad del alma humana. Dada la complicación de los argumentos referidos a este último punto, damos una breve explicación de los mismos: Dios ha creado inmediatamente *las inteligencias, que son formas puras, la materia prima y los cielos, que son materia y forma; los elementos del mundo sublunar han sido creados* mediatamente, *es decir, con el concurso de los influjos celestes. En otras palabras, creados con la cooperación de otros seres creados. El alma racional fue creada directamente por Dios y de ahí su inmortalidad. La resurrección de la carne se deduce también de la creación inmediata de nuestros primeros padres*.

«Gloria a ti, santo Dios de los ejércitos, que esparces tu claridad sobre los felices fuegos, esto es, sobre las almas dichosas de este reino». Así oí que cantaba, volviéndose hacia su esfera, aquella sustancia sobre la cual resplandece un doble fulgor[39]. Ella y las otras emprendieron su danza y cual centellas velocísimas se me ocultaron con su repentino alejamiento. Yo dudaba y decía entre mí: «Dile a mi Dama que calme mi sed con su dulce estilo». Pero aquel respeto que se apodera de mí tan sólo al oír el comienzo de su nombre, me hacía inclinar la cabeza como un hombre que dormita. Beatriz no consintió que yo estuviese así mucho tiempo e, irradiando sobre mí una sonrisa que haría feliz a un hombre en el fuego, empezó a hablarme:

—Según mi parecer infalible, estás pensando cómo fue justamente castigada la justa venganza; pero yo despejaré en breve tu espíritu. Escucha, pues, que mis palabras te ofrecerán el don de una gran verdad. Por no haber soportado un útil freno a su voluntad, aquel hombre que no nació, Adán, al condenarse condenó a toda su descendencia, por lo cual la especie humana cayó enferma[40] por muchos siglos en medio de un grande error, hasta que el Verbo de Dios se dignó descender a donde, por un solo acto de su eterno amor, unió a su naturaleza divina aquella naturaleza que se había alejado de su Hacedor. Ahora mira atentamente lo que digo: esta naturaleza unida a su Hacedor tal cual fue creada, era sincera y buena; pero por sí misma fue desterrada del Paraíso, porque se salió del camino de la verdad y de su vida[41]. La pena, pues, que la Cruz hizo sufrir a la naturaleza humana de Jesucristo, si se mide por esa misma naturaleza, fue más justa que otra cualquiera; pero tampoco hubo otra

tan injusta, si se atiende a la Persona divina que la sufrió y a la que estaba unida aquella otra naturaleza. Por tanto, aquel hecho produjo efectos diferentes: porque la misma muerte fue grata a Dios y a los judíos; por ella tembló la Tierra y por ella se abrió el Cielo. No te debe ya parecer tan incomprensible cuando te digan que un tribunal justo ha castigado una justa venganza. Mas ahora veo tu mente comprimida, de idea en idea, en un nudo del que espera con ansia verse libre. Tú dices: «Comprendo bien lo que oigo, pero no veo bien por qué Dios quisiera valerse de este medio para nuestra redención». Este decreto, hermano, está velado a los ojos de todo aquel cuyo espíritu no haya crecido en la llama de la caridad. Y en efecto, como se examina mucho este punto y se le comprende poco, te diré por qué fue elegido aquel medio como el más digno. La divina Bondad, que rechaza de sí todo rencor, ardiendo en sí misma centellea de tal modo, que hace brotar las bellezas eternas. Lo que procede inmediatamente de ella sin otra cooperación no tiene fin, porque nada hace cambiar su sello una vez impreso. Lo que inmediatamente procede de ella es completamente libre, porque no está sujeto a la influencia de las cosas secundarias; y cuanto más se asemeja a Dios, más le place, pues el amor divino que irradia sobre todo se manifiesta con mayor brillo en lo que se le parece más. La criatura humana disfruta la ventaja de todos estos dones, pero si le falta uno solo, es preciso que decaiga su nobleza. Sólo el pecado es el que le arrebata su libertad y su semejanza con el Sumo Bien; por lo cual se refleja muy poco su luz y no vuelve a adquirir su dignidad si no llena de nuevo el vacío que dejó la culpa, expiando sus malos placeres por medio de justas penas. Cuando vuestra naturaleza entera pecó en su germen, se vio despojada de estas dignidades y lanzada fuera del Paraíso, y no hubiera podido recobrarlas, si lo examinas sutilmente, por ningún camino, sin pasar por uno de estos vados: o porque Dios en su bondad perdonara el pecado o porque el hombre por sí mismo redimiera su falta. Fija ahora tus miradas en el abismo del Consejo eterno y permanece tan atento como puedas a mis palabras. El hombre no podía jamás, en sus límites naturales, dar satisfacción, porque no podía humillarse con su obediencia tanto cuanto pretendió elevarse con su desobediencia. Ésta es la causa por la que el hombre fue exceptuado de poder dar satisfacción por sí mismo. Era preciso, pues, que Dios condujera al hombre a la vida sempiterna por sus propias vías, bien por una o bien por ambas[42]. Pero como la obra es tanto más grata al obrero cuanto más representa la bondad del corazón de donde ha salido, la divina Bondad, que imprime al mundo su imagen, se regocijó al proceder por ambas vías para elevaros hasta Ella. Entre el primer día y la última noche no hubo ni habrá jamás un procedimiento tan sublime y magnífico, de cualquier modo que se le considere; porque, al entregarse Dios a sí mismo, haciendo al hombre apto para levantarse de su caída, fue más liberal que si lo hubiese perdonado por su clemencia; y todos los demás medios eran insuficientes ante la justicia, si el hijo de Dios no se hubiera humillado para encarnarse. Ahora, para colmar bien todos tus deseos, vuelvo atrás a fin de aclararte algún punto de modo que lo veas como yo. Tú dices: «Yo veo el aire, veo el fuego, el

agua, la tierra y todas sus mezclas llegar a corromperse y durar poco; y estas cosas, sin embargo, fueron creadas; ahora bien: si lo que has dicho es cierto, deberían estar al abrigo de la corrupción». Los ángeles, hermano, y el país libre y puro en que estás, pueden decirse creados tales como son en su entero ser; pero los elementos que has nombrado y aquellas cosas que de ellos se componen tienen su forma de una potencia creada[43]. Creada fue la materia de que están hechos, creada fue la virtud generatriz de las formas en estas estrellas que giran en torno tuyo. El rayo y el movimiento de las santas luces sacan de la complexión potencial el alma de todos los brutos y plantas; pero vuestra vida aspira directamente a la divina Bondad, la cual enamora de sí[44]. De ahí puedes deducir también vuestra resurrección, si reflexionas cómo fue creada la carne humana cuando fueron creados los primeros padres[45].

CANTO OCTAVO

TERCER CIELO O DE VENUS: ESPÍRITUS AMANTES. EL NOMBRE DEL PLANETA. CARLOS MARTEL. ROBERTO, REY DE NÁPOLES. CAUSA DE LA DIVERSIDAD DE APTITUDES

Suben al cielo de Venus, donde encontrarán las almas de los que en vida obraron por impulso de la caridad. Las almas del tercer cielo estuvieron en la Tierra sometidas al influjo de Venus, es decir, inclinadas naturalmente al amor. Carlos Martel explica la degeneración de la descendencia de un padre justo y digno, por medio del influjo de los astros.

Solía creer el mundo en su antiguo error que, de los rayos de la bella Ciprina, que gira en el tercer epiciclo, emanaba el loco amor; por eso las naciones antiguas no solamente la honraban por medio de sacrificios y de ruegos votivos, sino que también honraban a Dione y a Cupido, a aquélla como madre y a este como hijo suyo, de quien decían que estaba sentado en el regazo de Dido**[46]**. Y de esta que he citado al empezar este canto, dieron nombre a la estrella que el Sol mira placentero, ya contemplando sus pestañas, ya su cabellera**[47]**.

Yo no advertí mi ascensión a ella, pero me cercioré de que estaba en su interior cuando vi a mi Dama adquirir más hermosura. Y así como se ve la chispa en la llama, y como se distinguen dos voces entre sí, cuando la una sostiene una nota y la otra ejecuta varias modulaciones, del mismo modo vi dentro de aquella luz otras luces que se movían en círculos más o menos ágiles, con arreglo, según creo, a sus dichosas visiones eternas. De fría nube no salieron jamás, visibles o invisibles, vientos tan veloces que no parecieran entorpecidos y lentos a quienes hubiesen visto llegar hasta nosotros aquellos divinos fulgores, dejando la órbita en que se encontraban antes en el cielo de los Serafines**[48]**. Y dentro de los que se nos aparecieron delante resonaba «*Hosanna*» tan dulcemente que nunca me ha abandonado el deseo de volverlo a oír. Entonces se acercó uno de ellos a nosotros y empezó a decir, sin que se le preguntase:

—Todos estamos prontos en tu obsequio, para que te regocijes en nosotros. Todos giramos con los príncipes celestiales dentro de la misma órbita, con el mismo movimiento circular y con idéntico deseo que aquellos de quienes has dicho en el mundo: «Vosotros, que movéis el tercer cielo, con vuestra inteligencia», y estamos tan llenos de amor que, por agradarte, no nos será menos dulce un momento de reposo**[49]**.

Después de que mis ojos se fijaron reverentes en mi Dama y que ella les dio la seguridad de su contentamiento, los volví hacia la resplandeciente llama que tanto se me había ofrecido, y:

—Di quién fuiste —fue mi respuesta impregnada del mayor afecto.

¡Oh, cuánto más brillante y bella se volvió cuando le hablé, a causa del nuevo gozo que acrecentó sus alegrías! Embellecida de este modo, me dijo:

—Poco tiempo me tuvo allá abajo el mundo; si yo hubiera permanecido más en él, no habrían sucedido muchos males que allí suceden. La alegría que despiden en torno mío estos fulgores me cubre como al gusano su capullo y me oculta a tus ojos. Tú me has amado mucho y tuviste motivo para ello; si yo hubiera estado allá abajo más tiempo, te habría dado en prueba de mi amor algo más que palabras[50]. Aquella ribera que baña el Ródano después de haberse unido con el Sorgues me esperaba, andando el tiempo, para recibirme por su señor; así como también aquella punta de la Ausonia que comprende los pueblos de Bari, Gaeta y Catona, desde donde el Tronto y el Verde desembocan en el mar. Brillaba ya en mi frente la corona de aquella tierra que riega el Danubio después de abandonar las riberas tudescas; y la bella Trinacria, entre los promontorios Pachino y Peloro, sobre el golfo que el Euro azota con más violencia y se cubre con humo caliginoso, no a causa de Tifeo, sino por el azufre que exhala de su suelo[51], habría esperado aún sus reyes, nacidos a través de mí, de Carlos y de Rodolfo, si el mal gobierno que rebela siempre a los pueblos sumisos no hubiese excitado a Palermo a gritar: «¡Muera, muera!»[52]. Y si mi hermano[53] hubiera previsto esto, huiría ya la avara pobreza de Cataluña para no ofender a aquellos pueblos. Necesita, en verdad, proveer por sí mismo o por otros a fin de que su reino no tenga más carga que la que pueda soportar por su índole, que de liberal se ha hecho avara, y necesitaría ministros que no se cuidasen sólo de llenar sus arcas.

—El gran contento que me infunden tus palabras, ¡oh señor mío!, me es mucho más grato al considerar que aquí, donde está el principio y el fin de todo bien, lo ves como yo lo veo; y también gozo pensando que en presencia de Dios conoces mi felicidad. Ya que me has dado esta alegría, aclárame (pues hablando me has hecho dudar) cómo de una semilla dulce puede salir un fruto amargo.

Esto le dije, y él me contestó:

—Si puedo demostrarte una verdad, volverás el rostro a lo que preguntas como ahora le vuelves la espalda[54]. El Bien que da movimiento y alegría a todo el reino por donde asciendes, hace que su Providencia sea virtud influyente de estos grandes cuerpos; y en la Mente perfecta por sí misma no sólo se ha provisto a la naturaleza de cada cosa, sino también a la conservación y estabilidad de todas juntas; por lo cual todo cuanto desciende disparado de este arco va dispuesto hacia un fin determinado, como la flecha se dirige al blanco. Si esto no fuese así, el cielo sobre el que caminas produciría sus efectos de tal modo, que no serían obras de arte, sino ruinas; y esto no puede ser, a no ser que admitamos que son defectuosas las inteligencias que mueven estos astros y defectuoso también el Ser Primero, que no las hizo perfectas[55]. ¿Quieres que te aclare más esta verdad?

—No es menester —contesté—, pues considero imposible que la Naturaleza llegue a faltar en aquello que es necesario.

El alma continuó:

—Dime, pues: ¿sería peor la existencia del hombre en la Tierra si no viviera en sociedad?

—Sí —repuse—; y no pregunto la razón de eso.

—¿Y puede ser tal cosa, si allá abajo no vive cada cual de diferente modo por la diversidad de oficios? No puede ser, si vuestro maestro escribió la verdad[56].

Así procediendo de una en otra deducción llegó a ésta; y después concluyó:

—Luego es preciso que sean diversas las raíces de vuestras aptitudes, por lo cual uno nace Solón y otro Jerjes, uno Melquisedec y otro aquel que perdió a su hijo al volar éste por el aire. La influencia de los círculos celestes, que imprime su sello a la cera mortal, hace bien su oficio, pero no distingue una morada de otra. De ahí proviene que Esaú se aparte de Jacob desde el vientre materno y que Quirino descienda de un padre tan vil que se atribuye su origen a Marte. La naturaleza engendrada sería siempre semejante a la naturaleza que engendra[57]. Ahora bien, ya tienes delante lo que antes detrás. Mas para que sepas que me complazco en instruirte, quiero proveerte aún de un corolario. La Naturaleza es siempre estéril si la fortuna le es contraria, como toda simiente esparcida fuera del clima que le conviene. Y si el mundo allá abajo se apoyara en los cimientos que pone la Naturaleza, habría por cierto mejores habitantes en él. Pero vosotros destináis para el templo al que nació para ceñir la espada y hacéis rey al que debía ser predicador. Así es que vuestros pasos se separan siempre del camino recto.

CANTO NONO

TERCER CIELO O DE VENUS: ESPÍRITUS AMANTES. VATICINIO INDETERMINADO. CUNIZZA DE ROMANO. LA MARCA TREVISANA. FOLCO DE MARSELLA, LA MERETRIZ RAHAB. AVARICIA DE LOS ECLESIÁSTICOS

El Canto está formado por tres profecías que anuncian castigos a los tres principales enemigos de la política imperial: contra los angevinos, por boca del mismo Carlos Martel; contra las ciudades venecianas, por boca de Cunizza, y contra la curia pontificia, en palabras de Folco de Marsella.

Cuando tu Carlos, hermosa Clemencia[58], hubo aclarado mis dudas, me refirió los fraudes de que había de ser víctima su descendencia[59], pero añadió: «Calla y deja transcurrir los años». Así es que yo no puedo decir más, sino que tras de vuestros daños vendrá en llanto originado por un justo castigo.

La santa y viva luz se había vuelto ya hacia el Sol que la inunda, como hacia el bien que a todo alcanza. ¡Oh almas engañadas, locas e impías, que apartáis vuestros corazones de semejante bien, dirigiendo hacia la vanidad vuestros pensamientos! He aquí que otro de aquellos resplandores se dirigió hacia mí, expresando con la claridad que esparcía su deseo de complacerme. Los ojos de Beatriz, que estaban fijos en mí, como antes, me aseguraron el dulce asentimiento que daba a mi deseo.

—¡Oh espíritu bienaventurado! —dije—. Da satisfacción cuanto antes a mi anhelo y pruébame que lo que pienso puede reflejarse en ti sin necesidad de que yo lo exprese con palabras.

Entonces la luz a quien aún no conocía, desde su interior, donde antes cantaba, respondió a mis palabras como quien se complace en ser cortés con otro:

—En aquella parte de la depravada tierra de Italia que está situada entre Rialto y las fuentes del Brenta y del Piave, se eleva una colina no muy alta, de donde descendió una llamarada que causó un gran desastre en toda la comarca. Ella y yo salimos de la misma raíz: Cunizza fui llamada, y aquí brillo porque me venció la luz de esta estrella; pero con alegría me perdono a mí misma mi inclinación amorosa en la vida, y no me pesa, lo cual parecerá difícil de comprender a vuestro vulgo. Esta alma próxima a mí, que es una espléndida y preciosa joya de nuestro Cielo, dejó en la Tierra una gran fama; y antes que su gloria se pierda, este centésimo año se quintuplicará. Ya ves si el hombre debe hacerse ilustre a fin de que su primera vida deje sobre la Tierra una segunda. Esto es lo que no piensa la turba presente que habita entre el Tagliamento y el Adigio, sin que le sirvan de escarmiento los males de que es víctima. Pero pronto sucederá que Padua y sus habitantes, por ser obstinados contra el deber, enrojecerán el agua de la laguna que baña Vicenza, y allí donde el Sile y el

Cagnano se unen hay quien domina y va con la cabeza erguida, cuando ya se tejen las redes con que han de cogerlo. También llorará Feltre la felonía de su impío pastor, que será tal que ninguno por otra semejante ha sido encerrado en prisión. Será necesario un recipiente muy ancho para recibir la sangre ferraresa y cansado quedará el que quiera pesar onza a onza la que derramará tan cortés sacerdote por mostrarse hombre de partido, siendo por otra parte tales dones conformes a las costumbres de tal país. Allá arriba hay unos ángeles, que vosotros llamáis Tronos, de donde se reflejan hasta nosotros los juicios de Dios; así es que tenemos por buenas y verídicas nuestras palabras[60].

Al llegar aquí el alma guardó silencio, y habiéndose vuelto a colocar en la órbita como estaba anteriormente, me dio a conocer que no pensaba ya en mí. La otra alma dichosa, a quien ya conocía, se me presentó tan resplandeciente como una piedra preciosa herida por los rayos del Sol. Allí arriba la alegría produce un vivo resplandor, como entre nosotros produce la risa; al contrario que en el Infierno, donde la sombra de los condenados se oscurece cada vez más, a medida que se entristece su espíritu.

—Dios lo ve todo, y tu vista se ensimisma en Él —exclamé—, ¡oh feliz espíritu!, de suerte que ningún deseo puede ocultársete. Así pues, tu voz, que deleita siempre al Cielo uniendo tu canto al de los Serafines, ¿por qué no satisface mis deseos? No esperaría yo por cierto tus respuestas si viera en tu interior como tú puedes ver en el mío.

Entonces contestó con estas palabras:

—El mayor valle en que se vierten las aguas, después de aquel mar que circunda la Tierra, se aleja tanto contra el curso del Sol entre las opuestas playas, que aquel círculo que antes era un horizonte se convierte en meridiano. Yo fui uno de los ribereños de aquel valle, entre el Ebro y el Macra, que por un corto trecho separa al genovés del toscano. Casi a la misma distancia a Oriente y a Occidente se asientan Bugía y la tierra de donde fui, en cuyo puerto se vertió un día la sangre de sus habitantes[61]. Folco me llamó aquella gente, que conocía mi nombre, y este cielo recibe mi luz, como recibí yo su influjo amoroso; pues en tanto que me lo permitió la edad, no ardieron cual yo en aquel fuego la hija de Belo, causando enojos a Siqueo y a Creusa, ni aquella Rodopea que fue abandonada por Demofonte, ni Alcides cuando tuvo a Iole encerrada en su pecho[62]. Aquí empero no hay arrepentimiento, sino regocijo; no de las culpas, que jamás vuelven a la memoria, sino de la Sabiduría que ordenó este cielo y provee sus influjos. Aquí se contempla el arte que adorna y embellece tantas cosas creadas, y se descubre el bien por el cual el mundo de arriba obra directamente sobre el de abajo. Mas, a fin de que queden satisfechos todos los deseos que te han nacido en esta esfera, es preciso que lleves más adelante mis instrucciones. Tú quieres saber quién está en esa luz que centellea cerca de mí como un rayo de sol en el agua pura y cristalina. Sabe, pues, que en su interior es dichosa Rahab y que unida a nuestro coro brilla en él con el resplandor más eminente.

Ascendió a este cielo, en el que termina la sombra que proyecta vuestro mundo, antes que ninguna otra alma se viese libre por el triunfo de Cristo[63]. Era justo dejarla en algún cielo como trofeo de la alta victoria que Él alcanzó con su crucifixión, porque aquella mujer favoreció las primeras hazañas de Josué en la Tierra Santa, de la que tan poco se acuerda el Papa. Tu ciudad, que debió su origen a aquel que fue el primero en volver las espaldas a su Hacedor y cuya envidia ocasionó tantas lágrimas, produce y esparce las malditas flores que han descarriado a las ovejas y a los corderos, porque han convertido en lobo al pastor. Por eso están abandonados el Evangelio y los grandes doctores y tan sólo se estudian las Decretales, según lo muestra lo usado de sus márgenes. A esto se dedican el Papa y los cardenales: sus pensamientos no llegan a Nazareth, allí donde Gabriel abrió las alas. Pero el Vaticano y demás sitios elegidos de Roma, que han sido el cementerio de la milicia que siguió a Pedro, pronto se verán libres del adulterio[64].

CANTO DÉCIMO

CUARTO CIELO O DEL SOL: LOS FILÓSOFOS Y LOS TEÓLOGOS. DIOS, ARTÍFICE SUPREMO. ORDEN DE LA CREACIÓN

Dante sigue sin darse cuenta de cómo asciende, pero se encuentra de repente en la cuarta esfera, la del Sol, donde habitan las almas de los sabios famosos por sus doctrinas teológicas y místicas. La luz que de ellos se desprende se dispone alrededor de Dante como una corona. Tomás de Aquino toma la palabra para presentar al resto de las almas que forman el círculo luminoso. El último es Seguier de Brabante, que cierra el círculo y está, por tanto, al lado de Santo Tomás, contra quien había defendido en vida las teorías de Averroes, reconciliados ahora y unidos en la verdad que ambos buscaron limpiamente.

El inefable Poder primero, juntamente con su Hijo y con el Amor que de uno y otro eternamente procede, hizo con tanto orden todo cuanto concibe la inteligencia y ven los ojos, que no es posible a nadie contemplarlo sin gustar de sus bellezas. Eleva, pues, lector, conmigo tus ojos hacia las altas esferas, por aquella parte en que un movimiento se encuentra con otro, y empieza a recrearte en la obra del aquel Maestro que la ama tanto en su interior, que jamás separa de ella sus miradas. Observa cómo desde allí se desvía el círculo oblicuo, conductor de los planetas, para satisfacer al mundo que lo llama. Y si el camino de aquéllos no fuese inclinado, más de una influencia en el Cielo sería vana y como muerta aquí abajo toda potencia. Y si al girar se alejaran más o menos de la línea recta, dejaría mucho que desear arriba y abajo el orden del mundo[65]. Ahora, lector, permanece tranquilo en tu asiento, meditando acerca de las cosas que aquí solamente se bosquejan, si quieres que te causen mayor deleite antes que tedio. Te he puesto delante el alimento; tómalo ya por ti mismo, porque el asunto de que escribo reclama para ti todos mis cuidados.

El mayor ministro de la Naturaleza, que imprime en el mundo la virtud del Cielo y mide el tiempo con su luz, giraba, juntamente con aquella parte de que te he hablado antes, por las espirales en que cada día se nos presenta más temprano[66].

Yo ya estaba en él, sin haber notado mi ascensión, sino como nota el hombre una idea después que se le ocurre. Era Beatriz la que de tal modo me hacía pasar de bien a mejor tan súbitamente que su acción no se sujetaba al transcurso del tiempo. ¡Qué luminosas debían ser las almas que se encontraban dentro del Sol, puesto que se distinguían por una mayor luminosidad! Jamás podría imaginarse, aunque para explicarlo llamase en mi auxilio al ingenio, al arte y a todos sus recursos; pero puede creérseme, y debe desearse verlo. Y si nuestra fantasía no alcanza a tal altura, no es maravilla, pues nadie ha visto un resplandor que supere al Sol. Como él era allí la

cuarta familia del Padre Supremo, que siempre sacia sus deseos, mostrándole cómo engendra al Hijo y cómo procede el Espíritu[67]. Y Beatriz exclamó:

—Da gracias, da gracias al Sol de los ángeles, que por su bondad te ha elevado a este Sol sensible.

Jamás ha habido un corazón humano tan dispuesto a la devoción y a entregarse a Dios tan vivamente, con todo su agradecimiento, como el mío al oír aquellas palabras; y puso en Él de tal modo mi amor, que Beatriz se eclipsó en el olvido. No le desagradó. Antes, por el contrario, se sonrió, y el esplendor de sus ojos sonrientes hizo que parte de mi pensamiento volviera a pensarla. Vi muchos espíritus vivos y triunfantes, más gratos aún por su voz que relucientes a la vista, los cuales, tomándonos por centro, nos formaron una corona de sí mismos. No de otro modo vemos a veces a la Luna rodeada de un cerco, cuando el aire impregnado de vapores retiene las sustancias de que aquél se compone. En la corte del Cielo, de donde vuelvo, se encuentran muchas joyas tan raras y bellas que no es posible imaginarlas fuera de aquel reino. Y una de estas joyas era el canto de aquellos fulgores. El que no se provea de alas para volar hasta allí, espere tener noticias de aquel canto como si las preguntase a un mudo.

Después que cantando de esta suerte aquellos ardientes soles dieron tres vueltas en derredor nuestro, como las estrellas próximas a los fijos polos, me parecieron semejantes a las mujeres que, sin dejar la postura de la danza, se detienen escuchando con atención hasta que han conocido cuáles son las nuevas notas. Y oí que del interior de una de aquellas luces salían estas palabras:

—Ya que el rayo de la gracia, en que se enciende el verdadero amor y que después crece amando, resplandece en ti tan multiplicado que te conduce hasta arriba por aquella escala de donde nadie desciende sin volver a subir de nuevo, el que negase a tu sed de saber el vino de su redoma, se vería en el mismo estado de violencia en que está el agua impedida de correr hacia el mar. Tú quieres saber de qué flores se compone esta guirnalda que gira en torno de la hermosa Dama que te da ánimos para subir al Cielo. Yo fui uno de los corderos del santo rebaño que condujo Domingo por el camino en que el alma se fortifica si no se extravía. Éste, que está el más próximo a mi derecha, fue mi maestro y mi hermano: es Alberto de Colonia, y yo, Tomás de Aquino. Si quieres saber quiénes son los demás, sigue mis palabras con tus miradas, dando la vuelta a la bienaventurada corona. Aquel otro esplendor brota de la sonrisa de Graciano, tan útil por sus escritos a uno y otro fuero que mereció el Paraíso. El otro que le sigue fue Pedro, que, como la pobre viuda, ofreció su tesoro a la santa Iglesia. La quinta luz, que es la más bella entre nosotros, se abrasa en tal amor que todo el mundo tiene abajo sed de sus noticias. Dentro de ella está el alto espíritu donde se albergó tan profunda sabiduría que, si la verdad es verdad, ningún otro ascendió a tanto saber. Después contempla la luz de aquel cirio que ha sido el que en vida vio mejor la naturaleza y el ministerio de los ángeles. En aquella diminuta luz sonríe el abogado de los tiempos cristianos, cuya doctrina aprovechó

Agustín. Si diriges ahora la mirada de tu entendimiento de luz en luz, siguiendo mis elogios, debes tener ya sed de conocer la octava llama. Dentro de ella se recrea en la vista del soberano Bien el alma santa que pone de manifiesto las falacias del mundo a quien atentamente escucha sus doctrinas. El cuerpo de donde fue separada yace en Celdauro y desde el martirio y el destierro ha venido a disfrutar de esta paz celestial. Ve más allá fulgurar el ardiente espíritu de Isidoro, el de Beda y el de Ricardo, que en sus contemplaciones fue más que hombre. Esa de quien se separa tu mirada para fijarse en mí es la luz de un espíritu que, considerando tranquilamente la vanidad del mundo, deseó morir. Es la luz eterna de Siguier, que, ejerciendo el profesorado en la calle del Forraje, excitó la envidia por sus verdaderos silogismos[68]. En seguida, como el reloj que nos llama a la hora en que la Esposa de Dios se levanta para cantar maitines a su Esposo, a fin de que la ame, y cuyas ruedas mueven unas a otras y apresuran a la que va delante hasta que se oye «tin, tin» con notas tan dulces que el espíritu felizmente dispuesto se inflama de amor; así vi yo en la gloriosa esfera moverse y responder las voces a las voces con una armonía tan llena de dulzura, que sólo puede conocerse allá donde la dicha se eterniza.

CANTO UNDÉCIMO

CUARTO CIELO O DEL SOL: LOS FILÓSOFOS Y LOS TEÓLOGOS. VANIDAD DE LOS AFANES TERRENALES. DOS DUDAS. VIDA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS. REPROCHE A LOS DOMINICOS

El preludio de este Canto es un resumen del anterior y una introducción a los dos siguientes: exaltación de la sabiduría que sabe desprenderse de los bienes terrenales. Una duda se le plantea a Dante apropósito de las palabras de Tomás de Aquino. El santo dominico explica su sentido manifestando los bienes que han enriquecido a la comunidad cristiana gracias a la labor de San Francisco de Asís y de Santo Domingo, aunque no deja de criticar la degeneración actual de los dominicos, ávidos de riquezas y dedicados a los estudios profanos. Cuenta la vida del santo de Asís. Las dos órdenes mendicantes han degenerado y han perdido la finalidad para las que fueron creadas. Tomás de Aquino, dominico, alaba a San Francisco y critica a su propia orden. Más adelante, un franciscano, San Buenaventura, alabará a Santo Domingo y criticará a los franciscanos.

¡Oh insensatos afanes de los mortales! ¡Cuán débiles son las razones que os inducen a bajar el vuelo y a rozar la Tierra con vuestras alas! Mientras unos se dedicaban al foro y otros se entregaban a los aforismos de la medicina; y éstos seguían el sacerdocio y aquéllos se esforzaban en reinar por la fuerza de las armas, haciendo creer en su derecho por medio de sofismas; y algunos robaban y otros se consagraban a los negocios civiles; muchos se enervaban en los placeres de la carne y otros, por fin, se daban a la ociosidad; yo, libre de todas estas cosas, había subido con Beatriz hasta el Cielo, donde tan gloriosamente fui acogido. Después que cada uno de aquellos espíritus hubo vuelto al punto del círculo en que antes estaba, tan inmóvil como la bujía en un candelero, la luz que me había hablado anteriormente se hizo más esplendorosa y risueña y dentro de ella oí su voz, que comenzó a decir de esta manera:

—Así como yo me enciendo a los rayos de la luz eterna, del mismo modo, mirándola, conozco la causa de donde proceden tus pensamientos[69]. Tú dudas y quieres que mi boca emplee palabras tan claras y ostensibles que pongan al alcance de tu inteligencia las que pronuncié antes cuando dije: «Camino en que el alma se fortifica»; y aquellas otras: «Ningún otro ascendió». En cuanto a estas últimas, es preciso hacer una distinción. La Providencia, que gobierna el mundo con una ciencia en la que se pierde la mirada de todo ser creado sin poder llegar a comprenderla, a fin de que la Iglesia, esposa de Aquel que con su sangre la desposó, corriese hacia su fin

segura de acechanzas y fiel a sus principios, quiso que dos paladines la sirvieran como guías para su seguridad y su fidelidad. El uno fue todo seráfico en su ardor; el otro por su sabiduría resplandeció en la Tierra con la luz de los querubines[70]. Hablaré de uno solo: pues elogiando a cualquiera de ellos indistintamente se habla de los dos, porque sus obras tendieron a un mismo fin. Entre el Tupino y el agua que desciende del collado elegido por el beato Ubaldo, baja un fértil declive de un alto monte, del cual Perusa siente venir el calor y el frío por la parte de Porta Sole y tras de cuyo monte lloran las oprimidas Nocera y Gualdo. En el sitio donde aquella pendiente es menos rápida, vino al mundo un sol, resplandeciendo como éste a veces cuando asoma sobre las márgenes del Ganges. Quien hable de este lugar, no lo llame Asís, pues diría muy poco: si quiere hablar con propiedad, llámelo Oriente[71]. Aún no distaba mucho de su nacimiento, cuando aquel sol comenzó a hacer que la Tierra sintiese algún consuelo con su gran virtud, pues siendo todavía muy joven, incurrió en la cólera de su padre por inclinarse a una dama, a quien, como a la muerte, nadie acoge con gusto. Y ante la corte espiritual y «*coram patre*» se unió a ella, amándola después más y más cada día. Ella, privada de su primer marido, permaneció despreciada y oscura mil cien años y más, sin que nadie la solicitase hasta que vino éste[72]. De nada le valió que se oyera decir cómo aquel que hizo temer a todo el mundo la encontró alegre con Amiclates cuando llamó a su puerta[73], ni le valió haber sido constante y animosa hasta el punto de ser crucificada con Cristo mientras María estaba al pie de la cruz. Mas, para no continuar en un estilo demasiado oscuro, reconoce en mis difusas palabras que estos dos amantes son Francisco y la Pobreza. Su concordia y sus placenteros semblantes, su amor maravilloso y sus dulces miradas inspiraban santos pensamientos a otros; de tal modo que el venerable Bernardo fue el primero que se descalzó para correr en pos de tanta paz, y aun corriendo le parecía llegar tarde. ¡Oh riqueza ignorada! ¡Oh verdadero bien! Egidio se descalza, se descalza también Silvestre por seguir al Esposo; tanto es lo que les agrada la Esposa. Desde allí partió aquel padre y maestro con su mujer y con aquella familia ceñida ya del humilde cordón. Y sin que una vil cobardía le hiciese bajar la frente por ser hijo de Bernardone, ni por su apariencia asombrosamente despreciable, manifestó con gran dignidad sus rígidas intenciones a Inocencio, de quien recibió la primera aprobación de su regla. Luego que fue aumentando en torno suyo la pobre gente, cuya admirable vida se cantaría mejor entre las glorias del Cielo, el eterno Espíritu, valiéndose de Honorio, coronó de nuevo el santo propósito de aquel pastor[74]; y cuando éste, sediento de martirio, predicó en presencia del soberbio Sultán la doctrina de Cristo y de los que lo siguieron, encontrando a aquella gente poco dispuesta a la conversión, para no permanecer inactivo, volvió a recoger el fruto de las plantas de Italia[75]. Cuando plugo a Aquel que lo había elegido para tan ardua tarea elevarlo a la recompensa que mereció por haberse humillado, recomendó a sus hermanos, como a herederos legítimos, el cuidado de su querida Esposa y que la amaran con fe; y en el seno de ella quiso el alma preclara desprenderse para volver a su reino, sin permitir

que a su cuerpo se le diera otra sepultura. Piensa ahora cuál fue el digno colega de Francisco, encargado de mantener la barca de Pedro en alta mar y dirigirla hacia su objeto. Ése fue nuestro patriarca; por lo cual, el que le sigue según él manda, puede decir que adquiere buena mercancía. Pero su rebaño se ha vuelto tan codicioso del nuevo alimento, que no puede menos de esparcirse por diversos prados; y cuanto más lejos de él van sus vagabundas ovejas, más exhaustas de leche vuelven al redil. Algunas de ellas, temiendo el peligro, se agrupan junto a su pastor, pero son tan pocas que no se necesita mucho paño para sus capas. Así pues, si mis palabras no son oscuras, si me has escuchado con atención y si tu mente recuerda lo que te he dicho, tu deseo debe estar en parte satisfecho; porque habrás visto la causa de que la planta se desgaje y comprenderás la distinción que hice al decir: «Donde el alma se fortifica, si no se extravía[76]».

CANTO DUODÉCIMO

CUARTO CIELO O DEL SOL: SEGUNDA CORONA DE VIVOS DESTELLOS. VIDA DE SANTO DOMINGO. REPROCHE A LOS FRANCISCANOS. SAN BUENAVENTURA Y SUS COMPAÑEROS

Estamos en la misma situación y ante los mismos personajes a los que ahora se une otro círculo o corona. Es ahora el franciscano San Buenaventura quien cuenta la vida de Santo Domingo. Como había hecho Tomás en el Canto anterior, ahora Buenaventura critica la decadencia de los franciscanos, que se han alejado de la regla de su fundador, relajándola unos y endureciéndola otros, los espirituales, pero olvidando todos la labor de apostolado para la que fue creada la orden. En el círculo de Buenaventura brillan los primeros discípulos de San Francisco, Iluminado y Agustín de Asís, así como otros santos y Padres de la Iglesia.

En cuanto la bendita llama hubo dicho su última palabra, empezó a girar la santa rueda, y aún no había dado una vuelta entera cuando otra la encerró en su círculo, uniendo movimiento a movimiento y canto a canto. Y eran éstos tales que, articulados por los dulces órganos de aquellos espíritus, sobrepujaban a los de nuestras Musas y nuestras Sirenas, tanto como la luz directa supera a sus reflejos. Cual se ve a dos arcos paralelos y del mismo color encorvarse sobre una ligera nube cuando Juno envía a su mensajera (naciendo el de fuera del de dentro, al modo de la voz de aquella ninfa a quien consumió el amor como el Sol consume los vapores), y cuyos arcos son un presagio para los hombres a causa del pacto que Dios hizo con Noé de que el mundo no volverá a sufrir otro diluvio, de igual suerte aquellas dos guirnaldas de sempiternas rosas daban vueltas en torno de nosotros, correspondiendo en todo la guirnalda exterior a la interior[77]. Cuando cesaron simultánea y unánimemente las danzas y los fulgurantes y mutuos destellos de aquellas luces gozosas y placenteras, semejantes a los ojos que se abren y se cierran al mismo tiempo, dóciles a la voluntad del que los mueve, del seno del nuevo círculo salió una voz, la cual hizo que me volviese hacia ella, como la aguja hacia el polo. Aquella voz empezó a decir:

—El amor que me embellece me obliga a tratar del otro patriarca, ya que se habla tan bien del mío. Es justo que donde se hace mención del uno se haga también del otro, pues habiendo militado ambos por una misma causa, debe brillar su gloria juntamente. El ejército de Cristo[78], al que tan caro costó armar de nuevo, seguía su enseña lento, receloso y escaso, cuando el Emperador que siempre reina acudió en ayuda de su milicia que se hallaba en peligro, no porque ésta fuera digna de ello, sino por un efecto de su gracia. Y, según se ha dicho, socorrió a su Esposa con dos campeones ante cuyas obras y palabras se reunió el descarriado pueblo. En aquella

parte de donde el dulce céfiro acude para hacer germinar las nuevas plantas de que se reviste la Europa, no muy lejos de los embates de las olas tras de las cuales, por su larga extensión, el Sol se oculta a veces a todos los hombres, se asienta la afortunada Caleruega bajo la protección del gran escudo en que el león está subyugado y subyuga a su vez[79]. En ella nació el apasionado amante de la fe cristiana, el santo atleta, benigno para los suyos y cruel para sus enemigos. Apenas fue creada, su alma se llenó de virtud tan viva, que en el seno mismo de su madre inspiró a ésta el don de profecía[80]. Cuando se celebraron los esponsales entre él y la Fe en la sagrada pila, donde se dotaron de mutua salud, la mujer que dio por él su asentimiento vio en sueños el admirable fruto que debía salir de él y sus herederos. Y para hacer más visible lo que ya era, descendió del Cielo un espíritu y le dio el nombre de Aquel que lo poseía por completo[81]. Domingo se llamó; y habló de él como del labrador que Cristo escogió para que lo ayudase a cultivar su huerto. Pareció en efecto enviado y familiar de Cristo, porque el primer deseo que se manifestó en él fue el de seguir el primer consejo de Cristo[82]. Muchas veces su nodriza lo encontró despierto y arrodillado en el suelo, como diciendo: «He venido para esto[83]». ¡Oh padre verdaderamente Félix!, ¡Oh madre verdaderamente Juana[84], si la interpretación de sus nombres es la que se les da! En poco tiempo llegó a ser un gran doctor, no por esa vanidad humana por la que se afanan hoy todos tras del Ostiense y de Tadeo, sino por amor hacia el verdadero maná[85]; entonces se puso a custodiar la viña que pierde en breve su verdura si el viñador es malo, y habiendo acudido a la Sede que en otro tiempo fue más benigna de lo que es ahora para los pobres justos, no por culpa suya, sino del que en ella se sienta y la mancilla, no pidió la facultad de dispensar dos o tres por seis, no pidió el primer beneficio vacante, «*non decimas, quae sunt pauperum Dei*», sino que pidió licencia para combatir los errores del mundo[86] y en defensa de las semillas que nacieron las veinticuatro plantas que te rodean[87]. Después, con su doctrina y su voluntad juntamente, corrió a desempeñar su misión apostólica, cual torrente que se desprende de un elevado origen, y su ímpetu atacó con más vigor los retoños de la herejía allí donde era mayor la resistencia. De él salieron en breve varios arroyos con los que se regó el jardín católico, de modo que sus arbustos adquirieron más vida. Si tal fue una de las ruedas del carro en que se defendió la santa Iglesia, venciendo en el campo de las discordias civiles, bastante debes conocer ya la excelencia de la otra rueda de la que te ha hablado Tomás con tantos elogios antes de mi llegada. Pero el carril trazado por la parte superior de la circunferencia de esta última rueda está abandonado, de suerte que ahora se halla el mal donde antes el bien. La familia que seguía fielmente las huellas de Francisco ha cambiado tanto su marcha, que pone la punta del pie donde él ponía los talones; pero pronto verá la cosecha que ha producido tan mal cultivo, cuando la cizaña se queje de que no se la lleve al granero[88]. Convengo en que quien examine hoja a hoja nuestro libro aún encontraría una página en que leería: «Yo soy el que acostumbro», pero no procederá de Casale ni de Aquasparta, de donde vienen algunos que o huyen del rigor de la

regla o aumentan desmesuradamente su austeridad[89]. Yo soy el alma de Buenaventura de Bagnoreggio, que en mis grandes cargos pospuse siempre los cuidados temporales a los espirituales[90]. Iluminato y Agustín están aquí; éstos fueron de los primeros pobres descalzos que, llevando el cordón, se hicieron amigos de Dios. Con ellos están Hugo de San Víctor, Pedro Mangiadore y Pedro Hispano, el cual brilló allá abajo por sus doce libros; el profeta Nathan y el metropolitano Crisóstomo y Anselmo y aquel Donato que se dignó poner su mano en la primera de las artes. Aquí está también Rabano y a mi lado brilla Joaquín, abad de Calabria, que estuvo dotado de espíritu profético[91]. He debido alabar a aquel gran paladín de la Iglesia que es Domingo por moverme a ello la ardiente simpatía y las discretas palabras de fray Tomás, que, así como a mí, han conmovido a estas almas.

CANTO DECIMOTERCERO

CUARTO CIELO O DEL SOL: NUEVA DANZA Y NUEVO CANTO, LA SABIDURÍA DE SALOMÓN, DE ADÁN Y DE CRISTO. LIGEREZA HUMANA AL JUZGAR DE COSAS PROFUNDAS Y EN ESPECIAL DE LA SUERTE ULTRAMUNDANA

Aquellas dos coronas formadas por veinticuatro santos brillan más que las quince estrellas de mayor magnitud de nuestro sistema, más las siete de la Osa Mayor y las dos más brillantes de la Osa Menor. Toma de nuevo la palabra Santo Tomás para aclarar lo que dijo de Salomón en el Canto X: «Ningún otro ascendió a tanto saber».

Quien deseare conocer bien lo que yo vi ahora, imagínese (y, mientras hablo, retenga la imagen como si fuese esculpida en fuerte roca) las quince estrellas que en diversas regiones iluminan el Cielo con tanta viveza que vencen toda la densidad del aire; añádale las siete estrellas que forman la constelación del Carro u Osa Mayor (que nunca se salen de nuestro campo visual celeste) y súmele, por último, las dos estrellas más brillantes de la Osa Menor. E imagínese que estas veinticuatro estrellas se disponen en dos círculos de doce, semejantes al que formó la hija de Minos cuando sintió el frío de la muerte[92]; figúrese uno de ellos despidiendo sus resplandores dentro del otro, y ambos a dos girando de manera que vayan en sentido inverso; y así tendrá como una leve sombra de la verdadera constelación y de la doble danza que circulaba en el sitio donde yo me encontraba. Pues lo que vi es tan superior a lo que acostumbramos a ver como lo es el movimiento del más alto y veloz de los cielos en comparación con el lento curso del río Chiana. Allí se cantaba no a Baco ni a Peán, sino a tres Personas en una Naturaleza divina, y ésta y la humana en una sola Persona.

Tan luego como en las danzas y los cantos invirtieron el debido tiempo, aquellas luces santas se fijaron en nosotros, felicitándose de pasar de uno a otro cuidado. Después rompió el silencio de los espíritus acordes aquella luz que me había referido la vida del pobre de Asís, y dijo:

—Estando ya trillada una parte del trigo y guardado el grano, el dulce amor que te profeso me invita a trillar la otra parte[93]. Tú crees que en el pecho de donde fue sacada la costilla para formar la hermosa boca cuyo paladar costó tan caro a todo el mundo, y en aquel otro que, atravesado de una lanza, satisfizo tanto que venció el peso de toda culpa cometida antes y después[94], el gran poder creador de uno y otro infundió cuanta ciencia es asequible a la naturaleza humana; por eso te admiras de lo que dije antes, al manifestar que el bienaventurado que está contenido en la quinta luz fue sin segundo[95]. Abre, pues los ojos de la inteligencia a lo que voy a responderte y verás como tu creencia y mis palabras son con respecto de la verdad como el centro

es respecto de todos los puntos del círculo[96]. Lo que no muere y lo que no puede morir no es más que un destello de la idea que Nuestro Señor engendra por efecto de su bondad; porque aquella viva luz que sale del radiante Padre y no se separa de Él ni del Amor que se interpone entre ambos, por un efecto de su bondad, comunica su irradiación a nueve cielos, como transmitida de espejo en espejo, pero permaneciendo una eternamente. De allí desciende hasta las últimas potencias, disminuyendo de tal modo su fuerza por grados que últimamente sólo produce breves contingencias. Por estas contingencias entiendo las cosas engendradas que el cielo en su movimiento produce con germen o sin él. La materia elemental y el influjo celeste que ha de imprimirla para la creación de los seres no están siempre igualmente dispuestos, por lo cual dichas cosas, que llevan todas el sello de la idea divina, aparecen más o menos perfectas[97]. De aquí se sigue que una misma especie de árboles dé frutos buenos o malos y que vosotros nazcáis con diferente ingenio. Si la materia fuese enteramente perfecta y el cielo estuviese también en su virtud suprema, la luz de la Idea divina se mostraría en todo su esplendor. Pero la Naturaleza da siempre una forma imperfecta, semejante en sus obras al artista que domina prácticamente su arte y cuya mano tiembla. Si el ferviente amor dispone la materia e imprime en ella la clara luz del ideal divino, entonces las cosas contingentes alcanzan la perfección. Así es como fue hecho de la tierra el primer hombre, digno de toda la perfección de un ser animado, y así fue también como concibió la Virgen. Por tanto, apruebo tu opinión, porque la naturaleza humana no fue ni será jamás lo que ha sido en esas dos personas, Adán y Cristo. Pero si yo no siguiese ahora adelante tendrías razón en preguntar «¿Cómo es, pues, que has dicho que Salomón no tuvo igual en cuanto a sabiduría?». Para que aparezca bien lo que ahora no aparece, piensa quién era y la razón que tuvo para pedir cuando se le dijo: «Pide». No he hablado de modo que no hayas podido comprender que aquél fue un rey que pidió la sabiduría a fin de ser un verdadero rey[98] y no para saber cuál es el número de los motores celestiales; o si lo necesario con lo contingente produce lo necesario; o bien «*si est dare primum motum esse*», ni si en un semicírculo puede colocarse un triángulo que no tenga un ángulo recto; así, pues, si has comprendido bien lo que te he dicho, conocerás que la sabiduría real era la ciencia sin par en la que se clavaba la flecha de mi intención al decir lo que dije. Si claramente miras, verás que la palabra «ascendió» sólo hacía referencia a los reyes, que son muchos, pero poco los buenos[99]. Acoge mis palabras con esta distinción y así podrás conservar tu creencia sobre el primer hombre y sobre Cristo. Esto debe hacerte andar siempre con pies de plomo, para que, cual hombre cansado, los muevas lentamente hacia el sí y el no que no distingas con claridad. Pues necio es entre los necios el que sin distinción afirma o niega, ya en uno ya en otro caso; porque acontece a menudo que una opinión precipitada se extravía y después el amor propio ofusca nuestro entendimiento. El que va en busca de la verdad sin conocer el arte de encontrarla hace el viaje peor que en vano, porque si antes era ignorante, ahora está errado. De lo cual son en el mundo pruebas ostensibles Parménides, Meliso, Briso y

otros muchos que marchaban y no sabían a dónde[100]. Así hicieron Sabelio y Arrio y aquellos necios que fueron como espejos deformados para las Escrituras, torciendo el recto sentido de sus palabras[101]. Los hombres no deben aventurarse a juzgar, como hace el que aprecia las mieses en el campo sin estar granadas, porque he visto el zarzal áspero y punzante durante todo el invierno y luego cubrirse de rosas en su cima; y he visto a la nave surcar recta y veloz durante su viaje y perecer en la entrada del puerto. No crean Pero Grullo y el maestro Ciruelo que por haber visto a uno robando y a otro haciendo ofrendas, están ya juzgados en la mente de Dios, porque aquél puede elevarse y este otro caer.

CANTO DECIMOCUARTO

CUARTO CIELO O DEL SOL: EL ESPLENDOR DE LOS BIENAVENTURADOS DESPUÉS DE LA RESURRECCIÓN DE LOS CUERPOS. TERCERA GUIRNALDA DE VIVOS DESTELLOS. ASCENSO AL CIELO DE MARTE. LOS MÁRTIRES DE LA FE

Salomón soluciona una nueva duda de Dante sobre el estado en que se encontrarán los beatos después de la resurrección de la carne; si la luz que irradia de la beatitud subsiste cuando los cuerpos resuciten, ¿cómo podrán los órganos corporales de la vista soportar tanta luminosidad? Después el poeta asciende al quinto cielo, donde están las almas de los que combatieron por la Fe hasta el martirio. Están colocados de manera que forman una cruz luminosa.

El agua contenida en un vaso redondo se mueve del centro a la circunferencia o de ésta al centro según que la agiten por dentro o por fuera. Ocurrióseme esto de pronto en cuanto calló el alma de Tomás, por la semejanza que nacía de sus palabras y de las de Beatriz, a quien plugo decir después de aquél:

—Éste necesita, aunque no os lo indique con la voz ni con el pensamiento, llegar a la raíz de otra verdad. Decidle si la luz con que se adorna vuestra sustancia permanecerá con vosotros eternamente tal como es ahora; y si así es, decidle cómo podrá suceder que no os ofenda la vista cuando os rehagáis visiblemente.

Así como en un arranque de alegría los que dan vueltas danzando elevan la voz y manifiestan en sus gestos su regocijo, del mismo modo, ante aquel ruego piadoso y expresivo, los santos círculos demostraron nuevo gozo en su danza y en su admirable canto. El que se lamenta de que haya que morir aquí abajo para vivir después en el Cielo, es porque no ha visto el placer que la lluvia eterna de la sacrosanta luz produce en los bienaventurados. Aquel uno y dos y tres que vive siempre, y siempre reina en tres y dos y uno[102], no circunscrito y circunscribiéndolo todo, era cantado tres veces por cada uno de aquellos espíritus con tal melodía, que oírlo sería justa recompensa para cualquier mérito. Yo oí en la voz más resplandeciente del menor círculo una voz modesta, quizá como la del ángel al dirigirse a María, que respondió[103]:

—Mientras dure la fiesta del Paraíso, otro tanto tiempo irradiará nuestro amor su luz en torno de nuestra vestidura. Su claridad corresponde al ardor que nos inflama; el ardor a nuestras celestiales visiones; y éstas son tanto más claras, cuanto mayor es la gracia que cada uno tiene según su valor. Cuando nos revistamos de la carne gloriosa y santa, nuestra persona será mucho más grata a Dios y a nosotros mismos, porque estará completa; entonces se aumentará lo que de su gratuita luz nos da el Sumo Bien, luz que nos permite contemplarlo; y entonces deberá aumentarse también nuestra

santa visión, el ardor que ésta produce y el rayo que del ardor desciende. Pero así como el carbón que origina la llama la sobrepuja en deslumbrante blancura, de tal modo que puede ser visto en medio de ella, de igual suerte este fulgor que nos rodea será vencido en apariencia por la carne que todavía está cubierta por la tierra. Y un resplandor tan grande no podrá dañarnos porque los órganos del cuerpo serán bastante fuertes para todo lo que pueda deleitarnos[104].

Uno y otro coro me parecieron tan prontos y unánimes en decir «Amén», que manifestaron claramente el deseo de revestir sus cuerpos mortales, no por ellos quizá, sino por sus madres, por sus padres y por los demás seres que les fueron queridos antes de convertirse en sempiternas llamas. Y he aquí que en derredor de tales claridades nació una nueva luz sobre la que allí había, semejante a un horizonte luminoso; y así como al anochecer empiezan a entreverse en el cielo nuevas apariciones, que parecen ser y no ser, así me pareció empezar a ver allí nuevas sustancias. ¡Oh verdadero centelleo del Espíritu Santo! ¡Cuán brillante se presentó de improviso a mis ojos, que, vencidos, no pudieron soportarlo! Pero se me mostró Beatriz tan bella y sonriente, que a su aspecto hubo de quedar esta visión entre las demás que no he podido retener en mi memoria; entonces mis ojos recobraron fuerzas para alzarse de nuevo y me vi transportado a mayor gloria sólo con mi Dama[105]. Por el ígneo fulgor de la estrella, que me parecía más rojo que de costumbre, eché de ver que había subido a un punto más elevado, y con el lenguaje que es común a todos, de todo corazón, ofrecí a Dios el agradecimiento debido por esta nueva gracia[106]. No se había extinguido aún en mi pecho el ardor del mismo, cuando conocí que éste había sido felizmente bien aceptado, pues se me aparecieron unos resplandores tan deslumbrantes y rojos dentro de dos rayos luminosos, que exclamé: «¡Oh Helios, cuánto los embelleces!»[107].

Salpicados de grandes y pequeños luminares, lo mismo que la Vía Láctea, cuya blancura extendida entre los polos del mundo hacen dudar a los más sabios sobre cuál sea su naturaleza, aquellos rayos formaban en el fondo de Marte el venerable signo que produce la intersección de los cuadrantes en un círculo[108]. Aquí el ingenio es inferior a mi memoria; en aquella cruz resplandecía Cristo de suerte que no puedo encontrar una comparación digna; pero el que toma su cruz y sigue a Cristo me perdonará una vez más lo que omito cuando vea centellear en verdad a Cristo en aquel albor. De uno a otro extremo de los brazos de la cruz y de arriba a abajo se agitaban luces, que lanzaban vívidos destellos cada vez que se unían o se entrecruzaban, tal como se ven en la Tierra los átomos de polvo agitándose en línea recta o curva en el rayo de luz que corta la sombra; y así como el laúd o el arpa forman con sus numerosas cuerdas una dulce armonía, aun para el que no distingue cada nota, del mismo modo aquellas luces que allí se me aparecieron produjeron alrededor de la cruz una melodía que me arrebataba a pesar de no comprender el himno. Bien conocí que encerraba altas alabanzas porque llegaron hasta mí estas palabras: «Resucita y vence», pero como al que oye sin entender. Y aquella melodía

me arrobaba tanto que hasta entonces no hubo cosa alguna que me ligara con tan dulces vínculos. Quizá parezcan demasiado atrevidas mis palabras creyendo que pospongo el placer de los bellos ojos de Beatriz, en cuya contemplación se calman todos mis deseos; pero quien sepa que las vivas marcas de toda belleza la imprimen mayor a medida que están más elevadas y considere que allí todavía no me había vuelto a los ojos de mi Dama, podrá excusarme de lo que me acuso para excusarme y conocerá que digo la verdad. Pues el santo placer de aquella mirada no está excluido aquí, supuesto que se hace más puro a medida que nos elevamos[109].

CANTO DECIMOQUINTO

QUINTO CIELO O DE MARTE: LOS MÁRTIRES DE LA FE. CACCIAGUIDA. LA ANTIGUA FLORENCIA Y LOS ANTEPASADOS DE DANTE

De las luces que forman la cruz se destaca una, el alma de Cacciaguida, antepasado de Dante, que ya sabía que tendría lugar la llegada de su descendiente por haberlo leído en el libro de los inmutables designios divinos. En la época de Cacciaguida, más de cien años atrás, Florencia era todavía una pequeña ciudad, honrada y feliz. Cuenta su vida y la muerte que alcanza en Tierra Santa, luchando en la Segunda Cruzada.

La benigna voluntad, en la que se manifiesta siempre el amor cuyas aspiraciones son rectas, como la codicia se manifiesta en la voluntad inicua, impuso silencio a aquella dulce armonía e hizo reposar las santas cuerdas que por la diestra de Dios están templadas. ¿Cómo se habían de hacer sordas a justas súplicas aquellas sustancias, que, para infundirme el deseo de dirigirles alguna pregunta, estuvieron acordes en callarse? Justo es que se lamente sin tregua el que, por amor a cosas que no pueden durar eternamente, ha despreciado el amor eterno. Como en noche serena discurre acá o allá por el cielo tranquilo y puro una estrella fugaz, atrayendo las miradas hasta entonces indiferentes, y parecido a una estrella que cambia de sitio (aunque no es una verdadera estrella porque ninguna cambia de lugar y ésta, además, dura poco, y las estrellas son eternas), así desde el extremo del brazo derecho al pie de la cruz se corrió un astro de la constelación que allí resplandece, pero no se separó de su ángulo, sino que siguió la figura luminosa, semejándose a una luz que pasa por detrás del alabastro. No menos afectuosa que aquel espíritu se mostró la sombra de Anquises cuando reconoció a su hijo en los Campos Elíseos, si hemos de dar crédito a nuestro mayor poeta[110].

—¡Oh sangre mía! ¡Oh superabundante gracia de Dios! ¿Quién, como tú, ha visto abiertas dos veces ante sí las puertas del Cielo?

Así dijo aquella luz, por lo cual fijé en ella toda mi atención; después volví el rostro hacia mi Dama y por una y otra parte quedé asombrado, pues en sus ojos brillaba tal sonrisa que creí llegar con los míos al fondo de mi gracia y de mi pasión. Luego aquel espíritu, al que era tan grato ver y oír, añadió a sus primeras palabras cosas que no comprendí: tan profundos fueron sus conceptos. No porque fuese su propósito ocultármelos, sino por necesidad, a causa de ser éstos superiores a la inteligencia de los mortales. Cuando el arco de su ardiente afecto estuvo menos tirante para que sus palabras descendiesen hasta el límite concedido a nuestra inteligencia, la primera cosa que oí fue:

—Bendito seas Tú, trino y uno, que tan propicio eres a mi descendencia.

Y continuó diciendo:

—Hijo mío: gracias a esta que te ha revestido de plumas para emprender tan alto vuelo, has satisfecho dentro de esta luz en que te hablo un plácido y largo deseo de verte, originado en mí por haber leído tu venida en el gran libro de los inmutables designios divinos. Tú crees que tu pensamiento ha llegado hasta mí reflejado en Aquel que es el Primero, así como de la unidad, de todos conocida, se forman todos los demás números. Y por eso ni me preguntas quién soy ni por qué te parezco más gozoso que otro alguno de esta alegre cohorte. Crees la verdad, porque, en esta vida, los espíritus ven en Dios, como en un espejo en quien se reflejan todos los pensamientos de los hombres, incluso antes de haber sido pensados. Pero a fin de que el sagrado amor que observo con perpetua atención y que excita en mí un dulce deseo, se satisfaga mejor, manifiesta con voz segura, franca y placentera cuál es tu voluntad, cuál es tu deseo, pues mi respuesta está ya preparada.

Yo me volví hacia Beatriz, y ella, que me había oído antes de que yo hablara, se sonrió de un modo que hizo crecer las alas de mi deseo. Después empecé de este modo:

—Desde que os patentizó la Igualdad primera, el sentimiento y la inteligencia tienen un peso igual en cada uno de vosotros; porque en ese Sol, que os ilumina y abrasa con su luz y su calor, son tan iguales ambas virtudes que toda semejanza es poca. Pero el entendimiento y la voluntad de los mortales, por la razón que os es ya manifiesta, vuelan con diferentes alas. Así es que yo, que soy mortal, me veo en esta dificultad y únicamente puedo dar gracias con el corazón a tan paternal acogida[111]. Te suplico, pues, encarecidamente, ¡oh vivo topacio que enriqueces esta preciosa joya!, que me hagas saber tu nombre.

— ¡Oh vástago mío, en quien me complacía mientras te esperaba! Yo fui tu raíz.

De esta suerte dio principio a su respuesta. Después añadió:

—Aquel de quien ha tomado su nombre tu prosapia y que por espacio de ciento y más años ha estado girando por el primer círculo del monte del Purgatorio, fue mi hijo y tu bisabuelo: bien necesita que con tus obras disminuyas su prolongada fatiga[112]. Florencia, dentro del antiguo recinto donde se oye aún sonar tercia y nona, estaba en paz, sobria y honrada[113]. No tenía gargantillas ni coronas ni cinturones más llamativos a la vista que la persona que los llevaba. Al nacer, no causaba miedo la hija al padre, porque la época del matrimonio y la dote no habían salido aún de los límites regulares. No estaban entonces las casas vacías de moradores; no habían llegado aún los hijos de Sardanápalo a enseñar lo que se puede hacer en una humilde casa. Monte Mario no era aún vencido por el Uccellatoio, el cual así como lo excede en la subida lo excederá en la bajada[114] he visto a Bellincion Berti con cinturón de cuero y hebilla de hueso, y a su mujer separarse del espejo sin colorete en el rostro; he visto a los de Nerli y a los del Vecchio contentarse con ir cubiertos de una simple piel y a sus mujeres dedicadas a la rueca y al huso[115]. ¡Oh afortunadas! Cada una de

ellas conocía el lugar donde había de ser sepultada y ninguna se había visto abandonada en el lecho por causa de la Francia[116]. La una velaba su cuna y para consolar a su hijo usaba el idioma que constituye la primera alegría de los padres y de las madres; la otra, tirando de la blanca cabellera de su rueca, charlaba con su familia de los troyanos y de Fiésole y de Roma[117]. En aquellos tiempos se habría mirado como una maravilla a una Cianghella y a un Lapo Salterello, como hoy causarían asombro un Cincinato y una Cornelia[118]. En medio de tanta calma y de tan hermosa vida por parte de todos y entre tan fieles ciudadanos, me hizo nacer la Virgen María, invocada por mi madre en su parto, y en vuestro antiguo Baptisterio fui a un tiempo cristiano y Cacciaguida. Moronto y Eliseo fueron mis hermanos; mi esposa procedía del valle del Po, y de ella viene tu apellido. Después seguí al emperador Conrado, que me concedió el título de caballero: tanto fue lo que le agradé por mis buenas acciones. Tras él fui contra la maldad de aquella ley cuyo pueblo usurpa vuestro dominio, por culpa de vuestro Pastor. Allí aquella torpe raza me libró del mundo falaz, cuyo amor envilece tantas almas, y desde el martirio llegué a esta paz[119].

CANTO DECIMOSEXTO

QUINTO CIELO O DE MARTE: LOS MÁRTIRES DE LA FE. VANAGLORIA DE NOBLEZA. CACCIAGUIDA Y SUS MAYORES. LA ANTIGUA Y LA NUEVA POBLACIÓN DE FLORENCIA

Tras expresar su orgullo por descender de tan noble sangre, Dante pregunta a su antepasado noticias de su época y de la antigua Florencia.

¡Oh nobleza de la sangre! Aunque seas muy poca cosa, nunca me admiraré de que hagas vanagloriarse de ti a la gente de aquí abajo, donde nuestros afectos languidecen; pues yo mismo, allá arriba, donde el apetito no se tuerce, quiero decir en el Cielo, me vanaglorié de poseerte. A la verdad, eres como un manto que se acorta en breve, de modo que si cada día no se le añade un pedazo, el tiempo lo va recortando con sus tijeras. Con el «vos», al que Roma fue la primera en someterse y en cuyo empleo no han perseverado tanto sus descendientes[120], empezaron esta vez mis palabras; por lo cual, Beatriz, que estaba algún tanto apartada, sonriose, pareciéndose a la que tosió cuando Ginebra cometió la primera falta de que habla la crónica[121].

Yo empecé a decir:

—Vos sois mi padre; vos me infundís aliento para hablar; vos me enaltecéis de modo que soy más que yo mismo. Por tantos arroyos se inunda de alegría mi mente, que se goza en sí misma al considerar que puede contener tanta sin que la abrume. Decidme, pues, ¡oh querido antepasado!, quiénes fueron vuestros predecesores y cuáles los años en que comenzó vuestra infancia. Decidme lo que era entonces el rebaño de San Juan[122] y cuáles las personas más dignas de elevados puestos.

Como se aviva la llama del carbón al soplo del viento, así vi yo resplandecer aquella luz ante mis respetuosas palabras; y si pareció más bella a mis ojos, más dulce y suave fue también su acento cuando me dijo, aunque no en nuestro moderno lenguaje:

—Desde el día en que se dijo «*Ave*[123]», hasta el parto en que mi madre, que hoy es santa, se libró de mi peso, este planeta fue a inflamarse quinientas cincuenta y tres veces a los pies del León. Mis antepasados y yo nacimos en aquel sitio donde encuentra el último distrito el que corre en vuestros juegos anuales. Bástete saber esto con respecto a mis mayores; lo que fueron o de dónde vinieron es más cuerdo callarlo que decirlo[124]. Todos los que se encontraban entonces en estado de llevar armas, entre la estatua de Marte y el Batistero, formaban la quinta parte de los que ahora viven allí[125]; pero la población, que es al presente una mezcla de gente de Campi, de Certaldo y de Figghine, se veía pura hasta el último artesano. ¡Oh, cuánto mejor fuera tener por vecinas a aquellas gentes y vuestras fronteras en Galluzzo y Trespiano[126],

que no tenerlas dentro de vuestros muros y tener que soportar la fetidez del villano de Aguglione y del de Signa, que tienen ya los ojos muy abiertos para traficar[127]! Si la gente que está más degenerada en el mundo no hubiera sido una madrastra para César, sino benigna como una madre para con su hijo, más de uno que se ha hecho florentino y ejerce de cambista y de traficante se habría vuelto a Semifonti, donde andaba su abuelo pordioseando. Los Conti estarían aún en Montemurlo, los Cerchi en la jurisdicción de Ancona y quizá aún en Valdigrieve los Buondelmonti[128]. La confusión de las personas fue siempre el principio de las desgracias de las ciudades, como la mezcolanza de los alimentos lo es de las del cuerpo, pues un toro ciego cae más pronto que un cordero ciego, y muchas veces corta más y mejor una espada que cinco[129]. Si consideras cómo han desaparecido las ciudades de Luni y Urbisaglia y cómo siguen sus huellas Chiusi y Sinigaglia, no te parecerá una cosa difícil de creer el oír como se deshacen las familias, puesto que las ciudades también tienen un término. Todas vuestras cosas mueren como vosotros; pero se os oculta la muerte de algunas que duran mucho, porque vuestra vida es muy corta para poder verlas. Y así como los giros del ciclo de la Luna cubren y descubren sin tregua las orillas del mar, lo mismo hace con Florencia la Fortuna; por lo cual no debe asombrarte lo que voy a decir con respecto a los primeros florentinos, cuya fama está envuelta en la oscuridad de los tiempos. He visto ya en decadencia a los Ughi, los Castellini, Filippi, Greci, Ormanni y Alberichi, todos ilustres caballeros; he visto también cómo desaparecían los de la Sanella y los del Arca y los Soldanieri, los Ardinghi y los Bostichi, tan grandes como antiguos. Sobre la puerta, cargada al presente con una felonía de tan gran peso[130] que en breve hará zozobrar vuestra barca, estaban los Ravignani, de quienes descienden el conde Guido y los que han tomado después el nombre del gran Bellincion. El primogénito de la familia de la Presa conocía el arte de gobernar bien, y en casa de Galigajo se veían ya los distintivos de la nobleza, que consistían en usar dorados la guarnición y el pomo de la espada. Grande era ya la familia de la Comadreja e ilustres las Sacchetti, Gluochi, Fifanti, Barucci y Galli, y los que se avergüenzan del recuerdo de la medida sobre el peso de la sal. El tronco de que nacieran los Calfucci era ya grande y ya habían sido promovidos a las sillas curules los Sizii y los Arrigucci. ¡Oh, cuán fuertes he visto a aquellos que después han sido destruidos por su soberbia! Y, sin embargo, las bolas de oro con sus altos hechos hacía florecer a Florencia, así como también los padres de aquellos que siempre que está vacante vuestra iglesia engordan mientras se hallan reunidos en consistorio. La presuntuosa familia que persigue como a un ladrón al que se retira, y que se humilla como un cordero ante el que le enseña los dientes o la bolsa, venía ya engrandeciéndose, aunque su origen era bajo; por esto no agradó a Ubertino Donati que su suegro lo hiciera emparentar con ella. Los Caponsacco habían descendido ya de Fiésole y habitaban en el Mercado, y ya Giuda e Infangato eran buenos ciudadanos. Voy a decirte una cosa increíble y verdadera: en el pequeño círculo que formaba la ciudad se entraba por una puerta que debía su nombre a la familia la Pera.

Todos los que llevan las bellas insignias del gran Barón, cuyo nombre y cuya gloria se renueva en la fiesta de Santo Tomás, recibieron de él sus títulos de caballeros y sus privilegios; si bien hoy se ha colocado en el partido del pueblo aquel que rodea sus insignias de un círculo de oro. Ya los Galterotti y los Importuni vivían tranquilos en el Borgo, y más lo habrían estado sin nuevos vecinos. La casa de que ha nacido vuestro llanto, por el justo rencor que os ha destruido y dado fin a vuestra agradable vida, era honrada con todos los suyos. ¡Oh, Buondelmonte, cuán mal hiciste en no aliarte con ella por medio del matrimonio, para consuelo de los demás! Muchos de los que hoy están tristes estarían alegres, si Dios te hubiese ahogado en las aguas del Ema la primera vez que viniste a la ciudad. Pero era preciso que ante aquella piedra rota que guarda el puente sacrificara Florencia una víctima en sus últimos días de paz[131]. Con tales familias y con otras muchas he visto a Florencia en medio de tan gran reposo que no tenía motivo para llorar. Con estas familias he visto a su pueblo tan glorioso y justo, que jamás el lirio fue llevado al revés en la lanza, ni se había vuelto aún rojo a causa de las discordias[132].

CANTO DECIMOSÉPTIMO

QUINTO CIELO O DE MARTE: LOS MÁRTIRES DE LA FE. LOS DOLORES DEL DESTIERRO. SINSABORES Y ESPERANZAS DE DANTE. EL VALOR DE LA VERDAD

Cacciaguida revela a Dante el futuro que le espera, la persecución política de que será objeto, su destierro y la generosa acogida que le dispensará Cangrande della Scala. También le profetiza su triunfo poético y el castigo de sus enemigos.

Yo estaba afanoso como aquel (cuyo ejemplo hace que los padres sean aún poco condescendientes con los deseos de los hijos) que acudió a Clímene para cerciorarse de lo que acerca de él había oído[133]. Y bien lo conocían Beatriz y aquella llama que por mí había cambiado antes de sitio. Por lo cual me dijo mi Dama:

—Exhala el ardor de tu deseo de tal modo que salga bien expresado con la fuerza que lo sientes; no para que nosotros lo conozcamos mejor por tus palabras, sino para que te atrevas a manifestar tu sed, a fin de que otros te den de beber.

—¡Oh mi querida raíz, que te elevas tanto que, mirando al punto para Quien todos los tiempos son presentes, ves las cosas contingentes antes de que sean en sí, con la misma claridad con que ven las inteligencias terrestres que dos ángulos obtusos no pueden caber en un triángulo! Mientras, acompañado de Virgilio, subía yo por el monte donde se curan las almas y cuando bajaba por el mundo de los muertos, se me dijeron palabras graves acerca de mi vida futura[134]; y aunque me considere fuerte ante los golpes de la desgracia, quisiera saber cuál es la suerte que me está reservada, pues el dardo previsto hiere con menos fuerza.

Así dije a la misma luz que me había hablado antes, manifestando mi deseo como lo quiso Beatriz. Aquel amoroso progenitor mío, encerrado y patente al mismo tiempo en su esplendor risueño, me contestó no en los términos ambiguos con que eran engañados los necios gentiles antes de que fuese inmolado el Cordero de Dios que redimió los pecados, sino con palabras claras:

—Las contingencias, a cuyo conocimiento no alcanzan los límites de vuestra materia, están todas presentes a la vista de Dios. De aquí no se infiere, sin embargo, su necesidad sino como es preciso que se pinte, en los ojos de quien la mira, la nave que desciende por una corriente[135]. Desde la mente divina llega a mi vista, como a los oídos la dulce armonía del órgano, el tiempo que para ti se prepara. Del mismo modo que Hipólito partió de Atenas por la crueldad y perfidia de su madrastra, tendrás que salir de Florencia[136]. Esto es lo que se quiere y lo que se busca, y pronto será hecho por los que lo meditan allá donde diariamente se vende a Cristo[137]. Las culpas caerán sobre los vencidos, como es costumbre; pero el castigo dará testimonio de la verdad, que siempre lo envía a quien lo merece. Tú abandonarás todas las cosas

que más entrañablemente amas, y éste es el primer dardo que arroja el arco del destierro. Tú probarás cuán amargo es el pan ajeno y cuán duro camino el que conduce a subir y bajar las escaleras de otros. Y lo que más gravará tus espaldas será la compañía estúpida y malvada con la cual caerás en este valle, porque, loca e impía, se revolverá contra ti, si bien poco después, ella y no tú, verá destrozada su frente. Su conducta probará su bestialidad, de suerte que para ti será más laudable haberte separado completamente de ella[138]. Tu primer refugio y tu primer albergue serán la cortesía del Gran Lombardo, que sobre la escala lleva el ave santa, el cual te mirará tan benignamente que entre ambos el dar precederá al pedir, al contrario de lo que sucede entre los demás hombres[139]. Sí; verás a aquel que al nacer fue tan inspirado por esta fuerte estrella de Marte que sus hechos serán siempre admirados. Los pueblos no han reparado aún en él a causa de su corta edad, pues sólo hace nueve años que giran en derredor suyo estas esferas. Pero antes de que el Gascón engañe al gran Enrique[140], aparecerán los destellos de su virtud en su desprecio al dinero y a las fatigas. Sus magnificencias serán tan conocidas, que ni aun sus mismos enemigos podrían dejar de referirlas. Espera en él y en sus beneficios; por él muchos hombres serán transformados y los ricos y los pobres cambiarán de posición. Lleva grabado en tu mente cuanto te predigo acerca de él, pero no lo manifiestes a nadie.

Y me refirió después cosas que parecerán increíbles aun a aquellos que las presencien. Después añadió:

—Hijo mío, tales son las interpretaciones de lo que se te ha dicho, tales las asechanzas que se ocultarán por pocos años. No quiero, sin embargo, que odies a tus conciudadanos, pues tu vida durará más de lo que tarde el castigo de su perfidia[141].

Cuando por su silencio demostró el alma santa que había concluido de poner la trama en la tela que le presenté urdida, empecé a decir, como el que en sus dudas desea el consejo de una persona entendida, recta y amante:

—Bien veo, padre mío, cómo corre el tiempo hacia mí para darme uno de esos golpes, tanto más graves cuanto más desprevenido se vive; por lo cual es bueno que me arme de previsión a fin de que, si se me priva del lugar que más quiero, no pierda los demás por causa de mis versos. Allá abajo, en el mundo eternamente amargo, y después en el monte del Purgatorio, desde cuya hermosa cumbre me elevaron los ojos de mi Dama, y después en el Cielo, de luz en luz, he oído cosas que, si las repitiera, serían para muchos de un sabor desagradable; pero si soy cobarde amigo de la verdad, temo perder la fama entre los que llamarán a este tiempo el tiempo antiguo.

La luz en que sonreía el tesoro que yo había encontrado allí empezó a brillar como un espejo de oro a los rayos del Sol, y después respondió:

—Sólo una conciencia manchada por su propia vergüenza o por la ajena encontrará aspereza en tus palabras; no obstante esto, aparta de ti toda mentira, manifiesta por completo tu visión y deja que se rasque el que tenga sarna; pues si tu voz es desagradable al gustarla por primera vez, dejará un alimento edificante cuando sea digerida. Tu grito hará lo que el viento, que azota más las más elevadas cumbres,

lo cual no será una pequeña prueba de honor. Por eso tan sólo se te han mostrado en estas esferas, en el monte y en el doloroso valle, las almas que han gozado de cierto renombre, porque el ánimo del que escucha no fija su atención ni presta fe a ejemplos sacados de una raíz oculta y desconocida ni a otras cosas que no se manifiesten claramente.

CANTO DECIMOCTAVO

QUINTO CIELO O DE MARTE: LOS MÁRTIRES DE LA FE. ESPÍRITUS QUE RESPLANDECEN EN LA CRUZ. ASCENSIÓN AL CIELO DE JÚPITER: LOS PRÍNCIPES SABIOS Y JUSTOS. EL ÁGUILA IMPERIAL

Cacciaguida va nombrando a las otras almas que forman aquella cruz luminosa, entre las que se encuentran mártires del Antiguo Testamento y otros personajes históricos. Dante y Beatriz suben al sexto cielo.

Aquel espíritu bienaventurado se recreaba ya en sus reflexiones y yo saboreaba las mías, atemperando lo amargo con lo dulce, cuando la Dama que me conducía hasta Dios me dijo:

—Cambia de ideas; piensa que yo estoy al lado de Aquel que alivia todas las contrariedades.

Yo me volví hacia la voz amorosa de mi consuelo y desisto de expresar cuál fue el amor que vi entonces en sus santos ojos; no sólo porque desconfíe de mis palabras, sino porque la mente no puede repetir lo que es superior a ella si otro poder no la ayuda. Sólo puedo decir con respecto a este punto que, contemplándola, mi afecto se vio libre de todo otro deseo, pues el placer eterno que irradiaba directamente sobre Beatriz me hacía dichoso al verlo reflejado en su hermoso rostro. Pero ella, desviándome de esta contemplación con la luz de una sonrisa, me dijo:

—Vuélvete y escucha, que no está solamente en mis ojos el Paraíso.

Así como muchas veces se ve la pasión en la fisonomía, si aquélla es tanta que el alma entera le está sometida, del mismo modo en los destellos del fulgor santo hacia el cual me volví, conocí el deseo de continuar nuestra plática. Y, en efecto, empezó diciendo:

—En esta quinta rama del árbol que recibe la vida por la copa y fructifica siempre y nunca pierde sus hojas[142], son bienaventurados los espíritus que allá abajo, antes de venir al Cielo, alcanzaron tan gran renombre que toda musa se enriquecería con sus acciones; mira los brazos de la cruz, y los que te iré nombrando harán en ellos lo que el relámpago en la nube.

Apenas nombró a Josué vi pasar un fulgor por la cruz, y el oír pronunciar aquel nombre y ver deslizarse su resplandor fue todo uno. Al nombre del mayor de los Macabeos vi moverse otra luz dando vueltas a causa de su alegría. Del mismo modo a los nombres de Carlomagno y de Roldán mi atenta mirada siguió a dos luces, como sigue la vista el vuelo del halcón. Después pasaron ante mis ojos por aquella cruz Guillermo y Rinoardo, el duque Godofredo y Roberto Guiscardo. En seguida, el alma

que me había hablado se movió del mismo modo y se reunió con las anteriores, demostrándome el lugar que ocupaba entre los cantores del Cielo[143].

Volvime hacia la derecha para conocer en Beatriz lo que debía hacer, bien por sus palabras o por sus ademanes, y vi sus ojos tan serenos, tan gozosos, que su rostro sobrepujaba a todos los otros y hasta a su anterior aspecto. Y así como el hombre que obra bien advierte de día en día el aumento de su virtud por el mayor placer que siente, así yo, viendo más resplandeciente aquel milagro de belleza, reparé que se había hecho más extenso el círculo de mi rotación juntamente con el Cielo, y en el breve espacio de tiempo en que muda de color el rostro de una doncella, cuando depone el peso de la vergüenza, presentose ante mis ojos, al volverme, una transmutación semejante por efecto de la blancura de la sexta y templada estrella que me había recibido en su interior[144]. Yo vi en aquella antorcha de Jove los destellos del amor que en ella existía, representando a mis ojos nuestro alfabeto; y así como las aves que se elevan sobre un río, regocijándose al llegar al sitio donde encuentran su alimento, forman a veces una hilera circular y otras veces la prolongan, de igual suerte revoloteaban cantando las santas criaturas dentro de aquellas luces, describiendo una «D», una «I» o una «L» con sus movimientos. Primeramente ajustaban su baile al canto; después, representando una de aquellas letras, se detenían un momento y guardaban silencio.

¡Oh divina Pegásea[145], que glorificas y prolongas la vida de los ingenios, haciendo que perpetúen la memoria de las ciudades y de los reinos! Ilumíname a fin de que describa sus figuras tales cuales las he visto y de que aparezca tu poder en estos cortos versos.

Las luces formaron, pues, treinta y cinco vocales y consonantes y yo observé aquellas figuras conforme se me iban apareciendo. «*Diligite iustitiam*» fue el primer verbo y el primer nombre que representaron. «*Qui iudicatis terram*» fueron las últimas palabras. Después, en la «M» del quinto vocablo se quedaron formadas de modo que la estrella de Júpiter en aquel punto aparecía de plata moteada de oro. Entonces vi descender otras luces sobre la parte superior de la «M» y detenerse allí cantando al Bien que hacia sí las atrae[146]. Después, así como del choque de los tizones ardientes salen innumerables chispas, de donde los necios deducen augurios, pareciome que se elevaban más de mil, remontándose unas más y otras menos, según las distribuye el Sol que las enciende; y cuando cada cual quedó fija en su puesto, vi que aquellas luces formaban distintamente la cabeza y el cuello de un águila. Aquel que pinta esto no necesita guía, antes bien, Él guía todas las cosas y de Él procede esa virtud que mueve a los animales a dar una forma apropiada a sus nidos. Los demás bienaventurados, que anteriormente parecían contentarse con formar sobre la «M» una corona de flores, por medio de un pequeño movimiento concluyeron por dibujar la figura de un águila.

¡Oh dulce estrella, cuántas y qué resplandecientes almas me demostraron allí que nuestra justicia es un efecto del Cielo que tú adornas! Por eso suplico a Dios,

principio de tu movimiento y de tu fuerza, que repare de dónde sale el humo que oscurece los rayos de la justicia, a fin de que se irrite otra vez contra los compradores y vendedores del templo que se fortificó con los milagros y la sangre de los mártires[147]. ¡Oh milicia celestial a quien contemplo, ruega por los que existen en la Tierra extraviados por el mal ejemplo del Papado! Era ya antigua costumbre hacer la guerra con la espada; hoy se hace arrebatando por doquiera el pan que a nadie niega nuestro piadoso Padre[148]. Pero tú, que escribes solamente para borrar[149], piensa que aún están vivos Pedro y Pablo, los cuales murieron por la vida que de tal modo echas a perder. Con razón puedes decir: «Tengo tan fijos mis deseos en aquel que quiso vivir solo y que a consecuencia de un baile fue arrastrado al martirio, que no conozco al Pescador ni a Pablo[150]».

CANTO DECIMONONO

SEXTO CIELO O DE JÚPITER: LOS PRÍNCIPES SABIOS Y JUSTOS. EL ÁGUILA PARLANTE. NECESIDAD DE LA FE. INESCRUTABILIDAD DE LA JUSTICIA DIVINA. LA FE Y LAS OBRAS

La figura del águila, aunque está formada por una multitud de ánimas, habla en singular para contestar a una pregunta de Dante: ¿Cómo se compagina la justicia divina con la condenación de tantos hombres justos que no llegaron a ser cristianos? Partiendo de la imagen de la vista humana, que es incapaz de ver el fondo del mar aunque el fondo del mar existe, el águila no explica el problema, aunque defiende el misterio de la mente infinita de Dios, fuera de Quien no existe la justicia. No podemos comprender la infinitud de la justicia divina, pero el día del Juicio Final veremos salvarse a muchos justos que no fueron cristianos y condenarse a muchos que se llamaron cristianos sin serlo. Este último argumento lo aprovecha el águila para condenar a muchos de los reyes de la Europa contemporánea.

Ante mí aparecía, con las alas abiertas, la bella imagen que en su dulce fruición hacía dichosas a las almas reunidas. Cada una de éstas parecía un pequeño rubí en el que brillaba tan encendido un rayo de sol, que reflejaba a mis ojos la imagen del mismo Sol. Y lo que necesito escribir ahora no lo anunció la voz jamás, ni lo escribió la tinta, ni lo concibió la imaginación. Porque vi y aun oí hablar al pico del águila, y decir con su voz «Yo» y «Mío», cuando su intención era decir «Nos» y «Nuestro[151]». Y empezó así:

—Por haber sido justo y piadoso estoy aquí exaltado hasta esta gloria en la que no hay nada más que desear. Y en la Tierra dejé tal memoria de mí, que los hombres más perversos la recomiendan, aunque no sigan su ejemplo.

Así como de muchas brasas sale un solo calor, así también de aquella imagen, formada por muchos amores, salía una sola voz. Entonces respondí:

—¡Oh perpetuas flores de la dicha eterna, que como un solo perfume me hacéis sentir vuestro aroma! Poned fin con vuestras palabras al gran ayuno que me ha tenido hambriento durante largo tiempo, por no encontrar en la Tierra alimento alguno. Bien sé que, si la Justicia divina se refleja en otras esferas como en un espejo, en la vuestra se refleja mucho más directamente. Sabéis cuán atento me preparo a escucharos y sabéis también cuál es aquella duda que para mí se convierte en tan antiguo ayuno.

Así como el halcón al que quitan la caperuza mueve la cabeza y bate las alas en señal de contento, demostrando sus deseos e irguiéndose con gallardía, lo mismo vi hacer al águila, que estaba formada de alabanzas de la divina Gracia, las cuales

cantaba como sabe cantar el que se deleita allá arriba. Después comenzó de esta suerte:

—Aquel que abarcó con su compás hasta las extremidades del mundo y encerró en su abertura tantas cosas ocultas y manifiestas, no pudo dejar sobre todo el Universo una huella tan profunda de su poder, que su entendimiento no fuese infinitamente superior al de todos los entendimientos creados, como lo prueba el que el primer soberbio, que era la criatura más excelente, por no esperar la luz de la Gracia divina, cayó del Cielo antes de ser confirmado en ella. De aquí resulta que las criaturas menos perfectas que aquélla son pequeños receptáculos para contener aquel Bien sin fin, único que puede medirse a Sí mismo. Aun nuestra vista, que es casi un rayo de la mente divina de que están llenas todas las cosas, no puede, por su naturaleza, ser tan penetrante que discierna su principio sino bajo una apariencia muy lejana de la verdad. La vista que recibe vuestro mundo sólo penetra en la justicia sempiterna como el ojo se interna en el mar, que aunque vea el fondo cerca de la orilla, no lo ve en el inmenso piélago; y, sin embargo, el fondo existe, pero su profundidad misma lo oculta. No existe luz si no procede del Ser tranquilo que no se turba nunca; fuera de Él no hay más que tinieblas o sombras de la carne o su veneno. Bastante he descorrido el velo que te ocultaba la viva justicia sobre la que hacías tan frecuentes preguntas, pues tú decías: «Un hombre nace en la orilla del Indo, y allí no hay quien hable de Cristo ni quien lea o escriba sobre Él; todas sus acciones y deseos son buenos y en todo lo que puede ver la razón humana no ha pecado ni en obras ni en palabras. Si muere sin bautismo y sin fe, ¿dónde está la justicia que lo condena? ¿Dónde está su falta, si no cree?». Ahora bien, ¿quién eres tú, que quieres tomar asiento en el tribunal para juzgar a mil millas cuando no tienes más que un palmo de vista? En verdad que quien hablando conmigo sutiliza por ver los rayos de la Justicia divina, tendría razón para dudar de su rectitud si no estuviese ante vuestros ojos la Escritura. ¡Oh animales terrestres! ¡Oh inteligencias embrutecidas! La primera voluntad, que es buena por sí misma, que es el Sumo Bien, no se ha separado jamás de sí misma. Solamente es justo lo que a ella se conforma; ningún bien creado la atrae, pero ella produce este bien con sus rayos.

Cual cigüeña que se revuelve sobre el nido, después de haber alimentado a sus hijos, y así como uno de éstos, ya alimentado, la mira, del mismo modo empezó la bella imagen a agitarse sobre mí e igualmente elevé mis ojos hacia ella, que movía sus alas impelidas por santos espíritus. Al dar vueltas cantaba y decía: «Mis notas son tan incomprensibles para ti, como el juicio eterno para los mortales». Luego que aquellos refulgentes ardores del Espíritu Santo se detuvieron sin dejar de formar la figura que hizo a los romanos temibles en el mundo, continuó diciendo:

—A este reino no ha subido jamás quien no creyó en Cristo, ni antes ni después de que fuera enclavado en el santo leño; pero mira: muchos que exclaman «Cristo, Cristo» estarán menos próximos de Él en el día del juicio que algunos de los que no han conocido a Cristo. Y a tales cristianos causará vergüenza el etíope cuando se

dividan las almas en dos campos, uno eternamente rico y otro miserable. ¿Qué no podrán decir los paganos a vuestros reyes cuando vean abierto el libro de la justicia, en el que se escriben todos sus desprecios? Allí se verá, entre las obras de Alberto, la que en breve agitará la pluma y por la cual quedará desierto el reino de Praga[152]. Allí se verá el daño que ocasiona junto al Sena, falsificando la moneda, el que morirá herido por un jabalí[153]. Allí se verá la insaciable soberbia que enloquece de tal modo al escocés y al inglés, que no pueden sufrir el verse contenidos en los límites de sus Estados. Se verá la molicie y la lujuria del de España, y del de Bohemia, que jamás conoció ni quiso conocer el valor[154]. Allí se verá también marcada con una «I» la bondad del Cojo de Jerusalén, mientras que lo contrario a la bondad estará marcado por una «M[155]». Se verá la avaricia y la vileza de aquel que guarda la isla del fuego, donde terminaron los prolongados días de Anquises, y para demostrar su mezquindad se emplearán muchas abreviaturas en su escrito, a fin de que en poco espacio se contengan muchas palabras. Y a la vista de todos aparecerán las vergonzosas obras del tío y del hermano que han envilecido tan egregia estirpe y dos coronas. Allí serán conocidos el de Portugal y el de Noruega, y el de Rascia, que alteró los cuños de Venecia. ¡Oh Hungría feliz, si no se deja guiar mal! ¡Oh dichosa Navarra, si se defendiese con el monte que la rodea! Todos deben creer que ya, en presagio de esto, Nicosia y Famagusta se lamentan y claman contra su bestia, que no es diferente de las otras[156].

CANTO VIGÉSIMO

SEXTO CIELO O DE JÚPITER: LOS PRÍNCIPES SABIOS Y JUSTOS, CANTO DE LOS JUSTOS, PRÍNCIPES JUSTOS EN LA IMAGEN DEL ÁGUILA. FE Y SALVACIÓN. ARCANOS DE LA PREDESTINACIÓN DIVINA

La parte más noble del águila, el ojo («que en las águilas mortales contempla y soporta la luz del sol»), está formada por las almas de los personajes más representativos del sexto cielo. Dos de ellos, Trajano y Rifeo, habían sido paganos, y el águila se apresura a aclarar las dudas de Dante: el Reino de los cielos es vulnerable a dos tipos de violencia, la esperanza y la caridad. Rifeo creyó en el Redentor que había de venir; Trajano también, cuando ya había muerto y fue resucitado.

Cuando aquel que ilumina el mundo entero desciende de nuestro hemisferio, de tal modo que el día se extingue en todas partes, el cielo, encendido antes por él solo, aparece súbitamente sembrado de luces, en las cuales se refleja una sola. Y aquel estado del cielo me vino a la imaginación cuando la enseña del mundo y de sus jefes cerró su bendito pico; porque brillando mucho más todos aquellos benditos resplandores, entonaron nuevos cantos. ¡Oh dulce amor que bajo aquella riente luz te ocultas! ¡Cuán ardiente me pareces en medio de aquellos efluvios sonoros que sólo respiran santos pensamientos!

Después que las preciosas y brillantes joyas de que vi adornada la sexta estrella cesaron en sus cantos angélicos, me pareció oír el murmullo de un río que límpido desciende de roca en roca, mostrando la fecundidad de su elevado manantial. Y así como el sonido adquiere su forma en el cuello de la cítara, y en los orificios de la zampoña el soplo del que la toca, así también subió de improviso aquel murmullo por el cuello del Águila, como si éste estuviese perforado. Prodújole allí una voz que salió por su pico en forma de palabras, según las esperaba mi corazón, donde las conservo.

—Debes ahora mirar fijamente —empezó a decir— aquella parte de mí misma que en las águilas mortales contempla y soporta la luz del Sol: porque entre los fuegos que componen mi figura, los que hacen centellear el ojo en mi cabeza tienen un grado de luz mayor que el de todos los demás. Aquel que haciendo la veces de pupila luce en medio fue el cantor del Espíritu Santo, que transportó el Arca de ciudad en ciudad; ahora conoce el mérito de su canto en la parte que fue obra de su propia voluntad, por la remuneración que proporcionalmente ha recibido. De los cinco que forman el arco de mi ceja, el que está más próximo al pico consoló a la viuda de la pérdida de su hijo; ahora conoce cuán caro cuesta no seguir a Cristo, por

la experiencia que tiene de esta dulce vida y de la opuesta. El que le sigue en la parte superior de la circunferencia de que hablo, dilató su muerte para hacer verdadera penitencia: ahora conoce que los eternos juicios de Dios son invariables, aunque una ferviente oración consiga allá abajo que suceda mañana lo que debería suceder hoy. El otro que sigue se hizo griego conmigo y con las leyes para ceder su puesto al Pastor, guiado por una buena intención que produjo malos frutos; ahora conoce que el mal resultado de su buena acción no le es nocivo, por más que haya sido causa de la destrucción del mundo. Aquel que ves en el declive del arco de mi ceja fue Guillermo, a quien llora la Tierra, que hoy se lamenta de Carlos y Federico vivos; ahora conoce el amor del Cielo hacia un rey justo, y así lo manifiesta por el resplandor de que está rodeado. ¿Quién creería, en el mundo lleno de errores, que el troyano Rifeo fuera en este arco la quinta de las luces santas? Aunque su vista no penetre hasta el fondo de la divina gracia, demasiado conoce ahora lo que en ella no puede ver el mundo[157].

Como la alondra que en el aire se cierne cantando, y después calla, contenta de la última melodía que la satisface, tal me pareció el águila, satisfecha de haber cumplido con la eterna voluntad por la que todas las cosas son lo que son: y aun cuando hiciese yo visible mis dudas, como el vidrio manifiesta por su transparencia el color de que se ha revestido su superficie, esas mismas dudas no me permitieron esperar en silencio su respuesta, sino que con su fuerza hicieron salir de mi boca estas palabras: «¿Qué cosas son ésas?»; por lo cual conocí, en los nuevos destellos que despedían aquellas almas dichosas, la alegría que les causaba responder a mis preguntas. Después, aumentando el brillo del ojo, el águila me respondió, para no tenerme por más tiempo entregado a mi asombro:

—Veo que crees estas cosas porque yo las digo: pero no comprendes cómo pueden ser; de suerte que, aunque creídas, no por eso están menos ocultas. Tú haces como aquel que aprende a conocer las cosas por su nombre, pero que no puede ver su esencia si otro no se la manifiesta. «*Regnum coelorum*» cede a la violencia del ardiente deseo y de la esperanza: pero no a la manera en que el hombre prevalece sobre el hombre, sino que ambos la vencen porque quiere ser vencida: y vencida, vence con su benignidad[158]. Te causan asombro la primera y la quinta almas que forman el arco de mi ceja, porque, habiendo sido paganas, las encuentras en esta región de los ángeles. No salieron paganas de sus cuerpos, como crees, sino cristianas, teniendo fe viva, la una en los pies que debían ser crucificados y la otra en los que ya lo habían sido. Una de ellas, saliendo del Infierno, donde nadie se convierte a Dios, con buen deseo volvió a habitar su cuerpo en recompensa de una viva esperanza: de una viva esperanza, que rogó fervientemente a Dios para resucitarla, a fin de que su voluntad pudiera ser movida. El alma gloriosa de que se habla, voló a su carne, en que permaneció poco tiempo, creyó en Aquel que podía ayudarla: y al creer, se abrasó de tal modo en el fuego de un verdadero amor, que después de su segunda muerte fue digna de venir a participar de estos goces. La otra,

merced a una gracia que mana de una fuente tan profunda, que no ha habido criatura cuya mirada pudiera penetrar hasta su manantial, cifró allá abajo todo su amor en la justicia: por lo cual, de gracia en gracia, Dios abrió sus ojos a nuestra redención futura, y, creyendo en ella, no soportó por más tiempo la fetidez del paganismo[159]. Aquellas tres mujeres[160] que viste junto a la rueda derecha del carro lo bautizaron más de mil años antes de que se instituyera el bautismo. ¡Oh predestinación! ¡Cuán remota está tu raíz de la vista de aquellos que no ven toda la causa primera! Y vosotros, mortales, sed circunspectos en vuestros juicios, pues nosotros, que vemos a Dios, no conocemos aún a todos los elegidos; y sin embargo, nos es grata semejante ignorancia: porque nuestra beatitud se perfecciona con este bien, y queremos lo que Dios quiere.

Tal fue el suave remedio que me dio aquella imagen divina para aclarar mi vista. Y así como un buen tocador de cítara hace acompañamiento a un buen cantor con la vibración de las cuerdas, adquiriendo de este modo mayor atractivo el canto, así, mientras hablaba, recuerdo que vi a los benditos resplandores agitar sus llamas al compás de las palabras, como los párpados que se mueven acordes y al mismo tiempo.

CANTO VIGÉSIMO PRIMERO

CIELO SÉPTIMO O DE SATURNO: LOS ESPÍRITUS CONTEMPLATIVOS. ASCENSO AL SÉPTIMO CIELO. LA ESCALA CELESTE. SAN PEDRO DAMIÁN. CONTRA EL LUJO DE LOS PRELADOS

Se encuentran en el séptimo cielo, Saturno, que en estos momentos está en conjunción con Leo, de cuyo influjo recíproco nace la tendencia contemplativa. Efectivamente, los espíritus contemplativos habitan esta esfera y sus almas relucientes se muestran a Dante en una escala de oro. Desde ella le habla San Pedro Damián, el ascético monje del siglo XI *que llega hasta el cardenalato y que luchó siempre por la pobreza y la reforma de la Iglesia. Estos dos puntos resaltan en su discurso, que se cierra con una invectiva contra los vicios a la fastuosidad de los modernos prelados.*

Mis ojos se habían fijado de nuevo en el rostro de mi Dama, y el ánimo con ellos se había separado de todo otro objeto. Ella no sonreía:

—Pero si yo riese —empezó a decirme—, te quedarías como Semele cuando fue reducida a cenizas[161]: pues mi belleza, que, según has visto, brilla más cuanto más asciende por las gradas del eterno palacio, si no se moderase, resplandecería tanto, que tu fuerza mortal perecería ante su fulgor como la rama destrozada por el rayo. Nos hemos elevado al séptimo esplendor, el cielo de Saturno, que, colocado bajo el pecho del ardiente León, difunde ahora sobre la Tierra sus rayos mezclados con el fuerte influjo de aquél. Fija la mente en pos de tus miradas y recibe en ella la imagen que se te aparecerá en este Cielo.

Quien supiese cuán dulcemente se recreaba mi vista en el semblante dichoso de Beatriz, cuando, invitado por ella, la dirigí hacia otro objeto, conocería lo grato que me sería obedecer a mi Guía celestial, considerando que el placer de obedecerla se equiparaba al que sentía contemplándola. Dentro del cristal que, rodeando el mundo, lleva el nombre de su querido señor, bajo cuyo imperio permaneció muerto todo mal[162], vi una escala del color del oro en que se refleja un rayo de sol, y tan elevada que mis ojos no podían seguirla. Vi además bajar por sus escalones tantos resplandores, que pensé que todas las luces que brillaban en el Cielo estaban concentradas allí. Y así como, por una costumbre natural, las cornejas se agitan reunidas al romper el día para dar calor a sus ateridas alas, y mientras se alejan algunas sin volver, otras regresan al punto de donde se remontaban y otras revolotean sobre él, lo mismo me pareció que hacían aquellos fulgores que habían ido descendiendo, hasta que se detuvieron en un escalón determinado. El que se quedó

más cerca de nosotros empezó a resplandecer tanto, que yo decía entre mí: «Conozco el amor que me anuncias». Pero Aquella de quien espero la orden para hablar o callar, permaneció inmóvil; así es que, a pesar mío, hice bien en no preguntar nada. Por lo cual, ella, que leía mi deseo en la vista de Aquel que lo ve todo, me dijo:

—Puedes manifestar tu ardiente anhelo.

Entonces empecé de esta suerte:

—Mis méritos no me hacen digno de tu respuesta; pero en nombre de aquella que me permite interrogarte, alma bienaventurada, que te ocultas en tu alegría, dame a conocer la causa que tanto te aproxima a mí y dime por qué no se oye en esta esfera la dulce sinfonía del Paraíso, que tan devotamente resuena en las de abajo.

—Tu oído es tan débil como tu vista —me contestó—: aquí no se canta, por la misma razón que Beatriz no sonríe. He descendido tanto por las gradas de esta escala santa sólo para recrearte con mis palabras y con la luz de que estoy revestida. No es un mayor afecto lo que me ha hecho más solícita: pues en toda esta escala hay un amor tan ferviente y aun mayor que el mío, según te lo manifiestan los destellos de esas almas; pero la alta caridad, que nos convierte en siervas atentas a la Voluntad que rige el mundo, nos designa el sitio en que, según puedes ver, estamos colocadas.

—Bien veo —dije yo—, ¡oh sagrada lámpara!, que un amor espontáneo basta en este reino para hacer lo que quiere la eterna Providencia; mas lo que me parece sumamente difícil de comprender es por qué fuiste tú entre todas tus compañeras la destinada a hablarme.

Aún no había pronunciado la última palabra cuando la luz, haciendo un eje de su centro, giró con la rapidez de una rueda. Después me respondió la amorosa alma que estaba dentro de ella:

—La luz divina se fija en mí penetrando en la que me envuelve, y su virtud, unida a mi vista, me eleva tanto sobre mí misma, que veo la suma Suma Esencia de que aquélla emana. De aquí proviene la alegría con que brillo: porque a la claridad de mi visión junto la de la luz que me rodea. Pero el alma que más brilla en el Cielo, el serafín que tiene más fijos los ojos en Dios, no podrá satisfacer tus preguntas; porque lo que deseas saber penetra tan profundamente en el abismo del decreto eterno, que está muy apartado de toda vista creada; y cuando vuelvas al mundo mortal, refiere lo que te digo, a fin de que nadie presuma de llegar al fondo de tal arcano. La mente que aquí es luz, en la Tierra es humo: considera, pues, cómo podrán comprender allá abajo lo que aquí no comprendemos, por más que el Cielo nos haya enaltecido[163].

Sus palabras me conmovieron de tal modo, que abandoné la cuestión y me limité a rogarle humildemente que me dijese quién era.

—Entre las dos costas de Italia, y no muy lejos de tu patria, se elevan unos peñascos tanto, que los truenos retumban a mucha menos altura. Aquellos riscos forman una eminencia que se llama Catria, al pie de la cual hay un yermo consagrado únicamente al culto verdadero de Dios[164].

Así empezó a hablar por tercera vez: y continuando luego añadió:

—De tal modo me dediqué allí al servicio de Dios, que sólo con legumbres y zumo de olivas pasaba fácilmente fríos y calores, satisfecho con mis ideas contemplativas. Aquel claustro producía fértilmente almas para esta parte de los cielos, y ahora está tan vacío que será preciso que en breve lo sepa el mundo. En aquel sitio estuve yo llamado Pedro Damián; y como Pedro el Pecador había estado antes en la casa de Nuestra Señora, a orillas del Adriático[165]. Escasa era ya mi vida mortal, cuando fui llamado y obligado a recibir aquel capelo que sólo se transmite de malo a peor. Vivieron en otro tiempo Cefas y el Vaso de Elección del Espíritu Santo[166], flacos y descalzos, aceptando su alimento de cualquier mano. Ahora los modernos pastores quieren llevar a su lado servidores en los que apoyarse, ¡tan pesados son!, y que los lleven en literas, y que vaya detrás quien les sostenga la cola. Cubren con sus mantos sus cabalgaduras, de suerte que van dos bestias bajo una sola capa. ¡Oh paciencia de Dios, que tanto soportas!

Al sonido de estas palabras, vi muchas llamas que bajaban girando de escalón en escalón, y a cada vuelta se hacían más bellas. Vinieron a detenerse alrededor de aquella luz que me había hablado y prorrumpieron en un clamor tan alto, que nada en el mundo puede asemejársele; su estruendo me ensordeció de tal modo que no comprendí lo que dijeron.

CANTO VIGÉSIMO SEGUNDO

CIELO SÉPTIMO O DE SATURNO: LOS ESPÍRITUS CONTEMPLATIVOS: SAN BENITO. CORRUPCIÓN DE LOS MONASTERIOS. CÍRCULO OCTAVO ESTRELLADO: LOS ESPÍRITUS TRIUNFANTES. EL SIGNO DE GÉMINIS. UNA OJEADA A LOS PLANETAS Y A LA TIERRA

Todavía en el séptimo Cielo, San Benito de Nursia, fundador del monasterio de Montecassino, desde el que irradió, con la fe, la orden benedictina, se le aparece rodeado de sus primeros seguidores. Dante le pide que se deje ver en su figura real, pero esto sólo le será concedido en la más alta esfera, donde se satisfacen todos los deseos. También el santo fundador se lamenta de la decadencia de su orden. Suben por la escala hasta la octava esfera, el cielo de las estrellas, y se encuentran en la constelación de Géminis, bajo la que nació Dante. Desde allí arriba contempla el Universo y la pequeñez de la Tierra.

Mudo de estupor me volví hacia mi Guía, como un niño que se acoge siempre a quien le inspira más confianza, y Ella, como la madre que socorre prontamente al hijo azorado y pálido, con voz consoladora me dijo:

—¿No sabes que estás en el Cielo? ¿No sabes que todo el Cielo es santo y que lo que en él se hace procede de un buen celo? Si el grito que acabas de oír te ha conmovido tanto, ahora puedes pensar cómo te habría perturbado aquel suave cántico unido a mi sonrisa. Y si hubieras comprendido lo que se rogó al exhalar ese grito, conocerías la venganza que verás antes de tu muerte. La espada de aquí arriba no hiere nunca demasiado pronto ni demasiado tarde, como suele parecerles a los que la esperan con temor o con deseo. Pero ahora vuélvete hacia otro lado y verás muchos espíritus ilustres si diriges tus miradas según te indico.

Volví los ojos como Ella quiso y vi cien pequeñas esferas que se embellecían unas a otras con sus mutuos rayos. Yo estaba como aquel que reprime en sí el agudo estímulo del deseo y no se aventura a preguntar, temiendo excederse, cuando la mayor y más brillante de aquellas perlas se adelantó para contentar mi curiosidad; después oí en su interior:

—Si vieses, como yo, la caridad que arde entre nosotros, habrías expresado ya tus deseos; pero a fin de que, por demasiado esperar, no tardes en llegar al alto fin de tu viaje, contestaré al pensamiento que no te atreves a proferir. La cumbre de aquel monte en cuya falda está Cassino fue frecuentada en otro tiempo por gentes engañadas y mal dispuestas. Yo soy el que llevó allí el nombre de Aquel que enseñó en la Tierra la verdad que tanto nos enaltece; y lució sobre mí tanta gracia, que aparté a las ciudades circunvecinas del impío culto que sedujo al mundo. Esos otros fuegos

fueron todos hombres contemplativos, abrasados en aquel ardor que hace nacer las flores y los frutos santos. Aquí están Macario y Romualdo, aquí están mis hermanos, que se encerraron en el claustro y conservaron un corazón perseverante[167].

Le contesté:

—El afecto que demuestras hablando conmigo y la benevolencia que veo y observo en todas vuestras luces me inspiran la misma confianza que inspira el Sol a la rosa cuando se abre cuanto le es posible. Por eso te ruego, padre, que, si soy digno de tal merced, me concedas la gracia de ver tu imagen descubierta.

—Hermano —me respondió—: tu elevado deseo se realizará en el Empíreo, donde se realizan todos los otros deseos, y donde todos son perfectos, maduros y enteros. En aquella sola esfera todas sus partes permanecen inmóviles, porque no está en un sitio, ni gira entre dos polos, y nuestra escala llega hasta ella, lo que hace que la pierdas de vista[168]. El Patriarca Jacob la vio prolongarse hasta arriba cuando se le apareció tan llena de ángeles; pero ahora no retira nadie sus pies de la tierra para subirla y mi regla sólo sirve para gastar papel[169]. Los muros que eran una abadía se han convertido en cueva de bandidos y las cogullas en sacos de mala harina. La más sórdida usura no es tan contraria a la voluntad de Dios como lo es el fruto de esas riquezas que tanto enloquecen el corazón de los monjes; porque todo lo que la Iglesia guarda pertenece a los pobres que piden por Dios, y no a los parientes u otros más indignos. La carne de los mortales es tan débil, que las buenas intenciones no duran el tiempo que transcurre desde el nacimiento de la encina hasta la formación de la bellota. Pedro empezó su fecunda tarea sin oro ni plata; yo, con oraciones y con ayunos; Francisco basó su orden en la humildad; y si atiendes al principio de cada orden y consideras después a dónde han llegado, verás lo blanco cambiado en negro. Más admiración causó en verdad ver al Jordán retrocediendo y al mar huir cuando Dios quiso que la que causaría ahora ver remediados estos males[170].

Así me dijo y después se reunió a sus demás compañeros, que a su vez se reconcentraron y como un torbellino se elevaron a lo alto. La dulce Dama, con un solo ademán, me impulsó a subir tras ellos por aquella escala (tanto fue lo que su virtud venció mi grave naturaleza), y jamás aquí abajo, donde se sube y desciende naturalmente, hubo un movimiento tan rápido que pudiera igualar a mi vuelo. Así pueda volver, ¡oh lector!, a aquel piadoso reino triunfante, por el que lloro con frecuencia mis pecados golpeándome el pecho, como es cierto que vi el signo que sigue al Tauro[171], y me encontré en él en menos tiempo del que necesitarías para meter y sacar un dedo del fuego. ¡Oh gloriosas estrellas! ¡Oh luz llena de gran virtud, en la que reconozco todo mi ingenio, cualquiera que éste sea! Con vosotras nacía y se ocultaba con vosotras el Sol, que es padre de toda vida mortal, cuando sentí por primera vez al aire toscano; y cuando más tarde se me concedió la gracia de entrar en la alta rueda que os hace girar, me fue también permitido pasar por la región en donde estás. A vosotras dirige ahora devotamente mi alma sus suspiros, para alcanzar la virtud necesaria en la difícil empresa que la atrae[172].

—Estás tan cerca de la última salvación —empezó a decirme Beatriz—, que debes tener los ojos claros y penetrantes. Así pues, antes de que llegues a ella, mira hacia abajo y contempla cuántos mundos he puesto bajo tus pies, a fin de que tu corazón se presente tan gozoso como pueda ante la triunfante multitud que alegre acude por esta bóveda atérea.

Recorrí con la vista todas las siete esferas y vi a nuestro globo tan pequeño, que me reí de su vil aspecto; así es que apruebo como mejor parecer el de quien lo tiene en poca estima, pudiendo llamarse verdaderamente probo el que sólo piensa en el otro mundo.

Vi a la hija de Latona completamente iluminada, sin aquella sombra que fue la causa de que yo la creyera enrarecida y densa[173]. Allí, ¡Oh Hiperión!, pudieron soportar mis ojos la luz de tu hijo, y vi cómo se mueven próximos a él y en derredor suyo los hijos de Maya y Dione[174]. Allí me apareció Júpiter atemperando a su padre y a su hijo; allí distinguí con claridad sus frecuentes cambios de lugar, y todos los siete planetas me manifestaron su magnitud, su velocidad y la distancia a que respectivamente se encuentran colocados. Aquel pequeño punto que nos hace tan orgullosos se me apareció por completo desde las montañas a los mares mientras que yo giraba con los eternos Gemelos. Después fijé mis ojos en los hermosos ojos de mi Dama.

CANTO VIGÉSIMO TERCERO

CIELO OCTAVO O ESTRELLADO: LOS ESPÍRITUS TRIUNFANTES. TRIUNFO DE CRISTO Y CORONACIÓN DE LA VIRGEN

En el octavo Cielo están todos los bienaventurados que hemos visto antes separados simbólicamente en siete esferas. En el centro de todos resplandece la Madre de Dios. El arcángel Gabriel entona sus alabanzas eternas y después la Virgen asciende seguida por el amor y el canto de los bienaventurados. Sin duda alguna hemos llegado a uno de los momentos de mayor tensión expresiva: la inefabilidad que hasta aquí ha hecho balbucear algunas veces a Dante, se desborda ahora en un torrente lírico que consigue reproducir impresionistamente en nosotros el extremo límite de la imaginación humana.

Como el ave que, habiendo reposado entre la predilecta enramada junto al nido de sus dulces hijuelos, durante la noche, ocultadora de las cosas, y deseando ver tan caros objetos y hallar el sustento para nutrirlos, cuyo penoso trabajo soporta placentera, se adelanta al día y antes de rayar el alba sube a la cima del abierto follaje y fijamente mira, esperando con ardoroso anhelo la salida del Sol, así estaba mi Dama en pie y atenta, vuelto el rostro hacia la región del Cielo bajo la cual se muestra el Sol menos presuroso[175]; y en tanto, yo, viéndola suspensa y distraída, permanecí como el que anhelante querría otra cosa pero se calma con la esperanza de obtenerla. Poco intervalo medió entre ambos momentos, es decir, entre el de mi expectativa y el de ver de un instante a otro iluminarse más el Cielo. Y Beatriz dijo:

—He aquí la legión del triunfo de Cristo y todo el fruto recogido de la rotación de estas esferas[176].

Me pareció que ardía todo su semblante y tenía los ojos tan llenos de alegría, que debo seguir adelante sin más explicación. Cual, en los plenilunios serenos, Trivia ríe entre las ninfas eternas que iluminan el cielo por todas partes[177], así vi yo sobre millares de luces un Sol que las encendía todas, como hace el nuestro con las que vemos sobre nuestras cabezas; y a través de su viva luz aparecía tan clara a mis ojos la divina sustancia, que no podían soportarla.

—¡Oh Beatriz —exclamé—, guía dulce y querida!

Ella me dijo:

—Lo que te abisma es una virtud a la que nadie resiste. Allí están la Sabiduría y el Poder que abrieron entre el Cielo y la Tierra las vías por tanto tiempo deseadas[178].

Así como el fuego de la nube, dilatándose de modo que ésta no puede contenerlo, se escapa de ella en forma de rayo y, contra su naturaleza, se precipita hacia abajo, de

igual suerte mi mente, engrandeciéndose más entre aquellas delicias, salió de sí misma y no sabe recordar lo que fue de ella.

—Abre los ojos y mírame cual soy; has visto cosas que te han dado fuerza suficiente para sostener mi sonrisa.

Yo estaba como aquel que conserva cierta reminiscencia de una visión olvidada y que se esfuerza en vano por renovarla en su imaginación, cuando oí proferir esas palabras tan dignas de gratitud que no se borrarán jamás del libro de la memoria, donde se consigna el pasado. Si ahora resonasen todas las lenguas de todos los poetas que Polimnia y sus hermanas las otras Musas hicieron más pingües con su dulcísima leche, para venir en mi ayuda, no expresarían la milésima parte de la verdad al pretender cantar tan santa sonrisa y el resplandor que comunicaba a aquel santo rostro. Por lo mismo, al describir yo el Paraíso, es forzoso que mi sagrado poema salte como un hombre que encuentra cortado su camino. Quien considere el peso del asunto y el hombro mortal que soporta la carga, no censurará el que éste tiemble bajo su gravedad. El derrotero que hiende mi atrevida proa no es a propósito para una pequeña embarcación, ni para el nauta que quiera ahorrar fatiga.

—¿Por qué te enamora mi faz de tal suerte que no te vuelves hacia el hermoso jardín que florece bajo los rayos de Cristo? Allí está la Rosa en que el Verbo divino encarnó y allí están los lirios por cuyo aroma se descubre el buen camino[179].

Así dijo Beatriz, y yo, que estaba siempre pronto a seguir sus consejos, me lancé nuevamente a la batalla de ver con mis débiles párpados. Y así como mis ojos, al abrigo de la sombra, han visto alguna vez un prado de flores iluminado por un rayo de sol que atravesaba por entre desgarrada nube, del mismo modo distinguí entonces una multitud de esplendores, iluminados desde arriba por ardientes rayos, sin ver el origen de donde esos fulgores procedían.

¡Oh benigna virtud que así los iluminas! Sin duda te elevaste por dejar camino libre a mis ojos, que eran demasiado débiles para contemplarte. El nombre de la hermosa Rosa mística que invoco siempre, mañana y tarde, concentró todo mi espíritu en la contemplación del mayor fuego. Y cuando mis dos ojos me representaron la belleza y la extensión de la fulgente estrella que vence arriba el esplendor de todos los demás beatos, como venció abajo en virtud a todos los humanos, desde el interior del Cielo descendió una llamarada que tenía la forma de un círculo, como una corona, y rodeó a la estrella girando en torno suyo. La melodía que más dulcemente se deje oír en la Tierra y que más atraiga el ánimo parecería una nube que desgarrada truena comparada con el sonido de aquella lira de que estaba coronado el bello zafiro con que se engalana el más claro cielo.

—Yo soy el amor angélico[180], que giro difundiendo la sublime dicha nacida del vientre que fue morada de nuestro deseo. Y giraré, Señora del Cielo, hasta que vuelvas al Empíreo y allí acompañes a tu Hijo y hagas más resplandeciente la suprema esfera en donde habitas.

Así se dejaba oír la circular melodía y todas las demás luces hacían resonar el nombre de María. El manto real de todas las esferas del mundo, que más se inflama y anima bajo el hálito y las perfecciones de Dios, tenía sobre nosotros tan distante la faz interna, que no me era posible distinguir su aspecto desde el sitio en que me encontraba; por lo cual no tuvieron mis ojos la fuerza necesaria para seguir a la llama coronada, que se elevó en pos de su divina primogenitura[181]. Y semejantes al niño que tiende los brazos hacia su madre después de haberse alimentado con su leche, movido del afecto que aun exteriormente se inflama, cada uno de aquellos fulgores se prolongó hacia arriba, patentizándome así el amor que profesaban a María. Después permanecieron a mi vista cantando «*Regina Coeli*» tan dulcemente que jamás ha huido de mí el placer que me causaron.

¡Oh cuánta es la abundancia que se encierra en aquellas arcas riquísimas por haber esparcido en la Tierra buenas semillas! Allí viven y gozan del eterno tesoro que conquistaron en el destierro de Babilonia, donde hicieron dejación del oro. Allí triunfa de su victoria bajo el alto Hijo de Dios y de María, y juntamente con el antiguo y el nuevo concilio, el que tiene las llaves de tal gloria[182].

CANTO VIGÉSIMO CUARTO

CIELO OCTAVO O ESTRELLADO: LOS ESPÍRITUS TRIUNFANTES. SAN PEDRO. EXAMEN DE DANTE CON RESPECTO DE LA FE

Dante es examinado en cuanto a la Fe se refiere por San Pedro. Como un bachiller ante su juez, va contestando a las tres preguntas del santo: ¿Qué es la Fe?, ¿de dónde proviene?, ¿en qué crees? Dada la complejidad de las respuestas, damos a continuación una paráfrasis de las mismas: la Fe es el «principio» en el que se fundamenta nuestra esperanza de vida eterna. Y al mismo tiempo, es el «argumento» en el que aprendemos a creer lo que no vemos. En cuanto a que sea principio (sustancias): los misterios de la eternidad —que Dante está contemplando en estos momentos— son materia de Fe, no de ciencia. En esta Fe se basa la esperanza de eternidad: luego, lo que esperamos es sustancia. En cuanto a que sea argumento: basándonos en la Fe, aceptamos la realidad de los misterios. Luego, es argumento para probar la existencia de los mismos. ¿De dónde proviene la Fe? Del origen divino (Espíritu Santo) que inspira el Antiguo y el Nuevo Testamento. ¿Por qué las Escrituras son de inspiración divina? Lo prueban los hechos sobrenaturales (milagros) que se han obrado. Pero si se prueban las Escrituras por medio de los milagros y éstos por medio de las Escrituras, estamos ante un círculo vicioso. Dante responde: Aunque aceptemos que hayan existido los milagros, el solo hecho de que el Cristianismo se haya extendido sin necesidad de ellos ya sería un hecho milagroso. ¿En qué crees? En un solo Dios, eterno, creador, uno y trino.

—¡Oh compañía escogida para la gran cena del Cordero bendito, el cual os alimenta de tal modo, que vuestro apetito está siempre satisfecho! Ya que por la gracia de Dios este que viene conmigo prueba prematuramente lo que cae de vuestra mesa, antes de que la muerte ponga fin a sus días, pensad en su deseo inmenso y refrescadlo algún tanto: vosotros bebéis siempre en la fuente de donde procede lo que él piensa[183].

Esto dijo Beatriz; y aquellas almas gozosas se convirtieron en esferas sobre polos fijos, resplandeciendo vivamente a guisa de cometas. Y como las ruedas en el mecanismo de un reloj se mueven de tal suerte que a quien las observa le parece que la primera está quieta y la última vuela, así también aquellos glóbulos, danzando diferentemente, me hacían estimar su velocidad o lentitud por el grado de sus respectivos resplandores. De aquel conjunto de bellas luces vi salir un fulgor tan alegre y esplendente, que superaba a todos los demás. Tres veces giró en torno de Beatriz, cantando de un modo tan divino, que mi fantasía no ha podido retener su

encanto: por lo cual mi pluma pasa adelante sin describirlo, pues para pintar tales bellezas carece de matices no ya la lengua, sino la misma imaginación.

—¡Oh mi santa hermana, que tan devotamente ruegas, movida por tu ardiente afecto, que me separas de aquella hermosa esfera!

Así terminó de hablar aquel fuego bendito. Y ella contestó:

—¡Oh luz eterna del Gran Paladín, a quien nuestro Señor dejó las llaves que llevó a la Tierra desde aquí arriba! Examina a éste como te plazca con respecto a los puntos fáciles y difíciles de la Fe que te hizo andar sobre el mar. A ti no se te oculta si él ama bien, y espera bien y cree, porque tienes la vista fija donde todo está patente; pero ya que este recinto ha conseguido ciudadanos por medio de la Fe veraz, es bueno que para glorificarla le toque a él hablar de ella.

Así como el bachiller se prepara, y no habla hasta que el maestro propone la cuestión que debe defender, pero no resolver, porque esto último corresponde al maestro, del mismo modo preparaba yo todas mis razones, mientras ella hablaba, para estar pronto a contestar a tal examinador y a tal profesión.

—Di, buen cristiano: ¿qué es la Fe?

Al oír esto alcé la frente hacia aquella luz de donde salían tales palabras; después me volví hacia Beatriz, y ella me hizo un rápido ademán para que dejara brotar el agua de mi fuente interior.

—La Gracia divina que me permite confesarme con tal alto primipilo —exclamé yo—, haga claros y expresivos mis conceptos.

Después continué:

—Según lo ha escrito, padre, la verídica pluma de tu querido hermano[184], que contigo hizo entrar a Roma por el buen camino, la Fe es la sustancia de las cosas que se esperan y el argumento de las que no aparecen a nuestra mente; tal me parece su esencia.

Entonces oí:

—Piensas rectamente si comprendes bien por qué la colocó entre las sustancias y no entre los argumentos.

A lo cual contesté:

—Las profundas cosas que aquí se me manifiestan claras y patentes están tan ocultas a los ojos del mundo, que sólo existen en la creencia sobre la que se funda la alta esperanza; por eso toma el nombre de sustancia. Con respecto a esta creencia es preciso argumentar sin otra luz: por eso toma el nombre de argumento.

Entonces oí:

—Si todo lo que en la Tierra se aprende por vía de enseñanza se entendiera de ese modo, la sutileza del sofisma sería en vano.

Tales fueron las palabras que exhaló aquel ardiente amor; y después añadió:

—Ha salido bien la prueba de la aleación y el peso de esta moneda; pero dime si la tienes en tu bolsa[185].

Le respondí:

—Sí; la tengo tan brillante y tan redonda que no cabe duda sobre su cuño.

En seguida salieron estas palabras de la profunda luz que allí resplandecía:

—Esa querida joya, en la que se funda toda otra virtud, ¿de dónde te proviene?

—La abundante lluvia del Espíritu Santo —le contesté—, que está esparcida sobre las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento, es el silogismo que me la ha demostrado tan sutilmente, que, comparada con ella, me parece obtusa toda otra demostración.

Después oí:

—¿Por qué tienes por palabra divina a la antigua y la nueva proposición, que así te han convencido?

Respondí:

—La prueba que me descubre la verdad consiste en las obras subsiguientes, para las cuales la naturaleza no calentó nunca el hierro ni dio golpes en el yunque[186].

Se me contestó:

—Di, ¿quién te asegura que aquellas obras hayan existido? ¿Acaso te lo asegura aquello mismo que se quiere probar con ellas? ¿No tienes otro testimonio?

—Si el mundo se convirtió al Cristianismo sin necesidad de milagros —dije yo—, esto sólo es un milagro tan grande, que los otros no son la centésima parte de él; porque tú entraste pobre y famélico en el campo a sembrar la buena planta que en otro tiempo fue vid, aunque ahora se haya convertido en zarza.

Terminadas estas palabras, resonó en las esferas de la sublime y elevada corte un «Alabemos a Dios», con la melodía que se canta allí arriba. Y aquel Barón que examinándome así me había llevado de rama en rama hasta acercarnos a las últimas hojas, volvió a empezar de esta manera:

—La gracia que enamora tu mente ha abierto tu boca hasta el punto en que tenía que abrirse; por tanto, apruebo cuanto ha salido de ella; mas ahora es preciso que expliques lo que crees y el origen de tu creencia.

—¡Oh santo padre! ¡Oh espíritu, que ahora ves lo que antes creíste con tal firmeza, que dirigiéndote hacia el sepulcro venciste a pies más jóvenes[187]! —empecé a decir—: Quieres que te manifieste el orden de las cosas en que creo y, además, me preguntas el motivo de mi creencia. Pues bien, yo te respondo: Creo en un solo y eterno Dios, que sin ser movido, mueve todo el Cielo con amor y con deseo; y en apoyo de tal creencia, no sólo tengo pruebas físicas y metafísicas, sino que también me las suministra la verdad que de aquí llueve por medio de Moisés, por los profetas, por los Salmos, por el Evangelio y por lo que vosotros escribisteis después de haberos iluminado el ardiente Espíritu. Creo en tres Personas eternas y las creo una sola Esencia tan trina y una, que admiten a la vez «son» y «es». La profunda naturaleza divina de que ahora trato se ha grabado en mi mente muchas veces por la doctrina evangélica. Tal es el principio, tal la chispa que se dilata hasta convertirse en viva llama, y que brilla en mi interior como estrella en el cielo.

Cual señor que oye lo que le agrada, y por ello abraza a su siervo, congratulándose por la noticia en cuanto éste se calla, de igual suerte me bendijo cantando y giró tres veces en derredor de mi frente aquel apostólico fulgor por cuyo mandato había yo hablado. Tanto fue lo que mis palabras le agradaron.

CANTO VIGÉSIMO QUINTO

CIELO OCTAVO O ESTRELLADO: LOS ESPÍRITUS TRIUNFANTES. SANTIAGO: EXAMEN DE DANTE CON RESPECTO DE LA ESPERANZA. SAN JUAN, LUZ CELESTIAL Y OJO TERRESTRE

Se abre el Canto con una reflexión tiernamente humana: ¡Ojalá me acepten mis compatriotas algún día, por obra de mi poesía, como Pedro me ha aceptado! Ahora es Santiago quien examina a Dante en cuanto a la Esperanza: ¿Qué es, de qué nace, cómo la sientes? Esperanza es la seguridad de alcanzar la felicidad eterna, que nace de la Gracia de Dios y de los méritos del hombre. Dante la ha aprendido de David y de Santiago, además de otros textos sagrados. El Antiguo y el Nuevo Testamento prometen el Paraíso, que ahora mismo está viendo Dante y que consiste en la beatitud eterna, unidos alma y cuerpo glorioso. Se acerca a ellos San Juan Evangelista, que desengaña a Dante de la creencia medieval que afirmaba que había subido al Cielo en cuerpo y alma.

Si alguna vez sucede que el poema sagrado en que han puesto sus manos el Cielo y la Tierra, y que me ha hecho enflaquecer por espacio de muchos años, triunfe de la crueldad que me tiene alejado del bello redil, donde dormí, corderillo enemigo de los lobos que le hacen la guerra, entonces volveré como poeta, con otra voz y otros cabellos, tomaré la corona de laurel sobre mis fuentes bautismales; porque allí entré en la Fe que hace las almas familiares a Dios, y por ella me rodeó Pedro de aquel modo la frente. Después, se adelantó hacia nosotros un resplandor desde aquella legión de que salió el primero de los vicarios que Cristo dejó en la Tierra; y mi Dama, llena de alegría, me dijo:

—Mira, mira, he aquí el Barón por quien allá abajo visitan Galicia.

Cual dos palomas que, al reunirse, se demuestran su amor dando vueltas y arrullándose, así vi yo aquellos grandes y gloriosos príncipes, Pedro y Santiago, acogerse mutuamente, alabando el alimento de que allá arriba se nutren. Mas, cuando hubieron dado fin a sus gratulaciones, ambos se detuvieron silenciosos «*coram me*», tan encendidos que humillaban mi rostro. Beatriz dijo entonces riendo:

—¡Oh alma ilustre, que has escrito acerca de la alegría del reino de Dios! Haz resonar la Esperanza en esta altura. Tú sabes que la has simbolizado tantas veces cuantas Jesucristo se os manifestó a los tres en todo su esplendor[188].

—Levanta la cabeza y tranquilízate, porque ya sabes que quien llega hasta aquí arriba desde el mundo mortal se ha perfeccionado hasta el punto de poder soportar el resplandor de nuestra visión.

Tan consoladoras palabras me fueron dirigidas por el segundo resplandor; entonces elevé los ojos hacia aquellas luces que antes los habían inclinado con su excesivo brillo.

—Ya que nuestro Emperador te dispensa la merced de que te encuentres, antes de tu muerte, en la estancia más secreta de su palacio con sus beatos, a fin de que habiendo visto la verdad de esta corte os anime por eso a ti y a los demás hombres la Esperanza que tanto enamora allá abajo, dime en qué consiste ésta. Dime cómo florece en tu mente y dime de dónde te proviene.

Así habló el segundo resplandor. Y aquella piadosa Dama que guió las plumas de mis alas hacia tan elevado vuelo, respondió antes que yo de esta suerte[189]:

—La Iglesia militante no tiene entre sus hijos otro más provisto de Esperanza, como está escrito en el Sol que irradia sobre nuestra multitud; por eso se le ha concedido que desde Egipto venga a ver Jerusalén[190], antes de terminar sus combates. Los otros dos puntos sobre que han versado tus preguntas, no por deseo de saber, sino para que él refiera lo grata que te es esta virtud, los dejo a su cargo, que no le serán de difícil solución ni le servirán de jactancia: responda, pues.

Cual discípulo que responde a su maestro con gusto y prontitud en aquello en que es experto, a fin de revelar su mérito, así respondí yo:

—La Esperanza es una expectación cierta de la vida futura, producida por la Gracia divina y los méritos anteriores. Muchas son las estrellas que me comunican esta luz, pero quien primero la derramó en mi corazón fue el supremo cantor del supremo Señor. «Que esperen en Ti los que conocen tu nombre», dice en sus sublimes cánticos; y ¿quién no lo conoce teniendo mi Fe? Tú me has inundado después con su oleada en tu Epístola[191], de modo que ya estoy lleno y derramo sobre otros vuestra lluvia.

Mientras yo hablaba, en el seno de aquel incendio fulguraba una llama rápida y frecuente como un relámpago. Después me dijo:

—El amor en que me abraso todavía[192] por la virtud que me siguió hasta la palma del martirio y hasta mi salida de la vida, quiere que te hable, a ti que con ella te deleitas, siéndome por lo mismo grato que me digas lo que la Esperanza te promete.

Yo le contesté:

—Las nuevas y las antiguas Escrituras prefijan el término a que deben aspirar las almas a quienes Dios ha concedido su amistad, y ese término lo veo ahora tal cual es. Isaías dice que cada una de ellas vestirá en su patria un doble ropaje, y su patria es esta dulce vida. Y tu hermano nos manifiesta más claramente esta revelación, allí donde trata de las blancas vestiduras[193].

Inmediatamente después de pronunciadas estas palabras, se oyó primeramente sobre nosotros: «*Sperent in Te*»; a lo cual respondieron todos los círculos de almas. Luego resplandeció entre ellas una luz tan viva que si Cáncer tuviera semejante claridad[194], el invierno tendría un mes de un solo día. Y como la doncella placentera, que se levanta y va y toma parte en la danza, sólo por festejar a la recién

venida, y no por vanidad u otra flaqueza, así vi un esclarecido esplendor acercarse a los otros dos, que seguían dando vueltas cual era necesario a su ardiente amor. Púsose a cantar con ellos las mismas palabras con la misma melodía, y mi Dama fijó en él sus miradas como esposa inmóvil y silenciosa.

—Ése es aquel que descansó sobre el pecho de nuestro Pelícano; es el que fue elegido desde la cruz para el gran cargo[195].

Así dijo mi Dama, y sus miradas no dejaron de estar más atentas después que antes de pronunciar estas palabras. Como a quien fija los ojos en el Sol esperando verlo eclipsarse un poco, que a fuerza de mirar, concluye por no ver, así me sucedió con aquel último fuego, hasta que me fue dicho:

—¿Por qué te deslumbras para ver una cosa que aquí no existe? Mi cuerpo es tierra en la Tierra y allí permanecerá con los otros cuerpos hasta tanto que nuestro número se iguale con el eterno propósito. Las dos luces que se elevaron antes son las únicas que existen en este bienaventurado claustro con sus dos vestiduras; y así lo debes repetir en tu mundo[196].

Dichas estas palabras, cesó el girar del círculo inflamado juntamente con el dulce concierto que formaba la armonía del triple canto; así como, para descansar o huir de un peligro, se detienen al sonido de un silbato los remos que venían azotando el agua.

¡Ah! ¡Cuánta fue la turbación de mi mente cuando me volví para ver a Beatriz y no pude lograrlo, a pesar de encontrarme cerca de ella y en el dichoso mundo!

CANTO VIGÉSIMO SEXTO

CIELO OCTAVO O ESTRELLADO: LOS ESPÍRITUS TRIUNFANTES. EXAMEN DE DANTE CON RESPECTO DE LA CARIDAD. ADÁN, EL PRIMER PECADO. EL PRIMER TIEMPO. LA PRIMERA LENGUA

San Juan examina a Dante con respecto de la Caridad con la pregunta: ¿Hacia qué tiende tu alma? Respuesta: Dios es el principio y el fin de todos los amores, grandes y pequeños, porque todo lo que se ama, se ama en cuanto es reflejo de su Creador. Este amor se da en Dante tanto por argumentos filosóficos como por revelación. Filosóficamente está probado que todo bien conocido es necesariamente apetecido; de ahí se deduce que la mente humana tenderá con todas sus fuerzas al Bien que es origen de todos los bienes. Esta verdad filosófica la revela, además, la Sagrada Escritura y la alimentan constantemente las pruebas continuas de la bondad de Dios: la creación del Universo y del hombre, la encarnación y sacrificio de Jesús y la promesa de salvación. Después el alma de Adán satisface la curiosidad del poeta sobre cuándo fue la creación del primer hombre, cuánto tiempo estuvo éste en el paraíso terrenal, por qué fue expulsado y cuál fue la primera lengua del género humano. Las contestaciones corresponden todas a las exigencias doctrinales propias de la Edad Media, aunque la teoría de Dante sobre la corruptibilidad de las lenguas es original y, en algún aspecto, moderna.

Mientras yo permanecía indeciso a causa de mi deslumbrada vista, salió de la fúlgida llama que me había deslumbrado una voz que llamó mi atención diciendo:

—En tanto que recobras la vista que has perdido mirándome, bueno es que hablando conmigo compenses su pérdida. Empieza, pues, y dime a dónde se dirige tu alma, y persuádete de que tu vista sólo está ofuscada, pero no destruida; pues la Dama que te conduce por esta región luminosa tiene en su mirada la virtud que tuvo la mano de Ananías**[197]**.

Yo dije:

—Venga tarde o temprano, según su voluntad, el remedio a mis ojos, que fueron las puertas por donde ella entró con el fuego en que me abraso. El Bien que esparce la alegría en esta corte es el «*alpha*» y el «*omega*» de cuanto el amor escribe en mí, ya sea leve o fuertemente.

Aquella misma voz que había desvanecido el miedo causado por mi súbito deslumbramiento, excitó nuevamente en mí el deseo de hablar, diciendo:

—Es preciso que te limpies en una criba más fina: es preciso que digas quién dirigió tu arco hacia tal alto blanco**[198]**.

—Los argumentos filosóficos —contesté—, y la autoridad que desciende de aquí han debido infundirme tal amor; porque el bien, por sí mismo, tan pronto como es conocido, enciende tanto más el amor cuanto mayor bondad encierra. Así pues, la mente de todo el que conoce la verdad en que se funda esta prueba debe inclinarse a amar a aquella Esencia por encima de cualquier otra cosa, porque en ella hay tanta ventaja que los demás bienes existentes fuera de ella no son más que un rayo de su luz. Esa verdad la ha declarado a mi inteligencia aquel que me demuestra el primer amor de todas las sustancias eternas. Me la declaran también las palabras del veraz Hacedor, que dijo a Moisés, hablando de Sí mismo: «Yo te mostraré reunidas en mí todas las perfecciones». Tú también me la declaras en el principio de tu sublime anuncio, que publica en la Tierra el arcano de arriba más altamente que ningún otro[199].

Y yo oí:

—Por cuanto te dice la inteligencia humana, de acuerdo con la autoridad divina, reserva para Dios el mayor de tus amores. Pero dime todavía si te sientes atraído hacia él por otras cuerdas, y dime con cuántos dientes te muerde este amor.

No se me ocultó la santa intención del águila de Cristo, pues comprendí hasta dónde quería llevar mi confesión. Por eso empecé a decir:

—Todos los estímulos que pueden obligar al corazón a volverse hacia Dios concurren en mi caridad; porque la existencia del mundo y mi existencia, la muerte que Él sufrió para que yo viva y lo que espera todo fiel como yo, juntamente con el conocimiento antedicho, me han sacado del piélago de los amores tortuosos y me han puesto en la playa del recto amor. Amo las hojas que adornan todo el huerto del Hortelano eterno en la misma proporción del bien que Aquél les comunica.

Apenas guardé silencio, resonó por el Cielo un dulcísimo canto; y mi Dama decía con los demás: «¡Santo, Santo, Santo!». Y así como la aparición de la luz penetrante desvanece el sueño, excitando el sentido de la vista, el cual acude a la claridad que atraviesa las membranas, y el despertado la rehúye, aturdido en su repentino desvelo, mientras no le ayuda la facultad estimativa, de igual suerte ahuyentó Beatriz todo entorpecimiento de mis ojos con el rayo de los suyos, que brillaba a más de mil millas. Entonces vi mejor que antes, y casi estupefacto pregunté quién era un cuarto resplandor que distinguí con nosotros. Mi Dama me dijo:

—Dentro de esos rayos contempla amorosa a su Hacedor la primera alma creada por la Virtud primera. Es Adán.

Como el follaje que doblega su copa al paso del viento y después se levanta por la propia virtud que lo endereza, tal hice yo, maravillado mientras ella hablaba, e irguiéndome después a impulsos del deseo de preguntar que me abrasaba, por lo que empecé de esta suerte:

—¡Oh fruto que fuiste producido ya maduro! ¡O padre antiguo, de quien toda esposa es hija y nuera[200]!. Tan devotamente como puedo te suplico que me hables;

tú ves mis deseos, los cuales no te manifiesto por oír más pronto tus palabras.

Del mismo modo que un animal tapado por un paño se agita de manera que manifiesta por los movimientos de su envoltura aquello que desea, del mismo modo la primera alma me daba a conocer por la luz de que estaba revestida la alegría que le causaba complacerme. Después dijo:

—Sin que me lo hayas expresado, conozco tu deseo mejor que tú conoces aquello de lo que estás más cierto; porque lo veo en el veraz espejo cuyo reflejo son todas las demás cosas y que no es reflejo de ninguna[201]. Quieres oír cuánto tiempo hace que Dios me colocó en el Paraíso terrestre del que acabas de subir; por cuánto tiempo deleitó mis ojos; la verdadera causa de la gran ira y el idioma inventado por mí de que hice uso. Sabe, pues, hijo mío, que el haber probado la fruta del árbol no fue la causa de tan largo destierro, sino solamente el haber infringido la orden. En aquel lugar de donde tu Dama hizo salir en tu busca a Virgilio, estuve deseando esta compañía por espacio de cuatro mil trescientas dos revoluciones del Sol; y mientras permanecí en la Tierra, lo vi volver a todas las luces de su carrera novecientas treinta veces. La lengua que hablé se extinguió completamente antes que las gentes de Nemrod se dedicaran a la obra interminable[202]; porque ningún efecto racional fue jamás duradero, a causa de la voluntad humana, que se renueva según la posición y la influencia de los astros. Es cosa natural que el hombre hable; pero la Naturaleza deja a vuestra discreción que lo hagáis de este o del otro modo. Antes que yo descendiese a las angustias infernales se daba en la Tierra el nombre de «I» al Sumo Bien, de quien procede la alegría que me circunda; «Eli» se le llamó después y así debía ser[203], porque el uso de los mortales es como la hoja de una rama, que desaparece para ceder su puesto a otra nueva. En el monte que se eleva más sobre las ondas estuve yo, con vida pura y deshonesta, desde la primera hora hasta la que sigue después de la hora sexta, cuando el Sol pasa de uno a otro cuadrante.

CANTO VIGÉSIMO SÉPTIMO

OCTAVO CIELO O ESTRELLADO: LOS ESPÍRITUS TRIUNFANTES. APÓSTROFE DE SAN PEDRO CONTRA LOS MALOS PASTORES DE LA IGLESIA Y DOLOR CELESTIAL QUE CAUSA ESTE MAL. ASCENSO AL NOVENO CIELO O CRISTALINO. LAS JERARQUÍAS ANGÉLICAS. NATURALEZA DEL PRIMER HOMBRE. BELLEZA CELESTE Y CORRUPCIÓN TERRENA

Todos los bienaventurados entonan un himno de gloria a Dios. En medio de esta sonrisa universal, San Pedro lanza una de las más fuertes invectivas contra la corrupción del Papado. Suben después al noveno Cielo, Cristalino, de donde toma movimiento, como explica Beatriz, toda la estructura del Universo. En esta esfera están incluidas las demás, sin estar ella incluida más que en la mente de Dios, que es luz y amor.

«Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo», entonó todo el Paraíso con tan dulce canto, que me embriagaba. Lo que veía me parecía una sonrisa del Universo, pues mi embriaguez me penetraba por el oído y por la vista. ¡Oh gozo! ¡Oh inefable alegría! ¡Oh vida entera de amor y de paz! ¡Oh riqueza segura y sin deseo! Ante mis ojos estaban encendidas las llamas de aquellos cuatro espíritus; la que había venido primero empezó a lanzar más vivos destellos, transformándose su aspecto y enrojeciendo como si Júpiter trocase su color por el de Marte. La Providencia, que distribuye aquí a su placer los oficios de cada uno, había impuesto silencio a todo el coro de los bienaventurados, cuando oí estas palabras:

—No te admires de ver que mi semblante se demuda, pues verás demudarse el de todos éstos mientras hablo. Aquel que usurpa en la Tierra mi puesto (¡mi puesto, sí, mi puesto, que está vacante a los ojos del Hijo de Dios!) ha hecho de mi tumba una sentina de sangre y podredumbre, que al ángel perverso caído desde aquí sirve allá abajo de complacencia.

Entonces vi cubrirse todo aquel Cielo de aquel color que comunica el Sol por la mañana y por la tarde a las nubes opuestas a él; y cual mujer honesta que, segura de sí misma, se ruboriza tan sólo al escuchar las faltas ajenas, así vi yo a Beatriz cambiar de aspecto. Un eclipse semejante creo que fue el que hubo en el cielo cuando la Pasión del Poder supremo. Después, con voz tan alterada igual a la alteración de su semblante, continuó en estos términos:

—Mi sangre, así como la de Lino y la de Cleto, no alimentó a la Esposa de Cristo para empujarla a adquirir riquezas, sino para que adquiriese aquella vida virtuosa por

la que Sixto y Pío, Calixto y Urbano derramaron su sangre después de muchas lágrimas[204]. No fue nuestra intención que una parte del pueblo cristiano estuviese sentada a la derecha y otra a la izquierda de nuestro sucesor[205], ni que las llaves que me fueron confiadas se convirtieran en una bandera de guerra para combatir contra los bautizados[206], ni que estuviese representada mi imagen en un sello para servir a privilegios vendidos y falsos, de que con frecuencia me avergüenzo y me irrito[207]. En todos los prados se ven allá abajo lobos rapaces disfrazados de pastores. ¡Oh justicia de Dios!, ¿por qué duermes? Los de Cahors y los de Gascuña se preparan a beber nuestra sangre[208]. ¡Oh buen principio, en qué fin tan vil has venido a parar! Pero la alta Providencia, que por medio de Escipión defendió en Roma la gloria del mundo, lo socorrerá en breve, según imagino. Y tú, hijo, que todavía has de volver abajo, llevado por el peso de tu cuerpo mortal, abre allí la boca y no ocultes lo que yo no oculto.

Así como nuestro aire hace caer hacia la Tierra copos de helados vapores en los meses de invierno, de igual modo vi nevar hacia arriba aquel éter puro, y despedir hacia lo alto los vapores triunfantes que allí se habían detenido con nosotros. Mi vista seguía sus semblantes y los siguió hasta que la mucha distancia me impidió ir más adelante; por lo cual mi Dama, reparando que había cesado de mirar hacia arriba, me dijo:

—Baja la vista y advierte cuánto has girado.

Entonces vi que, desde la hora en que miré por primera vez hacia la Tierra, había yo recorrido todo el arco formado por el primer clima desde la mitad hasta el fin, de modo que veía por un lado más allá de Cádiz el insensato paso de Ulises y por esta parte casi divisaba la playa donde Europa se convirtió en la dulce carga de Júpiter, y aún habría descubierto mayor espacio de este pequeño mundo a no ser porque el Sol me precedía bajo mis pies un signo y algo más[209]. El amoroso espíritu con que adoro siempre a mi Dama ardía más que nunca en deseos de volver nuevamente hacia ella mis ojos; y las bellezas que la Naturaleza o el arte han producido para cautivar la vista y atraer los espíritus, ya en cuerpos humanos ya en pinturas, todas juntas serían nada en comparación con el placer divino que me iluminó cuando me volví hacia su faz riente. La fuerza que me infundió su mirada me apartó del bello nido de Leda y me transportó al Cielo más veloz[210]. Sus partes vivísimas y excelsas son tan uniformes que no sabré decir cuál de ellas escogió para mi entrada en él; pero ella, que veía mi deseo, empezó a decirme, sonriéndose tan placentera que parecía regocijarse en Dios su semblante:

—En esta esfera empieza, como en su meta, el movimiento que naturalmente cesa en su centro mientras todo lo demás gira en torno suyo. Y este Cielo no tiene otro sitio donde adquirir movimiento más que en la Mente divina, en la cual se enciende el amor que lo impulsa y la influencia que vierte sobre las demás cosas. La luz y el amor lo circundan, así como él circunda a los otros cielos inferiores; y ese círculo de amor y de luz lo dirige y lo comprende tan sólo Aquel que rodea con él a este Cielo.

Su movimiento no está determinado por ningún otro, pero los demás están medidos por éste, lo mismo que el diez por la mitad y el quinto. Ahora puedes comprender cómo el tiempo tiene sus raíces en este arriate y en los otros tiene sus hojas[211]. ¡Oh concupiscencia, que de tal modo sumerges en ti a los mortales que a ninguno le es posible sacar los ojos fuera de tus ondas! Mucho florece la voluntad en los hombres; pero la demasiada lluvia convierte a las ciruelas en endrinas[212]. La fe y la inocencia sólo se encuentran en los niños y después ambas huyen antes de que el vello cubra sus mejillas. Hay quien ayuna cuando todavía no sabe hablar y, luego que tiene la lengua suelta, devora cualquier alimento en cualquier época; y también hay quien, balbuciente aún, ama y escucha a su madre, pero cuando llega a hablar claramente desea verla sepultada. No de otro modo la piel de la bella hija del que os trae la mañana y os deja la noche, siendo blanca al principio, se ennegrece después. Y a fin de que no te maravilles, sabe que en la Tierra no hay quien gobierne, por lo cual va tan descarriada la raza humana. Pero antes de que el mes de enero deje de pertenecer al invierno, a causa del centésimo de que allá abajo no hacen caso, estos círculos superiores rugirán de tal suerte que la borrasca, por tanto tiempo esperada, volverá las popas donde ahora están las proas, haciendo que la flota navegue derechamente y que el verdadero fruto venga después de la flor[213].

CANTO VIGÉSIMO OCTAVO

CIELO NOVENO O CRISTALINO: LAS JERARQUÍAS ANGÉLICAS. LA ESENCIA DIVINA Y LOS ÓRDENES ANGÉLICOS. CORRESPONDENCIA DE LOS NUEVE CÍRCULOS DEL MUNDO ESPIRITUAL CON LAS NUEVE ESFERAS DEL MUNDO SENSIBLE

Vuelve a tocar el tema (ya tratado en Par., II) *del orden de la creación, llevado a cabo a través de las jerarquías angélicas que, con el movimiento de los cielos, dan lugar al tiempo, al espacio y a la multiplicidad de los seres. El Primer Móvil es un punto luminoso (matemáticamente, el punto es indivisible e inmaterial) a cuyo alrededor se mueven nueve círculos concéntricos (los coros angélicos), pero con un movimiento que resultaría contrario al que somos capaces de captar con nuestros sentidos: el más próximo al punto luminoso (el de menor diámetro) se mueve más deprisa y brilla más que los otros ocho que tienen mayores diámetros. Lo contrario de lo que ocurre con las esferas celestes que hemos ido visitando, de las cuales la más alejada de la Tierra, que es su centro geométrico, es la que gira a mayor velocidad. Pero esta contradicción se elimina si valoramos la correspondencia entre los coros angélicos y las esferas celestes no en razón de sus diámetros, sino en razón de la cantidad de virtud que contienen: más perfectos mientras más cercanos al Primer Móvil. Los coros cantan un himno de gloria a Dios y después Beatriz explica la colocación de las jerarquías angélicas de fuera hacia dentro: serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes, potestades, principados, arcángeles y ángeles. Así los describió Dionisio Areopagita; Gregorio Magno no aceptó está distribución, pero cuando subió al Cielo se rió de su propio error.*

Después que aquella que eleva mi alma al Paraíso me manifestó la verdad contrapuesta a la vida actual de los míseros mortales, mi memoria recuerda que, así como el que ve en un espejo la llama de una antorcha encendida detrás de él, antes de haberla visto o pensado en ella, se vuelve para cerciorarse si el cristal le dice la verdad, y ve que los dos están acordes, como la nota musical con el compás, así hice yo al contemplar los hermosos ojos en los que tejió amor la cuerda que me sujetó; y cuando me volví, se vieron heridos los míos por lo que aparece en aquel Cielo toda vez que se observe con atención su movimiento: distinguí un punto que despedía tan penetrante luz, que era preciso cerrar los ojos iluminados por ella, a causa de su aguda intensidad. La estrella que más pequeña parece desde la Tierra, colocada a su lado como una estrella cerca de otra, parecería grande como una luna[214]. Casi tanto como el cerco de un astro parece distar de la luz que lo traza cuando el vapor que lo forma es más denso, distaba del centro de aquel punto un círculo de fuego[215],

girando tan rápidamente que hubiera vencido en claridad al movimiento de aquel cielo que más velozmente gira ciñendo al mundo. Este círculo estaba rodeado por otro y éste por un tercero y el tercero por el cuarto, y después por el sexto el quinto; sobre éstos seguía el séptimo, de tan gran extensión, que Iris, la mensajera de Juno, sería demasiado estrecha para contenerlo por completo. Lo mismo sucedía con el octavo y el noveno, y cada cual de ellos se movía con más lentitud según su mayor distancia del Uno, teniendo la llama más clara el más cercano a la luz purísima porque, según creo, participa más de su verdad. Mi Dama, que me veía presa de una viva curiosidad, me dijo:

—De aquel punto depende el Cielo y toda la Naturaleza. Mira aquel círculo que está más próximo a él y sabe que su movimiento es tan rápido a causa del ardiente amor que lo impulsa.

Le contesté:

—Si el mundo estuviera dispuesto en el orden en que veo esas ruedas, tu explicación me hubiera satisfecho; pero en el mundo sensible se pueden ver las cosas tanto más rápidas cuanto más apartadas están de su centro: Así es que, si mi deseo debe tener fin en este maravilloso y angélico templo, cuyos únicos confines son el amor y la luz, necesito todavía oír cómo es que el modelo y la copia no van del mismo modo, porque yo en vano reflexiono en ello[216].

—Si tus dedos no bastan para deshacer este nudo, no es maravilla: ¡tan sólido se ha hecho por no haber sido tocado[217]!.

Así me dijo mi Dama. Después añadió:

—Medita lo que voy a decirte, si quieres quedar satisfecho, y aguza sobre ello el ingenio. Los círculos corpóreos son anchos y estrechos según la mayor o menor virtud que se difunde por todas partes. Cuanto mayor es su bondad, más saludables son los efectos que produce; y el cuerpo mayor contiene mayor bondad, con tal que sean todas sus partes igualmente perfectas. Ahora bien: este círculo en que estamos, que arrastra consigo todo el alto Universo, corresponde al que más ama y más sabe. Por lo cual, si te fijas en la virtud y no en la extensión de las sustancias que te aparecen dispuestas en círculos, verás una relación admirable y gradual entre cada cielo y su inteligencia.

Puro y sereno, como queda el hemisferio del aire cuando Bóreas sopla con la menos impetuosa de sus mejillas, limpiando y disolviendo la niebla que antes lo oscurecía todo y haciendo que el Cielo ostente la belleza de toda su comitiva, quedé yo cuando mi Dama me satisfizo con sus claras respuestas, viendo entonces la verdad tan brillante como las estrellas en el cielo. Cuando hubo terminado sus palabras, empezaron a chispear los círculos, como chispea el hierro candente; y aquel centelleo, que parecía un incendio, era imitado por cada chispa de por sí, siendo éstas tantas que su número se multiplicaba por mil veces más que el producido por la multiplicación de las casillas de un tablero de ajedrez[218]. Yo oía cantar «*Hosanna*»,

de coro en coro, en alabanza del punto fijo. Y aquella que veía las dudas de mi mente dijo:

—Los primeros círculos te han mostrado a los Serafines y los Querubines. Siguen con tal velocidad su amorosa cadena para asemejarse a este punto cuanto pueden, y pueden tanto más cuanto más altos están para verlo. Aquellos otros amores que van en torno de ellos se llaman Tronos de la presencia divina, en los cuales termina el primer ternario; y debes saber que es tanto mayor su gozo cuanto más penetra su vista en la Verdad en que se calma toda inteligencia. Aquí puede conocerse que la beatitud se funda en el acto de ver, y no en el amor a Dios, que viene después. Y siendo las obras meritorias engendradas por la gracia y la buena voluntad, la medida de la contemplación procede así de grado en grado. El otro ternario, que germina en esta primavera eterna de modo que no le despoja el Aries nocturno[219], canta perpetuamente «*Hosanna*» con tres melodías que resuenan en los tres órdenes de alegrías de que se compone, formados por otros tres coros angélicos: Dominaciones, segundo Virtudes y el tercero es el de las Potestades. Después, en los dos penúltimos círculos giran los Principados y los Arcángeles y el último se compone todo de los angélicos festejos. Todos estos órdenes tienen sus moradas fijas arriba y ejercen abajo tal influencia, que así como ellos son atraídos por Dios, atraen ellos lo que está debajo. Con tal ardor se puso Dionisio a contemplar estos órdenes, que los distinguió y los nombró tan claramente como yo lo estoy haciendo. Pero Gregorio se separó de él después; así es que, cuando abrió los ojos en este cielo, se ha reído de sí mismo[220]. Y si un mortal como Dionisio pudo revelar en la Tierra una verdad tan secreta, no quiero que te admires, porque San Pablo, que la vio aquí arriba, bajó a la Tierra a descubrírsela junto con otras muchas cosas referentes a las verdades de estos círculos.

CANTO VIGÉSIMO NONO

CIELO NOVENO O CRISTALINO: TEORÍA DE LOS ÁNGELES. INVECTIVA CONTRA LOS MALOS PREDICADORES

Beatriz explica la creación de los ángeles, que tuvo lugar no por necesidad de acrecentar el bien (ya que los creó quien es el Bien infinito), sino para que la sustancia creada tomase conciencia de su propio ser. Fue un acto espontáneo y gratuito del Primer Amor. Del mismo acto surgieron simultáneamente la forma pura (las inteligencias), la materia pura (la materia informe, ponencia no generada) y el compuesto incorruptible de materia y forma (los cielos). De la Idea divina surgió, pues, un solo acto creativo, aunque en triple efecto. Por tanto, se equivocaba San Jerónimo cuando dijo que los ángeles fueron creados en primer lugar. Casi inmediatamente después de la Creación una parte de los ángeles se rebeló; fueron castigados y los otros premiados. Para aclarar los errores que tan sutil materia ha provocado en los filósofos, Beatriz continúa su explicación sobre las facultades angélicas: inteligencia, voluntad y memoria sólo equívocamente pueden ser usados para ángeles y hombres. El ángel no aprehende las esencias abstrayéndolas de los objetos sensibles. La voluntad angélica no es una tendencia innata, como en los hombres, puesto que el ángel conoce directamente el sumo Bien. En cuanto a la memoria, tampoco la tienen, porque lo ven todo presentemente al ver a Dios.

Silenciosa y con el rostro risueño permaneció Beatriz, mirando fijamente el punto que me había deslumbrado tanto espacio de tiempo como el que media desde el momento en que el Cenit mantiene en equilibrio a los dos hijos de Latona cuando éstos, cobijados respectivamente por Aries y Libra, forman una misma zona del horizonte, hasta que uno y otra rompen aquel cinto cambiando de hemisferio[221]. Después empezó así:

—Yo te diré sin que me lo preguntes lo que deseas oír, porque lo he visto en Dios, en Quien convergen todo tiempo y todo espacio. No con objeto de adquirir para Sí ningún bien (que esto no puede ser), sino a fin de que su esplendor, reflejándose en las criaturas, pudiera decir «Existo», el eterno Amor, en su eternidad, antes que el tiempo fuese y de un modo incomprensible a toda otra inteligencia, se difundió según le plugo creando nuevos amores. No es decir que antes permaneciera ocioso y como inerte, pues el proceder el espíritu de Dios sobre estas aguas no tuvo antes ni después. La forma y la materia pura salieron y al mismo tiempo se unieron entre sí en una existencia sin defecto, como salen tres flechas de un arco con tres cuerdas[222], y así como la luz brilla en el vidrio, en el ámbar o en el cristal, de manera que entre el llegar y el brillar no media intervalo alguno, así también aquel triforme efecto irradió a la vez de su Señor, sin distinción entre su principio y su existencia perfecta.

Simultáneamente fue también creado y establecido el orden de estas tres sustancias; y aquellas en que se produjo el acto puro fueron colocadas en la cima de la Creación. A la parte inferior fue destinada la potencia pura o materia y en el medio unió a la potencia y al acto con un vínculo que nunca se desata. Jerónimo escribió que los ángeles fueron creados muchos siglos antes de que fueran hechas las otras dos sustancias; pero la verdad es la que yo te he dicho, como puedes ver tanto en las Escrituras, inspiradas por el Espíritu Santo, como en aquellos otros libros dictados tan sólo por la razón humana, pues no se podría comprender que los motores permanecieran tanto tiempo sin su perfección. Ahora sabes ya dónde, cómo y cuándo fueron creados estos amores, de modo que están extinguidos tres ardores de tu curiosidad. No contarías de uno a veinte con la prontitud con que una parte de los ángeles turbó el mundo de vuestros elementos. La otra parte quedó aquí y empezó la obra que contemplas, con tanto placer, que nunca cesa de girar. La causa de la caída fue el maldito orgullo de aquel que viste en el centro de la Tierra, recibiendo sobre él todo el peso del mundo. Estos que ves aquí fueron modestos, reconociendo la bondad que los había hecho dispuestos a tan altas miras; por lo cual sus inteligencias fueron de tal modo exaltadas por la gracia que ilumina y por su mérito, que poseen una plena y firme voluntad. Y no quiero que dudes, sino que tengas completa certidumbre de que es justo recibir la gracia en proporción del amor con que se la pide y acoge. En adelante, puedes contemplar a tu placer y sin otra ayuda este consistorio de ángeles, si has entendido mis palabras. Pero como en la Tierra, en vuestras escuelas, se lee que la naturaleza angélica es tal que puede entender, recordar y querer, te diré más todavía, para que veáis en toda su pureza la verdad que abajo se confunde, usando estos tres términos equívocamente. Estas sustancias, después de haberse recreado en el rostro de Dios, no separaron su mirada de Éste, para quien nada hay oculto; así es que su vista no está interceptada por ningún nuevo objeto y, en consecuencia, no necesitan la memoria para recordar un concepto separado de su pensamiento. Allá abajo, pues, los maestros sueñan con los ojos abiertos, creyendo unos en lo que enseñan y no creyéndolo otros, que lo hacen por simple mala fe y que por esto son más culpables. Los que allá abajo os dedicáis a filosofar no vais por un mismo sendero: tanto es lo que os arrastra el afán de parecer sabios e ingeniosos; y aun esto se tolera aquí con menos rigor que el desprecio que hacéis de la Sagrada Escritura o su torcida interpretación. No pensáis en la sangre que cuesta sembrarla por el mundo y lo grato que es a Dios el que uniforma humildemente sus ideas a las de sus palabras. Sólo por parecer docto, cada cual se ingenia y se esfuerza en invenciones que sirven de texto a los predicadores, mientras que el Evangelio se olvida. Uno dice que la Luna retrocedió cuando la pasión de Cristo y se interpuso a fin de que la luz del Sol no pudiera bajar a la Tierra; otro, que la luz se ocultó por sí misma, razón por la cual este eclipse fue tan sensible para los españoles como para los indios y los judíos. No tiene Florencia tantos habitantes como fábulas se pronuncian en los púlpitos a lo largo de un año; así es que las ovejas ignorantes vuelven del pasto

repletas de viento, sin que les sirva de excusa no haber visto el daño. Cristo no dijo a los apóstoles: «Id y predicad patrañas al mundo», sino que les dio por base la verdad. Y ésta sonó en sus bocas de tal modo que, al combatir para encender la fe, solamente se valieron del Evangelio como de escudo y de lanza. Ahora, para predicar, se abusa de las argucias y las bufonadas y no se desea otra cosa que excitar la hilaridad, y con ello la cogulla se hincha. Pero en la punta de esa cogulla anida el demonio, y si el vulgo lo viese, no admitiría las indulgencias de aquellos en quienes confía. Y ha crecido tanto en la Tierra la necesidad de estas indulgencias que, sin pedir pruebas de su autenticidad, se agolpa la gente ante cualquier promesa de ellas. Con esto engorda el puerco de San Antonio y engordan otros muchos que son peores que puercos, pagando en moneda sin cuño. Mas, poniendo fin a esta larga digresión, vuelve ya tus ojos hacia la vía recta, de modo que el camino y el tiempo se abrevien. La naturaleza de los ángeles aumenta tanto su número de grado en grado, que no hay palabra ni inteligencia mortal que pueda llegar a significar su número; y si miras bien lo que reveló Daniel, verás que en sus millares no se revela un número determinado. La Primera Luz que ilumina toda la naturaleza angélica penetra en ella de tantos modos cuantos son los esplendores a que se une. Así pues, como el afecto es proporcionado a la intensidad de la visión beatífica, la dulzura del amor es en los ángeles diversamente fervorosa. Contempla en adelante la altura y la extensión del Poder eterno, pues ha formado para Sí tantos espejos en los que se multiplica, quedando Él siempre uno e indivisible como antes de haberlos creado.

CANTO TRIGÉSIMO

EMPÍREO: DIOS, LOS ÁNGELES Y LOS BIENAVENTURADOS. ASCENSO AL EMPÍREO. EL RÍO DE LUZ. LA ROSA DE LOS BIENAVENTURADOS. EL ASIENTO DE ENRIQUE VII

Como las estrellas se apagan poco a poco al salir la aurora, así desapareció el coro angélico cuando Dante y su guía se trasladan al Empíreo, el cielo que, en palabras de Beatriz, es pura luz intelectual. Una luz en forma de río (la gracia) del que saltan chispas luminosas (ángeles) recorre un prado lleno de flores (los bienaventurados). Cuando Dante se inclina sobre el río, éste se transforma en un círculo de luz, y ángeles y beatos se le presentan en sus verdaderos aspectos, formando una inmensa rosa. El intelecto de Dante ya ha superado los límites mortales y puede comprenderlo todo en una mirada que abarca toda la cantidad y la calidad de aquella alegría. Casi todos los asientos celestiales están ya ocupados y corto es el número de justos que aún han de llegar. Un lugar está ya reservado para el emperador Enrique VII (en quien Dante e Italia tienen puestas sus esperanzas), mientras que el papa que hará fracasar la empresa imperial, Clemente V, se precipitará en el infierno de los simoníacos.

Cuando ya el mediodía está ardiendo a una distancia de seis mil millas de nosotros y el mundo inclina ya su sombra horizontalmente, vemos que el Oriente empieza a ponerse de modo que algunas estrellas van perdiéndose de vista desde la Tierra; y a medida que viene adelantándose la aurora, clarísima sierva del Sol, el Cielo apaga de una en una sus luces hasta la más bella. No de otra suerte desapareció poco a poco de mi vista el triunfo de los coros angélicos que siempre está festejando en torno de aquel punto que me deslumbró pareciéndome contenido en lo mismo que él contiene. Por lo cual, el no ver ya nada y mi amor por ella, me obligaron a volver los ojos hacia Beatriz. Si todo cuanto hasta aquí se ha dicho acerca de ella estuviera reunido en una sola alabanza, sería poco para describirla. La belleza que en ella vi no sólo está fuera del alcance de nuestra inteligencia, sino que creo con certeza que su Hacedor es el único que la comprende completamente. Me confieso vencido por este pasaje de mi poema más de lo que con respecto a otro punto lo fue jamás autor trágico o cómico; porque así como el Sol ofusca la vista más trémula, del mismo modo el recuerdo de la dulce sonrisa de mi amada paraliza mi mente. Desde el primer día que vi su rostro en esta vida hasta mi actual contemplación, no se ha interrumpido la continuación de mi canto; pero ahora es preciso que mi poema desista de seguir cantando la belleza de mi Dama, como hace todo artista que llega al último esfuerzo en su arte. Tal cual la dejo para que la anuncie una trompa más sonora que la mía, que

ya está acabando su difícil tarea. Beatriz habló con la voz y el gesto de una guía solícita:

—Hemos salido fuera del mayor de los cuerpos celestes, para subir al Cielo, que es pura luz, luz intelectual, llena de amor; amor de verdadero bien, lleno de gozo; gozo superior a toda dulzura. Aquí verás una y otra milicia del Paraíso y a una de ellas bajo aquel aspecto con que la contemplarás en el Juicio Final.

Como súbito relámpago que disipa las potencias visivas, privando al ojo de la facultad de distinguir los mayores objetos, así me circundó una luz resplandeciente, dejándome velado de tal suerte con su fulgor que nada podía ver.

—El Amor que tranquiliza este cielo acoge siempre con semejante saludo al que entra en él, a fin de disponer al cirio para recibir su llama.

No bien hube oído estas palabras, cuando me sentí elevar de un modo superior a mis fuerzas y adquirí una nueva vista de tal vigor, que no hay luz alguna tan brillante que no pudieran soportarla mis ojos. Y vi en forma de río una luz áurea que despedía espléndidos fulgores entre dos orillas adornadas de admirable primavera. De este río salían vivas centellas que por todas partes llovían sobre las flores, pareciendo rubíes engastados en oro. Después, como embriagadas con aquellos aromas, volvían a sumergirse en el maravilloso caudal; pero si una entraba en él, otra salía.

—El alto deseo que ahora te inflama y estimula para comprender lo que estás viendo me place tanto más cuanto es más vehemente. Pero es preciso que bebas de esa agua hasta que sacies tanta sed.

Así me dijo el sol de mis ojos. Luego añadió:

—El río y los topacios que entran y salen y la sonrisa de las hierbas se te presentan todavía como sombras y prefacios de la verdad. No es decir que estas cosas sean defectuosas, sino que el defecto está en ti, que no tienes aún la vista bastante elevada.

Ningún niño se tira de cabeza tan presuroso al pecho de su madre cuando despierta más tarde de lo acostumbrado, como yo, para mejorar los espejos de mis ojos, me incliné sobre la onda luminosa que corre a fin de que se perfeccionase mi vista; y apenas se bañó en ella la extremidad de mis párpados me pareció que la alargada corriente se había vuelto redonda. Después, así como la gente enmascarada parece otra cosa muy distinta en cuanto se despoja de la falsa apariencia bajo la que se ocultaba, así me pareció que adquirían mayor alegría las flores y las centellas; de modo que vi distintamente las dos cortes del Cielo. ¡Oh esplendor de Dios, merced al cual vi el gran triunfo del reino de la verdad! Dame fuerzas para decir cómo lo vi.

Hay allá arriba una luz, que hace visible el Creador a toda criatura que sólo funda su paz en contemplarlo; y se extiende en forma circular por tanto espacio que su circunferencia sería para el Sol un cinturón demasiado anchuroso. Toda su apariencia procede de un rayo reflejado sobre la cumbre del Primer Móvil, que de él adquiere movimiento y potencia[223]; y así como una colina se contempla en el agua que baña su base, cual si quisiera mirarse adornada cuando es más rica en verdor y flores, así,

suspendidas en torno, vi reflejarse en más de mil gradas todas las almas que desde nuestro mundo han vuelto allá arriba. Y si la más baja de éstas concentra en sí tanta luz, ¡cuál no será el resplandor en las más altas de sus hojas! Mi vista no se perdía en la anchura ni en la elevación de esta rosa, sino que abarcaba toda la cantidad y la calidad de aquella alegría. Allí, el estar cerca o lejos no da ni quita, porque donde Dios gobierna sin interposición de causas secundarias no ejerce ninguna acción la ley natural. Hacia el centro de la rosa sempiterna, que se dilata y se eleva gradualmente y exhala un perfume de alabanzas al Sol que allí produce una eterna primavera, me atrajo Beatriz como el que calla al mismo tiempo que quiere hablar, y dijo:

—¡Mira cuán grande es la reunión de blancas estolas! ¡Mira qué gran círculo tiene nuestra ciudad! ¡Mira nuestros escaños tan llenos, que ya son pocos los llamados a ocuparlos[224]!. En aquel gran asiento donde tienes los ojos fijos a causa de la corona que está colocada sobre él, antes que tú cenes en estas bodas se sentará el alma del gran Enrique, que será augusta en la Tierra, el cual irá a reformar la Italia antes que se halle preparada para ello[225]. La ciega codicia que os enferma os ha hecho semejantes al niño que muere de hambre y rechaza a su nodriza. Entonces será Prefecto de la Sede de Pedro un hombre que abierta y ocultamente no irá por el mismo camino que Enrique. Pero poco tiempo lo tolerará Dios en su santo cargo, porque será arrojado donde está Simón el Mago por sus merecimientos, y hará que el de Alagni se hunda más[226].

CANTO TRIGÉSIMO PRIMERO

EMPÍREO: LA CANDIDA ROSA Y LAS ABEJAS ANGÉLICAS. SAN BERNARDO. ORACIÓN. GLORIA DE LA VIRGEN MARÍA

La cándida rosa formada por los luminosos bienaventurados (en cuerpo y alma, como estarán después de la resurrección de la carne) es visitada por los ángeles, que, como abejas, van desde la luz divina a sus pétalos inundándolos de la paz de la beatitud y del ardor de la caridad. Pero la luz divina les llega también directamente, sin necesidad de intermediarios, porque inunda todo el Universo. Beatriz se ha apartado del poeta y ocupa ya su trono de bienaventuranza, y ahora es San Bernardo, el paladín del culto mariano, quien le habla y le guía en el último tramo de su recorrido. Entiéndase: la Teología sola (Beatriz) no conduce a Dios si no va acompañada de la Gracia (de la que es mediadora María). Tras una plegaria de agradecimiento a Beatriz por haberlo llevado desde la esclavitud (pecado) hasta la libertad, se vuelve a contemplar a la Virgen, que sobrepasa en luz y belleza a todos los beatos.

En forma, pues, de blanca rosa, se ofrecía a mi vista la milicia santa que Cristo con su sangre hizo su Esposa; pero la otra, que volando ve y canta la gloria de Aquel que la enamora y la bondad que tan excelsa la ha hecho, como un enjambre de abejas que ora se posa sobre las flores, ora vuelve al sitio donde su trabajo se convierte en dulce miel, descendía a la gran flor que se adorna de tantas hojas y desde allí se lanzaba de nuevo hacia el punto donde siempre permanece su Amor. Todas estas almas tenían el rostro de llama viva, las alas de oro y lo restante de tal blancura que no hay nieve que pueda compararsele. Cuando descendían por la flor de grada en grada comunicaban a las otras almas la paz y el ardor que ellas adquirían volando, y por más que aquella familia alada se interpusiera entre lo alto y la flor no impedían la vista ni el esplendor, porque la luz divina penetra en el Universo según que éste es digno de ello, de manera que nada puede servirle de obstáculo.

Este reino tranquilo y gozoso, poblado de gente antigua y moderna, tenía todo él la vista y el amor dirigidos hacia un solo punto. ¡Oh trina luz que, centelleando en una sola estrella, regocijas de tal modo la vista de esos espíritus! Mira cuál es aquí abajo nuestro tormento. Si los bárbaros, procedentes de la región que cubre Hélice diariamente girando con su hijo, a quien mira con amor[227], se quedaban estupefactos al ver Roma y sus magníficos monumentos, cuando Letrán superaba a todas las obras salidas de las manos de los hombres, yo, que acababa de pasar de lo humano a lo divino, del tiempo limitado a lo eterno y de la encenagada Florencia a contemplar a aquel pueblo justo y santo, ¿de qué estupor no estaría lleno? En verdad que, entregado a tal visión y a mi gozo, me complacía en no decir ni oír nada. Y como el

peregrino que se recrea contemplando el templo que había hecho voto de visitar y espera, al volver a su país, referir cómo estaba construido, así yo, contemplando la viva luz, paseaba mis miradas por todas las gradas, ya hacia arriba, ya en derredor, y veía rostros que excitaban a la caridad, embellecidos por otras luces y por sus sonrisas, y todos en actitudes adornadas por toda clase de gracia. Mi vista había abarcado por completo la forma general del Paraíso, pero no se había fijado en concreto en parte alguna. Entonces, poseído por un nuevo deseo, me volví hacia mi Dama para preguntarle por algunos puntos que tenían en suspenso mi mente; pero cuando esperaba una cosa me sucedió otra: pensaba ver a Beatriz y vi a un anciano[228], vestido de la misma luz que toda aquella familia gloriosa. En sus ojos y en sus mejillas estaba esparcida una benigna alegría y su aspecto era tan dulce como el de un tierno padre.

—¿Y dónde está ella? —dije al momento.

A lo que me contestó:

—Beatriz me ha enviado desde su asiento para poner fin a tu deseo; y si miras al tercer círculo a partir de la grada superior, la verás ocupar el trono en que la han colocado sus méritos.

Sin responder levanté los ojos y la vi rodeada de una corona hecha de los eternos rayos que de sí reflejaba. El ojo del que estuviese en lo profundo del mar no distaría tanto de la nube más elevada, donde se producen los truenos, como distaban de Beatriz los míos; pero nada importaba, porque su imagen descendía hasta mí sin interposición de otro cuerpo.

—¡Oh mujer, en quien vive mi esperanza y que consentiste, por mi salvación, en dejar tus huellas en el Infierno[229]!. Si he visto tantas cosas, a tu bondad y a tu poder debo esta gracia y la fuerza que me ha sido necesaria. Tú, desde la esclavitud, me has conducido a la libertad por todas vías y por todos los medios que para hacerlo han estado a tu alcance. Consérvame tus magníficos dones a fin de que mi alma, que tú sanaste, cuando se separe de su cuerpo sea agradable a tus ojos.

Así oré; y aquella que tan lejana parecía se sonrió y me miró, volviéndose después otra vez hacia la eterna Fuente. El santo anciano me dijo:

—A fin de que lleves a feliz término tu viaje, para lo cual me han movido el ruego y el amor santo, vuela con los ojos por este jardín, pues mirándolo se avivará más tu vista para subir hasta el rayo divino. Y la Reina del Cielo, por quien ardo enteramente de amor, nos concederá todas las gracias, porque yo soy su fiel Bernardo.

Como aquel que acaso viene a Roma desde lejanos países para ver nuestra Verónica[230], y no se cansa de contemplarla a causa de su antigua fama, antes bien dice para sí mientras se la enseñan: «Señor mío Jesucristo, Dios verdadero, ¿era tal vuestro rostro?», lo mismo estaba yo mirando la viva caridad de aquel que, entregado a la contemplación, gustó en el mundo las delicias de que ahora goza.

—Hijo de la gracia —empezó a decirme—, no podrás conocer esta existencia dichosa mientras fijes los ojos solamente aquí abajo. Ve mirando los círculos hasta el más remoto, a fin de que veas el trono de la Reina a quien está sometido y consagrado este reino.

Levanté los ojos, y así como por la mañana la parte oriental del horizonte excede en claridad a aquella por donde el Sol se pone, del mismo modo, y dirigiendo la vista como el que va del fondo de un valle a la cumbre de un monte, vi en el más elevado círculo una parte del mismo que sobrepujaba en claridad a todas las otras; y así como allí donde se espera el carro que tan mal guió Faetón[231] más se inflama el cielo y fuera de aquel punto va perdiendo la luz su viveza, de igual suerte aquella llama de oro, bandera de paz, brillaba más en su centro, disminuyéndose gradualmente el resplandor de todas las demás partes. En aquel centro vi más de mil ángeles que la festejaban con las alas desplegadas, diferente cada cual en su esplendor y en su actitud. Ante sus juegos y sus cantos vi sonreír una beldad, que infundía el contento en los ojos de los demás santos. Aun cuando tuviera tantos recursos para decir como para imaginar, no me atrevería a expresar la más mínima parte de sus delicias.

Cuando Bernardo vio mis ojos atentos y fijos en el objeto de su ardiente amor, volvió los suyos también hacia la Virgen con tanto afecto, que infundió en los míos más ardor para contemplarla.

CANTO TRIGÉSIMO SEGUNDO

EMPÍREO. DISPOSICIÓN DE LA ROSA CÁNDIDA. NIÑOS BIENAVENTURADOS. MARÍA Y GABRIEL. LOS GRANDES PATRICIOS DE LA JERUSALÉN CELESTE

San Bernardo explica a Dante la disposición de la rosa cándida. Una fila de mujeres del Antiguo Testamento separa en dos a los beatos que vivieron antes de la venida de Cristo de los que vivieron después. Entre aquéllos no queda ya ningún lugar libre. En la parte diametralmente opuesta, donde están los que se salvaron tras la Redención, son los santos los que sirven de separación. El número de mujeres es igual al de santos. En la línea horizontal que corta por la mitad estas dos hileras de separación vertical, se sientan los que se salvaron no por méritos propios, los inocentes, que murieron antes de llegar al uso de la razón. No hay que extrañar que gocen de diferentes grados de beatitud, porque la predestinación lo dispone así, aunque nosotros no podamos entenderlo. Al principio del mundo los inocentes se salvaron si sus padres creyeron en el Mesías; desde Abraham, si eran circuncidados; desde Cristo, si son bautizados. En caso contrario, las almas de los inocentes están en el Limbo. La Virgen es el centro más luminoso de toda la descripción. A ella dirige San Bernardo su petición para que Dante pueda contemplar la esencia de la Divinidad.

Atento a su dicha, aquel contemplador asumió espontáneamente en sí el cargo de Maestro y empezó por estas santas palabras:

—La herida que María restañó y curó fue abierta por Eva, aquella mujer tan hermosa que está a sus pies. Debajo de ésta, en el orden que forman los terceros puestos, se sientan, como ves, Raquel y Beatriz, Sara, Rebeca, Judith y la bisabuela del Cantor que en medio del dolor producido por sus pecados dijo: «*Miserere mei*»; puedes verlas sucederse de grado en grado, descendiendo en la rosa a medida que te las voy nombrando, de pétalo en pétalo[232]. Desde arriba hasta la última grada de abajo están las hebreas, dividiendo todas las hojas de la flor; porque son como un recto muro que divide los sagrados escalones según como se fijó en Cristo la mirada de la Fe. En esa parte en que la flor está provista de todas sus hojas, se sientan los que creyeron en la venida de Jesucristo, y en la otra, en que los semicírculos se ven interrumpidos por algunos huecos, se sientan los que creyeron en Él después de que hubiera venido. Y así como en ésa, el glorioso trono de la Señora del Cielo y los otros escaños inferiores ocupados por las mujeres hebreas forman una separación, así en la parte opuesta está el trono del gran Juan, que, siempre santo, sufrió la soledad y el martirio y el Infierno después durante dos años[233]; y también debajo de él, formando a propósito igual separación, está el de Francisco, bajo éste el de Benito, bajo Benito Agustín y otros varios, descendiendo de igual modo hasta aquí de círculo en círculo.

Admira, pues, la elevada Providencia divina, porque uno y otro aspecto de la Fe llenará por igual este jardín[234]. Y sabe que desde la grada que corta por mitad ambas filas hasta abajo nadie se sienta por su propio mérito, sino por el que contrajo otro y eso aun con ciertas condiciones. Todos ellos son espíritus desprendidos de la Tierra antes de que estuviesen dotados de criterio para elegir la verdad. Fácil te será cerciorarte de ello por sus rostros y también por sus voces infantiles, si los miras y los escuchas bien. Ahora dudas y dudando guardas silencio; pero yo soltaré las fuertes ligaduras con que te estrechan tus sutiles pensamientos[235]. En toda la extensión de este reino no puede tener cabida un asiento dado por casualidad, como tampoco caben la tristeza, la sed ni el hambre, pues todo cuanto ves se halla establecido por eterna ley, de modo que aquí cada cosa viene justa como anillo al dedo. Por tanto, estas almas apresuradas a la verdadera vida no son aquí «*sine causa*» más o menos excelentes entre sí. El Rey por quien este reino reposa en tanto amor y deleite que ninguna voluntad se atreve a desear más, creando todas las almas bajo su dichoso aspecto las dota según quiere de más o menos gracia; en cuanto a esto baste conocer el efecto, lo cual se demuestra expresa y claramente por la Sagrada Escritura en aquellos gemelos a quienes agitó la ira en el vientre de su madre. Por tanto, es preciso que la altísima luz corone de su gloria a los espíritus según el grado que hayan recibido de tal gracia. Así pues, sin consideración al mérito de sus obras se hallan éstos colocados en diferentes grados, distinguiéndose tan sólo por su penetración primitiva. En los primeros siglos bastaba ciertamente para salvarse tener, junto con la inocencia, la fe de los padres. Transcurridas las primeras edades, fue menester que los varones todavía inocentes adquiriesen la virtud por medio de la circuncisión. Pero cuando llegó el tiempo de la Gracia, toda aquella inocencia debió permanecer en el Limbo si no había recibido el perfecto bautismo de Cristo[236]. Contempla ahora la faz que más se asemeja a la de Cristo, la de su Madre, pues sólo su resplandor podrá disponerte a que contemples directamente a su Hijo.

Vi llover sobre ella tanta alegría, llevada por los santos espíritus creados para volar por aquella altura, que todo cuanto antes había visto no me había causado tal admiración ni me había mostrado mayor semejanza con Dios. Y aquel ángel que fue el primero en descender cantando «*Ave Maria, gratia plena*» extendió sus alas delante de ella. A tan divina cantinela respondió por todas partes la corte bienaventurada, de tal modo que cada espíritu parecía que se había hecho más radiante.

—¡Oh Padre santo, que por mí te dignas estar aquí abajo, dejando el dulce sitio donde te sientas por toda una eternidad! ¿Qué ángel es ese que con tanto gozo mira los ojos de nuestra Reina y tan enamorado está que parece de fuego?

Con estas palabras recurrí nuevamente a las enseñanzas de aquel que se embellecía con las bellezas de María, como a los rayos del Sol se embellece la estrella matutina. Y él me respondió:

—Toda la confianza y la gracia que pueden caber en un ángel y en un alma se encuentran en él y así queremos que sea; porque es el que llevó la palma a María cuando el Hijo de Dios, encarnándose, quiso cargar con nuestro peso. Pero sigue ahora con la vista según yo vaya hablando y fija la atención en los grandes patricios de este imperio justísimo y piadoso. Aquellos dos que ves sentados allá arriba, más felices por estar sumamente próximos a la augusta Señora, son casi dos raíces de esta rosa. El que está a la izquierda es el primer padre, cuyo atrevido paladar fue causa de que la especie humana probara tanta amargura. Contempla a la derecha al anciano Padre de la santa Iglesia, a quien Cristo confió las llaves de esta encantadora flor. A su lado se sienta aquel que vio, antes de morir, todos los tiempos calamitosos que debía atravesar la bella Esposa que fue conquistada por la lanza y los clavos; y próximo al otro, aquel jefe bajo cuyas órdenes vivió de maná la nación ingrata, voluble y obstinada. Mira sentada a Ana frente a Pedro, contemplando a su hija con tal arrobamiento que ni aun al cantar «*Hosanna*» separa sus ojos de ella. Y frente al mayor padre de familia se sienta Lucía, que envió a tu Dama en tu socorro cuando cerraste los párpados al borde del abismo[237]. Mas, por cuanto huye el tiempo que te ha sido concedido, haremos punto aquí, como un buen sastre, que según el paño con que cuenta así hace el traje, y elevaremos los ojos hacia el primer Amor, de modo que, mirándolo, penetres en su fulgor cuanto te sea posible. Sin embargo, a fin de que al mover tus alas no retrocedas acaso creyendo adelantar[238], es preciso pedir con ruegos la Gracia que necesitas e impetrarla de aquella que puede ayudarte. Sígueme, pues, con el afecto, de modo que tu corazón acompañe a mis palabras.

Y comenzó a decir esta oración.

CANTO TRIGÉSIMO TERCERO

EMPÍREO: LA SANTA ORACIÓN. INTERCESIÓN DE MARÍA. VISIÓN DE LA DIVINIDAD

Tras la plegaria de Bernardo, al que acompañan todos los bienaventurados, Dante puede contemplar directamente a Dios, llegar a la cumbre de su experiencia mística, aunque la inefabilidad de la visión no permite que sea expresada. Queda la emoción, pero no hay palabras que la describan. En la profundidad de la esencia divina encuentra unida con vínculos de amor toda la variedad del Universo. Ve también, figuradamente, la unidad y la trinidad de Dios y del Verbo encarnado. La iluminación fulgurante de la Gracia le permite comprender lo que nosotros no podemos. Dante se encuentra en el mismo estado que los bienaventurados. Por un instante. Convertido Dante en puro intelecto, su fantasía se desvanece.

«Virgen madre, hija de tu Hijo, la más humilde al par que la más alta de todas las criaturas, término fijo de la voluntad eterna: Tú eres la que has ennoblecido de tal suerte la humana naturaleza, que su Hacedor no se desdeñó de convertirse en hombre. En tu seno se inflamó el amor cuyo calor ha hecho germinar esta flor en la paz eterna. Eres aquí para nosotros meridiano Sol de caridad y abajo para los mortales eres vivo manantial de esperanza. Eres tan grande, Señora, y tanto vales, que todo el que desea alcanzar alguna gracia y no recurre a ti, quiere que su deseo vuele sin alas. Tu benignidad no sólo socorre al que te implora, sino que muchas veces se anticipa espontáneamente a la súplica. En ti se reúnen la misericordia, la piedad, la magnificencia y todo cuanto bueno existe en la criatura. Este que tienes delante, que desde el más profundo pozo de la Tierra hasta aquí ha visto una a una todas las existencias espirituales, te suplica le concedas la gracia de adquirir tal virtud, que le permita elevarse con los ojos hasta la Salud suprema. Y yo, que nunca he deseado ver más de lo que deseo que él vea, te dirijo todos mis ruegos y te suplico que no sean vanos, a fin de que disipes con los tuyos todas las nieblas procedentes de su condición mortal, de suerte que pueda contemplar abiertamente el sumo Placer. Te ruego, además, ¡Oh Reina, que puedes cuanto quieres!, que conserves puros sus afectos después de esta sublime visión: que con tu custodia triunfe de los impulsos de las pasiones humanas. Mira a Beatriz juntando sus manos con todos los bienaventurados para unir sus plegarias a las mías».

Los ojos de la Madre que Dios ama y venera, fijos en el que por mí oraba, me demostraron cuán gratos le eran los devotos ruegos. Después se elevaron hacia la Luz eterna, en la cual no es creíble que la mirada de criatura alguna pueda fijarse tan abiertamente. Y yo, que me acercaba al fin de todo anhelo, puse término en mí, como debía, al ardor del deseo. Bernardo, sonriéndome, me indicaba que mirase hacia

arriba, porque mi vista, adquiriendo más y más pureza y claridad, penetraba gradualmente en la alta luz que tiene en Sí misma la verdad de su existencia. Desde aquel instante, lo que vi excede a todo lenguaje humano, que es impotente para expresar tal visión y la memoria se rinde a tanta grandeza. Como el que ve soñando y después del sueño conserva impresa la sensación que ha recibido, sin que le quede otra cosa en la mente, así estoy yo ahora, pues casi se está desvaneciendo del todo mi visión, aunque aún destila en mi pecho la dulzura que nació de ella. Del mismo modo que ante el Sol pierde su forma la nieve; del mismo modo que se dispersaban al viento en las ligeras hojas las sentencias de la Sibila[239].

¡Oh luz suprema que te elevas tanto sobre los pensamientos de los mortales! Vuelve a prestar a mi mente una imagen, aunque sea leve, de cómo te me apareciste, y haz que mi lengua sea tan potente que pueda dejar a lo menos un destello de tu gloria a las generaciones venideras, pues si se muestra algún tanto a mi memoria y resuena lo más mínimo en mis versos, se podrá concebir más tu victoria.

Por la intensidad del vivo rayo que soporté sin cegar, creo que me habría perdido si hubiera separado de él mis ojos; y recuerdo que por eso fui tan osado para sostenerlo, porque uní mi mirada con el Poder infinito. ¡Oh gracia abundante, por la que tuve atrevimiento para mirar en la Luz eterna hasta tanto que consumí toda mi fuerza visiva! En su profundidad vi que se contiene ligado con vínculos de amor en un solo volumen todo cuanto hay esparcido por el Universo: sustancias, accidentes y sus cualidades, unido todo de tal manera que cuanto digo no es más que una pálida luz. Creo que vi la forma universal de este nudo porque, recordando estas cosas, me siento poseído de mayor alegría. Un solo punto que intente recordar me causa mayor olvido que el que han causado veinticinco siglos transcurridos desde la empresa que hizo a Neptuno admirarse de la sombra de Argos[240]. Así es que mi mente en suspenso miraba fija, inmóvil y atenta, y continuaba mirando con ardor creciente. El efecto de esta luz es tal, que no es posible consentir jamás en separarse de ella para contemplar otra cosa; porque el bien, que es objeto de la voluntad, se encierra todo en ella, y fuera de ella es defectuoso lo que es perfecto. Desde este punto, a causa de lo poco que recuerdo, mis palabras serán más breves que las de un niño cuya lengua se baña todavía en la leche materna. No porque hubiese más de un simple aspecto en la viva luz que yo miraba, pues siempre es tal y nunca cambia, sino porque mi vista se perfeccionaba mientras la contemplaba y su apariencia única se me representaba en otra forma según iba alterándose mi aptitud visiva. En la profunda y clara sustancia de la alta luz se me aparecieron tres círculos de tres colores y de una sola dimensión[241]; el uno parecía un fuego procedente de ambos por igual. ¡Ah! ¡Cuán escasa y débil es la lengua para expresar mi concepto! Y éste lo es tanto, comparado a lo que vi, que la palabra «poco» no basta para expresar su pequeñez.

¡Oh Luz eterna, que en Ti solamente resides, que sola te comprendes y que, siendo por Ti a la vez inteligente y entendida, te amas y te complaces en Ti misma! Aquel de tus círculos que parecía proceder de Ti como el rayo reflejado procede del

rayo directo, cuando mis ojos lo contemplaron en torno, pareciome que dentro de sí con su propio color representaba nuestra efigie humana, por lo cual mi vista estaba fija atentamente en él. Como el geómetra que se dedica con todo empeño a medir el círculo y por más que piensa no encuentra el principio que necesita, lo mismo estaba yo ante aquella nueva imagen. Yo quería ver cómo correspondía la efigie al círculo y cómo estaba unida a él; pero no alcanzaban a tanto mis propias alas si no hubiera sido iluminada mi mente por un resplandor merced al cual fue satisfecho mi deseo[242].

Aquí faltó la fuerza a mi elevada fantasía; pero ya eran movidos mis deseos y mi voluntad, como rueda cuyas partes giran todas igualmente, por el Amor que mueve al Sol y a las demás estrellas.



Dante Alighieri (Florencia, 1265-Rávena, 1321) fue un poeta italiano. Su obra maestra, *Divina Comedia*, es una de las obras fundamentales de la transición del pensamiento medieval al renacentista. Es considerada la obra maestra de la literatura italiana y una de las cumbres de la literatura universal. En italiano es conocido como «el Poeta Supremo». A Dante también se le llama el «Padre del idioma» italiano. Participó activamente en las luchas políticas de su tiempo, por lo cual fue desterrado de su ciudad natal. Fue un activo defensor de la unidad italiana. Escribió varios tratados en latín sobre literatura, política y filosofía.

Notas de la Introducción

[1] «La amada mía derrama tanta gentileza y tanta pureza cuando saluda a alguien, que las lenguas se quedan como mudas y los ojos no se atreven a mirarla. Luego sigue andando, sintiendo los efectos que ha producido su presencia, benévolamente envuelta en humildad, y parece un ser bajado del Cielo para mostrarnos su propio milagro. Es tan placentera su vista que da a quien la ve una dulzura tal que no se puede entender más que sintiéndola. Y parece que de su boca se exhale un aliento suave que va diciendo a las almas: “Suspirad”». <<

[2] «Así, de puente en puente y hablando de cosas que mi comedia no se ocupa en referir…». <<

[3] «¡Oh vosotros, que, deseosos de escucharme, habéis seguido en una frágil barca tras de mi bajel… no os adentréis en el mar porque quizá, perdiéndome de vista, quedaríais perdidos!». <<

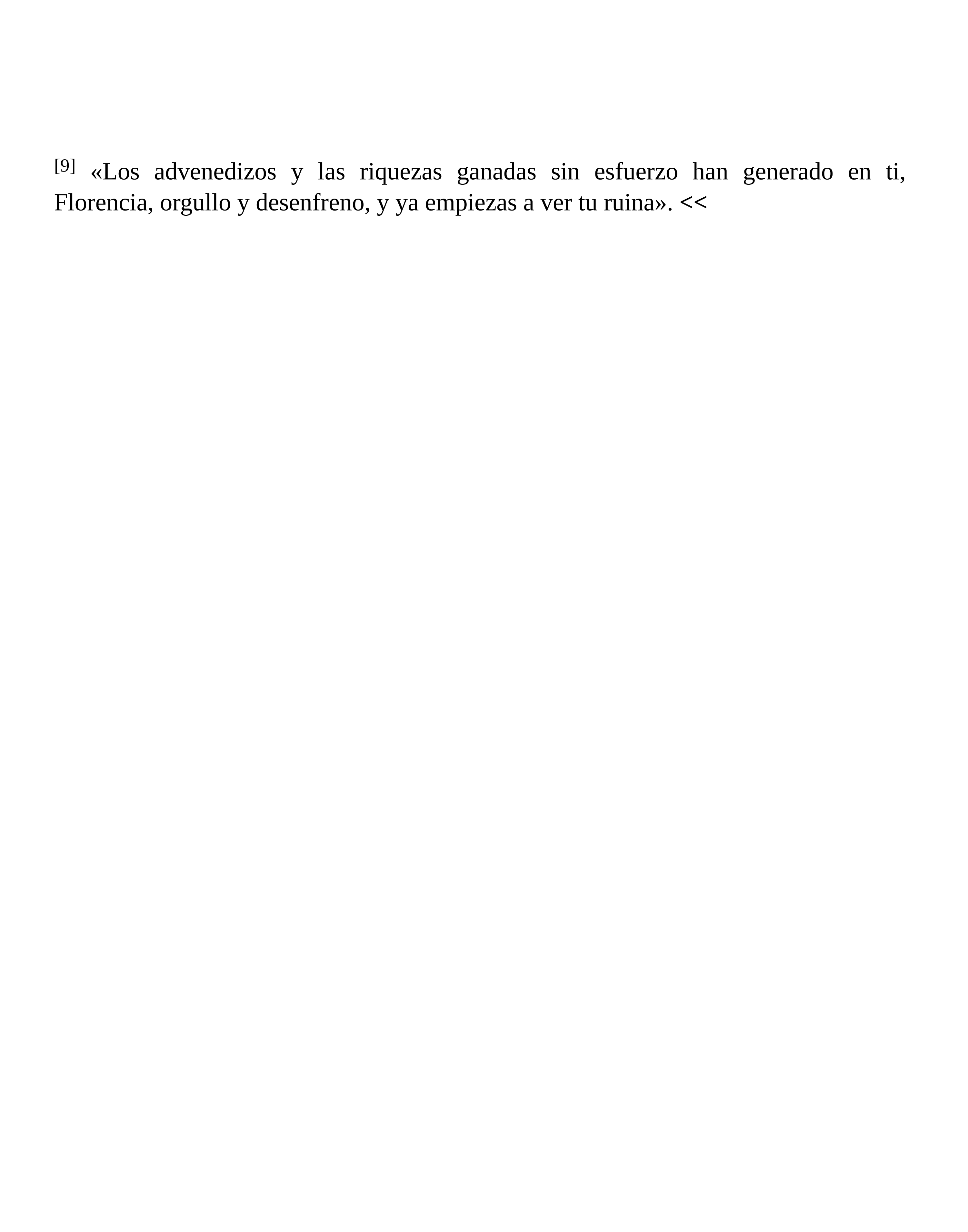
[4] «Y vosotros, los que, en corto número, levantasteis a tiempo las miradas hacia el pan de los ángeles…». <<

[5] «A pesar de las dificultades de la labor, todo cuanto conservo en la mente de la visión del reino de los cielos será de ahora en adelante el tema de mi poema». <<

[6] «¡Qué inútiles son las palabras para expresar el concepto y qué pálido el concepto para expresar lo que vi!». <<

[7] «El amor, que es un sentimiento natural en un corazón gentil, hizo que Paolo amase la belleza que me fue arrancada violentamente, y tanto me amó que todavía me ama. El amor, que no consiente que quien es amado no corresponda a su vez amando, me hizo amar su belleza, y tanto amé que todavía lo amo. El amor nos llevó juntos a una misma muerte». <<

[8] «Porque tengo siempre fija en mi mente, y ahora me contrista verla así, vuestra querida, buena y paternal imagen, cuando me enseñabais en el mundo cómo el nombre se inmortaliza…». <<



[9] «Los advenedizos y las riquezas ganadas sin esfuerzo han generado en ti, Florencia, orgullo y desenfreno, y ya empiezas a ver tu ruina». <<

[10] «Puedes estar satisfecha, Florencia, puesto que eres tan grande que tu nombre se extiende por tierra, por mar y hasta por el mismo Infierno». <<



[11] «¿Dónde están las damas y los caballeros, las empresas y el fasto que inspiraban amor y cortesanía?». <<

[12] «Hiciste como el que camina de noche llevando tras de sí una luz, que a él no le sirve pero va alumbrando a los que le siguen». <<

[13] «Joven Bicci —Bicci era el apodo de Forese—, hijo de no sé quién, a menos que se lo pregunte a tu madre: has trasegado tanto por ese tu gañote que sin duda has debido robárselo a alguien». <<

[14] «cuando oí nombrarse a sí mismo al padre mío y de otros poetas mejores que yo que usan las hermosas y dulces rimas amorosas». <<

[15] Pero poco más sabremos sobre la realidad histórica de este personaje, por lo que los comentaristas no se ponen de acuerdo sobre la identificación del mismo. Para unos es la condesa Matilde de Canossa (1046-1115); para otros, la monja Matilde de Hackenborn, autora de un *Liber specialis gratiae*; otros, finalmente, proponen una lectura anagramática: MATELDA, a la inversa, AD LETAM, «hacia la beata», «hacia la beatitud». <<

[16] Otros comentaristas quieren ver en estas figuras a los primeros doctores de la Iglesia (Agustín, Jerónimo, Ambrosio y Gregorio Magno) o a los profetas del Antiguo Testamento, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel. <<

[17] «Pero Virgilio nos había privado de su presencia; Virgilio, mi dulcísimo padre; Virgilio, que ella me había enviado para mi salvación. Ni todas las delicias del Paraíso pudieron impedir que mis mejillas volviesen a mancharse con mis lágrimas». <<

[18] «Y emergí de aquellas santas aguas tan fresco como la planta que se reviste de nuevas hojas, puro y dispuesto para subir a las estrellas». <<

[19] «Iluminato y Agustín están aquí; éstos fueron de los primeros pobres descalzos que, llevando el cordón, se hicieron amigos de Dios». <<

[20] «El Reino de los Cielos es vulnerable a dos tipos de violencia, la esperanza y la caridad». <<

[21] «con la voz ya cambiada por la edad, ya blancos mis cabellos, volveré a la patria y en la misma fuente donde fui bautizado quiero recibir la corona de poeta». <<

[22] «La imaginación se quedó sin fuerzas; pero ya mi deseo y mi voluntad habían sido movidos, uniformemente, por el amor que mueve al Sol y a las demás estrellas». <<

Notas del Infierno

[1] Quiero desde el primer momento invitar a una lectura alegórica de esta obra a la que voy a contribuir con un gran número de notas que acompañarán esta edición. Naturalmente, la selva a que hace alusión el texto debe entenderse como el pecado. <<

[2] El pecado, como el sueño, adormece los sentidos y ofusca la inteligencia. <<

[3] La mayoría de los comentaristas interpreta que el pecado conduce a la muerte del alma, lo que no es completamente cierto a menos que interpretemos la frase como «la obstinación en el pecado». <<

[4] Simboliza la trayectoria natural del alma hacia Dios. <<

[5] Pantera (*lonza* en el texto italiano, del fr. *lonce). Los bestiarios medievales dicen que nace de la unión de león con pantera o de leopardo con leona. Los tres animales que encuentra Dante simbolizan las tres tendencias pecaminosas que impiden el arrepentimiento. Los comentaristas más antiguos ya los identifican de la siguiente manera: la pantera sería la alegoría de la lujuria, el león de la soberbia y la loba de la avaricia. Los tres vicios a los que, según Santo Tomás, «reduci possunt omnes passiones» (Sum. Theol., II, ii* q LXXVII, art. 5). Según las categorías aristotélicas, los tres animales simbolizan la incontinencia, la violencia y la malicia; pecados que veremos castigados en los círculos 2 a 5 (Cantos V a IX); en los distintos recintos del círculo 8 (Cantos XII a XVIII), y, por último, desde el VIII hasta el final del *Infierno*. Del orden en que vienen presentados podemos deducir la escala de valores con que los mide el autor, en una valoración sorprendentemente moderna porque no siempre coincide con una escala ortodoxa. <<

[6] Se refiere a la Italia del Norte, llamándola anacrónicamente con el nombre que había de adquirir en el medievo. <<

[7] *Sub Iulio,* en tiempos de Julio César. <<



[8] El justo hijo de Anquises es Eneas, «pius Aeneas», *«quo iustior alter / nec pietate fuit, nec bello maior et armis» (Aen.*, I, 544-545). <<

[9] Efectivamente, Dante no sólo conoce a Virgilio y se confiesa su discípulo, sino que sabe de memoria la *Eneida*, como nos dirá en *Infierno*, XX, «lo sai tu che la sai tutta quanta». Al poeta mantuano le debe además el estilo trágico, como confiesa más adelante. <<

[10] Muchos son los hombres que caen en este pecado de la avaricia. Otra interpretación sería que la avaricia conlleva otros muchos pecados. La avaricia es el pecado más odioso para Dante porque es causa de la corrupción de la Iglesia y del no cumplimiento de la misión para la que fue instituida por Cristo, con lo que esto supone, según las ideas políticas de Dante, para el desorden y las injusticias que veía en la misión temporal. <<

[11] Infinitas son las interpretaciones que se han hecho a propósito de este Lebrel queriéndolo identificar con personajes históricos, el emperador Enrique VII o el protector de Dante, Cangrande della Scala, entre otros. Quedémonos con el lebrel o galgo, perro de caza que perseguirá y expulsará a la loba de Italia. Se trata de un caso de lenguaje ambiguo, propio de las profecías que tanto abundan en la literatura del medioevo. <<

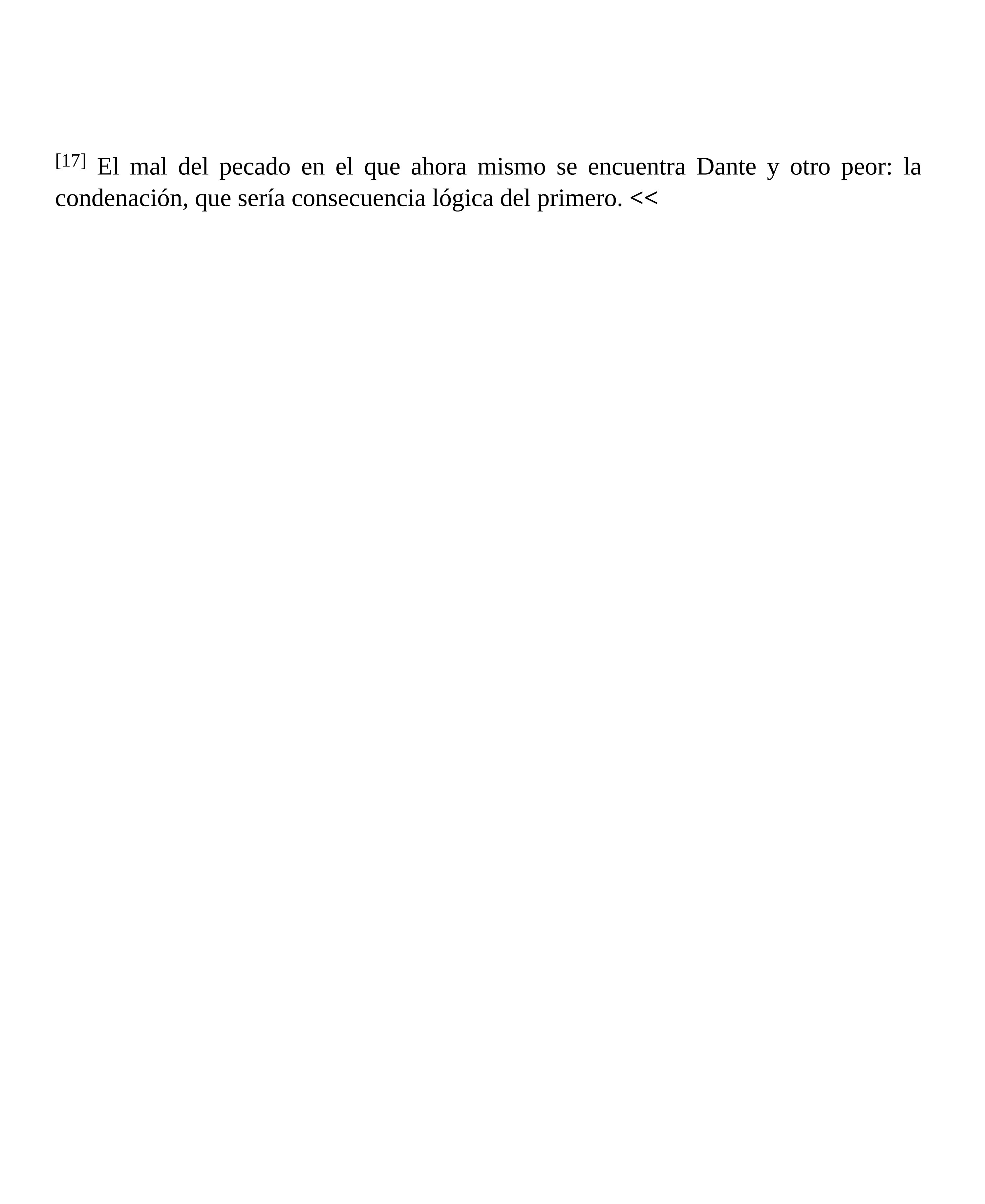
[12] Otra oscura referencia que ha hecho correr ríos de tinta. Parece ser el más convincente de todos los comentarios el que quiere ver en el «fieltro» el paño burdo con que vestían los franciscanos, orden que con el voto de pobreza podía servir de ejemplo para el orgulloso Papado y guiarlo así de nuevo a la simplicidad evangélica de sus orígenes. <<

[13] Nombre de algunos de los combatientes que cayeron en la guerra entre troyanos y volscos: Euríalo y Niso, compañeros de Eneas, y Camila, hija del rey de los volscos, y Turno, rey de los rútulos, combatientes en el bando contrario. <<

[14] El juicio final y la consiguiente condenación o segunda muerte, ya para la eternidad. <<

[15] Las almas que están en el Purgatorio. <<

[16] Virgilio, pagano, no puede disfrutar de los beneficios de la Redención. Por otra parte, la Razón, simbolizada aquí por Virgilio, es insuficiente para llevarnos por sí sola a la salvación, sin la cooperación de la Gracia santificante. <<



[17] El mal del pecado en el que ahora mismo se encuentra Dante y otro peor: la condenación, que sería consecuencia lógica del primero. <<

[18] Fórmula que se encuentra a menudo en Virgilio: «Nox erat, et terris animalia somnus habebat» (*Aen*., III, 147). <<

[19] Aquí empieza verdaderamente el poema, siguiendo el modelo de la épica clásica. El Canto I no ha sido más que una introducción al viaje de ultratumba. <<

[20] Es una afirmación de la realidad del viaje, de la verdad de su experiencia mística. Se repetirá varias veces a lo largo del poema. <<

[21] Es el mismo Eneas, que tuvo a Silvio de su unión con Lavinia, y de cuya bajada a los infiernos se nos habla en el libro VI de la *Eneida*. **<<**

[22] Anquises, padre de Eneas, le profetiza en el Infierno la victoria sobre los rútulos y el establecimiento de su poder en Roma, en la que, andando el tiempo, también habría de asentarse la autoridad papal. <<

[23] Según la tradición, también San Pablo, «el Vaso de Elección», entró en carne mortal en el mundo ultraterreno (II Cor. 12, 2-4). <<

[24] Entre las almas del Limbo, suspendidas entre su deseo de ver a Dios y su conocimiento de que nunca lo lograrán. Volveremos sobre el tema en *Inf.*, IV. <<

[25] Beatriz se ha aparecido a Virgilio con una apariencia tan hermosa y tan angelical que el poeta latino le rinde de inmediato el homenaje de su obediencia, en una relación claramente «stilnovista». Beatriz se ha convertido en la *Comedia* en el símbolo del conocimiento de las cosas reveladas, es decir, de la Teología, por la cual el hombre, y en este caso Dante, puede llegar a la felicidad eterna. <<

[26] El Infierno está en el centro de la tierra y es el lugar más bajo del universo, según la concepción topográfica dantesca. <<

[27] Hay diferentes interpretaciones: la Virgen, mediadora de la Gracia o, según otros, la Gracia misma. <<



[28] Lucía, patrona de los ciegos, símbolo de la Gracia iluminativa, guía en la ceguera del pecado. <<

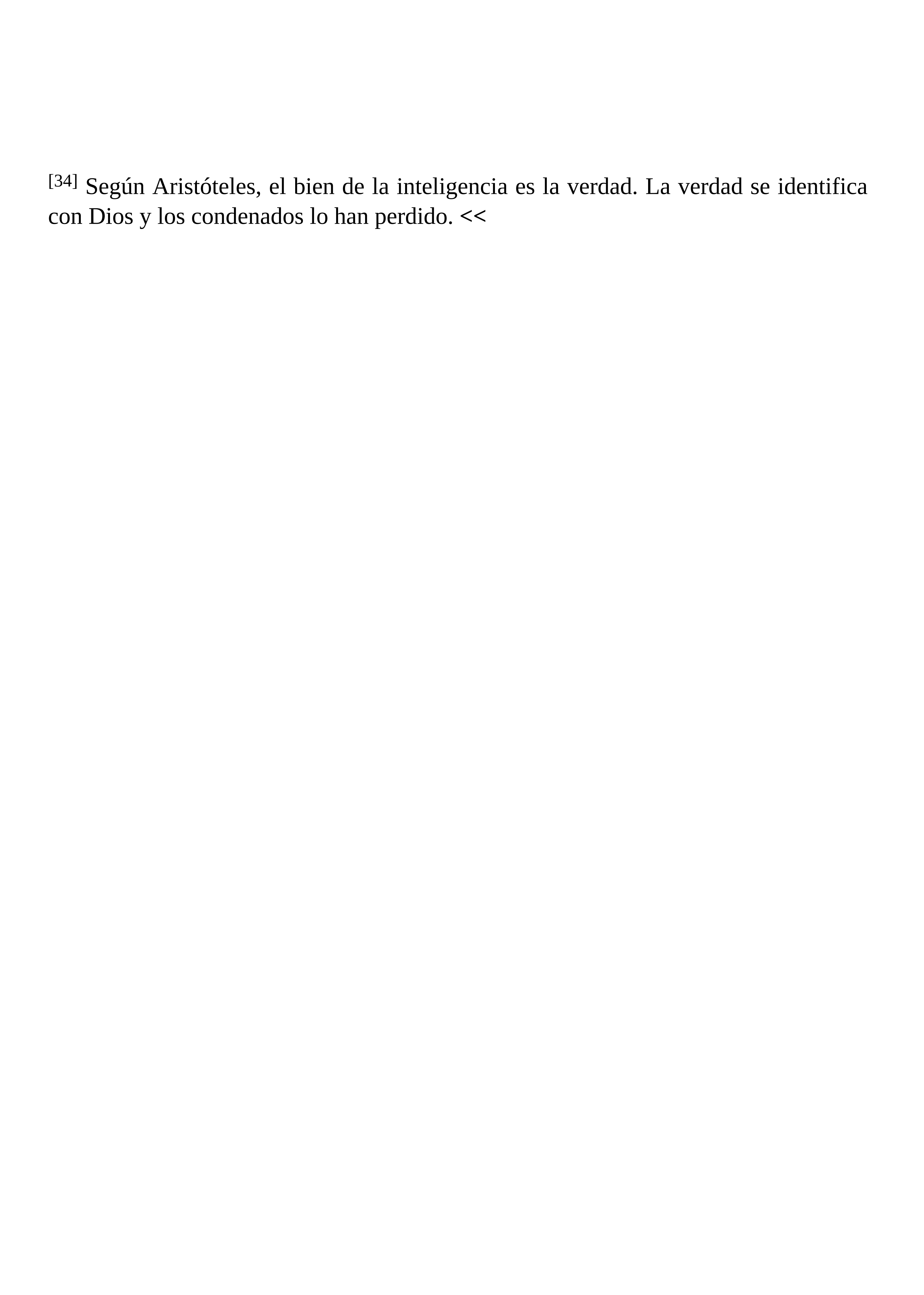
[29] Mujer de Jacob, símbolo de la vida contemplativa, de la misma manera que su hermana Lía lo es de la vida activa. <<

[30] Dentro de la filosofía amorosa «stilnovista», el amor por la *donna gentile*, por la mujer angelical, eleva al enamorado sobre los demás mortales. Estilísticamente, esto se manifiesta en la escuela poética por medio del dulce estilo que lo caracteriza y que Dante ha seguido después de haber conocido a Beatriz y haber encontrado la poética «della lode». Cfr. Introducción «La *Vita nuova*». <<

[31] Es tan desesperado el estado de Dante, que la Gracia es incapaz de moverlo. Afortunadamente, le queda todavía la razón humana, simbolizada por el poeta latino, que podrá conducirlo, en una primera etapa, hasta el punto en que la Gracia pueda volver a ser efectiva. <<

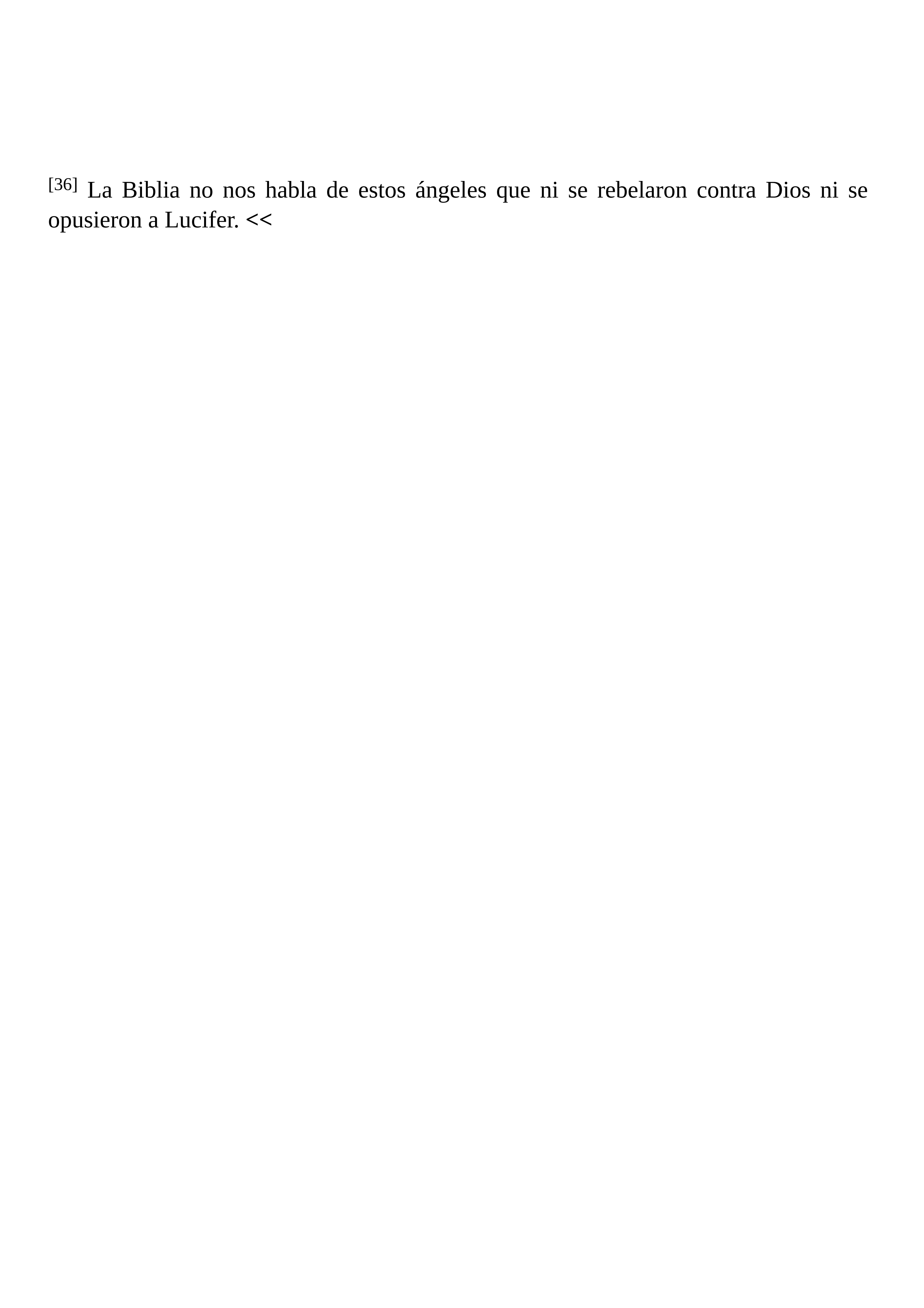
[32] Dios creó el Infierno en un acto de justicia porque el pecado debe ser castigado. Esta creación tuvo lugar con la intervención de las tres personas que forman la Trinidad: el poder del Padre, la infinita caridad del Hijo y la sabiduría del Espíritu Santo. <<

[33] La creación del Infierno fue un acto que siguió inmediatamente a la caída de Lucifer. Todo lo creado antes, ángeles, cielos y materia prima, es eterno, como lo es el mismo Infierno. Las cosas corruptibles, entre ellas el hombre, fueron creadas después. <<



[34] Según Aristóteles, el bien de la inteligencia es la verdad. La verdad se identifica con Dios y los condenados lo han perdido. <<

[35] Golpes que se daban a sí mismos los condenados en su desesperación. **<<**



[36] La Biblia no nos habla de estos ángeles que ni se rebelaron contra Dios ni se opusieron a Lucifer. <<

[37] El Cielo no quiere a estos ángeles indecisos por no disminuir su perfección; el Infierno tampoco para que no compartan el mismo castigo los ángeles rebeldes y los indiferentes. <<

[38] Dante los desprecia por su incapacidad de moverse tanto hacia el bien como hacia el mal; de ahí que estén desdibujados, grises, sin nombre. Desprecio que contrasta con el interés, el odio e incluso la simpatía con que trata a otros condenados que con sus acciones consiguieron dejar memoria en este mundo. Ni la misericordia de Dios se apiada de ellos ni la justicia divina los condena al Infierno. <<

[39] Otro personaje de difícil identificación. Los comentaristas van desde Esaú (que renunció a la primogenitura) a Pilatos (que renunció a defender a un justo), a Juliano el Apóstata, etc. Interesante la hipótesis de los que lo identifican con el ermitaño Pietro da Morrone, quien, elegido papa con el nombre de Celestino V, renunció al Papado en un acto de humildad, pero cuya renuncia facilitó la elección de Bonifacio VIII, culpable directo, según Dante, de la ruina de Florencia y de la postración en que se encontraba la Iglesia, así como de los sufrimientos personales de nuestro poeta. <<

[40] Los que no habían sido aguijados en vida por ningún deseo o razón (de ahí que «no hubieran vivido nunca») son aquí aguijados eternamente. Es el primer ejemplo que encontramos en la *Comedia* de la correspondencia que establece siempre Dante entre la culpa y el castigo. <<

[41] Uno de los ríos infernales, tomado de Virgilio (*Aen*., V, 295 y sigs.), quien a su vez lo tomó de Homero (*Odisea*, X, 513 y sigs.) <<

[42] En *Purg.*, II y XV, entenderemos estas palabras: las almas de los que se salvan son llevadas en «más ligera barca» al Purgatorio. <<

[43] Carón, hijo de Erebus y de la Noche, el barquero que transportaba las almas de los condenados a través de los ríos infernales. La descripción que nos da Dante se corresponde perfectamente con las palabras de Virgilio: «Portitor has horrendus aquas et flumina servat / terribili squallore Charon, cui plurima mento / canities inculta iacet, stant lumina flamma, / sordidus ex umeris nodo dependet amictus» (*Aen*., VI, 298 y sigs.). Es el primero de los personajes mitológicos que usa Dante para asignarle un deber en el *Infierno*. No son exactamente ni demonios ni condenados, sino imágenes de los diferentes apetitos desordenados, y presiden los círculos infernales correspondientes a sus perversas naturalezas. <<

[44] También la magnífica imagen de la caída de las hojas en otoño está tomada de la *Eneida*, así como la continuación en que compara a las almas apiñadas con los pájaros que acuden a los reclamos (XI, 305-312). <<

[45] No pueden salvarse los que no han conocido a Cristo. Sin embargo, al contrario de los personajes que hemos encontrado en el canto anterior, los habitantes de este círculo han elegido, con la sola luz de la razón, el camino de la virtud. Por ello tienen su premio: están gozando en el más allá que el paganismo imaginó. Alegóricamente, la sola fuerza de la razón no puede ir más lejos: pueden conseguir la felicidad de este mundo, no la de la eternidad, para la que tienen que conjuntarse Gracia, Fe y Razón. Dante vuelve sobre este problema en *Purgatorio,* Cantos VII y XXII, y en *Paraíso,* Cantos XIX y XX. <<

[46] No hacía mucho tiempo que había muerto Virgilio cuando tuvo lugar la muerte de Jesucristo y su bajada a los infiernos, años 19 a. C. y 33 d. C., respectivamente. <<

[47] «Posuitque Dominus crucem suam in medio inferni, quae est signum victoriae», *Evangelio de Nicodemo*. **<<**

[48] Israel es el patriarca Jacob; su padre Isaac, sus doce hijos, cabezas de las doce tribus, y su mujer, Raquel, hija de Labán, a quien Jacob estuvo sirviendo durante catorce años para merecerla como esposa. <<

[49] Ciencia, fundamento de la poesía, y arte (retórica y técnica) eran los atributos del poeta, según la estética medieval. <<

[50] Empieza aquí la relación de los grandes hombres que vivieron antes de la Redención y que, por tanto, no pueden salvarse, aunque se distinguieron y alcanzaron fama eterna por su sabiduría, sus virtudes o sus hechos de armas. Dante no conocía a Homero directamente, pero sí a través de las citas y alabanzas de los autores latinos. Horacio es citado como autor de las sátiras. Estos aquí presentes y Estacio, a quien encontraremos en el Purgatorio, eran los poetas clásicos más conocidos y admirados por la época de Dante. En *Purgatorio*, XII, encontraremos una lista más conspicua de grandes poetas griegos y latinos. <<

[51] Es Homero, que viene delante de los demás portando la espada de la poesía épica, príncipe de los poetas, en palabras de Virgilio. <<

[52] Suponemos que hablando de la profesión común, la poesía, que sería inoportuno repetir aquí. No se encuentra ninguna otra explicación en los diferentes comentaristas que he consultado. <<

[53] El noble castillo es la sabiduría, rodeado por los siete muros de las siete ramas del conocimiento: física, metafísica, ética, política, economía, matemáticas y dialéctica. Otros comentaristas prefieren ver una alusión a las siete artes liberales. <<

[54] Empieza una larga lista, muy del gusto de la literatura didáctica, recurso que nos sirve para conocer la valoración que el hombre medieval hacía de la historia, la leyenda y la mitología, en un *totum revolutum* tópico al que no podía escapar nuestro poeta. Electra, madre de Dárdano, el fundador de Troya. Pentesilea, reina de las amazonas. Latino, rey del Lacio, esposo de Amata y padre de Lavinia. Siguiendo las admoniciones de un oráculo, Lavinia fue prometida a Eneas, rompiéndose así la promesa hecha anteriormente a Turno. Derrotado éste, el troyano y la princesa latina se unen en matrimonio y Eneas sucederá a Latino a su muerte. Bruto derrocó la monarquía romana en la persona de Tarquino el Soberbio. A este hecho va unido el nombre que aparece a continuación, Lucrecia, esposa de Lucio Tarquino Collatino, la que, ultrajada por Sexto Tarquino, hijo del rey de Roma, se mató para limpiar su honor, lo que llevó a la revolución de Lucio Junio Bruto (Livio, *Ab Urb.*, I, 57-60). Julia, hija de César; por razones políticas, César la obliga a divorciarse de Cornelio Caepio y la casa con Pompeyo. Lucano lamenta que su temprana muerte (54 a. C.) hubiera hecho imposible la reconciliación entre Pompeyo y César, lo que condujo a la guerra civil (*Farsalia*, I, iii, 20). Marcia, hija de Lucio Mario Filipo y segunda esposa de Catón de Utica. También es Lucano quien nos cuenta que, tras el nacimiento de su tercer hijo, Catón la cede a su amigo Hortensio, porque pensaba que la única razón del matrimonio era la procreación. Tras la muerte de Hortensio, Catón vuelve a desposarla. Cornelia, hija de Escipión el Africano, esposa de Tiberio Sempronio Graco y madre de los dos famosos tribunos Tiberio y Cayo. Prototipo de la austeridad de la matrona romana durante la época de la República. Saladino (Yusuf Salah-ed-din, 1138-1193), el gran sultán fundador de la dinastía ayubita de Egipto. Fue el gran oponente de los cristianos en las Cruzadas, pero aun así Dante lo coloca entre los grandes hombres del Limbo; efectivamente, la fama de su prodigalidad y buen gobierno fue proverbial durante la Edad Media. Lo cita igualmente en el *Convivio* (IV, xi, 14), figura en dos cuentos de Boccaccio (I, 3 y X, 9) y en varios cuentos de las *Cento novelle antiche*. El «maestro de los que saben» es Aristóteles. El filósofo Demócrito sostenía que el mundo se había formado por la unión casual de los átomos; Dante obtuvo este conocimiento por Cicerón (*De nat. deor.*, I, 24). Junto a estos nombres de personajes históricos coloca a Orfeo y a Lino, personajes míticos, músicos y poetas. Averroes es el filósofo «que hizo el gran comentario» de Aristóteles. <<

[55] Rey de Creta, legislador y, tras su muerte, juez de los infiernos. Puede ser igualmente la imagen de la conciencia, ya que las almas se condenan basándose en la aceptación de sus propias culpas. Si el pecado puede ser un autoengaño, la condena debe ser una autocondena; por eso todas las almas que encuentra Dante en su viaje le dicen la verdad sobre sí mismas. <<

[56] Los lujuriosos. El lenguaje se concentra en los pecados de la carne, aunque el simbolismo pueda ser más amplio. Los pecadores de este círculo han pecado *también por amor* y por eso su pecado es el menos odioso y su castigo el más leve. Otros pecados similares, pero en los que el amor no toma parte, se encuentran a mayor profundidad. <<

[57] Las almas encontradas aquí han sido arrastradas por la pasión en este mundo y ahora están arrastradas por la eternidad por el viento negro, sin forma y sin luz. Si el castigo es la contraparte del pecado, podemos ver en el viento el mismo ciego torbellino de la pasión, pero experimentado sin ilusión alguna. <<

[58] Semíramis, reina de Asiria, esposa de Nino, fundador del imperio de Nínive. «Emperatriz… de diferentes lenguas», porque Babilonia estaba comprendida dentro de su imperio. Es un error de Dante decir, como hace a continuación, que reinó en la tierra que hoy es del Sultán, confundido sin duda con la Babilonia de Egipto. <<

[59] Dido o Elisa, hija de Belus, rey de Tiro, casada con Siqueo. Muerto éste, huye a África, donde funda Cartago. Virgilio la hace contemporánea de Eneas, de quien se enamora cuando el fugitivo troyano llega a Cartago. Cuando Eneas, siguiendo su destino, continúa su viaje a Italia, Dido se suicida. <<

[60] Alusión a la guerra de Troya, de la que Helena fue causa indirecta. <<

[61] El héroe de la *Ilíada* está visto aquí de acuerdo con la tradición medieval transmitida por el *De bello Troiano*, de Dictis Cretense, y el *De exidio Troiae*, de Darete Frigio, obras por las que se conocía en la Edad Media el argumento del poema de Homero. Según esta tradición, Aquiles fue muerto a traición en el templo de Apolo en Troya, donde había acudido para encontrarse con Polixena, hija del rey Príamo, de quien estaba enamorado. <<

[62] Paris muere en la guerra de Troya, de la que fue causante por el rapto de Helena. Tristán es el héroe de varias narraciones del cielo artúrico, «li plus puissant chevalier qui oncques fut en la grant Bretaigne devant le roi Artu e après». Enamorado de Isolda, prometida del rey Marco, es sorprendido por éste, que lo hiere mortalmente. Cuando pide ver a Isolda por última vez, la abraza con tal fuerza que le rompe el corazón y los dos amantes mueren juntos. Aunque existía una versión toscana del siglo XIII, Dante probablemente conoció las narraciones artúricas en *langue d'oîl*. <<

[63] Quien habla es Francesca, hija de Guido da Polenta, señor de Rávena, casada con Gianciotto Malatesta, señor de Rímini, ser deforme y malvado. Enamorada del hermano de Gianciotto, Paolo, fueron sorprendidos por el marido, que los mató atravesándolos con un solo golpe de espada. Esta simple historia da pie a Dante para la explicación detallada del enamoramiento y los efectos del amor según la filosofía del *Dolce Stil Novo*. En las palabras de Francesca, que parece hablar no de su experiencia personal, sino del trasfondo cultural de esta filosofía, encontramos los elementos ideológicos que habían dado lugar a la poesía trovadoresa y a los *romans* del ciclo artúrico. Efectivamente, el amor se apoderó de los dos amantes mientras leían juntos la historia de Lanzarote. Esta doctrina queda resumida así: un corazón gentil, noble y bueno tiende de manera natural al amor, de la misma manera que un corazón innoble es incapaz de experimentar este sentimiento. El mismo Dante lo había expuesto en uno de sus sonetos, «Amor e'l cor gentil sono una cosa». En la continuación de las palabras de Francesca se repite la idea: el verdadero amor gentil no permite que quien es amado no corresponda con el mismo sentimiento. Sobre los efectos del amor, además del tratamiento literario a que ya hemos hecho referencia, habían escrito numerosos tratadistas, el más conocido de los cuales, Andres Cappellanus (*De Amore*), ejerció una notable influencia sobre los poetas de la escuela *stilnovista*, a la que pertenecía Dante. <<

[64] La primera de las cuatro divisiones concéntricas del último círculo del Infierno, donde son castigados los traidores de sus propios consanguíneos (Canto XXXII). <<

[65] Héroe del *roman* bretón *Lancelot du Lac*, «la flor des chevaliers del monde». En Camelot se enamora de la reina Ginevra, esposa de Arturo. Por este amor culpable fracasará en la búsqueda del Santo Grial. <<

[66] Galehaut, escudero de Lanzarote, favorece en el *roman* los amores del héroe y Ginevra. <<

[67] Cerbero, con sus tres fauces, es el símbolo del apetito incontrolado. **<<**

[68] Personaje florentino del que poco sabemos. Descarado parásito e impenitente glotón debió ser y como tal nos lo presenta Boccaccio (*Decameron*, IX, 8), aunque también nos dice que era persona de buena educación y agradable ingenio, «assai costumato e tutto pieno di belli e di piacevoli motti». Así debió de ser, porque Dante lo trata con respeto y lo usa para poner en su boca un serio discurso sobre la situación de Florencia. <<

[69] El partido de los *Blancos*, de la familia de los Cerchi, que expulsará a los miembros del otro, el de los *Negros*, de la Familia Donati. <<

[70] El papa Bonifacio VIII, que había de enviar como pacificador de Florencia a Carlos de Valois, pero con el secreto designio de imponer el gobierno de los *Negros*. <<

[71] Farinata degli Uberti († 1264), jefe del partido gibelino de Florencia. Como nos dirá Ciacco, no está en este círculo y lo encontraremos entre los herejes, en el Circulo 6, Canto X del *Infierno*. Tegghiaio Aldobrandi, güelfo, tampoco está aquí, sino entre los sodomitas (*Inf.*, XVI). Sin embargo, según el cronista Villani, era «cavalliere savio e prode e di grande autoritade». Iacopo Rusticucci está también en el mismo círculo. No sabemos quién es Arrigo, aunque Boccaccio en su comentario lo identifica con Arrigo Gandonati, «onorevole e famoso cavalliere e cittadino». Mosca de' Lamberti, causante de la muerte de Buondelmonte de' Boundelmonti (1215), lo que trajo como consecuencia la implantación de los dos partidos rivales de güelfos y gibelinos. Más adelante lo encontraremos entre los sembradores de discordias (*Inf.*, XVIII). <<

[72] La doctrina escolástica, que sostiene que cuanto más perfecto es un ser más es capaz de sentir el bien y el mal. Estas almas serán más perfectas cuando, tras el Juicio Final, se unan a sus cuerpos respectivos. <<

[73] Aunque hay quien quiere ver estas palabras como faltas de significado, manifestando en ellas un lenguaje demoníaco ininteligible para los hombres y muestra de la bestialidad inhumana del personaje que las pronuncia, los comentaristas antiguos dicen que *pape* sería una interjección y *aleppe* (la primera letra del alfabeto hebreo, *aleph*) querría significar «el primero». En este caso, la frase debería ser entendida como «¡Oh, Satán, oh, Satán, príncipe!». <<

[74] Extensa disertación de Virgilio sobre la Fortuna, tema insistente entre las preocupaciones de los hombres de la Edad Media y el Humanismo. Contra todos los que han vituperado a la inconstante diosa, Dante toma la postura propia de un cristiano convirtiendo a la voluble deidad en un instrumento de la providencia divina. Es una inteligencia celeste que tiene sus leyes, ocultas para los hombres, pero coincidentes con la voluntad de Dios. <<

[75] Otra vez nos encontramos con dos pecados contrapuestos en su manifestación terrena pero castigados en el mismo lugar infernal: los iracundos y sus opuestos los melancólicos. En la superficie de la laguna Estigia los condenados se atacan unos a otros y en las profundidades los depresivos melancólicos que, ahogados por las cenagosas aguas, no logran articular palabra y sólo producen un ininteligible borboteo. <<

[76] Flegias, hijo de Marte y de una mortal, fue rey de Beocia. Su hija fue seducida por Apolo y, para vengarla, Flegias incendió el templo del Dios. Conocida esta leyenda mitológica, nos explicamos el papel que le asigna Dante al colocarlo entre el círculo de los iracundos y la ciudad de los impíos. <<

[77] Porque Dante viaja con su cuerpo mortal y, por consiguiente, pesa. <<

[78] Felipe, de la familia de los Ademari, que se hizo popular por sus explosiones de ira y su crueldad. Fue contemporáneo de Dante. El mejor retrato lo encontramos en el cuento en que lo hace aparecer Boccaccio: «meser Filippo Argenti, uom grande e nerboruto e forte, sdegnoso, iracondo e bizzaro più che altro…» (*Decameron*, IX, 8). <<

[79] Comprende el resto del Infierno, su parte más profunda y, por tanto, la más terrible. Los pecados que encierra son los de violencia y engaño y podríamos decir que sin ningún dirimente, es decir, cometidos voluntariamente. Respecto del nombre, Dite, hay confusión. No sabemos si Plutón para Dante era el Plutón-Hades, dios del infierno, hijo de Cronos y de Rhea, o Plutos, hijo de Jasón y Demeter. También en la antigüedad clásica eran confundidos a veces. El nombre griego Plouton es un epíteto de Aides y significa «rico», de Ploutos, «riqueza». El primero, también conocido por Dite, significa igualmente en latín «rico» (Cicerón, *De nat. deor.*, II, 26). Dante utiliza este mismo nombre, Dite, para designar al señor de los infiernos. **<<**

[80] Los diablos intentaron impedir la entrada a Jesús cuando fue a librar a los santos padres del Antiguo Testamento. Es la puerta que hemos pasado en el Canto III. «Portas mortis… Salvator noster dirupit». <<

[81] Esta reticencia expresa el temor y la duda que inmediatamente rechaza Virgilio por respeto al Ser Supremo. Quiere decir: «Si no viniese ayuda del cielo… Pero ¿qué digo? *Se me ha prometido*». Se refiere a la llegada del ángel. **<<**

[82] Ericton, bruja de Tesalia, región en la que abundaban las hechiceras, fue convocada por el hijo de Pompeyo para conocer el resultado de la inminente batalla de Farsalia conjurando el espíritu de uno de sus soldados muertos (Lucano, *Phars*., VI, 507-530). Esta anterior bajada de Virgilio al Infierno constituye un episodio totalmente inventado por Dante; sus más antiguos comentaristas son incapaces de encontrar la fuente en que se inspiró. Tampoco podemos saber quién podía ser el personaje a quien Virgilio sacó del círculo de Judas. Boccaccio dice «che istoria questa si fosse, no mi ricorda mai ayer nè letta nè udita». Y Benvenuto, «ista est simpliciter fictio nova». <<

[83] El Primer Móvil o Cristalino, desde donde parte el impulso que mueve los demás cielos. <<

[84] Proserpina o Hécate, esposa de Plutón. <<

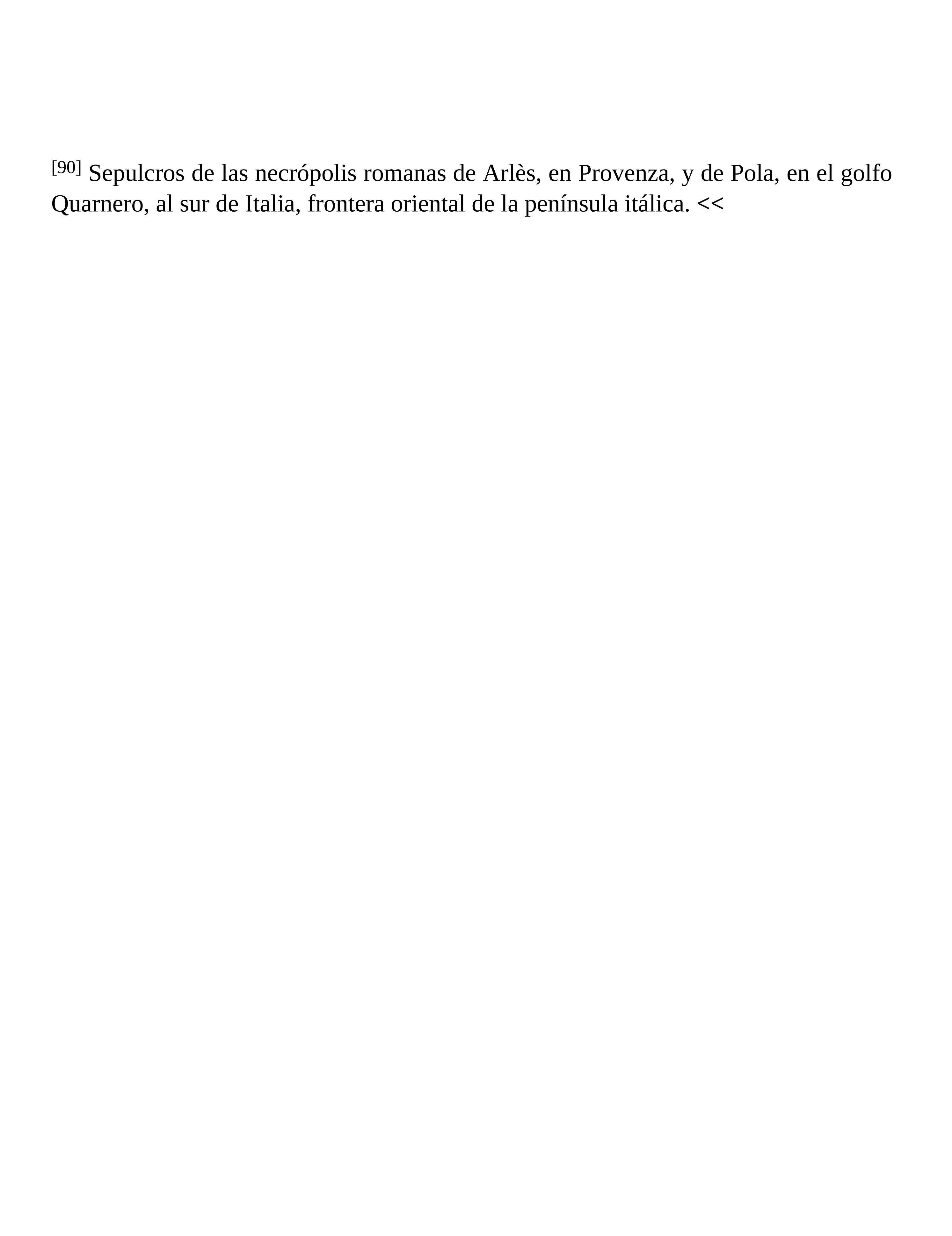
[85] Una de las tres Gorgonas, la única que podía morir. Había sido una hermosa doncella de la que se enamoró Neptuno, que llegó a profanar por ella el templo de Minerva. La diosa la convirtió en el horrible ser de cabellos serpentinos y mirada petrificante que aquí encontramos. <<

[86] Rey de Atenas. Junto con Piritóo bajó a los infiernos para raptar a Proserpina, pero fue hecho prisionero hasta que Hércules logró rescatarlo. Aquí las Furias se lamentan de no haberlo matado para que sirviera de escarmiento a los que, como Dante, bajan a las profundidades infernales. <<

[87] Una de las muchas llamadas de atención que nos dirige Dante para incitarnos a reflexionar sobre el sentido alegórico que se oculta en sus «extraños versos». Dante, que va a emprender ahora la parte más difícil de su viaje, quiere ponernos en guardia contra los más graves peligros que debe superar el hombre en su camino hacia la salvación: las tentaciones (los diablos que hemos encontrado hasta ahora), la mala conciencia (las Furias) y las herejías y dudas religiosas (Medusa). En esta lucha son suficientes las fuerzas de la razón (Virgilio), que hasta ahora, han ayudado a Dante a superar todos los obstáculos, pero para completar el proceso es necesaria la intervención de la Gracia: el Mensajero celestial que aparece a continuación. <<

[88] El Mensajero celeste es, dejando aparte las numerosas explicaciones históricas, simplemente un ángel. En este punto parece simbolizar la revelación divina al despertar la conciencia del paralizado poeta, salvaguardando así su razón contra las engañosas doctrinas que va a contemplar a continuación. La recta razón de Virgilio y de Dante no puede traspasar la puerta que conduce a la herejía: de ahí la oposición de los ángeles caídos. Como se verá en el Canto siguiente, para Dante la principal característica de la herejía es la obstinación intelectual. <<

[89] Cuando intentó impedir a Hércules que entrara en los infiernos, el héroe lo encadenó y lo arrastró fuera. <<



[90] Sepulcros de las necrópolis romanas de Arlès, en Provenza, y de Pola, en el golfo Quarnero, al sur de Italia, frontera oriental de la península itálica. <<

[91] Epicuro defendía que el *summum bonum* era el placer, la ausencia de dolor; era, pues, no un placer sensual, sino intelectual, resultado del seguimiento del bien. Los estoicos defendían que el bien había de ser seguido por sí mismo. Para Epicuro la religión y el temor a la muerte eran las mayores fuentes del miedo que caracteriza al ser humano. En la Edad Media se llamó epicúreos a todos los que negaban la inmortalidad del alma. <<

[92] Manente degli Uberti, conocido por Farinata. En 1239, como cabeza de su familia, se convierte en jefe del partido gibelino, y en 1248 fue responsable de la expulsión de los güelfos de Florencia, que no habrán de volver hasta 1251. En 1258, los gibelinos son a su vez expulsados y Farinata es el organizador de las medidas y los reclutamientos que habían de derrotar a los güelfos en la batalla de Monteaperti y a establecer el poder de los gibelinos en toda Toscana (1260). Cuando, en el congreso de Empoli, las ciudades de Siena y Pisa proponen la destrucción definitiva de Florencia, Farinata se opone diciendo que defendería su ciudad natal con su propia vida, consiguiendo así salvar la ciudad, en la que morirá en 1264. Cuando se inicia la política de reconciliación por medio de alianzas matrimoniales entre las familias más destacadas de ambos partidos, una hija de Farinata casa con el güelfo Guido Cavalcanti, poeta *stilnovista* y amigo de Dante. Aunque está en el Infierno entre los poetas materialistas que niegan la inmortalidad del alma, nuestro poeta no puede disimular su admiración por el gran hombre e insigne patriota que, aun en el Infierno, sigue manteniendo el orgullo y la firmeza que lo caracterizaron en vida. **<<**

[93] La familia de los Uberti fue excluida a perpetuidad de todos los perdones que se concedieran a los gibelinos. Farinata y su mujer, Adeleta, fueron condenados como herejes, tras su muerte, por el inquisidor fray Salomone y sus descendientes privados de todos sus derechos hereditarios. <<

[94] Cavalcante de’ Cavalcanti, epicúreo, cree que la sola fuerza del ingenio permite a Dante su viaje de ultratumba, y le pregunta por su hijo Guido, personaje destacado de la vida intelectual florentina, gran poeta y, hasta cierto punto, iniciador de Dante en su quehacer poético. Cuando Dante le contesta con un verbo en tiempo pasado, Cavalcante cree que su hijo ha muerto y desaparece en su tumba. <<

[95] Farinata profetiza a Dante su propio exilio. La diosa del Infierno (Proserpina, identificada con la Luna) no aparecerá cincuenta veces en su fase llena (cincuenta meses) sin que el mismo Dante sufra las penas del exilio. <<



[96] Corrió tanta sangre en la batalla de Monteaperti que las aguas del río Arbia bajaban enrojecidas. <<

[97] Guido Cavalcanti, como miembro de la familia a la que pertenecía, tomó parte activa en las luchas políticas de la ciudad, como miembro de la facción *Blanca* del partido güelfo. Cuando, en 1300, los priores, entre los que se encontraba Dante, decretaron la expulsión de los más exaltados de ambos bandos, Guido fue confinado en Sarzana. Estaba vivo, como nos dice el poeta, cuando tiene lugar el imaginario viaje de ultratumba, pero hacía años que había muerto cuando se escribe la *Divina Comedia*. <<

[98] El emperador Federico II, siempre en guerra con los papas, contra los cuales escribió versos, fue excomulgado por Gregorio IX e Inocencio IV, y murió en 1250. Octaviano degli Ubaldini, del partido gibelino, dijo una vez que, si acaso tuviera alma, la perdería por los gibelinos. Por esta razón Dante lo coloca entre los herejes. <<

[99] Anastasio II, papa del 496 al 498, arrastrado por Fotino, diácono de Tesalónica, a la herejía de Acacio, patriarca de Constantinopla, que negaba la naturaleza divina de Cristo. <<

[100] Sodoma, la ciudad palestina destruida por el fuego divino para castigar a sus habitantes por el vicio contra naturaleza. Cahors, ciudad de Provenza cuyos habitantes practicaban la usura. En las leyes de diferentes países europeos se encuentran con frecuencia los términos *cahorsino y lombardo* para designar a los usureros. <<

[101] De la Inteligencia divina surge la Naturaleza, es su hija. Si la actuación humana sigue a la Naturaleza, esa actuación será hija de la hija de Dios. <<

[102] Génesis, 2, 15, 3, 17-19, donde se ordena al hombre ganar el pan con su trabajo. <<

[103] El usurero desprecia la Naturaleza y el trabajo, únicas fuentes legítimas de la riqueza, y «coloca su esperanza» en los intereses que saca del préstamo del dinero. <<

[104] Alude a los montes Slavini, al sur de Rovereto, sobre la orilla izquierda del río Adigio, montañas rocosas que se derrumbaron a causa de la erosión y que sepultaron varios pueblos con sus habitantes. <<

[105] Minotauro, monstruo nacido de los amores de Pasifae con un toro, haciéndose empreñar por el animal ocultándose ella dentro de una vaca de madera. <<

[106] Teseo, hijo del rey de Atenas, que enamoró a Ariadna, hermana del Minotauro, la cual le proporcionó el hilo con que poder guiarse para salir del laberinto, una vez muerto el monstruo. <<

[107] En este círculo y en el siguiente encontramos guardianes de origen mitológico, minotauros, centauros, mitad hombres y mitad animales, símbolos de la razón humana sometida a una pasión animal. No olvidemos que acabamos de entrar en el séptimo círculo, dedicado a la violencia o bestialidad, simbolizada por el león del Canto primero. <<

[108] Cristo, que bajó a los infiernos para salvar a las almas de los santos padres del Antiguo Testamento, que estaban en el Limbo o primer círculo. <<

[109] Es la doctrina de Empédocles, según la cual el orden del mundo consiste en la discordia de los elementos que lo forman (aire, fuego, agua y tierra). Si se produjese la concordia («amor», en el texto) de estos elementos se volvería, según Empédocles, al caos original. <<

[110] Quirón, centauro hijo de Saturno y de Filira, a quien se confió la educación de Aquiles, es representado por los antiguos como sabio y prudente. <<

[111] El centauro Neso había intentado violar a Deyanira, esposa de Hércules, y éste lo mató. Antes de morir entregó a Deyanira una túnica empapada en su sangre diciéndole que con ella conservaría el amor de su marido. Cuando Hércules la viste muere abrasado. Foló, el tercer centauro que aquí aparece, es descrito por Dante como «pien d’ira», tomado, sin duda, de *furentes centauri*, de Virgilio (*Georg*., II, 455). <<

[112] Ha dejado por un momento el Paraíso para encomendarme esta misión. <<

[113] Podría tratarse de Alejandro Magno y así lo sugieren los primeros comentaristas. Efectivamente, los autores clásicos lo califican de tirano: «latro gentium vastator» (Séneca), «felix praedor» (Lucano), «sanguinem sitiens» (Paulo Orosio). Pero como Dante habla de él con respeto y admiración en otras de sus obras, la crítica moderna se inclina por Alejandro de Ferea, tirano de Mesalia. Dionisio el Viejo, tirano de Siracusa (405-367 a. C.). Tanto este personaje como el anterior citado son puestos por Cicerón como ejemplos de tiranía y crueldad (*De officiis*, II, iii, 13). Azzolino o Ezzelino da Romano (1194-1259), yerno del emperador Federico II y jefe de los gibelinos del norte de Italia. Tiranizó la marca de Tréveris durante más de treinta años y el papa Alejandro IV tuvo que proclamar una cruzada contra él. Obizzo de Este (1274-93), marqués de Ferrara. Güelfo empedernido, apoyó las pretensiones de Carlos de Anjou. Murió asesinado por su hijo Azzo VII. <<

[114] Guy de Monfort. Para vengar la muerte de Simón, su padre, muerto en Inglaterra por Eduardo, asesinó en 1271, en una iglesia de Viterbo, a Enrique, hermano de aquél, mientras el sacerdote elevaba la hostia. El corazón del asesinado fue llevado en una copa a Londres y colocado sobre una columna en el puente del Támesis, para recordar a los ingleses la ofensa que se les había hecho. <<

[115] Atila, rey de los hunos, «flagellum Dei» (430?-453). Pirro, rey de Epiro (318-272 a. C.), derrotó repetidamente a los romanos. Sexto Pompeyo Magno, hijo de Pompeyo el Grande. Conquistó Sicilia después de la muerte de César y desde allí arrasó repetidas veces las costas italianas. Los dos Renato, contemporáneos de Dante, aunque eran miembros de nobles y distinguidas familias, fueron famosos salteadores de caminos. <<

[116] Dos pueblos en las desoladas tierras de la Maremma toscana. <<

[117] Monstruos mitológicos de rostro humano y cuerpo de pájaro, como nos describe Dante. Arrojaron a Eneas y sus compañeros de las islas Estrófadas, después de haber ensuciado sus alimentos y vaticinándoles las calamidades que habían de sufrir antes de alcanzar Italia (*Aen.*, III, 209 y sigs.). Aquí son símbolo del deseo de destrucción. Nótese que también en este caso se trata de seres mezcla de humano y animal. <<

[118] Para presentar el castigo de los suicidas Dante se inspira en el episodio de Polidoro (*Aen*., III, 22 y sigs.), pero en Virgilio no es el mirto quien habla, sino la voz que sale de la tumba del infortunado hijo de Príamo. Aquí quien habla es el alma del condenado, que se ha convertido en árbol, en vegetal. El suicidio es una violencia contra el propio cuerpo. Las almas de los condenados por este pecado están, pues, desprovistas de toda apariencia humana, transformados en vegetales. Ni siquiera cuando, tras el Juicio Final, los cuerpos se reúnan con las almas para la eternidad, los suicidas conseguirán la apariencia humana, porque sus cuerpos colgarán como ahorcados de las ramas de los árboles de este bosque doloroso. <<

[119] El episodio al que se refiere la nota anterior. <<

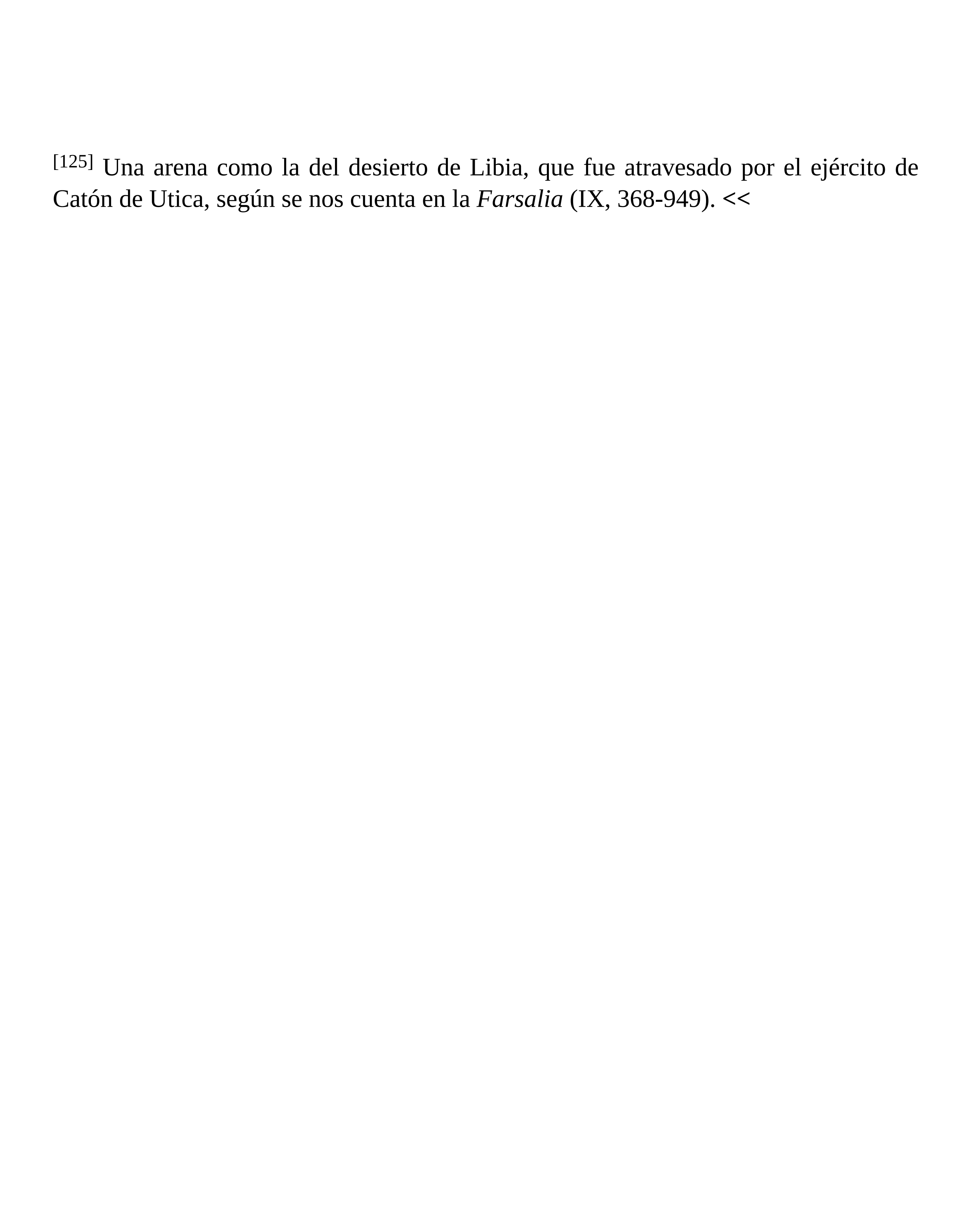
[120] Pier della Vigna, Petrus de Vineis, ministro de Federico II Hohenstauffen, en cuya corte ocupó cargos de la mayor confianza del emperador, llegando a ser canciller del reino de las Dos Sicilias. En 1249 cayó en desgracia y fue encerrado en prisión después de haber sido cegado. La causa de su caída es desconocida, pero probablemente Federico sospechó que intrigaba con el papa en contra suya. Dante, como aquí se nos dice, cree que fue víctima de acusaciones calumniosas por parte de quienes envidiaban su predicamento con el emperador. En la prisión se suicidó estrellándose la cabeza contra la pared. Fue uno de los poetas más notables de la «escuela poética siciliana». <<

[121] La envidia. <<

[122] Puede tratarse del senés Ercolano Maconi, joven acaudalado que malgastó su fortuna en el juego y los placeres. Murió en la batalla de Pieve del Toppo. <<

[123] El otro joven que corría junto con Lano, Jacobo de San Andrés, caballero de la corte de Federico II. Los antiguos comentaristas cuentan varias anécdotas que ilustran su carácter dispendioso. <<

[124] Florencia, cuyo patrón pagano fue Marte; luego, ya cristiana, se puso bajo la protección de San Juan Bautista, razón por la que Marte la castiga con continuas guerras («su terrible arte»). La estatua de Marte seguía erigida sobre el Ponte Vecchio en la época en que Dante escribía estos versos. Una fuerte avenida del río Arno la derribó finalmente en 1333. Quien destruyó Florencia no fue Atila, como se dice más adelante, sino el rey godo Totila, en 542. No sabemos quién es el personaje que está hablando. <<



[125] Una arena como la del desierto de Libia, que fue atravesado por el ejército de Catón de Utica, según se nos cuenta en la *Farsalia* (IX, 368-949). **<<**



[126] Son, respectivamente, las almas de los violentos contra Dios, contra el trabajo (los usureros) y contra la naturaleza (los sodomitas). <<

[127] Los demonios encontrados en *Infierno,* VIII. <<

[128] Quien habla es Capaneo, uno de los siete reyes que lucharon contra la ciudad de Tebas. Los dioses piden a Júpiter que salve la ciudad, pero él permanece impasible hasta que se oyen en el Olimpo las voces blasfemas de Capaneo, desafiando a los dioses y burlándose del mismo Júpiter, que terminará fulminándolo mientras estaba escalando las murallas de la ciudad. Pero su orgullo lo mantiene de pie y así muere, apoyado en la muralla, en un último desafío blasfemo. Dante se apoya para presentarnos a este personaje en Estacio, *Tebaida*, X. Explico: «Aunque cansase a su herrero (Vulcano) haciéndole fabricar rayos, o fatigase a todos los otros (Cíclopes) que trabajan en la negra fragua del volcán Etna, como hizo en Flegra combatiendo contra los Gigantes que intentaban escalar el Olimpo, aun así no conseguiría dominar mi orgullo». <<

[129] Al castigo que sufre por su pecado de soberbia añade continuamente el que se inflige a sí mismo con su rabia. <<

[130] Manantial de aguas minerales termales, situado a dos millas de Viterbo. De él salía un riachuelo que en una depresión del terreno formaba un baño al que acudía toda clase de enfermos. Según los antiguos comentaristas, aunque no sea muy convincente su explicación, más abajo tomaban las aguas y se las repartían las «pecadoras» o mujeres públicas. <<

[131] Creta, reino antes poderoso (hoy «arruinado»). Su primer rey fue Saturno, en cuyo reinado, la mítica Edad de Oro, los hombres fueron felices e inocentes. En el monte Ida, el más alto de la isla Rea, la esposa de Saturno parió a Júpiter y lo mantuvo allí escondido para evitar que su padre lo devorase. <<

[132] El viejo representa la historia de la humanidad, que ha ido decayendo desde la antigua pureza e inocencia de la Edad de Oro hasta su estado actual. El pie de hierro (en el que menos se apoya) sería el Imperio, ya en decadencia, y el de barro representaría al Papado o poder espiritual, corrompido y frágil. El viejo vuelve la espalda a Damieta (Egipto, cuna de la civilización) y dirige la mirada hacia Roma (el futuro, la esperanza de la humanidad, según Dante). <<

[133] Brunetto Latini (1220-94), güelfo florentino, notario y hombre que tomó parte en la vida política de la ciudad. De las palabras que más adelante, en este mismo Canto, pronuncia Dante («cuando me enseñabais en el mundo cómo el hombre se inmortaliza»), puede deducirse, y así lo piensa parte de la crítica, que fue maestro de Dante. Probablemente, fue sólo maestro de vida y modelo de conducta ciudadana. Volviendo de una embajada ante Alfonso X de Castilla, el Rey Sabio, le llega la noticia de la derrota de los güelfos en la batalla de Monteaperti (1260) y se refugia en París, donde escribe su *Trésor*, obra enciclopédica que había de tener una gran influencia cultural en la época de Dante. Más tarde la rehace en versos italianos con el nombre de *Tesoretto*. Tras la derrota de los gibelinos en Benevento, vuelve a Florencia, donde desempeña cargos de responsabilidad, llegando incluso hasta el priorato (1287). Está enterrado en Santa María Maggiore. Según el cronista Villani, fue «gran filosofo e fu sommo maestro in rettorica… e fu quegli che spuose la Rettorica di Tullio… Fu mondano uomo, ma di lui avemo fatta menzione, perocchégli fu comminciatore e maestro in digrossare i Fiorentini, e farli scorti in bene parlare e in sapere guidare e reggere la nostra repubblica secondo la politica». <<

[134] Una leyenda dice que los romanos fundaron Florencia después de haber destruido Fiésole y que la poblaron con colonos romanos y con los rudos e incivilizados fiesolanos. Brunetto profetiza a Dante las persecuciones de que será víctima por parte de sus conciudadanos. Una de las varias profecías de este tipo que aparecen en la *Comedia* y una de las muchas críticas contra los soberbios y avaros compatriotas de nuestro poeta. <<

[135] Lo que le profetiza Brunetto, junto con lo que ya le ha dicho Farinata, «otro texto» (*Inf.*, X), lo referirá a Beatriz para que ella se lo explique. <<

[136] Priscianus Caesariensis, célebre gramático latino del siglo VI, autor de las *Institutiones grammaticae*. No sabemos (y los antiguos comentadores tampoco) por qué Dante lo coloca entre los sodomitas. El Anónimo Florentino lo explica así: «Pare che l'Auttore ponga qui Prisciano per maestri che 'nsegnano grammatica, che comunemente paiono maculati di questo vizio». Parece, pues, que Dante simplemente le aplica el silogismo *pedagogus ergo sodomiticus*. Accorso, famoso jurista (1225-93) que enseñó en Bolonia y Oxford. Benvenuto nos dice que estas acusaciones provocaron la indignación de muchos contemporáneos y la suya propia, hasta que fue a Bolonia a enseñar en 1375: allí confirmó que Dante tenía razón en estas acusaciones. El que fue trasladado del obispado de Florencia (ciudad regada por el río Arno) al obispado de Vicenza (por donde pasa el río Bacchiglione) fue Andrea de' Mozzi. De su deposición por el «Siervo de los siervos» (el papa Bonifacio VIII), a causa de sus escandalosas costumbres, sabemos por varios cronistas contemporáneos. <<

[137] Guido Guerra, hijo de Ruggero di Dovadola, de la ilustre familia de los condes Guido y nieto, por tanto, del conde Guido el Viejo y de Gualdrata de’ Ravignani, celebrada por sus contemporáneos como ejemplo de virtudes. Guido se distinguió por su habilidad y fortuna en las guerras contra los gibelinos, especialmente en la batalla de Benevento. Tegghiaio Aldobrandi, otro noble güelfo florentino. Las palabras que siguen a su nombre en el texto hacen referencia a la oposición que mantuvo al acuerdo de los florentinos de hacer frente a las tropas gibelinas, basándose en la superioridad de éstos. No fue escuchado, y los güelfos fueron derrotados en Monteaperti. Ha sido ya nombrado en *Inf.*, VI, cuando Dante pregunta por él a Ciacco y éste le responde que se encuentra «tra l’anime più nere». Jacopo Rusticucci, otro güelfo florentino, de origen popular pero persona «de valor, cortés y agradable», según el Anónimo Florentino. Casó con mujer tan voluble y desagradable que terminó repudiándola y tomó tal aversión al sexo femenino que no volvió a acercarse a mujer alguna. <<

[138] Otro caballero florentino, famoso por sus esfuerzos en favor de la paz interna de la ciudad. Muere en 1300, lo que explica las palabras de Rusticucci: «Gime hace poco tiempo entre nosotros». <<

[139] No conoceremos el nombre del monstruo que se acerca volando hasta mucho más adelante. Se trata de Gerión, rey mitológico muerto por Hércules. Los poetas clásicos lo representaban con tres cuerpos: «tergeminus Geryon» (Virgilio, *Aen*., VIII, 202) y «prodigium triplex» (Ovidio, *Heroidas*, IX, 31). Dante lo imagina, en cambio, formado por tres naturalezas: hombre en el rostro, león en las garras y serpiente en el resto del cuerpo, terminado en una cola de doble pinza como la del escorpión. Ya en Virgilio es uno de los personajes que se encuentran en la entrada del Infierno. Aquí simboliza, como veremos, el fraude o engaño. <<

[140] Los usureros son el símbolo de la violencia contra la naturaleza y el arte. Están sentados mirando la tierra porque han pecado contra ella y contra el trabajo que la hubiera podido hacer productiva. <<

[141] Más que a individuos concretos, parece que Dante quiere aquí referirse a determinadas familias conocidas como prestamistas y usureros, designándolas por sus escudos de armas. Por ejemplo, el león azul en campo de oro era el escudo de los Gianfigliazzi; la oca blanca en campo de gules, perteneciente a la familia Ubbriachi; el cerdo azul sobre color blanco era la de los Scrovegni, procedente de Padua, como se nos dice en el mismo texto. Del Vitaliano al que se alude a continuación no sabemos nada, ya que no puede tratarse de Vitaliano del Dente, famoso precisamente por su generosidad. <<

[142] Gianni Buiamonte, de la familia de los Becchi, cuyo escudo representaba tres picos en campo de oro. Fue, efectivamente, caballero, y Dante al recordar esta condición quiere a la vez mostrar su desprecio por la ciudad que le había concedido semejante título, es decir, Florencia. <<

[143] Faetón, hijo del Sol, conducía el carro con el que su padre recorría diariamente los cielos, cuando perdió el control de los caballos, que se salieron del camino acostumbrado, quemando así una franja del cielo, «como se puede ver todavía» (la Vía Láctea). Ícaro, hijo de Dédalo, huyó del laberinto de Creta con unas alas que le había fabricado su padre, sujetas a la espalda con cera; se acercó demasiado al Sol, cuyo calor derritió la cera, y perdió las alas, precipitándose en el mar. Ambos mitos los toma Dante de Ovidio (*Met*., II, 47-324, y VIII, 183-235). <<

[144] Dante parece referir una experiencia personalmente vivida cuando asistió al jubileo del año 1300. Eran tantos los peregrinos (200 000 diarios, según Villani), que hubo que regular el tráfico de los mismos haciendo caminar por un lado del puente de Sant'Angelo (el único que existía entonces sobre el Tíber) a los que se dirigían a la basílica y por el otro a los que volvían hacia el monte Giordano, es decir, hacia el centro de la ciudad, en la orilla izquierda del río. <<

[145] Venedico Caccianimici dell’Orso, jefe del partido güelfo de Bolonia. Está castigado aquí como alcahuete por haber entregado a su propia hermana a la lujuria del marqués Azzo VIII de Ferrara, a cambio de la protección de éste. <<

[146] Quiere decir: hay aquí más boloñeses que los que aún están vivos en su territorio (comprendido entre los ríos Savena y Reno) y que todavía pronuncian *sipa*, forma dialectal boloñesa de la tercera persona del presente de subjuntivo del verbo ser, *sia* en italiano. <<

[147] Rufianes y seductores son los que aprovechan las pasiones de los demás para servir sus propios intereses. Aunque presentados desde el punto de vista del engaño amoroso, son referibles a todo tipo de pasiones, no solamente a la sexual. <<

[148] Las mujeres de Lemnos habían matado a todos los varones de la isla para vengar el abandono en que las tenían. La hija del rey Toante, Hipsipila, engañó a sus compañeras haciéndoles creer que ella también había matado a su padre. Jasón, dirigiendo la expedición de los Argonautas, paró en Lemnos y sedujo a la jovencita (Dante no puede ocultar su simpatía por ella), abandonándola después. Más tarde seduce a Medea, a la que también abandonará por Creusa. Se nos presentan aquí, pues, a los seductores de mujeres en beneficio propio, al contrario de lo que hemos visto en el caso de Venedico. <<

[149] Son los aduladores, que también explotan a los demás engañando sus deseos con palabras. Son símbolo de la corrupción de la lengua y la comunicación entre los hombres. <<

[150] Poco más sabemos de él sino que pertenecía a la familia burguesa de los Interminelli o Interminei, que debió de morir poco después de 1295 y que era un empedernido adulador, como nos dice Benvenuto: «Omnes ungebat, omnes linguabat, etiam vilissimos et mercenarios famulos; et ut cito dicam, totus colabat totus foetebat adulatione». <<

[151] Nombre de la cortesana de la comedia de Terencio *Eunuchus*, aunque Dante la presenta como personaje que hubiera vivido realmente. Nuestro poeta seguramente leyó y malinterpretó el comentario de Cicerón sobre los parásitos (*De amicitia*), puesto que no conocía la comedia de Terencio, donde las palabras que Dante cita están puestas en boca del joven Thraso y del parásito Gnato. <<

[152] Simón, mago de Samaria, quiso comprar de los apóstoles Pedro y Juan la facultad de comunicar el Espíritu Santo a los bautizados por medio de la imposición de manos. San Pedro lo rechazó con estas palabras: «Pecunia tua tecum sit in perditione, quoniam donum Dei existimasti pecunia possideri» (*Actas*, 8, 9-24). De él toma nombre el comercio con las cosas divinas, simonía, simoníaco. <<

[153] Habiendo roto Dante una de las pilas bautismales de la iglesia de San Juan, en Florencia, para salvar a un niño que se ahogaba, fue acusado de sacrilegio. Por eso hace constar aquí que no lo hizo por desprecio de las cosas sacras, sino por amor a la humanidad. Tengamos en cuenta, para comprender la situación, que el bautismo se administraba por inmersión. <<

[154] Esta sombra es la del papa Nicolás III, de la familia de los Orsini, de Roma, electo en 1277. Cree que quien le ha preguntado es el alma de Bonifacio VIII. «El libro profético en el que los condenados leemos el futuro me ha engañado, porque, según está escrito, tú deberías morir en 1303 y no en 1300». En esta última fecha se está realizando el viaje de ultratumba de Dante y por eso no le salen las cuentas a Nicolás. Bonifacio, efectivamente, morirá en 1303. <<

[155] Celestino V dijo de Bonifacio VIII que fue elegido con engaños para gobernar la Iglesia («la hermosa Dama»). «Llegó al papado como un zorro, gobernó como un león y murió como un perro». <<

[156] Quien habla es el papa Nicolás III. Según Villani, «hombre de honesta vida mientras fue simple eclesiástico y cardenal…, pero cuando fue elegido papa, por enriquecer a su familia, los Orsini (“hijo de la Osa”, “oseznos”), comerció con los bienes de la Iglesia… y fue el primero o de los primeros papas que cometieron el pecado de simonía». Dante imagina para ellos un tormento igual al que se aplicaba en la realidad a los que asesinaban por cuenta ajena a cambio de dinero, suplicio llamado propaginación y consistente en enterrar a los condenados cabeza abajo y cubrirlos de tierra. El hoyo ante el que nos encontramos parece estar destinado a los papas y bajo Nicolás III ya hay varios. <<

[157] Cuando muera Bonifacio (con el que ha confundido a Dante), Nicolás caerá al fondo, cediéndole su puesto y reuniéndose con sus antecesores simoníacos. Tras Bonifacio, y no después de muchos años («ha transcurrido más tiempo del que él permanecerá en este sitio»), vendrá Clemente V, entonces arzobispo de Burdeos («de Poniente»). <<

[158] Jasón compró al rey Antíoco el cargo de sumo sacerdote de los judíos, como Clemente comprará el pontificado, prometiéndole a Felipe el Hermoso, rey de Francia, los diezmos del reino durante cinco años. <<

[159] Judas, a quien Matías, elegido por suerte, reemplazó en el apostolado. <<

[160] Se creía entonces el hecho (hoy demostrado falso por los historiadores) de que Nicolás III había apoyado con dineros la conjura de las Vísperas Sicilianas contra el rey Carlos de Anjou. <<

[161] El Evangelista (San Juan, Apoc., 17, 1-3) describe prostituida a la Iglesia, cuya fuerza son los siete sacramentos («cabezas») y cuya autoridad se apoya en los diez mandamientos («cuernos») mientras fue fiel a las doctrinas de Cristo («su marido»). <<

[162] Dante, como otros autores medievales, piensa que el origen de la corrupción de la Iglesia está en la donación del dominio sobre Roma que le concedió el emperador Constantino en agradecimiento al papa Silvestre, que lo había curado de la lepra. En el siglo XV, gracias al humanista Lorenzo Valla, se demostró la falsedad de los documentos que el Papado mostraba para legalizar su poder temporal (*De falso credita et ementita donatione Constantini*). **<<**

[163] Anfiarao, uno de los siete reyes contra Tebas, adivinó que habría de morir en la guerra y trató de ocultarse; pero, traicionado por su mujer, Erifile, fue obligado a combatir. La tierra se abrió a sus pies y se precipitó en el vacío (Estacio, *Tebaida*, VII, 690-823). Tiresias, adivino tebano, golpeó con su báculo a dos serpientes en celo y fue convertido en mujer hasta que consiguió, siete años después, golpear otra vez a las mismas serpientes y consiguió recobrar su forma (Ovidio, *Met*., III, 324-331). Aronte, adivino etrusco que predijo la guerra entre César y Pompeyo (Lucano, *Phar*., I, 584-587). Manto, hija de Tiresias, que tras vagar por innumerables regiones se estableció en el lugar donde había de surgir la ciudad de Mantua. **<<**

[164] Llamaron a la ciudad Mantua en honor de Manto, sin recurrir a sortilegios o artes adivinatorias para buscar un nombre. Niega, pues, aquí Virgilio lo que dice en la *Eneida*. Fue ciudad próspera hasta que el conde Alberti de Casalodi fue engañado por Pinamonte dei Bonaccolsi, que se apoderó de ella y pasó a cuchillo a gran parte de sus habitantes. <<

[165] Euripilo no fue en realidad adivino. Fue enviado a consultar el oráculo de Apolo para saber cómo calmar la tempestad que impedía a los griegos, reunidos en la Troada (dejando a Grecia «exhausta de varones»), embarcarse hacia Troya. Virgilio en la *Eneida* (su «alta tragedia») lo cuenta en II, 114-119. <<

[166] Miguel Scoto, filósofo escocés, traductor de Aristóteles y de Avicena. Una leyenda decía que era mago. Guido Bonatti, astrólogo de la corte de Federico II. Asdente, zapatero de Parma («su cuero y su bramante», materiales con los que trabajan los zapateros), que abandonó su oficio para dedicarse a la adivinación. Y tantas otras mujeres («las tristes») que abandonan las labores del hogar y se dan a brujerías y augurios. <<

[167] Según una tradición popular, las manchas de la Luna no son otra cosa que la figura de Caín ofreciendo a los hombres un puñado de espinas. Se analizará este fenómeno en *Paraíso,* II. En este momento de la narración la Luna desaparece ya en el horizonte occidental, «más allá de Sevilla». <<

[168] Por «Santa Zita» se entiende la ciudad de Lucca, en la Toscana. No importa quién pueda ser el condenado, porque Dante condena con esta figura a toda la burguesía de la ciudad: «todos son bribones». Excepto Bonturo Dati, que lo era más que los otros, que por dinero convierten un «no» en un «sí». Solíase antiguamente, en los documentos públicos, escribir el *ita* italiano por signo de afirmación. <<

[169] El Santo Rostro es un crucifijo bizantino que se venera aún hoy día en la iglesia de San Martín de Lucca. El Serchio es el río que pasa por esa ciudad. **<<**

[170] Cfr. Canto IX, nota 85. <<

[171] La liga güelfa había conquistado en 1289 el castillo de Caprona, cuyos defensores capitularon a cambio de salvar la vida. <<

[172] Ayer, viernes a las tres de la tarde, quiere decir el diablo (pues se supone que habla a las diez de la mañana del Sábado Santo), se cumplieron 1266 años desde que se rompió este puente, en el momento de la muerte de Jesucristo. <<

[173] Como puede verse, todo el canto está concebido en clave humorística, desde la imagen que al principio nos muestra el afanado desorden de los astilleros de Venecia, hasta las bromas con que los diablos, que parecen más bien unos niños traviesos, se burlan de los condenados. Los mismos nombres de los seres infernales son deformaciones o combinaciones que provocan la risa. He aquí traducidos los nombres de los doce diablos que Dante menciona en este canto: *Malebranche*, malas garras; *Malacoda*, cola maldita; *Scarmiglione*, que arranca los cabellos; *Alichino*, que hace inclinar a los otros; *Calcabrina*, que pisa el rocío; *Cagnazzo*, perro malo; *Barbariccia*, el de la barba erizada; *Libicocco*, deseo ardiente; *Draghignazzo*, veneno de dragón; *Ciriato-Sannuto*, colmillo de jabalí; *Graffiacane*, perro que araña, y *Rubicante*, inflamado. Todas estas versiones o interpretaciones son de Cristóforo Landino. <<

[174] Una antigua tradición contaba que los delfines avisaban con sus saltos a los marineros de la proximidad de una tempestad. <<

[175] Nada sabemos de él. Los antiguos comentaristas se limitan a parafrasear la información que da Dante y algunos nos informan de que se llamaba Ciampolo, Juan Pablo. <<

[176] Fray Gomita, canciller de Nino Visconti, gobernador de Gallura, en Cerdeña (por eso nos han dicho antes que «fue de allí cerca» y no de la misma Italia); abusó de su cargo traficando y prevaricando y hasta liberó por dinero a los enemigos de Nino Visconti, que habían sido confiados a su custodia, por lo que fue castigado con la horca. Fue sustituido por don Miguel Zanche, que, por los mismos pecados, también se encuentra aquí. *Don* es la forma dialectal sarda con el significado de *messere* o señor. <<

[177] La escena sigue en la misma clave cómica que hemos visto anteriormente y nos muestra plásticamente la «malicia» de Ciampolo, que logra burlar a los diablos. Otros entienden malicia como «malignidad», porque llamando a los otros condenados para que salgan de la pez los expone a las garras de sus verdugos. <<

[178] La fábula de Esopo a que hace referencia cuenta cómo una rana se ofrece a ayudar a un ratón a cruzar una charca, con la intención de hundirse con él y ahogarlo. El ratón, por miedo, ata una de sus patas a una de las ancas de la rana, y cuando ésta intenta ahogarlo, ofrece resistencia. Aparece entonces un gavilán que coge al ratón, llevándose al mismo tiempo a la rana atada a él y devorándolos a los dos. Efectivamente, la fábula puede haber inspirado a nuestro poeta la escena con la que se cierra el Canto XXII. «Mo» e «issa» son dos palabras del dialecto lombardo que tienen el mismo significado, «ahora». <<

[179] Cuéntase que hubo en Colonia un abad tan ambicioso e insolente, que pidió permiso al papa para que sus monjes pudieran usar capas de escarlata y cintos, espuelas y estribos de plata sobredorada. Esta petición desagradó tanto al pontífice que dispuso que en adelante el abad y sus monjes usaran capas negras mal cortadas. Otros comentaristas prefieren, en lugar de Colonia, la lectura «Cluny», monasterio benedictino de Borgoña, donde parece ser que se usaban vestimentas suntuosas. <<

[180] Las capas de plomo, brillantes por fuera, que impiden todo levantamiento espiritual, son la imagen del pecado, aquí castigado. El emperador Federico II encerraba a los culpables de lesa majestad en cajas de plomo, y luego los arrojaba al fuego. <<

[181] Que se mueve al respirar y al hablar. <<

[182] Catalano era de la familia güelfa de los Malavolti, uno de los fundadores de la orden religiosa de los *frati gaudenti*, llamada en realidad «Cavalieri di María Vergine Gloriosa». Loderingo, también boloñés, de la familia de los Andalò. Efectivamente, fueron llamados para ejercer el cargo de *podestà* en Florencia en 1266 y 1267, respectivamente. No debieron hacerlo mal, porque, como ellos mismos dicen, todavía reinaba la paz en el barrio del Gardingo. <<

[183] Crucificado como Jesús, pero en el suelo, con tres estacas, una para cada mano y otra para los dos pies, y atravesado en el camino para que lo pisen los condenados que llevan las capas de plomo. Se trata de Caifás, el sumo sacerdote que convenció a los miembros del Sanedrín para que condenaran a Jesús, aunque inocente, para mantener en paz al pueblo, que pedía su muerte. También están condenados aquí su suegro, el pontífice Anás y los demás miembros del Sanedrín. Lo que fue para los judíos «origen de tantas desgracias»: la destrucción del templo de Jerusalén y la diáspora. <<

[184] «Al principio del año, cuando el Sol está en el signo de acuario (21 de enero a 21 de febrero) y la tierra aparece cubierta de escarcha, que parece nieve pero que no lo es y pronto el Sol la deshace…». Se trata de una larguísima y pormenorizada comparación que no ha dejado de sorprender a la crítica. Es extravagante, si se quiere, pero no deja de ser una hermosa descripción idílica. <<

[185] Alusión a la aparición del poeta latino en *Infierno*, I. <<

[186] «Si entiendes el significado alegórico de mis palabras»: pecador arrepentido debe reconquistar su libre albedrío para dominar la tendencia al mal y *subir* hacia el bien por la difícil senda de la expiación. <<

[187] «Ni en Libia, Etiopía y Egipto juntos existen tantos reptiles como aquí». La erudita enumeración está tomada de Lucano (*Farsalia*, IX, 708-733). Hay un cierto rebuscamiento en esta enumeración de palabras exóticas y de rimas difíciles. <<

[188] Ágata de color verde oscuro con manchas rojizas a la que se atribuían virtudes milagrosas contra toda clase de veneno y especialmente contra las mordeduras de serpientes y que tenía además el poder de hacer invisible a quien la llevaba. <<

[189] Sucesivamente se convierten en cenizas o en serpientes, para a continuación volver a recuperar la forma humana. De la misma manera que ellos robaron en vida, aquí son robados continuamente de lo más personal: la apariencia humana. <<

[190] Del ave Fénix existían numerosas referencias en los autores clásicos, pero también en las enciclopedias medievales, entre ellas, el *Trèsor* de Brunetto Latini. Pero Dante ha tomado su detallada descripción de Ovidio, *Met*., XV, 392-400. <<

[191] El epiléptico. De las causas de esta enfermedad Dante da dos explicaciones: posesión diabólica o enfermedad puramente fisiológica. <<

[192] Vanni Fucci, de Pistoia, hombre violento y dado al bandolerismo. No está colocado entre los violentos, sino entre los ladrones porque, como él mismo nos dice, robó sacrílegamente en la catedral de Pistoia, robo del que fue acusada otra persona, Giovanni della Monna. Tras la muerte de Fucci (1330) se descubrió la verdad. Sus oscuras profecías se explican así: en primer lugar, los *Blancos* expulsarán a los *Negros* de Pistoia (1301), después los *Blancos* de Florencia serán expulsados por los *Negros* (1301). Después, el marqués de Lunignana («el valle del Magra») derrotará a los *Blancos* de Pistoia y llevará la ruina a todos los miembros de este partido en Toscana, entre ellos Dante, que perderán toda esperanza de recuperar el poder. **<<**

[193] El conocido «corte de mangas» o «higa», gesto indecente y, en este caso, blasfemo. Los estatutos de la época castigaban este acto: quien «ficas fecerit… versus coelum vel versus figuram Dei» será castigado con multa y azotes. Aún hoy en italiano el gesto se llama «fica». <<

[194] Capaneo. Cfr. *Inf.*, Canto XIV. <<

[195] Hijo de Vulcano, que vivía en una gruta del Aventino. Robó los ganados de Hércules y fue muerto por éste. Aquí aparece como un centauro y así lo describe Virgilio, «semihomo» y «semifer» (*Aen*., VIII, 193-305). <<

[196] Cianfa, florentino de la familia Donati. Agnolo Brunelleschi, según el comentarista Anónimo Florentino, que nos dice que era un ladrón redomado. Buoso, otro desconocido florentino. Sciancato, otro florentino, probablemente de la familia de los Galigai; era cojo, y de ahí el mote con que era conocido, «Sciancato». El quinto florentino es Francesco Cavalcanti; fue asesinado por unos hombres del pueblo de Gaville, por lo que los parientes del Cavalcanti lo arrasaron. <<

[197] Sabelo, soldado del ejército de Catón que fue mordido por la serpiente en Libia y su cuerpo se pudrió inmediatamente y cayó en pedazos (Luciano, *Phar*., IX, 763-82). Nasidio, otro soldado como el anterior; la mordedura de otro reptil, *prester*, hizo que su cuerpo se hinchara hasta reventar la coraza que vestía (*ídem*, IX, 790-97). Cadmo, fundador de Tebas; por haber matado un dragón consagrado a Marte, fue transformado en serpiente (Ovidio, *Met*., IV, 563-608). Aretusa, una de las nereidas. Bañándose en un río, fue perseguida por el dios del mismo, Alfeo. La ninfa pidió ayuda a Diana, quien la transformó en la fuente que lleva su nombre (*ídem*, V, 572 y sigs.). Dante dice a los dos poetas que si ellos describieron maravillosas metamorfosis, las suyas las superan. <<

[198] Para mayor claridad, nótese bien que Dante ve primero tres espíritus: Agnolo Brunelleschi, Buoso Donati y Puccio Sciancato. Luego viene Cianfa en forma de serpiente con seis patas, se arroja sobre Brunelleschi y los dos se convierten en un solo monstruo, que se va con pasos lentos. Llega después, en forma de serpiente lívida y negra, Francesco Cavalcante: pica a Buoso, lo transforma en serpiente y él mismo se vuelve hombre. Buoso huye silbando. Quedan solos en escena Puccio Sciancato, que no ha sufrido transformación y «aquel a quien llora Gaville», es decir, Cavalcante. <<

[199] Aquí se castiga el ingenio utilizado para el engaño. Por eso Dante refrena su propio ingenio («mi espíritu») para no descarriarse, tanto si esta cualidad intelectual es debida al influjo de los astros o a la gracia divina («otra influencia mayor»). **<<**

[200] El verano, en que el Sol luce más horas del día. <<

[201] Habla del profeta Eliseo. Estaba siendo burlado por unos muchachos a causa de su calvicie, cuando invocó sobre ellos la maldición de Dios, que envió a dos osos que despedazaron a los jóvenes (II Reyes, 2, 23-24). Cuando se alejaba al carro de fuego en el que Elías fue arrebatado al cielo, Eliseo no podía ver ni carro ni caballos ni a su compañero Elías, sino sólo las llamas que lo envolvían. <<

[202] Habiéndose colocado en una misma pira funeraria los cadáveres de los dos hermanos enemigos, Etéocles y Polinice, que se habían dado muerte uno al otro, la llama, bifurcándose, reveló que su odio duraba aún después de la muerte (Estacio, *Tebaida*, XII, 429-432, y Lucano, *Farsalia*, I, 551-552). <<

[203] Los dos héroes de la guerra de Troya están aquí juntos, en una misma llama, porque juntos urdieron algunas de las tretas que se usaron en aquella guerra. El caballo de madera con el que expugnaron la ciudad, de la que huyó Eneas, más tarde fundador de Roma («salió la noble estirpe de los romanos»). El engaño por el que descubrieron el escondite de Aquiles, que vivía disfrazado de mujer en la corte de Licomedes, para evitar ir a la guerra. Deidamia, hija de Licomedes, murió de dolor al perder a su amante. Y el robo de la estatua de Palas («Paladión»), protectora de Troya, cuya presencia hacía inexpugnable la ciudad. <<

[204] ¿Referencia al tradicional orgullo de los griegos? ¿O referencia a la lengua griega, desconocida para Dante, aunque no para Virgilio? La explicación más aceptable sería que, ya que Dante conocía a los héroes griegos a través de la *Eneida,* sea el mismo Virgilio quien le sirva aquí para ponerlo en contacto con ellos. <<

[205] «Cuando en mi viaje de regreso de Troya logré separarme de la maga Circe, que me tuvo entretenido un año en las playas del monte Circeo (lugar luego bautizado como Gaeta por Eneas, en honor de su nodriza Caieta), llegué a mi patria, Itaca. Pero ni la ternura de mi hijo, ni la piedad hacia mi anciano padre, ni el amor de mi mujer, consiguieron retenerme». <<

[206] «La noche nos permitía ver las estrellas del polo antártico, mientras que las del polo ártico estaban tan bajas que el horizonte no nos permitía verlas». Es decir, una vez pasado el Estrecho de Gibraltar («columnas de Hércules»), tomaron rumbo sur. <<

[207] El «Otro» es Dios. Ulises calla su nombre o porque así lo requiere su condición de condenado o porque no conoció al verdadero Dios. <<

[208] Falarides, tirano de Sicilia, hizo construir al herrero ateniense Perilo un toro de bronce para hacer morir entre tormentos a sus súbditos, encerrándolos en el vientre vacío del animal, que después hacía calentar al rojo vivo. El primero que sufrió esta muerte fue Perilo («lo cual fue justo»). Los gritos de los condenados se transformaban en mugidos que escapaban por las fauces de la estatua y parecía que verdaderamente el animal mugía de dolor. De la misma manera, las palabras del condenado que encontramos aquí se transformaban en chisporroteo hasta que encontraban en la punta de la llama la ocasión de salir. <<

[209] Nací en Montefeltro, entre Urbino y el monte Cornaro, donde nace el río Tíber. <<

[210] Dante da cuenta a Guido de Montefeltro del estado en que se encuentra Romaña. En 1300, fecha de este imaginario viaje, no había guerras en aquella región. La familia Polenta (el «águila» para su blasón) gobierna Ravena y llega hasta la ciudad costera de Cervia. La tierra que sostuvo «tan larga prueba» es Forli, ciudad gibelina que consiguió derrotar al ejército francés enviado por el papa Martín IV (contiene «montones de cadáveres franceses»), y que sigue siendo gibelina y está gobernada por la familia de los Ordelaffi («león verde» en campo de oro). El «viejo mastín» de Verruchio es Malatesta (el «joven» es su hijo primogénito, Malatestino), que sigue persiguiendo a los gibelinos de Montagna y que ahora gobierna Rímini. Faenza, ciudad por donde pasa el río «Samone» e Imola, que riega el «Santerno», siguen gobernadas por Maghinardo Pagani (león azul en campo blanco), personaje que defendía sus intereses siendo unas veces gibelino y otras güelfo. Cesena, a orillas del «Savio», de la misma manera que está asentada entre la falda del monte y la llanura, sobrevive entre la tiranía y la libertad. <<

[211] Guido de Montefeltro, «el más astuto hombre de armas de su tiempo en toda Italia», según el historiador Villani. Tras la expulsión de los Lambertazzi de Bolonia, fue nombrado jefe de la facción gibelina de Romaña, derrotando sucesivamente todos los intentos de los güelfos por reconquistar el poder (Ponte San Protocolo, en 1275; Reversano, el mismo año; Bagnacavallo, 1276; Forli, 1282, contra los franceses, Cfr. la nota anterior). Se reconcilia con la Iglesia, que lo exilia a Piamonte, pero vuelve en 1289 para ponerse a la cabeza de los gibelinos de Pisa contra Florencia. El papa lo excomulga, junto con toda su familia. En 1292 conquista Urbino, donde su dinastía durará hasta el siglo XVI. Se reconcilia con la Iglesia de nuevo y en 1296 entra en la orden franciscana («cordón que solía enflaquecer»), pero de allí lo obliga a salir el papa Bonifacio VIII («el Gran Sacerdote», «el príncipe de los nuevos fariseos») para servirse de su astucia y de su experiencia militar contra los cardenales Colonna, que no reconocían la renuncia al solio pontificio de Celestino V («que no tuvo apego…») y la consiguiente elección de Bonifacio, por lo que se habían refugiado en sus castillos de Zagarolo y Palestrina («cerca de Letrán»), donde resistieron un asedio de dos años, hasta que gracias a los engaños de Guido («debes prometer mucho y cumplir poco») renunciaron a la rebelión. A su muerte, según Dante, ni siquiera la intervención de San Francisco lo salva, y es arrastrado al círculo de los fraudulentos por «el negro querubín». <<

[212] «Si se pudieran reunir todos los muertos caídos en las diferentes guerras que ensangrentaron el sur de Italia»: la segunda guerra púnica, que duró dieciséis años, y sobre todo la batalla de Canna, donde fueron derrotados los romanos y muertos en tal número que con los anillos que les arrebataron los cartagineses vencedores se formó un montón de tres modios, según Tito Livio, XXII, 12. O las diversas batallas sostenidas para impedir la conquista del sur de Italia por parte de los normandos de Roberto Guiscardo. O las sangrientas batallas entre los hijos de Federico II y los partidarios de Carlos de Anjou, Ceperano y Taglacozzo, donde los franceses vencieron por la defección de los barones que acompañaban a Corrado de Suabia y por la astucia de Allard de Valery, consejero del pretendiente francés. <<

[213] Fray Dolcino, de la cofradía de los Apostólicos, que predicaba la vuelta de la Iglesia a la simplicidad de los primeros tiempos y la comunión de los bienes materiales. A la muerte del fundador de la cofradía, Gherardo Segarelli, fray Dolcino se convierte en cabeza de la secta, que se extiende cada vez más. Clemente V convoca una cruzada contra los dolcinianos. Refugiado con cinco mil seguidores en las montañas, resistió durante dos años, hasta que fue reducido, rodeado por la nieve y sin víveres, por los cruzados que mandaba el obispo de Novara. Fue quemado vivo en Vercelli en 1307. <<

[214] Pedro de Medicina, personaje de difícil localización. Probablemente, descendiente, quizá nieto, de Pedro de Medicina de Bolonia. Según los primeros comentaristas, fue sembrador de las discordias que enfrentaron a los Polenta y los Malatesta. <<

[215] La hermosa llanura padana, desde Vercelli hasta el castillo de Marcabo. Los dos mejores ciudadanos de Fano, Guido el Cassero y Angiolelo di Carignano, fueron atraídos con engaños por Malatestino, que quería apoderarse de Fano, y arrojados al mar encerrados en un saco, a la altura de Católica, cerca de Rímini. Morirán ahogados y no tendrán que preocuparse más por los vientos tempestuosos de Focara. Malatestino era tuerto («que ve solamente con un ojo») y era señor de Rímini. <<

[216] Cayo Curio que, desterrado de Roma, abandona el partido de Pompeyo y pasa al de César, a quien anima a pasar el Rubicón. Esta entrevista tuvo lugar en Rímini, ciudad que Curio «no quisiera haber visto» porque su consejo llevó a la guerra civil; por ello está aquí condenado. <<

[217] Mosca de Lamberti, causante de las primeras luchas políticas de Florencia. Reunidos los Amidei para decidir cómo vengar la ofensa que les había causado Buondelmonte dei Buondelmonti (que se había negado a cumplir la palabra de matrimonio dada a una dama de la familia Amidei) y discutiendo si darle una paliza o matarlo, fueron convencidos de esto último por las palabras de Mosca: «Cosa hecha está concluida». Los Lamberti fueron expulsados a perpetuidad (1258), hecho a que hacen referencias las palabras que se pronuncian a continuación: «Muerte de toda tu raza». <<

[218] Uno de los mejores poetas de la escuela trovadoresca provenzal (1140?-1215). Era señor del castillo de Hautefort y estuvo en continuas guerras con sus vecinos, el conde de Périgord y el vizconde de Limoges, y con Ricardo Corazón de León, que era conde de Poitou. Se decía que había empujado a Enrique III a rebelarse contra su padre el rey Enrique II de Inglaterra, que era duque de Aquitania, por lo que Dante lo castiga entre los sembradores de discordias, aunque en otra de sus obras nuestro poeta lo alaba por su magnificencia y sus cualidades poéticas (*Convivio*, IV, xi, 14) y cita uno de sus serventesios: «Non posc mudar, c’un cantar non exparja». <<

[219] Aquitofel, consejero de David, favoreció la rebelión de Absalón contra su padre. <<

[220] Geri del Bello, primo de Alghiero, padre de nuestro poeta. Fue gran sembrador de discordias, por lo que fue muerto por un Brodaio dei Sacchetti, lo que fue causa de una duradera enemistad entre las dos familias. Aún no había sido vengada su muerte, por lo que el espíritu de Geri se muestra desdeñoso con Dante. La venganza de sangre era una costumbre que comprometía a todos los miembros de la familia ofendida. <<

[221] Había aquí tanto dolor como en todos los hospitales de la Valdichiana, la Marisma toscana y Cerdeña duramente la estación de las epidemias. Los nombres geográficos citados corresponden a dunas pantanosas infectadas de malaria. <<

[222] Cuenta Ovidio (*Met.*, VII, 523-660) que Juno castigó a la isla de Egina con una epidemia que mató a todos sus habitantes, en venganza porque Júpiter se había enamorado de la ninfa Egina, que daba nombre a la isla. Sólo quedó vivo el rey Eaco, que consiguió que Júpiter transformase en hombres a todas las hormigas que había en el lugar. <<

[223] Dícese que éste fue cierto Griffolino, alquimista, que, alabándose de conocer el arte de volar, prometió enseñárselo a un senés llamado Álvaro, el cual al principio lo creyó. Pero habiendo advertido después el engaño, lo acusó ante el obispo de Egina, de quien dice que era hijo, como reo de nigromancia, y Griffolino fue condenado por dicho obispo a ser quemado vivo, como nigromante. De la simplicidad de un Alberto de Siena corrían varias anécdotas, algunas de las cuales fueron aprovechadas por Franco Sacchetti en su *Trecentonovelle*. **<<**

[224] Stricca dei Salimbeni, gobernador de Bolonia, que dilapidó su fortuna. Niccolò es hermano del anterior y se cuenta que mandaba hacer los asados no sobre brasas comunes, sino sobre brasas de clavos de especia. Caccia dilapidó sus propiedades, lo mismo que Abbagliato, apodo de Battolomeo dei Folcacchieri, ambos miembros de la «cofradía de los manirrotos». Capocchio fue un conocido alquimista de Florencia, parece ser que amigo y condiscípulo de Dante, que fue quemado vivo en 1293. <<

[225] Atamante, rey de Orcomeno, enloqueció por obra de Juno, que vengaba así su despecho por los amores de Júpiter con Semele, hija de Cadmo, a la que convirtió en cenizas. No contenta con ello la diosa, dirigió su rabia contra la hermana de Semele, Ino, cuyo marido enloqueció y confundió a su esposa y a sus hijos con una leona y sus crías. A uno de sus hijos, Learco, lo estrelló contra la pared, y la madre, desesperada, se arrojó al mar con el otro. Hécuba, esposa de Príamo, rey de Troya, una vez destruida la ciudad, enloqueció al ver los cadáveres de sus hijos Polixena y Polidoro y perdió el uso de la palabra, ladrando en adelante como un perro (Ovidio, *Met.*, V, 569, «latravit, conata loqui»). <<

[226] Florentino, de la familia Cavalcanti, famoso por su habilidad para imitar a otras personas. Se cuenta que, haciéndose pasar por el moribundo Buoso Vincinguerra, dictó un testamento en el que éste dejaba su fortuna a su sobrino Simone de Donati y Schicchi fue pagado con la mayor yegua de la cuadra del fraudulento heredero. <<

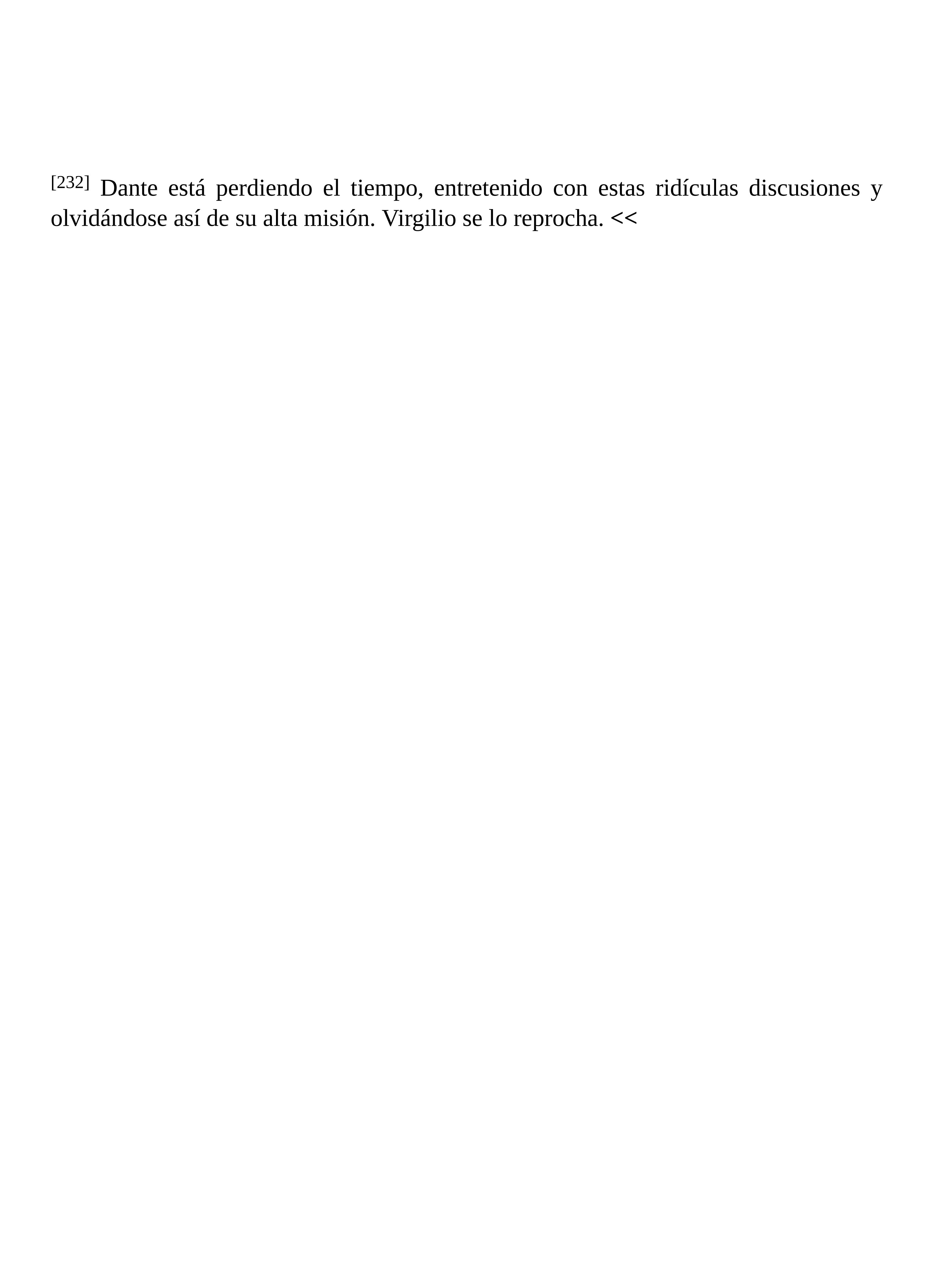
[227] Mirra, hija de Ciniras, rey de Chipre, enamorada de su padre, se disfrazó con las ropas de otra mujer para poder yacer con él. Cuando el padre quiso castigarla, huyó a Arabia, donde dio a luz a Adonis, y ella misma fue convertida en el árbol que lleva su nombre. <<

[228] Sin las piernas hubiese parecido un laúd: el grueso vientre sería la caja y el cuello y la cabeza el mango. <<

[229] Adam de Anglia trabajó, en el castillo de Romena, en el Casentino, para los tres hermanos, Aghinolfo, Guido y Alejandro, que le hicieron acuñar moneda florentina (que llevaba la efigie de San Juan Bautista), exacta de peso pero con una liga inferior en tres quilates del metal precioso. Cuando los florentinos pudieron apoderarse del maestro Adam, en 1281, lo hicieron morir en la hoguera. Nos dice que se alegraría, aun en medio de sus tormentos, si pudiese ver allí a los tres hermanos, uno de los cuales, Guido, había ya muerto. Pero no puede moverse del lugar en que se encuentra a causa de su gordura. <<

[230] La mujer de Putifar, que, rechazada por el casto José, lo acusó ante su marido de haber querido hacerle violencia. El otro espíritu es el de Sinón, el griego que se quedó en el campamento cuando los demás fingieron que levantaban el cerco de Troya. Se ganó la confianza de Príamo y lo convenció para que llevara a la ciudad el caballo en el que estaban escondidos Ulises y sus compañeros (Virgilio, *Aen.*, II, 57-194). <<

[231] Corriente de agua en la que se reflejaba la figura del joven Narciso, que se enamoró de sí mismo al verse y fue convertido por Némesis en la flor que lleva su nombre, vengando así el desprecio de Narciso por la ninfa Eco. <<



[232] Dante está perdiendo el tiempo, entretenido con estas ridículas discusiones y olvidándose así de su alta misión. Virgilio se lo reprocha. <<

[233] Quien tiene una pesadilla desagradable desea que aquello no sea más que un sueño, cosa que ya es. Del mismo modo, Dante, que no puede hablar por la vergüenza que siente, ya se está excusando con su silencio. <<

[234] La lanza de Peleo, heredada después por su hijo Aquiles, tenía la virtud de sanar las heridas que antes había producido (Ovidio, en *Met.*, *Rem. Amoris* y *Trist.*). Fue lugar común en la lírica coetánea, como imagen para hablar de las «heridas de amor». <<

[235] Castillo levantado por los seneses para defenderse de los florentinos. Tenía catorce torres. <<

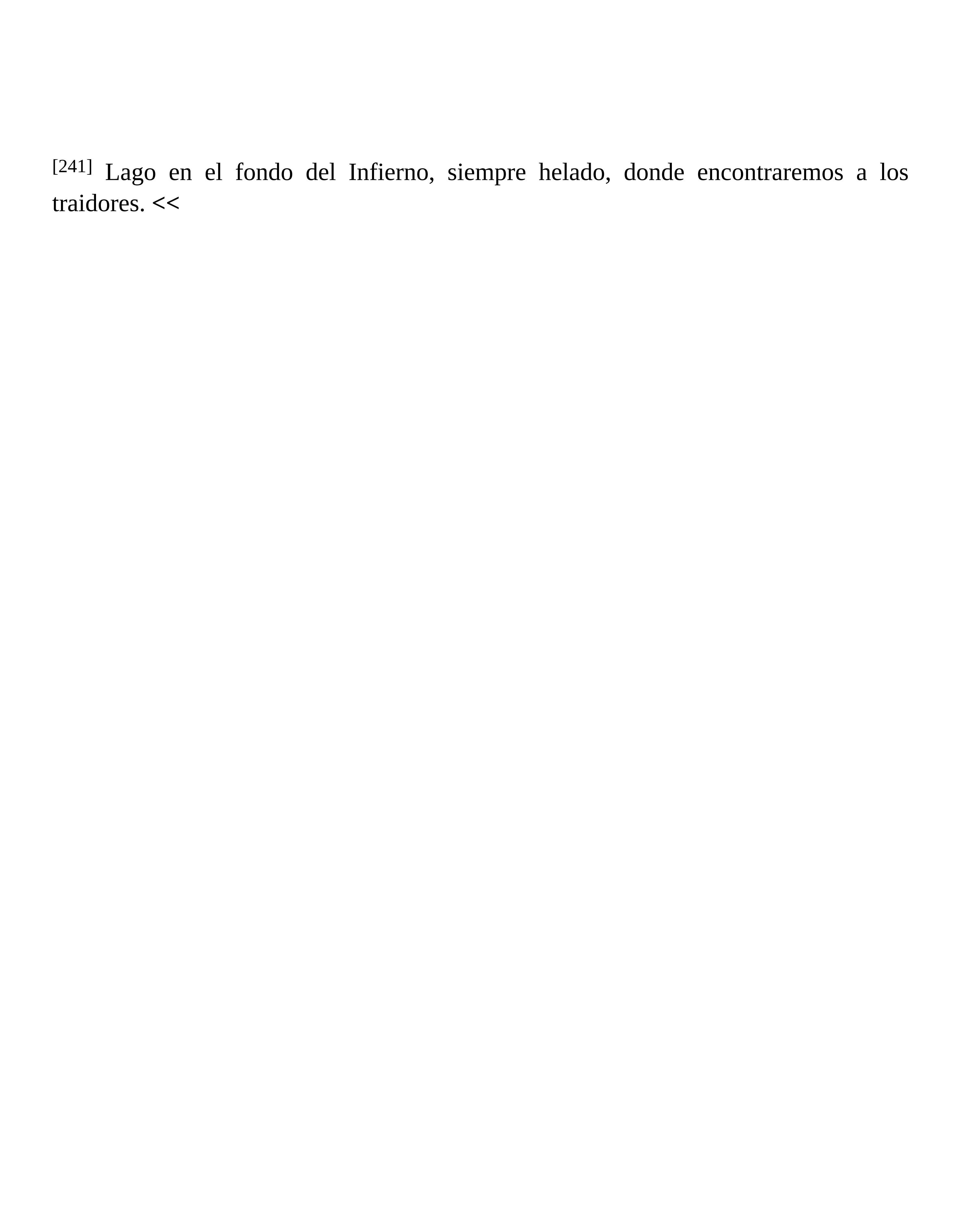
[236] Piña de bronce que estuvo primeramente sobre la Mole Adriana; en tiempos de Dante estaba en la plaza de la antigua basílica de San Pedro, en el Vaticano. <<

[237] Según Fraticelli, cada una de estas cinco extrañas palabras pertenece a diferente lengua: la primera al hebreo y las otras a cuatro de los principales dialectos derivados de él. Esta opinión parece confirmada por Dante cuando dice más adelante «Él mismo se acusa… ése es Nemrod… el que por haber querido construir la torre de Babel produjo la confusión», haciendo que en el mundo no se hablase una sola lengua. <<

[238] Nemrod, gigante que quiso construir la torre de Babilonia para llegar al cielo, dando lugar a la confusión de lenguas de que nos habla la Biblia (Génesis, 10 y 11). Efialte y su hermano Otus, hijos de Neptuno, gigantes que declararon la guerra a los olímpicos e intentaron llegar al cielo amontonando las constelaciones de Pelión y la Osa. Fueron muertos por las flechas de Apolo. Briareo, otro de los gigantes que combatieron a los dioses. Fue muerto por un rayo de Zeus y está enterrado en el monte Etna. Virgilio lo presenta con cien brazos y cincuenta cabezas (*Aen.*, X, 565-8). <<

[239] Gigante hijo de Neptuno y de la Tierra, que vivía en Libia y se alimentaba de leones. Aquí aparece sin cadenas porque no tomó parte en la guerra contra los dioses, al haber nacido más tarde. En Libia tuvo lugar la batalla de Zama, en la que Escipión venció a Aníbal y allí vivía Anteo. Como se nos dice más adelante, fue muerto por Hércules, que lo estranguló sosteniéndolo en el aire para que no pudiese recibir ayuda de su madre, la Tierra. <<

[240] Antigua medida inglesa, equivalente a 1,17 metros. Cinco *alas* equivalen, pues, a unos treinta palmos; algo más de ocho metros. <<



[241] Lago en el fondo del Infierno, siempre helado, donde encontraremos a los traidores. <<

[242] Otros gigantes, también fulminados por Zeus y enterrados en el fondo del Etna. <<

[243] Torre inclinada de Bolonia, llamada así del nombre de sus constructores, Felipe y Odón de Garisendi (año 1180), y que hoy se llama Torre Mozza, por haberla mandado truncar en 1335 el tirano Juan Visconti de Oleggio. Tiene cuarenta metros de altura. Al que se coloca al pie de ella por el lado hacia el que se inclina, si mira hacia arriba cuando pasa una nube en sentido contrario al de la inclinación, le parece que la torre va a caerse. <<

[244] Las Musas ayudaron a Anfión a construir los muros de Tebas, atrayendo con la música de sus instrumentos las rocas del monte Citerión. <<

[245] Dos altísimas montañas de los Alpes. <<

[246] Napoleón y Alejandro, hijos de Alberto degli Alberti, señores de numerosos castillos en la llanura del Bisenzio. Se mataron mutuamente por la herencia paterna. Son más dignos de estar aquí que otros traidores de sus parientes, como Mordrec, sobrino del rey Arturo, a quien intentó matar. El rey lo mató de un lanzazo, tan rápido que la luz del sol logró por un momento atravesar el cuerpo por la herida, y así le rompió «de un golpe el pecho y la sombra». Giovanni de Cancellieri, de Pistoia, llamado Focaccia, mató a traición a su primo Detto. Sassolo Mascheroni, de Florencia, mató a su sobrino para heredar al rico padre de éste. Cuando fue descubierto, fue hecho morir encerrado en un barril erizado de clavos. El hecho fue conocido por toda Toscana; por eso quien habla le dice a Dante: «Si eres toscano, bien sabrás quién es». Inmediatamente después dice su propio nombre: Camiccione de Pazzi, asesino de su pariente Ubertino para apoderarse de sus castillos. Carlino dei Pazzi di Valdarno, a cuya custodia habían puesto los *Blancos* exiliados el castillo de Piantravigne, que él entregó a los *Negros*, que llevaron a cabo una gran matanza entre los *Blancos* refugiados allí (1302). Carlino obtuvo en pago de su traición el perdón y una recompensa económica. <<

[247] Bocca degli Abati, en la batalla de Monteaperti, combatiendo en el bando güelfo, cortó con la espada la mano de Giacomo Nacca de Pazzi, que llevaba el estandarte de la caballería florentina. Cuando vieron caída la bandera, los güelfos se dieron a la fuga. Después militó entre los gibelinos hasta que, vencedores los güelfos, fue expulsado de la ciudad. Buoso de Duera, señor de Cremona, encargado por el rey Manfredi de Suabia de defender Lombardía del ejército de Carlos de Anjou, se vendió a los franceses. <<

[248] Tesauro de Baccheria, legado del papa Alejandro IV en Toscana, que fue decapitado por tramar una traición a favor de los gibelinos. El caso contrario se da en Gianni de Soldanieri, que traicionó a su partido para pasarse a los güelfos. Ganelón, en cambio, pertenece a la tradición literaria: es Gano de Maganza, que, traidor a Carlomagno, es responsable de la emboscada de Roncesvalles, en la que Roland perdió la vida. Tebaldello entregó su patria, Faenza, a los boloñeses. <<

[249] Ugolino di Güelfo della Gherardesca, conde de Donoratico. Aunque de familia gibelina, acordó, junto con su yerno, Giovanni Visconti, entregar Pisa a los güelfos. Tras una serie de vicisitudes, que no vienen al caso, tuvo la señoría de Pisa y la defendió en diferentes ocasiones contra Génova, Florencia y Lucca. Pero en 1288 triunfa la parte gibelina bajo el mando del arzobispo Ruggieri degli Ubaldini. Ugolino fue encerrado en una torre, junto a sus dos hijos y dos nietos. Tras varios meses de prisión («muchas lunas»), el arzobispo decidió dejarlos morir de hambre. <<

[250] Hay dos posibles interpretaciones del final de este episodio: Ugolino murió de hambre, ya que el dolor que sentía no consiguió matarlo. Otra es que el hambre pudo más que la naturaleza y terminó comiendo los cadáveres de sus hijos. <<

[251] Donde se habla el italiano. <<

[252] Dos islotes en la desembocadura del Arno. <<

[253] Antigua ciudad griega, famosa por las atrocidades cometidas por los descendientes de Cadmo. <<

[254] Alberigo de Manfredi, señor de Faenza, que ingresó en la orden de los Hermanos Gozosos, se había enemistado con sus parientes. Un día, fingiendo reconciliarse con ellos, los invitó a un gran banquete y en el momento de servirse los postres los hizo asesinar. De este hecho tuvo origen el proverbio italiano «Éste ha probado la fruta de Alberigo». El juego de palabras que viene a continuación entre las palabras *dátil e higo* tiene la siguiente explicación: el dátil más costoso y apreciado que el higo, se refiere a que el castigo de este condenado es más doloroso que el dolor que él mismo infligió a sus parientes. <<

[255] El nombre de este círculo infernal puede venir, como ya hemos dicho, de Ptolomeo, el gobernador de Jericó, que mató a traición a su suegro, el sumo sacerdote Simón Macabeo. Pero también puede deberse al rey de Egipto del mismo nombre que mandó matar a Pompeyo cuando había buscado refugio y protección en su reino. Según nos dice Dante, las almas de los traidores llegan a Ptolomea incluso antes de que la parca Atropos corte los hilos de sus vidas. <<

[256] Cfr. *Inf.*, XXII. <<

[257] Este Branca era un noble genovés que, queriendo heredar a su suegro, lo invitó a su casa, donde mandó que lo cortaran en pedazos. <<

[258] «Los estandartes del rey del inferno avanzan». Imitación del primer verso del himno que entona la Iglesia ante el estandarte de la cruz y que aquí aplica irónicamente Virgilio hablando de Lucifer, para burlarse de la soberbia de éste, que intentó igualarse a Dios. <<

[259] Los tres rostros de diversos colores significan las tres partes del mundo entonces conocidas: el rojo o bermejo, los europeos; el entre blanco y amarillo, los asiáticos, y el negro, los africanos. Los tres vientos de que habla a continuación simbolizan tal vez los tres vicios generadores de todo mal, a saber: la soberbia, la envidia y la avaricia. <<

[260] Judas, el traidor de Cristo, no necesita explicación. Bruto y Casio, en cambio, tienen que ser entendidos desde la ideología política de Dante. La actitud de nuestro poeta respecto de Julio César es equívoca: como pagano justo, lo coloca en el Limbo (Canto IV), pero como personaje político lo condena indirectamente al condenar a Curio (Canto XXVIII). Desde esta perspectiva, nos resulta difícil comprender que sus asesinos estén al mismo nivel que Judas, a menos que tengamos en cuenta las ideas políticas expresadas por Dante en su tratado *Monarchia*: César es el fundador del Imperio, la institución creada providencialmente para el gobierno del mundo. Así, Bruto y Casio son los transgresores del orden secular, como Judas lo es del orden divino. <<

[261] El punto por el que había pasado el poeta era el centro de la Tierra. Ahora empiezan a subir, para salir al hemisferio opuesto del globo terráqueo. <<

[262] Virgilio explica: Ahora se encuentran en el hemisferio austral, opuesto al boreal, que es el ocupado por las tierras emergidas, en el centro de las cuales se encuentra Jerusalén, donde fue muerto el Hombre que nació sin pecado. Se creía entonces que todas las tierras estaban agrupadas en nuestro hemisferio y que el austral estaba solamente ocupado por las aguas. Cuando en el hemisferio austral es por la mañana, en el boreal es de noche. Lucifer cayó del Cielo en el hemisferio austral, y las tierras que lo ocupaban, huyendo de él, se retrotrajeron bajo el mar y emergieron en el boreal. <<

Notas del Purgatorio

[1] Las nueve hijas de Piero, rey de Pella, en Macedonia, que, habiendo desafiado a las Musas, fueron vencidas y transformadas en urracas. Las mismas musas son llamadas Piérides. <<

[2] Venus. Simboliza el amor que, desde ahora, irá aproximándolo a Dios. <<

[3] Símbolos de las cuatro virtudes cardinales. Más adelante (*Purg.*, VIII) encontraremos las tres virtudes teologales. Únicamente Adán y Eva, cuando estuvieron en el Paraíso Terrenal (que se encuentra en la cima de esta montaña que emerge de las aguas del hemisferio austral), pudieron ver estas estrellas. <<

[4] La Osa Mayor. <<

[5] Marco Porcio Catón (95-46), noble romano descendiente de M. P. Catón el Viejo. Seguidor de las doctrinas estoicas y famoso por su rígida moral. En 62 fue tribuno de la plebe. Uno de los principales oponentes de la política de César, Pompeyo y Craso, pero al empezar la guerra civil se alinea con Pompeyo. Cuando toda África había caído en poder de César, se suicida para no caer en manos de éste y para no presenciar la pérdida de las libertades republicanas. Su suicidio (y, sobre todo, su oposición a César, fundador del Imperio) haría más lógica su presencia en el Infierno, pero lo encontramos en el Purgatorio, desde donde, naturalmente, deberá subir al Paraíso. La explicación de esta anomalía está en el hecho de que Dante no lo ve en relación con el Imperio, sino como intransigente defensor de la libertad y por ello como guardián de los que, en el Purgatorio, se están librando por medio de la penitencia de los últimos efectos del pecado. También Virgilio, en la visita de Eneas al Tártaro, lo presenta no como suicida, sino como legislador (*Aen.*, VI, 434-439). <<

[6] Marcia, esposa de Catón, que se encuentra en el primer círculo del Infierno o Limbo. Cedida por Catón a Hortensio, muerto éste, volvió rogando a su primer marido que la recibiera, como hizo. <<

[7] Al contrario de que como representaba la iconografía medieval, el Purgatorio de Dante no es subterráneo: lo coloca en el monte del Edén, dividido en siete escalones o terrazas (correspondientes a los siete pecados capitales). Está precedido por un antepurgatorio y en su cumbre se encuentra el Paraíso terrenal. <<

[8] Esta planta sin hojas y sin tronco leñoso, flexible y capaz de doblarse ante el viento y las aguas, simboliza aquí la humildad. Para el camino que le queda por recorrer, Dante debe quedar limpio de las impurezas del lugar que acaba de atravesar. Sus ojos deben estar preparados para contemplar la beatitud. <<

[9] Suponiendo, como ocurría en tiempos de Dante, que la tierra habitada se extendía por el hemisferio norte, desde el Este de la India hasta el Occidente de España, y que en el centro de estas dos referencias geográficas se encontraba, equidistante, Jerusalén, estas palabras se interpretan simplemente como «era mediodía en España, estaba oscureciendo en Jerusalén y era medianoche en la India». En el equinoccio de primavera la noche se encuentra en la constelación de Libra y en el otoño entra en este signo el Sol. Así, pues, la noche pierde las Balanzas (signo de Libra) cuando el día se acorta y las noches empiezan a ser más largas. <<

[10] Dante se encuentra ahora en el hemisferio sur, cubierto por las aguas de las que solamente emerge la isla en la que se levanta la montaña del Purgatorio; por consiguiente, está en las antípodas de Jerusalén. Si en Jerusalén se está ocultando el Sol, aquí está amaneciendo. <<

[11] Se trata del primer verso del Salmo CXIII, la liberación del pueblo de Israel del poder de Egipto. Dante lo ha utilizado tanto en el *Convivio* como en la *Epístola XIII*, como ejemplo de las cuatro interpretaciones o «lecturas» de un texto. En este caso, la lectura anagógica nos habla de la liberación del alma de la cautividad del pecado. <<

[12] El Sol ya se había levantado, desde que apareció en el horizonte, y con sus brillantes rayos había desplazado a Capricornio del lugar que ocupaba en el momento preciso de despuntar aquél. Se supone, pues, la Tierra como un punto fijo, alrededor del cual giran planetas y constelaciones. <<

[13] El mensajero de buenas noticias llevaba una rama de olivo. Las almas se agruparon alrededor de Dante, olvidándose de subir la montaña del Purgatorio para purificarse («embellecerse»). <<

[14] Nada sabemos de Casella, salvo que era florentino, cantor de dulce voz y probablemente compositor de las melodías que acompañaban los poemas de los poetas contemporáneos de Dante y de nuestro mismo autor, como vemos más adelante cuando el espíritu del músico entona el primer verso de una *canzone* de Dante, comentada en *Convivio, III*. La explicación de por qué Casella ha tardado tres meses en llegar al Purgatorio desde el momento de su muerte no está clara por lo que se refiere a las circunstancias concretas del personaje. **<<**

[15] Las almas de los que se han salvado son recogidas por el ángel barquero en la desembocadura del Tíber, río que riega Roma y que es, por tanto, símbolo de la Iglesia, «fuera de la cual no hay salvación». <<

[16] Virgilio murió en Brindis (19 a. C.), pero su cuerpo fue trasladado a Nápoles por orden de Augusto. <<

[17] Según Aristóteles, la demostración es de dos clases: una llamada *propter quod,* cuando los efectos se deducen de las causas, y otra llamada *quia*, cuando las causas se deducen de los efectos. De lo cual, este texto debe interpretarse del modo siguiente: «Contentaos, ¡oh humanos!, con las demostraciones que se pueden deducir de los efectos, por los cuales se tiene el conocimiento de las causas, y no pretendáis conocer más de lo que los hechos os demuestran; que en todas las cosas que son superiores a la inteligencia humana y a la fuerza de la razón es necesario ejercitar la fe. Si lo hubieseis podido ver todo con los sentidos naturales, no hubiera habido necesidad de que el Hijo de María viniese a iluminaros». <<

[18] Si Dios hubiese querido que los hombres entendiesen las cosas sobrenaturales, no hubiese hecho falta la revelación. De haber sido así, los grandes ingenios hubiesen conocido la existencia de Dios y no estarían ahora en el Limbo, «su eterno suplicio», Aristóteles, Platón y «otros muchos». <<

[19] Topónimos de un castillo y una ciudad que se encuentran en la costa de la Liguria, donde las montañas llegan hasta la orilla del mar en forma de acantilados intransitables. <<

[20] Manfredo, hijo natural de Federico II y rey de hecho de Sicilia, consigue serlo de derecho a la muerte de su hermano Conrado. Continúa la política gibelina de su padre y es, por tanto, excomulgado varias veces y, finalmente, vencido y muerto en la batalla de Benevento. Las simpatías políticas y culturales de Dante no interfieren para que condene los pecados de Manfredo (como hizo con el epicureísmo de su padre en *Inf.*, X); si aquí lo vemos en el Purgatorio es porque, como él mismo nos cuenta, se arrepintió en el momento de su muerte. La infinita misericordia de Dios contradice, pues, en caso de sincero arrepentimiento del creyente, aun en el último momento de su vida, los efectos condenatorios que llevaba consigo una excomunión por parte de la Iglesia. La excomunión fue práctica de la que abusaron los papas, que la utilizaron, como en el caso de Manfredo, para fines políticos. <<

[21] Constanza, hija de Manfredo, casó con Pedro III de Aragón, de quien tuvo a Alfonso III de Aragón (1291-1327) y a Federico II de Sicilia (1296-1337). **<<**

[22] Clemente V había enviado como embajador ante Carlos de Anjou a Bartolomé Pignatelli, obispo de Cosenza. Muerto Manfredo en la batalla de Benevento, fue sepultado al pie del puente y cada uno de sus barones depositó una pesada piedra sobre su sepultura para proteger su cuerpo de la venganza de los güelfos. Pero el Pignatelli mandó desenterrarlo y trasladarlo, con cirios apagados como excomulgado que era, fuera de territorio de la Iglesia (el río Verde era frontera entre los Estados pontificios y el reino de Sicilia), donde quedó insepulto el cadáver del rey. <<

[23] Dante, creyente, inventa este expediente para desautorizar los abusos que se cometían con las excomuniones, sin oponerse por completo a la Iglesia: los excomulgados pueden salvarse (como acaba de decirnos Manfredo), pero han de esperar en esta playa, antes de iniciar el período de purificación que supone la subida de la montaña del Purgatorio, treinta veces el tiempo que vivieron excomulgados. Las oraciones, sin embargo, pueden acortar este tiempo. <<

[24] Para evitar que le roben las uvas, ya maduras, el aldeano obtura con espinos cualquier agujero que pueda aparecer en la cerca de su viña. El sendero por el que están subiendo Dante y Virgilio es más estrecho que ese agujero. <<

[25] El cuadrante de la circunferencia mide noventa grados. La bisectriz que lo divide mide, pues, cuarenta y cinco grados, que es la inclinación de la ladera de esta montaña. <<

[26] Tengamos siempre en cuenta que Dante se encuentra en estos momentos en el hemisferio austral, al sur del trópico de Capricornio y que, por consiguiente, ve salir el Sol a su izquierda. Jerusalén y el Purgatorio, situados en los centros de los dos hemisferios opuestos, tienen un mismo horizonte astronómico; si, colocados en Jerusalén, miramos hacia el Oriente, tendremos el Sol a la derecha; si, colocados en el Purgatorio, lo tendremos a la izquierda. El Sol («carro de la luz») pasa, pues, entre los viajeros y el Septentrión («Aquilón»). Si la constelación de Géminis («Cástor y Pólux») estuviese más próxima al Sol («Espejo»), es decir, en el solsticio de verano, se vería la parte del Zodíaco más iluminada por el Sol colocada más cerca de las constelaciones de las Osas, es decir, más al Norte, y, por consiguiente, más a la izquierda. <<

[27] Belacqua parece ser el apodo del florentino Duccio di Bonaria, constructor de instrumentos musicales, muerto en 1299, famoso por su indolencia. <<

[28] El rubor de la vergüenza. <<

[29] Uno de los siete salmos penitenciales de la liturgia. <<

[30] La Marca de Ancona, gobernada por Carlos de Anjou. <<

[31] Padua, fundada por Antenor. <<

[32] Habla Iacopo di Uguccione del Cassero, natural de Fano, en la costa adriática de las Marcas, Marca de Ancona, entre la Romaña y el reino de Carlos de Anjou. Como podestá de Bolonia, la defendió tenazmente de las ambiciones del marqués de Ferrara Azzo VIII, de la familia Este, a quien Dante ha condenado como parricida (*Inf*., XII). La venganza del marqués lo alcanzó y fue asesinado en territorio de Padua, donde había buscado refugio («creía encontrarme más seguro»). Padua se decía fundada por el troyano Antenor (Livio, *Ab Urb. Cond*., I, i, y Virgilio, *Aen*., I, 242-249), personaje a quien Dante consideraba prototipo de traidor político (*Inf*., XXXII). <<

[33] Buonconte de Montefeltro, hijo de Guido (*Inf.*, XXVII) y jefe de los gibelinos. Se queja de que ni su viuda ni sus demás parientes se acuerden de rezar por su alma. Por eso se encuentra todavía en el Antepurgatorio. Murió en la batalla de Campaldino (1289). <<

[34] El Casentino es región de la Toscana. Pasa por allí el río Archiano, que nace en los montes Apeninos, por encima del monasterio camaldulense. A la confluencia de este arroyo con el Arno («donde pierde su nombre») llegó el personaje, herido en Campaldino, y allí murió. Su cadáver no apareció, como él mismo cuenta a continuación. <<

[35] Pía de’ Tolomei, natural de Siena, casada en segundas nupcias («siendo ya viuda») con Nello de’ Pannocchieschi, señor de Castello della Pietra, en las marismas toscanas. El marido la mató haciéndola arrojar por una ventana. La tradición señala hoy en el castillo della Pietra un lugar conocido como «el salto de la condesa». <<

[36] Benincasa da Lanterina, famoso jurisconsulto de Arezzo, que sentenció a muerte a un salteador de caminos, hermano de Ghin di Tacco. Transferido a Roma para evitar la venganza, fue alcanzado por Ghin, que lo degolló mientras presidía una sesión del tribunal papal. Ghin di Tacco, de la noble familia de los della Fratta, fue despojado de sus castillos tras la batalla de Colle y se convirtió, como su hermano el condenado por Benincasa, en bandolero. Las leyendas y tradiciones hicieron de él una especie de «bandido generoso» y así nos lo presenta Boccaccio: «gentil uomo e cacciato di casa sua e povero… per potere la sua vita difendere e la sua nobiltà (fue forzado) ad essere rubatore delle strade e nimico della chiesa di Roma» (*Dec.*, X, 2). «El otro» es Guccio de'Tarlati, gibelino de Arezzo, que murió ahogado en el Arno huyendo de sus enemigos. Federico Novello, de los Conti Guidi, hijo de Guido Novello, vicario del rey Manfredo en Florencia, que fue muerto en Bibbiena por los güelfos en 1289. El siguiente espíritu, no nombrado, es Gano, hijo de Marzucco degli Scornigliani, a quien el conde Ugolino (cfr. *Inf.*, XXXII) hizo asesinar durante la lucha entre éste y los Visconti por la posesión de Pisa. La «grandeza de alma» de Marzucco se puso de manifiesto, según algunos comentaristas, presentándose humildemente (se había hecho franciscano tras su vida pública) ante el asesino de su hijo y perdonándolo en público en beneficio de la paz de su ciudad. Orso degli Alberti, muerto por su primo Alberto en 1286, hijos respectivamente de Napoleón y Alejandro degli Alberti, los dos hermanos que hemos encontrado en Caína (*Inf.*, XXXII. Cfr. nota 247). Pedro de la Brosse, gentilhombre de Turena, canciller de Luis IX (San Luis, rey de Francia, a quien acompañó en la cruzada contra Túnez) y de Felipe III. El heredero del trono, fruto del primer matrimonio de Felipe con Isabel de Aragón, muere de forma misteriosa en 1276, y Pierre de la Brosse, entre otros, acusó a la segunda esposa del rey, María de Brabante, de haberlo envenenado, para que el trono recayese en su propio hijo, el que fue Felipe IV el Hermoso. Pierre fue arrestado y juzgado casi en secreto y ahorcado el 30 de junio de 1278, según la tradición, por malevolencia de la reina, y así parece entenderse en el tratamiento de este hecho en las *Grandes chroniques de la France*, Philippe III, ch. XXII. Otras historias más «oficiales» dicen que conspiraba con Alfonso X de Castilla contra su rey y señor. María de Brabante, todavía viva (parece ser que acusó también a Pierre de la Brosse de haber atentado contra su castidad), es advertida por Dante para que remedie, «provea», su culpa, y no sea condenada a su muerte «entre peores compañeros». <<

[37] El texto de Virgilio en que se niega el valor de la oración aparece en *Aen.*, VI, 376. Tomando pie de la inmutabilidad de los juicios de Dios, el problema era de absoluta actualidad en los tiempos de Dante, en los que algunas herejías (valdenses y cátaros) llegaron a negar el valor del Purgatorio y de las indulgencias. Virgilio le explica que la satisfacción debida a Dios por el pecador no se modifica cuantitativamente, aunque sí en la forma y el modo de prestarla. <<

[38] Cuando Virgilio negó el valor de la oración se refería a la que pudiese rezar un pagano, que, naturalmente, no iba dirigida al verdadero Dios. El texto virgiliano dice: «Desine fata deum flecti sperare precando», y está localizado en la nota anterior. <<

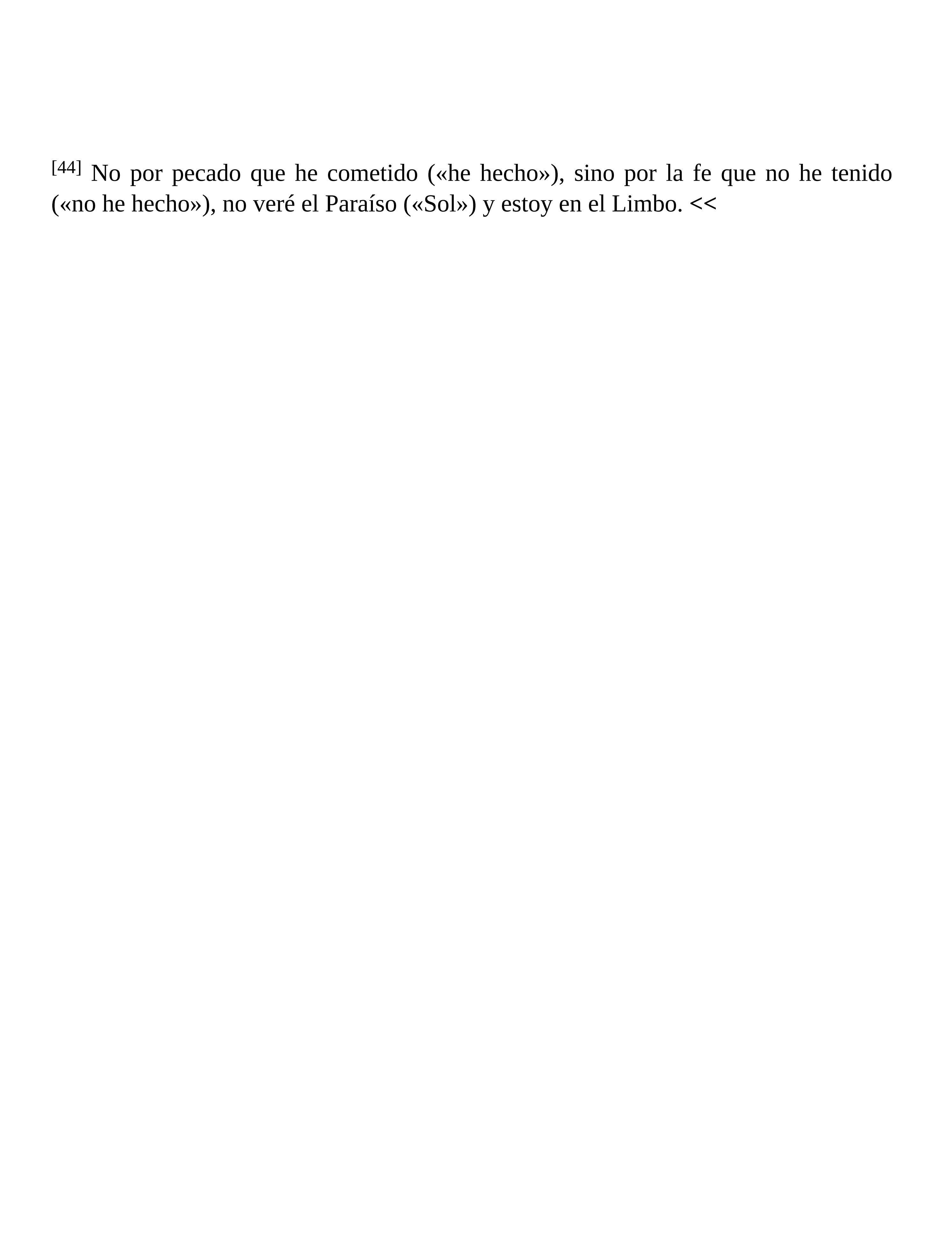
[39] «Mantua me genuit», como reza el epitafio del sepulcro del poeta, atribuido al mismo Virgilio: «Mantua fue mi patria…». <<

[40] Sordello, nacido en Goito, cerca de Mantua, famoso trovador de la escuela poética provenzal del amor cortés. De familia noble y vida accidentada, «fo avinens hom de la persona e fo bons chantaire e bons trobaire, e grans amaire; mes mout fo truans e fals vas dompnas e vas los barons ab cui el estava» (*Biographies des Troubadours*, ed. J. Boutières). Estuvo en España entre 1230-32, en las cortes de Alfonso IX de León, Fernando III de Castilla y Jaime I de Aragón. Desde 1237 está en la corte de Ramón Berenguer IV y cuando éste muere pasa a la corte de su yerno Carlos de Anjou, a quien acompaña en la expedición a Italia (1265) para tomar posesión del reino de Sicilia, y toma parte en las batallas de Benevento y Tagliacozzo, donde son derrotados los últimos Hohenstauffen. Es recompensado con varios feudos y castillos en pago de sus «grandia, grata et accepta servitia». No conocemos la fecha de su muerte, pero estos feudos pasan a poder de otro caballero de la corte angiovina en 1269, por lo que hemos de suponer que falleció en ese año. Es autor de un largo poema didáctico, *Ensenhamen* o *Documentum honoris*, y de unos cuarenta poemas menores, entre ellos el *Planh per Blancatz*, crítica y sátira de varios soberanos contemporáneos, del que parece ser que Dante tomó la idea de asignar a Sordello la tarea de ir señalando a los diferentes príncipes que veremos en el valle florido en que nos encontramos. <<

[41] Largo y sentido lamento por el estado en que se encontraba Italia, víctima de luchas intestinas y en poder de tiranos. Mayor vergüenza debe sentir por este estado de cosas un país que tiene las leyes que dictó Justiniano, pero que no las cumple, que otros pueblos que no tienen leyes. Según las ideas políticas expuestas por Dante en *Monarchia*, sólo el Imperio, institución divina, puede poner fin a esta anarquía. Pero el Papado («gente devota») se ha opuesto al Imperio y las luchas entre los dos poderes están destrozando y tiranizando a Italia. Apostrofa a continuación al emperador Alberto de Habsburgo (1298-1308), que, como su padre, Rodolfo, abandona Italia a su suerte, ocupados con los asuntos de Alemania. Lo invita a continuación a contemplar con sus ojos las catástrofes a que da lugar su inhibición: el partido imperial de los Montecchi y sus enemigos los Cappuletti están ensangrentando Lombardía; en Italia central las luchas entre los güelfos (Monaldi) y los gibelinos (Filippeschi); el condado de Santaflora, de los Aldobrandeschi, oprimido y despojado por Siena, tierra gibelina y feudo del Imperio («tus nobles»). La misma Roma ha dejado de ser sede del Imperio por la política de los últimos emperadores. Termina con una dolorida ironía: «Ven a ver cómo se aman los unos a los otros; ven, si no a salvarnos, a avergonzarte por el abandono en que tienes a Italia». Y acaba invocando al mismo Cristo («Sumo Jove») para que le explique por qué permite tanta injusticia. Este estado de cosas hace que aumente el número de los enemigos del Imperio, convirtiéndose en un Marcelo: Cayo Claudio Marcelo fue enemigo empecinado de Julio César. <<

[42] En el mismo tono irónico apostrofa a Florencia, donde no hay justicia, aunque se habla continuamente de ella. Atenas y Esparta, con sus sabias leyes (redactadas por Solón y Licurgo, respectivamente, modelos de buen gobierno y organización civil), son ejemplo de lo contrario que ocurre en Florencia. <<

[43] Virgilio muere en el 19 a. C., antes, pues, de la Redención que abrió el camino al Purgatorio y al Paraíso. <<



[44] No por pecado que he cometido («he hecho»), sino por la fe que no he tenido («no he hecho»), no veré el Paraíso («Sol») y estoy en el Limbo. <<

[45] Tres virtudes santas son las llamadas teologales, que faltaron, efectivamente, a los paganos virtuosos, entre los que se encuentra Virgilio. Volveremos sobre ellas en el canto siguiente. <<

[46] Entiéndase: sólo con la Gracia divina (la luz del día) se puede pasar al Purgatorio. Recordemos que estamos todavía en el Antepurgatorio, con las almas que se arrepintieron sólo en el último instante: los muertos violentamente y los que estuvieron demasiado interesados hasta el final en asuntos terrenales. <<

[47] Rodolfo I de Habsburgo (1218-1291), elegido emperador en 1273, en competencia con Ottokar de Bohemia y Alfonso X de Castilla. Ottokar no lo reconoce y se subleva contra él. Rodolfo lo derrota y adquiere los territorios de Austria, Estiria y Carniola, convirtiéndose en fundador de la casa imperial de Austria. Las luchas para asegurar su poder en Alemania no le permitieron bajar a Italia y pacificarla (ni siquiera llegó a ser coronado emperador), cosa que aquí le reprocha Dante. Su enemigo en la lucha por el Imperio, Ottokar, está aquí en su compañía. Dante lo considera un buen rey en comparación con su hijo Wenceslao (1278-1305). Cfr. de nuevo en *Par*., Canto XIX. El otro personaje al que se refiere como chato («romo») es Felipe III de Francia (1245-1285). Tras las Vísperas sicilianas y la pérdida del reino por su tío Carlos de Anjou, declara la guerra a Pedro III de Aragón, pero es derrotado por Roger de Lauria en el golfo de Rosas, teniendo que retirarse y muriendo durante la huida, deshonrando las armas de Francia («flor de lis» en campo azul). Enrique el Gordo, rey de Navarra, cuya hija Juana casa con Felipe IV el Hermoso de Francia. Felipe III es el «padre» y Enrique el «suegro» del mal que aqueja a Francia, es decir, de Felipe IV, que no sólo se desentendió del gobierno de su reino, sino que se enemistó con Bonifacio VIII al intentar someter al pago de impuestos al clero francés, por lo que fue excomulgado (bula *Clericis laicos*, 1296). Tras hacer prisionero al papa y afrentarlo en Anagni, éste muere y Felipe trabajará incansablemente hasta hacer elegir a Bertrand de Got, arzobispo de Burdeos, papa, con el nombre de Clemente V, produciéndose en 1309 el traslado de la corte pontificia a Avignon. El «corpulento» es Pedro III de Aragón y desde 1282 rey de Sicilia, por lo que tuvo que luchar con el siguiente personaje, el «narigudo», que es Carlos de Anjou. Aquí, sin embargo, olvidados de las rencillas terrenales, «cantan acordes». A Pedro III le sucede su hijo Alfonso III de Aragón y Sicilia, a quien también encontramos aquí («a su espalda se sienta») porque muere pronto (1291), cosa que Dante lamenta porque es sustituido por sus hijos Jaime de Aragón y Fadrique de Sicilia; han heredado de su padre las tierras pero no las virtudes («la mejor herencia»). El mismo reproche que a los hijos del aragonés le hace al hijo del «narigudo», Carlos de Anjou: sus reinos de Pulla (Apulia) y Provenza se lamentan de Carlos II de Anjou, el Cojo. Las virtudes no vienen necesariamente de los padres a los hijos, sino de Dios, «para que a Él se las debamos». La planta (Carlos II) es tan inferior a su semilla (Carlos I) como Carlos I (casado con Beatriz de Provenza y más tarde con Margarita de Borgoña) es inferior a Pedro III de Aragón (casado con Constanza, hija de Manfredo, en la que el aragonés fundamente sus derechos a la corona de Sicilia). Enrique de Inglaterra (1216-1272), que aparece sentado solo probablemente porque la historia de su reinado no está conectada con la del Imperio, es más afortunado en su descendencia que los dos citados anteriormente, en alusión al

buen rey Eduardo I de Inglaterra. Guillermo, marqués de Monferrato (1254-1292), jefe del partido gibelino. Traicionado por los ciudadanos de Alejandría, fue hecho prisionero y encerrado en una jaula hasta su muerte, hecho que provocó la guerra que asoló el Monferrato y el Canavés. <<

[48] La hora canónica de completas, a la que corresponde el himno litúrgico *Te lucis ante*, que entona a continuación un espíritu. <<

[49] Con estas palabras avisa al lector para que entienda el sentido alegórico, oculto, del episodio que va a narrar. Efectivamente, la llegada de la serpiente (tentación) y su expulsión por los dos ángeles (Gracia) no es aparentemente tan sutil que no se pueda comprender, pero tengamos en cuenta que las almas del Purgatorio no están ya sujetas a la tentación. De ahí que Dante se sienta obligado a prevenirnos contra la excesiva claridad del sentido literal y nos haga referirlo alegóricamente al estado de las almas en esta vida. <<

[50] La serpiente (tentación) ataca por donde más indefenso está el valle (el alma), avanzando por entre hierbas y flores (los placeres mundanos) y alisándose la piel (disimulándose con engaños). <<

[51] Nino Visconti, de ilustre familia güelfa pisana, gobernador de la provincia de Gallura, en Cerdeña. Cuando triunfan los gibelinos del arzobispo Ruggeri, se exilia y organiza la resistencia güelfa contra Pisa. Muere, sin volver a la patria, en 1296. <<

[52] Juana es la hija única de Nino y de Beatriz de Este. Poco duró la viudedad de Beatriz (dejó «las blancas tocas» que llevaban las viudas en señal de luto), que casó en 1302 con Galeazzo Visconti, hijo del señor de Milán, a pesar de haber sido prometida a Alberto Scotto. En venganza, éste expulsará de Milán a los Visconti en 1302, como anuncia la profecía de Nino («echará de menos las tocas de viuda algún día»). Aunque Galeazzo volverá a Milán, será expulsado definitivamente y morirá en la miseria, por lo que no será tan honrosa la sepultura de Beatriz cuando muera enlazada a la casa de los Visconti de Milán, como lo hubiera sido de haber guardado fidelidad la de los Visconti de Gallura. Los primeros tenían una víbora en su escudo, los segundos un gallo. <<

[53] Las constelaciones que contempla Dante se mueven más lentamente porque estando próximas al polo antártico han de recorrer en el mismo tiempo una distancia menor que las estrellas que están próximas al Ecuador. Son las constelaciones de Eridiano, de la Nave y del Pez de Oro, que aquí, alegóricamente, representan las tres virtudes teologales. Las cuatro estrellas de que habla a continuación Virgilio representan las cuatro virtudes cardinales. <<

[54] Nino Visconti había llamado a Conrado poco antes. Ahora éste habla. <<

[55] Conrado Malaspina, marqués de Villafranca, en el valle del Magra, descendiente de Conrado I, el «antiguo». Tanto se preocupó por el bien de su familia que abandonó hasta el último momento el cuidado de su alma, por lo que «aquí se purifica». Dante alaba a la familia de Conrado por su liberalidad («bolsa») y su valor («espada»). <<

[56] Conrado profetiza a Dante que antes de que transcurran siete años será beneficiario de la liberalidad de los Malaspina. Efectivamente, en 1306, el exiliado Dante fue acogido y protegido en la Lunigiana por Franceschino Malaspina, primo hermano de Conrado. Dante experimentará la verdad de sus alabanzas a la familia conservando en su mente («cabeza») los efectos de esta hospitalidad, y no «por las palabras de otro». <<

[57] Volvemos a encontrar otra referencia cronológica hecha por medio de una imagen astronómica y en la que de nuevo el autor subraya la diferencia entre el lugar en que se encuentra y el tiempo a que se correspondería en el hemisferio habitado. El procedimiento no deja de ser chocante para una sensibilidad moderna, pero era corriente en tiempos del autor y servía, además, para introducir un elemento erudito que daba prestancia y credibilidad a la acción. Literalmente, se interpreta así: en el equinoccio el día está dividido en dos partes iguales, de doce horas cada una; la noche, pues, en la que nos encontramos, recorre seis horas subiendo y otras seis declinando. Si había dado ya «dos pasos» y casi terminaba el tercero, quiere decir que había transcurrido casi una cuarta parte de la noche cuando Dante queda dormido por el cansancio («la flaqueza» de la carne). Estamos en el hemisferio de las aguas, lo que equivale, en el hemisferio norte, a que la Aurora estaba apareciendo «en los linderos orientales» (Ganges), rodeada por la constelación de Piscis («el frío animal»). La Aurora, enamorada de Titón, hermano de Príamo, lo rapta hasta el Olimpo y consigue de Júpiter su inmortalidad, pero olvida pedir que su amante siga siendo joven («el viejo Titón»). <<

[58] Entiéndase: casi al amanecer, cuando soñamos con el cuerpo aliviado de las preocupaciones terrenales, se tienen los sueños que resultan más verdaderos. Dante sueña con un águila, hermosísima como la que arrebató a Ganimedes para subirlo al Olimpo («celestial asamblea»). Efectivamente, este sueño resulta verdadero, como veremos inmediatamente después en palabras de Virgilio: Dante ha sido transportado dormido a la puerta del Purgatorio. Otras referencias en *Inf*., XXVI, y *Purg*., XXVII. Para las referencias mitológicas, cfr. Ovidio, *Her*., XIX, 195-196, y Horacio, *Sat*., I, x, 32-33. <<

[59] Aquiles estaba confiado a los cuidados del centauro Quirón, pero su madre, la nereida Tetis, lo raptó y lo ocultó en la isla de Scyros para evitar que fuera a la guerra de Troya, aunque los griegos Ulises y Diomedes lo descubrieron (cfr. *Inf.*, XXVI). <<

[60] Imagen de la Gracia iluminativa. <<

[61] Ahora entramos finalmente en el Purgatorio, tema «más elevado» que lo tratado hasta ahora. Por eso se ha de elevar más la técnica poética («arte»). Efectivamente, desde ahora y hasta el final del poema las imágenes y las alegorías descubrirán lo que la inefabilidad del tema difícilmente permite al lenguaje humano. <<

[62] Los tres escalones representan los requisitos para la validez del sacramento de la penitencia: examen de conciencia (mármol blanco, en el que se refleja el pecador contemplando sus pecados y siente el deseo de enmendarse), la confesión oral (piedra oscura) y el cumplimiento de la penitencia impuesta (color rojo, símbolo del amor que es la reconciliación). <<

[63] Símbolo de los siete pecados capitales. El viajero tendrá que ir borrando cada uno de ellos ascendiendo los siete escalones o terrazas que forman la montaña del Purgatorio, como iremos comprobando en la continuación del poema. <<

[64] La de oro es imagen del poder concedido por Dios al sacerdote para perdonar los pecados; la de plata simboliza la prudencia para oír en confesión y perdonar. El color ceniza de la vestimenta del ángel simboliza la penitencia. <<

[65] La absolución del confesor es eficaz si tiene el poder de perdonar, conferido por el papa («Pedro») al sacerdote y si éste oye en confesión con prudencia y sabiduría. <<

[66] César quiso apoderarse del tesoro público de Roma, custodiado en la roca Tarpeya, que defendía el tribuno Lucio Cecilio Metelo. <<

[67] El arcángel San Gabriel, que vino a anunciar el nacimiento del Redentor («la paz») y saludó a María diciendo «Ave», a lo que contestó la madre de Jesús aceptando que en su cuerpo se encarnase el Amor supremo «Ecce ancilla Dei», soy la esclava del Señor. <<

[68] Las figuras esculpidas aquí representan el traslado del Arca de la Alianza a Jerusalén (II Reyes). Los ojos de Dante ven una escultura que, evidentemente, «no canta», pero es tan perfectamente real que «sí canta». Igualmente, el olfato le hará sentir el olor del incienso representado. El levita Oza intentó sostener el Arca para que no se cayera, pero fue fulminado por Jehová por tocar el objeto sagrado («nos ha enseñado que es terrible…»). David, «el humilde Salmista», sin prestar atención a su condición real, iba delante saltando y cantando, como un simple bufón, por lo que su primera mujer, Micol, lo despreció: «Quam gloriosus fuit hodie rex Israel, discoperiens se ante ancillas». <<

[69] Leyenda medieval, que aparece en numerosas colecciones de *exempla*, en la que se celebraba la justicia del emperador Trajano, que interrumpió su marcha a la guerra para atender la demanda de una viuda que reclamaba justicia por la muerte de su hijo. En la vida de Gregorio I, papa del 590 al 604, escrita en el siglo IX, se cuenta que, admirado por el sentido de justicia del emperador, pidió y obtuvo del Cielo que lo hiciera resucitar para que pudiera volver a morir como cristiano («su gran victoria»). Efectivamente, encontraremos el alma de Trajano en *Paraíso*, XX. **<<**

[70] Dios, que ve todas las cosas desde la eternidad. <<



[71] No pienses en el castigo, que, por otra parte, tiene un límite temporal, sino en el resultado: la gloria eterna. <<

[72] La oración sin la Gracia es estéril. <<

[73] Los Aldobrandeschi eran una poderosa familia gibelina, condes de Santafiora, en la marisma de Siena. Guillermo, padre del espíritu que aquí habla, llevó a tales términos su enemistad con Siena, que se alió con los güelfos de Florencia para destruir a sus enemigos. Su hijo Umberto, señor del castillo de Campagnatico, continuó la guerra contra Siena y fue asesinado mientras dormía por unos sicarios seneses. En 1300 la familia había perdido prácticamente su poder y se extinguió, además, en sus dos ramas, Santafiora y Soana. <<

[74] A la soberbia del hombre de noble familia, representada por Umberto Aldobrandeschi, siguen aquí ejemplos de soberbia de hombres de ingenio y grandes artistas. Oderisi de Gubbio fue un famoso miniaturista que disputaba la primacía de su arte a Francesco Bolognese, a quien aquí, por humildad, cede todo el honor. Cuando aún estaba en vida («cuando aún podía pecar») se arrepintió de su orgullo. Para ejemplificar la brevedad y la fragilidad de la fama terrena cita a continuación a otros artistas contemporáneos: Cimabue (1240-1308), nombre con el que era conocido Cenni di Peppo, pintor florentino que rompe con los tradicionales moldes bizantinos e inicia la pintura italiana, más realista. Fue maestro de Giotto di Bondone (1266-1336), el mejor de los primitivos toscanos, autor de los retratos de Dante, Brunetto Latini y Corso Donati, del Bargello de Florencia. Insistiendo en la misma idea cita a continuación al poeta Guido Guinizelli, que es superado por Guido Cavalcanti (*Purg*., XXVI, e *Inf*., X, respectivamente). En una chocante manifestación de soberbia, Dante alude a sí mismo como poeta que va a superar a los dos citados («acaso ha nacido ya…»), aunque la crítica, insistiendo en defender a nuestro autor, lo justifica diciendo que esta alusión va seguida por una meditación sobre la fragilidad de la fama. <<

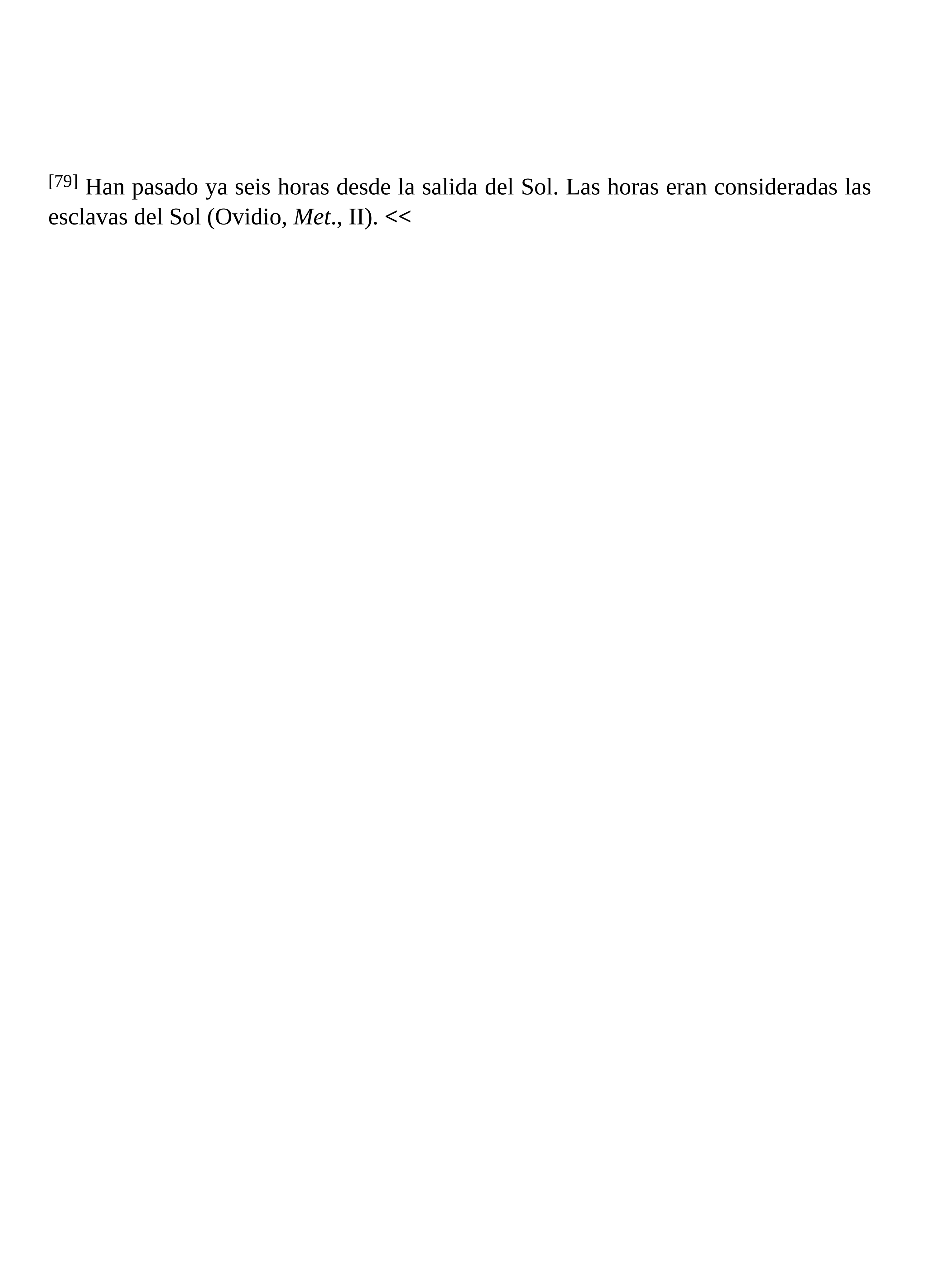
[75] Provenzano Salvani fue un poderoso gibelino de Siena que tras la batalla de Montaperti se convirtió prácticamente en dictador de su ciudad. En el congreso de Empoli fue uno de los que incitaban a la destrucción de Florencia, a lo que se opuso Farinata (cfr. *Inf.*, X). Tras la derrota gibelina de Benevento perdió todo su poder y sus posesiones fueron arrasadas. Murió en la batalla de Colle di Valdelsa, en 1269. <<

[76] Para librar a un amigo suyo, un tal Vigna, que sólo mediante la suma de diez mil florines de oro podía salir de la cárcel, donde lo tenía Carlos I de Anjou, se presentó en la plaza de Siena a pedir limosna para reunir esa cantidad, tembloroso y angustiado por la vergüenza de tener que pordiosear. <<

[77] Tú mismo, cuando salgas exiliado de Florencia, conocerás la vergüenza de andar pidiendo limosna. <<

[78] En estas esculturas están representados doce ejemplos de soberbia castigada, distribuidos en tres series. La primera, de soberbios contra Dios (Luzbel, Briareo, Timbreo y Nemrod); la segunda, de ensoberbecidos en sí mismos (Níobe, Saúl, Aracne y Roboam), y la tercera, de los que tiranizaron a otros por soberbia (Erífile, Senaquerib, Tomiris y Holofernes). Finalmente, las ruinas de la orgullosa Troya. Lucifer fue la «más noble» de todas las criaturas, antes de su soberbia rebelión. Briareo es uno de los orgullosos gigantes que se rebelaron contra Zeus. Timbreo es el sobrenombre de Apolo, por el culto que se le rendía en el templo de Timbra (*Aen*., III). Junto con Palas Atenea y con Marte derrotó a los Gigantes enemigos de su padre. Nemrod, rey de Babilonia; según la tradición, constructor de la torre de Babel, en las llanuras de Senaar, humillado en su soberbia por querer llegar hasta el cielo con la confusión de las lenguas. Níobe, hija de Tántalo y reina de Tebas. Su soberbia por ser hija de inmortal y por los siete hijos y siete hijas que tuvo, hizo que obligase a los tebanos a que adorasen a su prole, por lo que Latona, diosa protectora de Tebas, hizo que su dos hijos, Apolo y Diana, matasen con sus saetas a los Niobidas. Saúl, primer rey de Israel, destituido por su soberbia por el profeta Samuel. Derrotado por los filisteos en el monte Gelboé, se mató con su propia espada para no caer prisionero; el lugar de su muerte fue maldito por Dios con una continua sequía. Aracne excedía a todas las mujeres en el arte de tejer y desafió por ello a la propia Minerva. Su tela, representando a todos los dioses, no pudo ser mejorada por la diosa, que, irritada, la hizo pedazos. Desesperada, Aracne se ahorcó, pero la diosa convirtió la cuerda en telaraña y en araña a la propia Aracne (*Met*., VI, 1-145). Roboam, hijo de Salomón, no quiso perdonar a su pueblo el pago de impuestos, por lo que diez de las tribus se rebelaron contra él, sustituyéndolo por Jeroboam (II Reyes, 3, 12). Alcmeón, hijo de Anfiarao y de Erifila. Para evitar ir a la guerra contra Tebas, Anfiarao se ocultó, pero su mujer le descubrió el escondite a Polinices a cambio del collar de Harmonía («el desastroso adorno»). Antes de partir para la guerra, Anfiarao hizo que su hijo Alcmeón matara a su madre (Estacio, *Tebaida*, II; Virgilio, *Aeneidos*, VI). En la guerra contra Tebas muere Anfiarao, como ya hemos visto en *Infierno*, XX. El «desastroso adorno», efectivamente, trajo la desgracia a sus poseedoras, Yocasta, Semele, Argia y Erífile. Senaquerib, rey de Asiria, atacó el reino de Judá a pesar de la protección de Dios a su rey Ezequías. Un ángel exterminó su ejército y de vuelta a su reino fue asesinado por sus hijos (Reyes, 4, 19). Tomiris, reina de los masagetas. Ciro, rey de los persas, había matado a traición a su hijo, por lo que ella le tendió una emboscada en la que lo cogió prisionero y lo hizo decapitar, arrojando después su cabeza en un tonel lleno de sangre humana. Según Paolo Orosio, de quien Dante toma la cita, la reina gritó a su víctima: «Satia te sanguine quem sitisti, cuius per

annos triginta insatiabilis perseverasti» (*Historia*, II, vii). Holofernes, el gigantesco general asirio, muerto por Judith. <<



[79] Han pasado ya seis horas desde la salida del Sol. Las horas eran consideradas las esclavas del Sol (Ovidio, *Met*., II). **<<**

[80] «Multi enim sunt vocati, pauci vero electi» (*Math*., 22, 14), porque sucumben a la menor tentación. <<

[81] La iglesia de San Miniato in Monte, al otro lado del puente mandado construir por Rubaconte di Mandella, desde la cual se domina Florencia (designada aquí irónicamente como «la bien gobernada»), a la que se accedía por unas escaleras construidas cuando los notarios («documentos») y los proveedores de la ciudad («medidas») eran honrados. <<



[82] La montaña del Purgatorio está formada por siete terrazas, en forma de pirámide escalonada y, por tanto, cada vez más estrecha. <<

[83] Virgilio gira hacia la derecha para mirar el Sol que ya ha pasado el mediodía y está, por tanto, a las espaldas de los viajeros. <<

[84] La luz del Sol (la razón humana) debe guiar al hombre, a menos que otra razón superior (la Gracia) intervenga. <<

[85] Alusiones a la caridad, virtud contraria a la envidia que aquí se purga. Las primeras son las palabras de María al haberse acabado el vino en las bodas de Canaá, que indujeron a Jesús a convertir el agua en vino. Cuando Orestes volvió a la Argólida para vengar la muerte de su padre, fue descubierto, pero su amigo Pilades se hizo pasar por él para salvarlo. La tercera frase son las palabras de Jesús, «Diligite inimicos vestros…» (Mateo, 5, 44). <<

[86] El pecado de la envidia va a ser embridado («freno») con incitaciones a la caridad («diferente sonido»), que tendrán lugar cuando termine este círculo, dejando atrás, al entrar en el siguiente, los pecados aquí tratados («el paso del perdón»). Efectivamente, así lo veremos en el canto siguiente. <<

[87] La envidia es una forma corrompida de ver; los que gozaron en vida contemplando la desgracia ajena o sufrieron con la felicidad de otros son aquí privados de la vista. <<

[88] Dama de Siena, de la familia de Provenzano Salvani (cfr. nota 75, pág. 290). A pesar de su nombre, Sapía, no fue sabia porque se alegró del mal ajeno cuando sus conciudadanos fueron derrotados por los güelfos florentinos en la batalla de Colle de Valdelsa (1269). La encontramos aquí y no en el Antepurgatorio, gracias a las oraciones del ermitaño Pedro Petinagno, muerto en 1289 y enterrado en Siena, donde era tenido por santo. <<



[89] Dante se confiesa más pecador por soberbia que por envidia, por lo que teme más el castigo que reciben los que están en la cornisa anterior. <<

[90] Talamonte es una ensenada que la ciudad de Siena compró al monasterio de San Salvatore para hacer de ella un puerto de salida al mar Tirreno. La empresa resultó ruinosa porque había que dragar continuamente el fondo. Igualmente perdían tiempo y dinero intentando encontrar la corriente subterránea del río Diana, para aliviar la escasez de agua de la ciudad. <<

[91] Una nueva diatriba, esta vez contra toda la Toscana y sus estados y ciudades, divididas y ensangrentadas por continuas rivalidades y luchas, estados y ciudades a los que ni siquiera nombra (como no nombra el río que los riega) y a los que aplica la técnica y el léxico de la sátira más cruda. Todas las tierras regadas por el Arno, desde su nacimiento en los Apeninos (cadena montañosa cuyo nombre también calla y a la que se refiere solamente diciendo que de ella se desprendió, según una antigua creencia, el monte Peloro, que está en Sicilia —es decir, en el punto más alejado posible de Toscana—, hoy llamado Punta del Faro), hasta la desembocadura en que devuelve al mar su caudal, están habitadas por hombres enemigos de toda virtud, que no parecen seres humanos, sino animales, como si hubiesen sido transformados en tales por los encantamientos de la maga Circe (*Aen*., VII, 10-20, entre otros textos): en primer lugar, los habitantes del Casentino, cerdos; más adelante, los aretinos, como gozquecillos ladradores; allí el río, como asqueado, tuerce su curso («hocico») y riega tierras habitadas por florentinos («lobos»), para terminar pasando por entre las «zorras», que son los pisanos. <<

[92] Quien habla es Guido del Duca y en su discurso se dirige también al personaje que está con él, Rinieri de’ Calboli. Guido fue un caballero de Bertinoro, en Romaña, de la familia de los Onesti. Fue juez de Rímini y partidario de Pier Traversaro, que en 1218 expulsó a los güelfos de Ravena y se apoderó de la ciudad. Debió de morir en esta ciudad alrededor de 1230. No sabemos por qué lo encontramos entre los envidiosos, ya que los antiguos comentaristas nos hablan de él como hombre adornado de liberalidad y comúnmente honrado. Rinieri fue *podestà* de Faenza, Parma y Ravena, y, según las palabras de Guido, «honra y prez de la casa de Calboli, no igualado por sus descendientes y especialmente por su nieto, Fulcieri de’ Calboli, *podestà* de Florencia cazador cruel de aquellos lobos (los florentinos) sobre la orilla del feroz río». Efectivamente, Fulcieri hizo una verdadera carnicería en las filas de los güelfos *Blancos* («vende por dinero su carne»). Pero no sólo ha degenerado la descendencia de Rinieri en la región limitada por el río Po al N., los Apeninos al S., el Adriático al E. y el río Reno al O., es decir, la Romaña, sino la de todos los gloriosos nombres de las nobles familias a las que Dante pasa lista a continuación, con la entonación nostálgica del tópico del *Ubi sunt?* Lizio di Valbona, aunque güelfo, estuvo al servicio de Guido Novello, *podestà* de Florencia después de la batalla de Montaperti. Enrique Manardi, de Bertinoro, «sua vita tutta fu data a larghezza ed a bello vivere», amigo de Guido del Duca y también partidario de Pedro Traversaro, señor de Ravena de 1218 a 1225. Guido de Carpigna, de la familia condal de Montefeltro. Fabbro de’ Lambertazzi, jefe de los gibelinos de Romaña, «vir sapiens et magni consilii»; a su muerte (1259) se inicia la decadencia de su partido en Bolonia. Bernardino de Fosco fue defensor de Faenza contra el emperador Federico II; como se nos dice en el texto, de humilde familia pero elevado a grandes cargos por su valor y honradez; fue *podestà* de Siena en 1249. Poco sabemos de Guido da Prata, rico propietario en Romaña. El siguiente probablemente se trate de Ugolino degli Ubaldini, hijo de Azzo, rica y potente familia toscana, primo del arzobispo Ruggieri (cfr. *Inf.*, XXXIII), Federico Tignoso, rico caballero de Rímini, famoso por su liberalidad. Los Traversari, poderosa familia gibelina de Ravena, igual que los Anastagi citados a continuación; ambas familias estaban en decadencia y a punto de extinguirse en tiempos de Dante. <<

[93] El ideal caballeresco y cortés que inspiraba los buenos tiempos pasados, a los que se refiere Dante con nostalgia. <<

[94] Continúa, ahora en tono polémico, la enumeración de familias que han decaído en su poder o en su estatura moral. Los condes de Bagnacaval, cuya última descendiente, Caterina, fue estéril en su matrimonio con Guido Novello de Polenta. Al contrario, los condes de Castrocaro, en Montone, y los de Conio, en Imola, siguen existiendo para vergüenza de tan nobles apellidos. Lo mismo se dice de los Pagani, señores de Faenza, que harán bien sólo cuando muera el último de ellos («cuando huya el demonio»). Ugolino de’ Fantoli, de Faenza, señor de varios castillos, cuya descendencia se había extinguido cuando Dante escribe este canto. <<

[95] Los envidiosos castigados van pregonando su situación para que el castigo sirva de ejemplo. Las palabras que se oyen reproducen las de Caín, asesino por envidia de su hermano Abel: «Qui invenerit me occidat me» (Génesis, 4, 14). Aglauro, hija del rey de Atenas, que, por envidia, se interpuso entre los amores de Mercurio y su hermana Erse y fue convertida en roca por el dios (*Met.*, II, 708-832). <<

[96] En el Purgatorio («allí») era ya por la tarde y, como hemos visto ya en otras referencias cronológicas aparecidas anteriormente, en Italia («aquí») era medianoche. <<

[97] El rayo de luz se refleja en el espejo o en la superficie del agua formando un ángulo de reflexión idéntico al ángulo de incidencia con respecto de la vertical («la caída de la piedra»). <<

[98] «Beatos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mateo, 5, 7). La misericordia es la virtud opuesta a la envidia. <<

[99] Mientras más almas participan de la beatitud en el Cielo, más felicidad goza cada una de ellas. El Bien supremo, Dios, no disminuye al ser gozado por muchos. <<

[100] Jesús se perdió y fue encontrado tres días más tarde en el templo de Jerusalén, sentado en medio de los doctores y discutiendo sobre la Ley. Su madre le dirigió las palabras que aquí aparecen (Lucas, 2, 48). <<

[101] Pisístrato (560-527 a. C.), tirano de Atenas (ciudad por cuyo nombre lucharon Poseidón y Palas, ganando esta última, Atenea), era empujado por su mujer a castigar con la pena de muerte a un joven que había besado públicamente a la hija de ambos. A lo que Pisístrato contestó con las palabras que reproduce Dante. <<

[102] El protomártir San Esteban, que sufrió martirio por lapidación y pedía mientras moría que se perdonase a sus verdugos. Como podemos ver, se trata de ejemplos de mansedumbre, virtud contraria a la ira. <<

[103] Si la ira es un fuego, la piedad es el agua que lo apaga. <<

[104] Como si aún estuvieras vivo. <<

[105] Existe confusión sobre este personaje, al que ya los comentaristas antiguos intentaban dar una caracterización completa. Puede tratarse simplemente de una denominación genérica, «Marco, un italiano». Su discurso, efectivamente, puede ser el de cualquier italiano (el mismo Dante) sobre el estado de su nación. <<

[106] Las dudas sobre las causas de la corrupción del mundo, despertadas por cuanto había dicho Guido del Duca («en otra parte») y acentuadas por las palabras que acaba de pronunciar Marco Lombardo. <<

[107] El pastor que va delante del rebaño (el Papa) conoce la ley divina pero no distingue el bien del mal, y se interesa sólo por el poder y los bienes materiales. La ley hebraica prohíbe el consumo de carne que no sea de animales rumiantes y de pezuña hendida. La doble pezuña significaría, alegóricamente, el discernimiento entre el bien y el mal. <<

[108] Dios, en sus planes, ha establecido las dos instituciones que harían gobernable y feliz este mundo, el Papado (guía en lo espiritual) y el imperio (gobierno de lo terrenal). Éste es el punto central de la doctrina política de Dante (*Monarchia*). Hoy el Papado ha terminado con el Imperio y ha usurpado su poder («la espada se ha unido al báculo»), por lo que, al no existir el control mutuo entre los dos poderes, es forzoso que el gobierno del mundo vaya mal. <<

[109] En la Italia del norte había paz y buen gobierno antes de que estallasen las guerras entre Federico de Sicilia y el Papado, momento en que se inició la decadencia del poder temporal y el ascenso del poder de los pontífices, <<

[110] Conrado de Palazzo, de antigua familia bresciana, güelfo y lugarteniente de Carlos de Anjou en Florencia (1276), *podestà* de Siena (1279) y de Piacenza (1288). Gherardo da Cammino (1240-1306), paduano, gobernador de Belluno, de Feltre y de Trevis. Marco lombardo se extraña de que Dante no sepa nada de este personaje, que debía ser tan conocido que habla de él simplemente como «el buen Gherardo». Para que lo localice hace entonces alusión a su hija Gaya, que no se distinguió precisamente por sus virtudes: «Mulier quidem vere gaia et vana, et, ut breviter dicam, tota amorosa», según el comentarista Benvenuto. Guido di Castello, caballero de Reggio, al que los franceses llamaban el «honrado lombardo», lo que ha dado lugar a no pocas discusiones sobre el sentido de estas palabras. En el francés de la época, *lombard* significaba tanto italiano como usurero o prestamista. Teniendo en cuenta que algunas fuentes nos hablan de su generosidad y honradez, habría que aceptar que se trate de un prestamista que ejercía su profesión dentro de las reglas de honradez que permiten a Dante colocarlo en esta noble compañía, como modelo de la bondad de los tiempos antiguos en comparación con los modernos. Muere en 1315. <<

[111] Progne fue transformada en golondrina por haber matado a su hijo y habérselo ofrecido como alimento a su marido, Tero, que le había sido infiel con su hermana Filomela. Dante se confunde, porque es Filomela quien es transformada en ruiseñor. <<

[112] El crucificado es Amán, ministro del rey de Persia, Asuero. Quería matar al justo Mardoqueo y a todos los judíos de su reino, pero la reina Esther descubrió sus maldades a Asuero, que lo hizo crucificar. Quien habla a continuación es Lavinia, hija del rey Latino y de Amata. La madre se suicidó cuando llegaron noticias de la muerte de Turno, prometido de Lavinia, a manos de Eneas. La noticia resultó falsa, aunque más adelante sí que muere Turno y Eneas se casará con Lavinia, dando así origen a la estirpe romana (*Aen*., XII). <<

[113] En las palabras de Virgilio encontramos los criterios según los cuales está ordenado el Purgatorio. En este círculo en que nos encontramos se purga la inclinación al bien que no ha sido suficientemente intensa (pereza). En el Purgatorio no encontramos pecados, como en el Infierno, sino tendencias pecaminosas. Partiendo de la teoría de que todas las criaturas tienden a algo (S. Tomás, *Su. Theol*., I, ii, q XXVIII), esa tendencia puede ser natural (instinto) y, por tanto, no pecaminosa, o puede ser racional (amor de elección, según la escolástica), en la que interviene la voluntad, y que puede llevar al hombre al error al desear lo que no es bueno (pecado) o a desear los bienes terrenos de manera excesiva o, por último, a querer al único y verdadero bien, Dios, pero de forma tibia. El amor es, pues, principio de toda acción humana. Como no podemos querer el mal para nosotros mismos, cuando queremos el mal ha de ser forzosamente para otros. Por tres causas deseamos el mal ajeno: para sobresalir nosotros, queremos que se hunda el prójimo (soberbia); cuando el prójimo es superior, queremos ser como él (envidia), y cuando el otro nos ha dañado, queremos devolverle el daño (ira). Estas tres tendencias erradas han sido ya vistas en los círculos anteriores. A partir de ahora veremos no una inclinación hacia un mal, sino hacia un bien; pero sentida de forma pasiva (pereza) o de manera excesiva (avaricia). Más adelante trataremos de la gula y la lujuria. Como podemos ver, el orden en que aparecen las tendencias pecaminosas (de mayor a menor gravedad, según vamos subiendo) se corresponde, a la inversa, con los pecados que hemos visto en el Infierno, allí de menor a mayor gravedad: más profundo castigo en los últimos cantos del Infierno, menor tiempo de Purgatorio en los cantos finales del Purgatorio. Compárese este canto con el XI del *Infierno* para comprender la estructura moral que Dante imprime a su obra. <<

[114] Se analiza en este párrafo el proceso psicológico del origen y los efectos del amor, según la filosofía de la época y las preceptivas poéticas que trataban del amor cortés. <<

[115] El instinto es moralmente indiferente. <<

[116] Virgilio había nacido en el barrio mantuano de Piétola. <<

[117] Los dos ríos de la llanura en que se levantaba la ciudad de Tebas, protegida por Baco, a quien los tebanos dedicaban sus ritos propiciatorios (Estacio, *Theb.*, 434 y ss.) <<

[118] María se apresuró a ir a visitar a su prima Isabel, esposa de Zacarías y madre de Juan el Bautista, a la ciudad de Ebrón, erigida en la cima de una montaña. César abandonó de repente el cerco de Marsella para presentarse rápida e inopinadamente en Lérida («Ilerda») y derrotar a los pompeyanos. Son dos ejemplos de diligencia. <<

[119] Monasterio de la ciudad de Verona, dedicado a San Zenón, obispo de aquella ciudad en el siglo VI. No sabemos quién pueda ser el abad que habla, quizá un tal Gherardo, muerto en 1187, en tiempos del emperador Federico Barbarroja, el que destruyó Milán. Alberto della Scala, a quien quedaba poco tiempo de vida cuando Dante imagina su viaje (muere, efectivamente, en 1301), había hecho por la fuerza abad de San Zenón a un hijo bastardo suyo, deforme y malvado. <<

[120] Todos los judíos, menos Josué y Caleb, murieron durante la travesía del desierto, sin llegar a Palestina («Jordán»), como castigo por haber sido perezosos en obedecer las leyes de Moisés. Los troyanos fugitivos que no siguieron los pasos de Eneas («el hijo de Anquises») y se quedaron en Sicilia, perdieron con ello la gloria de participar en la fundación de Roma. <<

[121] Es la hora del amanecer, cuando ya la Tierra ha perdido durante la noche el calor acumulado durante las horas de sol; cuando los geománticos observan en Oriente la constelación de Piscis, que precede en aquel punto la aparición del Sol. La *fortuna maior* era la figura que reproducía los puntos luminosos que vemos en Piscis. <<

[122] La mujer fea que se transfigura en hermosa es el símbolo del amor puesto en mal objeto. La que aparece después y la desenmascara representa a la razón que nos descubre los engaños de los sentidos. <<

[123] Bienaventurados los que lloran («lugent») porque ellos serán consolados (Mateo, 5, 5, y Lucas, 6, 21). <<

[124] Se refiere a los círculos que vienen a continuación. <<

[125] Palabras del Salmo CXVIII, con las que las almas expresan el apego que tuvieron a las cosas terrenales. <<

[126] «Sabe que yo fui sucesor de Pedro». <<

[127] Éste es Ottobon de Fieschi, conde de Lavagna, pontífice con el nombre de Adriano V, que reinó un mes y nueve días; murió en 1276. Entre las ciudades de Sesti Levante y Chiavari corre el río Lavagna, que da nombre al condado de que era titular Ottobon. <<

[128] En el Cielo no hay diferencias de grados, dignidades ni parentelas. A esta última relación se refieren las palabras latinas del texto: cuando los saduceos preguntaron a Jesús de quién sería esposa en la vida eterna la mujer que se hubiera casado varias veces, respondió: «Neque nubent neque nubentur, sed erunt sicut angeli Dei in coelo» (Mateo, 22, 30). <<

[129] Alagia, sobrina de Adriano V y esposa de Moroello de’ Malaspini. Dante estuvo viviendo en su casa y fue testigo de su bondad y espíritu caritativo. Paga aquí su agradecimiento. <<

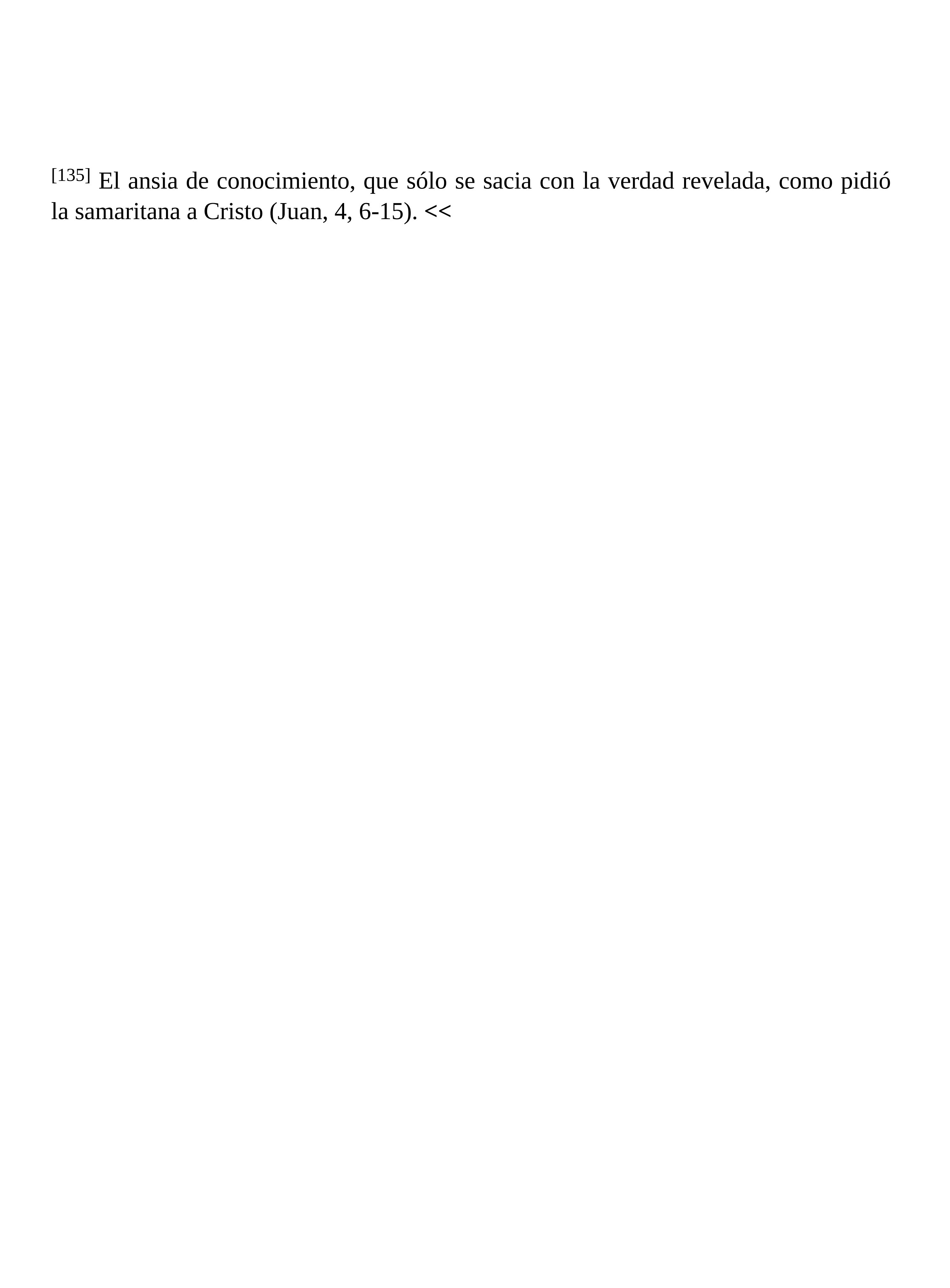
[130] Recuérdese la loba encontrada por Dante en el Canto primero del *Infierno*. Cfr. pág. 96, nota 5. <<

[131] También aquí los espíritus entonan alabanzas de la virtud opuesta a la avaricia, la pobreza (casos de María, que parió a Jesús en un humilde portal; o del cónsul Fabricio) y la liberalidad, ejemplificada en San Nicolás de Bari, que dotó con su propio dinero a tres doncellas pobres que veían en peligro su honestidad. Así se cuenta en la *Leyenda aurea*, de Jacobo de Voragine. <<

[132] Crítica de la avaricia, causante de todos los males al provocar la corrupción de las instituciones políticas y del orden que debía regir a la Cristiandad. Al mismo tiempo es exposición de las ideas de Dante sobre la culpabilidad del reino de Francia, tradicionalmente enemigo del Imperio y aliado y corruptor del mismo Papado, de lo que se derivan las desgracias que afligían a Italia. Quien habla, critica y pide venganza es el fundador de la dinastía francesa, Hugo Capeto. Dante confunde a este personaje con su padre, Hugo el Grande, conde de París, y acepta, además, una tradición que hacía de él un rico burgués dedicado al comercio de ganados («carnicero»), para simbolizar en su ambicioso encumbramiento el origen de los males que dañaban a la Cristiandad. La leyenda aparece en la «chanson de geste» *Huon Capet* y en algunos poetas e historiadores, tanto franceses como italianos. Extinguida la dinastía carolingia y obligado a entrar en un convento su último representante («paños grises»), Hugo fue proclamado rey de Francia (987-996). Habla a continuación de las traiciones e iniquidades cometidas por Felipe IV el Hermoso contra Flandes («Douai, Gante, Lila y Brujas») para aumentar su poderío. Con la anexión de Provenza empezó la malvada trayectoria de la dinastía, que continuó con la usurpación del Ponthieu, Normandía y Gascuña. Carlos de Anjou (cfr. *Purgatorio*, VII) vino a Italia para hacerse con la corona de Sicilia, matando a Conradino en la batalla de Tagliacozzo (1268); una tradición dice que también hizo envenenar a Santo Tomás de Aquino. Fue también Carlos responsable de la traición a los *Blancos* de Florencia. Habla a continuación de la prisión y ultraje que Bonifacio VIII sufrió en Anagni por obra de Felipe el Hermoso, así como de la destrucción y exterminio de la orden de los caballeros Templarios («el templo»). Sus sucesores no sólo no se «enmiendan», como dice irónicamente, sino que continuaron la misma historia de rapiñas y traiciones («la lanza de Judas»). Carlos II, derrotado en batalla naval por Roger de Lauria, vendió a su hija al marqués Azzo VIII de Este por una fuerte suma. Felipe el Hermoso entregó al papa en manos de sus enemigos los Colonna, como «nuevo Pilatos», de donde las imágenes de la Pasión a que hace referencia, «hiel y vinagre» y la crucifixión «entre dos ladrones». <<

[133] Hugo Capeto contesta ahora a la segunda pregunta que le ha hecho Dante: durante el día cantan alabanzas a la Virgen y durante la noche recuerdan casos de avaricia, que son los ejemplos que llenan hasta el final el largo parlamento de este espíritu. Pigmalión, rey de Tiro y hermano de Dido, a cuyo marido dio muerte para apoderarse de sus riquezas. Dido huyó de Tiro y fundó Cartago (*Aen*., I, 340 y sigs.). Midas, rey de Frigia, consiguió de Baco el poder de transformar en oro cuanto tocaba; hasta los alimentos que tomaba se convertían en este metal, por lo que pidió y consiguió del dios que le retirase el poder que antes le había concedido. Acham, de la tribu de Judá, se apoderó de unos bienes que habían sido reservados tras la conquista de Jericó. Cuando fue descubierto, Josué mandó que fueran lapidados él y su familia y que los cadáveres fueran quemados junto con las riquezas que habían causado su muerte (Josué, 6, 19). Safira y su marido Ananías vendieron sus bienes para seguir a Cristo, pero presentaron a San Pedro sólo una parte de ellos, por lo que fueron fulminados. Heliodoro, tesorero de Seleuco IV, fue encargado de recoger el tesoro del templo de Jerusalén, pero al hacerlo fue derribado por un caballo celestial y en el suelo fue pisoteado por dos ángeles (II Macabeos 3, 25-27). Antes de la caída de Troya, Príamo mandó a su hijo Polidoro con el tesoro de la ciudad bajo la protección de Polinéstor, que lo mató para poder apoderarse de las riquezas de Troya (*Met*., XIII, 429 y sigs.). Marco Licinio Craso, triunviro con César y Pompeyo; cuando fue derrotado y muerto por los partos, el rey Oronte mandó rellenarle la boca con oro fundido, como burla por su avaricia (Cicerón, *De off*., I, 30). <<

[134] Cuéntase que la isla de Delos temblaba y se movía hasta que Latona, refugiándose en ella, dio a luz a Apolo y a Diana, representados en la Mitología por el Sol y la Luna, que Dante llama aquí «los dos ojos del Cielo». <<



[135] El ansia de conocimiento, que sólo se sacia con la verdad revelada, como pidió la samaritana a Cristo (Juan, 4, 6-15). <<

[136] Lucas, 24, 13-15. <<


[137] Que el juicio infalible de Dios te admita entre los bienaventurados, lo que a mí me está prohibido. <<

[138] La parca Lachesis va hilando el copo que su hermana Clotho destina a cada hombre al nacer. Cuando se termina, la tercera parca, Atropos, corta el hilo de la vida. El alma (de Dante) sin estar separada del cuerpo no puede ver en el camino del más allá. <<

[139] La entrada del Purgatorio, Canto IX. **<<**

[140] El arco iris. Iris fue hija de Taumante y de la oceánide Electra. <<

[141] Publio Papinio Estacio (45-96 d. C.), el mayor poeta de la Edad de Plata de la literatura latina, autor, como él mismo nos dice, de la *Thebaida* y la *Achileida*, obra esta última incompleta («caí en el camino»). Es autor, igualmente, de varios poemas cortos recogidos bajo el nombre de *Silvae*, en uno de los cuales dice haber nacido en Nápoles; pero esta obra era desconocida en la Edad Media y Dante, como otros muchos, lo dice nacido en Tolosa. Dante, sin ningún fundamento histórico, nos dice que se convirtió al cristianismo, inspirado por unos versos de la *Eneida*, como se cuenta en el canto siguiente. <<

[142] De la frase del Evangelio de Mateo «*Beati qui esuriunt et sitiunt iustitiam*», bienaventurados los que tengan hambre y sed de justicia. Dante ha eliminado el primer verbo, «*esuriunt*», que aparecerá más adelante, en el círculo de los glotones en el Canto XXIV. <<

[143] Es la base de la ética del «Dolce Stil Novo»: el amor virtuoso despierta inexorablemente la correspondencia amorosa del ser amado. Son las palabras de Francesca en *Infierno*, V, que allí están referidas al amor carnal. <<

[144] El famoso satírico Decimo Junio Juvenal (60-140), contemporáneo de Estacio, se encuentra en el Limbo con Virgilio y le ha hablado de Estacio y de su admiración. A Virgilio le parecerá corto el tiempo que va a estar con Estacio, del mismo modo que éste hubiera aceptado un año más de Purgatorio con tal de haber conocido a Virgilio en vida. <<

[145] Aquí se purga no sólo la avaricia, sino su contraria, la excesiva prodigalidad. Los versos que se citan de Virgilio, *«Quid non mortalia pectora cogis / auri sacra fames?» (Aen.*, III, 56-7), hay que interpretarlos como «el amor de las riquezas es bueno ("sagrado") siempre que no sea excesivo». De haber sido avaro, Estacio estaría en el cuarto círculo del Infierno, donde los condenados se arrojan unos a otros grandes pesos. Muchos que creen que la excesiva prodigalidad no sea un pecado sufrirán el castigo que hemos visto en *Inf.*, VII, donde las almas están con los cabellos rapados. **<<**

[146] Estacio cantó en la *Thebaida* las guerras entre los dos hermanos Etéocles y Polinice, hijos de Yocasta («doble tristeza») y de Edipo. También la «doble tristeza» puede hacer referencia al hecho de que Edipo era hijo de Yocasta y causante de la muerte de su propio padre. Virgilio no cree que Estacio fuera ya cristiano mientras escribía la *Thebaida*, poema inspirado por Clío, musa de la Historia. Sin la fe, las buenas obras no son suficientes para la salvación, que sólo se consigue dentro de la Iglesia de Pedro el Pescador. **<<**

[147] Como ya sabemos, Virgilio fue modelo de poeta para Estacio y ahora se añade que también le mostró el camino de la verdadera fe; «luz que a él no le sirve pero que alumbra a los que lo siguen». Aunque Virgilio no llegó a ser cristiano (muere en 19 a. C.), los versos de su *Bucólica* IV que aquí se citan fueron interpretados por la tradición cristiana medieval como una profecía del nacimiento de Cristo: «*magnus ab integro saeclorum nascitur ordo. / Iam redit et virgo, redeunt Saturna regnal, / iam nova progenies caelo demittitur alto*» (IV, 5-7). <<

[148] Este disimulo o «temor» de Estacio ha sido purgado durante más de cuatro siglos en el cuarto círculo, el de los perezosos, antes de continuar y completar su purgación donde lo hemos encontrado, entre los pródigos. <<

[149] Encontramos aquí otra larga enumeración de nombres relacionados con el mundo clásico, tanto de personajes históricos, como los poetas y literatos en general, pertenecientes a los ámbitos griego y latino, como de personajes mitológicos y legendarios. Todos estos nombres representan el mundo histórico al que habían pertenecido Virgilio y Estacio, al mismo tiempo que mundo cultural, al que la Edad Media miraba como modelo. Esa visión medieval, admirada y emocionada, es la que nos está dando el autor a lo largo de todo este episodio. Publio Terencio, de cuya vida sabemos poco (nacido en Cartago, de ahí el sobrenombre de Afer, africano, alrededor del 190 a. C., muerto en 159), pero del que, afortunadamente, se nos han conservado seis comedias. Cecilio es Statius Caecilius, otro poeta cómico, de origen galo, muerto sobre 160 a. C., autor de unas cuarenta comedias, de las que ninguna se ha conservado; «*malus latinitatis auctor*» lo llama Cicerón (*Ad Att*., 7, 3, 10). Marcus Maccius Plautus (254-184 a. C.) es sin duda el mayor autor de comedias latinas y creador de los tipos o prototipos que habían de caracterizar a la comedia clásica, como el soldado fanfarrón, el usurero, la hetaira astuta, el siervo ingenioso, etc. Sobre Varron no está de acuerdo la crítica, pudiendo tratarse tanto de Lucio Vario Rufo, contemporáneo y amigo de Virgilio y editor de su *Eneida*, como de Marco Terencio Varron Reatino (116-27 a. C.) o de Publio Terencio Varron Atacino (82-36 a. C.), autor de un *Bellum Sequanicum* y de unas *Satirae* de las que no nos queda más que el juicio negativo de Horacio. Persio (Aulus Persius Faccus, 34 a. C.-62 d. C.), autor de seis extraordinarias sátiras. «Aquel griego» al que amamantaron las Musas es Homero (cfr. *Inf*., IV). Las Musas son las nodrizas de los poetas de los que habla a continuación: Eurípides (480-406 a. C.), el famoso autor trágico, viene nombrado a continuación, en compañía del también trágico Agathon y de los líricos Anacreonte (563-478 a. C.) a y Simónides, autor de odas de profundo contenido ético, de las que sólo se conservan fragmentos. De los personajes cantados por Estacio en sus obras, «de los que tú cantaste», cita Virgilio a los hijos de Edipo y Yocasta, Antígona e Ismene, esta última «tan triste como antes» por haber visto perecer a todos los suyos. Deifila y Argia son las hijas de Adrasto, quien las casa, respectivamente, siguiendo los vaticinios de un oráculo, con el etolio Tideo y con el tebano Polinices (*Theb*., I, 370-497). La «hija de Tiresias», el adivino, no es otra que Manto (cfr. *Inf*., XX). Tetis y Deidamia no son personajes de la *Thebaida*, sino de la *Achileida*, la primera madre de Aquiles y la otra, hija de Licomedes, de la que se enamoró el héroe del poema (cfr. *Inf*., XXVI) cuando estuvo viviendo con ella y con sus hermanas, disfrazado de mujer, en la corte de Sciros. La que «descubrió la fuente Langía» a los reyes que iban contra Tebas es Hipsípila, reina de Lemnos. <<

[150] Habían pasado más de cuatro horas desde la salida del Sol y menos de cinco; estamos, pues, entre las 10 y las 11 de la mañana. <<

[151] El árbol, con el ramaje invertido para impedir que puedan ser alcanzados sus frutos, así como la fuente, cuyas aguas se extendían por las hojas del árbol y no por sus raíces, son símbolo del castigo impuesto a los golosos. Los ejemplos de templanza que siguen: María en las bodas de Canaá, las romanas de la época republicana, el profeta Daniel que, mientras vivió en la corte de Nabucodonosor, se alimentaba sólo de verduras; la mítica Edad de Oro, en la que los hombres se alimentaban de bellotas, y la miel y las langostas con las que se mantuvo Juan el Bautista en el desierto, son una incitación a la virtud contraria a la tendencia pecaminosa que aquí contemplamos. Todo esto vendrá explicado por boca de Forese Donati en el canto siguiente. <<

[152] «Domine, labia mea aperies, et os meum annuntiabit laudem tuam» (*Psalm*., 50, 17). «Señor, abre mis labios y mi boca entonará tus alabanzas». No olvidemos que estamos entre los glotones, cuyas bocas, que en vida sirvieron para instrumentar su pecado, quieren que ahora se empleen exclusivamente en alabar a Dios. <<

[153] La descripción de los espíritus que aparecen, casi descarnados por el hambre, está tomada del episodio ovidiano de Erisicton, hijo del rey de Tesalia, que fue castigado por haber cortado una encina dedicada a Deméter, con un hambre imposible de saciar, y que terminó comiéndose sus propios miembros (*Met.*, VIII). <<

[154] Lo cuenta el historiador judío Josefo, narrando el sitio de Jerusalén por Tito en el año 70 d. C. (*Bell. Iud.*, VI, 3). Naturalmente, María es aquí un nombre hebreo, sin ninguna relación con la madre de Jesús. <<

[155] Algunos teólogos y predicadores místicos de la Edad Media pretendían que Dios había escrito las palabras «Homo Dei» en el rostro humano. Quiere decir Dante que, a causa de su delgadez, los ojos (las «oes») estaban tan hundidos en la cabeza que claramente podía leerse la «M» formada por la nariz las cejas y las mejillas. <<

[156] Forese Donati, gran amigo de juventud de Dante, muerto en 1296, hermano del enemigo político de nuestro poeta, Corso Donati, jefe de los güelfos *Negros*. De aquella amistad nos queda la *tenzone* en sonetos que intercambiaron Dante y Forese, en el tono desvergonzado que imponía este género literario entre los poetas satíricos toscanos. En las composiciones XXXIV y XXXVI de las *Rime* de nuestro autor se alude precisamente a la gula insaciable de Forese: «giù per la gola tanta roba hai messa / ch'a forza ti convien tòrre l'altrui». <<

[157] De las palabras de Jesucristo antes de morir: «*Eli, Eli, lamma sabachtani?*», «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (*Mat*., 37, 46, y Marc., 16, 34). <<

[158] Si Forese Donati siguió siendo un pecador hasta el último instante de su *vida*, arrepintiéndose sólo entonces, Dante esperaba encontrarlo en el Antepurgatorio, «donde el tiempo con el tiempo se repara». Cfr. los cantos del *Purgatorio* dedicados a los negligentes. <<

[159] Nada sabemos de Nella, la mujer de Forese, la «malfatata», como la llama Dante en el primero de los sonetos de la *tenzone* a que nos hemos referido en nota anterior. Por el mismo soneto sabemos que el marido la tenía abandonada: sus continuas enfermedades no eran debidas a la vejez, sino, como nos *dice* Irónicamente, al frío que pasaba en su solitario lecho, «*per difetto ch'ella sente al nido*». En las palabras de Forese hay un homenaje (póstumo y ya inútil) a las virtudes de Nella, cuyas oraciones han acortado la estancia de su marido en el Antepurgatorio y cuyo pudor tiene más mérito en la impúdica Florencia, en la que sigue viviendo la viuda. La Barbagia era una región de Cerdeña, montañosa y aislada, donde las costumbres en tiempos de Dante seguían siendo bárbaras. Haciendo un juego de palabras (Barbagia = bárbaro), Dante llama Barbagia a la degenerada Florencia. <<

[160] No tenemos noticias de que se promulgase ninguna ley civil contra las impúdicas modas femeninas a que hace referencia Dante, aunque, sin duda alguna, desde los púlpitos se predicase contra ellas y se seguiría predicando hasta nuestros días. La profecía, pues, no se cumplió, aunque la condena moral y el anuncio de las penas «que el Cielo les prepara pronto» siguen teniendo valor profético. <<

[161] Durante la última Luna llena («cuando se ostentaba redonda»), Dante encontró a Virgilio en la selva del Canto I, es decir, hace cinco días. Lo guió a través del Infierno, «por entre los verdaderos muertos» que han sufrido ya la muerte segunda o muerte del alma. <<

[162] Estacio, que ya ha terminado su purgación, podría subir inmediatamente al Paraíso, pero por el placer de la compañía de Virgilio va «más lentamente». <<

[163] Efectivamente, encontraremos a Piccarda en el ciclo de la Luna (*Par*., III). **<<**

[164] Otra larga enumeración de personajes, como las que hemos encontrado a veces. Bonagiunta degli Orbicciani, poeta de Lucca, en la Toscana, perteneciente a la escuela guittoniana, anterior al «Dolce Stil Novo» y crítico de las innovaciones que introducía esta nueva escuela, como podemos ver en el soneto en el que acusa a Guido Guinizzelli de usar un estilo rebuscado y oscuro. Véase más adelante, en este mismo canto, el homenaje que rinde a la nueva escuela poética, a la que pertenecía Dante. El siguiente personaje, a quien no se nombra pero de quien se dice que fue papa («tuvo en sus brazos a la santa Iglesia») y natural de Montpincé (aunque aquí se dice que de Tours, donde sí que vivió y tuvo altos cargos eclesiásticos), es Martín IV. Aunque proclive a la casa de Francia, fue buen papa nada ambicioso ni nepotista, pero muy dado a los placeres de la buena mesa. Sobre este defecto corrieron en la época multitud de anécdotas, sátiras y epigramas, de alguno de los cuales se hace eco Dante: hacía pescar angulas en el lago de Bolsena y después de haberlas ahogado en vino blanco generoso y dulce (Garnacha) las comía asadas a la brasa. Ubaldin degli Ubaldini, señor del castillo della Pila, hermano del cardenal Ottaviano degli Ubaldini (cfr. *Inf.*, X) y padre del arzobispo Ruggieri (*Inf.*, XXXIII). Bonifacio di Fieschi, arzobispo de Ravena de 1274 a 1294. El báculo de los prelados de la diócesis de Ravena no está coronado por una espiral o voluta, sino por una torre o castillo. Marchese degli Argogliosi, alcalde de Faenza, natural de Forli. La frase que le dedica Dante debió ser tomada del anecdotario contemporáneo, aunque no podemos precisar a qué se refiere. <<

[165] De todos los nombres que ha citado, quien más le interesa a Dante es el poeta Bonagiunta, que murmura una frase ininteligible, de la que sólo recoge el nombre femenino de Gentucca. El paso es intencionadamente oscuro y no sabemos a qué se refiere, aunque algunos comentaristas (naturalmente, *a posteriori* y forzados por el texto) quieren referirlo a alguna mujer de Lucca de la que se enamoró Dante cuando estuvo allí durante su exilio. «Existe una mujer, todavía una muchacha que “no lleva el velo”, la cual hará que te agrade mi ciudad». Durante la ficción de este viaje (recordémoslo una vez más, realizado en 1300) Dante todavía no ha salido exiliado de Florencia ni buscado refugio en Lucca, bajo la protección de Moroello Malaspina. Por eso no ha entendido lo que murmura Bonagiunta, aunque ya se lo «pondrá en claro la realidad de los hechos». <<

[166] «Donne ch'avete intelletto d'amore» es el comienzo de una bellísima *canzone* de Dante, que puede verse en la *Vita nuova* y que supone el programa estético y la filosofía amorosa que darán lugar a la poética stilnovista. Bonagiunta, que había rechazado la nueva estética, junto con el Notaro siciliano Iacopo da Lantini y el poeta toscano Guittone d'Arezzo, rinde aquí un homenaje a la nueva poesía. De las palabras de Bonagiunta ha salido la denominación con que la historia literaria conoce el stilnovismo: «el dulce y nuevo estilo que oigo». <<

[167] Corso Donati, hermano del Forese que habla, jefe de la facción de los *Negros* y principal causante, según Dante, de los males de Florencia. Corso tuvo que huir de su ciudad en 1308, acusado de traición, y murió al caer del caballo, arrastrado por el animal. Forese no nombra a Corso porque es su hermano. Dante profetiza en la ficción literaria un hecho que conocía porque ya había ocurrido. <<

[168] Los centauros, engendrados por el consorcio de Ixión con una nube, llenos de vino, intentaron raptar a la esposa de Piritó en medio del convite nupcial, por lo cual Teseo los mató. Combatieron con sus dobles pechos, de hombre y de caballo. **<<**

[169] Gedeón seleccionó a los soldados para conducirlos a la guerra contra los madianitas haciéndoles beber en la fuente de Arad. Los que cogieron agua en el cuenco de la mano y siguieron caminando fueron elegidos; los que se arrodillaron para saciar completamente la sed, fueron desechados. <<

[170] El Sol había sobrepasado el meridiano o círculo máximo de la esfera celeste, en el que se encuentra a mediodía, y dejaba Tauro para entrar en Aries, y la noche, diametralmente opuesta al Sol, había sobrepasado la constelación de Libra y se encontraba en Scorpio. Dante sigue haciendo siempre la misma medición horaria, refiriéndola al lugar en que nos encontramos, la montaña del Purgatorio (desconocida para nosotros) y a su antípoda, Jerusalén (que sí que conocemos). Eran las dos de la tarde en el lugar en que se encuentran los viajeros (el Sol tarda dos horas en recorrer la jurisdicción de cada una de las constelaciones) y las dos de la madrugada en Jerusalén. <<

[171] Meleagro era hijo de Eneo, rey de Calidonia, y de Altea. A poco de su nacimiento, las Parcas arrojaron un leño a una hoguera y predijeron que la vida del príncipe duraría cuanto aquel tizón. Altea lo apartó de las llamas, lo apagó y lo escondió. Veinte años después, Diana, ofendida por Eneo, envía a Calidonia un jabalí gigantesco que arrasa las cosechas. Diversos héroes cazadores fracasan en la caza del animal, que, finalmente, es abatido por Atalanta, a quien Meleagro da como premio la cabeza del jabalí. Los hermanos de Altea, celosos, se la arrebatan, y Meleagro los mata. Su madre, entonces, arroja el tizón escondido durante tantos años al fuego y Meleagro se va consumiendo al mismo tiempo que la madera, presa de una misteriosa fiebre (Ovidio, *Met.*, VIII, 260-546). Con esta indiscutiblemente complicada y artificiosa imagen, Virgilio explica a Dante el problema que le preocupa: «Si te acordaras de cómo se iba consumiendo la vida de Meleagro al mismo tiempo que el tizón que la representaba…». Más afortunada es la comparación con la correspondencia entre el cuerpo real y la imagen del mismo reflejada en un espejo. <<

[172] Se refiere al filósofo Averroes, que defendía la doctrina de que el intelecto posible era una sustancia separada del alma individual (y, por tanto, única para todos los seres humanos), una especie de inteligencia universal, basándose en que a toda función corporal le corresponde un órgano (el ojo para la vista, etc.) y el entendimiento no funciona desde ningún órgano específico. Esta teoría lleva implícita la negación de la existencia de un alma individual inmortal. La escolástica ortodoxa distingue entre el intelecto posible (potencia de captar las formas universales) e intelecto agente, realización y actuación de esa potencia en cada alma individual (Tomás de Aquino, *Summa Theol.*, I, q LXXVI, art. 5, y, sobre todo, *De unitate intellectus*, del mismo autor). <<

[173] Dante, admirado de que las almas que encuentra (al fin y al cabo, espíritus puros) muestren las señales de la demacración y delgadez producidas por el hambre que sufren, ha formulado una pregunta. La extensa explicación de Estacio contesta a muchas más cuestiones. El poeta latino nos explica, según las teorías médicas y filosóficas medievales, la formación del semen, la unión del mismo con la sangre femenina, la fecundación y generación de la vida, la infusión en el feto de un alma racional que, a partir de ese momento, lo diferenciará como animal racional. Sólo al final contesta a la pregunta directa que había planteado Dante. Lo complicado de tan extensos argumentos nos aconsejan que hagamos una paráfrasis de las palabras de Estacio en lugar de interrumpir el texto con notas que, a la fuerza, tendrían que ser numerosas y dilatadas.

Una parte de la sangre que habita en el cuerpo del hombre no se expande por las venas y permanece en el corazón, sin cumplir la función reservada al resto de la sangre, que es la de alimentar a los miembros. Permanece pura, pues, en el corazón, donde adquiere la potencia de formar miembros. Esa sangre pura desciende más tarde, convertida ya en esperma, al aparato genital («un punto que es mejor callar que nombrar»), desde donde se derrama en la sangre femenina que existe en la matriz de la mujer («un vaso natural»). Allí, sobre el receptáculo *pasivo* femenino actúa el principio *activo* masculino (que es activo por la perfección del lugar de donde procede, el corazón), «coagulando primero y vivificando» después la materia que se ha unido a él, es decir, creando en primer lugar una materia y dándole vida a continuación. Así pues, la potencia activa o actualizadora de ese esperma se ha convertido en principio vital o «alma» de una materia, como ocurre en la vida del reino vegetal, con la diferencia de que la planta ya ha quedado completa en su hacerse y en el caso del ser humano este momento no es más que el comienzo de un proceso de creación de un ser. Esta materia, desde el momento en que tiene vida tiene, según la terminología medieval, un «alma», aunque sea simplemente vegetativa. Puede, pues, moverse y desarrollarse. Por la capacidad actualizadora que le viene «de la virtud que procede del corazón del padre», continúa desarrollándose en los diferentes miembros que forman el cuerpo humano («emprende la organización de las potencias»). Hasta aquí todo está claro (?) desde un punto de vista fisiológico; el problema para Dante reside en cómo este feto «de animal pasa a ser racional». En este punto han errado muchos filósofos (cfr. nota anterior). Y la respuesta de la época de Dante es que aquí termina la potencia del semen y ahora es Dios, el Primer Motor, quien actúa sobre ese órgano formado, el cerebro, y le infunde un alma racional que, unida a la vegetativa (materia) y la sensitiva (materia viva), componen el ser humano, atrayendo y subsumiendo a las dos almas inferiores. Lo

ejemplifica con el efecto que produce «el calor del sol» que actúa sobre la materia que es el mosto y lo convierte en vino. Cuando la materia degenera y muere («cuando Lachesis —la Parca tejedora del hilo que simboliza la vida humana— no tiene ya lino»), el alma intelectiva, que no es materia, «se separa del cuerpo, llevándose consigo sus potencias», y emprende el camino («orilla») que debe recorrer, hacia su salvación o su condena. Y ahora, finalmente, Estacio contesta a la cuestión que intrigaba a Dante: la virtud informativa de ese alma se manifiesta en el espacio o en el aire que la rodea allí dondequiera que esté, Paraíso, Purgatorio o Infierno; en ese reflejo inmaterial seguimos manifestándonos y «hablamos, reímos, derramamos lágrimas y suspiramos». <<

[174] En estas palabras de Virgilio hay que leer el valor simbólico de esas llamas, que no son otra cosa que el fuego en que se consumieron los lujuriosos. <<

[175] Principio del himno que la Iglesia recita en los maitines del sábado. Lo cantan las almas que se purifican del vicio de la lujuria, porque en este himno se pide a Dios la pureza. <<

[176] Palabras dichas por María al arcángel San Gabriel. Dante continúa haciendo citar a las almas ejemplos contrarios a los vicios de que se purifican. Enumeran los ejemplos en alta voz porque con ellos las almas se reprenden a sí mismas; el himno, en cambio, lo cantan en voz baja, como una oración que dirigen a Dios. <<

[177] Diana vivía en un bosque rodeada exclusivamente de ninfas para poder mantenerse virgen. Una de las ninfas, Calisto, llamada también Hélice, fue seducida por Júpiter y consiguientemente castigada por Juno, que la convirtió en osa. Es la constelación de la Osa Mayor, conocida también por Hélice y por Carro. Para este catasterismo, cfr. Ovidio, *Met.*, II, 401-530. <<

[178] Los dos grupos de lujuriosos que van caminando en sentido contrario son los que fueron arrastrados por su pasión de manera natural y los que lo fueron de forma antinatura, los sodomitas. Estos últimos, antes de continuar su camino, citan los nombres de las dos ciudades que fueron castigadas por su corrupción (Génesis, 19, 24-25) y los otros recuerdan el ejemplo de lujuria de Pasifae, hija del Sol y esposa de Minos. Para satisfacer su lujuria quiso ser cubierta por un toro, para lo que encargó a Dédalo que fabricase una vaca de madera en cuyo interior se ocultó. Fruto de esta unión es el Minotauro. <<

[179] Julio César, «marido de todas las mujeres y mujer de todos los maridos de Roma». La anécdota que recoge Dante aparece en Suetonio: en el desfile triunfal con que fue recibido en Roma lo llamaron «reina» por las relaciones que había mantenido con Nicomedes, rey de Bitinia. Hermafrodita no debe ser entendido aquí como bisexual, sino como zoofílico, acepción que no recogen los diccionarios que hemos consultado. El personaje mitológico era hijo de Hermes y de Afrodita; bañándose un día en las aguas del río Sálmacis, la ninfa de este nombre se enamora de él y se une a él con tal ímpetu que ambos quedaron convertidos en un solo ser provisto de dos sexos (Ovidio, *Met.*, IV, 288-388). **<<**

[180] Se le considera el fundador de la lírica stilnovista, maestro y modelo, junto con Guido Cavalcanti, de nuestro poeta. De ahí la reverencia y el amor con que Dante lo llama «mi padre y el mejor de todos los míos» (cfr. *Purg*., XXIV). **<<**

[181] Hipsipila, reina de Lemnos, fue condenada a muerte por Licurgo, rey de Nemea, por haber causado inadvertidamente la del hijo recién nacido de éste. Ya sobre el patíbulo, los dos hijos de Hipsipila, Enneo y Nebrófono (otros autores dicen Enneo y Toante), la reconocen y corren hacia ella y consiguen que Licurgo la perdone (Estacio, *Theb.*, VI, 340-345). Cfr. *Purg.*, XXII. <<

[182] Arnault Daniell, célebre poeta provenzal del siglo XII, celebrado por Petrarca como «gran maestro de amor» y como el primer poeta en lengua d’oc. Escribió novelas caballerescas en prosa. <<

[183] Girart de Bornelh, poeta de Limoges. <<

[184] Guittone del Viva o Guittone d’Arezzo. Cfr. *Purg.*, XXIV. <<

[185] Las ánimas del Purgatorio piden que Dante rece por ellos un Padrenuestro, menos lo que no necesitan, es decir, «no nos dejes caer en la tentación», de la que están libres. <<

[186] En el Purgatorio, el Sol estaba ya en el crepúsculo vespertino; por consiguiente, en Jerusalén («donde se derramó la sangre» de Cristo) estaba amaneciendo y de los dos extremos del hemisferio habitado, el occidental («Ebro») estaba bajo la constelación de Libra, y el oriental, «Ganges», estaba «caldeado» por el sol de mediodía, «la hora nona». <<

[187] «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios», texto de la sexta bienaventuranza según San Mateo, 5, 8. <<

[188] Contrariados en sus amores por la oposición de sus padres, Píramo y Tisbe deciden abandonar sus hogares. Se dan cita de noche bajo la morera que daba sombra a la tumba de Nino (marido de Semíramis y rey de Nínive); llega en primer lugar Tisbe, que es atacada por un león; huye dejando caer su manto, que queda manchado de sangre. Al llegar Píramo, cree que su amada ha muerto y se atraviesa con su espada. Vuelve Tisbe y al presentarse ante el moribundo, éste abre los ojos para mirarla por última vez, y muere. El dolor hace que muera también Tisbe. A partir de entonces, la morera, manchada con la sangre de Píramo, dará frutos de color rojo (*Met.*, IV, 55-166). **<<**

[189] Son las palabras que Jesús dirigirá a las almas de los que han de entrar en el Paraíso el día del juicio final (Mateo, 25-34). <<

[190] Cfr. *Inf.*, XXVI, y *Purg.*, IX. <<

[191] En el sueño, que se ha producido poco antes del amanecer, cuando Venus («Citérea») luce en el Oriente, ve Dante a Lía, la primera mujer de Jacob, no hermosa pero fértil. La segunda esposa, Raquel, era bella pero estéril. La primera, según los exegetas cristianos, es símbolo de la vida activa y Raquel lo es de la contemplativa. <<

[192] El fuego del Infierno es eterno, el del Purgatorio sólo temporal. Ahora estamos en el Paraíso terrenal, en el que Virgilio, símbolo de la razón humana, ya no puede servir de guía («no puedo ver nada más»). La Revelación y la Fe, simbolizadas por Beatriz, serán de ahora en adelante las que conduzcan a Dante, cuya voluntad, ya limpia y purgada, no puede sino tender al Bien. <<



[193] Proserpina, hija de Ceres, vivía en las florecientes campiñas de Sicilia, cerca del Etna, cuando fue raptada por Plutón. <<

[194] Estaba Venus jugando con su hijo, Cupido, cuando una de las flechas de éste la hirió casualmente. De inmediato, la diosa se enamoró de Adonis. Según la leyenda, Leandro atravesaba de noche el Helesponto desde Sestos hasta Abydos, en la costa asiática, para visitar a su amada Hero. No le resultaba tan odioso a Leandro el Helesponto, cuando en noche de tempestad no podía atravesarlo, como a Dante aquel estrecho riachuelo, de sólo tres pasos, pero que le impedía seguir adelante. Jerjes, rey de Persia, atravesó el Helesponto (480 a. C.) con un poderoso ejército contra los griegos, pero fue derrotado en la batalla de Salamina, «ejemplo para todo orgullo». <<

[195] «Delectasti me, Domine, in factura tua», me deleitaste, Señor, con tu obra (*Psalm.*, 91, 5). <<

[196] Si a partir de la tercera cornisa del Purgatorio ya no hay alteraciones atmosféricas (como se nos ha dicho en *Purg*., XXI), ¿cómo es que aquí corren las aguas y se mecen las ramas de los árboles a causa del viento? <<

[197] Bebiendo de las aguas del Leteo se borra la memoria o recuerdo del pecado; bebiendo después de las del Eunoé, la memoria se regenera para recordar tan sólo las buenas acciones. <<

[198] «Beati quorum remissae sunt iniquitates et quorum tecta sunt peccata», palabras del segundo salmo penitencial, con las cuales la dama congratula a Dante por verlo limpio de las manchas de los siete pecados. Esta dama podría representar, según algunos comentaristas, a la Iglesia católica. <<

[199] Las Musas, que habitaban en el monte Helicón, en la Beocia. Urania, la «celeste», es la musa de la Astronomía, pero aquí Dante la invoca especialmente para que le inspire en el canto de estas bellezas sobrenaturales que nos va a describir. <<

[200] Según algunos comentaristas, los siete dones del Espíritu Santo; según otros, los siete sacramentos. <<

[201] La recién casada, honesta y vergonzosa, es tarda en abandonar la casa paterna. <<



[202] Los patriarcas, profetas y otros santos varones que creyeron en la venida de Jesucristo. <<

[203] Los siete colores del arco iris y de la aureola de la Luna, «Delía». <<

[204] Símbolo de los veinticuatro libros del Antiguo Testamento. <<

[205] Símbolos de los cuatro evangelistas. <<

[206] Las alas son símbolo de la prontitud con que el Evangelio se extendió por el mundo. Los ojos, semejantes a los de Argos, lo son de la vigilancia que es necesaria para mantener pura la verdad evangélica ante los sofismas de que se valen contra ella las pasiones. Argos, el de los cien ojos, a quien Juno puso como guardián de la ninfa Io, de la que se había enamorado Júpiter. <<

[207] Ezequiel pinta a estos animales con cuatro alas, mientras Juan (Apocalipsis), y Dante está de acuerdo con este último, les atribuye seis alas. <<

[208] Continúa la visión con la aparición de un carro que simboliza a la Iglesia; sus dos ruedas pueden querer significar el Antiguo y el Nuevo Testamento; el Grifo es Cristo, que la fundó y la protege. Este animal fabuloso, mezcla de león y águila, igual que en Cristo se dan las dos naturalezas, divina y humana: la primera de oro, la humana blanca como la carne, aunque manchada de rojo por la sangre de la Pasión. Estas visiones simbólicas, tan alejadas de nuestra sensibilidad estética moderna, estaban de moda en la época de Dante y dieron lugar a la ingente producción que conocemos como literatura de visiones, de claras influencias apocalípticas. <<

[209] Carro más hermoso que los de los triunfos romanos con los que se conmemoraban las victorias (Escipión o Augusto) y que el del mismo Sol. Faetón, hijo de Febo, el Sol, y de Climene, consiguió de su padre que lo dejara guiar el carro con el que iluminaba el día. Su inexperta mano no pudo impedir que los caballos se acercaran tanto a la Tierra que casi llegan a incendiarla y Júpiter tiene que fulminar al novel auriga. La justicia de Júpiter, como la de Dios, es incomprensible («misteriosamente»), porque castiga a Faetón por un error de su padre. <<

[210] Las tres virtudes teologales: la Fe, color de nieve; la Esperanza, color de esmeralda, y la Caridad, color de fuego. Es esta última a la que las otras dos ajustaban el paso. No es comprensible esta explicación, puesto que es la Fe la primera de las virtudes. <<

[211] Son las cuatro virtudes cardinales: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza. Se suponen tres ojos a la Prudencia; con uno mira al pasado, para sacar recuerdos provechosos; con otro, al presente, para no equivocarse al tomar una determinación; y con el tercero, al porvenir, para evitar a tiempo el mal y prepararse para el bien. El simbolismo de los tres ojos está tomado de Cicerón (*De Inventione*, II, 53). El color púrpura, que adornaba las togas de los senadores romanos, es símbolo del buen gobierno y la convivencia civil, y, efectivamente, las cuatro virtudes cardinales, al contrario de las teologales, que van referidas a la vida espiritual, son las que regulan la vida civil o terrena. <<

[212] San Lucas, médico y, por tanto, seguidor de Hipócrates, profesión que cura a los hombres o «seres animados que son más queridos». El otro anciano es San Pablo, que «demostraba un cuidado contrario», es decir, que se encargaba de la cura de las almas, no de los cuerpos. <<

[213] Los otros cuatro ancianos, «humildes» en comparación con los dos anteriores, pueden ser, según algunos comentaristas, los primeros Padres de la Iglesia: San Agustín, San Jerónimo, San Ambrosio y San Gregorio Magno. Y el anciano que viene al final, solo y durmiendo, puede ser San Juan, autor del Apocalipsis o «visión». Otros comentaristas identifican en los cuatro ancianos a los apóstoles Santiago, Pedro, Juan y Judas, menores o «humildes» en cuanto a sus escritos. Todos ellos, como los veinticuatro que han aparecido anteriormente, van vestidos de blanco, pero coronados de rosas y otras flores rojas, que simbolizan la caridad. <<

[214] Cuando los siete candelabros que precedían la procesión se hubieron detenido, los veinticuatro ancianos («veraces» puesto que daban testimonio en el Antiguo Testamento) se volvieron a contemplar el carro, que es la Iglesia, como «al fin de sus deseos», puesto que es lo que testimoniaron en su vivencia veterotestamentaria. El Septentrión del Primer Cielo o Empíreo muestra el camino de la vida espiritual, como el Septentrión «más bajo» (la Osa Mayor) enseña la ruta a los navegantes. El Septentrión del Edén siempre luce, a menos que lo oculte el pecado. **<<**

[215] Cantar de los Cantares 4, 8. En la interpretación católica, la esposa a la que se llama es la Sabiduría. En nuestro texto puede ser Beatriz o la Revelación. <<

[216] Con estas palabras, «Benedictus qui venit in nomine Domini», fue recibido Cristo cuando entró en Jerusalén (*Psalm*., 117, 26, y Mat., Marc. y Luc.). <<

[217] «Dadme lirios a manos llenas (para derramarlos sobre este nombre glorioso)», *Aen.*, VI, 883. Son las palabras de Anquises en honor de Marcelo, aplicadas aquí a «quien viene en nombre del Señor». La cultura clásica al servicio de la Fe, al mismo tiempo que la Fe apoyada en los valores culturales del clasicismo. <<

[218] El velo blanco, el manto verde y el vestido color de fuego, que adornan a Beatriz, simbolizan las tres virtudes teologales. La corona de olivo indica la sabiduría. <<

[219] Visión de Beatriz, a la que no veía desde que murió diez años antes («hacía largo tiempo»), renueva los efectos amorosos que había sentido desde el primer encuentro, «antes de que saliera de la infancia». <<

[220] Virgilio ha desaparecido: la filosofía moral ha terminado su papel ante la presencia o revelación de Beatriz. El Dante cristiano nos ha ahorrado la despedida de su Guía, Pero el Dante poeta y humanista se nos muestra melancólico al separarse de la antigua sabiduría pagana que lo ha acompañado hasta aquí, hasta el momento en que la Revelación la hace inútil. Pero ni el hecho de encontrarse en el Paraíso terrenal («lo que perdió la antigua madre», Eva) puede impedir que las lágrimas bañen sus mejillas. ¿Melancolía, renuncia cristiana a las bellezas del paganismo, nostalgia humanista de un racionalismo sin fronteras? <<



[221] No es vanidad, sino, en todo caso, confesión y vergüenza del pecado por el que aún ha de pagar («llorar por otra herida»). <<

[222] El velo que cubre la cabeza de Beatriz está sujeto por una corona de ramas de olivo, «las hojas de Minerva». Esta diosa, nacida de la cabeza de Zeus, llamada en griego Atena o Atenas, fue la creadora del olivo, símbolo de la paz, aunque ella sea representada con casco, coraza, escudo y pica, y, con el nombre de Palas, es también diosa de la guerra y los combates. <<

[223] Una madre irritada con su hijo se muestra dura con él, aunque siga amándolo. <<

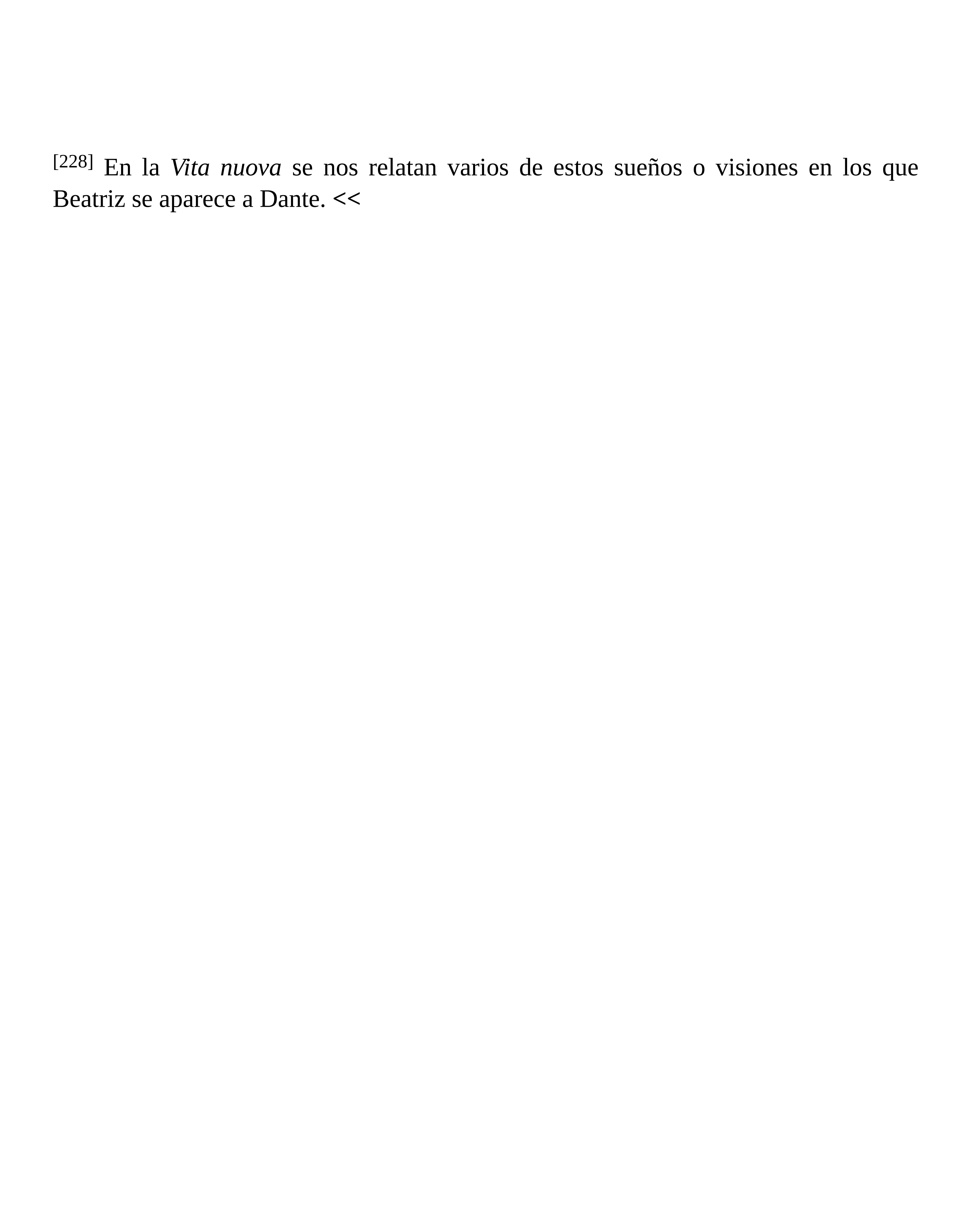
[224] Son los ángeles los que contestan a la pregunta que Beatriz ha dirigido a Dante: «Porque ha puesto su esperanza en Dios». Palabras que son el comienzo de los nueve versos que componen el Salmo 30: «In te, Domine, speravi; non confundas in aeternum… Nec concluisti me in manibus inimici; stauisti in loco spatioso pedes meos». <<

[225] Como la nieve que se ha congelado en los Apeninos («el dorso de Italia») con el soplo de los vientos del norte («Esclavonia») se derrite apenas sopla («envía su aliento») el viento del Sur («la tierra que pierde su sombra»). En Egipto, según Lucano, en el período del solsticio, el sol del mediodía cae tan perpendicularmente que los cuerpos no proyectan sombra (*Phars.*,, IX, 528-31). <<

[226] No sólo por el efecto de los cielos, que dirigen a todos los seres («semillas») a su finalidad, sino también por la abundancia gratuita de la Gracia divina, efectos que nosotros no podemos comprender, Dante fue desde joven hombre inclinado al Bien. <<

[227] Cuando Beatriz se casó, «cambió de vida», en plena juventud («en el umbral de la segunda edad»), Dante se entregó a otros amores. Cuando ella muere («subí desde la carne al espíritu»), el poeta se descarría aún más. <<

[228] En la *Vita nuova* se nos relatan varios de estos sueños o visiones en los que Beatriz se aparece a Dante. **<<**

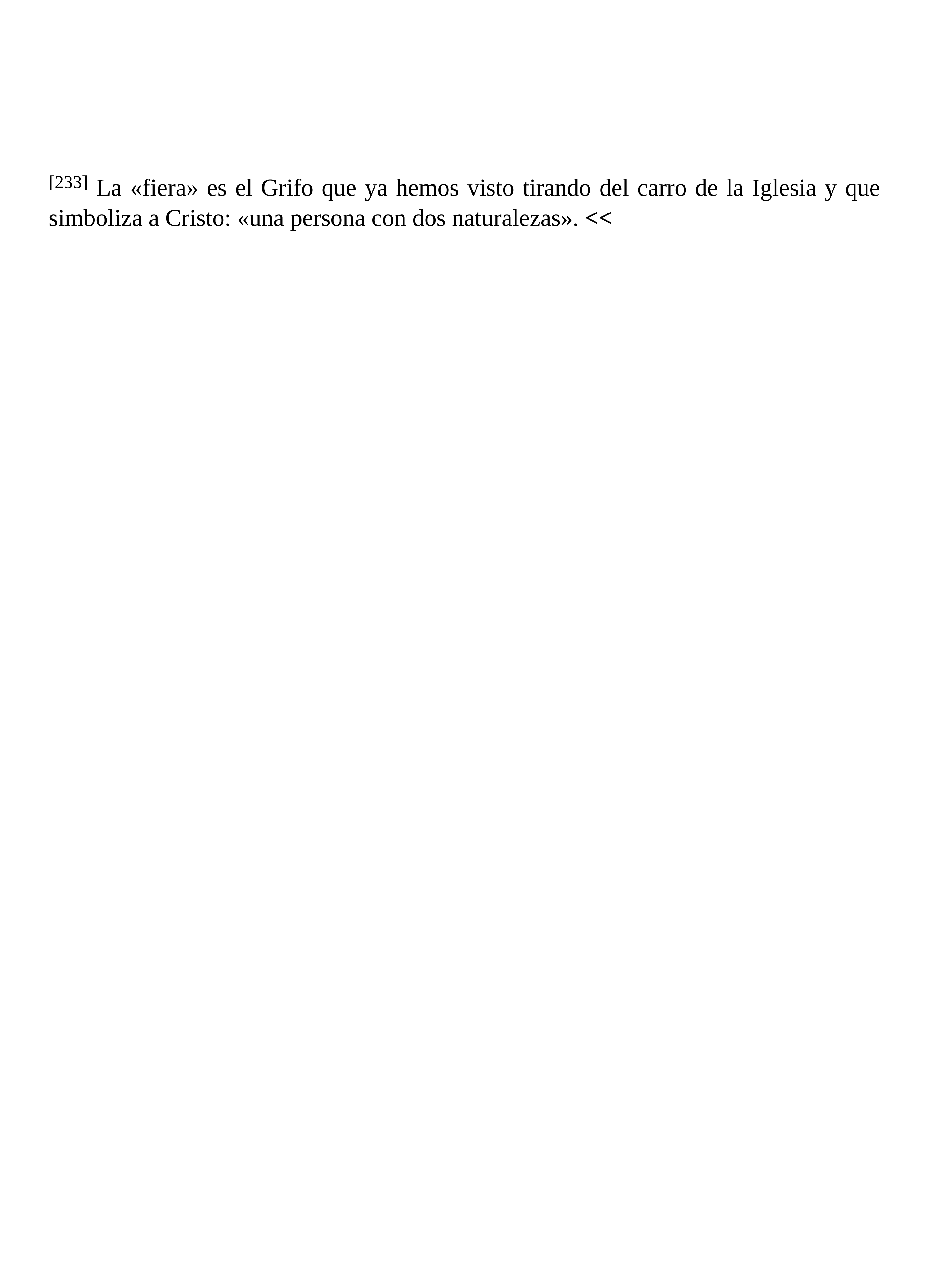


[229] El Limbo, umbral del lugar donde están los verdaderos muertos, los condenados. Allí es donde consigue la ayuda de Virgilio para salvar a Dante. Cfr. *Inf.*, II. <<

[230] A una doncellita o jovencita («pargoletta», en italiano) están dedicadas algunas de las *Rime* de nuestro poeta; LXXXVII, LXXXVIII y C. **<<**

[231] El viento sur, que sopla desde Libia o Getulia, de donde era rey Yarbas, enamorado de Dido (*Aen*., IV, 196 y sigs.). <<

[232] Al decir barba por rostro, Beatriz está riñendo a Dante, como si le dijese: «Ya no eres un niño, sino un hombre y, por consiguiente, no tienes disculpa». Véase algo similar en las palabras finales del párrafo anterior, donde compara al «tierno pajarillo» con el ya experimentado. <<



[233] La «fiera» es el Grifo que ya hemos visto tirando del carro de la Iglesia y que simboliza a Cristo: «una persona con dos naturalezas». <<

[234] Es la mujer que ha encontrado Dante en *Purg*., XXVIII, y de la que lo sabremos todo en *Purg*., XXXIII. <<

[235] «Asperges me hysopo, et mundabor…» (Psalm., 50, 9). Son las palabras que la Iglesia usa en las purificaciones. Dante ha sido bautizado en el río Leteo, río del olvido, y, por consiguiente, ya ha sido purificado y sus pecados olvidados. Todo el pasaje puede verse como un bautismo, con la inmersión completa como se practicaba en época de Dante. <<

[236] Las cuatro virtudes cardinales del Canto XXX. Las otras tres que se citan a continuación, «que van más al fondo», son las virtudes teologales. <<

[237] Cristo es tanto *verdadero* hombre como *verdadero* Dios. <<

[238] En Beatriz se refleja la luz divina. ¿Qué poeta sería capaz de describirla? A partir de ahora, abundarán en el poema estas referencias a la inefabilidad. **<<**

[239] En la fecha del imaginario viaje hacía diez años que había muerto Beatriz. <<

[240] La rueda derecha que, al girar en ese mismo sentido, describía un arco menor que el de la rueda izquierda del carro. <<

[241] Acusan a Adán de haber cometido el pecado por el cual el árbol que veremos a continuación está despojado de hojas. <<

[242] Alaban a Cristo, que con su sacrificio vuelve a restaurar la justicia divina, que había sido violada por el pecado original. <<

[243] No olvidemos que el carro simboliza a la Iglesia, fundada por Cristo con su sacrificio en la cruz. Una pía leyenda dice que la madera de la cruz procede del árbol del Paraíso terrenal en el que se cometió la gran injusticia del primer pecado y que así sirve de instrumento, como cruz, para restablecer la justicia divina. La Iglesia, atada ahora al árbol, hace que éste reverdezca. <<

[244] La primavera, es decir, cuando el Sol llega a la Tierra junto con la luz de Aries (signo que viene detrás de «los celestes Peces», Piscis), hace que las plantas reverdezcan en menos de un mes («antes de que el Sol guíe sus caballos bajo otra estrella», Tauro, que viene detrás de Aries). El color, más oscuro que el de la rosa pero menos intenso que el de la violeta, puede ser una referencia al color de la sangre de Cristo. <<

[245] Argos, el de los cien ojos, encargado por la celosa Juno de vigilar a la ninfa Io, para sustraerla al alcance del enamorado Júpiter. El padre de los dioses encargó a Mercurio que se deshiciese de Argos y lo hizo adormeciéndolo con la narración de los amores de Pan y Siringa. <<

[246] En Mateo, 17, 1-8, se cuenta la subida de Cristo al monte Tabor, acompañado de Pedro, Juan y Santiago. Allí los discípulos asisten a la transfiguración de Jesús, revestido de todo el esplendor divino, como sólo los ángeles pueden verlo («codiciosos de las perpetuas bodas del Cielo») y se desvanecen («son aterrados») ante la visión. Cuando despiertan a la voz de Cristo («Surgite et nolite timere»), lo ven en su simple apariencia humana y no ya rodeado de Moisés y Elías, que lo flanqueaban durante la transfiguración. La misma palabra con que Jesús resucitó a Lázaro y a la hija de Jairo, interrumpiendo sueños mayores, es decir, el sueño de la muerte, «Levántate», ha despertado ahora a Dante del sueño en que se había sumido. <<

[247] Poco tiempo vivirás aún en la tierra para vivir luego eternamente en el Paraíso («Roma»), donde reina Cristo («romano»). A Dante, en este punto de su viaje que es de por sí milagroso, se le acaba de anunciar, lo que también es milagroso, su segura salvación. Sin duda alguna, tiene mucho de privilegio personal adelantarle el conocimiento de lo que existe en la mente divina, pero es también revestirlo del carácter profético que ha de tener para su misión, su obra: «cuando vuelvas… escribe…». <<

[248] El símbolo del Imperio, el águila («ave de Júpiter»), representa aquí las persecuciones que sufrió la Iglesia durante el Imperio romano. Tras las persecuciones, las herejías («la zorra»). Más tarde, el Imperio, en la época de Constantino, protege a la Iglesia («cubierta de sus plumas»), protección que, por otro lado, fue funesta para la misión espiritual para la que fue creada la Iglesia («cuán mal cargada»), al recibir los bienes territoriales de la supuesta donación constantiniana y convertirse en un estado territorial y en enemiga y obstáculo de la misión que Dante atribuye al Imperio (cfr. en el prólogo de esta edición el apartado dedicado al tratado *Monarchia*). El dragón que arranca una parte del carro simboliza los diferentes cismas, entre los cuales los contemporáneos de Dante cuentan la aparición y expansión del islamismo, que indiscutiblemente arrastró a numerosos pueblos cristianos. La buena institución de la donación de Constantino empieza a dar sus nefastos frutos y la Iglesia se corrompe con las riquezas y las luchas por el poder temporal, convirtiéndose en un monstruo. La soberbia, la ira y la avaricia, por ser nocivas al que las sigue y al prójimo, llevan dos cuernos, como los bueyes; la envidia, la gula, la pereza y la lujuria, porque ordinariamente sólo perjudican al pecador, tienen sólo un cuerpo en esta representación alegórica. <<

[249] La prostituta es la curia que ha tomado las riendas de la santa institución celestial. La comparación está tomada del Apocalipsis, 17, 1-5, pero igualmente utilizada por los reformadores que luchaban por una recuperación de la Iglesia. El gigante que la tiene sometida es, sin duda, la política de la casa real francesa y, más exactamente, el rey Felipe el Hermoso, política que culminará en 1305 con el transferimiento de la Santa Sede a Aviñón. <<

[250] «Deus, venerunt gentes in hereditatem tuam; polluerunt templum sanctum tuum»: vinieron gentes (los caldeos) a tus tierras y mancillaron tu sagrado templo. A estas palabras contesta Beatriz: «Modicum…»: «dentro de poco no me veréis, pero dentro de otro poco me veréis». Con estas palabras del Evangelio de San Juan (16, 16) se simboliza la decadencia de la Iglesia, que ya ha tocado fondo, y se profetiza el próximo comienzo de una reforma de la misma con la llegada de un nuevo emperador, como veremos más adelante. <<

[251] La Iglesia corrompida es como si no existiese. <<

[252] El Imperio («águila»), culpable inintencionado de la corrupción de la Iglesia y ahora de su cautiverio, tendrá pronto heredero. Beatriz lo ve en las estrellas y profetiza la llegada de un nuevo emperador que destruirá la Iglesia corrupta («prostituta») y al reino de Francia («gigante»). En el lenguaje oscuro de todas las profecías y en el influjo del Apocalipsis, el emperador está designado con el número quinientos cinco, en numeración romana DXV, que, trasponiendo las letras, los comentaristas leen «DVX», es decir, Capitán o Caudillo. <<

[253] La Tierra engendró a Urano (el Cielo), las Montañas y el Mar. En Urano engendrará a continuación dieciocho hijos: los tres Cíclopes, los tres Hecatonquires («cien brazos») y los doce Titanes, uno de los cuales es Temis, o la justicia, que hablaba con oscuras sentencias, como en la profecía que hace a Deucalión y Pirra después del diluvio y que sólo Prometeo consiguió descifrar. La Esfinge era un monstruo que desolaba el reino de Tebas, devorando a todos los que no adivinasen el oscuro enigma que les proponía. Lo adivinará Edipo (el Láyade o hijo de Layo), que destruye a la Esfinge. Para vengarla, Temis envió a Tebas una zorra que destruyó los ganados y asoló los campos. <<

[254] El árbol de la ciencia, defoliado dos veces, una por el primer pecado de Adán y otra por la degeneración de la Iglesia. <<

[255] Adán («la primera alma») tuvo que aguardar más de cinco mil años en el Limbo hasta la venida de Cristo (el que «en sí mismo castigó», con su encarnación y muerte, el pecado de Adán —«el bocado» al fruto prohibido—). <<

[256] Las aguas del Elsa, afluente del Arno, llevan tal cantidad de calcio que en poco tiempo cubre con una costra los objetos sumergidos en ellas. Píramo manchó con su sangre una morera que, a partir de entonces, dio frutos rojos. Ambas imágenes hacen referencia a la incapacidad del intelecto de Dante para comprender la justicia divina, ofuscado como está por el orgullo de su saber filosófico («vanos conocimientos»). <<

[257] El Leteo y el Eunoé surgen de una misma fuente, aunque corren en direcciones contrarias, como, según la leyenda, ocurría con el Tigris y el Éufrates. <<

[258] Es la hermosa Dama solitaria que apareció en el canto XXVIII del *Purgatorio*. Sólo aquí se nos dice su nombre, aunque no nos aclare mucho sobre su simbología o su localización histórica. Los comentaristas no se ponen de acuerdo. La condesa Matilde de Canossa (1046-1115), aliada de Gregorio VII contra el emperador Enrique IV y decidida defensora del Papado. Otros quieren identificarla con la monja Matilde de Hackenborn, autora de un *Liber specialis gratiae*. Y hay quien propone una lectura anagramática: *ad letam*, «la que conduce hacia Beatriz». **<<**

Notas del Paraíso

[1] En el comienzo de los dos cánticos anteriores, Dante había impetrado la ayuda de las Musas. Ahora, por la entidad de la materia que va a tratar, se dirige a Apolo, es decir, a la misma poesía. De las dos cimas del monte Parnaso, Cirra estaba dedicada a Apolo y la otra, Nisa, era residencia de las Musas. El sátiro Marsias creíase mejor músico que Apolo; vencido por el dios, fue atado por éste a un árbol y despellejado (*Met.*, VI, 382-400). <<

[2] Con coronas de hojas de laurel, planta dedicada a Apolo («deidad délfica»), se concedía el triunfo a guerreros y poetas. En este árbol fue transformada Dafne, hija del río Peneo: de ahí el adjetivo «peneico» utilizado por Dante. <<

[3] Estamos en el equinoccio de primavera, cuando el Sol se muestra en el punto en que se cruzan los cuatro círculos (el ecuador, la elíptica que lo corta, el meridiano que pasa por el punto equinoccial y el horizonte), los tres primeros incidiendo de forma más o menos oblicua en el horizonte y formando así tres cruces. Sólo dos veces al año se produce esta conjunción, en otoño y en primavera; en este momento del viaje nos encontramos en este último. La conjunción astral en la que Dante entra en el Paraíso es la más favorable («mejor curso, mejor estrella»), porque en ella el Sol se proyecta más benignamente («sella más a su modo») sobre nuestro mundo. <<

[4] En el hemisferio donde está el Purgatorio, desde donde ha ascendido al Paraíso celestial («allí»), era de día y en la Tierra era de noche. Beatriz mira fijamente al Sol naciente a su izquierda (estamos en la parte del Cielo correspondiente al hemisferio sur) con la fijeza con que lo hace el águila (único animal que, según la leyenda, puede mirar directamente al Sol sin sufrir daño). Igual que un rayo de luz se refleja en la superficie sobre la que incide, Dante, imitando a Beatriz, dirige su mirada al Sol («originó la mía») sin recibir daño de su luminosidad, «contra nuestra costumbre». <<

[5] Contemplando a Beatriz, Dante se transforma, para ser capaz de entrar en el Paraíso, casi en un dios, como Glauco, pescador de Antedón, en Beocia, que observó que los peces que había cogido, si comían de unas hierbas que había en la playa, recobraban sus energías y volvían al mar. Glauco come de esas mismas hierbas y se convierte en un dios marino (*Met.*, XIII, 898-968). <<

[6] El discurso de Beatriz, que es más bien la celebración de un concepto metafísico que no la exposición del mismo, se articula en los siguientes puntos: 1) las cosas creadas constituyen un todo armónico que hace que el Universo se asemeje a Dios; 2) todas tienen una tendencia natural hacia su propia finalidad en el conjunto de la creación, tendencia de la que Beatriz da varios ejemplos: el fuego tiende a subir, funciones vitales de los seres animados, fuerza de la gravedad; y 3) a nosotros nos lleva nuestra tendencia natural hacia Dios. La ascensión de Dante al Cielo no es, pues, antinatural o milagrosa, sino perfectamente natural, una vez que se ha desprendido de los obstáculos (pecados) que lo apegaban a la Tierra. **<<**

[7] La sabiduría («Minerva») me impulsa, la poesía («Apolo») rige el timón y la Revelación («las *nuevas* Musas», el Cristianismo) me orienta. **<<**

[8] Los argonautas («héroes») quedaron admirados al ver a su jefe, Jasón, hijo del rey Esón de Yalcos, arando los campos, como un simple boyero, en los que sembraba dientes de serpiente, de los que habían de brotar guerreros armados (*Met*., VII, 100-130). <<

[9] El Empíreo o cielo que recibe su forma de Dios de manera inmediata. <<

[10] Si no podemos comprender cómo un cuerpo («dimensión») puede admitir a otro, más difícil de comprender es cómo una naturaleza divina y otra humana pueden compenetrarse en un solo ser: Cristo. <<

[11] Con esta pregunta el poeta inicia la larga serie de cuestiones que van a formar la estructura eminentemente didáctica que se mantendrá hasta el final del poema. Cuestiones y respuestas que van a irse desarrollando de acuerdo con la técnica de la dialéctica escolástica, tan alejada de nuestra sensibilidad moderna y de nuestra concepción de una obra literaria. Sin duda alguna, entramos en un campo más arduo de leer, más duro de entender y más difícil de gustar. Sin embargo, esta cántica culmina el proyecto didáctico y profético del poema. La pregunta, aparentemente banal, sobre la naturaleza de las manchas de la Luna («ese cuerpo»), en las que la superstición contemporánea veía una señal del castigo impuesto al fratricida Caín, dará lugar a una argumentación sobre temas no sólo no banales, sino que encajan en la intencionalidad profundamente didáctica del poema. <<

[12] Si la razón humana yerra incluso en lo que capta sensorialmente, ¿qué no ocurrirá en aquello que los sentidos no pueden percibir? <<

[13] La mayor o menor luminosidad de los cuerpos celestes (o sea, la mayor o menor capacidad de reflejar los rayos luminosos) se debe a la mayor o menor densidad de la materia de que están formados. <<

[14] La diferente luminosidad de las estrellas fijas (lo que es aplicable a las diferencias entre luces y sombras que vemos en la Luna) no puede depender de las diferencias de densidad en una u otra materia, sino de la diversa naturaleza de las diferentes materias que forman una u otra estrella. En caso contrario, no nos explicaríamos las diferentes virtudes que caracterizan a cada una de las estrellas, porque al ser todas iguales ejercerían iguales efectos sobre los seres del mundo sublunar. No se trata de un influjo diferente *cuantitativamente* de cada una de las estrellas, sino de influjos diferentes *cualitativamente*. <<

[15] Dentro del Empíreo, que es el cielo inmóvil formado por el esplendor de la Mente Primera, se mueve el Primer Móvil, de cuya virtud surge el ser de todo el Universo. El Cielo siguiente, el octavo, reparte el ser indistinto que recibe del Primer Móvil distribuyéndolo entre las diversas estrellas que existen en él; en este Cielo empieza, pues, la diferenciación del uno al múltiple. Los siete cielos restantes, correspondientes a los siete planetas, disponen de diferentes formas las esencias que reciben, de modo que puedan actuar sus efectos aquí en la Tierra. Pero los movimientos y los efectos de estos planetas no proceden de ellos mismos, sino de las inteligencias angélicas, porque los cielos no son más que el instrumento de los efectos que se derivan de ellos, como la «obra del martillo depende del artífice» que lo maneja, en este caso, Dios. <<

[16] Creí que aquellos rostros reales fueran simplemente reflejos, al contrario que Narciso, que creyó que el reflejo de su rostro en las aguas de una fuente fuese un rostro real, y se enamoró de sí mismo (*Met*., III, 417). **<<**



[17] La caridad de los bienaventurados es semejante a la caridad divina, que quiere que toda la corte celestial se le asemeje. <<

[18] Piccarda, hermana de Forese Donati (cfr. *Purg.*, XXIV), monja en el monasterio de Santa Clara de Florencia. Su hermano la había prometido a Rossellino della Tosa, por lo que la familia la sacó a la fuerza del convento. Celebrado el matrimonio, poco tiempo después murió Piccarda. Quebrantó, pues, aunque fuera a la fuerza, el voto de castidad. No parece que deba haber distinción entre los bienaventurados, a pesar de que iremos viéndolos en diferentes cielos. Piccarda está en el primero, el de la Luna («que parece tan bajo»), el más alejado del Empíreo; sin embargo, en éste («la esfera más lenta») volveremos a ver juntos a todos los beatos. En el canto siguiente encontraremos la explicación de este hecho por boca de Beatriz. <<

[19] Esa otra mujer es Santa Clara de Asís (1194-1253), fundadora de la orden franciscana femenina, que de ella toma el nombre de «Clarisas». <<

[20] La «otra alma resplandeciente» es Constanza, esposa del emperador Enrique VI y madre de Federico II, a quien transfiere los derechos, como hija que era de Ruggiero II el Normando, sobre el reino de Sicilia. También Constanza, según una tradición que favorecía al partido güelfo, fue obligada a abandonar la vida monástica y a casarse con Enrique para poder despojar de sus derechos al rey Tancredi de Sicilia y transferirlos a su hijo Federico. <<

[21] El profeta Daniel explicó el significado del sueño de Nabucodonosor, que ningún adivino había sabido interpretar, a pesar de las amenazas del rey. <<

[22] Las dos cuestiones que han mantenido a Dante indeciso son: a) Si un voto ha sido roto no por la voluntad de quien lo ha hecho sino por la fuerza, ¿qué culpa cabe al forzado?, y b) La teoría de Platón expuesta en el *Timeo*, según la cual las almas antes de encarnarse ven en las estrellas y a ellas vuelven tras la muerte del cuerpo. Esta última duda es más peligrosa («tiene más hiel») porque puede inducir en la herejía de creer que las almas no son creadas de una en una e infundidas en cada cuerpo individual, aún en estado fetal, dentro del seno materno, herejía que había sido condenada por la Iglesia en el concilio de Constantinopla. La explicación de Beatriz puede resumirse así: Todas las almas, desde la de Moisés hasta la de la mismísima Virgen, están en el Empíreo, aunque aquí se aparezcan visivamente a Dante en diferentes cielos, porque Dante aún no es inteligencia pura y debe, por tanto, entender por medio de lo que le representan los sentidos. <<

[23] Puede violentarse la actuación, pero no la voluntad de aquel a quien se fuerza a actuar. La violencia, pues, puede doblegar al individuo en su actuación, pero no a su voluntad, como demuestran los mártires («Lorenzo») o los héroes (Cayo «Mucio» Scevola, joven romano que durante las guerras etruscas se quemó impasible la mano ante el rey Porsena para hacerle ver que, como él, cualquier romano estaba dispuesto a todo género de sacrificio para matar al enemigo de Roma). <<

[24] Cfr. *Purg.*, XII, nota 340. <<

[25] Jephté prometió a Dios sacrificarle, a cambio de la victoria sobre los amonitas, lo primero que encontrase al llegar a su casa: fue su hija única la que salió a recibirlo. Caso parecido es el de Agamenón, «el gran jefe de los griegos», que ofreció a los dioses, para conseguir vientos propicios y poder zarpar hacia Troya, sacrificarles lo más hermoso que poseía y tuvo que ofrecer en sacrificio a la diosa Diana a su propia hija Ifigenia. <<

[26] Las almas de los beatos brillan con la luz de la caridad o el amor. Aquí la caridad la empujará a satisfacer la curiosidad de Dante, contestando a sus preguntas. <<

[27] La esfera de Mercurio es invisible por la proximidad de su órbita al Sol. <<

[28] El alma interpelada por Dante contesta, a lo largo de todo el canto, a las dos preguntas de nuestro poeta, en primer lugar declarándole quién es y, después, explicando por qué se encuentra en el cielo de Mercurio. Pero en medio de ambas contestaciones tiene lugar una crítica de la situación de Italia. Quien habla es Justiniano, cabeza del Imperio («el águila») doscientos años después de que su sede hubiera sido transferida por Constantino a Oriente, Bizancio, «contra el curso del cielo». Frase esta que hay que entender no sólo como la traslación geográfica de la capital del Imperio, sino que encierra una crítica de tipo moral: contra los designios del Cielo: Eneas, «el antiguo esposo», había venido desde Oriente, de Troya, y al casarse con Lavinia, hija del rey Latino, había echado las raíces de Roma, que había de ser, con el tiempo, cabeza del Imperio previsto providencialmente, *ab aeterno*, por la mente divina. Justiniano, emperador de 527 a 565, había creído en la herejía monofisita, que defendía que en Cristo sólo había una naturaleza, la divina, hasta que fue atraído a la ortodoxia por el papa Agapito (533-536). Tras su conversión se dedica a la recopilación de las leyes que habían de regir el Imperio y entrega el mando del ejército al general Belisario. <<

[29] Tras tanta gloria, el Imperio en la época de Dante es causa de las luchas entre los que «se lo apropian» (gibelinos) y los «que se le oponen» (güelfos). <<

[30] Una larga digresión sobre la historia y la leyenda de Roma desde su fundación: tras la muerte de Palante, hijo del rey Evandro, Eneas hereda sus derechos y él y sus descendientes se establecen «por más de trescientos años» en Albalonga, antigua capital del Lacio, hasta que es destruida tras el combate entre los Horacios y los Curiacios («tres contra tres») y sus habitantes obligados a establecerse en Roma. Allí reinaron los «siete reyes», desde el rapto de las sabinas, bajo el reinado de Rómulo, hasta la muerte («el dolor») de Lucrecia, que dio pie a la expulsión del último rey, Traquino el Soberbio. Desde entonces, la república de Roma se va engrandeciendo en sucesivas luchas contra los galos, mandados por «Breno», contra los tarentinos, aliados de «Pirro» y contra otros pueblos vecinos, «otros príncipes solos o coaligados», luchas en las que se distinguieron los nombres de los personajes famosos de la historia de la República: Manlio «Torcuato», que vence a los latinos en Sinuesa; Lucio «Quincio», llamado Cincinato por su «cabellera descuidada», vencedor de los aequos; y los «Decios» (Publio Decio Muro y su hijo y su sobrino, caídos respectivamente en las guerras contra los latinos, los samnitas y Pirro), y los «Fabios» Quinto Fabio Rullano, vencedor de los samnitas y Quinto Fabio Maximo, el Parsimonioso, dictador durante la guerra contra Aníbal y sus tropas cartaginesas, «los árabes» o africanos, que pasaron a Italia a través de los Alpes, «rocas alpestres», montes en los que se origina el río Po. A la sombra de Roma triunfar igualmente Publio Cornelio «Escipión», vencedor en la batalla de Zama (201 a. C.), que termina con el poder de Cartago, lo que le valdrá el sobrenombre de «Africano»; y Cneo «Pompeyo» Magno, yerno de Sila y vencedor de Mario en las guerras civiles. La expansión de Roma destruye también Fiésole, ciudad situada sobre la colina que domina Florencia («la colina bajo la cual naciste»), donde se había refugiado Catilina. <<

[31] Es decir, cerca del aquel tiempo en que nació el Redentor del mundo, época que los cielos quisieron reducirlo al estado de paz, paz de la que el Cielo es modelo. <<

[32] Continúa la narración de la expansión de Roma con las empresas de Julio César, que conquista las Galias (designadas aquí con los nombres de los ríos que la riegan). Tras pasar el Rubicón, inicia César la guerra civil contra Pompeyo, que extiende hasta España, luego hacia la Iliria, desembarcando en el puerto de Durazzo y finalmente la Tesalia, donde derrota definitivamente a Pompeyo en la batalla de Farsalia, obligándole a refugiarse en Egipto, donde fue asesinado por el rey Tolomeo. Luego el águila romana llega a las costas de la Troade, de donde habían salido sus orígenes («volvió a ver») al huir Eneas de la destrucción de Troya. El lugar está designado por el puerto de Antandro, en el que desemboca el río Simoenta, cerca de la tumba de Héctor el troyano. Despoja de su reino a Tolomeo y da el reino de Egipto a Cleopatra. Con la derrota del rey Juba domina la Mauritania y vuelve a derrotar a los restos de los pompeyanos en España («vuestro Occidente») en la batalla de Munda. <<

[33] Octavio (que «llevó el signo» después de César) derrota a Bruto y a Casio, a los que hemos visto ya en el *Infierno*, Canto XXXIV, y finalmente a Antonio, en las batallas de Módena y Perusa. Tras la muerte de Antonio en el combate de Actium, Cleopatra se suicida y Egipto («el mar Rojo») forma parte del Imperio, empezando entonces un largo período de paz, durante el cual permaneció cerrado el templo de Jano, dios de la guerra. <<

[34] Todas las empresas llevadas a cabo por Roma y las que aún había de realizar quedan empequeñecidas en comparación con lo ocurrido en tiempos de Tiberio («el tercer césar»): la crucifixión y muerte de Cristo, con la que se redimió el pecado de Adán («se vengó la cólera divina»). La muerte de Cristo por los judíos fue, a su vez, vengada por Tito al destruir Jerusalén en el año 70. Toma, pues, venganza de la venganza que es la muerte de Cristo y la consiguiente redención del primer pecado. El complicado pensamiento que subyace en esta visión histórica y justificación providencialista del Imperio Romano, que está desarrollada pormenorizadamente en *Monarchia*, II, xii, puede ser resumida así: la condena de Jesucristo fue pronunciada por el Imperio por mediación de su legado Poncio Pilatos; pero con esta acción, que a un cristiano debería parecer injusta, el Imperio ha secundado los planes de la Providencia para la redención de los hombres, y al mismo tiempo se ha legitimado como institución de poder universal, porque de no haber sido el Imperio legítimo, no hubiera sido justo el castigo; y al no haber sido universal, no hubiera servido para la redención del todo el género humano. <<

[35] Cuando los lombardos del rey Desiderio atacaron a la Iglesia, Carlomagno la socorrió. Aunque Carlomagno no era todavía emperador (año 773), Dante lo considera ya «bajo las alas del águila», predestinado como defensor de la Iglesia; efectivamente, sería coronado por Adriano I en el año 800. Dante establece la legitimidad del Sacro Imperio Romano Germánico como una continuación de la que ostentaba el antiguo Imperio Romano. <<

[36] Explicación del porqué de la acusación formulada «anteriormente» contra güelfos y gibelinos. Los primeros combaten al Imperio («la enseña común» o universal) en favor de la corona de Francia, cuyos intereses estaban representados en Italia por la casa de Anjou; y los gibelinos se apoyan en la política imperial para defender intereses partidistas y no universales. Que éstos no aprovechen la idea imperial para sus propios intereses y que los güelfos de Carlos II («nuevo Carlos», rey de Nápoles desde 1285 a 1309) no la combatan, yendo contra los designios divinos que han establecido el Imperio, porque Dios no cambiará su providencia en favor de Francia («las lises»). <<

[37] Justiniano contesta a la segunda pregunta de Dante: en el cielo de Mercurio («esta pequeña estrella») están los que obraron rectamente, pero sólo en busca del honor o la gloria, alejándose así del fin superior de toda actuación, que debe ser Dios. Después insiste en que, de todos modos, su beatitud es completa, como iremos viendo en cada uno de los cielos. <<

[38] Romieu de Villeneuve, hombre de oscuro nacimiento, que, al volver de su peregrinación a Santiago de Compostela, llegó a Provenza y se acomodó en casa del conde Ramón Berenguer. Administrando los bienes de éste, los acrecentó de tal modo que lo que valía diez valió después doce, lo que fue causa de que cuatro hijas del conde casaran con cuatro reyes. Romeo, malquistado con Ramón Berenguer por culpa de algunos barones envidiosos, se separó de él y fue mendigando su vida. <<

[39] Justiniano, que brilla con doble fulgor, como emperador y como alma salvada. <<

[40] Tuvo cerrados los puestos del Paraíso. <<

[41] Cristo en cuanto hombre era inocente («tal cual fue creada»), pero la naturaleza humana que en Él se unió a su divinidad, sí era culpable. <<

[42] Lo que Dios ha creado inmediatamente es igual a la naturaleza divina y así fue el hombre en el Paraíso, hasta que el pecado lo privó de este privilegio. Sólo puede volver a su primitiva condición perfecta reparando ese pecado, lo que sólo puede conseguirse por la misericordia divina o por el propio esfuerzo del hombre. Esto último es imposible porque el hombre, tras el pecado, es imperfecto y cuando cometió el pecado era perfecto. Sólo Dios, pues, podía perdonar, en un acto a la vez de misericordia y de justicia («sus propias vías»). <<

[43] Los ángeles, que son formas puras o inteligencias, y los cielos («en que estás») fueron creados inmediatamente y por eso son eternos. Pero los seres del mundo reciben su forma del influjo de las causas segundas o cielos, que, son, a su vez, «potencias creadas». <<

[44] El influjo de las estrellas, movidas por las inteligencias angélicas, convierten en acto la potencia que hay en la materia que ha de formar a los seres inferiores, animales y plantas. En el cuerpo del hombre, en cambio, el alma que le da vida es infundida directamente por Dios. <<



[45] La resurrección de la carne se deduce del hecho de que nuestros primeros padres fueron creados directamente por Dios. <<

[46] Venus era hija de la oceánida Dione, según Homero (*Ilíada*, V, 370 y sigs.). Fue especialmente adorada en la isla de Chipre, de donde el sobrenombre de Ciprina. Cupido era hijo suyo. Según Virgilio, Cupido, bajo la apariencia de Ascanio, se sentó en el regazo de Dido y le insufló su amor por Eneas (*Aen.*, I, 685 y sigs.). <<

[47] Los antiguos dieron el nombre de Venus al brillante planeta del tercer círculo, en el que nos encontramos, que puede ser visto desde la Tierra tanto al atardecer, detrás del Sol, llamada Héspero, como al amanecer, delante de la salida del Sol, y llamándose entonces Lucífero, de donde el español «lucero». El Sol, por lo tanto, la ve de frente («sus pestañas») o de espaldas («su cabellera»). <<

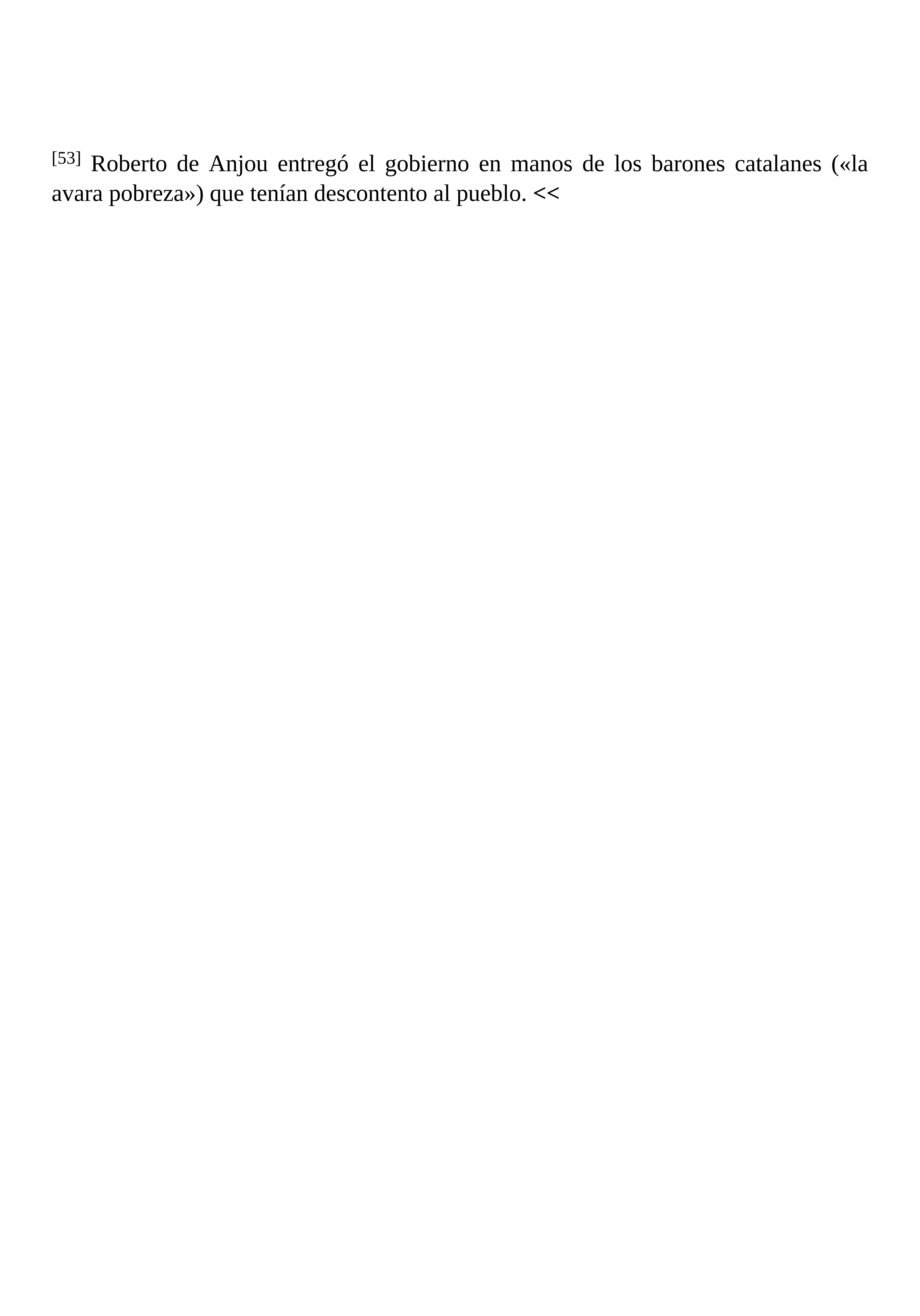
[48] Aunque se nos vayan apareciendo en cada uno de los cielos que vamos recorriendo, todas las almas están en realidad en el Empíreo, en presencia de Dios. Estas que aquí vemos han salido del Empíreo y, atravesando el noveno Cielo o Primer Móvil, donde están los Serafines, se han acercado raudas a Dante, movidas por la caridad o el amor que preside este tercer Cielo. <<

[49] El tercer Cielo está movido por la jerarquía angélica de los Principados («príncipes celestes»), a los que se dirige Dante en la *canzone* del segundo tratado del *Convivio*: «Voi ch'ntendendo il terzo ciel movete». Están tan llenos de amor estos espíritus que pueblan el cielo de Venus, que aunque paren un momento en su canto y en su danza para apagar la sed de la curiosidad de Dante, no por eso van a ser menos felices («menos dulce»), porque el amor de Dios implica también el amor al prójimo. <<

[50] Habla el alma de Carlos Martel, hijo de Carlos II de Nápoles y de María de Hungría. Murió joven, 1295, habiendo heredado ya el reino de su madre («brillaba ya»), pero sin llegar a heredar Nápoles y Sicilia, pues su padre murió después de él, en 1309. <<

[51] Los reinos heredad de Carlos Martel están designados de forma perifrástica, lo que da un tono elevado a las palabras del joven rey, según los gustos de la retórica medieval: «la ribera izquierda del Ródano» designa la Provenza; «la punta de Ausonia» es la parte sur de Italia comprendida por el triángulo formado por las poblaciones de Bari (en el mar Adriático), Gaeta (en el Tirreno) y Catona (en el mar Jónico); «la tierra que riega el Danubio» es Hungría; «la bella Trinacria», Sicilia, que en el trozo de costa comprendido entre los cabos Passero y Faro («Pachino y Peloro») se cubre de calígine por tratarse de tierras sulfurosas. <<

[52] Los descendientes de Carlos I y de Clemencia (hija de «Rodolfo» de Habsburgo), esposa de Carlos Martel, hubieran reinado en Sicilia si «el mal gobierno» de los Anjou no hubiera dado lugar a la rebelión de las Vísperas Sicilianas, que expulsó a la dinastía y la sustituyó por la casa de Aragón (1282) en la persona de Pedro III, cuyos derechos venían de su matrimonio con Constanza, hija de Manfredi. <<



[53] Roberto de Anjou entregó el gobierno en manos de los barones catalanes («la avara pobreza») que tenían descontento al pueblo. <<

[54] Verás claro lo que ahora no entiendes. <<

[55] La providencia de Dios se hace acto a través del influjo ejercido por los diversos cielos («por donde asciendes» y, más adelante, «por donde caminas»). El influjo de los astros no es fortuito, sino perfectamente ordenado por la Mente providencial, que es, a la vez, creadora de estos cielos y de las inteligencias que los mueven. Todo está previsto según un orden, «como la flecha se dirige al blanco», y de no ser así, el resultado sería desordenado («ruina»). <<

[56] Aristóteles en *Politica*, 1, 2, y en *De anima*, III, 9, 6. **<<**

[57] Uno nace, como Solón, apropósito para dar leyes a los pueblos; otro, como Jerjes, para regir imperios; otro, como Melquisedec, para el sacerdocio, y otro, como Dédalo, para la industria. Estas diferentes aptitudes con que nacen los hombres las infunden los influjos celestes, según el poeta, pero sin distinguir de clases ni de jerarquías («morada» o cuerpo en que se encarna). De ahí las características que pueden distinguir a dos hermanos gemelos, como Esaú y Jacob. O que de un padre vil nazca un hijo noble y heroico, como Rómulo («Quirino»), a quien el pueblo romano consideraba hijo del dios Marte. Todos los hijos serían iguales a sus padres si la Providencia no interviniese por medio del influjo de los astros para crear las diferencias. <<

[58] La hija de Carlos Martel, casada con Luis X de Francia (?). Ni está clara la referencia ni los comentaristas se ponen de acuerdo. Algunos, apoyándose en el «tu Carlos», quieren que se trate de su esposa Clemencia de Habsburgo; pero ésta había muerto antes de 1300. <<

[59] Fraude fue la concesión de la corona de Nápoles a su hermano Roberto, desheredando así al hijo de Carlos Martel, Carlos Roberto, por intereses del Papado. <<

[60] En la Marca de Tréveris, designada aquí como la parte de Italia que se extiende desde Venecia («Rialto») a los Alpes (donde nacen los ríos «Brenta» y «Piave»), nacieron el espíritu que habla y su hermano («de la misma raíz»), Ezelino, el tirano que impuso su dominio («causó un gran desastre») en su país natal. Quien habla es Cunizza da Romano (1198-1279), mujer de una sensualidad extremada, que casó varias veces y tuvo una larga serie de amantes y una vida escandalosa. Nació, pues, bajo el influjo de Venus, en cuyo cielo la encontramos, pero no se arrepiente («me perdono») porque esa «inclinación amorosa» supo, arrepentida, dirigirla a Dios al final de su vida. Señala al alma que tiene al lado y que hablará a continuación: se trata de Folco, cuya fama le sobrevivirá quinientos años. Cosa que no le ocurrirá a los ciudadanos de Tréveris («entre el Tagliamento y el Adige»), a los que pronostica su próximo castigo: los güelfos paduanos enrojecerán con su sangre las aguas del Bacchiglione, en la batalla en la que serán derrotados por los gibelinos de Vicenza. Y los habitantes de Trevis («donde el río Sile…»), donde gobierna el soberbio («con la cabeza erguida») Rizzardo da Camino, que pronto caerá («redes») asesinado por los güelfos en 1312, por haberse aliado con los gibelinos. E igual castigo ha de tener la ciudad de Feltre, cuyo obispo, Alessandro Novello, entregará a los refugiados ferrareses acogidos bajo su protección. El obispo, irónicamente llamado «cortés sacerdote», será el culpable de tanto derramamiento de sangre por su traición, tan común entre los trevisanos («costumbres de tal país») y por su apoyo a los güelfos («hombre de partido»). <<

[61] Encontramos otra vez el procedimiento de usar una larga y complicada perífrasis para expresar el lugar del nacimiento del espíritu que habla. El Mediterráneo, el mar más extenso («el mayor valle») después del Océano, que se creía que circundaba las tierras habitadas, se extiende tanto hacia el Oriente («contra el curso del Sol») entre las costas opuestas de Europa y África, que la línea del horizonte para quien está en el extremo occidental es meridiano para quien se encuentra en Oriente. Según las creencias de la época, el Mediterráneo tendría noventa grados de longitud, como nos dice aquí Dante. A orillas del Mediterráneo nació el espíritu que habla, «ribereño de aquel valle», entre la desembocadura del Ebro y la del Macra, en una ciudad que se encuentra casi en el mismo meridiano («casi a la misma distancia…») que Bugía. Termina la larga perífrasis con una referencia histórica: sus habitantes fueron pasados a cuchillo por César. Habla de Marsella. <<

[62] Folco de Marsella, trovador provenzal que recorrió diversas cortes entre finales del siglo XII y comienzos del XIII. Como él mismo nos dice, fue un apasionado amante, pero tras la muerte de Azalais de Baux, vizcondesa de Marsella, se retira del mundo e ingresa en la orden del Císter. Muere en 1231, siendo obispo de Toulouse. La «hija de Belo» es Dido, reina de Cartago, viuda de Siqueo. Se enamoró de Eneas, viudo de Creusa, y se mató al ser abandonada por él. Filos, hija del rey de Tracia, que habitaba en el monte «Ródope», enamorada de Demofonte, también se suicida creyéndose abandonada por su amado. El último ejemplo es Alcides o Hércules, muerto no de amor por Iole, pero sí a causa de este amor: su esposa Deyanira para reconquistarlo le envía la túnica del centauro Neso, y Hércules muere abrasado cuando la viste. Ninguno de estos personajes, dice Folco, amó tanto como él. <<

[63] Rahab es la prostituta que acogió en su casa a los exploradores de Josué, ayudando así a la conquista de la ciudad por parte de los judíos (Josué, 2, 1-24). De ella se nos dice más adelante que es el espíritu más «eminente» de este cielo. Un poco exagerado, aunque es cierto que en las Escrituras se nos dice que «fue justificada por sus obras» (Hebr., 2, 31); pero no entendemos por qué habría de ser la primera de las almas sacadas del Limbo con el descenso de Cristo a los infiernos, sobre todo teniendo en cuenta que en el Limbo se encontraban todos los Santos Padres del Antiguo Testamento. El triunfo de Cristo lo constituyen todas las almas que se salvan, aunque aquí, más concretamente, se refiere a las que Él sacó del Limbo. <<

[64] «Tu ciudad», Florencia, que parece hecha a imagen de Lucifer (El primero en volver la espalda al Hacedor), acuña los florines («las malditas flores»); efectivamente, el florín era llamado así por la flor que aparecía en su cuño. Atesorar riquezas es la única ambición del Papado («pastor»), convirtiéndolo en un lobo para los fieles y abandonando la misión espiritual que le fue encomendada («los Evangelios»), se dedica sólo al estudio del derecho canónico («Decretales»). Pero pronto Roma, ciudad de tantos mártires («cementerio de la milicia…»), se verá libre de tanto vicio. <<

[65] Se abre el Canto con una alabanza a la perfección de la obra del Creador y a la continua providencia con que la conserva. Basta para probarlo la constitución y el orden del universo; los dos opuestos movimientos rotatorios, el diario, de Levante a Poniente, y el anual, de sentido contrario, y en el que cada planeta recorre su propia órbita («círculo oblicuo»), diferente de las de los demás cuerpos celestes. De no ser así, «si no fuese inclinado», los efectos de los astros sobre la Tierra o no existirían o serían imperfectos. A causa de la inclinación de la eclíctica respecto del ecuador celeste, la revolución del Sol no ocurre siempre sobre el ecuador terrestre, gracias a lo cual tenemos las diferentes estaciones y los cambios de tiempo necesarios para la vida. <<

[66] La órbita del Sol («mayor ministro»), según la explicación de la nota anterior, se desplaza desde el ecuador al trópico de Cáncer en primavera y al trópico de Capricornio en otoño; ahora estamos en primavera y cada día «se nos presenta más temprano». <<

[67] Las almas del cuarto cielo («familia») eran como el Sol: teólogos, místicos y doctores de la Iglesia, a los que Dios sacia continuamente mostrándoles el misterio de su Trinidad. <<

[68] Complicadas referencias históricas y filosóficas, que requieren una pormenorizada explicación. Habla Tomás de Aquino (1226-1274), de la orden de Predicadores, fundada por Santo Domingo, que va presentando a los otros espíritus que componen la corona que rodea a Beatriz y a nuestro viajero. El primero es el también dominico Alberto Magno (1193-1280), llamado en el texto de Colonia porque enseñó en esta ciudad, donde fue maestro del de Aquino. Hombre de cultura vastísima y de los primeros que intentan una lectura cristiana de Aristóteles. Francesco Graciano, de la orden camaldulense, autor de la recopilación de textos bíblicos, patrísticos y decretales que constituyen la base del derecho canónico, aunque Dante hace referencia también al derecho civil, «uno y otro fuero». Pedro Lombardo (†1164), maestro de teología en París, autor de los cuatro libros *Sententiarum*, fundamento durante siglos de los estudios teológicos, en cuyo proemio ofrece su obra «como la pobre viuda» que en el Evangelio de San Lucas (21, 1-4) ofrece lo poco que tiene. Le sigue Salomón (sobre cuya salvación no todos los teólogos estaban de acuerdo); «se abrasa en tal amor» es frase que hace referencia a su *Cantar de los Cantares*, en cuya interpretación mística se querían ver los amores de Cristo por su Iglesia. El «que mejor vio la naturaleza y el ministerio de los ángeles» es Dionisio Aeropagita, obispo de Atenas, autor del *De coelesti hierarchia*. Le sigue Pablo Orosio, defensor de la superioridad de los tiempos cristianos sobre los paganos en sus *Historiarum adversus paganos libri VII*, en los que, efectivamente, se inspira San Agustín para su *De civitate Dei*. Quien denuncia «las falacias del mundo» es Severino Boecio, autor del *De consolatione philosophiae*, a quien hizo morir («martirio») el rey godo Teodorico y que está sepultado en la iglesia de Celdauro, en Pavía. Isidoro de Sevilla, autor de las *Etymologiae*. Beda el Venerable, autor de la *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*. Le sigue Ricardo de San Víctor, abad de ese monasterio cercano a París, autor del *De contemplatione*, visión mística a nivel angélico, que lo hace «más que hombre». El último, a cuyo lado está Tomás de Aquino, cerrada ya la rueda («se separa tu mirada para fijarse en mí»), es Siguier de Brabante, seguidor de la interpretación averroísta de Aristóteles, que había enseñado desde su cátedra de París, en la «rue du Fouarre» o calle del Forraje, donde estaban las escuelas de Filosofía. Desposeído de su cátedra en 1277, condenada su doctrina, el averroísmo latino, que negaba la inmortalidad del alma, la creación y el libre albedrío. Los dos mayores aristotélicos cristianos, que se opusieron encarnizadamente en vida, Aquino desde la interpretación evemerista y dogmática en su *De unitate intellectus*, y Siguier en su lectura determinista del Estagirita en el tratado *De anima*, están aquí, en el cuarto Cielo, juntos y habiendo superado sus diferencias. Pero ¿cómo ha podido olvidar Dante la condena oficial de las teorías de Siguier? No es suficiente la explicación de que ambos espíritus, una vez en presencia de Dios, que es

el único que conoce la verdad, han renunciado a sus irrelevantes diferencias de interpretación, porque las del uno, el Aquinate, eran oficialmente ortodoxas, y las de Siguier eran heterodoxas y, como tales, condenadas. ¿No será este sutil matiz una prueba del rechazo de Dante a la aceptación ciega y acrítica del magisterio dogmático, autoritario y excluyente de la Iglesia? Los «verdaderos silogismos» de los que habla en el texto pueden referirse a la «verdad de razón» de la que hablaba Siguier, contraria pero no excluyente de la «verdad de fe». <<

[69] Porque mirando a Dios, donde se refleja todo lo que existe, conozco también tus pensamientos. <<

[70] En el Canto anterior, hablando de la orden de Predicadores, Tomás había dicho que en ella «el alma se fortifica si no se extravía». Y poco después, hablando de Salomón, había dicho que «ningún otro ascendió a tanto saber». Ambas frases han dejado perplejo a Dante y el santo de Aquino explica ahora la referente a las órdenes mendicantes. Para conocer la explicación sobre la frase referida a Salomón, hemos de esperar al Canto XIII. Los dos grandes paladines que deben guiar a la Iglesia, el uno hacia la caridad por el espíritu de la pobreza, el otro a la mayor fidelidad por medio de la predicación, son, respectivamente, San Francisco de Asís, modelo de amor seráfico, y Santo Domingo, dotado de esplendor seráfico por su sabiduría. **<<**

[71] Entre el río Tupino y el Chiascio (agua que desciende del collado donde hizo vida de ermitaño San Ubaldo Baldassino, obispo de Gubbio entre 1129 y 1160), en una fértil llanura se encuentra la ciudad de Perusa, que del monte Iugioso recibe gran calor en verano (porque es masa calcárea que se recalienta) y frío extremado en invierno, porque está entonces cubierto de nieves. Al otro lado del monte están las ciudades de Nocera y Gualdo, oprimidas por el gobierno tiránico de Perusa. En la pendiente entre estas dos ciudades y Perusa se encuentra Asís, donde nació Francisco, santo que había de iluminar a la Iglesia como el Sol ilumina cuando nace por el Oriente. <<

[72] Es la historia de San Francisco tal como la narran las diferentes hagiografías contemporáneas, sobre todo la anónima *Sacrum commercium beati Francisci cum domina Paupertate*. <<

[73] Cita Lucano a Amiclates en la *Farsalia* (V, 51 y sigs.). Era tan pobre que dejaba la puerta de su cabaña abierta, sin temer las rapiñas de los soldados de César o de Pompeyo. <<

[74] Bernardo de Quintavalle († 1246), Egidio de Asís († 1252), Silvestre, también de Asís († 1240), fueron los primeros seguidores del santo y lo acompañaron a Roma, donde la regla franciscana fue aprobada en primer lugar por el papa Inocencio III (1210) y confirmada después por Honorio III (1223). <<

[75] Predicó en Egipto ante el sultán Malek-al-Kamil (Tommaso de Celano, *Vita prime*, y San Buenaventura, *Legenda maior*). Vuelto a Italia, hizo vida de ermitaño en el áspero monte de la Verna, donde recibió los estigmas, «último sello» o confirmación de la orden, recibido esta vez de Cristo. <<

[76] Tras hablar de Francisco y de su orden, Tomás habla del fundador de la suya («nuestro patriarca»), Santo Domingo, digno «colega» del santo de Asís. Luego critica la degeneración en que había caído la orden de Predicadores o dominica. <<

[77] Compara la disposición y el movimiento concorde de los dos círculos luminosos con los rayos del arco iris (Iris es la mensajera de Juno), pero en esta comparación introduce una nueva al aludir a la ninfa Eco, que, enamorada de Narciso, se consumió, quedando de ella únicamente su voz. Entiéndase: naciendo el arco exterior de reflexión de los rayos del arco menor concéntrico, lo mismo que el eco nace de la reflexión de la voz. Termina aludiendo al pacto que Dios establece con Noé después del diluvio al hacer aparecer el arco iris. <<

[78] La humanidad, redimida al precio «tan caro» de la sangre de Cristo. **<<**

[79] En Occidente, de donde sopla el céfiro, no muy lejos del océano, se encuentra Caleruega, patria de Santo Domingo de Guzmán. Perteneciente al reino de Castilla, cuyo escudo, dos leones y dos castillos en cuarteles oblicuos, representa al león una vez en el cuartel inferior («subyugado») y otra en el superior. <<

[80] Según una pía leyenda, la madre del santo soñó estando embarazada que había de parir un perro blanco y negro, que llevaba en la boca una antorcha con la que incendiaba el mundo. Alusión a los colores del hábito dominico y al fuego de su ardorosa predicación. <<

[81] Durante su bautizo («esponsales entre él y la Fe»), por el que Domingo recibió su salvación al ser purificado del pecado original y a la vez recibió la condición de cristiano por la que había de salvar a la Iglesia («se dotaron de mutua salud»), la madrina tuvo una visión en la que el infante aparecía con una estrella en la frente, símbolo de la misión que le estaba reservada, y que le inspiró el nombre: *Dominicus*, que es el posesivo de *Dominus*, es decir, «perteneciente al Señor». <<

[82] Aceptación de la pobreza y la humildad. <<

[83] Episodio de la vida de Santo Domingo narrado, entre otros, por Vincent de Beauvais, *Speculum historiale*, XXIX, 94. <<



[84] Juego de palabras con los nombres de los padres del santo, Félix, que significa «feliz», y Juana, que, en hebreo, significa «Gracia de Dios». <<

[85] El Ostiense es Enrico di Susa, canonista, maestro en Bolonia y en París, obispo de Ostia desde 1261. Su *Summa super titulis Decretalium* fue libro básico para los estudios de derecho canónico. Taddeo Pepoli fue otro célebre canonista. Sobre los decretos canónicos basaba la Iglesia sus derechos en el ámbito político y territorial que, según Dante, eran el origen de la degeneración del Papado. No a estos estudios se dedicó Domingo, sino a los de la verdadera sabiduría («maná»). <<

[86] El santo se dirigió a Roma en 1205 no para pedir la administración de los bienes de la Iglesia y repartir entre los pobres sólo una parte de lo que les correspondería («dos o tres en lugar de seis»), no para pedir las rentas de algún beneficio, rentas que son «de los pobres», sino para pedir permiso para combatir la herejía albigense («errores del mundo»). La orden de Predicadores fue aprobada por Honorio III en 1216. <<

[87] Los veinticuatro espíritus que, en dos círculos, rodean a Dante. <<

[88] Volvemos a la imagen del carro que representa a la Iglesia. Las dos ruedas son las órdenes mendicantes. Los dominicos con sus predicaciones vencieron a la herejía («discordias civiles», porque los albigenses eran cristianos, aunque heréticos); los franciscanos, la otra rueda, han olvidado hoy el ejemplo de pobreza que les había dado su fundador y caminan en sentido contrario al de San Francisco («ponen la punta del pie donde él ponía los talones»). Como antes Tomás había alabado a los franciscanos y criticado a su propia orden, ahora es Buenaventura, franciscano, quien alaba a los dominicos y critica a la orden fundada por el santo de Asís. <<

[89] Todavía, quienquiera que busque ejemplos individuales encontrará franciscanos fieles seguidores del fundador («Yo soy el que acostumbro»), pero ninguno de ellos pertenecerá a cualquiera de los dos bandos en que se había dividido la orden, los espirituales (seguidores de Ubertino da Casale) y los relajados, seguidores de Matteo d'Aquasparta. <<

[90] San Buenaventura (1221-1274), general de la orden desde 1256. Espíritu verdaderamenre clarividente y místico, criticó con dureza las inclinaciones temporales de los relajados, pero no cayó en la rígida utopía de los espirituales. Él mismo fue ejemplo de austeridad, aun cuando llegó a ser nombrado cardenal en 1274. <<

[91] Iluminato de Rieti y Agustín de Asís fueron los primeros que siguieron a San Francisco. Hugo de Flandes, canónigo de la abadía de San Víctor, místico agustiniano. Pedro Mangiadore, Petrus Comestor, decano de la catedral de Troyes y canciller de la universidad de París. Pedro Hispano (Lisboa, 1226-Viterbo, 1277), médico y teólogo, elegido papa en 1276, con el nombre de Juan XXI. Los «doce libros» a que alude el texto son los que componen sus *Summulae logicales*, en los que combate el aristotelismo de Tomás de Aquino. Nathan es el profeta que recriminó al rey David por sus amores con la mujer de Uría. El «metropolitano Crisóstomo» es San Juan, arzobispo de Constantinopla, uno de los llamados Padres de la Iglesia, muerto en el exilio (407) por sus críticas a la corrupción de la corte. Anselmo, arzobispo de Canterbury, autor del Monologium, en el que expone la prueba ontológica de la existencia de Dios. Donato es el gramático (siglo IV), «la primera de las artes», maestro de San Jerónimo. Rabano Mauro (776-856), arzobispo de Maguncia, uno de los grandes enciclopedistas medievales. Joaquín da Fiore (1202), defensor de una profunda reforma religiosa y profeta de una completa regeneración moral de la vida social y política, que había de tener gran eco entre los franciscanos espirituales y una profunda influencia en el pensamiento y la obra de Dante. <<

[92] La corona de piedras preciosas de Ariadna, hija de Minos, rey de Creta, regalo de Teseo, según algunos, o de Baco, según otras versiones. A la muerte de la joven, esta joya fue catasterizada en la constelación llamada Corona (Boreal). <<



[93] Explico: «Una vez aclarada la primera duda, el amor de caridad me impulsa a aclararte la segunda». <<

[94] Largas y complicadas perífrasis para referirse a Adán y a Jesús. El primero, de cuyo pecho salió la costilla con la que se creó a Eva, cuyo pecado, al morder la manzana, tan caro le costó a la humanidad. El segundo, Cristo, de cuyo pecho atravesado por la lanza de Longinos brotó la sangre con la que se redimió el pecado original. <<



[95] El rey Salomón, que es la luz situada en quinto lugar en la primera de las dos coronas luminosas. <<

[96] El parlamento del santo está dividido en tres partes: 1) Todas las criaturas son un reflejo de la Idea divina, del Verbo. En el Verbo se da el arquetipo, la forma ejemplar, de todos los seres creados directamente. La perfecta sabiduría humana, pues, la poseyeron solamente Adán y Cristo, en cuanto hombre, y no los demás hombres porque fueron creados por medio de las causas segundas, es decir, mediatamente. 2) Es cierto cuanto ha dicho Santo Tomás sobre la sabiduría de Salomón: «Ningún otro ascendió a saber tanto», pero se trata de una sabiduría relativa; no de un saber científico, sino de la prudencia política del gobernante. En otras palabras, fue el más sabio de los reyes. 3) Avisa a Dante y al resto de los hombres de la necesidad de ser prudentes antes de emitir un juicio, sobre todo cuando se trata de algo que escapa a la capacidad intelectual humana. Largo discurso (frío y distante de nuestra sensibilidad moderna) en el que se exponen algunos conceptos del pensamiento medieval, incluso, en algunos momentos, con la técnica silogística propia de la exposición escolástica. Por otra parte, la explicación de las palabras que Tomás había pronunciado en el Canto X no es más que un pretexto para la exposición de otras verdades o afirmaciones de la filosofía coetánea. <<

[97] Todas las criaturas, corruptibles e incorruptibles, no son más que el reflejo de la Idea divina. Dios Padre, contemplándose a Sí mismo y, por lo tanto, amándose, puesto que es el Bien supremo, produce al Hijo, en quien se refleja este amor, hecho Espíritu Santo, y vuelve otra vez al Padre. Esta Idea divina o Verbo contiene la forma perfecta de todos los seres. Y sin dejar de ser ella misma y una sola, se refleja como en nueve espejos en los nueve coros angélicos y, de ellos, a través de las Inteligencias motrices, va descendiendo en su actuación hasta crear cada una de las criaturas, cada vez más atenuada esa luz hasta terminar produciendo seres que son contingentes y, por haber sido mediados, corruptibles. Así pues, todas las criaturas, aunque procedan de la forma perfecta que está en la Idea, no son perfectas necesariamente. <<

[98] «Se apareció Dios a Salomón en sueños y le dijo: “Pide lo que quieras”. Y el rey le pidió sabiduría para poder discernir entre el bien y el mal. Se lo concedió Dios y le dio “cor sapiens et intelligens, in tantum ut nullus ante te similis tui fuerit nec post te surrecturus sit”». (I Reyes, 3, 5-12). <<

[99] Salomón no pidió (y por eso no le fue concedida) sabiduría metafísica ni científica (a las que se refieren los cuatro ejemplos que se mencionan en el texto), sino sólo sabiduría como gobernante, o sea, prudencia política. <<

[100] Parménides y Meliso son dos filósofos de la escuela eleática, del siglo V a. C., cuyas doctrinas Dante no conocía directamente pero sí a través de la condena de los mismos por Aristóteles en el primero de la *Metafísica*. En este mismo autor se fundamenta para condenar al matemático Briso, discípulo de Euclides, autor de una teoría sobre la cuadratura del círculo. <<

[101] Sabelio, hereje que negaba la trinidad divina, condenado en el Concilio de Alejandría del 216. Arrio, fundador de la secta arriana, que negaba la eternidad del Verbo, condenado en el Concilio de Nicea, del 325. <<

[102] Aquel que es *una* sustancia (Dios), con *dos* naturalezas en cuanto Cristo y *tres* personas en cuanto Trinidad. <<

[103] La voz de Salomón, modesta como lo es la verdadera sabiduría. <<

[104] Con la mayor perfección que supone la unión del alma con el cuerpo glorioso, crecerá también la gracia iluminativa que permitirá a los beatos la contemplación del Sumo Bien. Los órganos resucitados no podrán ser dañados porque ese cuerpo se habrá hecho capaz de recibir y resistir todo lo que pueda aumentar su beatitud. <<

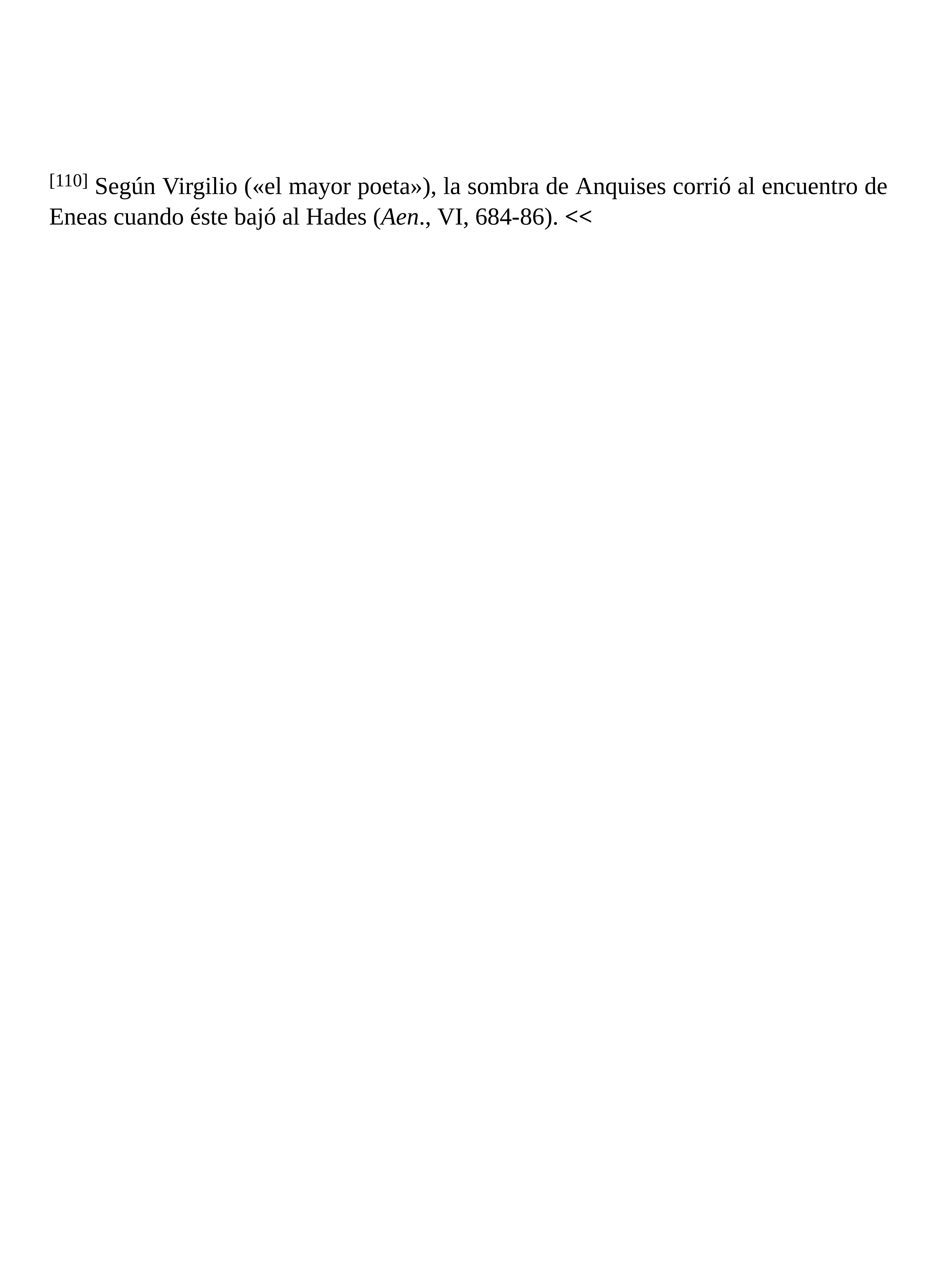
[105] La visión de Beatriz sonriente sobrepasa las facultades del poeta para describirla. Pero esta visión reforzó sus ojos para poder contemplar un grado superior de beatitud. Efectivamente, se ha desplazado al quinto Cielo. <<

[106] Con el pensamiento, «lenguaje común a todos». <<

[107] Interpretación etimológica corriente entre los contemporáneos de Dante: la palabra griega Helios, que significa Sol, quieren hacerla derivar del vocablo hebreo Ely, que significa Dios. <<

[108] La intersección de los cuadrantes en un círculo es el cruce en ángulo recto de dos diámetros. La figura resultante es la cruz griega. <<

[109] Conforme se va ascendiendo por los diversos cielos (aumentando y perfeccionando la capacidad cognoscitiva), mayor es la belleza que se capta. Los cantos y las luces que encuentra Dante en el quinto Cielo superan a todo lo anteriormente visto, incluso los bellos ojos de Beatriz. Pero la misma Beatriz también se ha hecho más hermosa en este cielo de Marte y, por tanto, no hay contradicción en lo que dice el poeta, como nos explica él mismo, porque todavía no la había contemplado en este nuevo Cielo. <<



[110] Según Virgilio («el mayor poeta»), la sombra de Anquises corrió al encuentro de Eneas cuando éste bajó al Hades (*Aen*., VI, 684-86). <<



[111] El inconmensurable deseo de agradecimiento que siente Dante no es expresable con palabras. <<

[112] El primer antepasado de quien proviene el apellido del poeta fue su bisabuelo Alighiero (†1200), hijo del alma que está hablando, y que se encuentra en la primera cornisa del Purgatorio, entre los soberbios. Sin embargo, a nuestro paso por el Purgatorio no hemos encontrado ninguna referencia a este personaje, por lo que debemos suponer que Dante lo imagina en este momento. La genealogía propuesta sería la siguiente:

Cacciaguida

↓

Alighiero

↓

Bellincione

↓

Geri (*Inf.*, XXIX)

↓

Alighiero

↓

Dante Alighieri. <<

[113] Tres fueron los muros de Florencia, añadidos conforme la ciudad iba creciendo y ensanchándose. Cacciaguida describe la Florencia de su época (todavía comprendida en el primer recinto, «donde aún suenan los toques de la campana de la antigua iglesia de la Badía»; el segundo fue construido en 1173 y el tercero en 1284, cuando Dante contaba unos veinte años), por medio de una larga referencia a la sencillez de la vida y costumbres, la honradez de los ciudadanos y la armonía y felicidad que reinaban en la humilde pero feliz pobreza en que se vivía en tiempos pasados. Vida ruda y sin refinamientos la de los ciudadanos de aquellos tiempos que, sin embargo, eran más honrados, más nobles y más heroicos que los que vinieron después, ávidos en busca de riquezas, poder y lujo, y divididos y enconados por culpa de las rivalidades y las luchas civiles. <<

[114] El barrio de Monte Mario, con sus antiguos edificios romanos, no había sido superado por el lujo del barrio del Uccellatoio. Pero igual que ha superado a Roma en magnificencia, la superará en la rapidez de su decadencia. <<

[115] Ejemplos de honrados ciudadanos de los tiempos antiguos. Bellincion Berti, de la familia de los Ravignani, padre de la Gualdrada que hemos visto en *Inf.*, XVI. Lo mismo los NerIi, los Vecchietti, etc. <<

[116] Los hombres que se dedicaban al comercio, generalmente con Francia, abandonaban la ciudad para establecerse en este país. <<

[117] Antiguas historias y leyendas que hacían referencia a la fundación de la ciudad, tras la destrucción de Fiésole y la llegada de los romanos. <<

[118] Cianghella era una ciudadana florentina, de la familia de los de la Tosa, famosa por su deshonesta vida y a la que se refiere Boccaccio en su *Corbaccio*. Lapo Salterello, político contemporáneo de Dante, que tuvo que ser desterrado por sus veleidades políticas y su corrupción. De haber vivido en tiempos de Cacciaguida, hubieran sido tan extraños como lo sería ver en la corrupta Florencia de hoy a un honrado ciudadano como Cincinato o a una honesta mujer como lo fue Cornelia, madre de los Gracos. <<

[119] Conrado III de Suabia, emperador en 1138. Estuvo, efectivamente, en la segunda Cruzada (1147), contra «la maldad de la ley» de Mahoma, que usurpa la Tierra Santa por culpa de la política del Papado, «el pastor». **<<**

[120] Fórmula de tratamiento respetuoso, frente al «tú» que ha sido usado generalmente en el poema. Aparte de con Cacciaguida, Dante lo usa tan sólo con Brunetto Latini, con Farinata degli Uberti y con Cavalcante de’ Cavalcanti y, por supuesto, con Beatriz. Según una tradición, los romanos se «sometieron» a esta costumbre y usaron este tratamiento con Julio César. <<

[121] Según cuenta la crónica de la *Tabla Redonda*, la camarera de la reina Ginebra tosió al notar el primer mal paso dado por su señora, llevada del amor por Lanzarote. <<

[122] San Juan Bautista era el patrono de Florencia. <<

[123] Desde la Anunciación de María hasta que nació Cacciaguida, el planeta Marte realizó quinientas cincuenta y tres traslaciones en su órbita, coincidiendo otras tantas veces con el signo de Leo. El año de Marte es casi dos veces el terrestre. Cacciaguida nació, pues, a finales del siglo XI. Según algunos autores, en 1091. <<

[124] Para quien viene del Oeste, como quien corre en las fiestas del Palio («juegos anuales»), el primer barrio que encuentra es el de Porta San Piero, donde estaba la casa solariega de los antepasados de Dante. Cacciaguida no quiere decir más sobre sus antepasados porque sería superfluo; basta saber que tenían casa dentro de la primitiva muralla y que estaban, por tanto, afincados en Florencia desde antiguo. <<

[125] Todos los ciudadanos en edad de llevar armas de la ciudad comprendida entre el Batistero y la estatua de Marte sobre el Ponte Vecchio (cfr. *Inf.*, XIII) eran una quinta parte de los que la habitaban en tiempos de Dante. Serían pues, aproximadamente unos seis o siete mil. <<

[126] Campi, Certaldo y Figghine eran poblaciones de la región cuyos habitantes emigraron a Florencia, mientras que Galluzzo y Trespiano eran barrios extremos de la ciudad. <<

[127] Baldo di Guglielmo da Aguglione, jurisconsulto y hombre público, enemigo encarnizado de Dante, a quien excluye de la amnistía concedida en 1311 a los güelfos *Blancos* exiliados. Fazio dei Morubaldini da Signa tuvo también importantes cargos en el gobierno de la ciudad y fue poco honrado, según los cronistas de la época. Ninguno de los dos era florentino de nacimiento, sino que provenían de «villas» de la región. <<

[128] Los Conti Guidi estarían todavía en su castillo de Montemurlo, como los Cerchi en Ancona y los Buondelmonte en sus posesiones de Valdigrieve. Esta última familia fue la culpable de los primeros disturbios que habían de arruinar la vida política florentina (cfr. *Inf.*, XXVIII). <<

[129] Dos frases proverbiales con el mismo significado: un estado grande («toro») es más difícil de gobernar que uno pequeño («cordero»). Un pueblo pequeño pero unido («una espada») es más fuerte que un pueblo numeroso pero desunido. <<

[130] En Porta San Piero, «cargada» hoy con la «felonía» de albergar a los Cerchi, nuevos ricos que antes vivían en Ravignani. <<

[131] Largo elenco, sin interés para el lector español, de antiguas y nobles familias florentinas de la época de Cacciaguida y de los llegados en tiempos posteriores, así como de la decadencia de los mismos. Los Chiaramontesi pusieron unos impuestos sobre la sal («la medida») que dieron origen a numerosos tumultos. Las «bolas de oro» hacen referencia a los Lamberti, que las ostentaban sobre campo azul en su escudo nobiliario. Los Visdomini tenían el derecho de administrar la diócesis florentina cuando estaba vacante. La «presuntuosa familia» son los Adimari, que entonces empezaban a crecer, aunque de origen humilde. Por eso no quería Ubertino Donati emparentar con ellos. Que en la antigua ciudad se entrase por una puerta que se llamaba de la Pera, por el nombre de la familia que habitaba allí, puede parecer increíble a Dante, en cuya época esa familia se había extinguido por completo. El «gran Barón» era Hugo el Grande, marqués de Toscana, muerto el día de Santo Tomás Apóstol de 1001 y en cuyo aniversario seguían celebrándose solemnes exequias en tiempos de Dante. Las familias que recibieron de él títulos nobiliarios fueron los Nerli, Giandonati, Pulci, Della Bella, etc. Uno de ellos, Giano della Bella (que llevaba en su escudo las mismas armas de Hugo el Grande, pero rodeadas por un anillo de oro), defendió con sus famosos «ordinamenti di giustizia» la causa del pueblo contra la prepotencia de los grandes. La casa que dio origen a los males («llanto») de Florencia es la de los Amadei, que asesinaron a Buondelmonte de' Buondelmonti, motivo del nacimiento de las facciones ciudadanas de güelfos y gibelinos. La ruptura por parte de Buondelmonte de la promesa de matrimonio con una dama de la familia Amidei llevó al asesinato de aquél, al pie de la estatua rota de Marte que presidía el Ponte Vecchio (cfr. *Inf.*, XIII). <<

[132] El escudo de Florencia era la flor de lis blanca. La bandera de los vencidos en batalla era escarnecida colocándola al revés y siendo paseada así por los vencedores. A partir de 1251, por voluntad de los güelfos, la flor de lis del escudo fue roja para diferenciarla de la anterior, que seguían usando los gibelinos. <<

[133] Nueva referencia a Faetón (cfr. *Inf.*, XVII), ansioso por saber de boca de su madre, la nereida Clímene, si verdaderamente era hijo del Sol. Apolo consentirá después a sus ruegos para que le dejase conducir su carro, y ya sabemos con qué resultado: la muerte del inexperto auriga. Este ejemplo enseña que los padres no deben ser demasiado condescendientes con sus hijos. <<

[134] *Inf.*, X, XV y XXIV, y *Purg.*, VIII y IX. <<

[135] Que cumpla lo que es visto en la mente divina no proviene de este conocimiento previo por parte de Dios. Dios conoce *ab aeterno* lo que va a hacer el hombre, pero es éste quien lo hace. Lo contrario negaría la libertad y, por tanto, la responsabilidad del hombre. De la misma manera que el barco que vemos avanzar no avanza por el ojo que lo mira, sino por la corriente que lo lleva. <<

[136] Hipólito no quiso ceder al amor incestuoso que le proponía su madrastra Fedra. Ésta entonces lo acusó falsamente y el joven tuvo que exiliarse de Atenas (*Met.*, XV, 497 y sigs.). <<

[137] Es en el Vaticano donde «se vende a Cristo». Efectivamente, el papa Bonifacio VIII estaba ya preparando la intervención en Florencia de Carlos de Valois para apoyar a la facción de los güelfos *Negros*, intervención que tendrá lugar en noviembre de 1301, es decir, poco después de este imaginario viaje de ultratumba, y que había de provocar, entre otras muchas desgracias, el exilio y la condena de nuestro poeta. <<

[138] Los *Blancos* exiliados como él, con los que habría de romper después toda relación. La descabellada empresa de la Lastra, a la que se había opuesto Dante, fracasará estrepitosamente (1304). <<

[139] El Gran Lombardo es Cangrande della Scala, señor de Verona de 1311 a 1329. El escudo de los Scaligeri es un águila («ave santa» para Dante porque es símbolo del Imperio) sobre una escalera. <<

[140] Antes de 1312, año en que el papa de origen gascón Clemente V (cfr. *Inf.*, XIX) traicionará al emperador Enrique VII (cfr. *Purg.*, XXXIII). **<<**

[141] Es la perdurable vida de la fama la que Cacciaguida profetiza a su descendiente. <<

[142] El árbol es el Paraíso y la «quinta rama» el cielo de Marte. <<

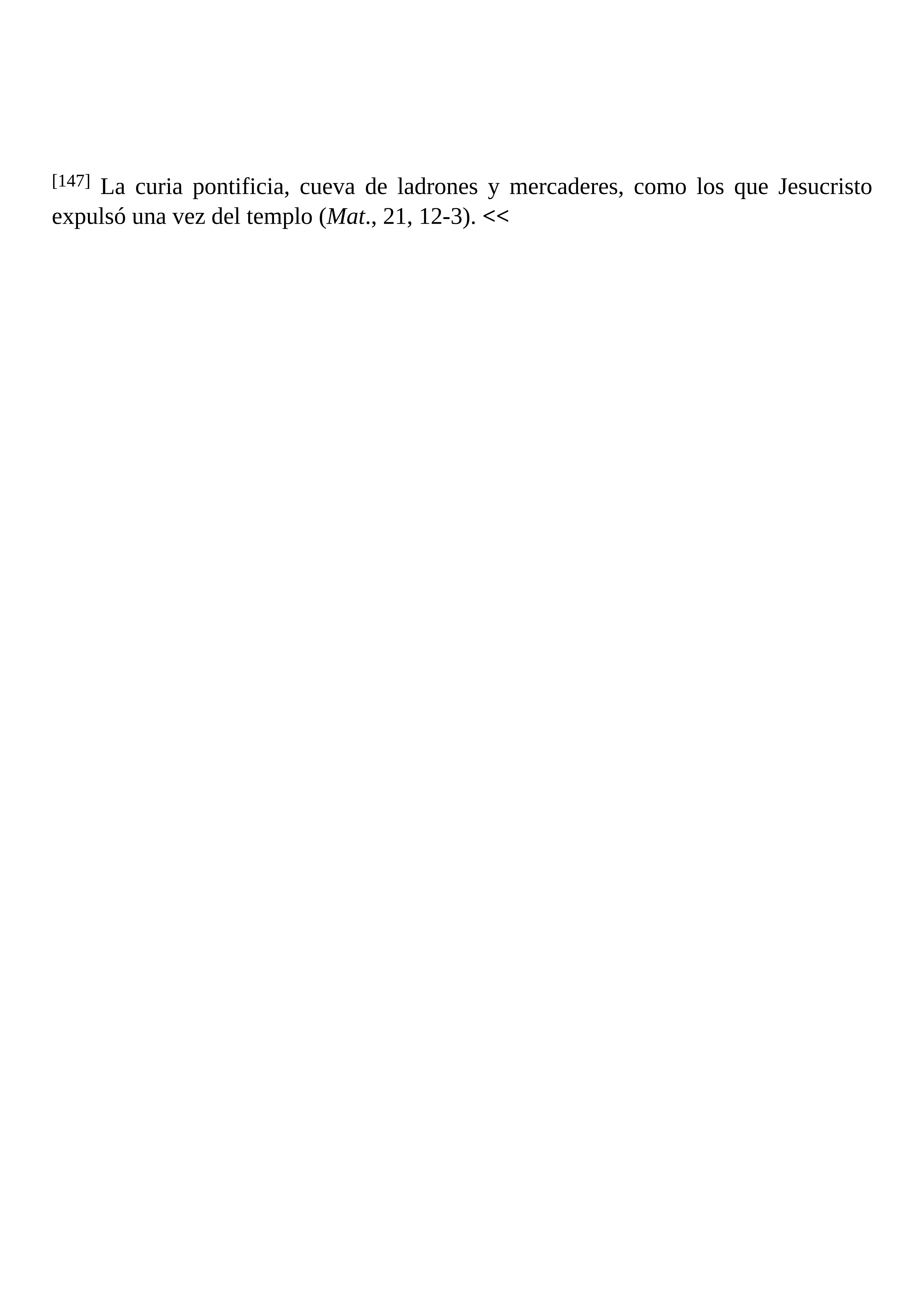
[143] Mezcla de nombres de héroes con realidad histórica con otros pertenecientes a la tradición épica medieval, pero todos ellos relacionados con la conquista de Tierra Santa o con diferentes cruzadas contra los sarracenos. Josué sucede a Moisés (que no llega a ver la tierra prometida) en la conducción del pueblo judío desde Egipto. El mayor de los hermanos Macabeos es Judas, que libró a los judíos de la cautividad a que los tenía sometidos Antíoco de Siria. Carlomagno y Roldán son igualmente símbolos de las luchas contra la invasión musulmana de Europa. Ambos son protagonistas del más famoso y extendido ciclo épico medieval, así como Guillermo de Orange, cabeza de otra de las ramificaciones de las «chansons de geste». Rinoardo es personaje, igualmente fabuloso, del ciclo de Aymeric de Narbona. Se trata de un gigantesco pagano que, bautizado por Guillermo, se convierte en héroe de una serie de aventuras épico-cómicas, antecedente hasta cierto punto de los Morgante y Margute del siglo XV. Godofredo de Bouillon, duque de Lorena, conquista Jerusalén en la primera Cruzada. **<<**



[144] Dante nota, por el mayor esplendor de la belleza de Beatriz, que ha subido al sexto Cielo, Júpiter. <<

[145] Las musas eran llamadas Pegáseas porque vivían en el Parnaso regado por la fuente que abrió de una coz el caballo Pegaso. Dante invoca aquí a la musa de la épica, Calíope. <<

[146] Nos encontramos en el cielo de Júpiter, donde se encuentran los gobernantes que actuaron con justicia. Las luces con sus movimientos forman una serie de letras («nuestro alfabeto») en las que podemos leer el primer versículo del *Libro de la Sabiduría*: «Diligite iustitiam qui iudicatis terram». Después, la última de las letras, «M», que efectivamente recuerda la figura estilizada de un águila de alas semidesplegadas, como las que vemos en la representación heráldica de este animal, toma la forma de un águila, símbolo de la justicia y ave de Júpiter. <<



[147] La curia pontificia, cueva de ladrones y mercaderes, como los que Jesucristo expulsó una vez del templo (*Mat*., 21, 12-3). <<

[148] Lanzando excomuniones y privando así a los excomulgados del «pan» espiritual que es la pertenencia a la Iglesia. <<



[149] Parece ser una abierta crítica al papa Juan XXII, que lanzaba excomuniones por doquier, para luego anularlas por dinero. <<

[150] El papa no piensa ya en los grandes apóstoles, Pedro y Pablo, y sí solamente en Juan el Bautista, es decir, en los florines de oro acuñados en Florencia, que llevaban la imagen del patrono de la ciudad. <<

[151] La figura del águila está formada por miles de almas luminosas. Sin embargo, cuando habla lo hace en singular, porque una sola es la justicia. <<

[152] Dentro de poco, en 1304, el emperador Alberto de Habsburgo destruirá el reino de Bohemia. <<

[153] Felipe el Hermoso acuñaba moneda de baja calidad para sostener los gastos de sus guerras con Flandes. Morirá, efectivamente, herido por un jabalí durante una cacería, en 1314. <<

[154] Los reyes Roberto de Escocia y Eduardo II de Inglaterra. Más adelante, Alfonso, rey de Castilla, y Wenceslao, rey de Bohemia. <<

[155] La bondad de Carlos el Cojo, rey de Appulia y de Jerusalén, estará marcada por una «I» (uno), mientras que sus maldades se contarán por miles («M»). <<

[156] Federico II de Aragón, rey de Sicilia («isla del fuego»), donde había muerto, según Virgilio, el padre de Eneas, Anquises (*Aen*., III, 708-13). Hungría y Navarra serán felices si logran eludir la funesta influencia de la casa real francesa. Carlos Roberto de Anjou fue rey de Hungría desde 1301 y Navarra formará parte del reino de Francia desde 1304. Jaime, rey de Mallorca y Menorca, y Jaime de Aragón, tío aquél y hermano éste de Federico de Sicilia. Dionisio el Agrícola, rey de Portugal y Haakón VII de Noruega. Rascia, Raugia o Ragusa, ciudad y territorio de la antigua Dalmacia, sobre el Adriático, cuyo rey falsificó los ducados de Venecia. La bestia de Nicosia y Famagusta es el rey de Chipre, Enrique II de Lusiñán, moralmente igual a los malos ejemplos citados anteriormente. <<

[157] El rey David, autor de los Salmos («cantor del Espíritu Santo»), que trasladó a Jerusalén el Arca de la Alianza (cfr. *Purg*., X). Los *Salmos* fueron inspirados por Dios, pero David consintió («voluntad») escribirlos. Trajano, que según una pía tradición, recogida incluso en la *Summa Theol*., III, q LXXI, 5, fue resucitado por las plegarias del papa San Gregorio Magno para que pudiese bautizarse y salvarse (cfr. *Purg*., X). Ezequías, rey de Judea, a quien Dios, escuchando sus ruegos, concedió quince años más de vida para que pudiese arrepentirse de sus culpas (II Reyes, 20, 1-11). El emperador Constantino, que se «hizo griego», es decir, trasladó de Roma a Bizanzio la capital del imperio romano, con las leyes romanas y con el águila imperial, por ceder el papa la ciudad eterna. Aunque su buena intención ha dado los malos frutos a los que repetidamente se ha referido Dante, la corrupción de la Iglesia por culpa de su política terrenal (*Inf*., XIX, y *Purg*., XXXII). Guillermo II (1166-1189), llamado el Bueno, de cuya pérdida se lamenta Sicilia, así como de ver vivos a Carlos el Cojo de Anjou y Federico de Aragón. Rifeo, troyano que muere en defensa de su ciudad, personaje poco importante, pero que es puesto de relieve por Virgilio en la *Eneida* (II, 339-394 y 426, como «iustissimus»). Dos paganos, pues, Trajano y Rifeo, que se salvan. Dante aprovecha a ambos personajes para ejemplificar que los buenos pueden salvarse, a pesar de no haber sido cristianos, aunque no podamos entender por qué, ya que sus juicios son inescrutables. El tema aparece tratado varias veces en esta obra. Más adelante, ante las dudas de Dante, el águila vuelve a referirse a este argumento. <<

[158] El Cielo puede ser conquistado por la fuerza de la caridad o de la esperanza, no en el sentido terrenal de la palabra conquista, superioridad de uno sobre otro. Se fuerza al Cielo porque quiere ser forzado, para vencer al forzador con su bondad. **<<**

[159] Trajano, como ya sabemos (*Purg.*, X), se salva por las oraciones del papa Gregorio Magno, que consiguen que resucite y, vuelto a la vida, cree en el Cristo que ya había sido crucificado (*Summa Theol.*, III, q LXXI, art. 5). A Rifeo, por su amor a la justicia, Dios quiso revelarle, antes de tiempo, la futura redención, adquiriendo así la fe implícita, ya que no la explícita (*Summa Theol.*, II, ii, q II, 7). Por sinécdoque, «los pies crucificados» deben entenderse como la persona entera de Cristo. <<

[160] Las tres virtudes teologales, cfr. *Purg*., XXIX. **<<**

[161] Semele, hija de Cadmo, quiso contemplar directamente a Zeus y el esplendor del padre de los dioses la dejó reducida a cenizas (cfr. *Inf.*, XXX, y Ovidio, *Met*… III, 256-309). <<



[162] Dentro de la esfera transparente de Saturno, dios que gobernó la Tierra durante la Edad de Oro, época feliz en la que no existía el mal sobre la Tierra. <<

[163] Nuevamente el tema de la predestinación, tratado en los dos cantos anteriores, y nuevamente la imposibilidad de ser entendido no sólo por la mente humana, sino ni siquiera por los bienaventurados. <<

[164] El monasterio camaldulense de Santa Croce di Fonte Avellana. <<

[165] Pedro Damián, nacido a comienzos del siglo XI, abandona una brillante vida seglar y se retira al monasterio, del que, por su ascetismo, es elegido abad. Nombrado cardenal en 1057, renuncia pronto al capelo para volver como simple monje a su retiro. El Pedro el Pecador al que se nombra a continuación parece ser el mismo personaje, antes de trasladarse a Santa Croce, cuando profesó en el monasterio de Santa María de Ravena, «a orillas del Adriático», ciudad en la que había nacido. Por sus numerosos escritos conocemos su defensa de la pobreza y el ascetismo y sus virulentos ataques contra la corrupción de las instituciones eclesiásticas y sus propuestas de reforma. Dante ha dado a sus palabras ese mismo tono violento y apasionado que aparece en sus escritos. <<

[166] San Pedro y San Pablo. <<

[167] El espíritu que habla es el de San Benito de Nursia (480-543), fundador de la orden que lleva su nombre, benedictina. El centro de irradiación del monaquismo occidental es el monasterio de Montecassino, de donde partieron las ideas que dieron origen a esa manifestación de religiosidad: la oración, la austeridad y el trabajo manual para el mantenimiento de la vida monástica. El ejemplo y las costumbres de la orden terminaron con los restos de los cultos paganos todavía vigentes («el impío culto»). Desde el punto de vista cultural, en Montecassino se conservaron los valores de la civilización latina, que allí se mantuvieron y desde allí se extendieron tras las invasiones bárbaras y el hundimiento de los últimos restos de la civilización que encarnaba el Imperio romano. Con él están Macario de Alejandría, discípulo de San Antonio, fundador del monaquismo oriental, y Romualdo degli Onesti, fundador de la orden camaldulense. <<

[168] El conocimiento directo de Dios no se alcanza con la razón y sí con la contemplación mística, representada aquí por la escala. <<

[169] Hoy nadie abandona los atractivos terrenales («los pies de la tierra») para dedicarse a la vida contemplativa («escala»). La misma regla benedictina no hace otra cosa que dedicarse a estrafalarios estudios. <<

[170] El río Jordán retrocedió para dejar paso a los judíos que llegaron a Palestina (Josué, 3, 14-17), lo mismo que el mar Rojo en la huida de Egipto (Éxodo, 14, 21-29). <<



[171] El signo que sigue a Tauro en el Zodíaco es Géminis, signo bajo el que había nacido Dante y al que debe su «ingenio». <<

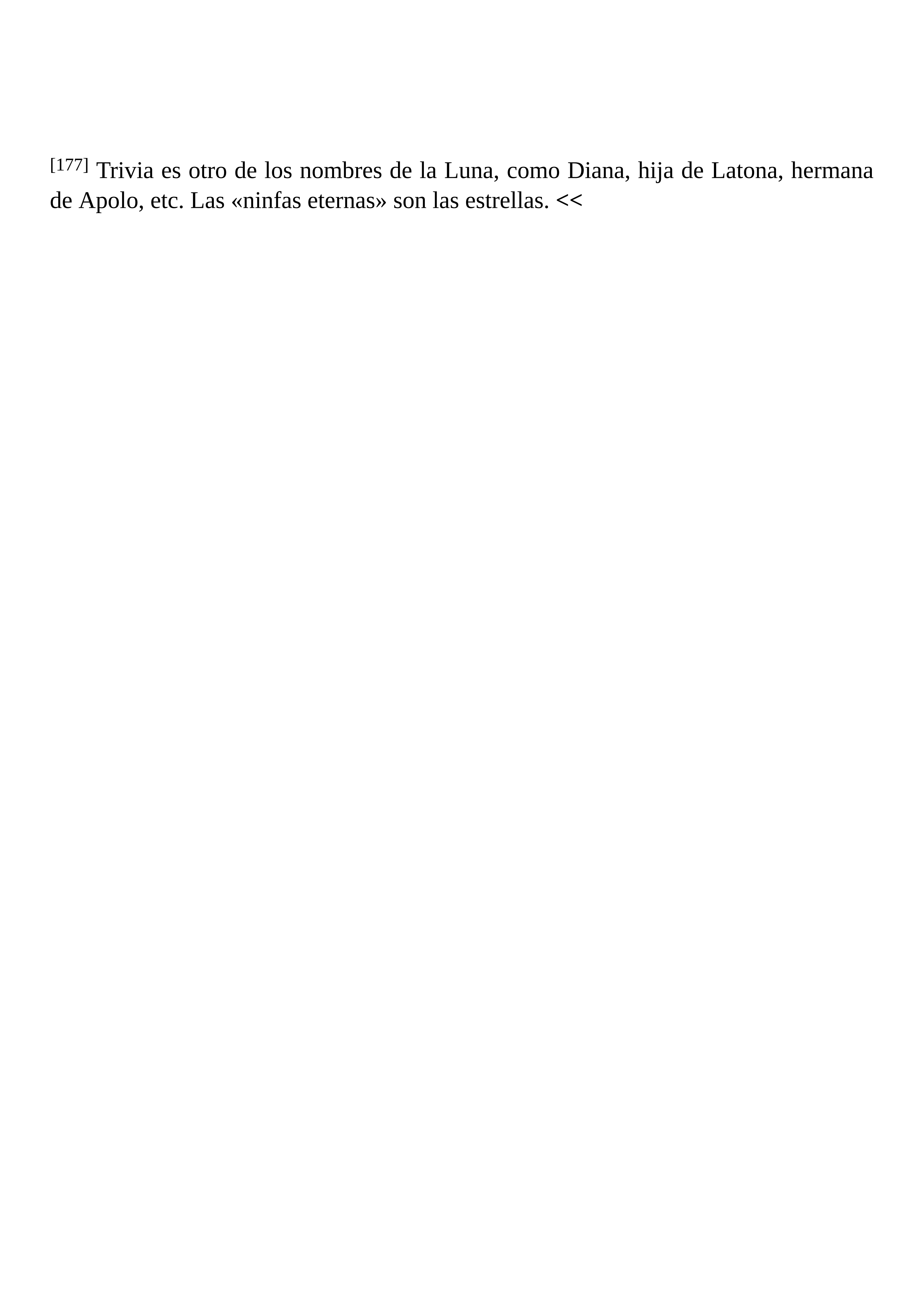
[172] Dante nace en Géminis, realiza su viaje al Paraíso bajo el mismo signo y espera morir, igualmente, bajo él. Otra interpretación sería: espera de las virtudes de este signo el «ingenio» para poder contar su visión mística del Paraíso. <<

[173] La Luna (*Purg*., XX, y *Par*., X) se aparece a la vista del poeta sin las manchas que podemos ver desde la Tierra (cfr. *Par*., II). **<<**

[174] Los ojos de Dante, crecida ahora su potencia sensitiva, pueden mirar directamente al Sol, hijo de Hiperión (*Met.*, IV, 192), así como los cercanos planetas de Mercurio («hijo de Maya») y Venus («hija de Dione»). También ve el planeta Júpiter, atemperando el frío del planeta Saturno («su padre») y el excesivo calor de Marte («su hijo»). <<

[175] Hacia el mediodía, donde se tiene la impresión de que el Sol se mueve más despaciosamente. <<

[176] La legión de los beatos, salvados por la redención del sacrificio de Cristo y el influjo benéfico de los astros («esferas»). <<



[177] Trivia es otro de los nombres de la Luna, como Diana, hija de Latona, hermana de Apolo, etc. Las «ninfas eternas» son las estrellas. <<

[178] La Sabiduría y el Poder son los atributos de la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Hijo, que con su sacrificio abrió el camino entre Dios y los hombres. <<

[179] La Virgen María, llamada por la Iglesia «Rosa mística». Los «lirios» son los bienaventurados. <<

[180] La mayoría de los comentaristas quieren ver en este «amor angélico» al arcángel San Gabriel, anunciador del Cristo que había de nacer del «vientre» de María. **<<**

[181] La superficie cóncava («la faz interna») de la novena esfera o Primer Móvil, que envuelve «como un manto real» a las otras ocho esferas de los cielos, estaba tan distante que los ojos de Dante no pudieron seguir el desplazamiento de la Virgen («llama coronada») hasta unirse con su Hijo («divina primogenitura») en el Empíreo. <<

[182] El paso del hombre por esta vida es considerado como el destierro de Babilonia. Durante su vida los beatos acumularon un «tesoro» de virtudes, no de oro, y ahora triunfan en el Cielo los bienaventurados pertenecientes tanto al Antiguo como al Nuevo Testamento («concilios»). «El que tiene las llaves» es San Pedro, al que encontraremos en el Canto siguiente. <<

[183] La plegaria de Beatriz va dirigida a los beatos, que están en la «gran cena» celestial, donde se sacian compartiendo la sabiduría de Dios, para que alimenten con su saber el ansia de conocimiento de Dante. <<

[184] San Pablo, autor de la respuesta que da aquí Dante: «est autem fieles sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium» (Hebreos, 2, 1). <<

[185] «Has definido correctamente lo que es la Fe. Ahora dime si tú la posees». Un poco más adelante, San Pedro llama a la Fe joya. <<

[186] La verdad de las Escrituras se prueba por los milagros u obras sobrenaturales; es decir, hechos no acaecidos según las reglas de la Naturaleza. <<

[187] Pedro creyó ardientemente en la resurrección de Cristo y corrió hacia su sepulcro adelantando incluso a Juan, mucho más joven que él (Juan, 20, 3-9). <<

[188] Los «tres» discípulos predilectos de Cristo fueron Pedro, Santiago y Juan, y los eligió como única compañía en los trascendentales episodios de su transfiguración y su retirada para orar en el huerto de los olivos (Luc., 9, 28-36, y Mat., 26, 36-46). Los exegetas medievales los consideraban, respectivamente, símbolos de la Fe (Pedro, que ya ha interrogado a Dante sobre esta virtud teologal en el Canto anterior), la Esperanza (Santiago, que lo hará en este Canto) y la Caridad (sobre la que Juan preguntará al poeta en el Canto XXVI). <<

[189] Es Beatriz quien responde a la segunda pregunta de San Juan: ¿cuánta esperanza tienes en tu salvación?, porque la respuesta en boca de Dante hubiera sido una autoalabanza («jactancia»). A las otras dos preguntas sí que contesta el poeta. <<

[190] De la Tierra al Paraíso, como los judíos fueron desde Egipto hasta la Tierra Prometida, Jerusalén. <<

[191] David, «el supremo cantor», en el Salmo IX, 9, 11: «Sperent in te qui noverunt nomen tuum». La Epístola de Santiago en la que se anuncia el premio reservado por Dios a los pobres, a los perseguidos, a los que sufren tentaciones: «Nonne Deus elegit pauperes in hoc mundo divites in fide et heredes regni…?». <<

[192] La Caridad («amor») es la única virtud que sobrevive («todavía») en los beatos. La Fe, que es creer sin ver, ha sido sustituida por la visión de Dios y la Esperanza tampoco existe porque ya se ha cumplido la promesa. <<

[193] Esplendorosos de luz espiritual y corporal (Isaías, 61, 7, y San Juan, Apocalipsis, 7, 9, «amictis stolis albis»), se describe la felicidad de los beatos en presencia de Dios. <<

[194] La constelación de Cáncer está opuesta diametralmente a la de Capricornio. El Sol ocupa esta última desde el 21 de diciembre hasta el 21 de enero. Por eso, si en Cáncer existiese una estrella tan brillante como el espíritu que se acerca a Dante (San Juan), al ponerse el Sol durante el período de tiempo en que está en Capricornio, la Tierra seguiría iluminada por Cáncer como si fuese de día. <<

[195] El Pelícano es una de las imágenes simbólicas de Jesucristo. Según una leyenda, es animal que alimenta a sus crías con la sangre que brota de las heridas que él mismo se abre en el pecho. En la última cena, Juan (que es el espíritu que ahora se ha unido a los otros dos apóstoles) se reclina sobre el pecho de Jesús; «erat ergo recumbens unus ex discipulis eius in sinu Iesu, quem diligebat Iesus» (Juan, 13, 23). Fue elegido para «el gran cargo» de sustituir a Jesús junto a su madre. «Ecce mater tua» (Juan, 19, 27). <<

[196] Sólo Cristo y la Virgen subieron al Cielo, tras la muerte, en cuerpo y alma («las dos vestiduras», cfr. nota 713). Son «las dos luces» que se elevaron antes, en el Canto XXIII. San Juan rechaza, pues, la leyenda medieval, sostenida por muchos autores, de su subida al Cielo en cuerpo mortal. <<

[197] San Pablo quedó ciego al ser derribado en el camino de Damasco. Cuando se convirtió y fue bautizado por Ananías, recobró la vista. <<

[198] ¿Quién dirigió tu amor hacia Dios, «tan alto blanco»? <<

[199] Conceptos filosóficos platónicos y aristotélicos, tomados por la filosofía escolástica. Pero también las palabras de Dios a Moisés: «Ego ostendam omne bonum tibi» (Éxodo, 33, 19). Y, por último, por las palabras del comienzo del Evangelio de Juan: «In principio erat Verbum et Verbum erat apud Deum…». <<

[200] Adán fue creado perfecto, en pleno desarrollo físico. Toda mujer es hija de Adán, porque desciende de él, y al mismo tiempo es nuera, en cuanto casada con un descendiente de nuestro primer padre. <<

[201] Adán lee los deseos de Dante en la mente divina. <<

[202] A las cuatro preguntas de Dante (cuándo fue creado Adán, cuánto tiempo estuvo en el Paraíso terrenal, en qué consistió el primer pecado y cuál fue la primera lengua), responde Adán sin respetar el orden en que fueron formuladas: no fue haber comido el fruto prohibido, pecado de gula, sino haber desobedecido a Dios, pecado de soberbia; respecto de la fecha de la creación, Adán contesta: estuvo en el Limbo (de donde salió Virgilio a petición de Beatriz, para socorrer a Dante) cuatro mil trescientos dos años, y que su vida mortal duró novecientos treinta años (Génesis, 5, 5): sumando estas dos cifras a los mil doscientos sesenta y seis años transcurridos desde la muerte de Jesús y su bajada al Limbo para librar a los santos padres del Antiguo Testamento, hasta la fecha en que Dante realiza su viaje (1300), resultaría que el mundo habría sido creado hacía seis mil cuatrocientos noventa y ocho años. Y, por último, el primer lenguaje humano ya había desaparecido antes de producirse la confusión de lenguas con que Dios castigó el orgullo de Nemrod al querer construir la torre de Babel. En el Paraíso terrenal estuvo sólo unas seis horas, desde que fue creado hasta el primer pecado («vida pura y deshonesta»). <<

[203] Otros escriben «Él» (que significa *uno o único* en hebreo) o «J», principio del nombre de Jehová, y sobre cada una de estas opiniones se ha discutido mucho. <<

[204] Todos son nombres de papas sucesores de San Pedro que, como él, sufrieron el martirio. <<

[205] Que los papas favoreciesen a una parte de la Cristiandad contra la otra, a güelfos contra gibelinos. <<

[206] La enseña de la Iglesia («las llaves») es bandera de guerra contra cristianos. <<

[207] El sello del Papado (con la «imagen de Pedro») legalizaba los documentos y privilegios simoníacos. <<

[208] Juan XXII, natural de Cahors (cfr. *Par*., XVIII), y Clemente V, de Gascuña (cfr. *Inf*.,¸ XIX, y *Par*., XVIII), terminaron de arruinar el prestigio espiritual de la Iglesia («nuestra sangre»). <<

[209] Desde que había mirado por primera vez desde allí arriba hacia la Tierra (*Par.*, XXII) ha recorrido el arco celeste correspondiente a la distancia que va desde Jerusalén a Cádiz. Si en *Paraíso*, XXII, sobre el meridiano de Jerusalén, había podido contemplar desde el Ganges hasta Cádiz, ahora, sobre el meridiano de Cádiz, veía desde el Atlántico («el insensato paso de Ulises», *Inf.*, XXVI) hasta las costas de Asia Menor, donde Júpiter, transformado en toro, raptó a Europa, la hija del rey Agenor (*Met.*, II, 83-75). No podía ver más hacia Oriente porque el Sol lo precedía hacia Occidente y no iluminaba ya las partes orientales. <<

[210] La mirada de Beatriz apartó a Dante de la constelación de Géminis (formada por Cástor y Pólux, los gemelos que concibió Leda de Júpiter, transformado en cisne) al siguiente Cielo, el Primer Móvil. <<

[211] El tiempo, que nosotros percibimos y medimos en relación con el movimiento, tiene su origen («raíces») en el Primer Móvil, que infunde movimiento a los demás cielos. <<

[212] Tras las imágenes cósmicas, Beatriz entra en consideraciones morales: en el hombre existe la voluntad del bien, pero la concupiscencia no la deja dar fruto, como la ciruela se agosta por las demasiadas lluvias. Hasta el final del canto habla de la inconstancia del hombre. <<

[213] El calendario juliano establecía un año de 365 días y 6 horas, es decir, 12 minutos más de la verdadera duración, error corregido después por el calendario gregoriano. Antes de que el mes de enero pertenezca a la primavera (por la acumulación sucesiva de esos 12 minutos, «centésimo», que los hombres no tienen en cuenta), el Cielo («estos círculos superiores») restablecerán la justicia y el orden entre los hombres. No parece lógico, sin embargo, que Dante dé un plazo tan dilatado al cumplimiento de su profecía. <<

[214] El Primer Móvil es tan inmaterial que la más pequeña estrella que podamos ver desde la Tierra parecería a su lado tan grande como vemos desde aquí la Luna. <<

[215] Tan íntimamente cerca como lo está el halo («cerco») del astro al que circunda, un círculo de fuego ceñía aquel punto inmaterial. <<

[216] Aquí, los cielos o coros angélicos, mientras más cercanos están a su centro, Dios, se mueven más rápidamente. Es lo contrario de lo que ocurre en el mundo físico, que no sigue, por consiguiente, a su modelo. <<

[217] Nadie hasta ahora se ha planteado esta cuestión porque nadie antes que Dante ha tenido ocasión de observar este hecho. Como explica a continuación Beatriz, el tamaño de los cielos no se mide por su extensión, sino por su cantidad de virtud. <<

[218] La multiplicación duplicada de las casillas del tablero de ajedrez produce una cantidad asombrosa que arroja veinte cifras, o sea, decenas de trillón. Se multiplican, pues, en progresión geométrica. Cuéntase que el inventor del ajedrez fue un hindú, el cual presentó el nuevo juego a un rey de Persia; y habiéndole ofrecido éste darle lo que pidiese, pidió un cuartillo de trigo duplicado y tantas veces multiplicado cuantas eran las casillas del tablero. El rey se lo concedió riéndose, pero no pudo pagarlo porque no había en todo el reino bastante grano para ello. <<

[219] En primavera, el Sol nace y tramonta en Aries, por lo que esta constelación es invisible durante el día. Los coros angélicos están en una «primavera eterna». <<

[220] San Dionisio Areopagita, a quien se atribuía el libro *De coelesti hierarchia*. San Gregorio Magno discrepaba del orden establecido por Dionisio, hasta que llegó al Cielo y se convenció. Naturalmente, sobre cuestión tan difuminada e imposible de probar no se ponían de acuerdo santos, padres, exegetas y teólogos. <<

[221] Quiere decir que Beatriz guardó silencio, mirando fijamente a Dios, sólo un instante. Los hijos de Latona son el Sol y la Luna; cuando ambos se hallan en el mismo horizonte, uno enfrente de otro, en Aries y Libra, como sostenidos en balanza por una mano invisible, inmediatamente rompen ese equilibrio aparente, ascendiendo el uno a nuestro hemisferio y pasando el otro al hemisferio opuesto. <<

[222] De un solo acto creador de Dios salieron a la vez la forma pura (inteligencia), la materia pura (materia prima, informe —sin forma— todavía pero con la potencialidad absoluta para serlo todo) y la unión de ambas, que constituye los cielos. Son las tres sustancias creadas inmediatamente, sin la colaboración de las causas segundas (cfr. *Par*., VII). <<



[223] Lo que se ve a esta luz y la luz misma proceden de un rayo de luz que sale de la Luz que es Dios y que se refleja en la superficie cóncava del Primer Móvil. <<

[224] En la época de Dante se creía que el fin del mundo estaba próximo. Por eso los «escaños» del Cielo estaban ya ocupados casi en su totalidad. <<

[225] Aquí Dante finge predecir en 1300 la coronación del emperador Enrique VII de Luxemburgo, que tuvo efecto en 1308, así como su muerte, que tendrá lugar en 1313, antes de la muerte del propio poeta (antes de que el mismo Dante sea invitado a las «bodas» celestiales). Las esperanzas de Dante en la intervención reformadora y justiciera de Enrique VII (*Epístolas*, V, VI y VII) se vieron frustradas por la prematura muerte del emperador y por la resistencia que le opusieron los diferentes y corrompidos poderes italianos, entre ellos el Papado, ocupado durante la empresa de Enrique por Clemente V, cuya muerte y condena se profetiza a continuación. <<

[226] Cfr. *Inf.*, XIX. <<

[227] La ninfa Calisto, catasterizada en la constelación de la Osa Mayor (conocida también como Carro y Hélice, *Metam.*, II, 401-530). De la unión de Calisto y Júpiter nace Arcas o Artofílace, catasterizado en la constelación del Boyero, cercana a la Osa, por lo que ésta «lo mira con amor». Ambas constelaciones marcan el Septentrión, genéricamente el Norte, de donde descendieron «los bárbaros» a Italia. <<

[228] Beatriz ha cumplido ya su misión y desaparece del lado de Dante, sustituyéndola San Bernardo, símbolo de la contemplación y del amor a María, de quien impetra luego que alcance para el poeta la gracia de ver a Dios. San Bernardo de Clairvaux (1090-1153) fue fundador de la abadía cisterciense que lleva su nombre, uno de los más insignes representantes de la cultura religiosa del siglo XII y luchador incansable en la promoción del culto a la Virgen. <<

[229] Cuando bajó al Limbo para enviar a Virgilio en socorro de Dante (cfr. *Inf.*, II). <<

[230] El paño con que una santa mujer limpió la sangre y el sudor del rostro de Cristo, camino del Calvario, y en el que quedó impresa la verdadera imagen («vera icona») del rostro del Salvador. La reliquia se conserva en la basílica de San Pedro. La tradición popular ha deformado el hecho y llama «vera icona», Verónica, a la mujer que ayudó a Cristo. <<

[231] El Sol. La imagen de Faetón ha aparecido ya en *Inf.*, XX y XXXIV, y en *Purg.*, IX. <<

[232] Raquel, imagen de la vida contemplativa, y Beatriz, de la Teología. Sara, mujer de Abraham, y Rebeca, mujer de Isaac y madre de Jacob, de quien descienden los judíos que creyeron que había de venir Cristo. Judith, que libró a los judíos del dominio asirio. La bisabuela de David, «el Cantor», es Ruth. <<

[233] Los escaños descendientes ocupados por las mujeres del Antiguo Testamento y encabezados por el trono de la Virgen forman una línea vertical que separa a los que se salvaron habiendo vivido antes de la venida de Cristo. La otra hilera vertical de escaños está encabezada por San Juan Bautista y le siguen los santos que se citan a continuación. El Bautista fue santificado en el vientre de su madre, Santa Isabel («siempre santo»); hizo penitencia en el desierto («sufrió la soledad»), y fue martirizado por orden de Herodes. Puesto que murió dos años antes que Jesús, sufrió también «el Infierno», ya que estuvo en el Limbo hasta la bajada de Cristo. <<

[234] El número de bienaventurados que fueron cristianos igualará al de los beatos que vivieron antes de Cristo. <<

[235] Dante se extraña de que también entre las almas de los inocentes haya gradaciones. San Bernardo le explica que Dios, en el acto gratuito de crear sus almas, dotó a cada una de ellas de más o menos gracia, de donde la mayor o menor excelencia del escaño que ocupan en el Cielo. Apoya su explicación en el ejemplo de los gemelos Esaú y Jacob, que, ya antes de nacer, fueron el uno amado (Jacob) y el otro rechazado por Dios: «Iacob dilexi, Esau autem odio habui» (Malaquías, 1, 2, 3). Todavía en el vientre materno, «collidebantur in utero eius parvuli» (Génesis, 25, 22). <<

[236] De Adán a Abraham («en los primeros siglos») bastaba unir a la inocencia la fe de los padres en un Mesías venidero; más adelante («transcurridas las primeras edades») fue necesaria, además, la circuncisión del inocente; a partir de la venida de Cristo («el tiempo de la Gracia») es necesario el bautismo. En caso contrario, los inocentes permanecerán en el Limbo. <<

[237] Los personajes más próximos a la Virgen son: Adán («el primer padre»; más adelante lo llamará «el mayor padre de familia»), San Pedro («anciano padre de la Iglesia»), San Juan Evangelista, que predijo las calamidades que habría de sufrir la Iglesia y las narró en su Apocalipsis, y Moisés. Frente a ellos están Santa Ana, madre de María, y Santa Lucía, que envió a Beatriz en socorro de Dante (cfr. *Inf.*, Iy II). **<<**

[238] Para que Dante pueda contemplar ahora a Dios es necesario pedir una gracia especial por medio de la oración con que se inicia el canto siguiente. María es mediadora de la Gracia divina. <<

[239] La Sibila Cumana escribía sus sentencias en hojas de árboles, que luego el viento arrastraba: «Rupe sub ima fata canit foliisque notas et nomina mandat» (*Aen*., III, 443-444). <<

[240] Argos fue la primera nave que surcó los mares. <<

[241] La Santísima Trinidad. <<

[242] Dante no se explica cómo podía ver en aquel círculo, la segunda Persona de la Trinidad, la imagen humana de Cristo. Sólo un instante, como un relámpago, le permite entreverlo. Pero no nos lo explica porque es el misterio de la encarnación de todo un Dios. <<


DANTE
ALIGHIERI
DIVINA
COMEDIA
Edición
Ángel Chiclana